



BIBLIOTECA SELECTA

PLAGAS de un PUEBLO



C. MUGICA dib.º y lit.º

Lit. de J. DONON. Madrid.

LAS PLAGAS

DE

UN PUEBLO,

NOVELA HISTÓRICA

POR DON FLORENCIO LUIS PARREÑO.



MADRID:
OFICINA TIPOGRÁFICA DEL HOSPICIO.
1867.

Esta novela se halla aprobada por la Censura.

CAPITULO PRIMERO.

Lo que era un favorito á principios del siglo XVII.—Misterios de la corte.—El leon y la hormiga.—Cuadro histórico de todas las épocas.

Nos hallamos en la villa y corte de Madrid; reina Felipe III, y en su nombre manda, avasalla y dirige el favorito D. Francisco Gomez de Sandoval, duque de Lerma.

La mayor parte de los relojes de la capital marcan en este instante las ocho de la noche, y en verdad que aparece tranquila, solitaria y fria. Y es, por último, el dia 20 de Noviembre de 1614.

España se encuentra en estos momentos en paz con Francia é Inglaterra, sus poderosas rivales; Portugal continúa obediente; Italia sumisa; nuestros estados de América y la India se inclinan ante la metrópoli de dos mundos, y con presente tan halagüeño el rey se entrega á sus contínuas oraciones, y el duque de Lerma averigua con calma y tranquilidad cuanto ocurre en el recinto de la corte. Conozcamos á este personaje, cuya celebridad llegó hasta nosotros sin que la detuvieran el tiempo y los acontecimientos.

Tiene el favorito una estatura regular; su fisonomía es bella, agradable; representa más de treinta años, y su rostro, agra-

ciado, simpático, revela inteligencia, fijeza de ideas y la ambicion de mando y poder que le dominó durante su vida, y que hubo de precipitarle en muchas ocasiones.

Habita un espléndido palacio situado frente á la iglesia de Santa María, y nada falta en su rica morada para hacerla deliciosa, encantadora. El edificio es muy extenso, y se ven en el interior molduras y artesonados; cuadros y tapices; muebles y espejos; columnas y estatuas de mármol, jaspe y pórfido; cortinas de damasco y terciopelo, ujieres, pajes, porteros de estrado, lacayos, y el servicio, en fin, necesario al hombre más poderoso de España.

Ahora se halla el duque sentado en sillon de palo santo y raso, delante de una mesa, y la cámara en que se encuentra se llama de estudio. Hay en ella preciosos estantes con libros, retratos de familia, algunos escudos de armas, sillones, y está dividida de la alcoba principal en que duerme el favorito por ocho columnas dóricas, cuatro estatuas de mármol de Carrara y un cortinon de terciopelo carmesí, que cierra el tránsito de pared á pared, de techo á suelo.

Hemos dicho que se halla sentado el duque, y añadimos que tiene enfrente á un hombre que le sirve de secretario, y á la derecha, como á diez pasos, permanece inmóvil un capitan del ejército. El primero lee, el segundo espera. Conozcamos estos dos personajes.

El secretario se llama Jonás de Alaejo; tiene treinta y seis años, y es bajo, su frente se encuentra cási siempre plegada de arrugas; es intencionado, sagaz, no le falta talento, y en su mirada, por lo comun sombría y taciturna, hay algo desagradable, antipático, fiero.

El capitan se apellida Navor Pantoja, y es un tipo enteramente contrario al anterior; puede decirse con propiedad su antítesis. Es alto, fornido, de fisonomía varonil, leal, valiente y hasta temerario en sus empresas. Educado por su padre el maestre Pantoja, de familia distinguida, conserva todas las ideas de nobleza y amor á lo grande y elevado que infiltró en su alma el autor de sus dias. Tenaz en las resoluciones y atre-

vido como pocos, con dificultad deja algo por hacer. Sirve al duque por interés, y se duele contínuamente de la inaccion guerrera en que vive. Este personaje tiene más de cuarenta años, y presenta en su rostro una cicatriz que en vano pretenden cubrir sus largos y sedosos bigotes.

El duque oye en este instante al secretario, el cual, sentado frente á él, lee vários papeles que tiene delante.

Oigámosle.

—Documentos recibidos esta noche, mandados por el padre Fulgencio, rector de la compañía: «Nada ocurre de par»ticular; los cuatro protestantes fueron entregados al Santo »Tribunal; la Duquesa de M... sale para Italia.»

—Basta,—exclamó el favorito con señales de impaciencia.—Lee únicamente lo que yo deba oir.

Jonás revisó vários papeles, quedándose con uno en la mano.

—El corregidor nos dice;—y añadió, leyendo:—«Que fue»ron detenidos los dos asesinos de Rafael...»

—Eso no me importa.

—Habla de algunos lances ocurridos en la villa que no ofrecen interés; participa que todas vuestras órdenes fueron cumplidas en el acto, y concluye dándonos las noticias que le hemos pedido sobre Magno.

—¿Qué dice respecto de ese hombre extraordinario?—preguntó el duque con viveza.

Hasta este momento habia permanecido indiferente á la lectura y diálogo de Alaejo y Sandoval el capitan Pantoja; pero al escuchar el nombre de Magno abandonó por completo el éxtasis en que parecia sumido, y se fijó en el secretario, demostrando una atencion que contrastaba notablemente con su estado anterior. Continuaba de pié; su actitud, sin embargo, cambió por completo.

El secretario leyó:

—«Magno, apellidado el *Dragon*, como el barco que man»da, es un marino valiente, osado, y hasta puede decirse ter»rible...»

—Eso lo sabe todo el mundo,—dijo el favorito, dando cada vez señales más vivas de impaciencia;—lee sólo lo que pueda importarme, que el tiempo vuela, y es preciso aprovechar el tiempo.

El secretario prosiguió:

—«Magno es español; se desconoce su orígen, y le retiene »en Madrid una dama jóven, rica, elevada, de la que está ena- »morado.»

—Por fin oigo cosa que excite mi atencion. Continúa.

—No dice más.

—Mal ha desempeñado el corregidor el encargo que le dí. ¡Torpe!

Murmuró el duque. Alaejo le contestó:

—Cierto; pero yo, que sólo deseo complaceros, suplí su falta, y averigüé lo necesario, con la sola idea de servir á mi señor.

—Habla; dame noticias de ese gigante de los mares.

—Me consta que el objeto de su amor se llama Otilia Sandoval.

—¡Mi sobrina! Ya me lo dijiste otra vez.

—Exactamente...

—¿Pero ella?..

—Ella, señor duque, tiene diez y ocho años, se conocieron un dia aciago en los mares de Italia, y su corta edad, el renombre del corsario ó pirata, y la fabulosa fortuna de que dispone, halagaron su amor propio lo suficiente para soñar con un amor insensato.

Calló el secretario, el capitan Pantoja se atusó el bigote, dando señales de disgusto, y el favorito, después de meditar un minuto, añadió:

—Prosigue. ¿Qué hace ese hombre en Madrid?

—Galantea á vuestra sobrina, anda á cuchilladas con todos los débiles que le estorban el paso, y busca en vano el nombre de que carece.

—Segun tu relato, el *Dragon* es un malvado ménos fiero que perverso.

—Es la consecuencia de haber nacido en la oscuridad y de cruzar los mares la mayor parte de su vida de corsario unas veces, de pirata otras, de no tener pasado, presente ni futuro. Puedo asegurar á vuestra excelencia que merece por lo ménos un destierro perpétuo de la patria en que supone haber nacido.

El duque volvió á meditar, concluyendo por decir á su secretario Jonás:

—Guarda esos papeles, y retírate; mañana me recuerdas á Magno, que es ya tarde, y quiero descansar de las fatigas del dia.

El secretario le obedeció, quedando nuevamente ensimismado el duque. De pronto alzó la cabeza, y fué á levantarse, hallándose frente á frente del capitan Navor Pantoja, que, inmóvil, mudo y con los brazos cruzados, miraba á su señor de un modo extraño y significativo.

—¡Ah! ¿Estábais ahí?—preguntó el duque, acercándose al capitan.—Retiraos tambien; por esta noche nada se me ocurre.

—A mí, sí, gran señor,—le contestó Navor con acento firme y seguro.—Deseaba hablar con vuestra excelencia.

—Comprendo: lo de vuestro sobrino. Me lo recordais mañana y mandaré extender su nombramiento.

—No es eso; cuento con vuestra palabra, y, seguro del logro de mis deseos, ni tengo impaciencia, ni urge tanto su realizacion. Pretendia únicamente enteraros de quién es Magno el *Dragon*, porque lo desconoce completamente vuestra excelencia.

—¿Qué decís, Pantoja?

—Que vuestro secretario os ha referido un cuento, una fábula que inventó gente necia, torpe é ignorante.

—Ahora recuerdo que os hallábais al lado de mi sobrina cuando ésta le conoció.

—Le traté mucho ántes; pero desde el dia en que con valor y arrojo sorprendentes salvó á Otilia Sandoval y á cuantos la acompañábamos, no lo he perdido de vista ni he dejado de admirar su heroismo y bravura.

—Hablan de él con variedad extraordinaria.

—Yo le conozco, señor, como á mí mismo, y Pantoja no se hace ilusiones, no miente, no exagera.

—En ese caso, suspendo mi marcha y os escucharé con calma, que el asunto me importa mucho. Decid cuanto sepais de Magno.

—Es cierto, gran señor, que ignora su orígen; lo es tambien que anda en busca de un apellido que le negó la suerte; pero sin él, sin padres, esposa ni parientes, es el hombre más hábil, noble en sus hechos, caballero en acciones y valiente de cuantos he tratado. Se bate en los mares con heroismo y destreza superiores á lo que pudiera expresar; dirige su nave hasta convertirla en águila del Océano, y en tierra no encuentra rival. Lo que á nosotros nos parece difícil, temerario, imposible, él lo halla hacedero, fácil, seguro. Con su navío *Dragon* fué desde Cádiz al Ismo de Panamá; desde la Florida al Cabo de Hornos; más tarde atravesó el Estrecho y se metió en Turquía, cruzando el Mediterráneo. Se batió en América y en Africa; peleó en el Asia, y en Europa conquistó un nombre que se aplaude do quier. Durante la paz cambió los frutos de España por las perlas de Méjico y los brillantes del Brasil. Cuando hay guerra, su hacha de abordaje es la primera en el agua ó su espada en los campos, pueblos y ciudades. En los combates es fiero, terrible, incontrastable; al concluir, indiferente, desdeñoso, altivo con los grandes y humilde y caritativo con los chicos. Ganó la fortuna de dos monarcas: por eso sin duda manda á lo rey, regala á lo emperador. Diestro como ninguno, envidian su habilidad los marinos, le consultan en tierra los generales. Y es, por último, el genio del mal en la guerra, el ángel del bien en la paz. Este es su retrato; el que diga otra cosa, le desconoce, falta á la verdad y le calumnia.

—Pantoja, siendo cierto lo que decís, no lo es ménos que ese hombre tiene enemigos.

—Quién lo duda, señor: su grandeza empequeñece á los que le miran, excitando en ellos la envidia.

—¿Cómo os enterásteis de su historia?

—Oí detallarla á algunos de sus amigos, á muchos de sus contrarios; me batí á su lado en Italia, y presencié la destruccion de dos navíos ingleses que su *Dragon* deshizo á cañonazos.

—Lástima es que un hombre así carezca de apellido, y tenga que inclinar la frente ante la oscuridad de su orígen.

—Suple admirablemente el nombre que no heredó con un renombre que aplaude el universo.

—A pesar de vuestra conviccion y entusiasmo, todavía vacilo, que á los soldados os basta un hecho debido á la casualidad ó á la suerte para convertir á su autor en héroe.

—Hablad con él, y eso bastará probablemente para que me deis la razon.

—Traedlo á mi presencia.

—Lo haré.

—¿Cuándo?

—Ahora mismo, si vuestra excelencia me lo permite.

—No es tan urgente.

—Vais á ocuparos de él por la mañana, y sería bueno que mi señor le conociera esta noche.

—¿Tardariais mucho en regresar?

—Cinco minutos.

—¿Tan cerca habita?

—Frente á vuestro palacio.

—¿Lo hallareis en su casa?

—Es lo probable.

—Marchad, y no olvideis que os aguardo de pié.

—Muy bien, señor; procuraré no impacientaros.

El capitan se inclinó ante el duque, saliendo de la cámara de estudio.

—Es indispensable,—exclamó el favorito para sí, viéndose solo,—que mi sobrina rechace á un hombre que carece de apellido y del cual se habla con bastante variedad. Ella es muy jóven, pero tan tenaz en sus propósitos, que será difícil contrariar su deseo. En cuanto á él, ya es otra cosa: huirá de Madrid y áun de España por su propia voluntad, ó lo desterraré por un corto plazo de veinte ó treinta años.

Y comenzó á pasear por el magnífico despacho. No tardó en distraerle de sus meditaciones la voz de un paje, el cual, después de descorrer una cortina, exclamó:

—Magno el *Dragon*.

Y se halló el duque frente á frente de un hombre que representaba poco más de treinta años. Era el recien llegado alto, arrogante, esbelto, varonil en actitud y rostro, altivo, sereno, y cuya mirada unas veces aparecia fiera é imponente y otras dulce y melancólica. Cuando hablaba con calor herian sus frases como el dardo de la flecha, y cuando peleaba tenía el cabello encrespado, rígida la musculatura, apareciendo sus ojos inyectados de sangre, señal inequívoca de que iba la muerte en la punta de su espada, en el cañon de la pistola ó en el filo de su hacha de abordaje. Lo que dijo de él el capitan era cierto, y por más que le calumniasen, no encontraba rival en los combates, ni límites su generosidad durante la paz.

El duque le hizo un cortés y elegante saludo, y él le devolvió una reverencia grave, árida; luégo se miraron con fijeza, exclamando el primero:

—Me complace tener delante á un hombre cuyo arrojo y valor pregona la fama. Acercaos, Magno.

Nuestro marino le obedeció, contestándole con calma, aplomo, y marcando mucho sus frases:

—Tampoco es desagradable á un hijo del Océano pisar los salones de vuestra excelencia. El lujo y esplendidez que os rodean exceden á cuanto vi en los alcázares de los reyes, en los palacios de los emperadores, y hasta en la poética y deliciosa morada del sultan de Oriente.

—Nací rico, poderoso, y gusto dar á mi apellido lo que le pertenece.

—Si el señor duque heredó tan asombrosa opulencia, es más dichoso que yo: cuanto tengo lo gané; pero en verdad que no le envidio.

—¿Por qué?

—Es más fácil tomarlo que adquirirlo.

—Si quereis, podemos hablar de otra cosa.

—Me mandásteis llamar, y áun cuando no he contraido compromiso alguno, ni me liga á vuestra excelencia lazo ni otra consideracion que la impuesta por la urbanidad, aquí me teneis á vuestra disposicion.

El duque se hallaba en este instante sorprendido por la actitud, aplomo, desembarazo y frases de Magno; se creia el hombre más poderoso de la tierra, todos le hablaban con respeto y sumision, y era para él una novedad impertinente y molesta la natural arrogancia y áun la fria calma del *Dragon*. Mucho le interesaba hacerse obedecer de aquel sér extraordinario; pero anhelando abreviar en lo posible, se fué derecho al objeto que le retenia allí, preguntando:

—¿Os han dicho con quién estais hablando?

—Aseguran que sois duque de Lerma, favorito de Don Felipe III, y el más rico de la corte.

—S. M. me distingue con sus favores, es cierto; pero sólo soy su consejero.

—Repito lo que cuentan; sea lo que vos querais.

—Muy bien; ahora que me conoceis, contestad á mis preguntas: ¿es cierto que una casualidad os hizo conocer á mi sobrina Otilia?

—Yo creo que fué la mano del destino, ó, mejor dicho, la Providencia, que guió mi nave, proporcionándome la dicha de salvar su preciosa existencia.

—¿La acompañásteis después á Cartagena?

—Cierto; la trasladé á mi navío, que el suyo se lo tragó el mar.

—¿Y luégo?

—Ella marchó á Madrid y yo partí á Venecia.

—¿Qué ocurrió más tarde?

—¿A ella ó á mí?

—A los dos.

—Nada, ni comprendo el objeto de vuestra pregunta.

—Magno, dicen que amais á Otilia.

—No sería extraño: mi corazon es igual al de vuestra excelencia; así lo dispuso Dios.

—Y que ella osó tolerar vuestras galanterías.

—¿Y eso os admira? Es natural que á una mujer le halaguen y gusten frases tiernas y amorosas.

—¿Desconoceis su orígen y posicion?

—No, señor.

—¿Y los vuestros?

—Tampoco.

—Pues añaden que os ama.

—Ojalá y no mientan, que es bella como un ángel, pura como las vírgenes, hermosa como el cielo, sublime como la creacion.

—Vos sabreis si se han equivocado.

—Sí que lo sé; ni ella ni yo aprendimos á mentir.

—¿Os amais?

—Tiene madre, único sér á quien conceptúo con derecho para hacerme esa pregunta.

—Soy su tio y el encargado de velar por ella.

—No lo niego.

—Mi voluntad debe imponeros...

—Perdonad si os interrumpo; á mí nada, á Otilia contraísteis la sola obligacion de aconsejarle; eso es todo.

—Acabemos, Magno.

—Concluyamos, duque.

—Me consta que os amais.

—¡Que Dios bendiga nuestro amor!

—¿Luego es cierto?

—No lo niego ni lo afirmo.

—Por si no me he equivocado, es indispensable que salgais pronto de Madrid; os voy á mandar á Méjico con una mision importante.

—Gracias; me es imposible abandonar la corte de España.

—Entónces ireis desterrado por un corto plazo de veinte años; elegid.

—Ni lo uno ni lo otro.

—Pues es preciso una de las dos cosas.

—¿Sois acaso el rey?

Lámª 1ª



C. MUGICA dibº y Litº

Lit. de J. DONON Madrid

—España soy yo.

—¡Vos! un favorito no es un reino, ni un pueblo, ni una aldea, ni siquiera una casa.

—Me sobra poder para realizarlo; lo demás poco ó nada os importa.

—No he cometido delito alguno, y en la corte me quedo; para que hiciese lo contrario era indispensable que España me lo impusiera.

—España soy yo.

—¡Vos! Un favorito no es un rey, ni un pueblo, ni una aldea, ni siquiera una casa.

—¡Insolente!.. Magno, sin saberlo caminais al abismo.

—Mil veces lo tuve real y efectivo bajo mis plantas, queriéndome tragar; su oleaje amenazante y horrible destruia mi bajel, lo cubria de agua, y mil veces me burlé de él, riéndome de sus embates y fiereza como ahora: ¡já! ¡já! ¡já!

—Veamos si es cierto. Saldreis de aquí amarrado; entrareis en un calabozo, y luégo, ¿qué no podré yo hacer contra vos?

—¿Reparó vuestra excelencia en la banda que cruza mi pecho?

—Ya veo esa cinta.

—Pero ignorais lo que quiere decir.

—No me importa.

—Al contrario: os conviene mucho saber que soy capitan de la marina veneciana, y, como súbdito de esa república, me retiene aquí el desempeño de una mision importante que me confió el poderoso senado de la reina del Adriático. Estoy además inscrito en el *gran libro* donde desean figurar los monarcas más poderosos del mundo. De lo cual deducireis que soy noble veneciano. Juzgad ahora si son ó no valederos mis títulos, y si esta banda es ó no una cinta que se puede arrojar sin peligro alguno al fondo de una mazmorra.

—Magno, os hallais en España; aquí mando yo, y todo eso es muy poco ante mi omnipotente poder.

—Los mares del mundo están llenos de navíos, cañones y soldados venecianos, y aquí represento á Venecia. ¡Ay de España si atentase contra el enviado de esa república!

—Para evitar una guerra sobra con disculparse hábilmente

y dar una completa satisfaccion; así es que vuestros títulos no serán suficientes á contrariar mi voluntad; pero atendiendo á vuestros gloriosos hechos de armas, á que sois español, y estimando en mucho un renombre que honra al país en que habeis nacido, quisiera complaceros en cambio de perjudicaros.

—No rechazaria yo nada digno del tio y protector de Otilia.

—Obtendreis hasta mi proteccion si, olvidando para siempre á esa dama, pensais más en vos.

—Aun cuando quisiera, no lo conseguiria; el cielo grabó su imágen en mi corazon con su buril de diamante.

—No sabeis quién es, ni os conoceis, Magno. ¿Hay union posible entre Otilia de Sandoval y un aventurero sin orígen ni nombre? ¿Olvidásteis, por ventura, las leyes y costumbres de este país?

—¡Ay! no; por esa razon, léjos de escudarme con los títulos y honores que conquisté en el mundo, ando dia y noche sin tregua ni descanso en busca de un apellido que no tengo, de un orígen perdido en lóbrega oscuridad. Amo á Otilia, duque; yo no sé mentir; y la amo más que la vida, que la gloria, que cuanto existe sobre la tierra; pero he jurado no unirme á ese ángel miéntras ignore quién fué mi padre. Ella se opone; con su voz angélica me ruega que desista de mi empeño; pero lo jurado, jurado está.

—Decidme. ¿No habrá acontecimiento alguno capaz de destruir tan acertada resolucion?

—Por desgracia, no; la idea sólo de faltar á tan solemne promesa me haria indigno de ella, y corrido de vergüenza atravesaria mi corazon con la daga que llevo en el cinto.

—Vuestras frases me tranquilizan en parte; seguid buscando ese ignorado apellido, y cuando lo halleis, venid á verme, que si es digno de ella, y mi sobrina conserva su actual estado, entónces seré vuestro protector.

—¿Nada más deseais de mí?

—Daros un consejo, y con él terminará esta entrevista: sed ménos altanero con los poderosos de la tierra.

—Por complaceros miro en vos un leon y me convierto en hormiga. Que el cielo os guarde, gran señor.

—Él guie y defienda al marino.

Y con otra reverencia se despidieron, saliendo el *Dragon* sin que le inspirase aquella conferencia otra cosa que el encogerse de hombros, exclamando:

—¡El favorito es una plaga!

El duque quedó apoyado en la mesa que tenía á la espalda, murmurando:

—No nos conviene provocar un conflicto con Venecia; Magno es previsor, y yo, en vez de emplear la fuerza, haré uso de la astucia. Casaré á mi sobrina, quiera ó no, y así concluye todo.

En este momento se presentó el capitan Pantoja, preguntándole:

—¿Qué os parece el *Dragon*, excelencia?

El favorito, fingiendo una dulce sonrisa, le contestó:

—Le juzgo tan valiente marino como entendido caballero. ¿Qué os ha dicho al partir?

—Nada; es reservado y discreto como pocos hombres.

—Pues me agrada, y no obstante su altanería, le escuché con gusto.

—La distincion con que me trata vuestra excelencia y su excesiva bondad, dispuesta siempre en favor de este soldado, ¿me autorizan para preguntaros si al salvador de Otilia, de su madre y mio le será dado esperar que mi señor acceda á su deseo en lo relativo á la encantadora jóven á quien ama?

La frente del favorito se plegó de arrugas; pero disimulando nuevamente, contestó:

—¡Quién sabe! Si él encontrara el apellido que busca, y este fuese digno...

—Comprendo.

Y Pantoja añadió para sí:

—Lo engaña el duque; miente; mas yo le diré la verdad á mi querido amigo.

—¿Quiénes esperan?

Preguntó Sandoval. El capitan replicó:

—Hace tiempo que pasaron al estrado dos embajadores, tres generales, vários grandes y algunos parientes de vuestra excelencia; los ha recibido el señor duque de Uceda, vuestro hijo. Y en la cámara contigua aguarda el gentil hombre Carvajal.

—Que pase el último.

Cuando el favorito lo tuvo delante, le interrogó:

—¿Qué hace S. M?

El palaciego, después de inclinarse tres veces, quedando en forma de arco, respondió:

—El rey mi señor continúa en su oratorio, como de costumbre; S. M. la reina mi señora, le acompaña; pero ántes de entrar me encargaron os saludase, recordándoos que os esperan mañana á las nueve. El primero me entregó además estos papeles que tengo la honra de poner en manos de vuestra excelencia.

—¿Qué contienen?

—Son cartas denunciando abusos que se suponen cometidos por alcaldes; solicitudes pidiendo empleos, dinero y honores; quejas de algunos servidores etc., etc.

—Las impertinencias de siempre. Ponedlas sobre esa mesa. ¿Nada más ocurre?

—Todo está tranquilo, y, segun las últimas noticias, no hay hereje que la Inquisicion desconozca, malhechor que deje de estar perseguido por los cuadrilleros; la expulsion morisca se efectúa con la rapidez posible, y los impuestos se cobran sin grandes obstáculos.

—Eso ya lo sabía. Retiraos, y decid á S. M. que á las nueve me presentaré en su real cámara. Pantoja, tambien vos podeis marchar, y hasta mañana.

El favorito salió por una puerta en direccion del estrado y el gentil hombre por otra, encorvado y andando hácia atrás. Quedó solo nuestro valiente capitan, mirando al uno y al otro hasta que los perdió de vista. Luégo exclamó con sentimiento:

—Felipe pasa la vida orando; el favorito recibiendo pláce-

mes y adulaciones en ese estrado donde sólo se ven oro, sedas y brillantes; se arroja de España á los árabes, sin comprender que debemos á su inteligencia y brazos el que nuestra agricultura sea la primera del mundo; el pueblo sufre, paga impuestos y calla, á imitacion del santo Job; la Inquisicion funciona; los cuadrilleros cometen abusos sin cuento; en los caminos y en las ciudades se roba, y en esa mesa quedan archivados todos los memoriales, las denuncias, la pretension de actos de justicia. ¡Válgame Dios! ¡Cuánta plaga! ¡Cuánta plaga!

El capitan Navor Pantoja, efecto de estar al lado del duque, sabía muy bien lo que pasaba en España, y sus juicios no eran desacertados. Ocupó la mayor parte de la vida en combatir contra los enemigos de su país, y la verdad es que le sacaban de quicio las torpezas é injusticias que veia repetirse en casa del favorito y en otras de mandarines subalternos. Por esa razon, y la de ser hombre amante de la rectitud y la justicia, servía de mal grado á Lerma, y esto debia necesariamente proporcionarle muchos disgustos, segun veremos más adelante.

CAPITULO II.

El incienso de la corte.—Historia de un georgiano.—Pantoja y Magno.

El capitan salió murmurando, segun acabamos de oir, y el favorito pasó al estrado, donde le esperaban multitud de altos y poderosos señores. Todos al verle se inclinaron respetuosamente, disputándose luégo el señalado favor, la insigne honra de estrechar una mano que abarcaba el poder y le era dado poner y quitar á su antojo. Después le preguntaron por su salud, deplorando las graves ocupaciones que le abrumaban, el enorme peso que suponian ver fijo sobre su ilustre frente, concluyendo con un coro de adulacion capaz de engreir al hombre más descorazonado. Elogiaban su gran talento, el genio creador que todos fingian admirar en aquella hermosa frente, su acertada direccion, la constancia con que pasaba muchas horas entregado al despacho de los asuntos, su soberana esplendidez, y cuanto hacía, en fin, fuese bueno, malo, y aun disparatado.

El duque, que no nació tonto, comprendia muy bien que aquellos hombres, sedientos de su amistad, de su benevolencia, se hallaban muy dispuestos á volverle la espalda, á no acor-

darse más de él y á pagar con diez ingratitudes por cada favor de los infinitos que todos recibian, en el momento que el rey le retirase su confianza; mas poco á poco lograban ofuscar su claro entendimiento las lisonjas cortesanas, concluyendo por creer realidad la adulacion, y se entusiasmaba cantando el ária que aquel terrible coro le pedia.

De este modo ocupaba el favorito desde las ocho y media de la noche hasta las once, en que se retiraba á descansar.

Dejémosle que goce aspirando el incienso de la corte, y sigamos nosotros á Magno el *Dragon*.

Salió el valeroso marino del palacio ducal, entrando poco después en una casa, que era grande y en la que abundaban las comodidades y el lujo. No habia en ella mujer alguna ni otros dependientes que ocho hombres de rostro abrasado por el sol, rudos modales y con más trazas de soldados que de sirvientes. Llamó, le abrieron, y sin que le preguntasen ni decir nada subió la ancha escalera que conducia al único piso de su morada. En el recibimiento dió á un criado la capa, el sombrero, la banda y la espada, y entró en un saloncito bien alhajado y vistoso. En el extremo de aquél, junto á un sofá de damasco, recostado sobre vários cojines, le esperaba con ansiedad un adolescente, que tendria escasamente quince años. Al ver á Magno, se incorporó, exclamando:

—¡Gracias al cielo que regresas!

Y cogiéndole una mano entre las dos suyas, comenzó á besársela con entusiasmo.

Sepamos quién es este jóven. Segun él le habia contado al *Dragon*, nació en Georgia, y muy niño fué vendido por sus padres en una plaza pública de la capital de Turquía. Lo compró un magnate de ese imperio, y en calidad de esclavo lo tenía como paje. Andando el tiempo, partió á la guerra el caballero turco, llevando consigo al georgiano. Algun tiempo después se avistaron las escuadras de Venecia y de Oriente, teniendo lugar una sangrienta batalla en el mar Jónico. El magnate señor del georgiano mandaba unos barcos, y Magno el *Dragon* los otros. Terminado el cañoneo, se juntaron los

navíos que quedaban sin destruir, y dió principio el combate con arma blanca sobre las cubiertas y en las cámaras de las naves. Nuestro capitan marino abordó la galera almirante turca, seguido de quince españoles y cien italianos; con su hacha segó la garganta de muchos oficiales y soldados; infundió valor á los suyos, y fué un rayo asolador que acabó por arrancar la existencia al jefe enemigo.

En medio de aquella lucha terrible, sangrienta é iracunda, vió al georgiano sujeto por uno de sus soldados en el instante en que iba á ser pasado á cuchillo. La infantil edad de la víctima, su belleza extraordinaria y la abnegacion con que bajó la cerviz para que el fiero contrario segara su inocente garganta, le obligaron á exclamar á Magno:

—¡Detente, bellaco! Perdona á ese niño, y busca al hombre de barba y brio.

Y empujó al soldado, cogiendo á su protegido de la mano, al cual no soltó ínterin hubo pelea.

La victoria fué completa para el *Dragon*; Venecia se cubrió una vez más de gloria, y nuestro héroe regresó á la ciudad acuática con veintidos galeras apresadas y más de cinco mil esclavos, lo que cambió por un título de primer noble veneciano y parte de los despojos cogidos al enemigo.

Por el camino se arrodilló á sus plantas el georgiano, y besando repetidas veces su diestra, le dijo:

—Señor, te debo la vida; tu nobleza y generosidad se igualan á un valor y acierto que no tienen rivales en el mundo. Yo te admiro, y deseo merecer la honra de ser tu esclavo.

—Alza, hijo,—le contestó Magno.—¿Quién eres?

—Nací en la Georgia; me vendieron mis padres; compróme el jefe turco que tú has muerto; le serví con disgusto, y le vi morir sin sentimiento. ¡Era tan déspota, tan cruel! Tú no te pareces á aquel mónstruo.

—Bien te expresas, georgiano. ¿Cómo te llamas?

—Mi padre ni siquiera me dió su nombre; los turcos me apellidaron Melenik.

—¡Ay, cási lo mismo debo yo al autor de mis dias!

—¿Eres desgraciado? ¿Quieres, gran señor, que yo te consuele?

—Me seduce tu acento, niño, y presentas el verdadero tipo de tu país: ojos negros y rasgados, cutis blanco y suave, facciones perfectas, forma elegante y esbelta. Melenik, necesito un amigo, un compañero, y tú lo vas á ser.

—¡Yo, señor!

—Sí, con una condicion.

—Manda, impon, que soy tu esclavo.

—Que te has de hacer cristiano. ¿Aceptas? Te sentaré á mi mesa, irás á mi lado, partiré contigo mis bienes, y juntos lloraremos la ingratitud de nuestros padres.

—Señor, yo anhelo sólo obedecer, servirte de criado, y para lograr esto me haré cristiano y cuanto tú quieras.

—Me sobran sirvientes, niño; yo necesito uno que me ame, que llore conmigo, que ria á la vez que yo.

—Pues yo te juro quererte con delirio, tener sólo tu voluntad y velar por tí como el leon por sus cachorros.

—Si eso te propones y lo consigues, entónces seré tu padre.

—¡Mi padre! ¡Tú, el genio de los mares, el sultan de los valientes! ¡Oh! ¿A qué debo esa dicha, señor?

—Tienes despejo natural que encanta; te preparaste á morir con la abnegacion de un santo, y tu corazon se entusiasma y eleva. Niño, á mi lado serás todo un hombre.

Desde este dia se cuidaba Magno del georgiano como pudiera hacerlo de su propio hijo. Lo cristianó, poniéndole por nombre Oton Melenik, y en Venecia comenzó á educarlo, enseñándole á la vez las costumbres de Europa.

Llevaba á su lado poco más de un año, y ya Oton Melenik, además del turco, su idioma familiar, conocia el italiano y empezó á hablar el español. Montaba como Magno, tiraba con él contínuamente y llegaron á quererse como padre é hijo. No obstante la corta edad del mancebo, tenía ya una estatura regular, y su belleza, extraña en Europa, admiraba á cuantos le veian; imitaba á su protector en traje, usos y costumbres, y le amaba con delirante pasion.

Magno llegó á su casa, como hemos dicho, y se sentó en el sofá triste y ensimismado.

Melenik acercó un cojin á sus piés, y recostado en él, preguntó con cariño:

—¿Qué tienes, señor?

—Nada, amigo mio.

—Me dijeron que llegaste temprano, y salí á recibirte; pero añadieron que te detuvo en el zaguan ese capitan de la cara cortada y que te fuiste con él. ¿Dónde has estado?

—En el palacio del duque de Lerma.

—¡Ah! El favorito. ¿Hablaste con él?

—Sí.

—¡Entónces comprendo tu mal humor; esos grandes señores de España se parecen á los magnates de Turquía: como aquellos, son éstos orgullosos, déspotas, crueles; y como tú vales más que todos juntos!.. Olvídalo, Magno mio; piensa en tu Otilia; ¿la has visto esta noche?

Y Melenik volvió á cogerle la mano, dejándola aprisionada entre las suyas. Al escuchar el otro las últimas frases del georgiano, se despejó su frente, brillando en los labios una amorosa sonrisa.

—Sí,—le contestó;—la he visto.

—¿Cuánto tiempo permaneciste á su lado?

—Una hora.

—Entónces ¿por qué vaga tu mirada siniestra y temerosa?

—Tienes razon, soy un loco.

—¿Estaba hermosa?

—¡Qué pregunta! ¿Puede aparecer de otro modo la mujer más perfecta que existe en la tierra?

—Su rostro es celestial.

—Su forma, divina.

—Cuando habla hiere el corazon.

—Cuando discute convence y avasalla.

—¡Y es valiente!

—La amo como no puedo expresar.

—Lo merece; deseo que te unas pronto á ella.

Otra vez tornó á nublarse la frente de Magno, diciendo con dolor:

—Yo tambien; pero acaso se oponga la poderosa mano del destino.

—¿Por qué?

—Ella tiene un apellido ilustre, yo ninguno, y, fundados en esto, se oponen su madre y el favorito, su tio.

—¿Y eso qué importa? Puesto que te ama, la robas, nos abrimos paso á cuchilladas, llegamos á Cartagena, donde nos espera nuestra escuadra, y ya en el *Dragon*, se la disputamos al universo entero.

—¡Quién sabe!

—Un hombre de tu valor, fortuna y poder no debe jamás permitir que la tristeza le abrume ni los sinsabores le molesten. Rie, amigo mio; el que como tú no halló nunca estorbo en la tierra ni en los mares, triunfará aquí de las contrariedades que intenten detener su paso.

—No conoces este país, Oton.

—Se vence en él, y nos vamos á otra parte. ¿Olvidaste, por ventura, que eres noble veneciano, que en Roma te titulas marqués, que en Alemania, Francia é Inglaterra te solicitan los poderosos, y que España ocupa una parte muy chica de la tierra?

—No, y en verdad que tus frases logran por lo comun arrancar el dolor ó pena que se apodera de mi alma.

—Consiste en que vosotros los marinos os entristeceis fuera de vuestro elemento sin causa suficiente. Dios te ha hecho grande, Magno; procura no empequeñecerte por una mujer, sea ó no hermosa.

—Cada dia discurres mejor, Melenik.

—Pues segun aumenta ó crece mi entendimiento se multiplica mi cariño hácia tí.

—Gracias; yo tambien te estimo como á cosa propia.

—No lo disimules, Magno.

—¿Tienes queja de mí?

—Sí.

—Habla.

—Para ser yo dichoso es preciso que tú estés alegre, y esta noche...

—Fué una ráfaga ligera, fugaz, que ya ha desaparecido.

—Siendo así, vuelve otra vez la dicha á apoderarse de mí. Nota que vienen á interrumpirla.

En este instante se presentó un sirviente, preguntando á Magno:

—¿Quiere mi capitan recibir á su amigo Pantoja?

—Sí, que pase al momento.

—¿Lo ves?—preguntó Melenik.—El de la cara cortada no te deja esta noche.

Y el jóven recostó su cabeza sobre el muslo de Magno, cerrando los ojos.

Entró Navor, interrogando al marino:

—¿Estás ocupado?

—No,—replicó el *Dragon;*—siéntate junto á mí.

—Lo haré; pero quisiera hablarte sin testigos.

—No te inquietes por este niño; me ama, y es incapaz de cometer imprudencia alguna.

—¿Duerme?

—No, goza reclinada aquí su cabeza, pensando en mí unas veces y otras contemplándome con éxtasis.

—Es tan bello que parece una mujer.

—Pues soy hombre,—replicó Oton, alzando la cabeza un minuto,—y el que quiera pruebas, que ofenda á Magno, y las tendrá de sobra.

Y volvió á quedar en su anterior postura. Pantoja le miró con interés; luégo se fijó en el *Dragon*, diciéndole:

—Soy tu verdadero amigo.

—Ya lo sé.

—Te debo la vida, y quisiera demostrarte que nací agradecido.

—No es necesario.

—Nada me dijiste al salir de la cámara del duque; pero yo he averiguado que el favorito te engaña.

—No te comprendo.

—Aun cuando hallases el apellido que buscas, no te daria la mano de su sobrina.

—Encuéntrelo yo, que me basta y sobra con la voluntad de Otilia.

—Magno, vive muy alerta, pues he sorprendido esta noche en Sandoval una sonrisa sarcástica muy significativa.

—Contra sus asechanzas tengo el invariable amor de Otilia, su voluntad y la idea cierta de que nádie podrá obligarla á hacer lo que yo no quiera.

—Es bastante, pero no olvides que van á emplear contra tí la astucia, cuando no otra cosa peor.

—Te agradezco la noticia, y estaré prevenido.

—Tiene el duque un secretario llamado Jonás de Alaejo, el cual esta noche te calumnió villanamente.

—¿Es caballero?

—Lleva espada al cinto y de ello blasona, pero le falta algo que lo aleja de nosotros.

—¿Qué dice de mí?

—Supone que atropellas á los débiles y que caminas en brazos de la maldad.

—¡Miserable! Pantoja, ¿es fuerte ese hombre?

—Lo ignoro, pero temo que no. ¡Si anoche hubiera estado solo conmigo, le cojo por la garganta, y como á una gallina!.. Mas se hallaba delante el duque, discutia con él, viéndome obligado á defenderte con frases, á hacer justicia á tus méritos con razones.

—No conociéndome y hablando de ese modo, debe ser un miserable, en cuyo caso le desprecio.

—Pero yo no,—dijo Melenik alzando la cabeza;—mañana le sentaré la mano en el rostro, y luégo...

—¿Qué harás después?

—Luégo le cortaré la lengua ó le atravesaré el corazon, lo mismo da.

—¿Sin mi permiso?

—Con él, que tú no me niegas nada justo.

—Pues me opongo á eso; al villano se le desprecia.

—El que á la víbora no arranca el veneno se expone. Entiende que te ha llamado cobarde, y el tolerar eso...

—Por darte gusto le sentaré la mano en el rostro,—exclamó el *Dragon*.

—¿Cuándo?

—Mañana.

—Muy bien.

Dijo con alegría Oton, y volvió á recostarse sobre la rodilla de Magno. Éste preguntó á Pantoja:

—¿A qué hora entra el secretario en casa de su señor?

—A las ocho de la mañana.

—Con eso me basta.

—Ya que á mí no me es lícito darle una leccion, miéntras sirvamos ámbos al duque, no veo mal que selles sus labios con mordaza de carne humana.

—Dame sus señas.

—Es bajo, delgado, de fisonomía antipática, con bigotes y perilla microscópicos.

—¿Edad?

—Mas de treinta años; suele ir embozado en un ferreruelo de paño negro.

—Con eso tengo bastante.

—Te advierto que él te conoce.

—Mucho mejor.

—¿Por qué no trasladas tu Otilia al *Dragon* después de unirte á ella en secreto, y te vas á Venecia?

—Interin carezca de apellido no puedo aceptar su mano.

—Tu renombre...

—Valdrá mucho, pero me falta el otro, y he de seguirlo buscando.

—¿Y si entretanto la obligan á que se case con otro?

—Es fuerte, y no accederá.

—Pueden sorprenderla, llevársela de Madrid, engañarla luégo...

—Miéntras ellos obren bien seguiré yo con mi conducta

presente; mas si atentasen contra su libre albedrío, entónces y sólo entónces obraré de otra manera.

—Magno, te repito que vivas prevenido y muy dispuesto á presenciar algo nuevo. Es cuanto puedo decirte por ahora; si algo averiguo en adelante, no lo ignorarás tú.

—Gracias.

—Sirva ó no al duque, te debo la vida y mi espada es tuya.

—Haré uso de ella en caso necesario, pero creo difícil que llegue ese extremo.

—Adios, amigo mio.

Y después de estrecharse ámbos, salió Pantoja, quedando solos Melenik y el *Dragon*. Poco después cenaron en union de otro á quien llamaban alférez, y á las once todos descansaban. Magno era el único que no podia conciliar el sueño: un presentimiento terrible se apoderó de su privilegiado cerebro, y áun cuando no alcanzaba á resolver el problema, creia distinguir en lontananza una tormenta que le amenazaba descargar sobre su cabeza; él, que nada temió en el mundo, se hallaba en esta ocasion confuso, vacilante, y hasta hubo momentos en que se juzgaba débil.

Pronto sabremos si se equivocaba ó no en sus fatales augurios.

CAPITULO III.

El leopardo y la serpiente.—La mano del diablo.—De cómo se gobernaba en el siglo XVII.

A las seis y media de la mañana siguiente se puso en pié el jóven Melenik. Poco después se rodeó de los ocho hombres que servían al *Dragon:* éstos eran un alférez de marina, español, y los siete restantes pertenecian tambien á su buque, como contramaestre el uno, escribiente el que le seguia, tres marineros, un grumete y el cocinero. Oton les dijo:

—Magno duerme tranquilamente, y es preciso que continúe así dos horas más. Sabed que el secretario de ese duque que vive enfrente osó decir que el *Dragon* es cobarde.

Una carcajada interrumpió al mancebo; los ocho rieron al escuchar la torpe calumnia que concluia de denunciarles el georgiano. Éste prosiguió:

—No ignora el malandrin la verdad; vertió esa idea por desacreditar al hombre más valiente que existe en el mundo, y fué tan torpe, que llevó su cinismo hasta el extremo de añadir que mi padre y señor era un malvado.

—¿Dónde está?

Exclamaron los ocho, y maquinalmente dirigieron la diestra á las empuñaduras de sus dagas.

—Silencio. En breve cruzará nuestra calle; yo le esperaré embozado, y miéntras le pruebo que he nacido fuerte, vosotros desde ese balcon soltais otra carcajada como la anterior.

—No lo apruebo,—dijo el alférez.

—Yo me encargaré de él,—replicó el contramaestre.

—Dejádmelo á mí.

—Doy por él veinticinco ducados.

—Y yo treinta.

Los nueve gritaron á la vez, aumentó la confusion, y fueron creciendo las voces hasta que el vibrante sonido de un timbre les obligó á exclamar:

—¡El capitan!

—Lo habeis despertado,—dijo Oton con ira;—yo tengo la culpa por haber tratado asunto tan sério con esas panteras marinas.

Y se dirigió á la alcoba de Magno, añadiendo por el camino:

—Estaos quietos; para servirlo basto yo solo.

Ya junto al lecho de su protector, le preguntó:

—¿Dormiste bien, amigo mio?

—No.

—¿Estás enfermo?

—Me siento bien; ¿es tarde?

—Al contrario: muy temprano; aún puedes permanecer en el lecho.

—En aquel reloj son cerca de las siete.

—¿Qué importa eso? Si dormiste mal, sigue en cama hasta las diez.

—¿Olvidaste que á las ocho debo saludar al secretario del duque de Lerma?

—Descansa y no pienses en ese hombre.

—¿Ya variaste de opinion? No continúes de ese modo, que tu rostro es muy bello, y pueden creer que te pareces á las mujeres.

—¡A las mujeres! Magno, mi corazon es tan fuerte como

el tuyo; te dije eso porque queria reemplazarte en el desempeño de ese trivial asunto.

—Tu mano blanca y suave no debe tocar al tigre. Aproxímame la ropa.

—No quiero. Duerme...

—Niño, soy tu padre, tu señor.

—Esos canallas tienen la culpa. Yo te vestiré.

—Que éntre un criado.

Magno mandó que le pusieran uno de sus mejores trajes, se desayunó después en compañía de Oton, y últimamente quedó hablando con él cerca del fuego, mirando de contínuo un reloj que tenía enfrente.

A las ocho ménos cuarto pidió su capa y sombrero, y fué á salir. Oton Melenik le preguntó:

—¿Te acompaño?

—No. Das un paseo á caballo; tiras luégo con el alférez, y estudias. Adios.

Y salió de la casa, cubierta la mayor parte del rostro con el embozo.

Oton se volvió á reunir con los ocho que servían al capitan, y prosiguió hablando con ellos.

La mañana se presentaba fria y nebulosa; Magno se detuvo en una esquina de la calle y comenzó á observar. Algo más tarde vió dirigirse hácia él un hombre de corta estatura, cubierta la cara con su ferreruelo de paño negro. El capitan anduvo entónces despacio, luégo de prisa hasta que, llegando al portal del duque de Lerma, enfiló con su cuerpo al embozado. Éste, al notar la ligereza con que caminaba el *Dragon*, quiso separarse; pero no tuvo tiempo suficiente, y el otro chocó con él, haciéndole retroceder vários pasos.

—¡Insensato!

Exclamó Alaejo desconociéndole.

—Paso, malandrin,—replicó Magno.

—¡Atrás, villano, ó!..

No pudo continuar: su voz fué apagada por un golpe que le dieron en el rostro. A la vez le cogió el capitan de un bra-

zo, y levantándolo en alto, lo arrojó contra el portal del favorito, diciendo:

—¡Maldita culebra, enróscate en esa piedra!

Alaejo recibió várias contusiones, quedando próximo á perder el sentido. Cuando se hubo serenado, se puso en pié, hallándose frente á frente del capitan, que le miraba con la sonrisa en los labios.

—¡El *Dragon!..*

Tartamudeó, volviéndole la espalda como espantado. Á la vez se oyeron várias carcajadas que lanzaban desde los balcones de enfrente; y como si esto fuera poco, se escuchó otra que dieron en el mismo portal del duque de Lerma. Las primeras se las dirigieron los nueve habitantes de la casa de Magno y la segunda el capitan Pantoja, que llegaba en aquel momento y presenció la escena que concluia de tener lugar.

El *Dragon* miró con desden á Alaejo, se encogió de hombros, marchando de aquel sitio calle abajo y sin volver la cabeza.

Aturdido el secretario, mareado aún por los golpes que acababa de recibir, aguijoneado por la ira y despecho que le produjeron la burla y sonrojo de que era víctima, avanzó, viendo en medio del zaguan á Navor Pantoja, rodeado de lacayos y porteros.

—Os ha pegado el *Dragon*,—le dijo el capitan.—¿Quereis que os sirva de padrino?

—Gracias.

Le contestó aquél sin detenerse. El otro se le puso delante, añadiendo:

—Esperad; soy vuestro amigo, y quiero ayudaros contra un hombre que sólo se atreve con los débiles.

—¿Quién es?

Preguntó Jonás fingiendo y temblando todavía.

—Magno el *Dragon*.

—Fué un encuentro casual, y no hay causa suficiente para que tiremos de las espadas.

—Par diez, os sentó la mano en el rostro, marcada la

teneis, y luégo, levantándoos como á ligera pluma, barrió el suelo con vuestras delicadas carnes. Atreveos con él, repito, que sólo hace eso con los débiles, y vos sois fuerte, muy fuerte.

El secretario se mordió el labio inferior hasta ensangrentárselo, y abriéndose paso por entre dos lacayos, subió la escalera aceleradamente, inspirando risa y desden á los que dejaba atrás. De este modo llegó á las habitaciones interiores del palacio, y después que se hubo limpiado con la mano el polvo que cubria su ropa, colgó la gorra y ferreruelo en la percha que le estaba destinada, entrando en la cámara de estudio del duque.

Alaejo era un malvado; tenía talento, pero jamás le dió aplicacion al bien; era hipócrita, adulador, vengativo, y tan cruel, que jamás llegó á su corazon un átomo de caridad. En la ocasion presente se hallaba convertido en ponzoña, y si el poder se hubiera igualado á la intencion, es indudable que sentenciaria á la muerte más horrenda á Magno y á todos sus parientes y amigos. Pero comprendiendo que debia disimular, sufrir y esperar, se sentó maquinalmente frente al sillon del favorito, en brazos aún del más acerbo despecho.

Antes del lance que acababa de tener lugar aborrecia con toda su alma á Magno, porque amaba á Otilia y porque le dijeron que ella le correspondia. Alaejo, no obstante su posicion, figura antipática, despreciable y su ningun mérito ni cualidad para poder aspirar á la mano de dama tan poderosa, dió cabida en su pecho á funesta pasion, y la verdad es que la queria con esa ruda tenacidad é hipocresía del hombre perverso.

Repuesto algo en estos intantes, juraba vengarse de Magno de la manera despiadada y miserable que podia hacerlo un hombre de sus creencias.

La presencia del duque vino á sacarle de sus fieras meditaciones. Dejó su asiento, y haciendo una reverencia humilde á Sandoval, esperó á que éste le preguntara:

—¿Qué tienes en la cara, Jonás?—le preguntó Lerma, mirándole fijamente.

El secretario tembló de nuevo, replicando con frases cortadas:

—Resbalé esta mañana, y he caido al suelo.

—Terrible golpe llevaste; tu carrillo derecho está hinchado.

—Pues no me duele.

—¿Hace mucho tiempo que sufriste esa lesion?

—No, señor.

—Vé, refréscate con agua, y vuelve aquí.

—No es necesario...

—Obedece.

Jonás se inclinó, saliendo de allí.

El duque no era tonto ni su corazon solia dar cabida á la maldad, de lo que deducirán nuestros lectores que desconocia completamente á su secretario. Se fijó únicamente en que era hombre de letras, en que tenía talento, y pasó lo demás por alto, contribuyendo á esto poderosamente la sagacidad y disimulo de aquél.

Jonás regresó, diciendo á su señor:

—Gracias, excelencia; me hallo á vuestra disposicion.

—¡Qué desfigurado estás, hombre! Siempre fuiste feo, pero la hinchazon de ese carrillo acaba de descomponer tu rostro extraordinariamente.

—Pronto se quitará.

Contestó el secretario, aturdido de nuevo, viendo sombras en los objetos que tenía delante.

—Siéntate, y trabajemos,—añadió el duque.—Supongo que entre esos papeles sólo habrás encontrado impertinencias.

El favorito se referia á los que le dejó la noche ántes el gentil hombre. Jonás, que ni áun habia reparado en ellos, contestó:

—Lo de siempre; denuncias, nimiedades, solicitudes sin fundamento, y nada más.

—Pues si no hay cosa que pueda importarme, ocupémonos de otros asuntos.

Y le dictó várias órdenes y algunas cartas que el secreta-

rio extendia con letra gallarda y correcta. Al acabar, añadió Sandoval:

—Basta por esta mañana, que me espera el rey á las nueve y son ya.

—¿No dispone nada V. E. sobre Magno?—le preguntó el secretario con intencion.

—Es cierto; se me olvidó, y no puedo prescindir de abreviar ese asunto. ¿Qué me aconsejas? Te advierto que el marino es valiente y caballero.

—Entre cierta clase; los hombres de talento y juicio cabal no creen eso.

—Hablé anoche con él, y mi opinion no es esa.

—Ah, si vuestra excelencia lo ha juzgado, entónces se equivocan los que piensen de un modo contrario á mi señor.

—Es altivo, gallardo, muy sereno, y sus modales agradan. Pero su orígen oscuro lo aleja por completo de Otilia.

—¡Quién lo duda!

—Temo ser víctima de una calaverada de tan intrépido marino, y debemos apresurarnos á estorbarla.

—Claro está.

—Anoche pensé mucho en él.

—Entónces hoy quedará muerta su loca pretension. ¿Qué gran idea se le ocurrió á V. E?

—Casar á mi sobrina en veinticuatro horas, quiera ó no.

—¡Casarla! Es tenaz en sus empeños, resuelta...

—No importa; esta mañana le busco novio, por la tarde la visitará el rey, autor de esa boda, y mañana ó pasado queda todo concluido.

—¡Golpe maestro, digno del talento de V. E! ¿Y con quién pensais?...

—De eso no me he ocupado, por ser lo más difícil del negocio.

Alaejo meditó algunos segundos, apareciendo en su antipática faz una ráfaga de alegría.

—Pues yo lo hallo fácil,—se apresuró á decirle.

—Habla.

—Nádie más digno de su mano que el señor marqués de Altacima. Es grande, rico, y V. E. puede hacerlo poderoso. Le oí colmar de elogios á vuestra sobrina como un enamorado.

—El partido es bueno, pero no le va á gustar á Otilia.

—¿Por qué, señor?

—Es desgarbado, indolente.

—Pero sagaz, y se le juzga con talento. No siendo Magno, ninguno le ha de agradar.

—Eso es innegable.

—Desciende del conde Don Julian, y sus estados son inmensos.

—¿Tienes seguridad de que la ama?

—Sí, señor.

—La idea podrá ser admisible, siempre que acepte las condiciones que yo le imponga.

—Puedo verle esta mañana y decírselo.

—Inténtalo como cosa tuya, y si lo encontrases decidido, aconséjale que no pierda tiempo en participarme su deseo.

—Comprêndo, y desempeñaré el encargo bien y con la brevedad posible.

—Es el jefe de una familia ilustre, rico, y nádie podrá murmurar de esa boda, únicas circunstancias que me interesan á mí. Marcha, y ya sabes que estoy en palacio.

El favorito salió por una puerta y Alaejo por otra; el primero entró en la cámara del rey y el segundo en el despacho del marqués de Altacima.

Se hallaba sentado el novio que pretendian imponer á la bellísima Otilia, y recibió con marcadas muestras de aprecio al secretario del favorito. Era Altacima excesivamente delgado, y al andar se inclinaba un poco hácia delante. Tenía treinta y cuatro años, y áun cuando no le faltaba talento, era antipático hasta en su modo de hablar.

—¿Cómo está el señor duque de Sandoval?—preguntó á Alaejo, fingiendo interés.

—Muy bien; no le vi esta mañana, pues marchó á pala-

cio muy temprano; pero me consta que su interesante salud continúa en el mejor estado.

—Me alegro mucho. ¡Ah! ¿Qué teneis en el rostro, Jonás? Estais desfigurado.

—Un golpe que recibí no há mucho y del cual me hallo mejor.

—Lo siento, y me complace el alivio. ¿Veniais á hablarme de parte de vuestro señor?

—No, al contrario; deseo que nos ocupemos de un asunto que él debe ignorar por ahora y á vos os importa mucho conocer.

—Teneis talento, Alaejo, y siempre al lado del hombre más eminente de cuantos existen en España, nada hay en vos que me sea desagradable. Acercad ese sillon, y sentaos junto á mí.

—Gracias, señor marqués; vuestra amabilidad conmigo, la distincion con que me tratais, unidas á lo elevado de vuestra posicion, os hacen muy digno del consejo que os voy á dar.

—¡Un consejo! ¿Me amenaza alguna desgracia?

—Por la inversa; creo distinguir en lontananza el colmo de vuestra felicidad.

—¡Qué despejado sois, y cuánto os estimo! Hablad, amigo mio.

—Voy á hacerme digno de tanto favor como me estais dispensando siempre. Antes de daros el consejo ofrecido tened la bondad de contestar á dos preguntas: ¿Qué os parece Otilia de Sandoval?

—Bellísima, encantadora, sublime. Pero en verdad que no comprendo...

—¿Es cierto que su hermosura atrae, seduce, fascina; que su voz conmueve; que su perfecta figura arrebata, y que el conjunto no tiene rival en España?

—Basta haberla visto una sola vez para contestaros con una afirmativa. Mas no sé...

—Su alcurnia es tan buena como la mejor, rica, admirada en la corte...

—No prosigais, Jonás; Otilia es la primera dama en belleza y posicion; pero ¿á dónde vais á parar?..

—La quieren unir á un hombre digno de ella.

—¿Quién es el afortunado?

—Hoy deben elegirlo S. M. y mi señor.

—¡Ah! Vos sin duda oísteis ya la indicacion del candidato.

—Al contrario; no hallando ninguno digno de tan rara beldad, indiqué yo al que juzgaba más merecedor.

—Empiezo á comprender. Continuad.

—La fortuna del designado será inconmensurable.

—¡Quién lo duda! Partiendo de vos la idea, si fuese agradecido...

—Me llamásteis poco há vuestro amigo, y acaso no os hayais equivocado.

—Empiezo á ver claro, mi querido Jonás, y os escucho con entusiasmo y placer. ¿Qué consejo era ese?

—Id á palacio y hablad con el señor duque.

—¿Cuándo?

—Son cerca de las diez; lo más tarde á las once.

—¿Me recibirá?

—Al momento; como grande de España, teneis entrada en la régia cámara; un portero se encargará de anunciaros, y en cuanto mi señor escuche vuestro ilustre apellido...

—¡Qué ingenio tan claro, Alaejo, qué penetracion! ¿Está preparado?

—Marqués, vi que dudaba Sandoval, y aproveché sus vacilaciones para echar á volar la idea; observé luégo el efecto que habia producido en tan poderoso señor, y me retiré sin decirle más, con ánimo resuelto de venir á daros el consejo que acabais de oir.

—Si yo lograra esa ventura, esa dicha...

—Acaso esté en vuestra mano.

—Por intentarlo no ha de quedar; veré al duque ántes de las once, hablándole como por incidencia de su adorable sobrina. ¿Qué os parece?

—Mal, muy mal; permitidme que use con vos esta franqueza.

—¿Qué hariais en mi lugar?

—Yo, señor marqués, demostraria á Sandoval la ardiente pasion que me inspiraba su deliciosa sobrina, y cerraria el cuadro pidiéndole su mano.

—¡Tan de prisa!

—La van á casar mañana por la noche.

—No adivino...

—¿Recordais el nombre de un terrible marino que en Italia salvó su vida?..

—Sí, Magno el *Dragon*, el hombre más odioso que hay sobre la tierra.

—Eso es. Pues bien; el pirata, corsario, ó lo que fuere, que á mí no me importa, la ama, y ántes de que tan audaz mancebo logre enamorarla y cometa un rapto, la vamos á casar.

—¿Osó el malandrin fijar su mirada?..

—Sí.

—¿A pesar de desconocer por completo su orígen, de no tener apellido?

—Sí.

—¡Qué temeridad, qué insensatez!

—Fiado en su renombre de atrevido y bravo.

—Le ódio tanto como desprecio me inspira.

—Lo mismo me sucede á mí, marqués.

—Pues olvidémosle, y ocupémonos sólo de nuestro asunto.

—Antes debo deciros que si el *Dragon* intentase algo contra vos, podeis contar conmigo y hasta disponer de mi vida; le aborrezco con toda mi alma.

—¿Tambien se atrevió con el secretario?..

—¿No basta la audacia de fijar su mirada en la sobrina de mi señor?

—Es mucho; mas al hablar de él cambia vuestra fisonomía, adquiriendo una fiereza extremada.

—El ódio que me inspira. ¿Y vos?

—A mí... Yo le traté con dureza en cierta ocasion en que la suerte me lo puso delante...

—Sí, la maledicencia contó que el bárbaro, alzando...

—Castigaré su altanería.

—Y yo le pulverizaré si hallo ocasion.

—En todo, en todo nos entendemos admirablemente, Jonás.

—Casándoos con Otilia os vengais de él...

—Cierto; y si ántes ó después osara...

—Le saldremos al frente los dos; no de ese modo brutal con que se presenta el soldado, sino de un modo hábil, diestro, y con intencion...

—Comprendo, y estoy seguro que nada dejaremos por hacer unidos los dos. Vamos á lo que importa, que el tiempo corre y la ocasion parece llovida del cielo. Si llego á unirme á la encantadora Otilia lograré el colmo de la ventura humana. Sed franco, Jonás. ¿Qué probabilidades tengo?

—Noventa contra diez.

—Es decir, que me habeis preparado el terreno, y os voy á deber mi dicha futura.

—Cierto.

—Muy bien, Alaejo; ¿qué quereis de mí? Pedid sin tasa.

—Vuestra amistad.

—Esa ya la teneis. ¿Qué más?

—Que, unidos, demos una leccion al torpe marino.

—¡Ah! ¡Tambien se atrevió con el secretario!.. Deduzco el resto, y recibirá lo que merece.

—Pues nada más necesito.

—¿Sois rico?

—Secretario del hombre más poderoso de España...

—Verdad es; hé aquí mi mano; oprimidla, y comencemos á anudar el lazo de una amistad firme y duradera.

—Que concluirá sólo con la muerte. Ahora partid á palacio, y sed tan discreto como conviene al futuro de Otilia.

—Me preparo á conquistar un tesoro, y en verdad que me importa demasiado para que deje de presentarme todo lo hábil y diestro que la razon aconseja.

—Que Dios os inspire, señor marqués.

—¿Hasta cuándo, mi querido Jonás?

—Volveré á la noche, terminado el despacho.

—Aquí os espero.

Y tornando á estrecharse las manos, salió el uno en direccion de palacio, regresando el otro á casa del duque de Lerma.

—Si logro ser el dueño de Otilia,—murmuraba el marqués,—quedaré vengado de Magno y me envidiarán en la corte. Posible es que ella rehuse al principio; pero casada ya, la obligaré á que se humille á mis plantas y me obedezca con ciega sumision. El buen Jonás es una alhaja inestimable: ¡qué bien discurre, qué oportuno y acertado estuvo en sus indicaciones! Aun cuando fuese la venganza el móvil único que le obligase á obrar de ese modo, obtendrá mi amistad y apoyo si consigue la realizacion de su pensamiento.

Embozado Jonás hasta los ojos, no tanto por el frio como por cubrir lo hinchado y deforme de su rostro, con algo de fiebre por efecto de las terribles impresiones y golpes recibidos, caminaba hácia el palacio del duque de Lerma, diciendo para sí:

—Te amo, Otilia, te amo con una pasion que consume mi existencia, la devora, la aniquila. Pasion horrible que si tú descubrieras, despreciarias altiva y desdeñosa; pasion nefanda que si el mundo acertara á comprender, la recibiria con escarnio, befa y ludibrio. No nací alto, esbelto, ni mis abuelos supieron ganar pergaminos, y basta eso para que no pueda alzar la vista ante un hidalgo, noble ó grande. La naturaleza me dió en cambio talento, que en las aulas fué poco á poco desarrollándose, sagacidad que todos desconocen y una intencion que ha de amargar á muchos; pero esto de nada sirve si no hay blasones, títulos... pues servirá; vaya si servirá. Te voy á dar por marido, mi adorada Otilia, un hombre más feo y antipático que yo; te tratará mal, porque yo le obligaré con intrigas y manejos á que lo haga así; y cuando estés cansada de él, aburrida del malandrin que hasta osó castigarte,

entónces me hallarás á mí bueno, y la que rehusaria ser mi esposa acabará por ser mi manceba.

Y asomó á los labios del secretario una fatídica sonrisa que resumia el criminal pensamiento que halagaba su inteligencia.

Luégo añadió:

—Todo es posible con paciencia, constancia y talento; el duque se niega á lo que neciamente llama injusto, mas seguiré dominándolo con adulacion y sagacidad, seguro de obligarle á que éntre por el sendero que yo me proponga; no es tonto, pero yo... ¡Oh! Todo lo verá por el prisma que le presente; la vanidad le ciega y á mí nada me ofusca.

CAPITULO. IV.

El Rey y su favorito.—Un tercero en concordia.—Dos damas de la alta nobleza.—Donde se verá que en todas las clases hay bueno y malo.

El duque de Lerma se dirigió á palacio, reclinado en su espléndida carroza. Segun iba atravesando los salones, dejaba atrás figuras encorvadas, rostros placenteros y un humillante servilismo que denotaba claramente la omnipotencia de tan poderoso señor. Caminaba él sobre aquellas alfombras de terciopelo, erguido, grave, altanero como un sultan, y á tanta cortesía y plácemes se dignaba contestar únicamente con un ligero movimiento de cabeza, que era recibido con aplauso y veneracion por aquella comunidad *humilde, desinteresada y agradecida.*

Cuando llegó el favorito á la puerta de la real cámara donde se hallaba S. M., ya se habia adelantado un gentil hombre y tomado la vénia de Felipe para tener el incomparable placer de decir á Lerma:

—Adelante, señor; no os detengais, que mi amo os aguarda.

El duque avanzó sin dignarse mirar al *movible satélite* que le dirigia frases tan dulces y agradables.

El rey alargó su diestra al duque, diciéndole:

—Te esperaba con ansiedad, Francisco; estrecha mi mano y siéntate junto á mí.

—¿Cómo siguen S. M. y A?

—Muy bien. ¿Y la duquesa y tus hijos?

—Continúan á la disposicion de V. M.

—Son las nueve y media, amigo mio.

—Señor, los graves asuntos de Estado...

—No te disculpes; mi reconvencion es al amigo, no al hombre que sacrifica cási todo el dia en favor de su rey. Ya suponia que cuando tardabas no era la falta de cariño la que te retenia léjos de mí.

—Así es la verdad, señor.

—¿Qué nueva me traes?

—Ninguna que merezca ocupar la atencion de V. M. Seguimos en paz con Francia, Inglaterra y Turquía; las noticias de América son buenas...

—Basta de asuntos de Estado. Ayer tarde tomé chocolate con los reverendos de Santo Domingo y esta mañana con las madres carmelitas. Envidio la paz y tranquilidad de esos siervos de Dios.

—Son más felices que nosotros.

—Lo merecen; consagrados dia y noche á los deberes que les impone la clausura, presentan modelos de santidad. Te participo que deseo me acompañes esta tarde al Pardo, si los árduos negocios de que te ocupas no lo impiden.

—Ay, señor, en estos momentos no es sólo el Estado lo que abruma mi pobre cabeza; tengo además un asunto de familia que me desvela y atormenta.

—¡A tí! Habla, Francisco, ¿quién se atreve?..

—Ya recordará V. M. que mi primo Luis, muerto al servicio de su rey en los estados de Italia, dejó á su viuda y una hija bajo mi única proteccion y amparo.

—Cierto. ¿Qué les sucede?

—Ocurre que Otilia es un poco ligera, y ha logrado enamorarla un aventurero llamado Magno el *Dragon*.

—¿Ese marino tan valiente?..

—Hablan de él con mucha variedad.

—Yo oí que ganó batallas navales y que Venecia le trató como á héroe.

—No tiene apellido.

—¡Ah!

—Su orígen se desconoce por completo, y puede ser hijo de un judío, de un moro, ó quién sabe.

—Verdad es.

—Unido á Otilia, mi nombre serviria de burla, y empañado...

—No sigas; tienes razon. ¿Qué quieres que hagamos?

—Casarla con un hombre digno de ella, quiera ó no; es muy jóven aún, y á los niños conviene dirigirlos, encaminarlos.

—Nada tan natural y puesto en razon como eso. ¿En quién has pensado?

—Antes de designar la persona, teniendo en cuenta que, como hija única, la dejaron sus padres que cumpliera en todo su voluntad, me ocupé en los medios de que una vez en su vida abandonase el capricho y se inclinara ante la razon de conveniencia.

—Es muy justo. ¿Qué discurriste?

—Como yo no sé hacer nada sin prévio beneplácito de mi rey, sin que ilustre la cuestion su esclarecido ingenio...

—Cuenta conmigo para todo.

—Gracias, señor; no en balde os admira el universo como monarca el más bondadoso y entendido que existe.

—Gracias.

—Si no temiera abusar...

—Pide lo que quieras. ¿Qué podria yo negar á mi querido Francisco?

—Si V. M. se dignara visitar á Otilia, hablarla, imponerle el estricto cumplimiento de su deber, la sumision que merecen de su parte los preceptos paternales...

—Eso es muy fácil; cuando quieras iremos á verla.

—Esta tarde, si V. M. se digna...

—Sí, dejaré mi viaje al Pardo para mañana; sólo te impongo una condicion.

—Que aceptaré con júbilo.

—Es indispensable que mañana pasemos el dia juntos.

—A pesar del retraso que sufrirán los asuntos de Estado, no es posible negarse á tan inmerecida honra.

—Convenidos; ocupémonos ahora en la eleccion del marido de tu sobrina.

—Señor, debo ántes cumplir un sagrado deber que me impone mi amor y respeto á V. M...

—Continúa.

—Primero deseaba merecer la honra de saludar á S. M. la reina mi señora.

—Vamos, yo te acompañaré.

Y salieron ámbos, entrando luégo en la estancia que acabamos de citar. Allí permanecieron conversando media hora, en cuyo instante se presentó un gentil hombre á la puerta, é hizo seña al duque de Lerma, diciéndole cuando se acercó:

—El señor marqués de Altacima...

—¿Está ahí?

—Sí, señor.

—Que espere en el salon verde.

Y el favorito se despidió de la reina. Felipe le preguntó:

—¿Te vas?

—Señor, no me dejan...

—Lo de siempre; tu pobre cabeza resiste más de lo que es posible imaginar.

—En breve regresaré á la cámara de V. M.

—Allí te espero.

Marchó Lerma, dirigiéndose al salon verde, en el que halló al marqués de Altacima, de pié é inmóvil como una estatua. Al ver al favorito, se inclinó respetuosamente, diciéndole después:

—Siento mucho distraer al gran hombre de Estado, y os ruego, señor duque, perdoneis mi atrevimiento.

Lerma le alargó la mano, contestándole:

—Siempre fuísteis mi amigo, y nádie ignora que la amistad tiene deberes que cumplir y sacrificios que aceptar. ¿Cómo se encuentra la condesa vuestra madre?

—Muy bien, gracias.

—A vos os hallo tan delgado como siempre, pero fuerte y sano.

—Gracias á Dios, mi naturaleza es buena y no siento molestia alguna.

—¿Qué motiva vuestra presencia en palacio á esta hora, marqués?

Le preguntó el duque fingiendo interés.

—Os vais á reir de mí, porque el enamorado tiene la costumbre de hacer las cosas al revés, y en verdad que al llegar á ese estado nos convertimos en máquinas que sólo obedecen á la fuerza del corazon.

—¿Boda tenemos? Lo aplaudo; el estado normal del hombre y el que conviene á vuestra edad y posicion es aquel á que os veo encaminado.

—Me complace que adivineis, lo cual no es extraño en cerebro tan admirablemente organizado. Deseo, mejor dicho, anhelo casarme; lo acertásteis.

—Doy por hecho que la eleccion será digna de vos.

—Lo difícil es que yo sea digno de ella.

—¿Tan elevada está?

—Mucho, más que yo.

—Así debe ser; más, cuanto quepa en lo posible; ménos, ni un átomo. ¿Qué, deseais mi proteccion?

—Algo más.

—Soy vuestro amigo; ya os lo he dicho.

—Escudado con título tan honroso, me atrevo á declararos que amo con loco frenesí á Otilia de Sandoval.

—Buena eleccion, par diez; si no fuera sobrina mia, acaso hiciera justicia á los encantos con que el cielo favoreció á esa niña. ¿Tiene ella conocimiento de la noble pasion que arde en vuestro pecho?

—No, señor; antes debí aconsejarme del amigo, del pro-

tector, del eminente tio, cuya resolucion acataré áun cuando sea contraria á la única felicidad con que sueño dia y noche.

—Es muy juiciosa, prudente y discreta vuestra conducta; la aplaudo, marqués. Y puesto que, segun decís, vale más que vos, es indispensable hacer algo para merecerla.

—Todo cuanto poseo y valgo lo daria por ella.

—Abreviemos; el rey pedirá su mano esta tarde, y mañana por la noche os casareis si no son inadmisibles las dos condiciones siguientes: primera, dotarla en cien mil ducados; y segunda, os la llevais á vuestro castillo de las Navas, donde residireis con ella por lo ménos ocho meses. En la brevedad y aislamiento á que os condeno está la seguridad de combatir con éxito unos amoríos, mejor expresado, la irreflexion ó capricho de una niña que no tuvo jamás quien la contradijera.

—Acepto sin vacilar.

—Hay de por medio un aventurero que, escudado con el pabellon veneciano, se opone á nuestros designios; pero dejándoos guiar por mí, burlaremos con facilidad las locas pretensiones del que no merece otra cosa que nuestro desden.

—Juro obedeceros en todo, no tener otra voluntad que la del amigo, padre y protector, títulos que deseo me honren desde este instante hasta morir.

—Muy bien; id á vuestra casa, y comenzad los preparativos para la boda.

—¿Cómo podré pagaros?..

—Siendo muy dichoso con Otilia.

—Tio adorado, marcho de aquí con los ojos húmedos por el agradecimiento y por el aura de la felicidad.

—Adios, Jacobo; cuenta conmigo, y procura aprovechar los instantes que te separan de la ventura.

Partió el marqués, dejándose caer el duque sobre un sillon. Después que hubo meditado dos minutos, oprimió un timbre.

—¿Qué manda S. E?

Le preguntó un portero, presentando su arqueada figura.

—¿Vino mi secretario?

—Hace un momento que llegó.

—Pues que pase.

Y cuando lo tuvo delante, le dijo:

—Tu indicacion relativa al marqués de Altacima fué muy oportuna, Alaejo. ¿Te consta que ama á Otilia?

—Sí, señor.

—En ese caso, mañana quedará terminado todo. Ahora es indispensable que vayas á casa de la novia y participes á su madre que á las tres de esta tarde las visitaremos S. M. y yo. Nada más les dices.

—Comprendo.

—No te detengas; al regresar me esperas en mi palacio.

Salió el secretario, y el duque volvió al lado de Felipe, permaneciendo junto á él hasta la hora indicada. Con objeto de dar al acto toda la solemnidad posible, fueron en carroza, precedidos de la alta servidumbre.

La madre de Otilia era una señora de corazon sencillo y alma noble; pero de humos tan aristocráticos, que solia sacrificar sus buenas cualidades ante la monomanía ó pasion por el lujo, la corte y lo que llamaba *deberes de jerarquía.* Su esposo, primo del duque de Lerma, adolecia del mismo defecto, y eso contribuyó bastante á que su aristocrática esposa elevase la cuestion de rango á un terreno exagerado y hasta ridículo. Se llamaba María de Haro, y amaba á Otilia, pero anteponia á su hija el orgullo y la vanidad que la dominaron siempre. No era vieja, gustaba de galas lujosas y espléndidas, y reunia en torno una pequeña corte compuesta de aduladores y pretendientes.

Otilia, por el contrario, era modesta, tenía mucho talento, y su hermosura se aproximaba á la perfeccion. Hablaba poco, le molestaban las lisonjas, y conocia perfectamente los defectos de su madre, con la cual cuestionaba dia y noche. Los cortesanos que entraban en su casa la creian escéntrica, cuando en realidad la causa de la reserva que usaba y el aislamiento en que solia vivir, lo motivaban el hastío y desden que sentia junto á aquellos hombres aduladores y falaces. Su amor á Magno era grande, elevado; su clara inteligencia le presen-

taba al marino como la excepcion de los hombres por su abnegacion, sabiduría, valor, nobleza de alma, y, siempre fijo en su memoria, conceptuaba pequeños y ruines á todos los que se acercaban á ella, comparados con el astro refulgente y poderoso á quien adoraba. Era efectivamente, como dijo su tio, tenaz en sus propósitos; pero no formaba ninguno por efecto del capricho ó la veleidad, sino con la sana razon, de la que siempre se hallaba aconsejada. Su madre la desconocia por completo, creia en la excentricidad con que le calumniaba el coro de sus aduladores, y su torpeza debia necesariamente producirle funestas consecuencias.

Recibió de Alaejo la noticia de la llegada del rey y del primo de su marido con alegría febril. En el acto mandó vestir de gala á todos sus dependientes y criados, introdujo algunas reformas en los muebles de su casa, dando la órden para que adornasen á su hija y á ella con sus mejores galas.

Otilia tembló al escuchar la noticia, comprendiendo desde el primer instante que la régia visita era por ella, y presagiaba un desenlace funesto. Así es que, siguiendo su constante conducta de preferir lo que creia justo y conveniente á las imposiciones maternales, su traje y tocado no correspondieron ni con mucho á las exigencias de doña María. Al verla ésta, le preguntó:

—¿Por qué llegas de ese modo, Otilia?

—Madre mia,—contestó ella con calma,—viene S. M. á vernos, y al rey no se le debe deslumbrar.

—Tu razon de siempre; eres caprichosa, desobediente y excéntrica.

—Nada cuadra mejor en una jóven que la modestia.

—Tu rango, posicion y jerarquía te imponen otra conducta diferente.

—Jamás está mejor el que nació elevado que cuando se confunde en la forma con los pequeños y se remonta en el fondo con los grandes.

—¡Qué frases tan retumbantes é incomprensibles! Yo no entiendo la mitad de lo que dices, Otilia.

—No es culpa mia si carezco de talento y facilidad en el modo de expresarme.

—Convencida de esas verdades, debieras obedecerme con ciega sumision.

—Ya lo hago.

—No te han puesto tus mejores galas.

—Yo creo que son estas que traigo las de más gusto y capricho.

—Tus sandeces de siempre.

—Madre mia, nos estarán escuchando...

—Tú tienes la culpa.

—Sea; pero hablemos de otra cosa. ¿Sabeis la causa de la venida de S. M?

—¿Qué hallas de extraño en ella? Nos visita por pura amistad.

—No es eso; su presencia aquí reconoce otra causa diferente.

—Tu talento sin igual lo adivina. ¿Qué es, entónces, moderna Salomon?

—Lo ignoro, pero me temo una desgracia.

—Guarda, hija mia, ese presentimiento horrible para otra época, que en la presente lo rechaza el sentido comun.

—Bien sabe Dios que quisiera equivocarme.

—Llega S. M. acompañado de tu tio el duque de Lerma.

—Razon más para creer que no los trae á nuestra casa la idea de una simple visita.

—Sea lo que quiera, nos dispensa un honor rarísimo, incomparable, y debieras engreirte y demostrar placer tan natural como justificado.

—Cuando salgan y quedemos de nuevo solas os contestaré.

Madre é hija prosiguieron, aplaudiendo la una la llegada de Felipe y Lerma y augurándole la otra terribles consecuencias. La primera veia aquel acontecimiento por el prisma de su orgullo y vanidad, en tanto que Otilia, con su clara inteligencia y fina penetracion, adivinaba lo que iba á acontecer. La hermosísima jóven, cansada de cuestionar inútilmente, aca-

bó por entregarse á una completa reserva, fin de todas las cuestiones que tenía con su madre.

Llegaron el monarca y el duque, encontrando muy satisfecha y complaciente á la madre, y triste, grave y ensimismada á la hija. Les dió á besar su real mano, y se sentó, obligando á que hicieran lo mismo á Lerma, Otilia y María. Se hallaban en el estrado los cuatro solos, y en los cumplimientos que se cruzaron demostró el rey mucho interés por la jóven.

Callaron un momento, meditó Felipe, concluyendo por exclamar, dirigiéndose á la madre:

—María, se encontraba tu esposo en Nápoles, sirviéndome con la lealtad que tenía de costumbre, cuando, efecto de la última epidemia que invadió mis estados de Italia, fué sorprendido por la muerte. Su celo, energía y valor le llevaron al sepulcro, dejándote viuda, y huérfana á tu bella hija. Vuestro rey no podia olvidarse de vosotras y ménos de los grandes servicios prestados al trono y á la patria por el esposo y padre. Sois parientas de mi querido Francisco; él os estima y protege, pero eso no me basta; necesito demostraros el aprecio que os tengo.

Calló Felipe, las dos les dieron las gracias, y haciendo uso nuevamente de la palabra el primero, continuó:

—Solas, aisladas y escondidas en el hogar doméstico, no estais bien; es indispensable que llegue á vosotras el brillo de la corte, y á este fin sereis nombradas las dos damas de honor de la reina.

—Mi hija, señor, es soltera.

—Estado, María, que cuadra muy mal á su hermosura y posicion.

Otilia vió ya claramente la tormenta que se cernia sobre su cabeza, y se apresuró á contestar:

—Señor, acabo de cumplir diez y ocho años, no tengo experiencia, desconozco el corazon humano, y deseo tener la edad y reflexion necesaria para hacer una libre y acertada eleccion.

—De eso yo me encargaré; quiero que te presentes lo más

pronto posible en palacio, y ántes es necesario que un grande de España, digno de tí, te dé su apellido.

—La union que nos ha de ligar el resto de la vida debe ser, en mi concepto, espontánea, á gusto de ámbos contrayentes.

—Por lo comun, hija mia, los reyes y los poderosos de la tierra sólo tenemos en cuenta para esos actos la conveniencia; mas en la ocasion presente el marido que te voy á designar te ama con delirio, y tú, tan buena y bien educada, acabarás por devolver á tu esposo tan santo cariño.

Ya no quedaba duda alguna á la infeliz Otilia de que iba á ser víctima de una horrible intriga tramada por su tio, el rey, y hasta llegó á sospechar de su madre, contra ella y el valiente Magno. No era tímida ni cobarde la encantadora niña, y se hallaba muy dispuesta á no dejarse envolver en aquella red. Así es que, con resolucion heróica, le contestó:

—Señor, muerto mi padre en Nápoles y cuando regresábamos su viuda, huérfana, algunos servidores y vários jefes del ejército de Italia, fuimos sorprendidos en el golfo de Lion por un temporal tan fuerte que nos llevó parte de nuestro buque. Luégo chocó aquél con un escollo, y cuando íbamos á servir de pasto á los peces, se presentó milagrosamente el marino más bravo y entendido que cruza los mares. Era Magno el *Dragon*, que regresaba á Venecia después de destruir una parte de la escuadra inglesa, el cual llegó en medio de la tormenta, con peligro inminente nos alargó su poderosa diestra, y con exposicion de su barco y vida salvó las nuestras de un modo maravilloso, incomprensible. Un instante más, un solo minuto de duda ó vacilacion por parte del héroe, y los ciento cincuenta séres que íbamos en mi galera, á todos, sin excepcion, nos hubiera tragado el abismo. Los marinos le aplaudieron frenéticos por su destreza, habilidad y denuedo; los valientes se juzgaron pigmeos al lado de aquel gigante; las madres, inclusa la mia, besaban sus manos de hinojos, estrechándole las rodillas; los hijos le vitoreamos con entusiasmo, y el modesto jóven, el rey de los mares, nos devolvió una mirada desdeñosa, que queria decir: «eso nada vale; sois una pobre gente que

desconoce el verdadero mérito.» A su alma noble y generosa no le bastó salvarnos la vida: ya en su escuadra, volvió atrás, dejándonos en Cartagena sanos, salvos, y tratándonos durante la travesía con respeto y consideracion dignos de su renombre. Yo fuí la que ménos se asustó durante la catástrofe; mi serenidad llamó su atencion, y en los quince dias que tardamos en llegar se fué aficionando á mi conversacion hasta el extremo de enamorarse de mí. Señor, debo á ese hombre la vida, y es justo pagarle deuda tan sagrada.

Calló la jóven, el rey quedó suspenso, la madre mirándole con enojo, y el duque, que era el de más talento de los tres, se permitió coger una mano de Otilia, contestándole con mucho cariño:

—Pero tú no le amas, hija mia; tú no puedes abrigar una pasion indigna de tí; ese hombre, áun cuando sea valiente y generoso, su orígen es oscuro como la noche más lóbrega, y á la heredera del virey de Nápoles, á la sobrina del duque de Lerma, no le es dado fijar su altiva mirada en el hijo del crímen, en el descendiente acaso de un judío, moro ó gitano.

—No cabe duda,—añadió el rey.—Conozco el hecho llevado á cabo por Magno, y puesto que se halla en Madrid, te ofrezco remunerar espléndidamente su noble accion, la cual, Otilia, la han practicado diferentes veces la mayor parte de mis bravos marinos; el prestarse socorro un barco á otro en medio de los mares es tan viejo y comun como las tormentas y los huracanes.

María se apresuró á replicar:

—¡Quién lo duda! Mi hija, gran señor, es muy jóven y bastante agradecida, pero tiene en mucho su nombre y posicion social, y nunca, nunca descenderá del alto puesto donde se dignó elevarla la Providencia.

—Piensa bien,—añadió el duque;—ella es discreta, y accederá gustosa á la honra que se digna dispensarla su rey y señor, logrando de este modo un aplauso nuestro en vez de un *yo lo mando* expresado por su madre y por mí.

—Cierto,—exclamó María.

—Eso es indudable,—dijo el soberano.

Otilia comprendió que no podia combatir con éxito las tres opiniones que cayeron sobre ella como un rayo asolador, y se dispuso á ser mujer, esto es, sagaz, hipócrita, pues no era dama que se dejaba llevar contra su voluntad por la corriente que pretendia empujarla al abismo. Por esta razon, después de haber pensado en su presente y porvenir, preguntó al rey, aparentando la mayor candidez:

—¿Se dignó V. M. designarme esposo?

—Sí.

—¿Podré saber quién es el elegido?

—Mi muy noble y leal servidor marqués de Altacima. ¿Qué os parece, María y Otilia?

La primera contestó:

—Yo me inclinaré siempre ante la voluntad de mi rey.

La segunda añadió, fingiendo resignarse:

—Nada hallo que decir en contra de lo dispuesto por mi señor.

Sin comprender ninguno de los tres el sentido de las intencionadas frases de la jóven, admiraron su supuesto asentimiento, humildad y candor. Felipe prosiguió después:

—En mi afan por verte pronto casada, dama de honor y brillando en la corte, he dispuesto que se celebren las bodas mañana por la noche. Tenía proyectado ir al Pardo, y suspendo mi cacería por tí.

—Gracias, señor.

—Nunca podrá pagar á V. M. mi hija tanta bondad é interés.

—Serán padrinos, en representacion de la reina y mia, los duques de Lerma; se efectuará la boda á las diez de la noche en esta casa, y luégo ireis á palacio, donde os esperaremos mi esposa y yo. Al siguiente dia me acompañareis al Pardo.

Y continuaron ocupándose de los desposorios, sin hallar oposicion alguna por parte de Otilia, ni tampoco un asentimiento claro, terminante; las pocas frases que pronunció la

jóven tenían siempre dos sentidos, y el rey, el duque y la madre las interpretaron á su antojo.

Arreglado todo, segun cuadraba á la voluntad del favorito, se despidieron ámbos afectuosamente de las damas, dejándoles una cordial enhorabuena y Lerma una órden dada en voz baja á su prima, relativa á Magno y á su sobrina.

Quedaron solas otra vez madre é hija, exclamando la primera:

—¡Qué dichosa vas á ser, Otilia!

—¡Mucho! Elegí un esposo á mi gusto, me caso sin que se empañe mi libre albedrío, y el hombre preferido por mí no tiene *pero*.

—Tu ironía es impertinente; lo mismo me sucedió á mí, é igual acontece á las mujeres de nuestra estirpe y rango.

—Bendigo y ensalzo la santa abnegacion de sexo tan protegido y halagado.

—Somos débiles, pobres de entendimiento, y debemos dejarnos guiar por los que pueden, saben y valen más que nosotros.

—¿Aun cuando nos precipiten y conduzcan á la desgracia?

—Nuestra condicion es obedecer.

—¿No tenemos voluntad? ¿Negó el bondadoso y justiciero Dios á las descendientes de la sublime madre que cuidó de su divino sér en la tierra, que lloró su muerte después de sufrir martirio cruel, el derecho de decidir sobre su suerte?

—¡Qué comparaciones y qué ideas tan extravagantes!

—Bueno, madre mia, mis reflexiones iban dirigidas á la conciencia de la que me escucha; mas si rehusais oirlas, dejaré de molestaros para siempre.

—Así te quiero, humilde, y afanosa de obedecer á los que te dirigen y te aman.

—Os juro que no volverán á impacientaros mis frases.

—¡Qué buena eres! Ocupémonos única y exclusivamente de tu boda, de tu felicidad. Te regalo la mitad de mis aderezos, y en cuanto se presente Altacima le exigiré como condicion indispensable que os quedeis á vivir en mi casa. Es un grande de España, rico, amable, simpático.

Y la madre, entusiasmada con la honra que acababa de hacerla S. M. y la futura dicha de su hija, permaneció elogiando al novio, al rey y al primo de su difunto esposo.

Más tarde se presentaron el duque de Lerma y el marqués de Altacima. Otilia estuvo con ellos trivial, cási indiferente; María, por el contrario, habló mucho, mostrándose tan propicia como deseaban el futuro esposo y el tio.

Magno entretanto buscaba inútilmente su orígen, ignorando la desgracia que le amenazaba.

El capitan Pantoja no vió en todo el dia á Sandoval, y desconocia tambien el acontecimiento preparado por su señor.

Y el secretario Alaejo avivaba el fuego de la intriga en que tomó parte tan activa, gozando ya al ver la decidida victoria con que al parecer contaba. La deformidad de su rostro y el dolor que aún sentia le recordaban á menudo el sonrojo y humillacion de que fué víctima, y entónces oprimia los puños con ira satánica, juraba vengarse por centésima vez, y en su ciego despecho pretendia contemplar á Magno desesperado, buscando un puñal con que atravesar su corazon. Ni este malvado ni ninguno de los que habian tomado parte en la boda proyectada conocian á Otilia de Sandoval ni á Magno el *Dragon*.

CAPITULO V.

La casita misteriosa.—Los dos amantes.—Contra la fuerza basta el poder de la inteligencia.

Se hallaba situada la casa en que vivian María de Haro y su hija Otilia al final de la calle de Atocha, y era la penúltima de la acera, pues la inmediata, más pequeña y antigua, tenía su costado izquierdo frente al campo y su fachada á la puerta de Anton Martin, término de Madrid por esta parte en la época á que nos referimos.

El edificio ocupado por la madre y la hija era tan suntuoso como modesto el que le seguia: éste lo habitaba una anciana, viuda del teniente Quiroga, y jamás dieron pábulo á la más leve sospechosa la dueña ni la casa que le servía de albergue.

Acabó el dia en que el rey participó á Otilia su decision de casarla al siguiente; la jóven, pretextando encontrarse víctima de una jaqueca, que solia molestarle de contínuo, se retiró á sus habitaciones en compañía de una camarera que le merecia entera confianza, y se encerró, después de despedirse de su madre hasta la mañana siguiente. Doña María de Haro

estampó un beso en la frente de su hija, y entró en el estrado, en el cual fué recibiendo á sus tertulios, tan alegre y satisfecha de su presente y porvenir como no lo habia estado nunca. Sus pretensiones aristocráticas fueron coronadas con la visita y boda propuesta por S. M., y la elevada señora se presentó á sus amigos orgullosa y complacida.

Dejémosle que refiera y comente los sucesos del dia, y averigüemos qué es de Magno en los momentos en que, de un golpe de mano airada, intentan cortar su única felicidad.

Serían las ocho y media de la noche, cuando el valiente marino llegó á su casa, quedando parado en el zaguan.

—¿Qué hay?

Preguntó á un grumete, que, al parecer, le esperaba allí con los brazos cruzados.

Aquél le contestó:

—Mi capitan, siguiendo mi costumbre, quedé al *pairo* frente á la casa consabida.

—¿Has notado alguna señal?

—Tres veces apareció la vela agitada y llamándoos.

—¡Tres veces!

—Sí, señor; el piloto que la movia deseaba ver al *Dragon* viento en popa y...

—Basta; cierra la puerta, y di á Oton que probablemente tardaré esta noche, pudiendo en consecuencia retirarse al lecho cuando guste.

Magno caló su chambergo, y corriendo el embozo del ferreruelo hasta cási juntarlo con el ala de aquél, partió con paso acelerado en direccion de la puerta de Guadalajara, por la cual salió algo después.

Eran cerca de las nueve y la noche se presentaba oscura y fria, por cuya razon, sin duda, no encontró nuestro marino alma viviente desde la referida puerta hasta la de Anton Martin. Se detuvo cerca de aquella, reconoció detenidamente los alrededores, y no viendo á nádie, avanzó, tornando á detenerse frente á un postigo que daba al campo, perteneciente á la casita unida al edificio que ocupaba Otilia.

Embozado hasta los ojos é inmóvil, permaneció cinco minutos.

—Nádie me ha seguido, nádie me espia.

Dijo, y sacando una llave, abrió el mencionado postigo, cerrándolo por dentro.

Una voz que le era muy conocida, exclamó:

—Adelante, señor capitan; aquí os espero.

Y se halló frente á la viuda del teniente Quiroga, la cual le salió al encuentro, llevando una luz en la mano.

—Buena noche, Leandra. ¿Hicieron por dentro la señal?

Preguntó el *Dragon*.

—Sí, señor; tres veces.

—¿Habeis contestado?

—Claro es; paso la mayor parte del dia junto á la pared medianera, y no es fácil que llamen y yo no responda.

—Os agradezco vuestro interés por mí,—añadió Magno con cariño,—y anhelo recompensarlo...

—No prosigais, señor. Fuísteis el protector de mi esposo miéntras vivió; muerto aquél, me señalásteis una pension tan espléndida como yo no pude imaginar; luégo me regalásteis esta casa, y, pareciéndoos poco, raro es el dia que no hallo una moneda de oro arrojada por vos sobre uno de los muebles de mi vivienda. Creo que tanta generosidad supera á la de los príncipes.

—Vuestro esposo, Leandra, pereció á mí lado como un valiente, su viuda es tan leal como aquél, y es deber mio demostrarle que soy agradecido.

—Mi vida os pertenece, señor; nada más puedo deciros.

—Gracias. ¿Hay luz en el gabinete?

—Y en las habitaciones intermedias.

Magno subió la escalera, y, ya en el piso principal, fué atravesando pequeñas estancias hasta detenerse en la última, frente á un armario embutido en la pared; luégo dió tres golpecitos, y el armario comenzó á moverse, presentando un hueco que dejaba libre el paso á una preciosa cámara de la casa inmediata.

Era una puerta secreta mandada abrir hábilmente y en el silencio de la noche por el entendido marino. Los cuatro hombres que la hicieron entraron con los ojos vendados, y nunca supieron el paraje donde habian construido aquella puerta.

Hemos dicho que por la parte donde estaba el *Dragon* figuraba un armario encerrado en el muro, y añadimos que por el lado opuesto presentaba un espejo, situado en la habitacion que servía á Otilia de tocador.

Al abrirse el hueco que daba paso de una á otra estancia apareció la camarera confidente de la amada de Magno, diciéndole:

—Entrad, caballero; mi señora os aguarda impaciente.

Y desapareció de allí. Nuestro marino cerró la puerta secreta, arrojó el sombrero sobre un sitial, volviéndose para contemplar á Otilia, que le esperaba á diez pasos.

—Hace dos noches que no te veo,—exclamó el *Dragon*,—y tan corto período me ha parecido eterno. ¡Qué hermosa eres, Otilia; qué desgraciado soy!

La jóven le tendió su blanca, pequeña y sedosa mano, que él besó con entusiasmo, contestándole:

—Sentémonos en estos dos sillones, que están juntos. Ahora dime la causa de tu infortunio.

Pronunció las anteriores frases con su natural calma y resolucion, pero fijándose en Magno con amor é interés. Aquél replicó:

—¡Ay, Otilia, voy perdiendo la esperanza de encontrar unos padres que siempre desconocí, de hallar mi orígen, escondido en la oscuridad y el silencio! ¡Hasta el sér más desgraciado de la tierra tiene aquello de que yo carezco!

—Tanto debes á la Providencia, que puedes muy bien prescindir de lo único que te ha negado.

—Imposible; mi única dicha en el mundo sólo puede realizarse uniéndome á tí, y para el logro de mi deseo es imprescindible contar con un apellido que dudo hallar.

—Yo te amo por lo que eres, por lo que vales; tus heróicos hechos, tu admirable conducta, tus títulos, ganados, sin

excepcion, asombrando á los hombres, bastan, mi querido Magno, para hacerte digno de mí. Olvida esas ideas, que, amándote yo sin condiciones, puedes muy bien prescindir de lo que á mí no me hace falta.

—Lo he jurado, Otilia, y el mundo oyó mis frases.

—Pues siento decirte que una causa poderosa y extraordinaria te impide cumplir tan terrible promesa.

—Ninguna habrá capaz de eso; quiero ser tu esposo, pero á la vez deseo que alces la frente con la arrogancia de una reina. Si no te amase tanto, acaso pensaria de otro modo.

—Loco, cuando siempre te toleré esas ideas y ahora las combato, has debido comprender que el motivo es demasiado grande para que yo me incline ante él. Escucha, Magno: te conocí en dia funesto; me salvaste la vida, y tu nombre, que era ya admirado por mí, se elevó como yo no puedo explicar. Juzgaba, sin embargo, al célebre marino muy valiente y entendido, pero terrible, déspota, iracundo; y al acercarte, al escuchar tu voz, al mirarte de cerca, vi que me habia equivocado, y que el *Dragon* de los mares era léjos del combate tierno, cariñoso, agradable. Tu vida aventurera y abandonada no logró alejar de tí unos modales, cortesía y atenciones que te envidian los más apuestos caballeros. Y consiste en que á tu renombrada bravura unes un talento é instruccion sublimes, portentosos. Tardé en enamorarme de tí, tanto como en conocerte; sólo puedo ser feliz contigo, y no es noble ni generoso hacer desgraciada á la mujer que funda en tí su única esperanza.

—Otilia, ¿por qué me hablas de ese modo? Dime la causa que motiva cambio tan inesperado.

—Si les fuera dado hablar á los objetos que me rodean, te contestarian por mí ese pavimento que recibió mis lágrimas tres horas consecutivas, esos muebles que oyeron mis suspiros y contemplaron mi dolor.

—Continúa, amor mio; ¿quién osó entristecerte, quién acercó el llanto á esos divinos ojos, quién atormenta á la mujer que yo amo, y vive y alienta?

—No dirijas tu diestra á la empuñadura de la espada; olvida esas ideas de muerte, y con la calma del héroe oye mi relato.

—Habla, por Dios, que tengo el alma en tortura.

—Hoy han estado en mi casa el rey, el duque de Lerma, otros caballeros, y mañana me casan con el marqués de Altacima.

—¿Con esa silueta de hombre que le negó la naturaleza hasta el valor que concede á un mísero soldado?

—Sí.

—¡Y mañana!

—Mañana.

—¿Quiénes acordaron esa boda?

—S. M., mi madre y mi tio.

—¿Te ama él?

—Lo supone, buscando en mí un halago á su orgullo y una fortuna que sólo tiene en parte. Creo que anhela únicamente el oro de la huérfana y la belleza de que me juzgan adornada.

—¿Y tú, qué has contestado?

—Yo, me resigné al parecer, y aguardo que tú decidas de mi suerte.

—Otilia, ¿qué deseas?

—Ser tuya ó de nádie.

—Todo lo comprendo: esa boda fué aborto de la entrevista que tuve anoche con Sandoval. Ninguno de los tres te quiere; á tu madre y á tu tio les ciega el orgullo y vanidad, y al rey le es indiferente tu suerte. Altacima es un miserable.

—Ya lo sé.

—No llevará á cabo su fatal pensamiento.

—Eso pretendo yo.

—¿Y qué haremos, amor mio?

—¿Nada se le ocurre al intrépido marino?

—¡Disponemos de tan poco tiempo!..

—¿Veinticuatro horas no son bastante para un sér de tu talento y energía?

—Habré de conformarme con el plazo. Déjame discurrir.

—Piensa, medita y resuelve; no hallarás dificultad en mí; áun cuando yo quisiera oponértela, se negaria mi corazon. En tu rostro contraido y terrible hace momentos, veo aparecer una ráfaga de alegría; sí, triunfará como siempre; para ese cerebro privilegiado no hay imposible.

Magno alzó de pronto la cabeza, preguntando:

—¿A qué hora debe celebrarse esa boda?

—Muy entrada la noche.

—¿En dónde?

—En esta casa.

—Veamos si mi plan merece tu asentimiento: tienes destinadas las cuatro habitaciones que siguen á ésta en que nos hallamos; ¿es cierto?

—Sí.

—Pues bien; mañana te presentas alegre y satisfecha; recibes y elogias tus regalos de boda, procurando estar amable y cariñosa con cuantos te rodeen, y muy particularmente con el marqués de Altacima y tu tio; pero sin afectacion, sin exagerar, sin que el enemigo pueda profundizar su penetrante mirada hasta nuestro secreto. Tienes talento, voluntad incontrastable, y si estudias bien la situacion...

—Comprendo la idea, y todos creerán lo que á mí me convenga, nada más.

—Muy bien; al anochecer dices á tu madre que, debiendo cubrirte con las galas del himeneo, necesitas mucho tiempo para prepararte.

—¿Y luégo?

—Doña María accederá gustosa á que su bella hija se adorne como una reina, y no verá mal que le encargues un poco de paciencia durante las tres ó cuatro horas que has de emplear en tu tocado.

—¿Y luégo? .

—Después, seguida de tu camarera confidente, entras, procurando cerrar esas cuatro habitaciones. Ya en ésta, á la que tambien echarás llave y pasador, te engalanas con un traje

de camino, cuidando que la camarera se vista como tú. Deberás terminar todo esto en el mismo instante en que la noche acabe de extender sobre la tierra sus negras y dilatadas sombras.

—¿Y luégo?

—Abres esa puerta secreta, y cuando hayais salido las dos, dejándola bien cerrada, seguís á un alférez de marina, que os llevará con precaucion hácia esos árboles que hay á la izquierda de la puerta de Anton Martin.

—¿Y luégo?

—En el bosque montareis en briosos caballos, y, acompañadas de tres valientes marinos, caminareis dia y noche hasta llegar á Cartagena, donde te aguarda la escuadra de Venecia, que mando yo.

—¿Nos alcanzarán?

—Imposible.

—Tal seguridad me admira.

—Llevareis á vuestros perseguidores una delantera de doce horas, con lo cual bien comprenderás que no es fácil la persecucion.

—¿Y luégo?

—La galera *Dragon* os conducirá á Venecia, quedando tú depositada en el palacio de mi amigo el Dux.

—¿Y tú entretanto?

—Yo me despediré esta noche de tí, y aquí me quedo.

—¿Qué te propones, Magno?

—Seguir buscando mi orígen como hasta aquí.

—¿Y vas á continuar mucho tiempo practicando tan inútiles averiguaciones?

—Otilia, pensé no descansar ínterin ignorase quiénes eran mis padres, pero no contaba con que tu tio y el rey me sorprenderian, segun acaban de hacerlo. La hipocresía del duque de Lerma en la entrevista que tuvo anoche conmigo, la oposicion de tu madre, la órden terminante del rey y el hecho que intentan realizar mañana, me hacen desistir en parte del empeño, en no unirme á tí hasta saber quién soy. Debo, sin em-

bargo, apurar todos los recursos que estén á mi alcance, por cuya razon emplearé un año más en mis averiguaciones. Terminado ese plazo, volveré á Venecia para realizar en el acto nuestra boda.

—¡Un año todavía separada de tí; un año escondida en ese palacio que desconozco; rodeada de gente extraña, sin proteccion!..

—Te equivocas, amiga mia; el Dux me estima como al primer marino de la república, me quiere como á hijo, y estoy seguro que hallarás en él el padre que perdiste. Todos mis amigos, que son muchos, se apresurarán á visitarte y á complacerte en cuanto les pidas; tendrás por cárcel la ciudad más bella del universo, el palacio más espléndido de Europa, y nada se presentará á tu vista que no te halague.

—¿A qué esperar un año más, mi adorado Magno?

—Me dice el corazon que he de hallar en breve lo que busco.

—Mi tio es poderoso, te culpará del rapto, y entónces ¡ay de tí!

—Represento á Venecia, y á ninguno le será dado probar que he tomado parte en ese acontecimiento.

—Al duque le bastará una sospecha para perderte.

—Tengo previsto el caso, y no lo logrará.

—Tu excesivo valor puede conducirte al abismo.

—Algo confiado soy, pero mi suerte es buena, y suple con ventaja lo que vosotros llamais mis imprudencias.

—Preveo una gran desgracia.

—Es natural la timidez en dama tan bella, tierna y cariñosa.

—Te equivocas: nací fuerte, y me sobra resolucion; por eso nada temo por mí; los presentimientos que llegan á mi mente se contraen todos á Magno el *Dragon*.

—Esa es la centésima prueba de tu puro y casto amor. Treinta veces estuve expuesto á morir; creyeron cuantos me rodeaban que no habia remedio humano capaz de salvar mi vida, y siempre salí ileso, debiendo mi salvacion á la justicia

de mi causa, á la proteccion del cielo y á mi arrojo y serenidad.

—Está bien; quédate en Madrid, que si tú pereces aquí, yo moriré en Venecia poco después. Prefiero dejar de existir á conservar la vida, teniendo por dueño al marqués de Altacima. Sólo exijo de tí que nos veamos mañana por última vez.

—Bien, lo lograrás. Cuando termine los preparativos del rapto y esté todo corriente, vendré á casa de Leandra y aguardaré la ocasion de estrechar tu mano.

—Haces la señal en cuanto llegues.

—Otilia, perdóname si no parto contigo; la causa me disculpa y justifica; perdona al que, anhelando pasar todos los dias de su vida contemplando tu hermosa faz, oyendo tu delicioso acento, admirando la clara inteligencia que el Hacedor se dignó otorgarte, libando un amor puro, santo, embriagador, sublime, tiene que huir de tu lado, abandonarte y suspirar dia y noche por el único sér que puede hacerle grata la vida, dichoso el porvenir.

—¿Ya te levantas?

—Sí; dispongo sólo de veinticuatro horas, el tiempo corre y no debo llegar tarde, que en la ocasion presente voy á ganarlo todo ó á quedarme sin nada. Adios, ángel mio, hasta mañana.

—¡Ay, Magno, qué desgraciada soy!

—¿Por qué, Otilia?

—Mi madre y mi tio quieren sacrificarme; tú lo vas á evitar, pero á la vez me abandonas. Oye: casémonos en secreto y salgamos de España; yo no deseo vivir en las grandes ciudades; al dejar á mi madre y el pueblo donde nací, me es igual un paraje cualquiera del resto del mundo; en América, en la India, aislados entre los árboles y las plantas, seré feliz pudiéndote contemplar como ahora. Yo no amo á nádie más que á tí, á tí te quiero únicamente, sobrándome todo lo demás.

—Tan bella como elevada en las ideas y sublime en todo. ¡Qué deliciosa eres, Otilia! A una dama que vale lo que tú no la condenaré jamás á que viva entre los árboles del desierto; á que tenga por compañeras las aves, por espejo el agua y

por mundo el aislamiento y el olvido. Quiero que,cogida á mi brazo, con la frente erguida y el corazon rebosando alegría, habites en los palacios, te envidien las reinas y te adulen los hombres. Niño huérfano, pobre, abandonado, sin padres, amigos ni parientes, sin presente ni porvenir, me elevé adonde llegan pocos hombres, obtuve cuanto quise, vencí siempre que lo intenté. Destruir dificultades, arrollar inconvenientes y realizar lo que otros llaman imposibles, fué mi estado normal. Y quien tanto hizo no sucumbirá en esta ocasion ante accidentes que Magno apellidó siempre triviales.

—¡Pero un año de separacion! ¿Tú sabes lo que es eso?

—Vaya si lo sé; contaré los minutos por los suspiros que exhale, las horas por los gemidos de mi alma, los dias por los tormentos de mi corazon, y todo el período por el martirio más horrible de la vida.

—Entónces, ¿por qué, Magno, no empiezas á ser feliz desde mañana?

—Porque quiero lograr la dicha por completo, y de ese modo no lo consigo. Vosotros, los que al abrir los ojos os sentísteis arrullados por el amor paternal; vosotros, los que para ser ricos os bastó alargar la mano y coger la herencia de poderosos antepasados, á vosotros os es sensible la menor contrariedad, el más leve capricho frustrado. En eso os aventajo mucho: yo ¡ay mísero! sin padres ni fortuna, sin dinero ni amigos, sin presente ni porvenir, me connaturalicé con el sufrimiento, y aprendí á esperar y á vencer. Ten calma, Otilia; confía en mí, y deja al *Dragon* que arrolle las dificultades y arranque á la suerte su último triunfo.

—Vé, hombre incomparable; cuando hablas del modo que concluyes de hacerlo tiembla el que te mira. ¡Ay de mí si en ese último triunfo pereces; mi corona entónces será de espinas!

—No sucederá eso.

—Tú lo quieres, y no sé resistir ante la omnipotente voluntad de Magno.

—Adios, mujer ideal, hasta mañana.

La hermosa jóven le alargó su mano, que él besó, desapareciendo de allí en la forma que habia entrado.

Otilia cerró la puerta secreta, y se dejó caer en un sillon, exclamando:

—¡Separada un año de él! ¡Ah, bien pone á prueba el destino la fortaleza de mi alma!

Y se cubrió el rostro con las manos, deshaciendo entre sus dedos las lágrimas que se agolparon á sus negros y rasgados ojos. Luégo añadió:

—Es preciso tener valor, imitar al héroe, y en verdad que lo haré. Ya he vertido el último llanto; ahora me entregaré á la resignacion, y en vez de presentarme débil y asustadiza, sucederá lo contrario.

Se puso en pié, anduvo vários pasos, quedando parada frente á un espejo.

—Muy bien,—continuó;—la resolucion aparece en mi semblante y el valor llega á mi alma.

Y dirigiendo la vista á la derecha, llamó:

—¿Regina?

—¿Qué mandais, señora?

La preguntó entrando su camarera y confidenta.

—¿Acontece algo?

—Nada absolutamente; vuestra madre se rodeó de sus amigos, y continuará entre ellos alegre y satisfecha.

—Cierra esas puertas, y vuelve.

Poco después le dijo Regina:

—Aquí me teneis.

—¿Podrán escucharnos?

—No, señora.

—Acércate, hija mia; tu lealtad é interés hácia mí te hicieron digna de todo mi cariño.

—Ya lo sé; y yo os amo tanto ó más que á los padres que perdí siendo niña.

—Te voy á exigir una prueba grande, difícil.

—¿Qué no haria yo por vos? Mandad, que á todo me hallo dispuesta.

—Tú fuiste siempre mi compañera, cási mi amiga, y quiero que nunca te separes de mi lado.

—Nunca, nunca; ese tambien es mi deseo.

—Regina, me quieren casar con un hombre á quien no podré amar.

—Ya lo sé.

—Me han puesto en el caso de que me una á él ó de que abandone Madrid, y huya de un pueblo que va haciéndose odioso para mí.

—Pues huyamos de él, y que el valiente Magno sea con nosotras.

—¿Tú te atreverias?..

—¿A seguiros, á obedeceros? Es mi única mision en el mundo.

—¡Qué buena eres! ¿Tendrás valor?

—Para quedarme, no; para ir al fin del mundo con mi señorita, sí.

—¿Te sostienes bien sobre un caballo?

—Ya lo creo. ¿No recordais cómo corria detras de vos en vuestra posesion de Alcalá? Hubo dia que anduvimos más de seis leguas, siempre á escape.

—Ahora serán más de setenta en muy poco tiempo.

—Me alegro; es ejercicio que me gusta mucho.

—¿No vacilas ni temes?..

—Nada, nada, resolucion completa.

—Perfectamente; tu mision se reduce á tener dispuestos dos vestidos de camino y velos para cubrir el rostro.

—¿Cuándo hacen falta?

—Mañana al anochecer; los dejas en esta habitacion y en ese armario.

—¿Llevamos dinero, alhajas?..

—No, lo puesto y nada más.

—¿Qué otra cosa deseais?

—Desnúdame, y luégo retírate á descansar.

Poco después dormia tranquilamente Otilia, y cerca de ella su camarera y confidente. Decidida la bella jóven á huir á

Venecia, y teniendo confianza absoluta en Magno, miró con desden la intriga de su tio y el asentimiento de una madre que no temia sacrificarla ante las exigencias de su orgullo y vanidad.

Magno sonrió al abandonar la casita de Leandra, exclamando para sí:

—¡Necios, confian demasiado en su poder, sin estudiar lo que vale, de lo que es capaz el *Dragon*! Pronto les pesará, y al ver que la paloma se les escapó de entre las manos, cargarán sobre mí. ¡Insensatos, los abortos de su inteligencia se estrellarán contra la roca de mi pecho!

Llegó á su casa, y después de dar várias órdenes partió á la del embajador de Venecia, con el cual estuvo encerrado más de tres horas.

El resto de la noche lo empleó en hablar con alguno de sus amigos, á los cuales hizo abandonar el lecho, en escribir vários pliegos y enterar á sus dependientes del modo con que debian desempeñar la difícil é importante mision que les confiaba.

De este modo les sorprendió el dia, teniendo terminados los preparativos del rapto á las siete de la mañana.

Poco después comenzaron á salir emisarios en direccion de Cartagena y á correr el oro de Magno con la esplendidez que solia extenderlo tan generoso marino.

CAPITULO VI.

Una boda en proyecto.—La embajada.—Otra cita misteriosa.—El rapto.

Se habia esparcido la voz por los círculos aristocráticos de Madrid de que Otilia Sandoval se unía al marqués de Altacima; veinte lacayos fueron de casa en casa convidando á los dueños al solemne acto que debia verificarse por la noche, y la morada de nuestra jóven se vió favorecida con multitud de regalos que le ofrecian sus parientes y algunos otros que se llamaban amigos íntimos. Su futuro esposo el marqués, no obstante el poco tiempo de que disponia, estuvo generoso, espléndido; su tio le mandó un presente régio y SS. MM. le enviaron una corona de brillantes.

Sandoval, y muy particularmente su secretario Alaejo, pusieron en juego la policía para que averiguase dónde entraba, salia, y qué intentaba el capitan de la marina veneciana Magno el *Dragon*; y los partes recibidos hasta las doce del dia fueron completamente satisfactorios, por resultar de ellos que el atrevido capitan no habia salido de su casa ni recibido á persona alguna sospechosa.

Contento Jonás con presente tan halagüeño, y satisfecho

el duque, marchó á palacio, efecto de una órden urgente que acababa de recibir de parte del rey.

Entró en la cámara en que se hallaba S. M., siendo sorprendido con la presencia del embajador de Venecia, el cual se hallaba hablando con Felipe. Lerma se inclinó ante el monarca, saludando después al representante de la ciudad acuática; luégo fijó en el último una mirada penetrante y recelosa, exclamando:

—Señor, estoy á los piés de V. M.

—Bien venido, Francisco; te mandé llamar con urgencia para que oigas lo que dice el embajador de Venecia. Quiere formar una nueva liga contra los turcos, y me ha hecho proposiciones á nombre de su país que merecen estudiarse y discutirse con detenimiento. Añade que está facultado el capitan Magno, como enviado extraordinario de la república, para ayudarle á convencernos y ultimar ese asunto, segun el deseo y la conveniencia de ámbas partes. ¿Qué opinas de esa nueva liga?

—Me parece muy bien, señor,—replicó el duque, empezando á tranquilizarse;—el imperio de Oriente, no obstante las lecciones que le hemos dado y de encontrarse en el principio de su decadencia, continúa pretendiendo realizar sus designios de dominar á Europa. En mi concepto, debia tratarse esa cuestion hoy mismo.

Lerma pronunció las últimas frases con marcada intencion; pero, léjos de encontrar obstáculo en el representante de Venecia, le oyó placentero exclamar:

—Yo opino lo mismo, y si V. M. se digna señalarme hora, me presentaré en su real cámara acompañado del capitan Magno.

—Si ese asunto tiene la importancia que vosotros le dais, no hallo inconveniente en dedicarle el tiempo necesario. Duque,—prosiguió Felipe,—¿qué hora te parece mejor?

Sandoval quedó meditando un minuto, contestando luégo:

—Se halla V. M. tan ocupado siempre con los negocios del país, las audiencias y los cuidados de familia que le impo-

ne su régia bondad, y es á la vez tan importante la proposicion de Venecia que, á mi juicio, debiera tener efecto la reunion cuando, desocupado en parte V. M., le fuera dado dedicarle tres, cuatro horas, ó más.

—Bien; marca el instante.

—Las siete de la noche.

—¿Has olvidado la ocupacion que tú tienes en esos momentos y la necesidad de que me acompañes durante la discusion de que se trata?

—No, señor; mas se puede conciliar todo en la forma siguiente: yo acompañaré á V. M. hasta las ocho, en cuyo instante seré reemplazado por mi hijo el duque de Uceda. Y terminado el asunto que me separa del lado de V. M., regresaré aquí.

—¿Tan largo será el debate?

—Me parece que sí.

—Yo creo lo mismo.

Añadió el embajador de Venecia.

El duque de Lerma se proponia, como habrán comprendido nuestros lectores, retener en palacio al veneciano y á Magno toda la noche, con objeto de evitar que intentasen algo contra la boda de su sobrina. Pero ignoraba que sus contrarios deseaban lo mismo, proponiéndose con su estancia al lado del rey cortar toda sospechas en lo relativo al rapto que iba á tener lugar. Así es que, por diferente camino, cada cual llegó al mismo punto, tuvieron igual idea, resultando que el rey se inclinó ante tal unidad de pareceres, creyó que el asunto arrojaba el interés que le decian, y se contrajo á replicar:

—Muy bien; nos reuniremos á las siete, continuando hasta dejar arreglado ese negocio.

Lerma felicitó al de Venecia por los buenos deseos de la república y la constante amistad que ofrecia á España; Felipe repitió las frases de su favorito, y el embajador salió de allí muy contento, dejando alegres y satisfechos á los otros.

El duque pidió al rey permiso para retirarse y proseguir los preparativos de la boda. Logrado aquél, visitó al arzobispo

que debia unir á su sobrina, ocupando el resto de la tarde en cosas análogas.

El marqués de Altacima, rodeado de amigos y parientes, recibia felicitaciones sin cuento, y se disponia tambien orgulloso y complacido para el solemne acto de la noche.

Jonás, impaciente y desasosegado, andaba de un lado para otro, tomando noticias de la policía que vigilaba á Magno, sin desatender por eso los encargos que le daba el duque. Motivados por su miedo ó por un presentimiento vago é inexplicable, sentia aquel malvado un malestar, incertidumbre y agitacion que no lograban arrancar de su sér las tranquilizadoras noticias de los esbirros, por cuya razon jamás anduvo más diligente y avisado que en los actuales momentos.

En cuanto al noble y valeroso capitan Pantoja, se presentó por la mañana en casa del duque, reteniéndole allí solo y encerrado una intriga del secretario. Así es que eran las cuatro de la tarde, aún no habia comido, é ignoraba todo lo que acontecia. Molestado por la necesidad, separó unos escritos que le habian mandado copiar, y arrojando la pluma, oprimió un timbre.

—¿Dónde está el señor duque?—Preguntó á un lacayo que se presentó.

—Lo ignoro,—contestó aquél.

—¿Y el secretario Alaejo?

—No lo sé.

—¿A qué hora se come en este palacio?

—Hace ya mucho tiempo que tuvo lugar ese acto.

—Y no me han avisado ni se cuidaron de mí para nada. ¡Voto al demonio!

—No lo extrañeis, señor capitan,—añadió el sirviente con candidez;—¡andamos todos tan ocupados con la boda de la señorita Otilia!..

Pantoja creyó oir un delirio, quedando sorprendido y confuso. De pronto se puso en pié, y cogiendo al criado por la librea, le preguntó:

—¿Qué dices, insensato?

—La verdad, señor; pues vaya un modo que teneis de mirarme.

—Has mentido; chismes y cuentos de lacayos.

—Os repito que esta noche á las diez, poco más ó ménos, se casa la señorita Otilia con el muy rico y poderoso marqués de Altacima. Yo ayudé á mis compañeros á repartir las esquelas de convite, y fuí luégo el portador de los presentes que hacen á la novia los señores duques y sus hijos.

—Hombre, no me engañes.

—Os lo juro por el alma de mi madre.

El capitan quedó meditando dos minutos. Luégo, disimulando su sorpresa, añadió:

—Pues que se casen, que á mí nada me importa esa boda; las voces de mi pobre estómago débil y desfallecido son la única cosa que me llama la atencion en estos momentos. Dame la capa y mi sombrero.

—¿Quereis que se os sirvan algunas viandas?

—No; tengo la comida dispuesta en mi casa, y estarán además con cuidado.

—Dió el secretario órden al portero, de parte del duque, para que no os permitiese salir hasta tanto que le entregáseis veinte pliegos copiados.

—En cuyo caso coges la llave del postigo y me echas por él. Te arranco una oreja si se lo dices á alguno ó tardas.

—Está bien; á mí nada me encargaron, y de nada soy responsable. Vuelvo al momento.

Pantoja se puso la capa y sombrero, y, embozado hasta los ojos, salió por una puerta falsa del palacio, tornando á encargar al lacayo que á nádie enterase de su marcha.

Á los pocos pasos notó con sorpresa que vários indivíduos de la policía espiaban la casa de Magno; no le agradó esto á nuestro valiente; léjos de suceder así, entró sin gran recato, haciéndose conducir á la presencia del marino.

Se hallaba en aquel momento el *Dragon* reclinado en un sofá, hablando tranquilamente con Melenik.

—No sabe nada,—exclamó para sí el capitan, y añadió

fuerte:—Magno, amigo mio, que salga ese chiquillo de aquí, y escúchame con atencion.

El marino le alargó su mano con calma, diciendo:

—Oton, vete por un instante, que no tardaré en llamarte.

El georgiano miró con enojo á Pantoja, murmurando:

—Siempre ha de venir este soldadote á interrumpirnos.

—¡Niño!..

—Si no fuérais tan amigo de Magno, yo os probaria que este chiquillo ó niño, como vos le llamais, es tan hombre como vos.

—¡Silencio, Melenik!—exclamó el *Dragon*.—Sal, y respeta siempre á Navor.

—Bien, hermano, te obedeceré.

—Acércate, amigo mio,—dijo el primero á Pantoja.—Siéntate, y dime la causa de entrar aquí agitado é inquieto, segun leo en tu semblante.

—Ya me figuraba yo que todo lo ignorabas. Los malvados se valieron de la intriga y el secreto, encerrándome á mí.... ¡Maldicion!.. Oye: esta noche casan á Otilia con el marqués de Altacima.

—No queremos ella ni yo.

Le contestó Magno con su habitual sangre fria.

—¿Lo sabias?

—Sí.

—Me quitaste un peso enorme. ¿Conque esa improvisada boda?..

—A tí, que eres tan leal como yo, nada debo ocultarte; ese enlace quedará en ilusion.

—Si necesitas de mí, cuenta con mi espada, y hasta dispones de mi vida.

—Gracias; todo está preparado, y sólo se espera el momento de obrar para que mis amigos y parciales burlen el intento de mis contrarios.

—¿Por qué no has contado conmigo, Magno?

—Al presente no me hiciste falta; acaso en lo sucesivo tenga necesidad de tí, en cuyo caso no vacilaré en ocuparte.

—Sin que te detengan mi colocacion en casa del duque ni consideracion alguna.

—Lo haré.

—¿Te dijeron que vários hombres espian tu casa?

—Los he visto; pero, cuando ellos se situaron en esas esquinas, ya tenía yo dispuesto cuanto me hacía falta. Ahora necesito salir, y quisiera que no me viesen.

—Eso es muy fácil.

—¿De qué modo, Navor?

—Empezaré por tomar en tu casa unas viandas, pues has de saber que me tuvíeron encerrado hasta hace poco, con objeto sin duda de que no averiguara lo que ocurria y lo pusiera en conocimiento tuyo, por lo cual estoy en ayunas. Después saldré, y haciendo seña á los cuatro esbirros para que me sigan, los entraré en casa del duque, reteniéndoles en el portal dos minutos que tú necesitas para atravesar la calle.

—¿Te compromete eso?

—No.

—Pues entónces, abrevia, que me urge partir pronto.

Pantoja entró en el comedor de Magno, donde le sirvieron algunos fiambres, volviendo poco después al saloncito en que estaba aquél.

—He concluido,—le dijo,—y voy á salir; á los cinco minutos puedes tú verificarlo sin temor de que te vean.

—Perfectamente; desde el balcon observará Melenik, con objeto de aprovechar los cuarenta segundos que yo necesito.

—Dime ántes, ¿te volveré á ver?

—Claro está; me quedo en Madrid desempeñando la mision que me ha encargado Venecia. Esta noche tengo la primera entrevista en confirmacion de lo que acabo de decirte.

—Ese es el pretexto: tú buscas un apellido y á Otilia. Supongo que ella...

—Nada te digo, Navor; quiero que seas sorprendido por los acontecimientos y que goces en breve contemplando lo que vale esa gente y lo que hace este pobre marino sin orígen ni influencia alguna en España.

—Mucho talento tienes, Magno, tu valor no conoce rival, pero guárdate de esos hombres, no tanto por su poder como por la perversidad de algunos de ellos.

—¿Tú me encargas prudencia?

—Y además velaré por tí; vaya si velaré. Adios.

—Adios, amigo mio.

Salió Pantoja, exclamando el *Dragon* en el mismo instante de partir su amigo:

—El alférez y cuantos me han de seguir; en marcha.

—Listos, mi capitan.

Le contestó el primero.

—Melenik,—añadió aquél,—tiéndete en ese balcon y observa; cuando éntre Pantoja en casa del duque acompañado de vários embozados, avisa.

El georgiano obedeció, exclamando poco después:

—Magno, ya están; la calle quedó limpia de esbirros.

—Continúa en ese sitio hasta que me pierdas de vista; luégo te vas á la embajada de Venecia, como te encargué ántes.—Y añadió fuerte:—Partamos.

Y en pos de él salieron el alférez y cuantos dependientes y criados tenía en su casa, á excepcion del cocinero y el georgiano. Embozados todos hasta los ojos atravesaron la calle á paso acelerado, perdiéndose luégo en otra larga, estrecha, solitaria y tortuosa sin ser vistos ni reconocidos por los individuos de la policía, á los cuales entretenia en aquellos momentos Pantoja en el zaguan del palacio del favorito.

A la conclusion de la callejuela se detuvo Magno, diciendo al alférez:

—Dispersaos, conservando el embozo, para reuniros nuevamente en el momento de partir. Vos, alférez, con estos dos, acompañais á Otilia; vosotros cuatro formais la retaguardia, matando al que intentase perseguir á mi amada. ¿Lo hareis con el interés que yo necesito?

—Capitan,—contestó el alférez,—os debemos la vida y cuanto tenemos, y se hará lo que acabais de mandarnos, ó todos pereceremos.

—Lo creo, que no os conozco de hoy. Oid mis últimas frases: calma y sangre fria durante el peligro; valor siempre, y tratad á ese ángel como merece. Llevais mi corazon, mi vida. No os digo más. Estrechadme, y hasta que vuelva á veros en Venecia, donde cada uno de vosotros siete recibireis el premio á vuestra lealtad y amor hácia mí.

Y cada uno desapareció por su lado. Sigamos á Magno.

El intrépido marino vestía un precioso traje de corte, ferreruelo negro y un sombrerito con pluma á lo Felipe II. No pensaba retirarse hasta después de su entrevista en palacio, y al efecto iba ya vestido. Se embozó en el mencionado ferreruelo, saliendo al campo por la primera puerta que halló.

Recatándose cuanto le era posible entre los árboles, donde los habia, ensimismado y taciturno, llegó frente al postigo de la casa de Leandra, comenzando á pasear por delante de la pequeña puerta.

Eran las cinco de la tarde, el frio intenso, y no tardó en aparecer el primer crepúsculo vespertino.

Notando Magno en aquel momento que nádie le veia, abrió la puerta excusada, y entró.

Minutos más tarde se hallaba sentado en el gabinete contiguo á la primera cámara de Otilia, dando instrucciones á doña Leandra.

Algo más tarde se abrió la puerta secreta, y volvieron á estrecharse los dos amantes con ternura y pasion que demostraban la ardiente llama que abrasaba sus pechos.

No obstante el peligro que corrian, lo expuestos que estaban y lo grave y trascendental del hecho que se disponian á consumar, los dos se miraban tranquilos y como si nada de extraño les ocurriera.

—Gracias, mi querido Magno,—exclamó ella,—por esta última visita que me haces en Madrid.

El *Dragon*, distraido al parecer con los objetos que le rodeaban, le contestó, sin hacerse cargo de las palabras de la jóven:

—Bandejas de plata con ricos trajes; cajas conteniendo

aderezos, encajes, sedas, perlas y brillantes. ¡Bravo, amiga mia! ¿Para qué es todo esto?

—Dame tu brazo, y te lo iré explicando.

Y con calma y sosiego se cogió á Magno.

—Todos son regalos, y hay muchos más en las habitaciones contiguas; pero fíjate primero en éstos, que luégo veremos los otros. ¿Ves cuántas piedras de gran valor? Me las ha regalado mi futuro el marqués de Altacima. ¡Al suelo, al suelo!

Y la jóven, segun hablaba, iba arrojando lo que describia para pisarlo á medida que andaba.

—Estos terciopelos, encajes y blondas, con la diadema y aderezo, me los mandó mi tio el duque de Lerma. Besad la tierra, que para nada me servís. Siguen ahora bandejas con regalos de los parientes de Altacima, de algunos otros mios. ¿Ves qué objetos tan lindos? ¡Cómo brilla el arte!.. ¡Al suelo todo, al suelo!

Y continuó de esta manera ínterin le quedó algo que tirar. Cuando hubo concluido, se sentó junto á Magno, diciéndole:

—¿Qué te han parecido mis regalos de boda?

—Muy bien.

—¿Y la aplicacion que yo he hecho de ellos?

—Mejor aún.

—Tú no me has obsequiado.

—Te equivocas. A pocos pasos de aquí tienes un brioso caballo que correrá como el viento.

—Ya deseo verlo.

—Es negro, su sangre árabe, y tan ligero, que te llevará á Cartagena en poco tiempo.

—¿Sólo uno he de montar en esa larga travesía?

—¡Qué locura! Cada ocho leguas encontrarás uno igual al que dejas.

—¿Me acompañas tú?

—No.

—¿Me mandas sola á Venecia? ¿Persistes en tu idea?

—Sí; pero me representarán dignamente mis hijos del mar. Sola vas, porque yo no te acompaño; en cambio jamás



C. MUGICA dibº y litº — Lit. J. DONON. Madrid

—¿Quién te defenderá de esa turba cortesana?

— La poderosa mano que me guió en los combates, que me inspiraba en medio de los mares y que nunca me abandonó.

reina alguna llevó una escolta compuesta de servidores más leales y valientes.

—¿Me alcanzarán los emisarios de mi tio?

—No.

—Está seguro que correrán en mi busca.

—Cuenta que los detendrán en el camino.

—¡Va á correr sangre humana!

—Probablemente ni una sola gota. ¿Oyes esos murmullos? Empiezan á llegar los convidados; la noche cubre ya la tierra con sus negras sombras, y debes partir, Otilia.

—¡Deseo abandonar esta morada, mas siento dejarte!

—¿Por qué?

—Temo, con sobrada razon, que el duque de Lerma se ensañe contigo.

—Puede poco contra Magno el *Dragon*.

—Tus tesoros y ese volor que te envidian los hombres no son suficientes contra los enemigos que vas á tener desde esta noche en adelante.

—Desecha esas ideas, ángel mio.

—¿Quién te defenderá de esa turba cortesana?

—La poderosa mano que me guió en los combates, que me inspiraba en medio de los mares, y que nunca me abandonó.

—Sea como tú lo quieres. Si llego á Venecia, allí te esperaré ínterin tú existas; si perecieses ó yo cayera en poder de mi tio, este agudo puñal...

—Me horroriza la idea. Si yo muero, conságrate á Dios, y si el duque de Lerma lograra traerte á Madrid, el que te salva ahora te libraria entónces. ¿No escuchas? Aumenta el murmullo; rien á carcajadas... Riamos nosotros tambien. Otilia, tu camarera aguarda; vé y cúbrete con el traje de camino, que, apoyada en mi brazo, saldrás de aquí para llegar á la arboleda próxima.

—No puedo resistir á tu mágico acento, al influjo y poder de tu mirada.

Salió la jóven, volviendo diez minutos después seguida de su camarera.

Magno cerró la puerta de la cámara que comunicaba con el interior, y marcharon los tres por la secreta, dejando tambien echado el resorte de aquella. Ya en la de doña Leandra, se despidieron de ésta, saliendo al campo sin precipitacion ni aturdimiento.

Iba Otilia apoyada en el brazo de Magno y les seguia Regina. La noche estaba oscura y silenciosa; á la izquierda tenían la arboleda, en ella los caballos y gente que esperaba, y á la derecha la casa de la jóven, cuya fachada y zaguan se hallaban iluminados.

—¿Cerró la camarera,—preguntó el *Dragon*,—todas las puertas de tus habitaciones que comunicaban con el interior?

—Todas.

—Muy bien. Veo con placer, amiga mia, que no tiemblas ni demuestras el menor recelo.

—No temo abandonar esa espléndida morada; mi madre me quiso poco, tú me amaste mucho, me salvaste además la vida, y nada se opone á que desaparezca de Madrid, á que te obedezca. Ya estamos entre los árboles y nada distingo.

—Yo sí, y no te extrañe: los hijos del mar percibimos entre las tinieblas los objetos que no están á muy larga distancia.

—¿Y qué ves?

—Cinco caballos y tres *Dragoncitos* dignos de su padre.

Poco después llegaron efectivamente al sitio donde estaban los bultos que acababa de citar Magno.

Los tres se descubrieron al ver á su capitan; estaban pié á tierra, sujetando los caballos del diestro.

Magno exclamó:

—El potro negro.

Y cuando le fué presentado, cogió á Otilia como á una pluma, sentándola sobre la silla.

—Toma las riendas,—añadió.—Vosotros subid á esa jóven, y montad los tres.

Cuando todos estuvieron á caballo prosiguió el *Dragon:*

—Alférez, á la izquierda de Otilia; vosotros, detrás, llevan-

do en medio á Regina. Salid al paso; á los dos minutos picad, y á escape; lo demás ya lo sabeis. En marcha. El cielo os defienda y proteja.

—Adios.

—A Cartagena, y ¡ay del que detenga nuestro paso! Señor, confiad en nosotros, y no nos hagais esperar mucho tiempo.

Y partieron, obedeciendo en todo las instrucciones de Magno.

Nuestro valiente capitan quedó inmóvil, oyendo primero las pisadas de los caballos y más tarde la lejana carrera que emprendieron. Cuando dejó de escucharla, se embozó en su ferreruelo, entrando en la coronada villa por la puerta de Anton Martin.

Iba por la acera de la izquierda, y al llegar frente á la casa de la madre de Otilia, tendió una mirada desdeñosa sobre el edificio, la profusion de luces y las carrozas que habia á la puerta, asomando á sus labios una sonrisa alegre y placentera.

Más tarde se perdió entre las estrechas y tortuosas calles de Madrid sin ser reconocido por nádie.

CAPITULO VII.

La entrevista en palacio.—Tres horas de apacible calma.—Conflicto.

MAGNO llegó á la embajada de Venecia á las seis y media, encontrando á Luigi Mateotti, representante de aquella república, que le esperaba en disposicion de ir á palacio. Este diplomático era uno de los hombres más hábiles de Europa, se le reconocia gran talento, y le estimaban mucho en las cortes en que habia permanecido algun tiempo. Amigo íntimo del *Dragon*, le admiraba y protegia con decidido empeño.

—Solos estamos y nádie nos escucha,—exclamó al ver al marino.—¿Qué es de Otilia?

—Corre en este instante en direccion de Cartagena.

—Os doy el parabien, y me complace que hayais llevado á cabo ese hecho con la destreza y fortuna que todos los vuestros. En la habitacion contigua teneis á vuestro protegido Oton.

—Me ha salido al encuentro, y hablé con él.

—Mi carroza está dispuesta, y á las siete ménos cuarto partiremos á palacio. ¿Sospecharán algo vuestros enemigos?

—He sido muy vigilado todo el dia por los agentes del

duque, pero no les he dado motivo para que puedan comprender nada de lo que acontece.

—¿Os vieron salir?

—No.

—Pero os hemos visitado algunos...

—No importa; las personas que entraron son las que ordinariamente frecuentan mi casa.

Los dos continuaron hablando hasta la hora indicada, en que subieron al carruaje, partiendo á palacio.

Llegaron á las siete en punto, penetrando un minuto después en la real cámara, donde les esperaban el rey, el duque de Lerma y su hijo el de Uceda.

Después de cruzar algunas frases cortesanas, tomaron asiento, por órden del rey, ocupando la primera media hora en hablar de la república de Venecia. Luégo hizo uso de la palabra el embajador, describiendo el estado de Turquía, las fuerzas navales con que contaba este imperio, añadiendo que sus pretensiones de conquistar á Europa se habian aumentado á pesar de los descalabros sufridos y de hallarse en el principio de su decadencia.

Magno, que habia presentado al monarca el despacho en que el senado de Venecia le nombraba su enviado extraordinario para tratar, en union de Mateotti, el asunto que le retenia allí, fué á hacer uso de la palabra, exponiendo el pensamiento de su gobierno, pero se adelantó el duque de Lerma, exclamando:

—Señor, han dado las ocho, y si V. M. me lo permite, evacuaré el asunto que ayer se dignó encargarme.

—Marcha, Francisco,—le contestó el rey, mirándole y sonriendo.—Cuando concluyas, vuelve, que te esperaré en esta cámara, ó en la de la reina, si hubiéramos terminado el arreglo con Venecia.

Y salió Lerma muy complacido y satisfecho, pues dejaba allí á Magno ignorante de todo é imposibilitado de salir y de averiguar nada relativo al gran acontecimiento que tenía lugar en aquellos instantes. Eso creia él, por cuya razon rebo-

saba la alegría en su semblante; Felipe y el hijo de aquél cambiaron una mirada significativa que expresaba participacion en las seguridades y placer del duque, y ámbos contemplaban en este instante á Magno como á la víctima expuesta de un instante á otro á sufrir un horrible martirio.

Nuestro valiente marino comprendió aquellas mútuas miradas, leyendo en el semblante de cada uno lo que pasaba en lo más recóndito de su alma; pero no hizo demostracion alguna, guardando una actitud digna y mesurada en tan críticas circunstancias.

El hábil Luigi Mateotti imitaba á Magno, presentándose ante el monarca y los duques de Lerma y de Uceda tan grave y mesurado como correspondia al acto que lo retenia en la régia cámara.

Segundos después de marcharse el favorito exclamó el rey:

—Podeis continuar, señor enviado extraordinario. Sepamos los términos en que Venecia desea su nueva alianza contra la inmesurada ambicion del imperio de Oriente.

Magno entónces expuso las bases en que debia fundarse el tratado, con mucha elegancia en la forma y talento en el fondo. Cuando hubo concluido, le dijo S. M.:

—Os he oido, señor capitan, con gusto, y entiendo que no miente vuestra fama: el valor que demostrais en la guerra va acompañado de una inteligencia privilegiada.

—Gracias, señor,—contestó el *Dragon* con modestia;—V. M. me honra y favorece más de lo que merezco.

Al concluir su discurso Magno eran las nueve de la noche, y como quiera que Felipe habia ofrecido á Lerma retener á los embajadores hasta que él regresara, se apresuró á cumplir su palabra en la forma siguiente:

—Hice justicia,—dijo,—á vuestro mérito, señor capitan, y nada más os digo por no excitar vuestro rubor. En consecuencia, concretémonos á la cuestion que os ha traido aquí: no hallo inconveniente en que pongais por escrito las pretensiones de Venecia, y después de examinadas con la madurez que el asunto requiere, entónces será probable que las eleve-

mos á un contrato duradero, miéntras Turquía permanezca en su actitud hostil. Pero todo eso es prematuro; Venecia se propone sólo asegurar un porvenir muy lejano, y áun cuando yo aplaudo y acepto la idea en principio, hay tiempo de sobra; el imperio de Oriente necesita más de dos años para reponerse en parte de las derrotas sufridas.

—Es muy cierto, señor,—replicó Magno;—el senado de Venecia pretende por el pronto que os entere, como testigo ocular y muy conocedor de lo que ocurre allí, del estado, situacion y pretensiones de nuestros enemigos, segun lo acabo de verificar, quedando V. M. en su derecho de aceptar ó no nuestras proposiciones y de tomarse al efecto el tiempo que necesite para contestar. Con tal motivo me dió el senado, á mí, que he de llevar la réplica, licencia ilimitada.

—Muy bien; me complace que suceda así y que la república haya auxiliado al discreto y distinguido Mateotti con un hombre tan digno como vos, el cual reune la apreciable circunstancia de ser español. Cuentan, capitan, que vuestro orígen es desconocido, pero añaden que vuestra historia es muy buena, y en verdad que la oiria con gusto, si tuviéseis la amabilidad de referirla. Un hombre extraordinario, como vos, es escuchado con interés por los reyes. Si lo teneis á bien, demos por terminado el asunto que os ha traido aquí, y decidnos cuanto se refiera á vos, Magno.

Nuestro jóven adivinó la intencion de Felipe, y se dispuso á complacerle, sacando de esta doble intriga todo el partido que le era posible. Se proponia el entendido mancebo interesar al rey en su favor, dando á la vez un golpe seguro á la influencia de su favorito. Sabía de antiguo que la bondad del monarca era la única causa de que Lerma dispusiera de un poder que no debió tener nunca, y constándole que el favorecido abusaba constantemente, no vaciló en llevar á cabo su pensamiento. Así es que se contrajo en la relativo á la cuestion sobre Oriente á aceptar como embajador la resolucion del rey. Luégo añadió:

—Puesto que V. M. desea aumentar la honra que me está

dispensando, oyendo la historia de un infortunado huérfano, me apresuro á complacerle, contando con la benevolencia de tan magnánimo señor.

—Os voy á escuchar con gran interés, y creo que á Mateotti y á Uceda les sucederá lo mismo.

—Cierto, señor.

—Es verdad.

Contestaron ámbos; Magno les dió las gracias, y se dispuso á realizar su pensamiento, meditando algunos segundos.

Hasta este instante el rey, los duques de Lerma y de Uceda, Mateotti y Magno habian querido lo mismo, segun dijimos ántes, andaban idéntico sendero para llegar á un fin enteramente opuesto: los primeros con objeto de ganar tiempo y seguridad, y los otros para cubrir con su permanencia allí la impunidad del rapto llevado á cabo. El triunfo parecia inclinarse en este momento en favor del *Dragon*, y éste se apresuraba á sacar de él todo el partido posible, interesando, como hemos dicho, la simpatía de Felipe III. Así es que comenzó el relato de su historia dando á sus frases la entonacion que requerian. Pero escuchémosle, que acaso interese á nuestros lectores el conocimiento de unas aventuras que excitaron la atencion de cuantos tuvieron conocimiento de ellas.

—Ignoro dónde nací,—exclamó Magno con sentimiento,—quiénes fueron mis padres, y hasta los nombres de las personas que cuidaron de los primeros años de mi niñez. Recuerdo únicamente que un hombre alto, delgado, me hizo correr muchas leguas en compañía suya, tratándome por el camino con halago y consideraciones. Hablaba poco, era jóven, y jamás oí pronunciar su nombre. Más tarde nos embarcamos en una galera, y estuvimos muchos dias en el mar. Durante esta travesía cambió mi acompañante hasta el punto de no permitirme ni áun los juegos más inocentes: cási todo el camino me llevó encerrado en la estrecha cámara que nos servía de dormitorio. Por fin llegamos á tierra; él desembarcó, y yo continué en la nave sin salir de la pequeña habitacion que me estaba destinada; venía diariamente dos veces, me daba de comer

y se marchaba. De este modo trascurrió cerca de un mes. Una noche me cogió de la mano, sacándome del buque; luégo entramos en una lancha, y después en la capital del Brasil, segun supe más adelante. Ya que hubimos desembarcado, atravesamos várias calles, penetrando por último en una casa pequeña, situada al extremo de Rio Janeiro, en un barrio extramuros de la ciudad. Era la de un pobre pescador, el cual habló media hora con mi acompañante, sin que me sea dado recordar nada de lo que convinieron en aquella entrevista. Se marchó el uno y yo quedé con el dueño de la casa. No he vuelto á ver al hombre que me dejó allí, á pesar de haberlo buscado diez y seis años por América y por Europa sin tregua ni descanso.

Y Magno inclinó la frente con dolor. El rey le preguntó:

—¿Qué edad tendriais entónces, capitan?

—Cinco años próximamente.

—¿Y después, qué aconteció? Proseguid, que va interesando cada vez más vuestro relato.

—Quedé con el pescador, al cuidado de su mujer, que era, como él, grosera en su trato y costumbres. Hasta aquella fecha debí estar entre otra clase de la sociedad más elevada, pues recuerdo todavía que me eran antipáticos y extraños el lenguaje y modales de mis nuevos protectores; ellos hablaban el portugués y yo el español, y como nos entendiamos mal, apénas me dirigian otras frases que las indispensables. Trascurrió un año, se rompió el traje que yo habia llevado de Europa, y me cubrieron con otro proporcionado á la clase del pescador. La naturaleza negó sucesion á aquella pobre gente, y poco á poco fueron cobrándome cariño; les daba el nombre de padres, y en verdad que acabaron por tratarme como á un hijo querido. Me enseñaron á leer y á escribir; cumplí diez años, y entré en el aprendizaje de pescador; á los pocos dias remaba bien, mis fuerzas se desarrollaron, y ayudaba á mi padre adoptivo en cuanto éste me pedia. Tres años después se citaba mi nombre con admiracion entre los marineros y pescadores de la costa: el niño Magno, decian ellos, nos aventaja á todos

en valor, destreza y habilidad. Desde el primer instante sentí una repugnancia instintiva hácia el lenguaje, modales y costumbres de la gente que me rodeaba: repugnancia que no eran suficiente á destruir los halagos, caricias y elogios que me prodigaban mis padres adoptivos, sus parientes, amigos y conocidos; pero en el momento que me hallaba sobre la lancha contemplando el Océano, se ensanchaba mi sér, el entusiasmo se apoderaba de mi mente, hallando un placer indecible al bogar mar adentro y en perderme en aquella inmensidad, tranquila y sosegada unas veces, otras furiosa y terrible. Jamás tuve miedo en ese omnipotente elemento: á los trece años ya me dormia gozoso al arrullo de los aquilones y al rugido de las olas que se estrellaban en la vecina costa. Cumplí catorce años, y ya no habia en Rio Janeiro marino ni pescador que no respetase mi nombre y me adulara. Se desarrolló por este tiempo una peste en el Brasil, que acabó en veinte dias con una parte de las poblaciones; de ella murieron, primero mi madre adoptiva y luégo su marido. Se hallaba el último en la agonía, cuando me hizo sentar á la cabecera de su lecho de muerte, diciéndome:—«Magno, hijo mio, ántes de dos horas habré dejado de existir; te llamo para enterarte de la causa que te ha retenido nueve años á mi lado, pues bien sabes que yo no soy tu padre. Aquí te trajo un caballero, el cual habia averiguado que yo no contaba con descendencia y que deseaba prohijar un varon. Poco ó nada me dijo sobre tu orígen; se concretó á enterarme de que eras huérfano de padre y madre, español, que venías de Europa y que él sólo podia darme veinte ducados. Yo te acepté, tomé las monedas que me ofreció, sin que me fuera dado averiguar nunca quién era aquel hombre, en qué buque vino, ni cuándo ni á dónde marchó. Creo, sin embargo, que tus padres debieron tener una posicion elevada, y te aconsejo que los busques, pues el que te trajo aquí tenía muy mala cara, y al arrojarte en las costas de América se propuso indudablemente un fin siniestro. Te lo oculté hasta ahora porque he llegado á quererte tanto, que, de abandonarme tú hubiera muerto de dolor. ¡Ay! ¡Te quedas

solo, hijo del alma! Dios me llama á otra parte, y, á mi pesar, me veo obligado á obedecer. Tienes catorce años, pero ya empiezas á ser hombre, y eres tan valiente, tan hábil, que por ti muero descansado. Todo lo que yo tengo es tuyo; véndelo, y vete á Europa, que allí lograrás un puesto digno de tu talento. ¡Ay, yo te amo y me muero! Estréchame.»—No debo molestar á V. M. describiendo la agonía de este infortunado, cuyas cenizas descansan en union de las de su mujer en el panteon más rico y fastuoso que tiene Rio Janeiro, mandado construir años después por Magno el *Dragon*. Muertos mis padres adoptivos, vendí las lanchas, redes, casa y ajuar, encontrándome de pronto con cuatrocientos cincuenta ducados: me mandé hacer un traje decente, hospedándome á la vez en un meson algo más decente que la casa en que me habia criado. Luégo me puse á discurrir sobre mi presente y porvenir, decidiendo, por ser lo único que me halagaba, correr tierras, ver mundo y admirar la sublime creacion del Hacedor. Abandoné mis ideas sobre el porvenir, y pensando únicamente en el presente, tomé pasaje, y desde Rio Janeiro fuí al Perú por el Cabo de Hornos. ¡Cuanto gocé en aquella travesía! Los huracanes, las tormentas y oleaje me entusiasmaban; al principio creyeron que estaba loco, concluyendo por asombrarles lo que llamaban mi valor temerario. En los seis primeros dias aprendí todos los nombres de las maniobras y objetos del barco; después remaba; hice de grumete, y asociado más tarde á un piloto que me cobró cariño, me adiestré en la direccion de la nave. Cuando llegamos al Callao me ofreció el capitan de la galera un puesto honroso y lucrativo, que rehusé aceptar, anhelando ver tierras al concluir de contemplar los mares. Desde el Callao fuí á Lima, y en verdad que los encantos de aquel país me retuvieron más tiempo del que convenia á mis intereses. En aquella capital, uno tras otro dí fin de los pocos ducados que me quedaban. Entónces me enganché; habia guerra, y pronto demostré á mis paisanos que si en el mar no conocia el miedo, fuera del agua me sucedia lo mismo. A los dos meses era sargento, y al año perecieron en

una batalla el capitan y alférez de mi compañía; yo, al frente de los soldados que quedaron, continué combatiendo, y algo debí hacer, cuando al terminar la sangrienta lucha me hallé aclamado capitan por mis soldados, mi maestre de campo me abrazó, y el general estrechó mi diestra con orgullo. Saqué dos heridas, me curaron, y algo más tarde recibí un despacho del virey, nombrándome capitan, con facultad de enganchar en mi compañía hasta doscientos hombres. Seguí batiéndome, tomé vários pueblos al enemigo, cogimos rico botin y ayudé poderosamente al término de aquella guerra. Vencimos los que defendíamos la causa del rey, y áun cuando se me ofreció quedar de capitan en la guarnicion de Lima, no quise aceptar, anhelando ver tierras nuevas y otro mundo para mí desconocido. Mi aficion á la marina aumentaba á la vez que mi deseo de brillar; pero la oscuridad de mi orígen y la falta de un apellido empezaron á servir de rémora al novel capitan, y abandoné al virey y mis banderas con sentimiento de los jefes, pena y dolor en mis soldados. Tenía á la sazon vários trajes de caballero, dos mil ducados próximamente y algunas alhajas, procedentes del botin cogido á los contrarios. Con esto y un sirviente leal me fuí á las márgenes del rio de las Amazonas, que yo habia visto de paso, y me parecieron sublimes. No me equivoqué: la extension de la una á la otra orilla, su profundidad y las arboledas que se extienden á derecha é izquierda, me encantaron. Compré una canoa, y por espacio de un mes me entretuve en cruzarlo y correr por él de dia y áun parte de la noche. Supe más tarde que desembocaba en el mar del Brasil, y concebí la idea de navegar por él hasta meterme en el Océano. Cuantos oyeron mi pretension me tuvieron por loco; hablaban de terribles caimanes, de dilatados desiertos, de hordas de salvajes que me saldrian al encuentro en ligeras canoas, y por último, que nádie osó hasta entónces concebir idea tan descabellada é imposible de realizar. Bastó ese relato para que mi deseo se convirtiera en necesidad; mandé construir un barco bajo mi direccion, acumulé en él víveres para mucho tiempo, y hallando seis hombres de un tem-

ple de alma como la mia, nos lanzamos rio abajo sin temor alguno. Ántes de salir, cada cual se proveyó de mosquete, espada y puñal, pólvora y metralla. El uno servía de cocinero, mi criado de patron, el más práctico de timonero, yo de capitan, y el resto de remeros cuando no teníamos viento. De este modo comenzamos á cruzar el país más delicioso del orbe. Sobre las cristalinas aguas de un rio cuyos extremos no percibe la vista humana reflejaban el azul del firmamento, el verdor de bosques vírgenes tan viejos como el mundo, y los nevados picos de los Andes. Las aves eran extrañas, los peces desconocidos, y de sorpresa en sorpresa navegábamos de dia, engolfándonos de noche en los gratos recuerdos de lo que dejábamos atrás. Vimos caimanes enormes que huian de mi barco con la rapidez que la centella por el éter, salvajes que nos regalaban coco, chirimoya, piña y otras frutas silvestres, y contemplamos mujeres cási desnudas, de una belleza y perfeccion sorprendentes. Pronto comenzamos á hacer desembarcos y á recorrer á pié algunas de las arboledas cuya copas se elevaban de un modo fabuloso; cazamos, y tuvimos carnes frescas, y á las ciento cincuenta leguas de travesía me felicitaban mis compañeros por haberles llevado á aquel continuado eden. Habiéndonos demostrado la experiencia que no existia peligro alguno por parte de los caimanes ni de los indígenas que veiamos contínuamente con su traje indio, todas las noches anclábamos, durmiendo tranquilamente y sin molestias por parte de nuestro timonero y de los dos ayudantes que tenía. Una tarde vimos á la orilla izquierda del rio multitud de salvajes, mejor vestidos y más adornados que los anteriores. Al distinguir ellos nuestro barco se agruparon, subiendo luégo á una altura; excitaron tanto nuestra atencion, que anclamos, y provistos de nuestras armas, saltamos en tierra. Los indígenas comenzaron á exhalar gritos espantosos, huyendo de aquel paraje en confuso tropel. Al principio les seguimos, queriéndolos atraer con palabras amistosas, pero bien pronto los perdimos de vista, volviéndonos atrás, pues no era cosa de dejar nuestro pequeño bote y barco á merced de una hor-

da cuyos usos y costumbres nos eran desconocidos. El brillo de los muchos adornos que llevaban en la cabeza, orejas y brazos, la tela con que cubrian parte de sus carnes y su estatura gigantesca, nos retuvieron en la márgen del rio más de una hora discutiendo sobre lo que debiamos hacer. Nuestra curiosidad aumentaba por instantes, é íbamos á decidir quedarnos en aquel sitio hasta el dia siguiente, cuando mi criado, que no tomaba parte en los debates y andaba de un lado para otro, acertó á ver más de cien sacos arrojados no léjos del sitio en que nos hallábamos. Poco después supimos con placer que estábamos sobre arenas de oro, las que venían á recoger los indios de aquella comarca. Al vernos, tiró cada cual el saco que llevaba, la mayor parte llenos. A tan fabuloso hallazgo sucedió una alegría indescriptible. Después, y haciendo yo uso de todo mi valor é influencia, se convino en que la mitad sería para mí, y el resto, por iguales partes, para mis compañeros. En el acto comenzamos á embarcar sacos hasta dejar depositado en nuestra galera un tesoro considerable. Dormimos luégo, y á la mañana siguiente volvimos á desembarcar, siendo sorprendidos por más de doscientos indios, que nos acometieron con flechas y lanzas compuestas de un palo y en el extremo la espina de un pez. Estábamos á doscientas varas de nuestro bote, y de huir, todos hubiéramos perecido. En consecuencia, arengué á mi gente, descargamos los mosquetes, y desnudando las espadas, caimos en medio de ellos con el valor de la desesperacion. Las balas y el estruendo de las armas de fuego les impusieron en el primer momento hasta el extremo de pronunciarse en retirada; pero les contuvo muy pronto la voz de un magnate anciano que debia ejercer indudablemente gran prestigio entre ellos. Era aquel hombre alto, canoso, de fisonomía agradable, y andaba algo encorvado por el peso de la edad. Rodeaba su cabeza una faja de oro, la cual sujetaba en la frente tres hermosas plumas de diferentes colores: creo recordar que eran azul, encarnada y amarilla. Sobre el pecho y sostenida con cintas, lucía una plancha, en la que estaba pintado el sol; una faldilla con variedad de

colores, y sandalias rojas adornadas con cintas, completaban el traje de aquel hombre extraordinario, descendiente sin duda de los Incas. Su trémula voz logró contener á aquellos salvajes, los cuales un minuto después nos embistieron sin órden ni concierto, pero con un coraje satánico. Exhalaban terribles alaridos; sus rostros se contraian hasta perder la forma humana, y sus botes de lanza silbaban como el huracan, pues era gente de fuerza y musculatura colosales. Nosotros llevábamos cota de malla, y en un principio nos defendió de las espinas de los peces, logrando ponerlos en retirada hasta cuatro veces, pero siempre los detenia la voz del Inca ó cacique, y la verdad es que á los veinte minutos mis compañeros comenzaron á sentir los primeros síntomas del miedo y la debilidad. Habiamos muerto cuatro y herido siete, cuando cayeron sobre nosotros por quinta vez, nos rodearon, y con más órden que anteriormente, comenzaran á lancearnos y á morir. Su jefe, situado en una altura próxima, les hablaba y dirigia con acierto fatal para nosotros. Yo habia tendido en tierra ya doce ó trece, la sangre corria con abundancia, pero mi brazo derecho estaba cansado, y comprendí que íbamos á perecer todos. Miré en torno, contemplando con dolor tres de los mios en tierra y estrechando por instantes el círculo en que nos tenían cogidos los salvajes. En tan angustiosa situacion arengué á mi gente, y mandándoles que me siguieran, intenté romper la valla de carne humana que nos tenía prisioneros. Lo logré, haciendo esfuerzos indescriptibles; en cuatro saltos llegué adonde estaba el Inca, y le atravesé el corazon de una estocada; luégo corrí sin detenerme hasta llegar al paraje donde habiamos arrojado los mosquetes; allí me detuve, volviendo la cara al enemigo. ¡Ay, sólo mi pobre criado, herido y en estado lastimoso pudo seguirme: mis restantes compañeros yacian en tierra exánimes. Los salvajes vieron morir á su jefe, y le rodearon gritando desaforadamente; esto les contuvo por el pronto; cortaron después las cabezas de nuestros amigos y las pusieron en las puntas de las lanzas, dirigiéndose nuevamente á nosotros. Pero mi criado y yo habiamos cogido los mosquetes,

soltado el bote, y rio adentro llegamos al barco. Mi sirviente iba desangrándose; mas sin cuidarnos para nada de nuestras heridas, cortamos el ancla con gran trabajo, y el bajel comenzó á seguir el curso de la corriente. Ya era tiempo; más de cincuenta indios se habian arrojado al agua y á nado nos perseguian blandiendo sus lanzas. La nave iba despacio; los salvajes podian alcanzarnos fácilmente, y comprendiéndolo así, mi criado gritó, cogiéndose á los palos:

—¡Rememos, señor; de lo contrario, estamos perdidos!

—No,—le contesté furioso y desesperado,—no; carga esos mosquetes con la prontitud que te sea dado.—Y cogiendo yo uno, lo llené de metralla, é instantes despues disparé sobre un grupo de diez salvajes que nos daban alcance, matando cuatro de ellos. Luégo dí fuego á otro y á otro, mandando al abismo ocho ó nueve indios. Aturdidos los restantes, confusos al escuchar la explosion de nuestras armas de fuego, huyeron unos, sirviendo la mayor parte de pasto á una inmensa bandada de caimanes, que cayó sobre ellos como rayo asolador. A cada tiro lancé una carcajada, viendo hundirse al fondo dos, tres, cuatro enemigos; y cuando emprendieron su retirada y les acometian los caimanes, entónces reia desaforadamente, convulso y en un estado de febril agitacion que no me es dable explicar. Y lo motivaban el sentimiento y dolor de dejar allí á mis compañeros cadáveres, y la ira, el despecho y enojo que me inspiraban aquellos bárbaros indígenas. Despues de romper el círculo y matar al Inca intenté cuatro veces volver á atacar y morir matando; y si no lo hice fué por contenerme las súplicas de mi criado y un poder oculto que me arrastraba hácia el rio. No era miedo; yo jamás sentí pavor ni sobresalto al ver en peligro mi vida; por el contrario, me estorbaba aquella hasta anhelar la muerte: era la poderosa mano del destino que me separaba de allí para arrojarme sobre Europa sin nombre y envuelto en un orígen tan oscuro como la noche más lóbrega: era Lucifer, que, deseando sembrar de cadáveres el Atlántico y el Mediterráneo, me mandaba delante, gozoso ya por contemplar en lontananza enrojecidas con sangre humana

las azuladas aguas de esos piélagos inmensos. Por eso me encontré en mi barco, débilmente lesionado, y con más fuerza y voluntad de herir que tuve hasta entónces.

Magno tenía en estos momentos movibles las órbitas, enrojecido el rostro, encrespado el cabello y rígida la musculatura. El rey, el duque de Uceda y Mateotti le miraron con terror, en tanto que él inclinaba la cabeza sobre el pecho como abrumado por una idea molesta. El monarca rompió aquel silencio con las siguientes frases:

—¿Cuántos salvajes matásteis?

—No puedo dar á V. M.,—replicó el *Dragon*,—una respuesta categórica, terminante; mas juzgo que pasarian de sesenta los que besaron el suelo y cayeron al agua.

—Suma fabulosa que decia ya lo que iba á ser el *Dragon* de los mares.

—Sí, señor, el *Dragon* de los mares, el *borde* de la tierra.

—Continuad vuestro relato, si lo teneis á bien, Magno.

—Siento, gran señor, fatigar demasiado la atencion de V. M.

—Al contrario, y no os condolais tanto de vuestra suerte, que cuando un rey os escucha con gusto y os sienta á su lado, no debeis ser persona tan desdichada.

El marino hizo por olvidar las ideas llegadas últimamente á su cerebro, recordó el papel que representaba allí, continuando el relato.

—Libre ya,—dijo,—de la horda salvaje, remó mi criado, y yo me cogí al timon, hasta separarnos media legua de aquella fatal orilla. Ya en medio del rio, sujeta la caña, y no alcanzando la vista peligro alguno, dejé á mi barco cruzar á merced de la corriente. En el acto desnudé á mi compañero, tendiéndolo en una cama sobre cubierta. Once heridas tenía el infortunado, si bien ninguna ofrecia gravedad. Perdió no obstante mucha sangre y se sentia desfallecido. Curé con bálsamo prodigioso compuesto de zumo de árboles peruanos á mi pobre criado, y fijados los apósitos, lo dejé víctima de una fiébre que empezó á mitigarla el eficaz medicamento empleado.

Trascurrió el dia sin incidente alguno desagradable; sólo vimos las márgenes de las Amazonas á media legua á derecha é izquierda, y el agua, sin distinguir indios ni sér humano alguno. Pasé todo el dia sin tomar alimento y entregado á la desesperacion. Por la noche comí algunos fiambres, y tendiendo otra cama sobre cubierta, me eché desnudo, dejando al barco que siguiera la corriente. Las Amazonas, por el sitio donde íbamos, presentan pequeñas islas desiertas, árboles y estorbos, en fin, capaces de estrellar la nave y mandarnos al fondo. Corrian las aguas con suma rapidez, y en verdad que me quedé dormido en la seguridad de despertar en el otro mundo. Pero no sucedió así: el cansancio, la fatiga y las emociones del dia me condenaron á un sueño tranquilo que tuvo enervada mi materia ocho horas consecutivas; mi sirviente me llamó, abrí los ojos, y cuando me hube incorporado, vi la inmensa faja de agua que se extendia en torno y unas márgenes encantadoras, sublimes; hallé tranquilo mi espíritu, me resigné ante la desgracia acontecida y comencé á olvidar lo que ya no tenía remedio. Contribuyó á tan rápida conformidad el haber aprendido en los campamentos á ver morir hoy los que ayer llamaba mis queridos compañeros y estar ya connaturalizado con los certeros golpes de la segur, enarbolada constantemente á mi lado por la terrible mano de la muerte. Pulsé á mi único camarada, y lo hallé sin fiebre; á la pregunta de qué sentia contestó que hambre y debilidad; entónces le ayudé á vestir, dejándole en libertad de que comiera lo que mejor le pareciese, quedando yo al cuidado del barco. Pronto confeccionó un almuerzo, que apuramos en breve, ayudándome después á fijar una vela en el palo de nuestro bajel. No extrañe á V. M. cura tan pronta y maravillosa: mi criado era fuerte, su materia robusta, y el zumo de árboles que le habia aplicado tan infalible como instantáneos sus efectos. Al siguiente dia él estaba completamente restablecido de sus dolencias físicas y á mí no me molestaban mis ideas anteriores. Ignoraba dónde nos hallábamos, las millas que llevábamos recorridas, ni lo que iba á ser de nosotros en el oscuro porvenir que se nos

presentaba. Pensando únicamente en el presente, dejamos que el bajel corriera, impelido por la corriente y el viento; comiamos bien, dormiamos mejor, y nunca llegaba á nuestra mente la ida probable, cási segura de seguir á nuestros compañeros, víctimas de un choque durante la noche. Resumo: á los cuarenta dias de navegacion empezaron á escasear los alimentos, lo cual nos obligaba contínuamente á desembarcar, regresando con alguna caza y frutas silvestres. Vimos muchos indígenas que espantábamos á tiros, causamos víctimas, vengando cuantas veces hallamos ocasion la muerte de nuestros compañeros. Tuvimos vários accidentes, adversos unos y agradables otros; contemplamos bosques, paisajes y panoramas de una naturaleza vírgen, arrobadores, de belleza y encantos indescriptibles. Pusimos nuestra planta en muchos parajes donde no se habia fijado la de sér humano alguno hasta aquel momento. Y, por último, fueron tantas las emociones que sentí, tan grandes los fenómenos que llegaron á mi vista, y tal la variedad de objetos que nos rodearon, que á los diez y ocho años de edad pensé como un hombre maduro y experimentado. Los noventa y siete dias empleados en aquel viaje equivalieron á diez años de vida, trascurridos los cuales me hallé reflexivo y hasta prudente. Al terminar ese plazo vimos en su inconmensurable extension las embocaduras del rio de las Amazonas, cuyas aguas se mezclan y confunden con el Océano atlántico equinocial. Entramos con gran trabajo en el último, con más exposicion que nunca á perecer; y sin peligro ya, corrimos viento en popa seis dias, que tardamos en arribar al puerto brasileño llamado San Luis de Maranhao. Las autoridades y el pueblo entero corrieron á saludar á los temerarios marinos que osaron realizar lo que no se ocurrió á hombre alguno hasta entónces. Desembarcamos nuestro tesoro, dí á mi criado la cuarta parte, y le dejé en libertad de dirigirse donde tuviera por conveniente. Yo puse el mio bajo la vigilancia del gobernador; vendí mi bajel roto y estropeado, que me compraron como objeto histórico, y pasé un mes entre aquellos honrados habitantes,

formando su admiracion el detallado y verídico relato de mi larga travesía por las Amazonas. Pronto me cansé de aquella vida monótona y pesada. Llegó un navío veneciano, hablé con su capitan, é infundiéndome confianza el jefe y la tripulacion, me hice á la vela, llevando dos criados brasileños y dejando á mi antiguo sirviente sumido en llanto, y con sentimiento á los hijos de Maranhao, los cuales me trataron desde el primer dia con admiracion y afecto. Me apellidaban el capitan español Magno, y al partir estaba el pueblo entero en el puerto, saludándome con pañuelos blancos. Pronto me hice amigo del capitan veneciano, que era hombre de ciencia, entendido y discreto, y continué á su lado unas veces y otras con los libros que él me daba, adiestrándome en la marina, por cuya carrera sentí loca aficion. Experimentamos grandes calmas y muchos temporales; duró nuestra travesía tres meses, y al arribar á Venecia, llegué con inteligencia y práctica suficientes, segun la opinion del capitan, para dirigir el mejor buque de los que cruzaban el Océano. Venecia me encantó, pero sin lograr destruir un quilate mi aficion á la marina. Poco tiempo después, decidido á lanzarme al mar, mandé construir el buque más grande y hermoso que salió de los astilleros de Venecia; el *Dragon*, ese barco terror de los turcos, asombro de Europa. Mis arenas de oro las convertí en moneda; compré fincas en la ciudad acuática, y conocidos mis hechos é historia del Brasil, Perú y Amazonas, excité las simpatías de aquella república. La oscuridad de mi orígen y mi entrada en Rio Janeiro daban un colorido novelesco al ente moral, presentando al hombre más extraordinario y grande de lo que era entre el pueblo y la clase ciudadana; pero ¡ay! los nobles rehusaban alargarme la diestra y las damas me miraban con cierta curiosidad desdeñosa. Lo último hirió mi amor propio, y hallándose en guerra Venecia con Turquía, armé mi *Dragon* en corso, cayendo sobre la escuadra turca, sediento de sangre, exterminio y gloria. Empecé con suerte: á los quince dias de mi partida abordé en el mar Jónico una galera turca, quedando en mi poder hombres, cañones y

barco. Así continué hasta que tuvo lugar una batalla entre las escuadras enemiga y veneciana, en la que fuí herido gravemente cási al terminarse el combate y en el momento en que cogiamos la gloria de una lucha que duró once horas. Me volvieron á Venecia, y por órden del almirante cuidaron de mí con un esmero y acierto, que á los dos meses me dieron de alta. Restablecido ya, y por consejo del general, entretuve un año en estudiar y aprender cuanto quisieron enseñarme los marinos más viejos y experimentados de la república. Al terminar ese plazo fuí nombrado alférez é incorporado nuevamente á la escuadra; seguí batiéndome contra los turcos, concluyendo mi *Dragon* por ser el barco cuyo solo nombre aterraba al enemigo. Combatiendo dia y noche, sin tregua ni descanso, matando turcos sin cuento y despreciando la vida á cada instante, llegué hasta capitan, inscribiendo mi nombre en el gran libro de la primera nobleza de aquella república. Mucho ascendí, logré lo que pocos hombres, mas fué á costa de un rio de sangre humana y de cubrir los cañones de mi *Dragon* todos los mares de tablas y mástiles turcos, ingleses, alemanes, y de cuantos enemigos tuvo la ciudad que me llamó su hijo predilecto, dándome cuanto le pedia en barcos y soldados. Era tal mi aficion á la marina, que en la guerra fuí el primero y en la paz iba y volvia á América, cambiando objetos de Europa por oro, perlas y brillantes del Nuevo Mundo. A tan incansable actividad debo el ser uno de los hombres más ricos de Venecia; pero sobrándome ya el oro y los títulos, he venido á mi país á descansar unos cuantos meses, cumpliendo un encargo sagrado de mi segunda patria y procurando á la vez romper las tinieblas de un orígen que cada dia va oscureciendo más. Nada extraordinario hallará V. M. en mí; cuanto yo hice puede lograrlo otro hombre cualquiera; para eso le basta aficion al peligro y no tener apego á la vida.

Calló Magno, y el rey, después de mirarle con asombro, le contestó:

—Ocultásteis la mayor parte de vuestros hechos honrosos que el mundo conoce; pero basta el sencillo extracto de vues-

tra historia para comprender todo el talento, valor y energía que demostrásteis al mundo.

El marino iba á responder al monarca, pero se adelantó Mateotti, diciendo:

—Señor, mi digno compañero de embajada fué el rayo asolador de sus enemigos en la pelea y el hombre más generoso y caballero al terminar el combate y durante la paz; ganó diez batallas navales, abordando más de cien buques; recibió diez y siete heridas y estuvo tres veces á la muerte. Es cierto que los nobles y damas de Venecia le miramos un dia con desden, pero pronto hirió su espada nuestra indiferencia, y juzgamos una honra insigne estrechar su mano y que nos dirigiera la palabra. Sólo admitió de la república la octava parte de lo que habia ganado; el Padre Santo le dió un título que no quiere usar; le felicitaron los monarcas, y en el senado de Venecia, en esa reunion de magistrados, la más poderosa de la tierra, tiene un asiento...

—Yo os ruego, Mateotti,—le interrumpió Magno,—que suprimais esos elogios; sois mi amigo íntimo, mi compañero, y en verdad que en vos no tienen fuerza alguna eso que yo apellido simplemente galanterías y que pueden tomar S. M. y el señor duque de Uceda por adulaciones.

En este instante dieron las doce de la noche en el reloj de palacio, cuyos sonidos lúgubres y acompasados interrumpieron la conversacion que acabamos de oir. Luégo se oyeron algunos pasos acelerados; los cuatro volvieron la cabeza sorprendidos, viendo aparecer al duque de Lerma, pálido, contraido el rostro, y demostrando en su fisonomía y actitud ira, despecho y enojo, que en vano trataba de ocultar.

—¿Qué acontece, padre mio?

Le preguntó su hijo.

—¿Qué te sucede, Francisco?

Añadió el rey.

Y los cuatro le contemplaron, con interés y sobresalto los que acababan de hablar, y con estudiada admiracion los otros dos.

El favorito se fijó en Magno, y contestó al rey:

—Señor, ha tenido lugar un acontecimiento que yo no esperaba ni pudo prever cerebro humano.

—Habla,—añadió Felipe cada vez más asombrado.—¿Qué acontecimiento es ese que te trae tan fuera de sí?

—Perdonadme, señor, si dudo, si vacilo; porque, á la verdad, mi cabeza no vuelve en el estado que salió de aquí.

—Siéntate á mi lado, tranquilízate y refiérenos lo que anhelo saber.

El duque se aproximó á Felipe, y fija siempre su mirada en el *Dragon*, continuó:

—Todo Madrid sabe que esta noche á las diez debia unirse mi sobrina Otilia de Sandoval al señor marqués de Altacima.

—Y bien,—preguntó el monarca,—¿no ha tenido efecto esa boda?

—No, señor.

—¡Qué dices!

—Que se perdió la novia.

—No te comprendo.

—Ni yo acierto á explicarme, gran señor. Si el capitan Magno, que tiene tanto talento, se dignara ayudarme...

—¿A qué?

Le preguntó el marino con estudiado desden.

—A desenlazar un acontecimiento raro, extraño, incomprensible para mi pobre entendimiento.

—¿Tiene relacion con la alianza de España y Venecia, única causa que me retiene en la real cámara?

—Ninguna, pero vuestro claro ingenio...

—Basta, señor duque; hablad al representante de Venecia, y reparad en el sitio en que estamos.

—Sólo me faltaba que me diérais una leccion delante de S. M. el rey de España.

—Yo no tengo la culpa; jamás os faculté para que me mezcláseis en vuestros asuntos de familia, ni me parece á propósito el lugar ni la ocasion para tratar de una cosa trivial y que nada importa á España ni á Venecia.

—Me preguntó S. M. y hube de contestarle.

—Me interrogásteis á mí, faltando por lo ménos á la conveniencia.

—Teneis razon, y ruego á S. M. que me perdone.

—Habla, Francisco,—exclamó el rey con disgusto;—cuéntame la causa de no haberse efectuado una boda proyectada por mí.

—Señor,—añadió Lerma con gravedad,—desde anochecido comenzaron á reunirse en casa de mi prima parte de los grandes y nobles del reino, el alto clero, vários generales y algunos embajadores. Poco después de las ocho llegué yo; á las nueve se presentó el arzobispo que debia desposarlos, y desde este instante todos preguntamos por la novia, único sér que faltaba en tan brillante reunion. Su madre nos dijo entónces que la niña estaba en la cámara de vestir, entretenida con su tocado. Es natural que una jóven tan adulada y favorecida quisiera lucir esta noche más que ninguna otra, y esperamos tranquilos la hora de las diez, destinada á la consumacion del acto que nos retenia allí. Nádie osó murmurar de aquel retraso; se hallaban presentes las primeras damas de la corte, lucían todas sus mejores galas, y era propio que Otilia deseara sobreponerse en unos momentos en que debia ser la única que llamara la atencion. A las diez en punto se vistieron el señor arzobispo y acompañantes, entrando en la capilla, que estaba como ascua de oro; penetraron primero los ministros del altar, luégo la duquesa y yo, como representantes de VV. MM.; el marqués de Altacima, después la madre de Otilia, los testigos, parientes y cuantos cupieron, quedando los restantes en el salon contiguo. Del mismo modo que mi esposa llevaba de la mano al novio, debí yo llevar á la novia; pero es el caso que aquella no se presentaba; poco á poco dió principio ese murmullo que concluye por arrojar al rostro del causante el ridículo, cuando no otra cosa peor, y tanto tardaba Otilia y tan indisculpable se iba haciendo aquel retraso, que me vi obligado á reclamar indulgencia en los presentes y á correr en busca de ella, altamente ofendido, impaciente y hasta aver-

gonzado. Llegué á sus habitaciones y dí vários golpes, pero nádie me contestó; la llamé, y un silencio sepulcral siguió á mis voces. Entónces me dijeron los criados que mi prima mandó con recado á su hija de que abreviara, que siempre les contestó un acento que no sabían distinguir si era el de la señorita ó el de su camarera, que el tocado era difícil, y necesitaba mucho tiempo para su perfeccion.

—Sí,—se dijo Magno,—esa voz era la de mi buena Leandra.

El duque añadió:

—La circunstancia de estar cerradas á aquella hora las habitaciones de mi sobrina, sola ésta con una camarera, la tardanza, la rara contestacion dada anteriormente y el silencio que habia seguido á todo esto, me obligaron á llamarla dos veces más, y no obteniendo respuesta, mandé forzar la puerta. Miéntras vino un inteligente y logró abrir, trascurrió media hora de incertidumbre, enojo y desasosiego, donde yo no puedo explicar á V. M. lo que sufrí. Lo primero que se presentó á mi vista, franca la entrada, fué oscuridad completa; pedí luces, y encontrando cerradas las restantes, las fueron forzando para que viese yo un cuadro el más repugnante que podian enseñarme. Todos los adornos y galas mandados á mi sobrina estaban en el suelo pisoteados y en el mayor desórden; sus cuatro habitaciones á oscuras, desiertas y sólo un balcon abierto, por el que indudablemente se descolgaria, seguida de su camarera, valiéndose al efecto de una escala. Confuso, cási aturdido, hice llevar á mi presencia á los cocheros y lacayos que estaban en la calle por donde debió ella cruzar, resultando que ninguno la habia visto ni escuchado el más leve ruido en la fachada de la casa. Al principio creí que estaban ganados y mentian, por lo que usé con ellos toda clase de amenazas, después ofertas, sin que lograse nada con unas y con otras. Pronto corrió la voz de que Otilia habia huido; los ministros del altar salieron de la capilla y mudaron de traje; los convidados se extendieron por los salones, formando corros; empezaron la crítica y murmuracion, y la

madre, el novio y los padrinos fuimos el blanco de todas las miradas, el de un ridículo que nos amargará el resto de nuestra existencia. Me trasladé en el acto á casa del alcalde, dí las órdenes convenientes, sabiendo al poco tiempo que no habia salido por ninguna de las puertas de Madrid. Creo, en consecuencia, que se halla escondida en la corte, y en este instante se la busca, con prohibicion absoluta de que dejen escapar dama alguna por las puertas, en todas las cuales hay fuerza que vigila los alrededores de Madrid. Pareciéndome poco, y en el caso de que hubiera partido por paraje excusado sin que nádie la hubiera visto, he mandado soldados de caballería, que corren en este momento por todas direcciones. Es más de la media noche; nada más se hizo ni nada se pudo averiguar hasta el presente.

—Grave es el asunto,—exclamó el rey mirando á su favorito;—pero si está en Madrid, fácil será hallarla, y si partió, no veo imposible alcanzarla. Magno,—añadió el rey con dulzura,—oí hace poco que estábais enamorado de Otilia, y he notado además que Francisco sospecha de vos; prescindid por un momento de vuestro carácter de embajador, y disculpaos, si sois inocente, de un rapto criminal, ó en el caso de haber tomado alguna parte en él, sed franco conmigo, en la seguridad de que no os tendrá consecuencia funesta vuestra leal declaracion. Os advierto que dispuse yo esa boda, que soy el padrino, y la posicion en que me coloca la huida inusitada de mi protegida.

—Señor,—contestó Magno con dignidad,—anteanoche hablé con el señor duque de Lerma sobre ese particular, mediaron entre nosotros francas explicaciones, y como resultase que yo carecia de orígen y nombre, decidí ahogar mi pasion hasta encontrar lo que me faltaba. Si á esto añade V. M. la circunstancia atendible de que en todo el dia de hoy salí de mi casa y á que no he recibido otras personas que aquellas que comunmente me visitan, hallará una explicacion franca y categórica á las observaciones y preguntas de V. M.

—¿Qué dices á eso, Francisco? Magno no rehusa entrar en

debate conmigo, ya lo ves. ¿Quieres hacerle alguna otra pregunta por mi conducto?

—No, señor.

—¿Sospechas de él?

—Sí, señor; pero carezco á la vez de pruebas.

—Eso,—dijo Mateotti,—es natural en vos, señor duque, toda vez que tan grave acontecimiento os tiene, con razon, fuera de sí; cuando la reflexion y el sosiego os lleven al estado normal, comprendereis perfectamente las frases de mi compañero, el cual estuvo á mi lado y no se ha vuelto á separar desde un instante después que salió de su casa.

—Yo me alegraré que suceda así,—replicó Felipe,—pues Magno es persona simpática, le cobré esta noche aficion, sentiria mucho que hubiera tomado parte en acontecimiento que tanto me disgusta, y más aún que fuera reservado con quien le considera y distingue.

—No hay acto de mi vida,—dijo el *Dragon* con noble orgullo,—que yo no pueda justificar. Efecto sin duda de que carezco de un nombre con que otros pretenden cubrir faltas, cuando no iniquidades, me vi obligado por índole y necesidad á seguir un camino recto, á cumplir con el estricto deber, y á que nádie me obligase á inclinar esta pobre frente que vino al mundo envuelta entre tinieblas por causa de su autor.

—Muy bien; doy por terminado el acto que os trajo aquí,—exclamó el rey;—más adelante nos ocuparemos de la liga que desea Venecia, y quedais facultados para manifestar al Dux que acepto en principio el pensamiento que acabais de exponer.

Los dos representantes se despidieron de S. M., haciendo un ligero saludo á los duques de Lerma y de Uceda.

Magno salió rebosando alegría; Mateotti muy satisfecho y placentero; el rey admiraba al *Dragon*, atraido por una simpatía que no debia apagarse en mucho tiempo; Lerma continuaba víctima de la más horrible desesperacion, y su hijo Uceda demostraba en estos instantes completa indiferencia, lo mismo hácia el marino que en lo relativo al hecho que tenía tan fuera de sí á Francisco de Sandoval.

CAPITULO VIII.

El monarca y sus dos amigos.—El leon, la culebra y la paloma.—Mateotti y su compañero.

Quedaron en la cámara el rey, el favorito y su hijo; Felipe exclamó con sentimiento, mirando al segundo:

—¡Qué abatido estás, Francisco!

—Nunca imaginé, señor, que el ridículo, la crítica y hasta la burla se cebasen en mí como habrá sucedido esta noche.

—El asunto es grave, pero no tanto que pueda abortar esos fenómenos.

—Me ha parecido verlos, señor.

—Lo creo, mas juzgo que exageró bastante tu afectada imaginacion. Tú no tienes la culpa de que tu sobrina haya cometido una falta como esa. ¡Qué hipócrita y taimada! Delante de nosotros se mostró cándida y sumisa, para adoptar luégo una resolucion que hay pocas mujeres capaces de llevar á cabo.

—Yo veo en todo esto,—dijo el duque de Uceda,—la consecuencia lógica y natural de mezclarse en bodas en que se obliga á una dama á que acepte marido que no es de su agrado. Desde el primer momento opiné mal de la imposicion que se llevaba á cabo con mi prima Otilia. Es mujer de valor im-

propio en su sexo, y tiene más talento que la madre y el novio.

—¿Tambien tú, hijo mio? Esa jóven está mal educada, y de este modo se explica únicamente lo acontecido, tan horrible atentado.

—Ya no tiene remedio,—añadió el rey,—y es inútil comentar el hecho; veamos si es posible evitar una parte del daño.

—¡Si lograran hallarla!..

—Repito que es fácil buscándola bien.

—Si sólo la desesperacion la ha guiado, posible es dar con ella esta noche mismo,—replicó Uceda;—pero si ha dirigido el rapto ese hombre extraordinario que acaba de salir, no la encontraremos nunca.

—Mucho temo, hijo mio, que no te equivoques en lo último.

—¿Cómo era posible,—preguntó el monarca,—que habiendo permanecido hoy en su casa y esta noche á mi lado, se ocupara de un negocio improvisado y tan repentino que apénas le dió tiempo para dedicarse á él?

—Su estancia aquí y el aislamiento á que se condenó anteriormente podrán ser hijos del deseo de una impunidad que asombra, y en verdad que no los juzgo extraños á su talento y osadía.

—Mucho vale ese hombre, pero en la ocasion presente no tuvo tiempo ni medios de realizar el rapto. Averigua, no obstante, lo acontecido, y mañana me enterarás de todo. Di á tu mujer que siento mucho lo que habrá sufrido esta noche, y retiraos, que ya es la una.

Ambos se despidieron de S. M., y salieron, encontrando en la saleta á Jonás de Alaejo, que esperaba á su señor. Delante padre é hijo y detrás el secretario, salieron á pié de palacio, dirigiéndose á su casa. Los tres iban cabizbajos y ensimismados; ninguno desplegó los labios por el camino, entrando de este modo en el despacho de Lerma.

—Nada,—exclamó el duque, dejándose caer sobre un sillon;—el alcalde no ha vuelto ni me traen noticia alguna, de

lo cual deduzco que todas son adversas. ¿Qué hacemos, Jonás?

—Señor, están en movimiento trescientas personas.

—Pero sin resultado alguno.

—Hace tres ó cuatro horas nada más que huyó vuestra sobrina.

—Me devora la impaciencia. ¿Opinas tú que el rapto fué dirigido por Magno?

—¿Qué otro podria haber sido?

—Ella sola, que le sobran osadía y valor para hacerlo.

—Entónces la encontrarán fácilmente; pero dudo, señor, que ese terrible *Dragon* no sea el autor de acontecimiento tan funesto.

—Si fuera él y no la hallásemos, ¿qué hacer entónces?

—No queda otro medio que la venganza. ¡Lo que ha sufrido V. E!..

Uceda interrumpió á Alaejo, diciendo:

—¡Qué ideas tan extravagantes y ridículas! ¡De figura tan rara no podia esperarse otra cosa! Si se aman, han hecho bien, y el quererse vengar me parece ruin y miserable.

—Hijo, tienes un modo de ver las cosas esta noche que me incomoda. ¡Si hubieras estado presente en casa de tu tia!..

—Me mandásteis que fuera á palacio, y os obedecí.

—Bien, pero la ofensa hecha á tu padre debiera inspirarte otra cosa.

—Por desgracia, veo en el mal que deplorais la consecuencia lógica y natural, segun os dije ya, de haber obligado á mi prima á que se uniera al célebre marqués tan feo, desgarbado y antipático, como ella hermosa, elegante y seductora. De seguro que fué idea de esta cucaracha que llamais secretario.

Alaejo se mordió el labio inferior hasta ensangrentárselo; Uceda le miró con desden, y Lerma contestó á su hijo con enojo:

—Yo, en tu lugar, prepararia mi espada para atravesar el corazon del hombre que hubiera puesto á mi padre en el caso que yo estoy.

—Haré lo que me mandeis, señor; pero recordad lo que

os dije ayer, lo que pasa ahora, y deducid la consecuencia.

—Vete á acostar, duque, y no te mezcles en lo sucesivo en asunto tan funesto. Vé á descansar, paloma sin hiel; ¡qué hijos y qué tiempos, santo cielo!

—Buena noche, señor.

Y desapareció Uceda, tan indiferente como habia estado el resto de la noche. Este hombre, más ambicioso aún que el autor de sus dias, habia fijado la vista en la cumbre del poder en que veia mecerse á su padre, y todo lo que no fuera colocarse en aquel sitio le era extraño y lo miraba con desden.

Solos Lerma y Alaejo, exclamó el primero:

—¡No viene el alcalde ni nos manda recado alguno!

—¿Quiere V. E. que le busque y averigüe?..

—Sí, Jonás; tú, que no estás ofuscado y que tienes talento, vé, indaga, determina, y vuelve aquí. Llevas facultades ámplias, pero repara en el estado en que me dejas.

—Haré lo posible por regresar cuanto ántes.

Y partió el secretario.

El duque se puso en pié y paseó por el despacho; se sentó nuevamente, tornando á pasear agitado y convulso. Su amor propio, que era enorme, se hallaba herido, y el poderoso señor se creia humillado por primera vez, no aviniéndose á tolerar una ofensa que juzgaba imperdonable, y ménos á olvidarse de ella.

—¡Si resulta autor ese fiero capitan,—se decia,—áun cuando fuese el mismo Lucifer, juro vengarme hasta pulverizarlo! Y no puede ser otro, ¡Quién se habia de atrever en España con el que apellidan favorito!.. ¡Qué bien lo dispuso y ordenó! Yo tuve bastante con veinticuatro horas para arreglarlo todo, pero á él le bastaron doce, seis, tres, acaso una, para burlarme y vencer en una lucha de intriga y sorpresa! ¡Maldito sea, y maldito su talento, destreza y osadía! Es gran previsor, y llegó á mi tierra cubierto con el manto de una república, enseñándome y blandiendo el poder de un pueblo fuerte y atrevido; pero, ¿de qué le servirá todo eso? ¿De qué? ¡Está en España; aquí mando yo solo, y puedo tanto, que haré de él lo que

cuadre á mi enojo! ¡Qué calma tiene, qué sangre fria! ¡Cómo engaña y seduce para conseguir la impunidad; creo que en la cámara se burlaba de mí; de mí! ¡Insensato! ¡A la primera prueba que tenga, ay de él! Escapada mi sobrina y deshonrada ya, sólo resta vengarse, como dice Alaejo; la venganza, que yo anhelo y deseo; la venganza, única cosa que me halaga esta noche.

Así pensaba el duque, de lo cual deducirán nuestros lectores que sin ser el hombre malo por índole, puede llegar á la perversidad y hasta el crímen cuando, entregado al amor propio ó en brazos de pasiones bastardas, se deja dominar por el despecho ó la ambicion. Nosotros hallamos el corazou humano tan preparado al bien como dispuesto al mal: para lo primero son indispensables fortaleza de espíritu, modestia y resignacion; para lo segundo basta un poco de debilidad, con la que se oscurece la luz de la inteligencia, y el rey de la creacion salta desde la grandeza en que vino y lo elevó, hasta el fango y la miseria.

A las tres de la madrugada regresó Alaejo, sudando y fatigado.

—Señor,—dijo á su amo,—Otilia no está en Madrid; ni los dependientes del alcalde la encuentran, ni la hallarán, estoy seguro.

—¿En qué te fundas?

—Sólo faltan en sus habitaciones y objetos que le pertenecen dos vestidos de los cuatro que tenía para montar á caballo.

—¿Quién te lo dijo?

—Lo he visto yo, y obré por inspiracion propia.

—¡Ah! ¿Estuviste en casa de mi prima?

—Sí, señor; por cierto que la hallé desesperada maldiciendo una boda impuesta que le ha robado su hija.

—¡Qué me importan á mí ella ni sus maldiciones! ¿Qué más has descubierto?

—Es un hecho que ella y la camarera salieron con traje de montar, y claro es que les esperaban caballos y escolta; y todo esto se lo ha proporcionado vuestro enemigo Magno, ese

hombre funesto que rie en estos instantes en que nosotros lloramos.

—Eso deduces, pero no me traes una sola prueba.

—Cierto que son deducciones, pero tan exactas, en mi concepto, que no dan lugar á la más leve duda; lo mismo creen el marqués de Altacima y el alcalde, y ámbos tienen una comprension admirable.

—¿Y cómo me explicas el haberse quedado el raptor en Madrid?

—Escudado con su representacion veneciana, pretenderá gozar con nuestro duelo, con el ridículo y sarcasmo que nos proporciona.

—Una prueba, Jonás.

—Señor, está su casa cerrada y no hay en ella criado alguno; los que le servían eran todos marinos; es indudable que no residiendo en Madrid, acompañan á Otilia en forma de escolta.

—¿Y hácia dónde van? ¿Lo sabes, supuesto adivino?

—Señor, se halla en Cartagena anclada la escuadra de Venecia que manda el capitan Magno, y hay en ella ciento cincuenta cañones y más de cuatro mil hombres. Si vuestra sobrina llega á embarcarse y se hace á la vela, ya no hay posibilidad de rescatarla.

—¿Y sabiendo tú eso, qué has determinado?

—Hace más de tres horas que corren camino de Cartagena veinte hombres y un capitan que os merece entera confianza.

—Los que yo mandé.

—Si esos, que llevan una delantera tan grande, no la encuentran, es inútil que salgan otros.

—Verdad es. ¿Qué han averiguado sobre Magno?

—Hasta ahora no se han ocupado de él, pero yo me encargo de ese hombre, si me lo permitís.

—Sí, que le odias, segun pude deducir de tus frases, y no queda mal entregado á tu vigilancia. Jonás, parto en busca del lecho; las emociones y sufrimientos me piden un descanso indispensable ya á mi corazon y cerebro. Quedas en mi

lugar; piensa, medita y determina; en caso necesario, me despiertas, si es que logro conciliar el sueño.

—Confiad en mí, señor, que yo velaré dia y noche hasta hallar á vuestra sobrina y dejar vengado como cumple al hombre más poderoso de la tierra.

—Me tranquilizan tu acierto, energía é interés. Hasta luégo.

El favorito se retiró á su alcoba, metiéndose en cama en busca de un sueño y tranquilidad que sólo halló á medias.

Quedó Jonás halagado por una satisfaccion impropia del efecto que debia causar en él la intriga que llevó á cabo y que Magno deshizo con un soplo de su poderoso aliento. Pero este miserable se proponia, como saben nuestros lectores, cosa muy diferente de lo que demostraba, y, al parecer, con el cambio sufrido le salia la cuenta mejor aún que anteriormente. Oigamos lo que murmuraba en estos momentos:

—Muy bien,—decia;—se dé alcance ó no por el pronto á Otilia, es preciso vengar la ofensa, y Magno con embajada ó sin ella irá al fondo de una mazmorra. ¡Allí le espero para recordarle la bofetada, desprecio, befa y escarnio que lanzó sobre mí, villano y despiadado! ¡Qué tormentos tan horribles le he de hacer sufrir! ¡Qué agonía la suya! ¡Me crispo de placer viéndola en lontananza! Muerto para todos, ménos para mí, volverá Otilia, deshonrada para el mundo, pura é inocente para este Jonás que la conoce bien y adivina todo lo acontecido; y ya en mi poder tambien ella, no será de Altacima, sino mia. ¡Mia! La frase enloquece mi alma, conmueve hasta la fibra más recóndita de mi corazon, y me extasía, me enajena.

Discurriendo así ocupó el resto de la madrugada sin hacer otra cosa. Su calma de esta noche fué reemplazada al dia siguiente por una actividad y energía asombrosas. Dejémosle por ahora, y busquemos á Magno.

Nuestro valiente marino salió, dando el brazo á su compañero Mateotti; ámbos entraron en la carroza, y minutos después en el estrado del embajador. Sentados frente á frente, preguntó Luigi á Magno:

—¿Qué pensais, amigo mio?

—No discurro; gozo recordando los efectos del rapto de Otilia.

—Tambien á mí me pareció deliciosa la actitud del favorito, y más de una vez latió mi corazon de júbilo contemplándole víctima de una sola idea, del *Dragon* veneciano. El poderoso duque no halló estorbo ni dificultad alguna hasta que Magno le salió al encuentro; pero ¡ay, amigo mio! su despecho y enojo han de sitiaros en breve, y temo con razon una catástrofe.

—Que venga cuando quiera; le espero tranquilo.

—Podrá usar de tales medios, que acaso no basten vuestro talento y valor.

—Cómo ha de ser.

—Es indispensable evitar las consecuencias de una ira que podrá perderos.

—No veo el medio.

—Yo sí: os quedais en mi casa; saldremos siempre juntos...

—No prosigais; habitaré en la mia con solos mi cocinero, Oton, y que la suerte disponga lo que estime más conveniente.

—Magno, vais á hacer alarde de vuestro valor, y me es imposible permitirlo.

—No; recorriendo solo la poblacion y despidiendo á todos mis criados se oscurece más mi complicidad en el acto llevado á cabo por Otilia. Intento destruir hasta la sospecha más pueril, que de este modo tendré ganado al rey y en peligro el favor de Lerma, si me busca traidoramente.

—Pero una sorpresa, aborto de la venganza, una acometida...

—Para esas sobran con mi espada y brazo. Es indudable que la policía continúa vigilando mi casa, como tambien que Otilia se embarcará en Cartagena sin ser conocida de nádie, y vos, si gustais hacer presente á S. M. la exposicion en que me hallo por conjeturas únicamente, habremos ganado cuanto yo deseo.

—Comprendo la idea, y me parece aceptable; mas temo que perezcais víctima de horrible emboscada.

—Haced lo que yo os digo, y no juzguemos á Lerma jefe de una banda de asesinos.

—Se hallaba fuera de sí.

—Ya irá calmando poco á poco su furor.

—Ó querrá vengarse, y no pudiendo atentar contra el representante de Venecia, se valdrá de medios arteros y ruines.

—Algo hay que dejar á la suerte.

—¿Estais decidido?

—Sí; tengo muy estudiado cuanto se refiere al grave acontecimiento que nos ocupa, y no puedo ni debo variar nada de él.

—Entiendo qne será elevado, y si separásemos de él la temeridad del autor, quedaria perfecto.

—Imposible.

—Vuestro defecto consiste en el poco apego que teneis á la vida.

—Eso prueba que soy ménos afortunado que vos.

—Está bien; obrad como mejor cuadre á vuestro intento, que yo os defenderé, procurando neutralizar con mi solicitud los efectos de vuestra indiferencia.

—No he dormido anoche, y si me lo permitís, me retiro.

—Hasta mañana.

Los dos amigos se despidieron, saliendo Magno en compañía de Oton. De este modo, y seguidos á larga distancia por un dependiente de Mateotti, llegaron á su casa, encontrando por única servidumbre al cocinero.

El *Dragon* los reunió en su sala, diciéndoles:

—Tú, mi querido Melenik, serás mi único compañero; y tú, Alejandro, formarás desde esta noche toda mi servidumbre. Hasta que regresemos á Italia, que ignoro cuándo será, no he de tener en mi casa más gente que vosotros.

Ambos se inclinaron, retirándose el cocinero. Magno prosiguió:

—Oton, en aquella gaveta hay un secreto que conoces, con mucho oro en él y una declaracion en que te dejo por mi único heredero. Si yo pereciese, toma posesion de todo, marcha á Venecia y parte con Otilia mi fortuna. A un hombre de tu lealtad y cariño hácia mí no debo decirle más; ahora descansemos.

—Espera, Magno, que necesito preguntarte algo.

—¿Qué quieres?

—¿Tu amada huyó?

—Sí.

—¿Por qué no la seguimos?

—Porque no conviene.

—Esa terquedad en buscar una cosa que para nada te hace falta nos costará la vida á ámbos.

—Ó á ninguno.

—Deduzco de tus anteriores frases que peligra tu existencia; adivino la causa, todo lo comprendo, y en verdad que desaparecieron mi sosiego y calma.

—No he dormido anoche, Melenik.

—Permíteme siquiera que no me separe de tu lado.

—En casa, bien; fuera de ella iré siempre solo.

—Ingrato, me niegas lo que más podia agradecerte en el mundo.

El *Dragon* miró á su protegido con interés, y asomando á sus labios una sonrisa melancólica, buscó el lecho, en el cual descansó el resto de la madrugada y hasta las ocho de la mañana. Desde este dia en adelante se dedicó con más celo que nunca á mandar emisarios, que recorrian las provincias, buscando el orígen ó alguna noticia sobre el niño arrojado al Brasil por un español. A la vez proseguia sus indagaciones en la corte y tenía en juego á vários encargados de vigilar á los agentes que espiaban sus pasos por órden de Lerma.

CAPITULO IX.

Navor entre dos fuegos.—Los cuadrilleros de la Santa Hermandad.—Aumenta el conflicto.—Mateotti cumple el encargo de Magno.

Serían las siete de la mañana cuando el capitan Pantoja entró en el despacho del favorito, hallando muellemente reclinado en un sillon á Jonás de Alaejo.

—Buenos dias, secretario,—le dijo.—Se cuenta en la villa que anoche huyó la sobrina de nuestro jefe; y tales comentarios se hacen, que deseo me entereis de lo que pueda haber de cierto en ese asunto.

Jonás le miró de arriba abajo, interrogándole á su vez:

—¿Acabásteis la copia que os entregué de parte del duque?

—Sí, pero no se trata de eso; contestad á mi pregunta: ¿qué hay sobre Otilia?

—Ya lo habeis oido: que huyó del hogar materno, y nada más.

—Terrible lance, pues creo que desapareció en los momentos que debia unirse al marqués de Altacima. ¿Nada replicais?

—Nada, toda vez que vuestro amigo Magno os habrá enterado de lo que nosotros ignoramos.

—«Calumnia, que algo quedará,» dijo el sábio, y vos aprendísteis el axioma admirablemente. El *Dragon* se halla en Madrid, segun afirman, tranquilo y sosegado, sin mezclarse en nada que tenga relacion con la huida de esa señorita; por lo cual me recuerda vuestra suposicion, el encuentro casual, bofetada...

—Basta, basta.

Exclamó Alaejo con indignacion.

—Ni el duque me hablaria de ese modo, señor secretario; pero como á mí nada me impone, y ménos vos, á quien conozco hace años, os diré que falta mucho todavía.

—¿Qué es ello?

—Aún no referí á vuestro jefe el acontecimiento que os descompuso el rostro, la honra y un valor de que no abusais...

—¿Qué se propone Navor?

—Neutralizar con la verdad los malos efectos de la mentira.

—Os equivocais; yo repito las palabras del duque, sin que me importe nada que Magno haya podido ó no tomar parte en el rapto de Otilia. Os ruego, en consecuencia, no digais nada á nuestro jefe de ese encuentro casual.

—Si transigís, callaré. ¿Duerme todavía el señor duque?

—Llamó hace poco, y deben estarle vistiendo.

—Hablemos entónces como dos buenos amigos. Supongo que S. E. habrá sufrido anoche bastante.

—Sí.

—Lo siento, pero no debe inquietarse tanto, siendo así que no tuvo la culpa, por más que la maledicencia se cebe en él...

—¿Qué dicen de mí?

Exclamó el duque presentándose en el despacho, del cual le separaba una sola cortina de terciopelo. Pantoja y Jonás se pusieron de pié; el primero se acercó dos pasos, contestándole:

—Oí esta mañana referir el lance ocurrido anoche, y la pobre gente que tales cosas contaba, añadia: «tiene la culpa el autor de la boda; vaya un novio ridículo para dama tan en-

cantadora. La precipitaron, y la pobrecita huyó; haga el cielo que no dén con ella.»

—¿Qué hicísteis vos al escuchar esos desatinos?

—Aun cuando no estoy enterado del lance, juzgué que aludian á V. E., y espanté á la canalla de un modo algo brusco.

—¡Me lo temia; mi nombre estará sirviendo de blanco á tanta gente desocupada y falaz como reside en Madrid!

—Yo, en vuestro lugar, despreciaria esas hablillas.

El duque, sin fijarse en las últimas frases del capitan, preguntó á Jonás:

—¿Qué aconteció? ¿Por qué no me habeis despertado?

—No hubo motivo alguno para cortar el tranquilo sueño de mi señor.

Contestó el secretario, indicando á su señor con la mirada que despidiera á Pantoja.

Aquél hubo de comprenderle, pero, léjos de obedecer á Jonás, preguntó á Navor:

—¿Cuántos años me servís, capitan?

—Cuatro, señor.

—¿Os ha faltado la paga, ó algo, en fin, que merezca tomarse en cuenta?

—No recuerdo, y me sorprende la pregunta.

—Deseo saber, señor Pantoja, hasta qué punto puedo contar con vuestra lealtad.

—Señor duque, si me han calumniado, tened la bondad de decirme el nombre del autor.

—No es eso, Navor; entiendo que vuestra amistad con Magno el *Dragon* puede perjudicarme en la ocasion presente, y quiero evitarlo.

—Debo efectivamente algunos favores á ese valiente marino, pero no lo suficiente para que yo sea villano ni traidor.

—Deseo que le aborrezcais como yo.

—Eso es imposible; V. E. no le conoce, yo sí, y no me es dado odiar á tan cumplido caballero.

—¿Y si resultase ser el raptor de mi sobrina?

—Entónces no me mezclaria en ese asunto en pro ni en contra.

—¿Y si os mandase que le prendiérais?

—No lo haria.

—Eso no es servirme.

—Me parece que mi conducta es leal; V. E., que tiene talento, no puede querer á su lado ciegos instrumentos, que esos, si sirven en ocasion dada, son inútiles para todo lo demás.

—Es decir, que en nada relativo al *Dragon* debo contar con vos.

—Me atrevo á rogar á V. E. que me oculte todo lo que sea contrario al hombre que salvó mi vida con heróico valor.

—¿Y de lo contrario?

—De lo contrario, señor, le suplico me dé una colocacion cualquiera en que pueda honrar esta banda.

—Estamos en paz con todo el mundo, y sobran capitanes á cientos.

—En ese caso, me retiraré á mi casa á dar fin de los ahorros que tengo.

—Elegid vos.

—Quiero aquello que más convenga á mi señor.

—Quedaos á mi lado; pero ¡ay de Navor si con torpe ingratitud paga mal la merced que le concedo! Alaejo, dime todo lo que sepas, sin cuidarte en lo sucesivo para nada de la presencia de Pantoja.

Era lo que deseaba el capitan, pues áun cuando sirvió siempre con lealtad al duque, en lo referente á Magno era la excepcion de la regla. El secretario contestó á Lerma:

—Han regresado todas las partidas de caballería que mandamos fuera de Madrid, á excepcion de la que salió por el camino de Cartagena. Dicen los recien venidos que nada hallaron, y que pueden asegurar, en vista de los informes tomados, que nádie ha huido por las direcciones que ellos recorrieron. Nada se encontró en los alrededores de la corte; en la poblacion se continúa indagando, pasando ya de cien los reconocimientos hechos.

—¿Qué es del *Dragon*?

—Se halla en su casa, servido únicamente por uno que parece paje y el cocinero que tenía.

—¿Se le vigila?

—Sí, señor.

—¿Hablaste con el alcalde?

—Várias veces.

—¿Qué debemos esperar?

—Parece, señor, que vuestra sobrina se dirige á Cartagena, y es posible que la dén alcance los soldados que la persiguen: eso indica al ménos su tardanza en regresar.

En este instante recibió el duque un despacho del alcalde, en que le participaba que se habian presentado cuarenta cuadrilleros, trayendo presos á vários hombres y á un jefe.

—No me explico esto,—exclamó el favorito después que hubo leido el parte;—no dice quiénes son, de qué punto vienen, ni la causa. Id, Pantoja, y enteraos de eso. Aquí teneis el parte.

El capitan le obedeció, saliendo acto contínuo en busca del alcalde.

Poco después se puso á trabajar el duque con su secretario, impaciente y desasosegado.

—No se me ocurre idea alguna,—exclamó de pronto;—cuida tú de despachar lo indispensable miéntras yo voy á palacio.

Y desapareció tambien.

Serían las diez cuando regresó Pantoja, preguntando á Jonás:

—¿Y el duque?

—Con S. M.

—Avisadle, que necesito hablar con él.

—No me ha dado órden para que le distraiga de la ocupacion que le ha llevado á palacio.

—Se trata de un descubrimiento importante.

—Sepamos qué es.

—Antes que el duque no creo que debais saberlo.

—Pues en ese caso, no me es dable sacarlo de la cámara.

—Declino en vos toda la responsabilidad, y así se lo diré en cuanto le vea.

—Está bien; para rehuirla en parte marcho de aquí, en cumplimiento de las órdenes que me ha dado.

—Y yo tambien.

Cada cual salió por diferente puerta.

Pantoja fué á Palacio, preguntó por Lerma, le dijeron que estaba efectivamente con S. M., y añadió que si sería ó no posible pasarle recado.

—Imposible no es,—le contestaron,—pero sí inconveniente.

—En ese caso,—prosiguió el capitan,—decidle que he estado en busca suya; y que no pudiendo vos avisarle por la causa expuesta, que me retiro con sentimiento y pena.

Y regresó al despacho, reclinándose muellemente en un sillon.

Pantoja, en su diálogo con el secretario y en sus preguntas en palacio, no hizo otra cosa que buscar un pretexto para declinar su responsabilidad, como veremos más adelante. Debia ver á Sandoval, sacarlo de donde estuviera para enterarle de un asunto urgente; pero á él le convenia que trascurriera tiempo, y de este modo lo lograba sin que Lerma pudiera acusarle de falta que, en la apariencia, no habia cometido.

A las doce regresó el secretario é hizo várias preguntas á Navor; pero éste se hallaba leyendo un texto latino, y le contestó con monosílabos. A la una oyeron anunciar al duque, en cuyo instante tiró el libro Pantoja, apareciendo en su rostro la impaciencia y desasosiego; al ver entrar á Lerma, se adelantó dos pasos, diciéndole:

—Señor, sin pérdida de tiempo me dirigí á casa del alcalde, evacuando en el acto la mision que tuvísteis la bondad de encargarme; volví al punto, y sabiendo que estábais en palacio y que á vuestro secretario le permiten llegar hasta la antecámara, le rogué os avisara, mas se negó, pretextando que no tenia órden vuestra; insistí, me contestó que debia saber án-

tes que V. E. la gravedad del asunto; yo me negué á lo que juzgaba un desacato, declinando en él toda la responsabilidad. Esto no fué bastante para hacerme desistir de mi empeño: fuí al alcázar é intenté veros, pero se opuso la servidumbre de guardia, alegando que estábais con S. M. y que no se os podia entrar recado. Entónces me retiré inquieto como veis, sucumbiendo ante la necesidad de esperar aquí tres horas, que me han parecido un año.

—¿Tan grave es el asunto?..

—Sí, señor.

—Enteradme al momento.

—Fuí, como os dije, á casa del alcalde; reconocí á los presos, resultando que cuarenta cuadrilleros detuvieron en Valdemoro á los veinte hombres y al capitan que mandásteis anoche en persecucion de vuestra sobrina, conduciéndolos á Madrid á pié y sin armas.

—¡Qué decís, Pantoja!

—La verdad, señor.

—¿Qué hizo el alcalde?

—Ignora lo acontecido; se concretó á trascribiros el parte que recibió de su segundo, partiendo de su casa, á la que no habia regresado cuando yo vine aquí.

—¿Dónde están los presos?

—Los dejé en la cárcel, trayéndome únicamente al jefe de los cuadrilleros, al cual encerré en una de las habitaciones del piso bajo de vuestro palacio.

—¡Qué torpeza, qué insensatez! ¿Por qué no me avisaste, Alaejo?

—Ignoraba lo que acontecia, y no me atreví á importunaros.

—Sospecho que el oro del *Dragon* anda en este juego, y en verdad que al que yo descubra cómplice pagará muy cara su traicion.

—Señor, yo hice todo lo posible por enterarnos; no fué mia la culpa si no lo conseguí.

Exclamó Navor; Jonás añadió:

—Señor duque, ódio á ese marino como no me es dado explicar á V. E.

—Todo eso será cierto, pero no lo es ménos que me sirves muy mal en la ocasion presente. Pantoja, traed á mi presencia al jefe de los cuadrilleros.

El capitan obedeció, regresando al poco tiempo seguido de un hombre alto, delgado, y en cuyo rostro solia aparecer esa bondad y mansedumbre del hipócrita. Entró humilde, é inclinándose ante el duque, le dijo:

—Excelentísimo señor, se halla á vuestras plantas vuestro leal esclavo.

—Alza la cabeza,—dijo el duque con disgusto,—y prepárate á contestar, seguro de que, si me engañas, vas á galeras desde este despacho.

—¡Yo mentir, yo faltar á la verdad ante un señor á quien tanto amo y respeto! Pertenezco además á la Santa Hermandad, siendo uno de sus dependientes predilectos.

—Lo cual no te librará, señor cuadrillero, de ir donde te dije ántes si tus réplicas no me satisfacen.

—Estoy seguro de no haber ofendido á V. E. ¡Dios, cuya causa defiendo dia y noche, me libre de semejante desacato!

—¿Por qué has detenido anoche al capitan y veinte hombres que le acompañaban por órden mia, los cuales iban desempeñando una mision importantísima?

—Como no me es dable contradecir á V. E. en nada, me veo imposibilitado de afirmar que detuve únicamente á una banda de malhechores; justificaré, si V. E. me lo permite, mi conducta de anoche.

—Habla, y abrevia.

—Hace ya dias, poderoso señor, que los alcaldes de Getafe y Valdemoro recibieron noticias ciertas de que en breve debian presentarse en nuestro terreno bandoleros disfrazados...

—Esas sospechas las teneis siempre,—le interrumpió el duque,—y lo cierto es que, á pesar de vuestro santo celo é interés, están infestados de bandidos los alrededores de Madrid.

—En la ocasion presente la delacion era segura; teníamos

pelos y señales; y no quedando duda de que el golpe se daba, reuní dos cuadrillas, y con mucho sigilo permanecí al acecho. Anoche llegaron, y tomando por asalto un meson que hay en el camino de Valdemoro, comenzaron á comerse cuanto hallaron, sin perdonar la bodega, cuyo vino trataban de apurar. Me avisan, despierto á mi gente, vamos de puntillas, caemos de improviso, y cogiéndolos dispersos por la cocina, corral y bodega, les sujetamos por la espalda, dos para cada uno de ellos, desarmándolos en el acto. ¡Qué entusiasmo y valor demostró mi gente, qué prontitud, qué acierto! Fué un golpe maestro.

—Verdad es; veremos cómo te sienta el que yo he de darte, cuadrillero. Di ¿desde cuándo estábais reunidos?

—Desde ayer al mediodía; pero convocados, hacía ya mucho tiempo.

—¿Qué os dijo el jefe de los que apresásteis?

—Lo que todos los malhechores: que era capitan *á guerra* enviado de V. E., y no recuerdo qué otros desatinos. Luégo votaban y maldecian; juraban vengarse, y lo harian si V. E. los dejara en libertad.

—¿A qué hora aconteció eso?

—Era más de media noche.

—¿Cómo tardásteis tanto en venir á Madrid?

—Nos detuvieron en Pinto y Getafe para contemplar á los facinerosos.

—Tú no traerias mucha prisa.

—Al contrario, excelentísimo señor; á pesar del valor que demostramos, anhelaba dejar en poder de los soldados del rey tan terrible partida.

—¿Quién os recibió al llegar aquí?

—El segundo alcalde, al cual enteré de todo, y él nos mandó que lleváramos á la cárcel á los prisioneros hasta que el primero resolviera.

—¡Tienes, cuadrillero, todas las trazas de un hipócrita, y como yo averigüe que me engañas!..

—Jamás logrará V. E. eso que dice; servir á Dios es mi

norma, y si puedo equivocarme, en cambio nunca consiguió Lucifer que yo faltase á sabiendas, por maldad ni con intencion dañina.

Queriéndolo sorprender el duque, le preguntó de improviso:

—¿Se detuvieron, ántes de llegar esos que llamas bandoleros, las dos damas que cabalgaban en direccion de Aranjuez?

—No sé, gran señor, ni yo tengo noticia de tales señoras; por allí se ven cruzar unas en litera, otras á caballo, y alguna en carroza; pero anoche no vimos á ninguna.

—¿Ni oísteis hablar de ellas?

—No, señor; á nádie.

—Está bien. Pantoja, lleva á este hombre á la cárcel, y que quede allí detenido hasta nueva órden mia; que le acompañen sus cuadrilleros, y que te siga el jefe de los supuestos bandoleros.

Quedaron solos el duque y su secretario. El primero exclamó:

—Sólo faltaba que ese hombre se hubiera vendido y Magno continúe burlándose de nosotros, para que el ridículo fuera completo.

—Mucho me lo temo, señor; el *Dragon* es rico, y reparte el oro con prodigalidad pasmosa.

—¡Por lo mismo parece que todos os conjurais contra mí!

—Yo, señor, aborrezco á ese hombre como no puedo explicar, y de nada me disculpo, porque en breve probaré á V. E. que si en todo le obedezco con lealtad, en este asunto me intereso más que en ningun otro.

Los dos continuaron hablando media hora, que tardó en regresar Pantoja, seguido, no del jefe de bandoleros que denunciaba el cuadrillero, sino del capitan mandado la noche ántes en persecucion de Otilia. Cuando Lerma lo tuvo delante le dijo:

—Os encargaron ayer una mision importante á nombre mio. ¿Cómo la habeis desempeñado, capitan?

—Señor, en el acto monté á caballo, y al frente de veinte

hombres corrí á escape tendido las primeras cuatro leguas. Tardamos siete cuartos de hora, y se hizo indispensable dar á los potros diez minutos de descanso. Llegamos á un meson de Valdemoro; mandé echar pié á tierra, y permití á mi gente que tomase un poco de alimento y que bebiera vino. Los del meson, creyendo que no se les pagaria, se negaron á facilitar lo pedido; y no estando en el caso de perder tiempo, toleré á la tropa que se proveyera de lo que encontrase á mano. Cuatro minutos después y en el momento en que cada cual andaba por un sitio diferente, fuimos sorprendidos por multitud de robustos cuadrilleros, calificándonos de bandidos y malhechores. No pudimos defendernos, ni áun tirar de la espada; instantáneamente nos sujetaron por las muñecas, sin que ninguno acertáramos á comprender la causa de tan horrible atentado. Les hablé en nombre de V. E., y se burlaron de mí; les rogué, y se rieron, y más tarde soltaban una carcajada por cada amenaza mía. A pié, maltratados y sin oir súplicas ni razonamientos, nos llevaron á Pinto y á Getafe, enseñándonos como á bandoleros, lo cual nos proporcionó la burla y dicterios de cuantos se acercaron. Más tarde entramos en Madrid, y por órden de no sé qué autoridad nos encerraron en la cárcel pública. Eso es todo, señor.

—¿Cómo os dejásteis sorprender de ese modo tan extraño, capitan?

—Me cogieron por la espalda entre vários, y lo mismo sucedió á la mayor parte de mis soldados.

—¿Juzgais, como yo, que ese hecho no es hijo de torpeza ni debido á la casualidad?

—Eso creí en un principio; pero luégo he dudado, pues ellos aseguran que somos una partida de bandoleros á quienes esperaban hace dias. La multitud gritaba, como los cuadrilleros: «esos son,—decian,—los que intentaban asaltar nuestras casas; ¡viva la Santa Hermandad!

—¿En el camino averiguásteis algo sobre el rapto de mi sobrina?

—Nada, señor; pregunté á dos arrieros que vi, y ninguno

me dió razon de ella; la noche estaba oscura y el arrecife desierto.

—¿Habrá medio de indagar si el atentado se realizó con malicia ó fué sólo por una equivocacion de los cuadrilleros?

—Acaso en Valdemoro nos pudieran resolver el problema. Que permanezcan presos, y si V. E. me lo permite, á la vez que recogemos los caballos...

—No es prudente que se queden en Madrid un sólo instante más. Adelantaos, poniendo al efecto los medios de saber la verdad; que os siga vuestra gente, procurando descubrir además si mi sobrina ha cruzado ó no por ese camino. Respecto de los cuadrilleros, conviene que sigan en la creencia, por si no hay malicia en ellos, de que han dejado en Madrid aprisionados á veinte bandoleros. Id, Pantoja, con vuestro compañero, y sin pérdida de tiempo realizad mi deseo.

Salieron los dos capitanes, preguntando Jonás al duque:

—¿No persiguen á la escapada, señor?

—Ya es inútil; llevan una delantera de cerca de veinte horas, y á nada bueno conduciria mandar partidas en su seguimiento. Si han marchado por ese camino, previeron todo lo que podiamos intentar contra ellos, y harán inútiles nuestros esfuerzos. Basta, en consecuencia, de acumular más ridículo y burla, que harto motivo hemos dado para que se cebe en nosotros la maledicencia.

—¿Dispusísteis por ventura que nos cruzásemos de brazos en lo sucesivo?

—Jonás, mi sobrina sólo me inspira ya ódio y desprecio; por consiguiente, la dejo entregada á la suerte que ella ha querido proporcionarse.

—Señor, perdonad, si os recuerdo que Magno el *Dragon*...

—En cuanto á ese, ya es otra cosa; puesto que tanto le aborreces, ocúpate desde este instante en descubrir la verdad de lo acontecido, procurando traerme pruebas, que si yo puedo prescindir de Otilia, no me es dable tolerar que ese marino me haya puesto en la crítica situacion en que me encuentro. Prescindo de tí todo el tiempo que necesites; si te hace falta

oro, tómalo, y dedícate sin tregua ni descanso al asunto que acabo de encargarte.

—Es decir, que si logro el objeto apetecido, Magno entónces...

—Magno entónces probará del acíbar que me está haciendo beber desde anoche. Pero es preciso tener una seguridad absoluta de su complicidad, pues has de saber que el rey le defiende.

—¡Su majestad patrocina á ese aventurero!

—Sí, el *Dragon* tiene mucho talento, contó á Felipe no sé qué historias, y la verdad es que desde anoche le inspira una simpatía grande.

—¿No se podrá combatir en lo sucesivo?

—Eso me propongo, pero es preciso calma, mucha discrecion, y sobre todo pruebas.

—Corro en busca de ellas, señor.

—No vuelvas aquí si no las traes; tú me propusiste á Altacima, y has contribuido poderosamente al ridículo en que me veo; por consiguiente, es indispensable que me proporciones los medios de una venganza tan justa como terrible.

—No me defiendo, señor; que áun cuando mi norma fué el deseo de complacer á mi señor, nos burlaron de un modo que se hace precisa mi muerte ó el descubrimiento, que tomo á mi cargo.

—No perdones medio ni sacrificio alguno, Jonás. A la vez interesa á Altacima para fines ulteriores. Marcha.

—Parto, señor.

—Coge dinero.

—Tengo de sobra para el desempeño de mi cometido.

Salió el secretario con ánimo resuelto de buscar los medios de perder á Magno, en tanto que el duque pasaba al estrado á recibir adulaciones, que en la ocasion presente le producian muy mal efecto.

Ya que sabemos lo que intentaban los enemigos de Magno, digamos algo de lo que hacían sus amigos. El que más impaciente estaba de todos era Luigi Mateotti. Así es que se

levantó temprano, y embozado hasta los ojos en su capa, reconoció los alrededores de la casa de Magno, enterándose después del estado y salud de su compañero. Más tarde hizo algunas visitas, conferenció con el alcalde, y ya en su poder los datos que necesitaba, marchó á palacio, intentando ver á S. M., lo que logró fácilmente.

—¿Qué acontece, señor embajador?—le preguntó Felipe viéndole entrar.

—Si V. M. me lo permite,—dijo el veneciano,—le enteraré del principio de un acontecimiento que puede crear un verdadero conflicto entre España y Venecia.

—No os comprendo, Mateotti.

—Señor, la república estima y considera mucho á su valiente capitan Magno; lo mandó aquí de enviado extraordinario, y su persona es inviolable.

—¿A qué viene todo eso?

—Creo que peligra su vida, y en caso de acontecer lo que temo, será inevitable la guerra entre España y Venecia. Tan convencido estoy de que la catástrofe está encima, que he despedido un correo reclamando más buques y fuerzas de las que tenemos en Cartagena.

—Anoche me pediais una liga que anudara la amistad de España y Venecia, y hoy me amenazais con la guerra; cada vez os comprendo ménos, señor embajador.

—Líbreme Dios de amenazar á un país tan poderoso como éste; me contraigo sólo á exponer el mal que preveo, para que V. M. se digne destruirlo como acto de justicia y en prueba además de la amistad que dispensais á mi gobierno.

—Si no os explicais, nada podré resolver.

—Asesinado el capitan Magno, deducirá V. M. que el conflicto es inevitable.

—¿Pero quién osa atentar contra su vida? ¿Quién le amenaza?

—Anoche oyó V. M. las infundadas sospechas del señor duque de Lerma.

—Eso no es atentar contra nádie.

—Señor, yo he visto la casa de mi compañero rodeada de agentes, y he notado con sentimiento que aquél, en vez de tomar precauciones que destruyeran el intento de sus enemigos, despidió á todos sus servidores, quedándose únicamente con el cocinero y un paje. A mis reflexiones ha contestado sencillamente que le sobran valor y confianza en la proteccion de V. M. para obrar de ese modo.

—Bien dicho, y me agrada tanto su conducta, que la aplaudo. Mateotti, dejaos por un momento de diplomacia, y exponed francamente vuestro temor y deseo.

—Señor, el rapto de Otilia va á promover una venganza sobre Magno, indigna y cruel. Me explicaré categóricamente. A esa dama se le ha querido imponer un marido antipático, desgarbado y feo; se le ha sorprendido, y comprendiendo ella que iba á ser desgraciada el resto de su vida, huyó del hogar materno, por serle imposible combatir de otro modo la voluntad é influencia de su tio. En mi concepto, obró con cordura, que Dios le otorgó libre albedrío, y la infeliz no mereció nunca la suerte á que se le condenaba. No hay nada que justifique el que Magno haya tomado parte en ese rapto; por el contrario, aparece inocente; mas áun cuando lo facilitara, áun cuando hubiera sido el autor, no obró mal como amante, y es plausible su conducta como hombre que ayuda á una débil mujer á que se despoje de la tiranía que la abruma y pierde. El que piense de otro modo distinto, que busque á Magno, y lo hallará como caballero, no como embajador que presenta su inviolabilidad para dejar impune el delito. Mi amigo no teme á nádie, no rehusa nada que pueda empañar su honra, y como él dice muy bien, jamás hecho alguno le obligó á inclinar la cabeza ante los hombres. Señor, este lenguaje es impropio en la real cámara, no conviene tampoco á mi calidad de embajador, y lo rechazan la consideracion y respeto que merecen V. M.; pero me habeis pedido franqueza y claridad, y os he obedecido.

—Quiero más todavía, Mateotti. ¿Quiénes podrán atentar contra la vida de Magno? Citad sus nombres.

—Aquellos, señor, que juzgan haber quedado en ridículo con la desaparicion de Otilia Sandoval.

—Nombres, Mateotti; necesito nombres, no alusiones.

—Pues bien, lo temo del señor duque de Lerma y del marqués de Altacima.

—¿Os atreveis á sospechar?..

—Tengo evidencia en la manera con que se le persigue y espía.

—Vos no sois ligero, y tal denuncia, si no fuera aborto de ódio ó rencor...

—Señor, juro por mi fe de caballero que no conozco ni áun de vista al marqués, y que hasta anoche estimé y he considerado al duque, con el cual crucé atenciones y favores.

—Muy bien, señor embajador; no temo la guerra con ninguna potencia de Europa, pero tampoco la deseo, y ménos con el gobierno de Venecia, que fué siempre mi aliado y amigo. Sentado esto, os diré que mandeis otro correo capaz de alcanzar al que le precede, en la seguridad de que yo, por las simpatías que vos y Magno me inspirais, y por participar de alguna de las ideas que acabais de exponer, protegeré al *Dragon* desde este instante.

—¿Haya ó no sido el raptor de Otilia? Advierto á V. M. que al comentarse la boda impuesta á esa dama se citaba vuestro nombre.

—Bien, Mateotti, protegeré decididamente á Magno, haya ó no sido autor.

—Gracias, señor; todo eso y más esperaba del nieto del César, del hijo de Felipe II. No me admiran la bondad y justicia de V. M., por más que las aplauda y comente. Yo diré desde hoy á esa sociedad aristocrática, á ese cuerpo diplomático y á un pueblo algo vivo y ligero en sus críticas, que si Felipe III patrocinó la boda de Altacima y Otilia Sandoval, fué en la persuasion de que se amaban; y que convencido ahora de lo contrario, no ha visto mal que la paloma huyera.

—Añadid que lo he visto bien, declinando toda responsabilidad en el autor del proyecto.

—V. M. es admirable; y no debiendo molestarle más, le pido permiso para retirarme.

—Adios, Mateotti; volved á verme cuando gusteis.

—En nombre de la república de Venecia, saludo y felicito el nuevo lazo de amistad que le ofrece bondadoso el más sublime de los monarcas.

Y salió el embajador, diciendo para sí:

—He dado seguridad á la existencia de mi amigo Magno y un golpe terrible á la influencia del favorito. ¡Qué lástima de país: tan fuerte y poderoso, empezado á carcomer por unas plagas tan fatales como las del pueblo de Faraon!

CAPITULO X.

Consecuencias de la diplomacia de un embajador.—La resignacion de un favorito.—
El asunto se complica cada vez más.

MATEOTTI regresó á casa de Magno alegre y satisfecho, en tanto que el rey quedaba triste, ensimismado y meditabundo; así estuvo cási todo el dia. Cerca de anochecido le anunciaron la presencia del duque de Lerma, retratándose en su semblante algo de disgusto y malestar. No llamó á su favorito Francisco, segun tenía de costumbre, sino duque, estando con él algo indiferente y grave. Pero oigámosles.

—¿Qué tiene V. M?

Preguntó aquél, notando en el monarca lo mismo que acabamos de exponer. Felipe le contestó:

—Me ha disgustado la conducta de tu sobrina, la crítica á que hemos dado lugar imponiéndole un marido indigno de ella y lo que se cuenta sobre la venganza que meditas contra Magno el *Dragon*.

Era la primera vez que el rey hablaba en tales términos á Francisco de Sandoval. Acostumbrado el favorito á que el monarca estuviese siempre con él tierno, afable y complacien-

te, á que nunca le contradijera, le miró sorprendido y hasta receloso; luégo le contestó:

—Señor, el hecho es grave, pero en breve se habrán olvidado de él, y el público ocupará el tiempo en otra cosa.

—Entretanto, duque, dicen que hubo falta de reflexion en nosotros dos, sobra de egoismo en tí y de ligereza en el rey.

—¿Quién se atreve á proferir?..

—No hacen al caso nombres propios; importa mucho saber que no mienten, y en verdad que en lo sucesivo obraremos con más calma y generosidad.

—¿Segun eso, cree V. M?..

—A ámbos nos conviene correr un velo sobre el pasado. Sí, Lerma, ocupémonos del porvenir únicamente.

—Bien, señor.

—Me han asegurado que se espía y molesta á Magno el *Dragon,* y te advierto que ha estado aquí Mateotti, participándome que la república de Venecia nos pedirá estrecha cuenta con las bocas de sus cañones si á su digno representante no se le trata con todas las consideraciones que merece.

—¡Insensato! ¡Se atrevió á amenazar cuando podemos!..

—Basta, duque, no quiero guerras injustificables, ni soy aficionado á que se maten los hombres por un pedazo de tierra, una cuestion diplomática ó la torpeza de un monarca ó ministro. Magno observó en España una conducta mesurada y digna, y no hay por qué vigilarle, ni quiero que se le incomode.

—Señor, cada vez recaen sospechas más vehementes de que ha sido el raptor de Otilia.

—¿Y eso qué nos importa al país ni á mí? ¿Pretendes hacer causa de estado la huida de tu sobrina? Quiero que al representante de Venecia se le estime y considere, que lo mandó cerca de mí un país amigo, y no debo ser ingrato con quien no me ha dado motivo alguno.

—Veo con pena, señor, que han influido en el ánimo de V. M...

—Nada, absolutamente nada; termino esta cuestion con las siguientes frases: Venecia me hace á mí responsable de la vida de Magno, y yo te hago á tí, duque; procura que tu cabeza guarde la suya. Hasta mañana.

Salió el rey, dejando á Lerma asombrado, perplejo, aturdido; por primera vez vió heridos su poder é influencia, y tembló; por primera vez comprendia que Felipe III era rey de España, y que podia muy bien arrojarlo al fondo del abismo desde la cúspide adonde le habia elevado.

—¿Qué es esto?—Se preguntaba.—¿Por qué un cambio tan radical? ¿Será todo ello obra de Magno? ¿Logrará ese hombre destruir el sólido edificio que yo levanté con tanta paciencia, acierto y discrecion? ¿Quién es ese marino extraordinario? ¿De dónde ha venido? ¿No dice él mismo que fué arrojado desde Europa á las playas del Brasil, que se educó entre pescadores y que su pàsado es tan negro como el fondo del piélago que lo mecia en los primeros años de su vida? ¿Y ese aprendiz de pescador, ese ente que nada valía, puede conmigo? No. Pero en este momento me ha llevado á un conflicto que yo no imaginé, ni le era dado á nádie adivinar. ¡Rico, generoso, espléndido, con gran talento y valor, me sitia, acomete, y en estos instantes me vence... me vence!.. ¡Horrible frase! Creo que empiezo á temerle; me parece tener enfrente su arrogante figura, y le veo que me mira con desden, como inspirándole compasion. ¡Maldito, yo apagaré el fuego de esos ojos de basilisco! ¡Marino y embajador, yo pulverizaré la materia que te sostiene! ¡El ódio que me inspiras, la rabia y el despecho que se acumulan sobre mi corazon bastarán para anonadarte, confundirte, perderte! ¡Qué agradable, qué dulce y necesaria es la venganza: ensancha el espíritu, recrea la mente, y va poco á poco elevando al hombre que se juzgaba débil é impotente! Me ofusqué, sí, me ofusqué; como si yo no conociera á Felipe III; su real majestad gusta de oir todos los dias un par de misas, de conferenciar várias veces con esos santos varones de cerquillo y escapulario; se deleita en la capilla y en su oratorio con ascético amor; luégo bromea con su

esposa, y así trascurren las horas, sin dejarle tiempo tan santas ocupaciones para dedicarse á los asuntos de estado. Y es lo que más nos conviene á todos; peor sería que, en alas de la ambicion, declarase la guerra á Francia, Inglaterra ó Alemania, y en cien combates se gastara la sangre de la mitad de los españoles y dos terceras partes de su dinero. La edificante conducta de mi señor me hace necesario, indispensable á su lado; y si pudo por un momento ofuscarse y prescindir de mí, pronto volveré á ser el de siempre. Su corazon podrá en ocasiones dadas demostrar gran fortaleza, mas cede luégo con una facilidad que encanta. ¡Ah, Magno, Magno, tú me hiciste temblar, pero yo te he de hacer morir! Veamos qué dice á todo esto S. M. la reina. Estoy seguro que no llegaron á su augusto oido las frases de Magno y Mateotti; y aconsejada por la razon, me ayudará poderosamente á dirigir y encaminar á su señor y al mio, extraviado por un solo instante de la vida.

Y con la arrogancia del que conoce y domina el terreno que pisa, se dirigió á la cámara de la esposa de Felipe, siendo recibido poco después por ella con la afabilidad que siempre demostró al favorito de su marido.

Eran las once de la noche; la policía, por órden del alcalde, se habia retirado de los alrededores de la casa de Magno, y la calle Mayor se presentaba triste, oscura, solitaria y fria. De pronto interrumpieron el sepulcral silencio que reinaba las monótonas pisadas de un embozado, el cual desde el palacio del duque de Lerma se dirigió con recato y precaucion á la vivienda del *Dragon*.

Al llegar á la puerta se detuvo, llamó quedo, y preguntándole quién era, contestó secamente:

—Un amigo íntimo del capitan Magno.

Sin vacilacion ni miedo le abrieron, pasando al estrado, donde se hallaba nuestro marino escribiendo; al ver éste entrar á un hombre cubierto hasta los ojos, dejó la pluma con su habitual calma, interrogándole:

—¿Quién sois?

—¿Estamos solos?

Preguntó á su vez el incógnito.

—Sí.

Replicó friamente el marino, añadiendo al ver el rostro del embozado:

—¡Pantoja, tan cubierto en mi casa!

—Sí, amigo mio,—exclamó;—supone el duque que soy tu verdadero amigo, y que antepongo tu estimacion á sus doblas.

—Supone muy bien; pero no me explico tu recato, que no eres tímido ni hipócrita.

—Es verdad, mas quiero serte útil, y conviene que no me lo estorben.

—Siéntate. ¿Qué acontece?

—Los cuadrilleros de la Santa Hermandad prendieron á los enviados por el duque en persecucion de Otilia.

—No te extrañe, Pantoja; el oro ejerce en todas partes, y muy particularmente en España, una influencia mágica.

—¿Conque fuistes tú?..

—No, mis ducados y algunos amigos.

—Pues se portaron bien, muy bien.

—Es natural; no cobra ninguno hasta que Otilia esté en Cartagena.

—En ese caso, si tus agentes van delante haciendo lo que en Valdemoro, entrará sin dificultad alguna.

—Dijiste la verdad.

—Cada vez me voy explicando mejor la causa de que el pobre caminante tropiece á cada paso con una partida de bandoleros, en tanto que los encargados de perseguirlos no los hallan jamás.

—Eso es natural. ¿Están presos los de Valdemoro?

—No; efecto de una entrevista que tuvo esta tarde el duque no sé con quién, pero supongo que fué en palacio, los puso á todos en libertad, mandando retirar la policía que vigilaba tu casa.

—Sí, Felipe III responde de mi vida, amenazada no há

mucho, segun cuentan; torpeza de los hombres; yo, como todos los nacidos, tengo señalado el dia en que he de morir, y hasta tanto que llegue, no hay espada, veneno ni puñal de asesino capaces de destruir mi existencia.

—Bueno es guardarse en los tiempos en que vivimos por lo que pueda ocurrir.

—No haré yo eso, acontezca lo que quiera.

—¿Qué ganas con ese alarde?

—Par diez, dormir con tranquilidad, pasear con sosiego y no conocer los efectos del temor.

—Pues bien, ten entendido que, no obstante el interés tomado por S. M., las disposiciones del duque retirando la policía, dejando en libertad á los presos y condenando al olvido, segun demuestra, el rapto de su sobrina, no obstante todo eso, repito, piensa más que nunca en vengarse de tí. Lo he deducido de sus frases; lo leí en la mirada, actitud é indiferencia fingida, violenta.

—Que intente lo que quiera, me tiene tranquilo.

—Aguarda sólo tener en su mano una prueba de tu complicidad, para mandar probablemente que un puñal homicida se hunda en tu pecho.

—¡Bravo! ¿No tiene un amigo, un conocido capaz de medir su espada con la mia? Yo jamás rehusé lance alguno de honor.

—Viniste aquí con un renombre cuya sola fama estremece á los valientes.

—Eso no es cierto; en España se baten los hombres sin fijarse en el valor de su enemigo, y á veces sin reparar en el número.

—Tu calidad de embajador...

—Todo el mundo sabe que yo prescindo de ella para desnudar el acero.

—Pues entónces consistirá en que no juzga conveniente ese medio.

—¡Tambien piensa de igual modo el novio cuya dama le burló, arrojándole todo el ridículo?..

—Ese te mataria de muy buena gana, pero su temor le impide provocar un lance.

—¿Y el duque de Uceda? A bien que su señor padre no ha librado mejor que el marqués de Altacima en el proyecto de boda de que era autor.

—El duque opina que su padre obró mal, violentando á Otilia, y que aquella hizo bien en huir de la casa materna. Es muy ambicioso, y todo lo que no sea influencia y poder lo mira con indiferencia.

—Bueno es saberlo. ¿Sería capaz de anteponerse al padre?

—No lo dudes.

—Me alegro mucho.

—Como decia, ninguno de ellos pensó en provocar un lance con el *Dragon*, terror de los mares é incontrastable en tierra; en cambio es indudable que el favorito anhela tu muerte, y piensa mucho en ello.

—Esa noticia no consigue robar un solo átomo á mis inalterables calma y tranquilidad.

—¿Cuándo te marchas á Venecia?

—En el momento que averigüe mi orígen, ó trascurrido un año justo del dia en que huyó mi adorada.

—Hace más de veinticuatro horas que salió de la corte; ¿qué noticias tienes de ella?

—Nádie ha venido á decírmelo, pero estoy seguro que mañana estará embarcada y fuera del alcance de sus enemigos.

—¿La reconocerán en Cartagena?

—No; entrará á pié, disfrazada, llegando ántes que cualquier emisario de sus perseguidores. Cuando pise la cubierta de mi invencible galera ya estará listo el aparejo, la gente en sus puestos, mi teniente sobre el castillo, y después de saludarla como á reina, partirá el *Dragon*, diez cañones y cincuenta mosquetes por banda, más ligero, hermoso, gallardo y temible que lo estuvo jamás. De que así sucedió tendré noticia exacta ántes de tres dias.

—Que te parecerán un siglo.

—No lo creas, Pantoja; estoy cierto de que así sucederá, y me hallo tranquilo y satisfecho.

—¡Qué confianza, qué sangre fria; nada logra en el mundo destruirlas, Magno!

—Verdad es; jamás me encuentro más sereno que en el momento del peligro. Tanto expuse mi vida desde que abrí los ojos al mundo, y mi suerte fué tan buena, que nada logra ya intimidarme ni aturdirme.

—¡Lástima será que un hombre como tú venga á morir traidoramente en las estrechas y feas calles de Madrid!

—¿Por qué? Julio César pereció víctima del puñal homicida en el senado de Roma después de haber conquistado media Europa. Aquél valía mucho más que yo, y ya te he dicho cuál fué su suerte.

—Porque hay ese ejemplo y otros muchos, quisiera yo que tú huyeras de tus enemigos.

—¡Huir! Pantoja, dicen que hay ese camino, pero yo no le anduve nunca ni sé dónde está.

—Coge un caballo árabe ó español; monta en él, y corre á Cartagena; entra en la galera capitana, dirígete á Venecia, y luégo, junto á Otilia, rodeado de amigos y en medio de un pueblo que te admira y considera, sé el más feliz de los hombres.

—Me quedo.

—¡Temeridad que va á teñir con tu noble sangre el suelo de Madrid!

—¿Por qué no ha de ser con la de otros?

—¡Ay, Magno, desconoces la traicion y los medios que emplea el sicario que acecha á su víctima!

—¡Qué locura! El oro inglés ganó un dia á algunos que se llamaban mis amigos; sus cuchillos se alzaron, hendiendo el aire, y fueron á clavarse en mi pecho; pero el *Dragon* detuvo los golpes, y de rechazo fueron al corazon de aquellos malditos; más tarde llegaron á la cocina de mi buque los venenos de Oriente: por cierto que son activos y terribles; contra esos no podia yo nada, pero la Providencia se encargó de inspirar á mis leales servidores, y los comisionados de administrarme

los brebajes se ahogaron todos en el fondo del mar. ¡Vaya si conozco á los sicarios, asesinos y envenenadores! Como que una gran parte de mi vida la he pasado en el suelo y mares de Italia.

—Te has quedado solo.

—Para los unos basta mi brazo; contra los otros sobrarán la experiencia, talento y cariño del veneciano que me sirve de cocinero.

—Veo con sentimiento que toda reflexion encaminada á velar por tu preciosa existencia cae aquí como piedra arrojada al agua; me concretaré, por consiguiente, en lo sucesivo á velar por tí.

—Gracias.

Los dos amigos continuaron hablando hasta media noche, retirándose luégo Pantoja con las mismas precauciones y recato que habia usado á su llegada.

CAPITULO XI.

La culebra y la serpiente.—Una prueba.—La órden terminante.

Salió, como vimos, Jonás de Alaejo del despacho del duque de Lerma con ánimo resuelto de no volver á entrar sin haber adquirido ántes una prueba evidente de la complicidad de Magno el *Dragon* en el rapto de Otilia. Iba por la calle el secretario ensimismado y taciturno, y se dirigió pausadamente á la casa del marqués de Altacima. Era la primera vez que pisaba Jonás aquellos umbrales después del acontecimiento en que el novio quedó burlado, deshechas sus ilusiones y en un principio de desesperacion que le tenía fuera de sí. Se hallaba recostado en un divan, triste y meditabundo, cuando le anunciaron la presencia de Alaejo.

—Que pase al momento.

Dijo; se puso en pié, cobrando su rostro algo de animacion, que fué poco á poco desapareciendo; luégo ocupó un sillon, volviendo á su anterior estado.

Al ver á su cómplice, le miró fijamente, é inclinando la cabeza, exclamó:

—¡Soberbia boda me propusísteis, señor secretario! La burla que hacen de mí es igual á nuestras ilusiones de ante-

ayer. Aquel ángel tan bello, cándido y sublime en la forma, retiene á Lucifer en el fondo.

—Cierto, señor marqués,—le contestó Jonás;—pero nada de lo que acontece ha debido extrañaros.

—Vuestro talento, que yo elogié no há mucho, delira en este instante, Alaejo. ¡Conque no ha debido extrañarme!

—No, señor. Sabido es que el que aspira á mucho debe exponer bastante; se perdió la primera partida, y eso es todo.

—¿Hay segunda en este juego?

—Sí.

—Renuncio á ella, que me sobra con el ridículo debido en parte á vuestra habilidad, discrecion é ingenio.

—Es indudable que la maledicencia,—añadió el secretario con intencion,—y áun el público en general se rie de vos, elogia el rapto de Otilia, y dice sin recato que á dama tan bella cuadraba mal un novio tan feo.

—¡Insensato!..

—Perdonad, soy vuestro amigo, y no debo engañaros.

—¡Conque eso dicen!

—Mucho más. Añaden que estuvo enferma Otilia por efecto de las náuseas que le inspiraba su prometido, y que merecia chasco tan completo el hombre que buscaba hermosura y dinero, á que no era acreedor.

—Continuad; ya veis que oigo con calma vuestras verdades.

—Suponen que os vendísteis al duque de Lerma para ser un ciego instrumento de dicho señor. Luégo hablan del poder omnímodo que arrojaba vuestra alianza con Sandoval, para terminar exclamando: «Vastó un soplo del *Dragon* para anonadar á esos dos colosos.»

—¿Con eso concluyen?

—El párrafo, sí; pero luégo elogian el valor de Altacima, suponiendo que el acero pendiente de su cintura será muy capaz de atravesar el corazon de Magno. Aquí empieza la ironía...

—Para continuar el sarcasmo y todo cuanto querais; mas no comprendo, señor Jonás, qué os proponeis encendiendo mi

sangre, después del ridículo papel que me aconsejásteis desempeñar.

—Os consta que quise vuestro bien, y que ahora deseo la reparacion.

—Pues sólo conseguís que apure hasta la última gota de la enorme cantidad de acíbar que el infierno me alarga.

—Señor marqués, teneis talento, y áun cuando vuestra angustiosa situacion oscurece por el momento ese ingenio claro y penetrante, confio en que no tardará la reaccion en conduciros á vuestro estado normal. Entónces volveré y nos entenderemos.

—No os dejo salir sin que me digais á qué vinísteis. Herida el alma, lacerado el corazon, vuestras frases cayeron una á una sobre mí como carga pesada é insufrible, que acabaron de abrumar mi existencia. ¿Qué os proponeis, hombre funesto?

Alaejo contestó, aparentando indiferencia:

—Me propongo simplemente que aparezca la consecuencia lógica y natural de lo mucho que estais sufriendo. Pero no hallándoos en disposicion...

—Deteneos, os repito, ¡maldicion! ¿Cómo se llama esa consecuencia?

—Venganza.

—¡Venganza! Ah, con ella sueño, ella sola sostiene mi vida, ella únicamente me hace mirar agradable el porvenir. ¡Que no estoy en disposicion decís, y daria cuanto tengo, inclusa el alma, por vengarme! Yo vivia tranquilo, satisfecho; me adulaban unos, considerábanme otros, y nádie osaba murmurar del marqués de Altacima; pero vinísteis vos á mi casa, y en pos llegaron el ridículo, la befa y el escarnio. Ahora todos me señalan con el dedo; ahora reparan en que soy flaco, inclinado adelante y antipático. ¡Ahora saben que mis rentas tienen gravámenes, y tanto dicen y de tanta burla soy objeto, que de no poder vengarme de otro, lo haré de vos, Jonás; de vos, al que me atrevo á pulverizar como á miserable gusano!

—¿De mí? ¿Qué daño os hice yo?

—Me propusísteis esa boda.

—Con el deseo de elevaros, de que fuéseis dichoso. ¿Sabeis quién es el causante de que vos, el duque y yo suframos el ridículo más espantoso que vieron las generaciones?

—Me lo figuro.

—Pues bien, se llama Magno.

—¿No lo sabe Lerma?

—Supongo que sí; pero el enemigo se cubre con la impunidad que le presta su embajada; S. M. no quiere guerra con Venecia, le protege, y todo esto imposibilita al duque mi señor; de lo contrario, ya podiais suponer...

—Es que yo no me bato con ese hombre.

Se apresuró á contestar Altacima.

—Con eso ya contaba yo.

—Tiene un orígen desconocido.

—Y dicen que mató á cuantos le desafiaron.

—Eso era lo de ménos...

—No, señor marqués, lo de más. ¿Quién se pone al frente de esa fiera anfibia que apellidan *Dragon*?

—Si él tuviera un apellido como el mio...

—No pensemos en un imposible.

—¿Pues de qué nos vamos á ocupar?

—De vengarnos, si gustais.

—¿De qué modo?

—Aún no lo sé; pero en el caso de realizarse nuestro deseo, debe servirnos de norma la conducta solapada é hipócrita usada por Magno y Otilia en el negocio que nos ocupa.

—En ese terreno debeis ser muy fuerte, mi querido Jonás.

—En él pienso hallaros convertido en héroe, mi respetado marqués.

—En el silencio de la noche...

—Entre las sombras ó en oscuridad completa...

—Se le sujeta bien...

—Se le amarra por cuatro ó veinte robustos mancebos...

—Y luégo, con la punta de un puñal, bien afilado, se va destruyendo el corazon... se le machaca, hasta tener una seguridad completa de su muerte.

—No, eso es prematuro. Se le amarra bien, como decia, y sujeto con gruesas cadenas, ocupa el fondo de una mazmorra, en la cual podamos ver, recrear la mirada y gozar. No encuentro teatro que nos pueda proporcionar diversion más agradable.

—¿Pensais dejarlo que viva mucho tiempo?

—Si él sufre tanto como nosotros gocemos, debe estar mucho tiempo encerrado.

—Apruebo la idea.

—Pues voy á neutralizar con una sencilla descripcion los malos efectos que han podido causar en vos las primeras frases que pronuncié al entrar. Oid con atencion: contemplad hoy á Magno el *Dragon* rico, segun es, poderoso, altivo, arrogante, que hiere con la vista, que amenaza con su actitud; tiene en Cartagena una escuadra cubierta de cañones y soldados que esperan una voz suya para destruir lo que se le presente delante, y más allá, en el Adriático, una ciudad poderosa que le defiende como hijo predilecto. Este poderoso de la tierra cuenta á la vez con un talento privilegiado; el rapto de Otilia es una prueba evidente; cruza, en consecuencia, las calles de Madrid, respetado por unos y elogiado por todos. Su renombre, tristemente célebre en el mundo, fué el terror de los mares, el asombro de la tierra. ¡Qué omnipotencia la suya; en qué posicion tan elevada se colocó! Pues bien, volved el retrato, y lo encontrareis en el anverso aprisionado con gruesa cadena, tendido sobre el duro suelo, en lóbrego calabozo, rotas las vestiduras, ennegrecidas sus carnes, flaco, débil, hambriento, lánguida su mirada y exánime su sér. Vos y yo estamos en un extremo, conversando agradablemente sobre Otilia y sobre cuanto se nos ocurra acerca de las delicias que nos ofrecen el presente y porvenir. ¿Qué os parecen los dos cuadros?

—Tan exacto como odioso el primero, encantador, sublime el segundo. De todo cuanto yo tengo disponeis para su realizacion.

—¿Lo acepta el señor marqués sin grandes esfuerzos, sin violencia?

—La violencia y acaso la muerte está en lo contrario; es decir, en que no suceda.

—¿Y las iras del rey?

—Nada temo si logro el objeto.

—Así debe ser, puesto que no há mucho ofreciais hasta el alma, que no es vuestra.

—Todo, todo lo doy por perder al hombre que me hizo el blanco de la sátira, del ridículo y de los más groseros insultos.

—Vamos á cuentas, señor marqués, porque el asunto es grave, y merece tratarse con la claridad y detenimiento necesarios.

—Hablad.

—De ese hombre incontrastable y que es sin duda de los más poderosos de la tierra haremos un miserable cautivo, que humilde y temeroso implorará en nosotros una caridad que no tendremos. Reparad en el cambio y en las dificultades que eso ofrece, y vuestra clara inteligencia comprenderá que son indispensables sacrificios.

—Por tercera vez os repito, Jonás, que me hallo dispuesto á todo.

—Yo me comprometo á presentároslo en la mazmorra, sin necesidad de que gasteis un ducado, ni nada, en fin, que os pueda violentar. En una palabra: yo lo haré todo, hasta dejarlo en el calabozo.

—Pero...

—No me interrumpais. Al desaparecer Magno, vendrá Venecia amenazando con una guerra que rechaza el bondadoso corazon de nuestro soberano. Para evitar el conflicto se le dará una cumplida satisfaccion, rehuyendo toda complicidad de ese acto hasta el punto de castigar á aquellos de quienes se pueda sospechar. El público os señalará con el dedo, en cuyo caso S. M., á pesar de ser vos su gentil hombre y amigo, os mandará prender, y luégo desterrar de sus estados. A los dos años, todo lo más, ya nádie se acordará de Magno, y entónces se os indultará, volviendo nuevamente á vuestra

amada patria para ser más querido y respetado que nunca.

El marqués miró á Jonás, replicando:

—Ya, el favorito lo hace todo, concluyendo al empezar la responsabilidad, y desde ese instante cargo yo con el resto, que es lo más penoso del lance.

—Lo más fácil.

—Se me ocurre una sola dificultad, Alaejo.

—Decidla.

—Durante los dos años de destierro me será imposible asistir á la deliciosa funcion que con colores tan vivos me describiais ántes.

—¡Qué locura! El preso irá á vuestra posesion de Altacima, situada á la orilla del mar en la costa del Mediterráneo. Bastante después de asegurada la víctima se os prenderá, y como este acto ha de estar fundado únicamente en sospechas, seguirá inmediatamente el destierro, os embarcais en Cádiz, Gibraltar ó Málaga, y cuando el buque, que irá costeando, se halle frente á vuestra posesion, en una lancha os trasladais á ella; el buque proseguirá su curso, y vos os quedais, ignorado de todos, en compañía de vuestros leales servidores.

—Comprendo cuanto abraza vuestro diabólico plan, y lo acepto con júbilo. ¡Qué alcaide va á dar el duque al raptor de su sobrina!

—No es él, ni hay necesidad de citar su nombre para nada; somos vos y yo únicamente.

—Supongo que ireis á menudo á mi torre.

—Todos los meses os haré una visita, que durará por lo ménos tres dias.

—Reunidos allí, bajaremos á la prision, y frente á Magno conversaremos sobre Otilia y sobre las delicias del presente y porvenir.

—Claro está; eso es lo convenido.

—Sólo encuentro la dificultad en que andeis mensualmente setenta leguas de ida...

—Me gusta mucho montar á caballo; mi señor el duque los tiene hermosos, me los prestará, y quién sabe si en alguna

de mis visitas iré acompañado de un alto y poderoso señor que os haga agradables várias horas de vuestro destierro.

—¿Odia mucho á Magno ese magnate?

—Mucho, y entiendo que llegará á aborrecerle más que vos, y cási tanto como yo.

—Delirais; á mi encono no puede superar el de ningun otro hombre. ¡Cuánto me hizo sufrir desde que tuve la desgracia de conocerle!

—No cuestionemos por tan poca cosa y prosigamos hablando de lo que á ámbos conviene. Ocupaos desde este momento en abastacer de provisiones vuestra torre de Altacima; mandad fabricar, si no lo hay, un calabozo tan sólido como los muros de Troya; reunid en él diez ó doce servidores que os deban mucho y que os teman más; y cuando todo esté corriente, escribidme una carta, diciendo en ella: os aguardo en mi posesion de Altacima. Con eso basta. Yo parto esta tarde á Cartagena, no regresaré hasta después de ocho dias, ocupando veinte en el resto de mi mision; total, un mes. Al terminarse, procurad que vuestro escrito haya llegado á mis manos.

—Antes lo recibireis.

—¿Qué mandais para la ciudad de Asdrúbal?

—¿Deseais algo para mi posesion de Altacima?

—Brevedad, energía, buena eleccion, acierto, y que Dios os ayude.

—Pues yo á vos, encono, toda la maldad que se retrata en vuestro semblante aplicada á Magno, y que vuestro pariente Lucifer os ayude y proteja.

—Gracias.

—Un poco diplomático empezásteis, pero habeis acabado bien, señor Jonás. ¿Os volveré á ver en mi posesion de Altacima?

—Allí me presentaré muy bien acompañado.

—En el extremo de la torre tendré dia y noche un vigía que me anuncie vuestra aproximacion.

Los dos se estrecharon, cambiando una mirada satánica, y desapareció Jonás, perdiéndose en calle estrecha y solitaria

de la corte. Se detuvo luégo delante de una casa de modesta apariencia, entrando en ella seguidamente. Era la suya, la cual presentaba un ajuar entre bueno y mediano, si bien aparecia todo en desórden, falto de gusto, mezclado lo nuevo con lo viejo, y tan extravagante el conjunto como la figura del amo. Tenía á su servicio una prima y un primo; la primera desempeñaba la cocina y el segundo el resto del servicio; eran hermanos, y de tan buena índole como su pariente y señor. Jonás les trataba con dureza, ellos le robaban cuanto podian, y por órden terminante del secretario ocultaban á todo el mundo el parentesco que existia entre amo y criados.

Jonás entró en el gabinete que le servía de despacho, y dejándose caer en un sillon de vaqueta, permaneció cuatro minutos meditando. Luégo movió la campanilla de su escribanía, diciendo al criado que se le presentó:

—Roque, tú debes montar bien.

—Como que he servido en caballería ocho años. ¿Por qué me dices eso?

—Te he prohibido que me tutees.

—Estamos solos...

—No importa; acostúmbrate á hablarme siempre con respeto, y de ese modo evitarás una equivocacion que te proporcionaria veinte palos y el volver á tu pueblo para vivir entre terrones.

—Bien, señor.

—Es preciso que vayas á casa del duque de Lerma y me traigas bien ensillados los caballos Pantera y Tordo, pues vamos á partir ántes de una hora.

—¿Léjos?

—No te importa. Ponte un traje de camino, en las maletas un par de mudas, come y cumple en seguida el encargo que te he dado ántes. Marcha.

Roque le obedeció, dejando solo á su primo; éste volvió á meditar, cambiando seguidamente su traje de seda por uno de paño con botas largas de cuero y espuelas. Después pidió la comida, tratando con suma dureza á su prima, que se la ser-

vía. Cuando hubo terminado, la alargó una moneda de oro, diciendo:

—No nos esperes á tu hermano ni á mí en ocho ó diez dias; sal lo indispensable, y á las preguntas que te pudieran hacer contesta secamente que nada sabes. ¡Si cometes una imprudencia, te cojo así!..

—Basta, señor; responderé á todos encogiéndome de hombros.

—Quita ese servicio, y hasta mi vuelta.

—¿Ya os vais?

—¡Marcha á la cocina!

—Está bien.

Aquella desapareció, en cuyo instante entró Jonás en su alcoba, fijándose una barba postiza que le desfiguraba bastante; luégo se ciñó un cinto con várias monedas de oro, espada y puñal; tomó dos papeles y esperó.

Media hora más tarde oyó el ruido de los caballos que se detenian á la puerta de su casa, y se asomó al balcon, observando la calle y avenidas.

—Bien,—exclamó;—continúa mi barrio tan solitario como siempre.

Seguidamente cerró el balcon, el gabinete y la sala, y guardándose la llave, salió, sin dirigir una sola frase á su prima y criada.

Hemos dicho que llevaba un traje de paño con bota de cuero y chambergo sin pluma. Bien calado el último y resguardado del frio por ancho y grosero tabardo, montó, partiendo al momento.

—Ponte á mi lado,—dijo á Roque,—y hasta que regresemos me tuteas, viendo en mí á un buen compañero y cariñoso primo.

—¡Qué cambio, Jonás! Si te he de ser franco...

—No; sé prudente y reservado nada más. Oculta mi nombre, que basta con la palabra primo.

—Muy bien. ¡Qué buenos caballos llevamos!

—Pronto los cambiaremos por otros peores.

—¡Vaya un capricho!

—Eres tonto, Roque.

—A tí sólo te lo he oido; cuando yo servía era el más listo de la compañía. ¡Qué de gallinas tengo robadas! Y algunas otras cosas; yo siempre encontraba botin.

—Lo creo, y es lo peor que conservas la aficion.

—Lo que Dios cria es de todos.

—Ya estamos frente á la puerta; en cuanto salgamos picas á tu caballo, procurando no quedarte atrás.

—Tú montas bien: como que te enseñé yo; pero los maestros siempre nos reservamos algo.

Dos minutos después corrian ámbos como exhalaciones; así continuaron sin detenerse hasta Aranjuez, donde mudaron de caballos, descansaron media hora, prosiguiendo como anteriormente. Toda aquella tarde y la noche siguieron á caballo sin parar otro tiempo que el indispensable. Lo mismo les sucedió al dia inmediato, logrando á las treinta horas haber andado más de cincuenta leguas. Entónces se hospedaron en una venta, y después de bien alimentados, durmieron hasta la madrugada. En este momento volvieron á montar, llegando á Cartagena al mediodía. Hecho cargo Roque de los caballos, se dirigió al meson que le mandó Jonás, y éste prosiguió las averiguaciones empezadas en el camino. Habló con el gobernador; puso en juego á los agentes de aquél, y visitando de incógnito la escuadra Veneciana, se retiró á su modesta hospedería, en la que descansó diez horas.

A la siguiente mañana se encerró con la autoridad superior, oyendo el resultado de los descubrimientos hechos por los agentes. Más tarde dió la órden de partida, comieron juntos los dos primos, y á las tres montaron de nuevo en direccion de Madrid. Iba Alaejo meditabundo y ensimismado; de de pronto apareció una ráfaga de alegría en su contraido semblante, y alzando la frente, dijo á Roque:

—Hemos despachado bien nuestra comision, y vuelvo completamente satisfecho.

—¿Qué hemos hecho, primo?

—Reconocer los castillos y el muro de Cartagena; y te advierto que si alguno llegara á saberlo, te quedarás sin lengua.

—No soy hablador, ni tengo la costumbre de contar nada que se refiera á tí. ¿Dime, habrá guerra?

—No lo sé.

—¿A quién tememos ahora, á los ingleses ó á los turcos?

—Pica, y corramos.

—¿Otra vez? ¡Vaya un viaje delicioso! Noto con placer que en esta jornada has variado completamente.

—¿Por qué?

—Tú siempre fuiste delicado, te gustó la comodidad y te cansabas al instante; mas ahora sucede lo contrario.

—La necesidad me obliga á sacar fuerzas de flaqueza.

—Ya se conoce.

—Necesito por otra parte acostumbrarme á estas fatigas, pues en breve emprenderé viajes como éste.

—Yo te acompañaré.

—Si continúas reservado y...

—Seré mudo. Cuando yo digo que está la guerra encima...

—Tú, el secretario del muy poderoso señor el duque de Lerma, á caballo dia y noche, malo, malo.

—A escape.

—Pues á escape, que á fuerte no me ganas.

Y volvieron á correr en la forma que anteriormente.

Al regresar se detenian, como á la ida, lo puramente indispensable, logrando de este modo llegar á Madrid á los ocho dias de haberlo abandonado.

Eran las ocho de la noche cuando el secretario entró en su casa; la criada le entregó vários escritos, que él leyó con gran interés, apareciendo en su rostro más alegría que nunca. Inmediatamente cambió de traje, se embozó en la capa, y sin descansar un solo instante, marchó de allí, ocupando tres horas y media en averiguaciones y descubrimientos. Cuando hubo terminado, se dirigió á casa del duque de Lerma, y sabiendo que aquél estaba en el estrado con vários amigos, mandó á un paje que le avisara en cuanto los tertulios se mar-

chasen, entrando seguidamente en el despacho. Arrellanado en un sillon, quiso meditar; pero el cansancio y el sueño lograron dominarle, dejándole al poco tiempo dormido. Este hombre tenía una materia débil y raquítica, pero su voluntad era poderosa, y en ocasiones dadas hacía lo que el más fuerte. Ahora sentia algo de fiebre, dolores en la musculatura, y sin embargo anduvo todo lo que juzgó necesario.

Después de media noche entró Lerma en su despacho, quedándose parado frente á Jonás.

—Duerme,—exclamó.—Cansado deberá estar cuando dejó que sus párpados se cerrasen en mi casa. ¡Y qué feo es; qué figura tan rara! En cambio tiene talento y sagacidad admirables. ¿Jonás, qué es eso, hombre? ¿Dónde has estado?

—Perdonad, señor,—dijo el secretario poniéndose en pié.—Anduve á escape tendido setenta y siete leguas dobles, y la fatiga enervó mi materia. Vengo, señor, de Cartagena.

—Te dije que no entraras aquí sin traerme una prueba.

—Por eso he tardado ocho dias en regresar.

—¿Es decir, que viene contigo?

—Traigo, señor, cuanto podia necesitar V. E.

—¿A ver?

—Primero deseaba contaros una historia que os va á interesar bastante, si bien terminará excitando vuestra indignacion. Es larga, y si V. E. se sienta, podrá escucharla con más comodidad.

—Tienes razon; cierra esa puerta, y ocupa este sillon, que á quien tanto anduvo se le debe proporcionar descanso y comodidad. Habla, y sepamos qué nuevas son esas.

—Terribles, señor, terribles. Tened la bondad de escucharme: vuestra sobrina Otilia habitaba la penúltima casa de la calle de Atocha; al lado existe otra más pequeña, en la cual vivia una mujer, viuda de no sé qué militar muerto en los mares de Turquía. Se llama Leandra, y era cómplice de Magno el *Dragon*.

—¡Ah, maldito!

—De acuerdo los dos amantes, taladraron la pared me-

dianera, formando al efecto una puerta secreta, tan hábilmente disimulada, que fué necesario cási adivinar para descubrirla. Por la casa de vuestra prima presenta un espejo, por la otra un armario. Con recurso tan ingenioso, se veian contínuamente, y es indudable que por la casa vecina huyó la dama, favoreciendo tan afortunada evasion un postigo que da al campo en la vivienda de Leandra.

—Hé ahí la causa de haber elegido Otilia la habitacion contigua á esa medianería; por eso se quejaba tan á menudo de terribles jaquecas, y ahora me explico el por qué ningun cochero ni lacayo la vieron descolgarse por los balcones. ¿Vistes ese secreto?

—Durante mi ausencia reconocieron algunos agentes, por órden mia, la mencionada casa; sospecharon algo, y esta noche dí yo con el resorte.

—¿Prendieron á la cómplice?

—Desde el dia siguiente al del rapto desapareció sin que nádie haya vuelto á verla.

—¿Se la busca?

—Con decidido empeño.

—¡Ah, mi sobrina está deshonrada!

—¡Quién lo duda! De sus amores con Magno no era posible esperar otra cosa.

—¡Maldicion! ¡Toda la sangre de ese hombre será poca para lavar tamaña ofensa!

—Sólo he dicho á V. E. una parte pequeña de la historia ofrecida.

—¡Continúa, Jonás, y que encomiende su alma á Dios el villano!

—Salieron por el postigo Otilia y su camarera; cerca de allí la esperarian caballos, y acompañada de tres hombres, emprendieron la marcha. Iban precedidas de seis jinetes y seguidas por cuatro. Aquí tiene V. E. la declaracion de uno de los posaderos que les dió habitacion y cena la segunda noche.

El duque leyó el papel que le alargaba su secretario, exclamando cuando hubo concluido:

—No dice sus nombres, mas era ella; este relato convence al más ignorante. Continúa.

—Llegaron á Cartagena, é inmediatamente se trasladaron á la galera *Dragon*, haciéndose á la vela instantes después. Aquí tiene V. E. el resultado de mis indagaciones autorizadas con la firma del gobernador.

—Son suposiciones,—añadió el duque, mirando al escrito;—pero tan verídicas, que no dejan duda alguna. ¿Qué rumbo siguió el barco?

—Viró hácia Levante, es decir, á Venecia.

—Ya es imposible darle alcance.

—Pero no encontrarla en la ciudad acuática, y sorprendida, obligarla á que vuelva á España.

—¿Para qué, Jonás? Deshonrada y perdida, es mucho mejor que continúe léjos de aquí. ¿Resta algo más?

—Sólo la venganza.

—¡La venganza! ¡Terrible frase! ¡Oh, desgraciado del hombre que manchó el honor de la que lleva mi apellido, obligándome á que humillara la frente con rubor y vergüenza! ¡Miserable! ¡La osadía que acreció en tí en los mares durante las refriegas y en medio de los abordajes sucumbirá en Madrid hasta apagarse por completo! ¡Villano, villano; pronto verás deshecha hasta tu última ilusion!

—Con estos papeles, el descubrimiento de la puerta secreta y el relato que acabo de hacer á V. E., basta para que S. M. el rey se olvide por completo de Magno y lo deje entregado á su suerte.

—Te equivocas; ese hombre funesto logró ganar el corazon de Felipe, y le protegerá lo mismo con esas pruebas que sin ellas.

—¿Cómo es que anteriormente veia el rey las cosas por el prisma que V. E. tenía á bien presentarle, y ahora?..

—Ha variado por completo en lo relativo al *Dragon*.

—Es una desgracia; mas he previsto el caso, y contamos con un hombre que se aviene á salir responsable de todo, de todo.

—¿Quién es, Alaejo?

—El señor marqués de Altacima.

—No puedo ménos de reconocer en tí un gran talento y mucha destreza. Bien, Jonás, muy bien. ¿Qué dice el novio burlado?

—He convenido con él en lo siguiente.

Y el secretario relató lo acontecido en su entrevista con el marqués, callando lo que le convenia, añadiendo algo, y presentándose por último ante su señor más hábil de lo que estuvo nunca. Al acabar reflexionó Lerma, exclamando luégo:

—Adivinas mis pensamientos, Jonás. Ahora me explico la despedida de Altacima y su repentina marcha. Muy bien. ¿Te atreves á realizar tu plan sin anuencia mia?

—Sí, señor.

—¿No temes á ese hombre?..

—Lo encerraré en la torre de Altacima, que es lo único importante.

—Pudieras ser tan diestro, que el hecho quedase ignorado de todos, de todos.

—Mi pensamiento no puede realizarse de otro modo.

—Jonás, es muy difícil tu empresa.

—La llevaré á cabo, y de ello tendreis una prueba ántes de treinta dias.

—El plazo no es largo.

—Me basta con ese tiempo.

—¿Qué necesitas?

—Vuestro beneplácito nada más.

—Que te entreguen mañana mil ducados, y prosigue en tus quehaceres. En un mes no necesito de tí.

—¿Si me hacen falta algunos caballos?..

—Tengo treinta y siete; dispon de veinte. Las postas reales obedecerán además tu órden como la mia.

—Qué bondadoso estais conmigo, poderoso señor. Si V. E. me lo permite, me retiro. No debo molestarle por más tiempo.

—Estrecha mi mano, Alaejo.

—No debo...

—Oprímela, y aprovecha como merece el calor que te está prestando.

—Gracias. El cielo premie accion tan noble y generosa.

Y anduvo Alaejo hácia atrás hasta salir del despacho.

—Este hombre,—se dijo el duque viéndolo marchar,—es una culebra que se enroscará en la garganta de Magno hasta ahogarle. ¡Gracias al diablo que me voy una noche á la cama satisfecho!

El secretario no se decia nada, pero sus labios delgados y movibles presentaban una sonrisa cruel, despiadada, infernal.

CAPITULO XII

Lerma estudia el terreno sin resultado alguno.—Segunda entrevista de Magno.—El tiempo avanza y la tormenta se acerca.

A la mañana siguiente salió el duque de Lerma de su palacio, dirigiéndose, segun costumbre, á la real cámara. S. M. le recibió afable y bondadoso, preguntándole después de algunos cumplidos:

—¿Qué ocurre en España que merezca ocupar nuestra atencion?

—Absolutamente nada.

—¿Vinieron los correos de la India?

—No, señor.

—Y del extranjero, ¿qué noticias tenemos?

—Todas son favorables respecto de España.

—¿Prosigue la guerra en Alemania?

—Con más encarnizamiento que nunca.

—Ese desgraciado país camina á su destruccion. Cuida, Francisco, no indisponerme con nádie; todo te lo perdonaria ménos el que por causa tuya nos viéramos obligados á levantar ejércitos y á combatir dia y noche. La paz es la base de la prosperidad, de la dicha de los hombres; constantemente

ruego á Dios me conceda la singular gracia de no estar en lucha con nádie.

—La Providencia oye benigna las súplicas de V. M.

—Si no traes ningun asunto de estado de que debamos tratar, nos ocuparemos de realizar el pensamiento que tengo relativo á várias comunidades religiosas.

—Antes, si V. M. me lo permite, le hablaré de un acontecimiento que ha de sorprenderle.

—¿Pues no me dijiste que nada ocurria de particular?

—Sí, señor; pero el asunto de que voy á dar cuenta á V. M. no se refiere al país.

—Ah, ¿qué es ello?

—Anoche me enteraron de algunos descubrimientos hechos sobre el rapto de Otilia.

—¡Siempre el mismo tema! ¡Qué pesadez, qué tenacidad, Francisco!

—¡Es que mi sobrina, señor, está deshonrada, perdida!

—Pues debieras ocultárselo á todo el mundo.

—Ya lo hago, pero á V. M...

—Te concedo sólo diez minutos para que me hables de eso. Abrevia.

—Traigo pruebas conmigo que convencerán á V. M. de que Magno el *Dragon* es el autor de ese inícuo atentado.

—Veámoslas.

Lerma refirió á S. M. cuanto le habia contado Alaejo, enseñándole luégo los papeles que le entregó el mismo. El rey le escuchó con calma, leyendo detenidamente los escritos que le alargó el duque. Luégo exclamó:

—Suposiciones dudosas y acaso infundadas en lo relativo á Magno.

—Señor, ¿quién otro podria?..

—Francisco, te repito por tercera vez que si el *Dragon* robó á tu sobrina, nosotros tenemos la culpa; intentamos unirla á un hombre que no amaba y que vale mucho ménos que Magno; lo que á éste le falta de orígen lo suplen admirablemente su renombre y caballerosidad. Si ya no tiene reme-

dio, ¿por qué te afanas en descubrir lo que tanto te ha de amargar?

—Yo no he sido, señor; siguiendo el consejo de V. M., no volví á pensar en el uno ni en la otra.

—Pues, ¿quién es entónces el afanoso autor de tales descubrimientos?

—Una persona que no cede por más que le indiqué la conveniencia de seguir otro camino. El infeliz suspira, y áun cuando hace esfuerzos por condenar al olvido ese asunto, no puede, no puede...

—¿A quién aludes?

—¡A quién ha de ser! Al novio burlado, escarnecido y puesto en ridículo, al pobre marqués de Altacima.

—¿Pues no estaba fuera?

—Partiria con ánimo sin duda de hacer esas averiguaciones.

—¿Qué se propone con ellas?

—Está desesperado, señor.

—Trascurrieron los diez minutos; hablemos de otra cosa, Lerma.

En el anterior diálogo se propuso el duque preparar el ánimo de S. M. para el dia no lejano en que, desobedecido el rey y perdido Magno, recayera toda la culpabilidad en el marqués de Altacima. Así es que, léjos de insistir, contestó á Felipe:

—No deseo continuar; anhelaba únicamente que mi augusto señor supiera que mis sospechas no eran infundadas, lo que he logrado, en mi concepto, debido á la tenacidad, constancia y trabajos del infortunado Altacima. Por lo demás, yo no tengo interés alguno en pro de mi sobrina, á la que he olvidado, ni en contra de ese famoso capitan, del que no quiero volver á ocuparme en el resto de la vida.

—Me alegro, y hablemos de otra cosa.

Y siguieron una hora más discutiendo sobre el establecimiento de algunas comunidades religiosas y en la conveniencia de que España fuese inundada de conventos.

Salió el duque, y no tardó en presentarse en la cámara un gentil hombre, el cual dijo al monarca:

—Señor, acaba de llegar el enviado extraordinario de Venecia.

—¿El capitan Magno?

—Sí, señor.

—Me alegro; que éntre al instante.

Así sucedió, quedando parado el *Dragon* frente al monarca, después de haberle saludado.

—Hace dias,—le dijo Felipe,—que indiqué á Mateotti deseo de veros una vez á la semana por lo ménos.

—Señor, llegué anoche, me acaba de enterar el embajador de Venecia de la honra con que me favorece V. M., y me he apresurado á besar sus reales plantas.

—¿Dónde estuvísteis?

—En Toledo; llevóme allí mi constante empeño en descubrir quiénes fueron mis padres.

—¿Lográsteis algo?

—Nada, señor; continúa escondido mi orígen, sin que yo halle medio ni posibilidad de hallar lo que busco.

—Lo siento, pues cada dia me inspirais más interés.

—Me consta efectivamente que la bondad de V. M. no tiene límite.

—Aseguran que contribuísteis poderosamente al rapto de Otilia. Dieron con una casa, encontraron un secreto, y tienen noticia cierta, al parecer, de que la sobrina de Lerma huyó á Venecia en vuestro *Dragon.*

—Nada contesto á V. M.

—No os reconvengo, Magno; me contraigo á participaros lo que me han contado, añadiendo que merece disculpa el autor, pues lo es el novio burlado.

—Que haga lo que le parezca; no disgustando yo á V. M., me importa poco lo que digan ni lo que intenten. Satisfecho de sí propio, no realizo nada que pueda dejarse de justificar.

—¿Os vigilan ó incomodan como al principio?

—Al contrario; nádie, al parecer, se cuida de mí.

—Así lo he mandado, y nada debeis temer. Ayer recibí á la madre de Otilia, que está inconsolable. ¿Por qué no la visitais, Magno?

—Señor, en los mares de Francia le salvé vida é intereses; al poco tiempo fuí á su casa, recibiéndome la primera vez con frialdad, la segunda con indiferencia y la tercera con enojo. A pesar de eso, volví la cuarta, y se negó á recibirme; la quinta me mandó á decir que estaba ocupada, y la sexta que dejara de molestarme en ir á verla. Ni los magnates de la tierra, los gobiernos ni los reyes se atrevieron á tanto conmigo. Tampoco creo que existan nobles de Venecia, ni haya senador susceptible de tanta paciencia y resignacion como yo demostré á esa señora.

—Tambien me ocultaron eso, y en verdad que la prima de Francisco llora amargamente los efectos de su torpeza.

Y continuaron la conversacion, demostrando Felipe al capitan cada vez más simpatías é interés; luégo lo despidió, rogándole que le fuera á ver á menudo.

Magno proseguia en Madrid sin tener otra servidumbre que la que ya conocemos. No perdia de vista un solo instante el descubrimiento de su apellido, llegando el caso á los veinte dias del rapto de Otilia de no acordarse ni áun de la existencia de Lerma, Altacima, ni de enemigo alguno capaz de incomodarle.

Recibió carta de su amada escrita en la galera *Dragon*; sus amigos y dependientes le participaban á la vez la consumacion del rapto sin accidente alguno desagradable, y la partida del buque en que iba Otilia muy aplaudida, satisfecha y respetada.

Por eso y por la seguridad que tenía nuestro jóven de que su futura hallaria en el Dux de Venecia un padre y defensor decidido, se dedicó con calma y sosiego á buscar el orígen que tantos suspiros, dinero y paciencia le estaba costando sin resultado favorable.

Sepamos ahora si es ó no capaz el terrible Alaejo de llevar á cabo el nefando crímen que en mal hora concibió su

diabólico cerebro. Su temor á Magno era grande, pero le superaba con mucho el ódio y rencor, por lo que no vaciló un solo instante en intentar lo que otro juzgaria imposible.

Jonás comprendió que el asunto era delicado, expuesto y difícil, tomándolo en consecuencia con calma.

Salió de casa del duque, segun vimos, concretándose en las primeras cuarenta y ocho horas á descansar de las fatigas de su largo y penoso viaje. Luégo exclamó, arrellanado en su sillon de vaqueta:

—Ya me encuentro tan fuerte como ántes de partir; es, pues, indispensable hacer algo contra esa fiera apellidada *Dragon*. Se trata de un hombre como yo, pues si bien me aventaja en unas cosas, se queda detrás de mí en otras: por ejemplo, es más valiente, más rico; cuenta con amigos y parciales, representa á Venecia y su poder es omnímodo; yo no poseo bienes de fortuna, pero mañana recogeré de casa de Lerma mil ducados, y uniéndolos á mil trescientos que tengo en esa gaveta, habré conseguido suma suficiente para ganar muchos más hombres de los que necesito. Me supera en ardimiento é influjo, pero soy más sagaz; su confianza contrasta con mi astucia, y el lobo caerá en el cepo, pese al rey y á Mateotti. Luégo iré á Venecia; áun cuando el duque se oponga por el pronto yo le convenceré, y la que aceptó el rapto primero por voluntad propia, sucumbirá al segundo por fuerza. Si logro robarla, como es lo probable, la encerraré en la cámara de un buque cuya gente me obedezca con ciega sumision, y... ¡Qué cuadro tan delicioso se presenta á mi vista! Aquella hermosura altiva y desdeñosa será mia; mios sus deliciosos labios de carmin; mia su esbelta y hermosa figura, su delicada y suave epidermis, la blanca, torneada y diminuta mano, el conjunto, en fin, delicioso, sublime, arrobador. Já, já, já. ¡Qué cuadro, qué cuadro! Me crispa de alegría, entusiasma mi corazon, y mis nervios se agitan. ¡Qué travesía tan encantadora! Al llegar la deposito en parte segura, y luégo pasaré á recrear la vista con la presencia de Magno prisionero, flaco, demacrado, cadavérico; con el *bobalicon* de Altacima que le contempla

extático sin poder adivinar que el verdadero raptor de la novia de ámbos he sido yo. Ella está pura; el necio de su amante, como no tiene orígen, lleva á punta de lanza eso que llaman delicadeza, hidalguía, respeto á la castidad, incienso á la virtud. Já, já, já, ¡Qué bárbaros! ¡Cómo sufre, padece y se aniquila el género humano por esas pocas frases que sólo halagan á uno de los cinco sentidos! Honor, caballerosidad, nobleza, hé ahí el potro; antítesis, goces de la vida humana, placeres, deleites, apariencia, mentira y ruede la bola. Sujetarse á la esclavitud que impone una preocupacion ridícula, es torpe, insensato; pero bueno es que haya muchos que sucumban ante estas prescripciones del delirio humano para que á otros nos sea fácil sacar partido de nuestra falta de escrúpulo, elasticidad de conciencia, con algo de disimulo ó hipocresía. Veremos, señor *Dragon*, quién puede más, si tú con tus grandezas ó yo con mi pequeñez; á tí te hunden tus ridículas trabas de honor etc.; á mi me elevan mi clara inteligencia sin estorbo alguno. Y puesto que la lucha parece ofrecerme muchas probabilidades, entremos en ella con entusiasmo y sin pérdida de tiempo.

Desde este instante comenzó Alaejo á preparar su plan, empleando al efecto todo el talento y sagacidad. Fijo en la idea de realizar lo que le parecia un imposible, se engolfaba en cálculos, nuevas ideas y golpes de mano, que hallaba difíciles, pero susceptibles de llevarse á cabo. Su corrompido corazon latia de júbilo; el alma negra y despiadada, gozosa ante el cúmulo de maldades que se disponia á consumar, se ensanchaba orgullosa y complacida, sin hallar nada que la contuviera ni la aconsejara bien. Este hombre funesto debia perder á los que llamaba enemigos ó arrastrar en su caida al duque de Lerma y á cuantos favoreciesen sus planes. Su raquítica figura, la falta de un nombre ilustre en época en que la cuna era el todo en los séres humanos, su excesiva fealdad y la antipatía y desden que inspiraba á la mayor parte de los que le trataron, encendian la sangre de Jonás, acumulando en él la ira, el encono y deseo vehemente de hacer daño, sin importarle clase ni condicion. Pretendia vengar en los demás sus defec-

tos físicos, logrando de este modo aparecer más horrible y deforme todavía en su espíritu que en su materia. Pronto le veremos brillar, como á Lucifer, entre el fuego y los rayos creados por un ingenio satánico.

Durmió aquella noche, y á la mañana siguiente pasó á casa del duque, donde recogió la suma que le estaba ofrecida; después exclamó:

—Ya llevo conmigo las dos armas más poderosas que se conocen en la tierra: la inteligencia y el oro. ¿Qué sirven el valor ni la espada contra aquellos? Nada; pronto habrá una prueba más en confirmacion de esta idea.

Y embozado en su capa, se dirigió á uno de los barrios más extraviados de Madrid. Al extremo de la peor de las calles entró en un portal estrecho, oscuro, y luégo en el piso bajo de una vivienda tan pobre como descuidada y súcia.

—¿Está Sergio?

Preguntó á la dueña de la casa, la cual presentaba uno de esos tipos repugnantes y asquerosos.

—Sí.

Le contestó aquella, mirándole con descaro é insolencia.

—Quiero verle.

—¿Quién sois?

—Un antiguo compañero de aula de vuestro pupilo.

—Entónces, cruzad ese pasillo, y á la izquierda lo hallareis probablemente durmiendo.

Alaejo obedeció, entrando luégo en una habitacion pequeña, húmeda, desmantelada y nauseabunda; pero no demostró experimentar molestias por las causas poderosas que debian atormentar en aquel instante á algunos de sus sentidos.

—Sergio,—exclamó al entrar, sin recibir contestacion.—Sergio.

Anadió más fuerte, logrando que una voz ronca y destemplada le preguntase:

—Canalla, ¿por qué no me dejas dormir?

El que acababa de hablar era alto, mal encarado; tenía treinta y cinco años de edad, y, efecto de sus vicios y vida

relajada, representaba cincuenta. Cubria su rostro una espesa barba, canosa ya; fué estudiante, pero tan desaplicado, que concluyeron por echarle de las aulas, acabando él por hacerse *maton*, pendenciero, y tan aficionado á lo ajeno, que sólo respetaba aquello que le era imposible coger.

—Despierta, amigo mio,—añadió Alaejo con cariño;—vengo á verte para que tratemos de un asunto importante.

Sergio, creyendo reconocer aquella voz, se incorporó, y tirando luégo de un cordel mugriento, dejó que penetrara la luz por una diminuta ventana que comunicaba con el patio. Fijo en su compañero de colegio, exclamó:

—Hola, señor secretario del más poderoso de los hombres. ¿A qué casualidad prodigiosa debo tan inmerecida honra?

—¡Qué casa y qué ajuar, Sergio! Muy mal debe andar tu bolsillo.

—No te extrañe, Jonás: lo mismo ántes que ahora, cuando yo tengo un ducado lo gasto con mis amigos; en cambio la mayor parte de ellos me vuelven la espalda cuando la bolsa está vacía, y hasta hay alguno que me desconoce en la calle, negándome el saludo.

—No sé á quién puedas aludir.

—A un antiguo compañero, pobre como yo en Alcalá, y al servicio hoy de un poderoso magnate. ¡Ay, Alaejo, cómo cambian los tiempos y qué variacion experimentan los hombres! ¡Quién habia de adivinar que tú, tan cobarde siempre y con facha tan ingrata, llegarias al puesto que ocupas!

—Si continúas de ese modo, me marcho.

—Haz lo que gustes; recuerda que más de una vez te defendí de nuestros compañeros con mis frases y con los puños; tú siempre fuiste el blanco de la burla y del epigrama, y en agradecimiento, algo después no me quisiste recibir, negándome en la calle la palabra y hasta el saludo.

—Posible es que no estuviera cuando fuistes á buscarme, y que, abstraido siempre por los muchos asuntos que ocupan mi cerebro, no reparase en tí, como me sucede con los demás

en las calles de Madrid; pero siempre te estimé, no escaseé los consejos y me condolió tu desaplicacion.

—Gracias por tus favores, chico; mas no es eso lo que yo necesitaba de tí.

—Sergio, olvida lo que no hay para qué recordar, y hablemos del porvenir.

—¿Qué te propones, Jonás?

—Encargarte un negocio.

—Bueno será él cuando has pensado en mí.

—Tienes razon; traigo lo que te conviene, aquello á que tú te prestas mejor, y lo que te ha de gustar, en fin, que á mí me agrada dar á los hombres la aplicacion que merecen.

—Más de una vez me dije: si pudiera yo unir á la mala intencion, sagacidad é hipocresía de Alaejo mi temple de alma, valor y temeridad, ¡qué negocios hariamos!

—Pues, chico, te oyó el diablo, y aquí me tienes con todo lo que necesitabas.

—Vamos por partes; ¿traes oro? Este es el punto de partida.

—Hé aquí mi bolsa repleta y á tu disposicion.

—Trae...

—Eso no; primero es indispensable que la ganes.

Y Alaejo se sentó en el tablado de Sergio, mirando á aquél con interés.

—Ya suponia yo,—le contestó su antiguo camarada,—que eras incapaz de regalarme un ducado.

—¿Qué importa, si vengo decidido á que adquieras más de cien?

—¿De qué modo?

—Teniendo en cuenta tu valor y experiencia, de una manera muy fácil.

—Habla.

—Necesito únicamente que sorprendamos á un hombre, lo atemos de piés y manos, llevándolo léjos de Madrid.

—¿Cuánto voy ganando?

—Os daré al terminar quinientos ducados.

—Para eso basto yo solo. Alaejo, si hablas con formalidad,

vuelvo á ser tu amigo, tu defensor, y el hombre, por último, necesario á tu falta de valor é índole perversa.

—Tú solo es imposible; se trata de un poderoso que mata con sólo el fuego de su mirada.

—¿Quién es?

—El *Dragon*. ¿Oistes hablar de él?

—¿Ese marino tan renombrado y valiente?

—Sí.

—¿Qué te hizo, Jonás?

—Me estorba en Madrid, y quiero obligarle á que viaje contra su voluntad.

—Comprendo; el rapto de la sobrina de tu señor, los amores secretos del capitan, lo que se cuenta del favorito... ¿He dado con la causa?

—No, y ten en cuenta que sólo deseo y pago el servicio, y que será un inconveniente grande el pretender entrar en cierta clase de explicaciones.

—¡Qué humos has adquirido y qué bien imitas á los grandes señores! ¡Bravo, Jonás! Chico, cerraré los labios y afilaré la punta de mi puñal.

—No es eso.

—Mejor que andando por el mundo estará ese hombre en el cementerio. Te ofrezco darle una puñalada que le imposibilite exhalar frase alguna.

—Los quinientos escudos son para ocho hombres, si logran entregarme al *Dragon* en la forma que te dije ántes.

—Mejor era que yo solo...

—No prosigas; pretendes un disparate, y si continúas de ese modo, me marcho en busca de otro que me sirva mejor.

—Imposible; no hay en Madrid quien desempeñe con el acierto que yo asunto de esa magnitud.

—¿Tienes buenos amigos, capaces de seguirte?..

—Muchos; lo mejor de la corte en ese género.

—¿Reservados?

—Como el mudo.

—¿Discretos?

—La necesidad formó de ellos tipos admirables.

—¿Valientes?

—Como yo.

—¿Se atreverán con Magno?

—Habiendo oro largo son capaces de prender al mismo Satanás; pero entiende que bastamos con tres, y esta circunstancia aseguraria reserva completa.

—No conoces al hombre de que se trata.

—Si fuéramos á pelear con él frente á frente, pase; mas como quiera que se le ha de sujetar por la espalda, y cuando él ménos se lo figure, lo que no hagan tres es inútil que lo intenten ocho. Mi compañero Isauro tiene la fuerza de un atleta; su amigo Leonidas coge un toro por las astas y lo tumba, y á ámbos les sobran valor y entereza para realizar tu pensamiento. De mí no digo nada, pero está seguro, Jonás, que, unidos Leonidas, Isauro y Sergio, representan una compañía.

—Está bien; háblales hoy, sin citar nombre propio alguno; y si convienen en el precio y demás, esta noche los visitaré yo. ¿En qué se ocupan esos hombres?

—Fueron soldados; luégo entretuvieron tres años cada uno en galeras, y ahora viven de lo que ganan con sus puños: son dos alhajas que no tienen precio.

—¿Accederán?

—Yo lo creo; por quinientos ducados matamos nosotros diez y siete *Dragones*.

—He querido que la recompensa fuese grande, muy grande, para no tener que luchar con dudas, vacilaciones, preguntas enojosas, ni nada, en fin, que pueda molestar ó servir de rémora al asunto. ¿Entiendes bien?

—Sí.

—Empiezo regalándote esos cuatro ducados.

—Gracias, mi querido Jonás; veo con placer que has variado por completo; me doy el parabien, y te anuncio un feliz resultado en el negocio que te trae hoy á mi casa.

—Bien; durante el dia visita á tus compañeros; comed

juntos, y luégo proponles el negocio. Para que yo pueda saber el resultado, y en caso necesario ver á esa gente, me esperas á las siete en punto de la noche á la entrada de esta calle.

—No faltaré.

—Además de los ducados, me hallareis siempre los tres dispuesto á favoreceros contra los corchetes, el alcalde...

—¡Qué cambio, Jonás, qué cambio! Perdóname si me he visto obligado á recibirte en casa tan miserable y con este ajuar... porque tú al fin eres ya un personaje, tienes talento, y no abrigo motivo alguno de queja contra tu buena amistad; léjos de eso, me traes un negocio admirable, colosal; te voy á deber más que á ninguno otro hombre; gracias, entendido secretario.

—Si me sirves bien, no será la última vez que te ocupe.

—Eso espero de tí, contando tú con mi brazo y mi valor como si fuesen tuyos.

—Es indispensable que más adelante dejes una vida tan miserable, vistas mejor, y acaso te lleve á que corras mundo y ganes dinero.

—Soy tuyo en cuerpo y alma.

—Deja desde este instante de entrar en las tabernas; cose tus labios, y procura que la policía no pueda darme queja alguna de tí.

—Te ofrezco ser hasta hombre de bien en lo que no tenga relacion con tus negocios.

—Voy á mandar que observen tu conducta, y si cumples bien, superará á tus deseos la recompensa.

—Al meterme en cama esta madrugada sin un maravedí, ni esperanzas de ganarlo, no pudo ocurrírseme ni por un solo instante el delicioso porvenir que el destino me tenía reservado. ¡Ay, amigo Jonás, qué sorpresa le voy á preparar á ese maldito *Dragon*! Él es valiente, pero sucumbirá ante nuestra astucia y fuerzas de leon.

—Sigue pensando en eso, cumple mi encargo, y hasta la noche.

—No faltaré.

Y salió Alaejo, dejando á Sergio que contemplara con febril satisfaccion las monedas de plata que acababa de regalarle. El secretario llegó á la calle, y tendiendo una mirada desdeñosa sobre el súcio y ruinoso edificio de que acababa de salir, marchó adelante en direccion de su casa, murmurando por el camino:

—Ese temerario es capaz de todo, y sus amigos se parecerán á él. No hay duda que mi eleccion ha sido buena; estoy satisfecho, y nada habrá en mi concepto capaz de estorbar la realizacion de mi idea. Adelante, Jonás, adelante, tuyo es el porvenir.

CAPITULO XIII.

La cita.—Cuatro hombres distintos en muchas cosas é idénticos en índole y perversidad.—Fatal convenio.—La desgracia empieza á sitiar al noble y valeroso Magno.

Jonás entretuvo el dia en averiguaciones concernientes todas al hecho que preparaba y se disponia á realizar. Este hombre, que era en general calmoso y apático, se convertia cuando la necesidad le obligaba en su antítesis, desplegando una actividad y energía asombrosas; el malvado previó cuantos accidentes podian ocurrirle contrarios al logro de su idea, y para cada uno tenía ya un remedio eficaz.

A las siete en punto se dirigió al sitio donde debia esperarle Sergio. Llevaba el traje de camino que ya conocemos, gorra con pluma, é iba embozado en una capa negra.

Al penetrar en la calle donde habitaba su antiguo y digno compañero distinguió un bulto, reconociendo á aquél.

Sergio vestía traje de caballero, pero tan raido y estropeado, que declaraba sin dar lugar á la menor duda la triste situacion del que lo vestía. La pluma de su sombrero estaba caida, faltándole una parte, el ala del chambergo inclinada adelante, la copa con abolladuras y el manto desfilachado y con dos ó tres remiendos.

Alaejo se acercó á él, y mirándole de arriba abajo, exclamó:

—Qué facha estás con esos semiandrajos que cubren tus carnes. Creo efectivamente que me habrás saludado algunas veces, y es indudable que no te contesté por creerte un pordiosero.

—Qué quieres, Jonás; los tiempos andan muy malos, se gana poco, y ántes que el exterior es el estómago de los séres humanos.

—Tú siempre fuiste un perdido, y esta es la principal razon de presentarte en público de la manera que lo haces.

—Suposiciones tuyas.

—Veremos si en adelante te portas como yo deseo, y entónces variarás de situacion en la forma y en el fondo. Entre tus muchos defectos aparecen dos cualidades bellísimas: la reserva y el valor; circunstancias ámbas que te recomiendan y que te harán digno de mi proteccion si te decides á abandonar tu antigua vida para optar por otra más digna del estudiante de Alcalá.

—Chico, estoy cansado de sufrir toda clase de privaciones, y anhelo, en consecuencia, obedecerte, siempre que cese de estar vacío mi bolsillo, seco el paladar y débil el estómago.

—¿Te avendrás á no beber con exceso, á olvidarte de esa clase de mujeres entre las cuales perdistes los mejores años de tu vida, á no provocar luchas estériles é injustificadas y á imitarme á mí en conducta é intencion?

—Sí.

—Bien; dime ahora qué has hablado con Leónidas é Isauro.

—Les pregunté si estaban dispuestos á un golpe de mano que les valdria trescientos ducados. Tan magna proposicion les hizo dudar de que fuera cierta; pero, asegurándoles yo que habia recibido señal, la creyeron, intentando abrazarme. Luégo les enteré de todo, callando nombres propios y cuanto pudiera descubrir lo que tú intentas ocultar.—Por ese dinero, me contestaron, sujetariamos nosotros á quince capitanes del

ejército.—Añadí luégo, que á las siete iria á visitarlos un fugado de la cárcel de Barcelona, aludiendo á tí, y concluí por darles dos ducados, que ellos recibieron con febril alegría.

—¿No hicieron pregunta alguna relativa á la víctima?

—No les importa á ellos el nombre ó condicion del infortunado sobre que han de caer como rayo asolador.

—Y acerca de mí, ¿qué intentaron averiguar?

—Si disponias ó no de los trescientos ducados.

—¿Es decir, que tú te reservas la mayor parte?

—Claro está; ciento cincuenta para cada uno de ellos y doscientos para el director.

—¿No demostraron curiosidad ni deseo alguno de saber?..

—No; todo lo que no sea cobrar lo ganado lo miran con indiferencia.

—Eso está bien; pero en el instante del acontecimiento podrán reconocer á Magno, y esto será un inconveniente grande.

—Posible es, pues no hay nádie en Madrid que desconozca á ese afortunado marino.

—Hay que combatir ese mal, Sergio.

—¿De qué modo?

—Dime. ¿Esos hombres cumplieron sus condenas y se les conoce por su verdadero nombre?

—¡Qué locura! Tiene cada uno dos sentencias en suspenso, y lo de Leonidas é Isauro es supuesto.

—¿Te parece que, concluido el atentado, estarian mejor que en Madrid remando en una de las galeras de S. M?

—Perfectamente, siempre que los manden á la India ó al infierno.

—Se llevará á cabo el hecho de manera que no les sea dado sospechar de nosotros.

—Cada vez discurres mejor, mucho mejor, Jonás. No me extraña que te hayas elevado tanto, teniendo en cuenta tu gran talento.

—Veamos á esos hombres. Ya entre ellos, y sin embargo de las preguntas que yo les haga, procura examinarlos tú del

modo que se acostumbra entre gente como vosotros. Marchemos.

Y ámbos se dirigieron á una calle más extraviada que la de Sergio.

En el centro de aquella distinguieron una casa grande, pero ruinosa, y de fachada tan negra, que apénas se podia conocer su orígen. Tenía un solo piso, y los dos amigos entraron en el patio, que era extenso, desigual, y presentaba en torno veintidos habitaciones ruines y miserables. Sergio llamó en una de ellas, pero no le contestaron; entónces se acercó á la cerradura, murmurando:

—Abrid; soy yo.

En el acto descorrieron dos pasadores, dejando la entrada libre. Sergio delante y detrás Alaejo, penetraron en una pequeña, húmeda y desmantelada vivienda, hallando en el extremo á Leonidas é Isauro, sentados junto á una mesa, bebiendo.

Los recien llegados cambiaron un grosero saludo con los que les esperaban, permaneciendo de pié los unos y sentados los otros. Luégo les preguntó Sergio:

—¿Nos aguardábais?

—Sí,—contestó Isauro.

—¿Qué haciais?

—Beber; la vida debe caminar de trago en trago, unos amargos y otros de *Valdepeñas*.

—¿Pensásteis en mi negocio?

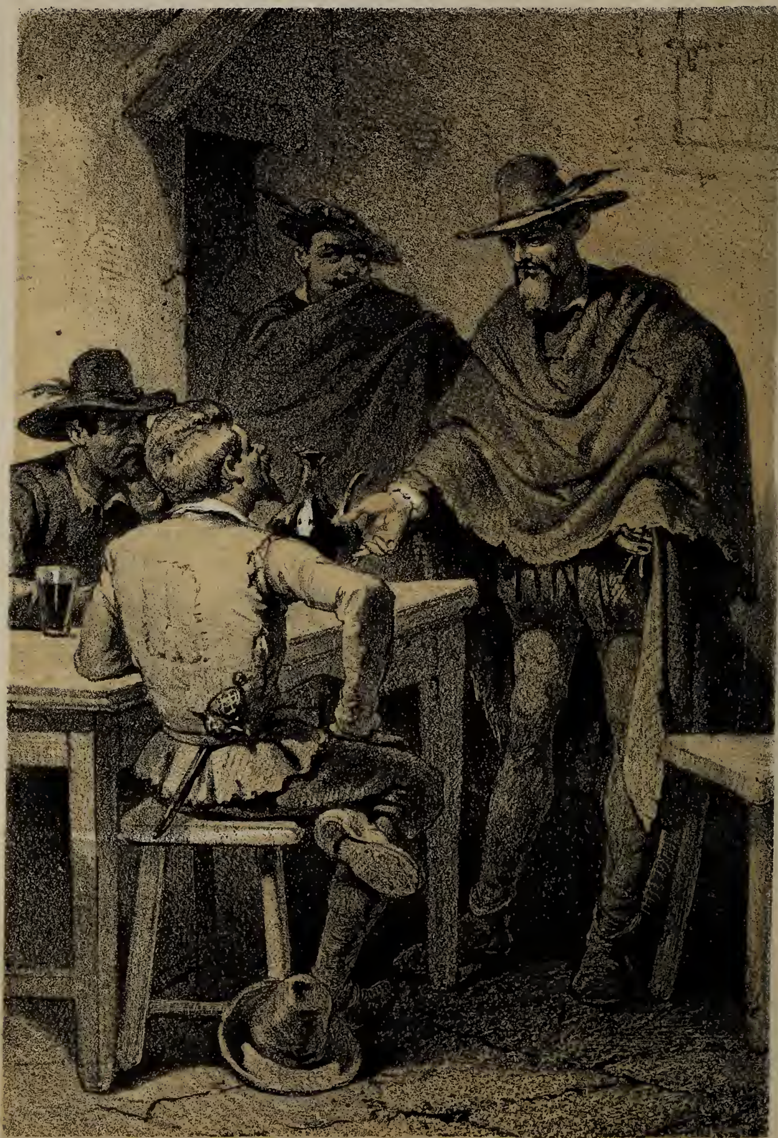
—Hablábamos de él con el mismo entusiasmo que los israelitas de su maná. ¿Quién es ese embozado?

—Un hombre que manda, se le sirve, y paga bien, muy bien.

—Por lo visto teme como nosotros las bromas del alcalde y las caricias de los corchetes.

—Acaso; pero sea lo que quiera, yo respondo de él.

—Si el *Estudiante* le abona,—exclamó Leonidas,—no hay que hablar más del asunto. Hay dos vasos en esta casa, tres taburetes, y una botella con vino á vuestra disposicion.



C. MUGICA dibº y litº Lit. J. DONON. Madrid

—¿ Qué manejas, tú, mejor ?
—Mi veneno es muy eficaz, el puñal infalible;
no hay mejor en ambos.

—Gracias,—replicó Sergio;—estamos bien así, ya hemos bebido, y sólo queremos tratar de cosas importantes.

—Pues empieza cuando quieras.

—Ocupémonos primero de la *doctrina cristiana.*

Y Sergio se fijó en Isauro, preguntándole:

—¿Qué manejas tú mejor?

—Mi veneno es muy eficaz, el puñal infalible; no hay mejor en ámbos.

Contestó el interrogado, comprendiendo la intencion del *Estudiante.*

—¿Y tú?

—Yo,—murmuró Leonidas,—acompaño siempre á Isauro, que es el más valiente, entendido y sagaz del barrio, y cuanto él hace lo practicamos á medias.

—¿Cómo os compondriais para sujetar á un hombre de pronto, y maniatarlo sin que pudiera hablar ni moverse?

—Lo más fácil del mundo: se le espera, y reconocido que sea, caemos sobre él, manos á la espalda, cordel á las muñecas y piés, pañuelo á la boca, con algun puñetazo en la sien para que no grite; total de tiempo empleado, un minuto.

—Y si se tratara de un valiente, hábil, y tan diestro y forzudo que llamara la atencion entre los bravos, ¿con cuántos habria bastante para él?

—Con nosotros dos; pero si tú nos ayudabas, entónces sería la operacion más rápida y su éxito segurísimo.

—¿Qué habia yo de hacer?

—Tú dabas el golpe en la sien, atándole las piernas, miéntras nosotros dos, cogidos á sus brazos, lo amarrábamos en toda regla.

—¿Necesitais saber el nombre de la víctima?

—¿Para qué? Nos interesa únicamente asegurar los trescientos ducados ofrecidos.

—Esos los tengo yo para vosotros.

Dijo el secretario, tomando la palabra por primera vez. Luégo añadió:

—Me voy convenciendo que bastará con vosotros tres, y

siendo así, hareis negocio redondo. Veamos si sois hombres de fuerza; estrecha mi mano, Isauro.

—Venga.

—¡Ay, maldicion! No era necesario que apretases tanto.

—Aún puedo mucho más.

—¿Y Leonidas?

—Allá va la mia.

—No; basta saber si te igualas á Isauro.

—Lo que es en fuerza, le aventajo.

—Necesito que hasta el instante de realizar mi pensamiento salgais poco de casa, no dando motivo alguno á los corchetes para que os cojan é inutilicen...

—Comprendo; pero si se tarda mucho, la necesidad nos obligará á echarnos á la calle en busca de recursos.

—Todas las noches os visitará Sergio, dejándoos un ducado para el dia siguiente. Ahí teneis el de mañana.

—Entónces no hay temor alguno, y el dia de la sorpresa nos encontrarás á tu disposicion.

—Me reservo la completa direccion del negocio, siendo condicion indispensable que os concreteis á obedecerme.

—Convenidos. ¿Llegará pronto el momento deseado?

—Quiero asegurar el golpe, y esto podrá retrasarlo algo; pero será cuestion de quince á veinte dias á lo más. Basta por esta noche; en lo sucesivo recibireis por conducto de Sergio las órdenes que tenga que comunicaros.

Y se despidieron de aquellos dos malvados, saliendo á la calle inmediatamente.

Durante la escena anterior permaneció Jonás inflados los carrillos, contraidos los labios y con los párpados á medio abrir, procurando de este modo desfigurar su rostro para que no pudieran reconocerlo en lo sucesivo Isauro y Leonidas. Apoyó su deseo la opaca y macilenta luz que despedia el candil con que se alumbraban aquellos y los vapores que subian al cerebro de ámbos, efecto del mucho vino que bebieron.

Salia Alaejo satisfecho; su amigo le preguntó, sin dejar de andar:

—¿Qué te parecen esos hombres?

—Los creo capaces de dejarte bien, y he notado con placer que ninguno es tonto ni escrupuloso.

—Pues no los hay más valientes ni atrevidos.

—Vigílalos para que no cometan ningun abuso, y los inutilicen.

—Basta con el interés que ellos tienen, pero cumpliré tu deseo.

—Ya estamos en Puerta Cerrada, y puedes retirarte.

—¿Quieres que te acompañe?

—Procura no salir de tu casa ninguna mañana ántes de las ocho.

—Me hallarás en el cuarto y alcoba que ya conoces. ¿Me das algun dinero?

—Sí; toma ocho ducados para que facilites á esos hombres lo ofrecido y cuatro para tí.

—Si te parece que debo comprarme otro traje, y quieres adelantarme más...

—Mañana te llevarán ropa y algunas otras cosas indispensables. Adios.

—Pero, hombre, está la noche oscura, estos barrios no ofrecen seguridad...

—Vuélvete, y cuidado con lo que haces en adelante; te advierto que te van á vigilar.

—Me alegro.

—Ten escrita una nota con los verdaderos nombres y apellidos de Isauro y Leonidas, sentencias que no cumplieron, y todo lo necesario, para que en su dia hagan el viaje de que hablamos ántes.

—Comprendo, y hasta cuando tú quieras.

Jonás continuó adelante y Sergio volvió hácia atrás, retirándose á su casa, con sujecion al nuevo plan de conducta que se habia propuesto.

El secretario se encerró media hora después en el gabinete que le servía de despacho, y dejándose caer sobre el sillon, exclamó;

—Tiene razon Sergio: basta con los tres para sujetar á esa fiera; de este modo hay ménos probabilidades de que el hecho se sepa. Luégo, mejor vestidos los tres, me acompañarán á la torre de Altacima; el *Estudiante* se quedará conmigo y los otros dos irán á cumplir sus condenas á Filipinas, de donde no volverán. Sergio es más decente que ellos, me hace falta por algun tiempo, é ínterin le necesite vivirá. Más tarde, por ejemplo, cuando regresemos de Venecia, sufrirá unos fuertes dolores de vientre, se irá hinchando hasta acabar su vida con la dicha de tener por cementerio la inmensidad del Mediterráneo. Muertos los tres, me quedarán la bella Otilia para recreo, y Magno, Altacima y Lerma para que me diviertan. Mañana me ocuparé de proporcionar un carruaje cerrado, donde vaya el preso, tendré corrientes las postas y los caballos, y, seguido de Sergio, me constituiré en sombra del *Dragon*. No es la primera vez que ejerzo el espionaje, y la experiencia me demostró que no encuentro rival en Madrid. Lo único que hallo difícil es sorprender á ese marino, sujetarlo y que no hable ni se mueva; con un segundo tiene él bastante para dar fin de los cuatro, y el caso es que el hecho no puede realizarse al aire libre y donde una ronda ó cualquier curioso nos impida ó estorbe. En su casa tiene dos criados únicamente, á los cuales se les puede sorprender... Esa es la idea; la estudiaré con el detenimiento que merece, haciendo un ensayo, para el cual me valdré del *Estudiante*. Sí, los que abrigan la temeridad y valor de Magno son confiados hasta el extremo de no suponer que haya gente capaz de atentar contra ellos; estoy seguro que á cualquier hora del dia ó de la noche se abre la puerta de nuestro enemigo, permitiendo franca entrada á los que me obedecen. Tiene, sin embargo, una contra muy grave este acontecimiento realizado en su propia habitacion y á presencia de los que le sirven. Estos declararán todo lo que han visto y oido, resultando que la casa del *Dragon* fué allanada, sorprendidos sus criados y cogido él en una red... Eso no me conviene tampoco: se divulgará el hecho, produciendo un escándalo capaz de producir fatales consecuencias. Yo necesito

que Magno desaparezca, tarden en buscarlo, y ni ántes ni después sepa nádie dónde se halla ni qué le sucedió. De ese modo se le puede trasladar fácilmente á la torre de Altacima sin peligro alguno; pero me falta el medio, y ¡por Satanás!.. Evoqué al diablo, y corrió en mi ayuda. Muy bien, rey del averno; me has inspirado, y no debo desairar tu idea. Magno continúa buscando su orígen con afan é interés sorprendentes; es su pensamiento dominante, lo que le desvela, lo que ansía, y, por consiguiente, lo que le ofusca y confunde. Pues bien; se le da una cita ofreciéndole datos; es indudable que acudirá, y de este modo la emboscada no puede frustrarse ni abortar. Mañana designaré la casa, y basta por hoy, que me restan veinte dias, y entiendo que han de sobrarme la mitad.

Y se retiró al lecho, contento del presente y sonriendo ante el porvenir. Este miserable, á ejemplo de todos los malvados de la tierra, estaba ya asociado á dos asesinos fugados de galeras y á un matachin sin conciencia ni escrúpulo. El nefando crímen que meditaba debia necesariamente conducirle á un terreno cenagoso y en el que indudablemente exponia cuanto logró conquistar hasta entónces con su talento y astucia. Jonás fué siempre malo; pero le habia contenido hasta ahora el temor de perder la posicion adquirida á costa de grandes sacrificios, y es indudable que hubiera continuado sin echarse en brazos del diablo á no precipitarlo una causa extraordinaria y grande. Un dia vió á Otilia, admiró su belleza y talento, y poco á poco fué dando cabida en su pecho á la terrible pasion que logró ofuscarle hasta palidecer la clara luz de su inteligencia. De la nada se elevó á secretario del primer hombre de España en poder y riqueza; le salió al encuentro su amor propio, se creyó más encumbrado aún de lo que realmente estaba, y en un instante de delirio supuso locamente que podria llegar á unirse á la bellísima sobrina de su señor. Vários acontecimientos posteriores le demostraron que, al pensar de ese modo, desconoció la época, su orígen, situacion y lo poco que valía comparado con la ilustre dama en quien osó fijar su atrevido pensamiento. Pero ya era tarde para retro-

ceder; cuando los desengaños le presentaron la verdad, ofreciendo á la luz de su inteligencia la claridad que le habian robado el delirio y la insensatez, los efectos de una pasion ardiente y poderosa germinaban en su espíritu hasta dominarlo por completo. El amor inspiró á Jonás el deseo, éste la necesidad, y cuando no pudo poseer por el buen camino lo que su corazon le pedia, pensó adquirirlo de otro modo distinto, áun cuando no fuese honroso ni hacedero para el hombre de conciencia y pundonor. Ya en este camino, empujado por torpe pasion, y excitada en extremo su mala índole, se fué paso á paso al crímen, en cuyo vestíbulo se detiene en estos instantes. Ciego y sin que le arredre lo mucho que expone, afila el puñal homicida, y de acontecimiento en acontecimiento, preparados todos por él, cae en el insondable abismo de la perdicion. No puede retroceder ya, y en el duro trance de jugar el *todo* por el *todo*, ni le detendrán los crímenes, ni nada, en fin, de lo que se oponga al logro de su deseo.

Abandonemos por ahora tipo tan repugnante y asqueroso, que ya tendremos ocasion de saber qué resultado le ofrece su refinada perversidad.

CAPITULO XIV.

Situacion del héroe.—Su testamento.—El festin.

IBAN trascurridos diez y seis dias desde aquel en que tuvo lugar el rapto de Otilia. Magno recibió una carta de su amada, escrita en los mares de Cataluña y entregada por el jefe del *Dragon* á un capitan de la marina mercante veneciana que halló en la travesía, el cual se encargó al arribar á Valencia de darla direccion. Otilia le aseguraba que su amor nada disminuia, que la trataban como á reina, que su valor aumentaba, y que todos sus pensamientos é ideas se contraian á llegar á Venecia y recibirlo tierna y anhelosa, para no separarse de él en el resto de su vida. Esta carta prestó á Magno completa satisfaccion, pues juzgaba con fundamento que ya no era dable detener su barco y que estaban todas las probabilidades porque llegara á Venecia sin dificultad alguna.

Eran las nueve de la noche; el *Dragon* besó la firma de Otilia por última vez, guardando la carta junto á su pecho, é iba á contestar á várias preguntas que le habia hecho Oton, cuando fué interrumpido por la presencia de Pantoja, el cual

entraba embozado y con el recato que anteriormente. Después se sentó, interrogando al marino:

—¿Continúas en busca de tu orígen?

—Sí.

—¿Sin resultado alguno?

—Así es la verdad, por desgracia. Ni mis agentes en provincia ni el mucho oro que gasto en Madrid surten efecto alguno.

—¿Y Otilia?

—Esa estará ya en los mares de Francia, cerca de Italia, y muy pronto en Venecia, donde no es posible que la amenace peligro alguno.

—Me alegro.

—Y en el palacio del favorito, ¿qué acontece?

—Una casualidad me hizo saber que se ha descubierto el secreto que mandaste practicar en casa de Leandra, y que á esa pobre mujer se le ha buscado con decidido empeño.

—Pero no dieron con ella, y áun cuando la encontrasen en lo sucesivo, nada habrán conseguido, siendo así que no contestará á ninguna de las preguntas que le hagan, única causa que puede promover el interés en hallarla.

—Continúa sin parecer Jonás de Alaejo por casa del duque.

—¿Dónde se escondió esa víbora?

—No lo sé, y me tiene con cuidado, pues de seguro se ocupa de algo contrario á tus intereses.

—Me tiene tranquilo; si alguna vez lo hallo en mi camino lo pisaré como al reptil, sin tomarme la molestia de volver la cabeza.

—Tiene talento, astucia, y es indudable que te aborrece.

—Tres cosas distintas que darán por resultado el que emprenda la retirada si lo hallo al paso y le miro.

—Pues es lo único que acontece.

—¿Se olvidó el duque de mí?

—Por completo; ni áun quiere recibir á la madre de Otilia, por temor, segun dice, de que le hable del rapto de la hija y de Magno.

—Esa indiferencia y desden son muy propios en Lerma. Si pudiera, algo haria contra mí; pero tiene el rey enfrente, á Venecia á la espalda, y juzga con razon que el mejor medio de orillar el asunto es no volviéndose á acordar de él.

—Se me olvidaba decirte que tambien desapareció el marqués de Altacima.

—Se habrá ido huyendo del ridículo, la befa y el escarnio. Ese desgraciado me inspira compasion.

—Magno, tu excesivo valor y grandeza de alma te prestan una confianza y seguridad que pueden muy bien comprometer tu existencia.

—Pantoja, desde que me lancé al mar en Rio Janeiro tengo jugada la vida; seguro de que es así, dejo á la Providencia que disponga de ella cuando tenga por conveniente, sin que me importen nada la clase de hombres que más tarde ó más temprano han de segarla con su potente diestra. Los marinos pensamos siempre de este modo, y está justificado, pues á tanto peligro como se arrostra, no hay medio de adivinar cuál de ellos va á ser el último.

—Comprendo que, en medio del Océano, durante la batalla, ó en el período más cruel de los abordajes, se demuestre esa indiferencia á la vida, por ser este el único medio de convertirse en un héroe, ó, por lo ménos, en valiente; mas cuando se está en tierra tranquilo y sosegado, cuando parece que ha llegado el momento de neutralizar con la apacible calma, comodidades y bienestar los sinsabores y penalidades del combate y la fatiga, no hallo prudente ni digno de tu capacidad el que te dejes envolver en una intriga ó emboscada que dé fin de tu existencia. Aquí es fácil poner remedio al mal, toda vez que no se trata de borrascas ni de tormentas, de abordajes ni de enemigos que en número considerable acometen por todas partes. Con tu talento y recursos materiales...

—No sigas, Pantoja; agradezco tu interés, pero, amigo mio, estás predicando en desierto, y en verdad que me impide una causa poderosa atender tus consejos. Se ha dicho siempre que la vida es una luz pendiente del soplo más ligero, y

es un axioma. Ejemplo: combatia yo en la mar contra lós ingleses; tenían fuerzas poderosas, me sitiaban por todas partes, y mi pobre *Dragon*, agujereado por las balas y deshechos sus mástiles, no le quedaba, al parecer, medio alguno de defenderse. En tal estado, recurrimos al hacha, y en el abordaje logramos lo que era imposible á cañonazos. A los cuatro dias cargan nuevamente sobre nosotros; nos defendimos mal porque no era posible atender á reparar los estragos de tanta andanada como nos dirigian, y, á pesar de eso, conseguimos escapar con vida. De este modo permanecimos cerca de un mes, resultando á la postre destruida por completo la escuadra inglesa y aniquilada la nuestra; de trece galeras venecianas me quedé con sólo mi *Dragon* y dos barcos, averiados los tres hasta el punto de temer un naufragio por el fatal estado en que se hallaban. Durante aquellos treinta dias me hallé siempre entre balas, sables y hachas enemigas; perecieron la mayor parte de cuantos me rodeaban, y perdí, por último, cuatro quintas partes de la gente que me obedecia. Con el postrer barco inglés acabó todo, y cubierto de gloria, segun decian cuantos presenciaron ó tuvieron noticia de aquella prolongada y cruel lucha, me retiré á la isla de Canarias, que era la tierra más próxima, llegando con grandes dificultades por la deplorable situacion en que iban nuestras galeras. Ya en el puerto de Tenerife dispuse la completa reparacion, y yo me dediqué á descansar de tanta fatiga, insomnio y penalidad como habia sufrido anteriormente. Un veneciano, admirador de mis hechos, segun afirmaba, me ofreció la casa de campo más pintoresca que visité jamás, situada en el centro de un panorama ideal, sublime. Habia en torno de aquella morada, plantas y árboles de la zona tórrida y de la templada; la vegetacion europea intentaba competir con la americana, y las alamedas, los bosques y los jardines formaban en conjunto el paraíso de que nos habla la historia. Acepté gustoso el ofrecimiento del veneciano, y marché, seguido de toda su familia y criados. Instalado en tan magnífica posesion, se disputaban quiénes habian de servirme mejor entre el veneciano, su be-

lla esposa, una lindísima hija que el cielo les concedió, diez criados que llevaron, y once marinos, entre jefes y subalternos, que me acompañaban. Allí no existia peligro alguno; todos esperaban que yo hablase para escuchar al oráculo; me halagaban el aroma de las flores, el cántico de las aves, el manso murmurar de los arroyuelos, el estrépito de las cascadas y la calma de una naturaleza que se presentaba en aquella comarca tan poderosa y grande como yo no la vi en sitio alguno de Europa. Una mañana salí á caballo, ejercicio que me agradaba en extremo; almorcé al regresar, y, siguiendo la costumbre del país, me tendí sobre el lecho para descansar las dos horas de más calor, pues nos hallábamos en el estío. Estaba mi alcoba en el piso bajo; tenía al jardin sus cuatro rejas, y las dejaban entornadas para que la brisa del Norte refrescase la temperatura. Me acompañaron hasta la mencionada habitacion el veneciano, la esposa de éste y su encantadora hija, la cual, al despedirse, me dirigió una mirada tierna, amorosa. Poco á poco fuí quedándome dormido en calma tan apacible como no tuve jamás; allí no habia enemigos ni sicarios; todos me querian, y con sus vidas hallábanse dispuestos á defender la mia. Pues bien, Pantoja; nunca estuve más expuesto á perecer que en la presente ocasion. Dormia en la forma expuesta, cuando de pronto sentí una molestia que no me podia esplicar: abro los ojos, viendo una víbora que se introducia en mi pecho por entre la abertura de mi camisa de batista; tenía ya dentro la mayor parte de su cuerpo, y claro es que el intentar cogerla ó causarla el más leve roce sería orígen de una mordedura que me llevaria al otro mundo. En tan angustiosa situacion, vi por primera vez de mi vida á un enemigo, que pretendia matarme sin que yo osara tocarlo, sin tener ánimo para respirar. Contemplaba el extremo inferior del reptil que se movia ondulante y terrible; la baba humedeció el cutis que cubria mi corazon; percibí hasta el contacto de su diminuta y mortífera lengua, y estremecido, sin aliento, alcé la vista al cielo, rogando á Dios perdonase bondadoso y benigno mis faltas, y recibiera mi espiritu como padre amoroso y tierno. Mis

brazos estaban extendidos, creo que se detuvo hasta la circulacion de mi sangre, y sólo se movian la cola del reptil, amenazadora y ligera, y mis labios, que demandaban á la Providencia piedad y misericordia. En ocasiones como esa contempla el mísero mortal lo ruin de su materia, lo raquítico de su sér. En los combates arde la sangre, el entusiasmo se apodera del corazon, convirtiendo al sér humano en una máquina del mal ó del bien, eso no es del caso, pero en una máquina que no siente ni padece, que no teme ni pretende otra cosa que herir y matar, vencer y cubrirse de gloria. En las tormentas, por lo general, bastan el talento, la experiencia del marino y mil otras causas que lo llevan al puerto de salvacion. Y en toda clase de luchas, de accidentes entre hombres, jamás se pierde la esperanza, nunca se ve clara, decidida, terrible y cruel á la muerte apagando con su soplo fatal la vida que yo miraba en la boca de la víbora.

—Acaba, hombre, que estremece tu relato.

Dijo Navor á Magno, impaciente y desasosegado. Aquél continuó con su habitual calma y sangre fria:

—Es indudable que el hombre viene al mundo trayendo ingénito en su sér un destino que sólo puede hacerle variar la poderosa mano del Hacedor del universo; tiene el sér humano libre albedrío, pero limitado, y es más inútil que cobarde rehuir la muerte. Que venga cuando lo tenga á bien; ha de llegar, quiera ó no, me ha de sorprender, y convencido yo de esta verdad, sólo aspiro en el mundo á que me coja con la conciencia tranquila, con el corazon latiente ante la divina y bellísima efigie de su Autor y con la indiferencia hácia lo que dejo aquí del hombre que no ve borrones en pos ni le ofrece temor el más allá. Hé ahí la causa de mi compasion al vencido, de mi generosidad al desgraciado, de mi orgullo ante los déspotas y poderosos, de mi desprecio á los sicarios, traidores y miserables.

—Ya sé que eres grande, muy grande, Magno; pero ¿y la víbora?

—Pensando en la indescriptible extension de la misericor-

dia divina, contemplando la sublime faz del único padre que he conocido, latió de pronto mi corazon con violencia. Asustado el reptil, retrocedió hasta abandonar su improvisada madriguera; alzó luégo la cabeza, y entónces le di un golpe con el canto de la mano, que lo lancé á cinco varas, dejándole estrellado contra la pared de mi alcoba.

—¡Qué tranquilo te quedarias!

—Consideré el peligro que acababa de correr, y me puse á meditar sobre lo que habia ganado ó perdido con que la víbora no emponzoñara mi sangre y me atrajese la muerte. Ay, Pantoja, la vida es una carga pesada, tan llena de sinsabores y disgustos, que concluí por no saber si gané ó perdí, contrayéndome á dar las gracias á la Providencia porque se habia cumplido su voluntad, dando por hecho que la tenía de mi parte y mucho que agradecerle. Casos análogos ó parecidos te podria citar vários, pero basta ese solo para que comprendas que es inútil guardar la existencia que, como dije ántes, es una luz, necesita de aire, y basta á la vez el más leve soplo para terminar su vida.

—Oyéndote, no es posible combatir tus ideas, Magno; salgo de aquí, y entónces me parece ver el peligro tan grave y cruel como grande tu indolencia y abandono. Velaré por tí en cuanto me sea dable, y poco será cuanto haga comparado con lo que te debo.

—Tú me defiendes; lo mismo hacen Mateotti, los agregados á la embajada de Venecia y cuantos amigos tengo en Madrid, que son muchos, muy valientes, y tan buenos, que sería ofenderlos y ofenderme si no me bastase con la poderosa proteccion que todos me otorgais.

—Adios, Magno; se acerca la media noche, y te dejo descansar.

—El cielo te pague el bien que me producen tus visitas y el consuelo que me presta tu cariño. Adios, amigo mio; si el duque te despide, recuerda que Magno es rico y no nació avaro; la avaricia, en mi opinion, no es un crímen; es el medio, la carga ó el tormento con que purgan sus faltas en la tierra

los que se entregan á ella; nada tan repugnante para mí como esos tipos asquerosos que, olvidándose de la Providencia, piensan combatir el porvenir y cruzar tranquilos por él con la horrible mochila de su tesoro; el dinero archivado vale ménos que el plomo, y el hombre que lo guarda lo mismo que el misántropo. Adios, Pantoja.

Salió el capitan, quedando Magno frente á Melenik, el cual habia permanecido durante el anterior diálogo cruzado de brazos, oyendo á su protector con más cariño que interés, con más admiracion que cariño.

—¿Qué piensas tú, querido georgiano, de los temores de Pantoja?

Le preguntó el *Dragon*, besando su frente.

—Entiendo, amigo y señor, que son fundados.

—Es triste cosa que siempre he de creer yo lo contrario que la mayoría de los hombres.

—Tú, Magno, tienes más talento; pero en la ocasion presente te ofuscan el excesivo valor, tu mucha indiferencia y una filosofía que aplaudo en general y deploro en lo relativo á tus enemigos.

—Pues, hijo mio, por si no os equivocais y yo muero víctima de esa terrible emboscada que no distingo, he elevado á testamento la declaracion hecha con anterioridad. En él te dejo por mi heredero, siempre que te unas á Otilia y la hagas dichosa.

—¿Magno, qué dices?

—Ya lo has oido.

—Yo te contesto que con veinte maravedís me bastan para comprar una cuerda, y con ésta tengo lo suficiente para ahorcarme, si tú mueres.

—¿De ese modo pagarias la vida que te regalé, la brillante educacion que te estoy dando, el igualarte hasta á mí, regalarte una fortuna de ocho millones, unirte á Otilia y dejarte el inefable consuelo de que derramases todos los dias, en union de aquel ángel, una lágrima sobre la tumba del que tanto os amó?

—Me has hecho llorar; ¡llorar yo, que me iba creyendo tan fuerte como tú!

—No te avergüences, Oton; yo tambien, hijo mio, suelo sentir húmedos mis párpados cuando busco, cuando llamo á mi madre, y la extensa bóveda del universo me contesta con una carcajada sarcástica y cruel.

—Si tú perecieses y yo no me matara, sería el defensor constante, el lebrel de Otilia; pero nunca su esposo: donde pone la vista mi señor, donde fija su poderosa mano, allí se inclina Melenik para que aparezcan en su rostro el respeto y el amor.

—Sólo tú, en el caso de perecer yo, podrias endulzar el llanto de esa vírgen, aminorar sus penas, prestarla consuelo y ayuda.

—Magno, estás destrozando mi corazon; te advertimos efectivamente el peligro, te burlas de nosotros y desprecias el aviso; no obstante lo cual, formulas primero una declaracion testamentaria, la elevas después á testamento, y como si esto fuera poco, presientes luégo que vas á morir, imponiéndome la condicion de que me he de unir á tu futura. ¿Crees ó no que está amenazada tu vida? En el primer caso debemos huir á Venecia, donde nos espera la felicidad; en el segundo, conceptúo improcedente y ridículo el testamento.

—Melenik, cada dia vas discurriendo mejor; arguyes ahora con fundamento, y voy á darte, en consecuencia, una contestacion terminante, categórica. Por más que en los primeros momentos, lo mismo el duque que el marqués, pensasen, ya que les falta valor para otra cosa, en una emboscada que les librara en lo sucesivo de mi sonrisa burlona y mirada desdeñosa, obraban bajo la presion del ridículo en que se veian; hoy ya no se acuerdan de él; el uno marchó no sé dónde, el otro continúa columpiándose en el aura del poder, y ámbos dejaron de ocuparse de un hecho indigno de ellos y cuya realizacion les ofrecia grandes dificultades. Esto es lo verosímil y lo que yo creo; pero se trata de asegurar el porvenir de una dama que antepuso mi amor á todas las consideraciones hu-

manas, que la adoro con loco frenesí, y basta la más leve sospecha, la probabilidad más remota para que yo trate de combatirla en cuanto me sea dable. Dicté ese testamento burlándome de vuestra credulidad, seguro de que no tendria aplicacion; pero al terminarle quedé más tranquilo aún de lo que estaba, pues así comprendereis todos que mi temeridad concluye donde empieza Otilia.

—Me satisface tu explicacion, y haga el cielo que no te equivoques; de lo contrario, era difícil que yo cumpliera esa tu última voluntad: difícil te digo á tí, á mí me grita mi corazon imposible.

—Niño, cuyo rostro perfecto, angelical, seduce; georgiano fuerte como los rocas de Cáucaso, donde nació, de alma elevada, de corazon generoso y varonil, de inteligencia clara, ¿así pagas lo que yo te quiero? Há mucho tiempo que formas mi orgullo, que me entusiasmo al recordar que salvé tu vida, te dí educacion y te elevé desde la esclavitud á la opulencia; ¿y tú, mi amigo, mi compañero, mi hermano, mi heredero, te niegas á cumplir la postrer voluntad de la víctima cosida á puñaladas en medio de las calles de Madrid?

—Yo no puedo expresar, mi adorable señor, lo que te amo, la admiracion que me inspira el hombre ante cuya hacha he visto huir horrorizados á los turcos, trémulos á los ingleses y acobardados á cuantos miraron tu esbelta é imponente figura. Detrás de tí iba yo, con mi pequeña espada, la que jamás llegué á teñir en sangre: con el *Dragon* bastaba para todos. Tus hechos de armas, tu lalento y ciencia, tu conducta con este infeliz un dia, tan dichoso hoy, y cuanto emana de tí, ganaron mi corazon y me unieron á tí de un modo, que no me sería posible, áun cuando yo quisiera lo contrario, vivir muriendo tú.

—No llegará ese caso, Oton; pero si el destino dispusiera otra cosa, te exijo como única recompensa, como sacrificio, el estricto cumplimiento de mi última voluntad.

—Magno, si la falta de un apellido es inconveniente para casarse con Otilia, segun tu lógica, más debe serlo mi orígen

y la esclavitud á que me vi condenado en los primeros años de mi infancia.

—Estás en un error; por lo mismo que tu nombre es desconocido en el mundo, podrias presentarte en él ostentando un título que te acaba de conceder la corte de Roma, el que, unido á mis riquezas, haria enmudecer á los hombres. Te quedabas en Venecia ó te ibas á los estados de Su Santidad, y nádie allí osaria murmurar de mi ahijado. Deseo que me jures cumplir lo que te impongo en mi testamento.

—No puedo, Magno.

—En ese caso, te regalo un millon y te abandono.

—¿Podrias estar dia y noche sin la compañía de tu pobre Melenik?

—Jamás gusté de ingratos.

—¿Ingrato yo? Recibe un beso y cien por la frase. Tú no crees eso.

—Pruébame que me amas.

—Pues juro morir si tú mueres, pero después que haya atravesado mi puñal el corazon de tu asesino.

—¡Si así lo haces, si abandonas á ese ángel que tanto amo, que tan digno es de tu apoyo y proteccion, que Dios te maldiga y te confunda con los réprobos!

—¿Qué has dicho, Magno? Levanta tu anatema, que me siento humillado y confundido. Juro obedecerte, pero quítame este peso que me abruma.

—Si cumples mi postrer voluntad, que Dios te premie accion tan generosa, te bendiga y sea tu egida en la tierra.

—Gracias, hermano. ¡Sentí miedo por primera vez, me estremecia, y mi pobre corazon sufrió horriblemente! Si pereces, te vengaré; luégo al lado de Otilia, le daré tu testamento, siendo su esclavo miéntras viva.

—Eso es; procuras neutralizar su justo dolor con frases dulces y halagüeñas. Tu voz seduce, Oton, tu mirada es agradable, hermosa tu figura, tierno tu corazon. No es posible que al cabo de algun tiempo deje de aficionarse á tí, y si no lograis ser esposos enamorados, consigue ver en ella á tu herma-

na, á tu compañera inseparable, al privilegiado sér que yo adoré en el mundo.

—Haré lo posible por endulzar la triste situacion á que la condenaria tu muerte.

—Estoy seguro que cumplirás tu palabra si llegara ese extremo.

—Hablemos de otra cosa, si lo tienes á bien.

—Nada me agrada tanto como aquello que nos ocupa ahora.

—Pues á mí me sucede lo contrario, y en verdad que estoy sufriendo lo indecible.

—En ese caso, y puesto que la noche avanza, me retiro al lecho. Adios, amigo mio.

—Lo mismo de siempre; si te he de desnudar y dejar en cama, ¿á qué esa despedida?

—Te empeñas en servirme, sea en buen hora.

Magno entró en su alcoba, y ayudado por Melenik, se acostó.

—¿Te sientes bien?—le preguntó el georgiano, tapándole.

—Sí; mi naturaleza es de hierro, y lo mismo bajo los rayos del ardiente sol tropical que entre las heladas brisas de las zonas glaciales, me encuentro sin dolencia alguna; claro es que en la España, país templado y agradable, nada existe que altere mi buena salud. ¿Y tú?

—Yo no puedo estar enfermo hallándote tú sano.

—Imposible parece que el turco, tu antiguo señor, tratase mal á una criatura tan noble y agradecida.

—¡Qué tajo le diste, Magno! Silbó tu hacha de abordaje, tronchando su garganta como el huracan rompe el débil tallo de una planta. ¡Qué de sangre vertió, y qué dia aquel, Magno!

—¿Te asustaste mucho?

—No; anduve de un lado para otro, cási indiferente á todo, ménos á tu ardimiento, hermosa figura y valor. Eres el rey de las batallas.

—Sí, pero cuando te cogió aquel bárbaro y alzó su acero para degollarte...

—Le presenté mi cuello con desden, cási agradeciéndole que me matara. ¡Sufria tanto!

—Yo te defendí, y cada vez me alegro más no haberte abandonado.

—Cogido á tu mano, me arrastraste en medio de los turcos, tus enemigos, y allí pude contemplar por primera vez de mi vida lo que era un combate encarnizado. La sangre que tú hacías verter manchó mi ropa, salpicó mi cara, y tanto me oprimió tu mano izquierda, que dejó dolorida mi derecha. Al terminar, te fijaste en mí, y con bondad y cariño que yo desconocia me preguntaste:—¿Te han herido, niño hermoso?—Aquellas frases ganaron mi corazon; desde aquel instante te amé. ¡Qué cambio tan extraordinario! Al verte matar, te juzgué feroz, inhumano, déspota, cruel. ¡Qué delirio! Perdonaste á los prisioneros, mandaste curar á los heridos, y el leon de há un instante se convirtió en un sér caritativo, sublime. Eso fué lo que más llamó mi atencion, lo que yo no podia comprender, y era que tu grandeza se perdia en la oscuridad de mi pobre inteligencia. Luégo fuiste á Venecia; te aplaudió el senado, te adulaba el Dux; las mujeres sonreian ante el héroe, los hombres se humillaban, y tú, sin vanidad, sin orgullo, con tu Oton siempre de la mano, descendias de los palacios para visitar y socorrer á los desgraciados. Con qué placer recuerdo aquella góndola de relieves de oro, caja de nácar, que, al presentarse en los canales ligera y rica, cesaban de moverse todos los remos para exclamar señores y gondoleros: ¡Magno y su georgiano! Las cabezas asomaban, se movian los pañuelos, y nuestro paseo por la grande y pequeñas lagunas era un saludo continuado, una ovacion no interrumpida. ¿Por qué habremos venido á este pueblo triste, feo, árido, escondido entre colinas y montes?

—Aquí, Oton, como en las entrañas de las sierras del Brasil, se ocultan brillantes, y yo hallé en él el más grande, diáfano y bello de la tierra.

—Tu Otilia.

—Lo acertaste.

—Esa alhaja tan rica y esplendente está ya en Venecia; vámonos allí, opulento marino, elevado senador.

—No salgo de aquí en trescientos sesenta y cinco dias, si ántes no puedo decir lo que el mendigo, lo que el más infortunado de la tierra: tuve un padre, me acarició una tierna madre.

—Si después de tanto buscar y sufrir, los hallas, y son tan cariñosos y buenos como los mios, estamos lucidos.

—En la Georgia todavía quedan cafres tan bárbaros como el antropófago.

—¿Qué quieres decir?

—Que en España no existen esos salvajes.

—¿Estás cierto?

—Seguro.

—¿La has recorrido toda?

—La mayor parte.

—Entónces no me enseñó mi profesor de idiomas á traducir bien las frases *infanticidio*, *parricida* y otras análogas.

—En todas partes hay malvados, pero eso es la excepcion aquí.

—Sin embargo, tú, Navor, Mateotti y muchos otros habeis dicho que fué salvaje é impolítica la expulsion de los moros; que el brasero donde quema la Inquisicion no es humano; que el país está infestado de bandoleros, que la justicia anda por los *trigos de Dios*, reemplazada por el desacierto y la maldad, y que no fué sólo Faraon, en fin, el que tuvo plagas, si bien su pueblo conoció siete, y tus paisanos sufren las consecuencias de cuarenta. Vámonos á Venecia, Magno; allí nos aguarda tu espléndido palacio; allí tienes tu corazon; allí tengo yo mi vida.

—Me quedo.

—No puedo convencerte.

—Vé á dormir.

—Se cierran tus ojos, se esconde mi sol y llega mi verdadera noche. Dios misericordioso guarde tu sueño, defienda tu vida y te proteja siempre.

—Adios.

Melenik estampó un beso en la frente de Magno, y se acostó en la habitacion contigua. Ambos, no obstante el peligro que les amenazaba, durmieron tranquilamente toda la noche. No sucedia lo mismo á Alaejo, el cual, sin embargo de las probabilidades de éxito que le presentaba el terrible asunto á que se dedicó con incansable celo, solia ser víctima del insomnio y de ese malestar innato en los malvados de la tierra.

Magno se levantó al dia siguiente, ocupando parte de la mañana en recibir á vários de sus amigos; más tarde se le presentó Melenik, diciéndole:

—Un paje del marino Gonzaga acaba de entregarme esta carta para que te la dé al momento.

—Trae, que me interesa todo lo que se refiera á ese valiente general.

Y la abrió, leyéndola detenidamente.

—¿Qué te dice?

Le preguntó el georgiano.

—Con frases cariñosas, hijas de la buena amistad que nos une, me invita á comer con él el lúnes próximo; son sus dias, y me anuncia que se reunirán en su casa las notabilidades del ejército y de la marina. No faltaré, que estimo bastante á ese valiente anciano y soy uno de los que admiran su gloriosa carrera.

—¿Le conozco yo?

—Ignoro si te habrás fijado en él; aquí ha estado várias veces; es bajo, canoso, y representa más de sesenta años.

—¿Dices que es marino?

—Sí.

—No se igualará á tí en talento y valor.

—Gonzaga se halló en la batalla de Lepanto, la más notable de que nos habla la historia, y ayudó poderosamente á Don Juan de Austria á vencer y destruir la escuadra turca. Vale mucho como soldado y como hombre de ciencia, pero al citar á Don Juan de Austria aparece pequeño.

—¿Por qué?

—El príncipe Don Juan fué un héroe.

—¿Mayor que tú?

—Sí. ¡Ah, siento una emocion al pronunciar su nombre, al recordar sus victorias!..

—Famoso debió ser cuando merece esos elogios de tu parte.

—No hubo hecho alguno en el de Austria que no excite mi admiracion; si viviera ese hombre, me juzgaria dichoso obedeciéndole y estando cerca de él.

—¿Quiénes fueron sus padres?

—Tiene un orígen muy bueno: era hijo natural del emperador Cárlos I. Con más suerte que yo, nunca desconoció al autor de sus dias, á pesar de ser el fruto de unos amores ilegítimos.

—¿Te entristeces?

—No; cruzó la idea de siempre por mí, y ya ha desaparecido, que eso y más merecia el que venció en Granada, en Flandes, en Africa, en los mares y en donde se presentó su invencible espada. Me entusiasma recordarle, hablar de él y colmarlo de elogios.

—Ya se conoce.

—Sí, Oton; la memoria de Don Juan de Austria es para mí el ídolo ante el cual inclino la frente con respeto y sumision.

Magno salió poco después, vió á Mateotti, y ámbos tuvieron luégo la honra de ser recibidos por el monarca.

Trascurrieron cinco dias más sin acontecer nada que merezca relatarse. El marqués de Altacima no habia vuelto á presentarse en la corte, é ignoraba todo el mundo dónde se escondia. Lerma continuaba siendo el predilecto favorito, dueño del poder, y al notar su indiferencia, cualquiera diria que no pensaba en su sobrina ni en Magno; despachaba sus asuntos particulares con el capitan Pantoja, y tenía sumo cuidado de no citar en sus conversaciones al *Dragon* ni aludir por incidencia al rapto verificado más de veinte dias ántes. La ma-

dre de Otilia lloraba dia y noche; mandó emisarios en busca de su hija, sin resultado alguno hasta aquella fecha; pidió al rey y á su primo Lerma apoyo y proteccion, que no le dieron, y pagaba, en fin, bien caras su vanidad é indiferencia hácia Magno y Otilia. Felipe III fué poco á poco olvidándose del *Dragon*, si bien recordaba sus hechos, proteccion ofrecida y conducta admirable cuando lo tenía delante. Y, por último, el capitan Magno proseguia haciendo su anterior vida, sin que el rapto consumado alterase en nada sus costumbres y estado normal. Era lúnes, y el *Dragon*, después de cubrirse con su mejor traje, marchó á casa del general Gonzaga, donde estaba convidado á comer. A las cuatro de la tarde se reunieron hasta veinte notabilidades entre marinos y soldados de tierra; luégo pasaron al comedor, adornado en este dia con trofeos militares, coronas y objetos, en fin, alusivos á la clase de hombres que se reunian allí. Ocuparon la cabecera de la mesa el general Mondragon, anciano de setenta y seis años que era el decano del ejército, Gonzaga se colocó á su derecha, á la izquierda Magno, siguiendo después vários maestres de campo y capitanes, honra y prez todos ellos del ejército español. Entre los veinte los habia jóvenes y viejos, vástagos de las primeras familias de España, junto á otros que, como Magno, debian fortuna, títulos y honores á su valor, talento y hechos gloriosos. Lo imposible de hallar en aquella mesa era un cobarde ú hombre de esos cuyo egoismo, índole ó pasiones bastardas le llevan á la maldad. La enorme calva de Mondragon, las canas de Gonzaga y todos los hechos de Magno estaban tan honrados como la historia militar de los restantes.

Dió principio el festin, y desde el segundo plato empezó á desaparecer la gravedad para dar entrada á la expansion y alegría.

—Compañeros,—dijo el anciano Mondragon con acento todavía firme y seguro,—no estamos de etiqueta, ni nos hemos reunido aquí sencillamente para comer; se celebran en esta casa los dias de uno de nuestros primeros caudillos, y es pre-

ciso demostrar al favorecido todo el aprecio y distincion que nos merece. Desterrad de vosotros, en consecuencia, lo grave y mesurado; brindemos á porfia, y sea mi compañero de glorias el blanco de nuestras ideas y pensamientos.

—Sea.

Le digeron, y desde este instante principiaron la broma y algazara, las cuales continuaron hasta que se dió fin del último postre.

Quedaron después de sobremesa, y se acordó por unanimidad que el general Mondragon refiriese alguna de las batallas más notables de las muchas que habia ganado.

—Citadla, y os complaceré.

Contestó el anciano, dispuesto á realizarlo con interés y alegría.

—La de Lepanto,—dijo uno.

—La de Oran,—añadió otro.

Y cada cual pidió la suya con todo el calor que le producian los vapores del vino y licores que acababan de apurar.

A tanta voz y diferencia de ideas sucedió la baraunda consiguiente. Por fin, Magno, dominando aquella reunion, logró exclamar:

—Señores, puesto que cada cual desea la descripcion de un hecho diferente, hé aquí una idea nueva que recomiendo á vuestra aprobacion; toda vez que el eminente general Mondragon fué el amigo íntimo del príncipe Don Juan de Austria, á cuyo lado estaba cuando murió, que nos describa la última batalla mandada por el hijo natural del César y sus postreros instantes. En Don Juan, amigos mios, está sintetizada la historia del ejército en un corto pero envidiable período de la historia de España; Mondragon se hallaba acompañado de Gonzaga, y tan interesante relato es propio para este dia, y agradable, en mi concepto, á cuantos nos reunimos aquí.

Todos aprobaron el pensamiento, replicando Mondragon:

—Os voy á complacer; Magno no gusta oir otra cosa que aquello referente á Don Juan de Austria, y en verdad que tiene razon. El vencedor de Lepanto, señores, al que yo conocí

en ese trato íntimo que no admite secretos ni ilusiones, se sacrificó por su patria dia y noche, llegando el caso de batirse como un soldado, pero sin dejar por eso de ser siempre un esclarecido príncipe de la tierra.

—Eso creo yo,—contestó el *Dragon*;—proseguid, general, que á vos le es dado decirnos algo nuevo sobre el hombre que os llamó su amigo.

—Atencion, señores, atencion.

A estas frases siguió un continuado silencio, quedando todos pendientes de lo que iba á decir el anciano y valiente general.

CAPITULO VX.

Descripcion de una gran batalla.—Ultimos momentos de Don Juan de Austria.—Sospechas que pueden dar lugar á un descubrimiento.—Oportunidad dispuesta por el diablo.—La cita fatal.

CONTINUABAN mirando los diez y nueve espectadores la venerable faz de Mondragon, cuando éste, después de meditar breves instantes, alzó la cabeza con entusiasmo, diciendo:

—Es preciso retroceder cerca de treinta años. Nos hallamos en Flandes y á veinte leguas de Namur; gobierna el país el valeroso Don Juan de Austria, y áun cuando se le critica de que impone un rigor excesivo, yo creí siempre, como él, que todo era poco contra los revolucionarios flamencos, los cuales llegaron á profanar cuanto grande y elevado hallaron al paso, sin perdonar traicion ni medio indigno, con tal de que condujese al logro de sus deseos. Llevábamos largo tiempo peleando contra ellos, venciéndolos cási siempre, dispersándolos, y apareciendo de nuevo con más fuerzas que anteriormente. Llegó el invierno, los campos se cubrieron de nieve, y hubo una tregua de tres meses, la que aprovecharon ellos para reclutar gente y reunir dinero. Lograron su objeto, lo averiguamos nosotros, y pedimos un refuerzo, que nos fué concedido inme-

diatamente. Poco después, procedente de Italia, se presentó en nuestro campo mi valiente amigo Gonzaga, al frente de algunos tercios, diezmados por la epidemia desarrollada entre Génova y Milan. Ya era tiempo, pues los gueusios ascendian á veinticinco mil hombres bien armados y provistos de cuanto necesitaban para caer sobre nosotros. La peste que vino de Italia se propagó en nuestras filas, sin que esta grave circunstancia fuese causa de que nosotros desistiéramos de correr en busca de un enemigo que nos odiaba ménos que nosotros á él. Reunidos en consejo el príncipe Don Juan, el de Parma, Gonzaga y yo, acordamos sin discusion alguna levantar el campo y, con epidemia, sobre la nieve y careciendo de muchos recursos, caer sobre el enemigo, que distaba doce leguas de nosotros. A la mañana siguiente nos pusimos en marcha, y tres dias después nos detuvimos frente á frente y á muy poca distancia del ejército revolucionario. Contra los veinticinco mil llevábamos diez y seis mil infantes y dos mil caballos; nos aventajaban en número, y nosotros á ellos en artillería, ardimiento, órden, disciplina, igualándonos únicamente el deseo de lucha. Amaneció el 2 de Febrero; unos y otros avanzamos, y á las diez de la mañana comenzó la batalla. La mandaba el príncipe Don Juan, auxiliado por Alejandro Farnesio, duque futuro de Parma, Gonzaga y por mí. El enemigo avanzó hácia nosotros como rayo asolador; le recibimos dignamente, y á las dos horas estaban en fuego los cuarenta y tres mil combatientes. En este instante caí sobre el ala izquierda, que no pudo resistir el empuje de mis soldados; me siguieron Parma y Gonzaga, y después de una lucha obstinada é indecisa comenzó á huir el enemigo, declarándose en este instante la victoria por nosotros. Don Juan dirigia esta célebre batalla con acierto envidiable; las cargas de Alejandro Farnesio no tienen ejemplo en la historia; Gonzaga se portó muy bien, y yo dicen que no estuve mal. Conoceis el detalle de esta jornada, y no debo molestaros repitiéndolo. Duró once horas, el enemigo perdió siete mil hombres, treinta y cuatro banderas, toda su artillería, y un ejército que no estaba mal dispuesto ni carecia de valor se vió deshecho, aniquila-

do, destruido. Sin órden ni concierto, el que no cayó en tierra ó en nuestro poder, huyó sin tregua ni descanso, hasta que, fatigada nuestra gente de perseguirlos, se retiró para pernoctar en la ciudad de Namur, conquistada al enemigo aquel mismo dia. No nos dormimos sobre nuestros laureles; á pesar de proseguir la epidemia arrebatándonos soldados, tomamos á los gueusios tres plazas más y once pueblos. Con esto terminó la campaña; volvimos á Namur, descansando dos meses de tanta fatiga, insomnio y molestias. ¡Qué época, amigos mios! De combate en combate, cruzaban nuestras vidas en una contínua guerra, y de tal modo nos llegamos á connaturalizar con el peligro, la escasez y olvido completo de toda comodidad, que sólo reiamos dentro de nuestras tiendas, durante la lucha ó al recoger el triunfo que con tanta penalidad nos ofrecia la suerte. Imposible parece que á tan prolongada y furiosa tormenta haya seguido la apacible calma á que hoy nos condena el destino. Felipe III podrá no temer á nádie, pero rehuye toda cuestion que pueda perturbar la tranquilidad del país. Yo, sin embargo, preferia aquella vida activa y gloriosa á esta inaccion interminable y monótona.

—Y yo.

—Y yo.

—Y yo.

Exclamaron todos con sentimiento.

—Teneis razon,—prosiguió el general;—para hombres como nosotros aquello era la vida, esto es el sueño, y en verdad que entre estar muerto ó dormido no encuentro gran diferencia.

—Cierto, caballero Mondragon,—contestó Magno;—pero ¿y Don Juan de Austria?

—El príncipe, amigo mio, á imitacion de su augusto padre el César, reposaba sobre sus laureles el tiempo puramente indispensable. Verdad es que al enemigo le bastaron dos meses para reponerse y presentar un nuevo ejército tan abastecido y entusiasta como el que acabábamos de destruir. ¡Qué tenacidad de hombres, qué constancia, qué atrevimiento! Cin-

cuenta veces los vencimos, y otras tantas volvieron á ponérsenos delante con más coraje que anteriormente. Don Juan, á la primera noticia que tuvo de que se confabulaban y reunian, nos hizo abandonar la ciudad, estableciendo nuestras tiendas en los campos de Namur. Allí fué acometido de unas calenturas malignas, que en muy poco tiempo le llevaron al otro mundo. Siempre sereno y valiente, murió sin prorumpir una queja, sin importarle nada la vida que el destino le cortó en la flor de su edad. Yo recogí sus últimas palabras, y no digo suspiros porque el príncipe jamás los exhaló; y al recordarlas se aflige mi alma y me entristezco á mi pesar. Corramos un velo sobre tan fieros instantes, y continuaré hablándoos sobre la historia de Flandes. Reemplazó á Don Juan el valiente, el indomable Farnesio, honra y prez de los ejércitos del mundo...

—No es eso, Mondragon,—le interrumpió Magno;—deseamos todos saber la causa que motivó la postrer enfermedad de Don Juan de Austria y cuáles fueron sus últimas frases. Eso es lo convenido, y entended que nos importa mucho más que el resto de la historia de Flandes.

—Por complaceros, os diré,—replicó Mondragon,—que Don Juan, algo ambicioso, como todos los hombres que valen, fijó su mirada en una corona real que hubiera estado en sus sienes admirablemente. Su hermano, Don Felipe II, llegó á descubrirlo, y como al prudentísimo monarca no le bastaron los dos mundos que gobernaba, se ofendió de la pretension del príncipe, tratando por todos los medios posibles de cambiar en ilusion el sueño dorado de aquél. No siendo posible al rey prescindir de Don Juan por el prestigio que éste tenía en el ejército, por su valor, pericia y otras razones de conveniencia, ganó á cuantos le servían, y no daba un paso el bastardo que no lo supiera el austero señor. Con tal motivo, llovieron las cartas reales, los disgustos, y unidos éstos á las contínuas penalidades de la guerra, dieron por resultado las calenturas malignas de que os he hablado ántes.

—Mucho sentiria el ejército una pérdida tan grande.

—Mucho; no puedo yo explicar el cuadro que presentaba

el campamento en aquel aciago dia y los que le siguieron. Llorábamos todos; al llanto siguieron las maldiciones, los denuestos y la desesperacion, en fin, hija de un dolor intenso, profundo.

—Lo creo; un caudillo como aquel merecia eso y más de cuantos le obedecieron. .

—Felizmente fué reemplazado por el mortal Farnesio, el cual, puesto al frente del ejército, hizo...

—No es eso, general Mondragon; faltan las últimas palabras del príncipe durante su agonía.

—El tal Magno, señores, no gusta de oir otra cosa que aquello que se refiere á Don Juan de Austria, y en verdad que no me extraña, pues hallo analogía en algunos hechos de armas del uno y del otro. Siento deciros, amigo mio, que las postreras frases de Don Juan encierran un secreto que callé hasta ahora, y que, á pesar del tiempo que ha trascurrido, dudo si debo ó no seguirlo guardando.

—General, en los diez y nueve que os escuchamos no hay uno solo capaz de ser imprudente ni de dejar de agradeceros la confianza que hagais de nosotros. Cási todo lo que habeis referido lo sabiamos, y áun cuando nos ha complacido volverlo á oir de labio tan autorizado, falta para que la fiesta sea completa que nos participeis las últimas ideas, el postrer pensamiento de ese gran hombre, cuya pérdida se deja sentir todavía. Ved la ansiedad y el deseo retratados en nuestros semblantes. Ayudadme, señores.

—Que las diga.

Exclamaron todos.

—Yo se lo suplico.

—Yo se lo ruego.

Añadieron vários, rompiendo con sus frases la vacilacion del general.

—Sea,—dijo aquél.—Van trascurridos treinta años, y no debo, en consecuencia, callar por más tiempo á sus constantes admiradores un secreto que no puede manchar la buena memoria de mi augusto amigo y señor. Oidlo con un corto pre-

facio: todos sabeis que Don Juan tuvo relaciones amorosas con una dama noble española y luégo con otra de la misma calidad, napolitana. Con la primera tuvo á Doña Ana, su primera hija natural, y de la segunda á Doña Juana, educadas ámbas en un convento con el recato que el asunto requeria. Murieron las madres; Doña Ana quedó en el claustro y Doña Juana se casó con un príncipe siciliano. Es lo único que se sabe de los amores del malogrado príncipe; hay, sin embargo, otros más importantes, desconocidos, y á los que se contrajeron los últimas frases de Don Juan. Escuchadlos: se enamoró el príncipe de una mora residente en Granada, bella, jóven, y dama de gran talento y posicion. Era de la familia de los Abenamares, y tenía parentesco con los descendientes de los reyes de la ciudad musulmana. Ella resistió al principio, pero hubo de ceder ante la ardiente pasion del príncipe: huyó con él, pero sin dejar en Granada ese fanatismo religioso tan propio y exagerado en los sectarios de Mahoma. Iba la bellísima Abenamar en cinta, y tuvo que detenerse en el camino, dando á luz en un pueblo pequeño de Valencia el fruto de sus amores con el de Austria. Don Juan se vió obligado á abandonarla, apremiado por una de las muchas sublevaciones de Flandes y por las órdenes terminantes del rey, dejando la musulmana al cuidado de su amigo y tesorero el judío Neftalí Asam. Ya en los Países Bajos, se encontró tan abrumado de enemigos y acontecimientos, que hubo de dar tregua á sus amores para defenderse y atacar luégo á su poderoso contrario. Al terminar aquella lucha corta, pero sangrienta, supo por Neftalí que la mora habia dado á luz un hermoso niño, vivo retrato de Don Juan. El príncipe oyó la noticia con alegría febril; era lo que deseaba, y al escuchar que el cielo le habia concedido un descendiente, fué, á no dudarlo, el instante más feliz de su vida. Quiso traerse á su lado á la madre y al hijo; pero cedió ante la conveniencia de que no se divulgara en Flandes su amor con una mahometana, circunstancia que hubiera hecho muy mal efecto entre los católicos, sirviendo de arma á los protestantes contra el buen nombre y prestigio del

de Austria. En consecuencia, volvió Neftalí con órden de ofrecer á la mora cuanto quisiera por hacerse cristiana; mas aquella se negó á ruegos, promesas y amenazas, diciendo con tenacidad verdaderamente árabe que jamás faltaria á Alá ni á uno solo de sus deberes religiosos. Enamorado el príncipe, recurrió á un medio extraño, encargando al efecto á su secretario que le robara el hijo y volviera á hacerle nuevas proposiciones, dando por hecho que si no cedió como enamorada, accederia como madre. Tres dias después de la llegada del judío murió el príncipe contemplando á su hijo y haciéndome jurar á mí que defenderia al pobre huérfano con mi propia vida. Le dejó la mitad de su tesoro, partiendo el resto entre sus dos hijas. Yo fuí el encargado de cumplir su última voluntad: mandé á Doña Ana su parte, la otra á Doña Juana, dejando en poder de Neftalí el niño con su inmensa fortuna. Las circunstancias por que atravesábamos no eran las más á propósito para que yo pudiera velar con incansable celo por el inocente hijo de mi amigo y señor. Al lado del valiente Farnesio y acosado por nuestros enemigos, seguí de batalla en batalla hasta el corazon de la Francia, sin que la guerra me dejase otro tiempo que el indispensable para dormir sentado, y comer de pié unas veces y andando la mayor parte. Fué una batalla continuada de muchos meses consecutivos, en los que ni un solo instante pude volver la vista atrás ni hacer otra cosa que batirme; por fin logramos la paz, y corrí en busca de Asam y del niño que pensaba prohijar, llevármele conmigo, y ya que el cielo me negó sucesion, tenerla en el descendiente del hombre que más quise y respeté en la tierra. Pero sin que yo haya podido explicarme jamás la causa, no hallé á Neftalí ni á la inocente criatura; le busqué por todas partes, mandé emisarios sin cuento, pero no obtuve resultado alguno; y para colmo de desgracias, sólo encontré á la madre, desolada en llanto, maldiciendo al judío y culpando á Don Juan por haber dispuesto que le robasen aquel pedazo de su corazon. Yo intenté vanamente consolarla, le ofreci oro y poder, que gastó en proseguir buscando á su hijo, siendo

todo, absolutamente todo, inútil. Neftalí Asam murió de la peste ó desapareció de Europa, sin dejar él ni el niño rastro que nos indicara algo que tuviera relacion con ellos. La pobre madre volvió á verme várias veces, y en sus entrevistas me hacía sufrir horriblemente. Yo no contemplé jamás la desesperacion retratada con tan vivos colores, no escuché más lamentos, ni hay pantera que demuestre la fiereza de aquella madre. ¡Cuánto padecí! En sus últimos instantes me cogió el príncipe las manos entre las suyas, diciéndome:—Amigo mio, compañero inseparable, noble y caballero Mondragon, ahí te queda ese niño y más allá la mora, su madre; vela por él dia y noche, dile cuánto le amo, defiéndelo con tu vida, asegúrale que fué mi esperanza, que formó mi dicha, y yo te juro rogar á Dios por tí al hallarme en las gradas de su excelso trono.—Yo juré solemnemte hacer cuanto queria, y más aún si era posible: se presentó el estertor, y abrazado al niño y á mí espiró, exclamando:—¡Dios mio, vela por este ángel, protege á mi hermano, Mondragon!—Aquellas frases todavía humedecen mis ojos; su mirada tierna, profunda hasta languidecer y apagarse, hiere mi corazon; la pérdida del niño es mi perenne remordimiento, una carga que me abruma; los lamentos, súplicas y desesperacion de la madre siguen molestándome, no obstante los treinta años trascurridos; y el conjunto, señores, ya lo veis, me hizo llorar, os entristecí á todos, convirtiendo la fiesta en duelo. Magno há sido la causa; vosotros lo habeis querido, y concluyo rogándoos que nunca me volvais á hablar de ese niño ni de sus padres, si quereis verme alegre y tranquilo.

Al acabar de expresar el anciano Mondragon sus balbucientes frases estaba encendido su rostro, trémula la voz y excitados sus nervios; los restantes, á excepcion de Magno, proseguian mirándole con ansiedad, pena, y hasta dolor; en cuanto á nuestro valiente capitan, permaneció con la cabeza inclinada sobre el pecho y como entregado á una idea que le absorbia por completo. De pronto hizo uso de la palabra, demostrando cansancio y fatiga.

—Siento, general,—exclamó,—no poderos obedecer; léjos de eso, como caballero leal é hidalgo, me habreis de dar algunas explicaciones que me son de todo punto indispensables.

—Hablad, amigo mio; jamás rehusé entrar en el terreno á que me envitais.

—Decidme, ¿quienés os acompañaban á los tres en los últimos momentos de Don Juan?

—Sólo el judío Neftalí. Pero yo os ruego, Magno, condeneis al olvido...

—Os repito que me es imposible; á vos, general, os suplico que contesteis á mis preguntas; á otro le arrancaria á estocadas, si preciso fuera, las respuestas que necesito.

—¡Ah! Comprendo. Ya no vacilo, Magno; os diré cuanto querais.

—Bien, muy bien.

Contestaron todos, rodeando al *Dragon* y al general para no perder movimiento ni frase.

Magno prosiguió:

—¿Quiénes tenían en ese campamento noticia del infortunado niño?

—Sólo el judío y yo.

—¿Qué señas eran las de ese hombre funesto?

—Alto, delgado, nariz aguileña, moreno, ojos negros y rasgados; no usaba pelo en la cara y representaria treinta años.

Cada frase de las que acababa de pronunciar Mondragon conmovieron hondamente á Magno. Al acabar aspiró la cantidad de aire que habia dejado de percibir en los anteriores segundos, volviendo á exclamar:

—Bien, general; creo que lo encontré yo algunos años después. ¿Su voz era un poco gangosa?..

—¡Sí!

—Continuad, Magno,—gritaron todos los presentes.

—¿Pelo negro, rapado?..

—¡Sí!

—Es el mismo; sólo que, al conocerle yo, se desfiguraba

con una barba larga, pobladísima y tan negra como el azabache.

—¿Dónde le vísteis?

—General, permitidme que sea yo solo el que pregunte ahora.

—Concedido. ¡Si Dios quisiera que ántes de morir!..

—Dejaos de lamentaciones, que me mata la impaciencia.

—Interrogadme.

—¿Cómo se llamaba la mora?

—Zaida Abenamar.

—¿Cuánto tiempo hace que dejásteis de verla?

—Veintiocho años. Procuré huir de su mirada porque destrozaba mi alma...

—¡Maldicion! ¿Qué fué de ella?

—Lo ignoro.

—¡Por no ver sus lágrimas, por no escuchar sus lamentos!.. ¡Cobarde!.. Perdonad, Mondragon: no supe lo que dije.

—Añadid lo que querais; vuestras frases no me ofenden, pero notad que participo de vuestro deseo, de vuestro interés, de la ansiedad que se retrata en vos.

—¿Tambien ignorais á dónde marchó, en qué paraje podrá hallársele?

—Hace vientiocho años, segun os dije, que ni áun oí hablar de ella.

—¿Qué suerte han sufrido los Abenamares en la expulsion morisca que está concluyendo de realizarse?

—Me consta que partieron á Gibraltar, donde aguardan buque que los lleve á Africa.

—¿No conoceis á nádie que pueda dar razon de Zaida?

—No.

—Ella y Neftalí tendrian criados, amigos...

—La mora estaba servida por mahometanos; Asam por dos judíos como él, sin que yo haya sabido nunca quiénes fuesen sus amigos.

—¿Qué orígen era el de Neftalí?

—Lo trajo Don Juan de Tánger; no sé más.

—¡Todo lo ignorais, maldicion! ¿A quién podria yo recurrir para que me diera más noticias?

—Sólo á mí confió el príncipe su secreto, el cual he ocultado hasta hoy.

—¡Reserva cruel, inhumana!

—Ella era mora.

—¡Ella era una mujer de corazon firme, de creencia arraigada, de voluntad segura, y merecia de parte de vos otra conducta. Anciano, si no conociera vuestra nobleza de alma, vuestros hechos honrosos, por tamaña torpeza os arrancaria el corazon!

—¡Magno, ved que destrozais mi alma!

—Con vuestro abandono quedó la infeliz sola, sin proteccion alguna en el mundo, deshonrada, y Dios sabe lo que habrá sufrido jóven, hermosa y sin un hombre á su lado que la defendiera, que la consolara, que la ayudase á buscar á su pobre hijo.

—¡Fatal noche; el *Dragon* de los mares me está haciendo más daño que causó á los turcos é ingleses en su larga y gloriosa carrera! Gracias, capitan; sois más cruel conmigo, que tanto os admiré y estimo, que con vuestros más feroces contrarios!

—¡Si salieran ciertas mis sospechas, mereciais!.. Nada, nada. Acaso os llegue á deber tanto, que no tenga oro ni sangre bastante para pagaros el bien que me hagais.

—Lo deseo, lo anhelo, creo que he de gozar más que vos. Si salieran ciertas vuestras sospechas, las mias, las de todos estos señores, ved la ansiedad que demuestran sus semblantes, el interés que se toman; si resultase, por fin, que el rey de los mares é invencible campeon, asombro y gloria de la generacion presente, Magno el *Dragon*, fuese Magno de Austria, entónces le daria yo con todo mi cariño mi fortuna, propiedades, títulos, y si la necesitaba, mi sangre toda, que eso y más merecia por lo que fué, por lo que ha sufrido, por lo que ha ganado. Yo le serviria...

—Basta, noble anciano, basta. Vuestro defecto lo consti-

tuye la excesiva bondad que abriga vuestra alma, lo impresionable de vuestro corazon. Voy á haceros la última pregunta. ¡Ay! Deseo y temo á la vez que me contesteis; vuestras palabras van á destruir la ilusion más halagüeña de mi vida, ó á proporcionarme una dicha y ventura por los que suspiro sin tregua ni descanso desde que tuve uso de razon. ¡Cuántos años, sinsabores y amarguras me cuesta el descubrimiento que creo realizar ahora; cuántas ilusiones deshechas; cuánta humillacion y vergüenza sufrí! ¡Por eso llenaron de mástiles y pedazos de casco todos los mares las bocas de mis cañones; por eso, ciego y convertido en verdadero dragon, maté turcos, ingleses, alemanes, moros y franceses, sin número, tregua ni descanso; me faltó un apellido, y cubrí el apodo con rios de sangre, cientos de cadáveres y un renombre que admiró el mundo y horrorizó á mis contrarios! ¡Ay, Venecia me debe cien glorias, miles de prisioneros sus vidas, multitud de desgraciados la fortuna que hoy tienen, y yo sólo debo á la suerte una existencia que me amarga y á la sociedad un desden que me asesina!

—La pregunta, Magno, la pregunta, que entre nosotros nada os falta para igualaros al mejor.

—Gracias; mas de los que piensan así sólo he contado el uno por millon. Sea lo que el cielo haya dispuesto. Decidme, general, ese niño que abandonaron la muerte de su padre, el afan de gloria del general Mondragon, y probablemente la infamia y maldad de un judío, raza deicida y miserable, ¿tenía alguna señal en su cuerpo, alguna marca por la que pudiérais reconocerle?

—Dejadme recordar... Ah, sí. Quitaos la ropilla; enseñadme la parte superior del brazo izquierdo.

—Deteneos; no fijeis vuestra mano en mis carnes, que harto daño me habeis hecho.

—Magno, que me devora la ansiedad, me mata el deseo.

—Morid aprisa, que á mí me basta con que vivais un minuto.

—¡Por el cielo!..

—Antes que vos debo saber yo quién soy. ¿Qué tenía ese niño en la parte superior del brazo izquierdo?

—Un lunar cubierto de vello negro y poblado.

—¿Completamente redondo?

—Sí; del diámetro de un real.

—Así empezó; pero luégo fué aumentando hasta cuadruplicar su tamaño.

—Y ahora ¿me enseñais ese brazo?

—Descubridlo, y concluya la fiesta con el acontecimiento de la época.

Dijeron todos, poniéndose de pié. En el mismo instante se presentó un paje en el comedor, exclamando:

—Un pliego urgentísimo para el capitan Magno.

—Sal,—gritaron vários,—y déjanos de cartas por ahora.

—Detente, paje,—añadió el *Dragon* con su acostumbrada calma.—Acércate. ¿Qué traes para mí?

—Este escrito, señor.

Y le presentó uno en bandeja de plata.

—Dámele. ¿Quién lo trajo?

—Un caballero de buen porte, y nos encargó que os lo entregáramos al instante, que urgia mucho.

—¿De parte de quién?

—No lo dijo, señor.

—Retírate.

Salió el sirviente, Magno prosiguió teniendo el papel en la mano y la mirada fija en los que le rodeaban.

—Bien, señores; permanezco sentado y todos vosotros de pié. No estamos mal así. Os hallais agitados, impacientes. Tranquilizaos, que nada ocurre contrario á vuestro deseo; imitad mi sosiego; al corazon se le domina con el poder de la inteligencia, con la fuerza de la voluntad. Si hubiérais sufrido en el mundo como yo, estariais acostumbrados á que vuestra débil materia no os impusiera nunca nada contrario á lo que dicta la razon.

Ninguno osó replicar; ahora miraban al *Dragon* confusos,

sorprendidos y sin acertar á desplegar sus labios ante el coloso que les hablaba ya como soberano.

Magno abrió el escrito y comenzó á leerlo con calma; pero de pronto se agolpó la sangre á su cabeza, comenzando á correr la mirada sobre aquellas líneas con asombrosa celeridad. Al concluir asomó á sus labios una sonrisa cási imperceptible, hizo un esfuerzo para dominarse por completo, y guardándose la carta, se puso en pié.

—Gracias, señor de Gonzaga,—exclamó,—por la atencion que tuvísteis conmigo sentándome á vuestra mesa. Gracias, señor de Mondragon, por la bondad con que accedísteis á mi deseo relatando los últimos momentos de Don Juan de Austria, la historia de su huérfano y los amores de aquella manceba mahometana. Gracias, señores todos, por el interés que os he merecido; quisiera permanecer más tiempo aquí, que á vuestro lado siempre sobra honra y faltan minutos; pero es el caso que me dan una cita urgente, y no puedo ni debo retrasarla un segundo.

—Imposible.

Gritó Mondragon.

—No saldreis.

Repitieron los diez y ocho restantes. El primero añadió:

—Ese brazo izquierdo, Magno, que pende de él mi vida.

—Va con el derecho y el resto de mi sér en busca de aquello que vos teníais.

—Deteneos.

—Mondragon, desde este momento empiezo á vengar á mi madre. A todos os estimo; pero, guay si alguno osa detener á Magno de... Ya sabreis lo que falta.

Y abriéndose paso por medio del círculo que le rodeaba, salió del comedor, luégo del palacio, dejándose la capa y la espada en el recibimiento. Iba de prisa; cruzó dos calles, y al llegar á la tercera se detuvo, alzó los brazos, murmurando:

—¡Gracias, Dios mio, gracias! ¡Nunca tarda, si la dicha es cierta; llegó después, pero llegó completa!

Y corrió como un niño, perdiéndose al poco tiempo en una de las calles más extraviadas y solitarias de Madrid.

Mondragon, Gonzaga y los otros le abrieron paso maquinalmente, viéndole partir, sin intentar oponerle la menor resistencia. Luégo se miraron unos á otros cada vez más confusos y perplejos.

Por último, Mondragon se atrevió á exclamar con completa seguridad de lo que decia:

—¿Lo vísteis, Gonzaga, y vos, Pacheco, y vosotros tres, Ruy Gomez, Silva y Alameda? La misma mirada que su padre; igual acento, idéntica resolucion; los aires de los mares, el sol de América, las fatigas y los trabajos han ennegrecido su cútis, pero no descompusieron las facciones iguales á las del autor de sus dias. Creo que tiene más talento aún, más sangre fria, más valor si cabe. Sí, estoy cierto; ese apellido que dejó por decir se llama Austria, y Magno es hijo del príncipe Don Juan y nieto del emperador Cárlos I. Si no me he equivocado, ¡ay del favorito! El primo de Felipe III vengará los desaires que le hizo Lerma, y nos vengará á todos. ¡Qué gentil y arrogante se nos presentó aquel niño tan tierno, tan bello y tan inocente! ¡Con qué placer besaba yo su fina y delicada epidermis! Es mi hijo, señores, mi hijo; su padre lo dispuso así, y yo juré cumplir su deseo. Corramos á su casa, amigos mios. ¿Qué haceis? ¿Me seguís?

—Todos, todos. Pero ¿á dónde le hallaremos?

—Yo no lo sé; mas esperémosle en su morada, tarde lo que quiera, y en cuanto nos enseñe el lunar, ayudadme á abrazarle, á felicitarlo. Será mi hijo, mi heredero, y el consuelo de mi vejez.

—Corramos, sí, corramos.

Y los diez y nueve se dirigieron en confuso tropel hácia la vivienda de Magno.

CAPITULO XVI.

El infierno con su pequeño Lucifer.—¡Ay de Magno!—La fatalidad con todos sus horrores y martirios.

Magno el *Dragon* habia leido en la carta que le entregaron en casa de Gonzaga:

«Mi muy querido y respetable amigo: Desde el palacio del »duque fuí á tu casa, no encontrándote, pero hallando en su »defecto á uno de los emisarios llegado de provincia, el cual »dice haber hecho un descubrimiento importante respecto de tu »orígen. Como me consta que nada te interesa en el mundo »tanto como las noticias que te trae ese enviado, te lo participo »para que en el momento que concluya el banquete vayas á la »calle del Almendro, núm. 10, donde te aguarda la más grata »de las sorpresas.=Tu verdadero amigo,=*Navor Pantoja.*»

Estaba tan bien imitada la letra de este escrito, que Magno no vaciló en creer que era auténtica, é hizo la fatalidad que se la entrasen en momento tan crítico, que el *Dragon* supuso haber descubierto uno de sus agentes la existencia y paradero de su madre. Tenía ya vários datos que confirmaban ser hijo de Don Juan de Austria, y desde este instante el noble mancebo no pensó en otra cosa que en hallar á la des-

consolada mahometana, á la que creia ver sola y sin amparo ni proteccion, corriendo de pueblo en pueblo en busca del hijo que le robaron meses después de darle á luz. Le dominaba tan por completo esta idea, que le era indiferente todo lo demás; por eso, á pesar de su gran talento y fina penetracion, creyó lo que deseaba, cerró los ojos de la razon, y en alas de un pensamiento el más sublime que concibió buen hijo, corria ahora desaforadamente hácia la calle del Almendro. Por el camino imaginaba palacios, trenes, esplendor, y cuanto puede abarcar el poderoso para su madre.

—Por cada lágrima que vertió,—se decia,—por cada legua que anduvo en mi busca, le he de proporcionar un goce, cien, mil; y si le parece poco, su hijo le conquistará un trono y ceñirán sus sienes corona real. ¡Madre mia, yo tan rico, tan poderoso, y tú acaso bañando el suelo con la sangre que verterán las plantas de tus piés, encallecidos tus párpados de tanto expeler lágrimas, flaca, extenuada por el hambre, la sed, el cansancio y la fatiga! ¡Maldicion! Tú corriendo en mi busca, y yo corriendo á tu encuentro sin hallarnos en tantos años.

Así discurria: no obstante el frio de la noche y la falta de abrigo, iba sudando, y de este modo se precipitó en el oscuro portal del número 10 de la solitaria, lóbrega y sinuosa calle del Almendro. Como iba ciego, nada pudo ver; en cambio sintió un golpe en la cabeza, la sangre bañó su rostro, y cayó sin sentido en el húmedo y nauseabundo zaguan de la casa. A la vez se cerró la puerta, la macilenta y lejana luz adquirió claridad, y cuatro hombres cayeron sobre él como el tigre sobre la víctima. En pocos instantes le pusieron grillos, esposas, mordaza, y como si esto fuese poco, rodearon su cuerpo con un férreo cinturon, del cual pendia gruesa cadena de hierro.

Practicaron esta operacion en ménos de cinco minutos, sin expresar otras frases que las siguientes:

—Que llega.

—Dale, Sergio.

—Es nuestro.

—La cadena, los grillos, la mordaza. Abreviad, ¡voto á cuatro mil legiones de demonios! Luz.

Luégo se oyeron várias carcajadas, que lanzó Jonás de Alaejo, el cual, con la luz en la mano, reconocia el rostro de Magno.

—Muy bien,—dijo,—invencible *Dragon*; el terror de los mares se convirtió en débil oveja que lame el suelo que la sostiene. Traed agua, lavad con ella la sangre que vierte la herida hecha en su cabeza, examinando á la vez si es ó no grave.

Sergio le obedeció, y ayudado después por sus dignos compañeros Isauro y Leonidas, reconoció detenidamente la cabeza de la víctima.

—Cesó la hemorragia,—exclamó,—empieza la inflamacion, y pronto volverá á la vida; pero tiene con el golpe que le dí para un mes.

—¿Le habrás muerto, canalla?

Le preguntó Jonás.

—No.

—¿Estás seguro?

—Ciertísimo.

—¿Por qué empleaste tanta fuerza?

—Estos marinos son de hierro, y temí las consecuencias de no quitarle la razon.

—Viene sin espada.

—Y sin abrigo.

—Dicen que tiene talento, y ya veis con qué facilidad cayó en la red; pero no perdamos tiempo; abrid la puerta, y miéntras yo vuelvo con el carro disponed los caballos y las provisiones, que vamos á partir inmediatamente.

Y salió Jonás, en tanto que los otros quedaron mirando el rostro del *Dragon*. De pronto preguntó Leonidas:

—Sergio, ¿por qué nos ocultaste que era Magno el *Dragon* l a víctimadesignada por tu amigo?

—Porque á vosotros sólo os importa obedecerme y cobrar.

—Es que de saber quién era, hubiéramos pedido cien ducados más.

—Con nada estais contentos. Os proporcioné el mejor negocio que hicísteis en la vida, y aún murmurais.

—El *Dragon* es poderoso, y de saber por nosotros lo que intentaban contra él, de seguro dobla la cantidad.

—Aún es tiempo,—añadió Isauro;—somos tres contra el amigo de Sergio, y en verdad que bastaba con la cuarta parte de uno.

—Cumplid vuestro compromiso,—dijo el *Estudiante*,—cobrad, y luégo reclamais lo que os parezca. Os advierto que mi amigo tiene poder de sobra para mandaros ahorcar.

—Como tambien te has callado eso...

—Todavía estamos á tiempo. Si hemos de andar luégo á estocadas, empecemos ahora; porque habeis de saber que yo no falto nunca á mis compromisos.

—Basta, Sergio; si tú quieres que el negocio concluya como se convino, adelante, que por mí no ha de quedar.

—Ni por mí tampoco.

—¿Veis? Empieza á moverse el *Dragon*. Abreviemos, ¡voto al demonio!

—Vamos.

Y los tres corrieron al patio de la casa, donde tenían cuatro caballos, sillas, morrales y abrigos. Los tres vestían idéntico traje, mandado hacer por Jonás; estaban aseados, usando barba postiza, como el secretario del duque.

Herido Magno, tendido sobre el húmedo y duro suelo del portal, y privado de la razon, continuó todavía algunos minutos víctima de la conmocion cerebral producida por el terrible golpe que le dieron.

Poco á poco fué recobrando la razon hasta quedar sentado. Miró en torno, pero una oscuridad completa invadia el espacio. En los primeros instantes no pudo explicarse nada de lo acontecido. Luégo exclamó:

—Mondragon, Gonzaga, la reunion de su casa, el lunar de mi brazo izquierdo... Ah, sí, todo lo recuerdo. No fué un

sueño, no; soy hijo de Don Juan de Austria, su heredero, y corria en busca de mi madre cuando me dieron un golpe... ¡Maldicion! ¡Caí en horrible emboscada! ¡La carta de Pantoja era fingida! ¡Mi noble amigo tenía razon: conspiraban contra mí, y he sido presa de la más inícua traicion! ¡Siento esposas en las manos, una cadena pende de mi cintura, y estoy sin duda en un calabozo! ¡Dios mio, Dios mio, en qué circunstancias de la vida me vencieron y sujetaron como á fiera! ¿Hay nada más grande ni plausible que un infeliz huérfano de toda su vida corra al encuentro de su pobre madre que, sola y abandonada, le busca sin tregua ni descanso? Si he pecado, ¿por qué castigarme cuando mi mal va de rechazo á la mujer deshonrada, perdida en ese mundo ingrato é indiferente? Si ella fué culpable tambien, ¿no purgó su falta en más de treinta años que lleva de horrible angustia y tormentos? ¡Matadme á mí, Dios mio, pulverizadme; pero permitid ántes á la pobre Zaida que estreche á su hijo, que muera abrazada á él! Me precipité; la alegría ofuscó mi razon, y el que siempre acertaba erró en la ocasion más crítica. ¡Con qué insensatez, con qué necio orgullo dejé á mis amigos, á los admiradores de mi padre, para entregarme cual cándido cordero á los sicarios del duque, á los miserables que desconocí, no obstante las advertencias de Navor, Mateotti y otros! ¡Yo romperé mis ligaduras! ¡Voy á deshacer el hierro!.. ¡Imposible! Conocen la fiereza del *Dragon*, y lo han sujetado con talento é inteligencia! ¡Si algun dia llego á verme libre, juro por Dios Santo que me oye, dar fin de todos, de todos! ¡Mi caridad será idéntica á la que ellos tienen con mi madre! No quiero la vida ya sin la venganza. ¡Esto que se hace conmigo no cuenta ejemplo en el mundo; ni los turcos, que tanto me odian y temen, serían tan inhumanos y crueles! La herida de mi cabeza debe ser grave; y puesto que estoy imposibilitado de atacar y de defenderme, aguardaré la ocasion, si es que me dan tiempo ó vida. Mi conducta, prisionero, herido y amarrado, no ha de parecerse en nada á la que tuve hasta ahora. Siento ruido; veamos si sé fingir.

Y se tendió como estaba anteriormente, aparentando no haber vuelto á la razon.

Se abrió efectivamente la puerta de la calle; desde el umbral silbó Jonás, presentándose Sergio con la luz.

—¿Está todo corriente?

Preguntó el secretario á su primer cómplice.

—Falta sólo montar á caballo.

—Muy bien. ¿Y el preso?

—Ya lo ves, sigue falto de razon.

—Temo que lo hayas muerto, canalla, y entónces me vas á privar de un placer...

—Está vivo; toca su mano, y lo verás; ántes que todo era asegurar el golpe.

—Bueno. Llama á tus compañeros, y al carro con él. Luégo lavad la sangre del suelo para que no quede señal alguna. Cierra la puerta, dejando la llave por fuera, y partamos.

El *Estudiante* le obedeció. Cuando iban á subir á los caballos, detuvo á los jinetes Alaejo, el cual, abriendo su tabardo, les dijo:

—Leonidas, Isauro, ¿veis este par de pistolas? Son iguales á las que lleva el carretero, y á la primera traicion, duda ó cosa parecida ireis al otro mundo. ¿Comprendeis?

—¿Por qué nos dices eso? ¿Hay motivo?..

—Os conozco bien, y me contraigo á demostraros que no hay otro remedio que el de ganar los ducados que yo ofrecí, ó perecer.

—Nosotros sólo hemos pensado en lo primero.

—Pues bien, á caballo, y ello dirá.

Nuestros lectores habrán comprendido que el malvado Jonás falsificó la letra de Pantoja para engañar á Magno. Hecho esto, reconoció una casa desalquilada de la calle del Almendro, encargando á Sergio que entretuviera al propietario dándole señal y conservando las llaves; pero realizando esto bien disfrazado y sin que el otro tuviera motivo para sospechar. La calle y vivienda elegidas eran muy á propósito para la ejecucion de su crímen por lo solitario de la una y lo aisla-

do de la otra. Conseguido aquello, esperó la ocasion que juzgaba hallar oportuna en el banquete dado por Gonzaga.

—Los vapores de las bebidas espirituosas,—se decia el malvado,—le trastornarán algo el cerebro, ayudando poderosamente á que vaya á la cita.

Aun cuando el secretario discurria bien, ya hemos visto que Lucifer se puso de su parte, y más que los licores contribuyeron á ofuscar á Magno el descubrimiento y noticias de Mondragon. La iniquidad que se hizo con él fué tan horrible cuanto que el miserable Jonás, inspirado por el diablo, previó todo lo conveniente para el buen éxito y la impunidad.

Hizo meter á Magno en un carro, cerrado al parecer con lonas; pero construido *ad hoc* era por dentro de madera, con puerta y una ventana arriba, por donde escasamente entraba el aire que podia necesitar el preso. En aquel calabozo movible lo arrojaron, sujetando la cadena á la argolla puesta en el interior del carro. Luégo cerraron la puerta, dejándole dentro un botijo con agua y un trozo de pan.

Inmediatamente dió Jonás la órden de partir, rompiendo la marcha en la forma siguiente: el primo y criado de aquél, disfrazado de carretero, guiaba un par de magníficas mulas que tiraban del vehículo; detrás iban Sergio, Leonidas, y en pos de éstos Alaejo é Isauro. De este modo se proponia el secretario que los cinco custodiaran al preso, vigilando á la vez él y el *Estudiante* á los dos bandidos que les acompañaban.

Roque arreó á los cuadrúpedos, éstos corrieron, dejando bien pronto á la espalda la coronada villa.

Jonás caminaba ahora apareciendo en su rostro una alegría febril, perturbada únicamente en algunos intervalos en que llegaba á él la idea de que pudiese morir Magno del golpe dado por Sergio. No se le ocurrió, sin embargo, disponer que se le aplicara bálsamo que le mitigara los dolores y le curase; queria que viviera para verlo sufrir, para atormentarlo, para prolongar su agonía, pero sin que durante tan crueles padecimientos se le prestara remedio alguno, ni nada que debiera proporcionarle el más leve consuelo.

—¡Qué contento estará ya el duque,—se decia,—pues es indudable que habrá leido las cuatro líneas que le mandé, y qué satisfecho va á quedar Altacima del acontecimiento que acabo de realizar! Poco me importan á mí, no obstante, el placer del uno ni el del otro; de todos me he de burlar, á todos me he de anteponer, y cuando Otilia me pertenezca reiré de la indiferencia del primero y de la sandez del segundo. Si el diablo sigue protegiéndome y continúo realizando los pensamientos que se agitan en mi cerebro, seré el más feliz de los hombres. Otros se afanan por brillar y que les adulen, por tener oro y gastarlo en necios festines, saraos y espléndidos trajes. Yo no quiero nada de eso; me basta con Otilia y con que no haya hombre alguno que no sucumba ante el poder de mi inteligencia; pero todo oculto, reservado, tenebroso, funesto y terrible. Los medios no hacen al caso cuando facilitan el logro; ya empecé, y no hay duda que estuve admirable, oportuno, previsor. Hé ahí tendido sobre la dura tabla de un carro, sujeto con cadena, grillos, esposas y mordaza al hombre más poderoso de cuantos conocí en la corte. ¿De qué le sirvieron su valor, riquezas é influencia? El *Dragon* de los mares, el hombre que aterraba dentro de su barco y hasta en tierra, hélo ahí vencido, humillado é inútil para lo que no sea sufrir. Y llevé á cabo hecho tan asombroso con sólo mi talento, porque esos tres miserables que me acompañan han sido simplemente feroces instrumentos, que, sin mi direccion, nada conseguirian.

Era cierto cuanto murmuraba Jonás en lo relativo á Magno; mas, por desgracia suya, no sabía todo el daño que le habia hecho, los críticos instantes en que detuvo su atrevida planta. El rey de los mares, el afortunado sér que desde aprendiz de pescador se habia ido poco á poco elevando hasta igualarse, y áun, podemos decir, sobreponerse, á los poderosos de la tierra, era efectivamente hijo del príncipe Don Juan de Austria, y la noticia de su orígen le engrandecia otro tanto, por lo ménos, de lo que ya estaba. Así es que su funesta prision y el misterio que debia envolver tal acontecimiento, le perjudicaban en más del doble de lo que creia el secretario.

Magno comprendia lo expuesto; pero, efecto de su grandeza de alma, de su claro ingenio, todo se le ocurria ménos entregarse á la desesperacion. Desde el primer instante dió por hecho que, de poder salvarse, era preciso olvidar por completo su valor, deshecho ó ligado con grillos y cadenas, para buscar en el campo de la sagacidad y de la inteligencia lo que le negarian el empleo de la fuerza bruta y cualquier otro medio análogo. Acostumbrado á sufrir y padecer desde que tuvo uso de razon; conociendo el mundo y estando expuesto muchas veces á ser víctima de la traicion y de la maldad, no le extrañaba lo que hacían con él, y hasta sería absoluta su resignacion sin el descubrimiento realizado dos horas ántes. La idea de que su madre pudiera vivir, de que fuese pobre, de que todavía continuara buscándole, sola, abandonada y sin recursos, le afligia, violentaba su espíritu, y hubiera trastornado aquel privilegiado cerebro á no llegar á él con oportunidad admirable la siguiente idea.

—He recorrido el mundo,—se dijo,—y gasté un tesoro en descubrir mi orígen sin haber logrado nada absolutamente: de pronto, cuando yo ménos lo esperaba y sin emplear un maravedí, sé de quién soy hijo, con todo lo demás que podia convenirme relativo á mis padres. Es, pues, indudable que el hombre tiene su destino, el cual paso á paso le conduce al fin. Eso me prueba que son inútiles los esfuerzos y afanes del torpe que se empeña en el logro de una cosa que le está negada por la Providencia. Si algun dia me hallo en libertad, buscaré á mi madre, pero sin esa viveza, energía é interés que empleé hasta ahora en la averiguacion de mi orígen. ¡Cuánto tiempo perdí; qué de oro, y cómo llegó á absorberme por completo! ¡No, el poder de Dios está sobre los hombres y las cosas, y el universo entero nada supone contra lo dispuesto por el Altísimo; cúmplase, en consecuencia, la voluntad del que todo lo puede!

Y quedó más tranquilo y sosegado.

Al amanecer llamó Jonás á Sergio, diciéndole:

—Da las riendas de tu caballo á Isauro; entras en el carro,

te encierras con el preso y le quitas la mordaza. Que beba agua si quiere, que coma pan, y le examinas en lo relativo á su estado, y, á ser posible, averigua qué piensa sobre el presente y porvenir. Con habilidad conduélete de su situacion, deplora el que algunos poderosos de la tierra se ensañen con él; no estará mal que le recuerdes los muchos enemigos que le crearon sus hechos de armas, y que el oro inglés, turco y aleman llega fácilmente á Madrid, con todo lo demás que te se ocurra sobre el terreno, en relacion á lo que conteste y convenga á nuestro intento.

—Comprendo, y me propongo llenar tu deseo.

—¿Entiendes tú algo de medicina?..

—Lo suficiente para conocer la gravedad de su herida.

—No eres tonto, Sergio; te necesito muy diestro, y, si cumples bien, habrás hecho tu suerte.

—Te pertenezco en cuerpo y alma, chico, y son inútiles advertencias ni ofrecimientos. Me propuse cambiar de vida, con tu apoyo y proteccion dejar de sufrir miseria y tanto sinsabor como me atormentaron hasta el presente. De modo es que si no hago alguna cosa ó me equivoco, será por efecto de mi torpeza, no porque me falten deseo y voluntad.

—Ha amanecido, y anhelo saber si la herida que hiciste á Magno podrá entorpecer ó no la realizacion de mi pensamiento. Marcha.

Sergio obedeció al secretario, detuvo el carro, y cuando estuvo dentro, mandó que continuara caminando.

Halló al *Dragon* recostado sobre las duras tablas, con aire suficiente en su reducido calabozo y la luz necesaria para poderle observar, entrando aquella por la ventana que habia en el techo del vehículo.

El *Estudiante* le quitó la mordaza, preguntándole con afabilidad:

—¿Cómo os hallais, caballero?

—Bien.

Le contestó nuestro marino, fijo en él con sus habituales calma y tranquilidad.

—Teneis una herida en la cabeza.

—Verdad es.

—¿Os molesta mucho?

—Bastante.

Sergio le pulsó en la sien derecha, añadiendo:

—Os encuentro con algo de fiebre.

—La cual me produce sed. ¿Quereis darme agua, si la hay en ese botijo?

—Sí, bebed; no os incomodeis, que yo os sostengo el cacharro.

—Gracias.

—¿Qué más deseais?

—La libertad, por la cual doy ochenta mil ducados.

—¡Diablo! Si estuviera en mi mano, os la concedia ahora mismo; pero no es posible que hayais hablado con formalidad.

—Os equivocais; entrego esa cantidad en Madrid ó en Venecia, en oro contante, al que me suelte, me ayude ó no á combatir á mis enemigos. Aun cuando sean diez, me basta con esa espada que llevais para dar fin de todos. Si acepta alguno, recibirá el dinero de mi mano, ó con una órden, que autorizaré gustoso, se lo entregarán en cualquiera de los dos puntos que he indicado.

—Ocurre una dificultad, y es que carezco de poder suficiente, hoy al ménos.

—Si os fuese dable más adelante, contad, no sólo con la suma, sino tambien con mi decidida proteccion.

—Aguardaré oportunidad, que ochenta mil ducados, ó sea la fortuna de un príncipe, merece sacrificios.

—Hay muchos medios de ganarlo; con avisar al embajador de Venecia dónde me hallo, sobraria para que éste participara al rey lo acontecido y corrieran en mi busca mil soldados. Si se deseaba más reserva, enterando al general Mondragon, al almirante Gonzaga ó al capitan Navor Pantoja, se lograria el objeto por medio de una sorpresa hábil y acertada.

—¡Ochenta mil ducados!

—Si os parece poco, añadiré algunos más.

—¡Más de ochenta mil ducados!

—Sí; para mí es poca cosa la suma que os ofrezco.

—¡Poco ochenta mil ducados!

—Cási nada para el hombre que trajo de América diez tesoros, y luégo supo arrancar á los ingleses y á los turcos otros tantos. ¿Sabeis quién soy?

—Magno el *Dragon*.

—¿No os dijeron la manera que tengo de recompensar al que me sirve?

—Oí atribuiros hechos fabulosos.

—Exactos. ¿Cómo os llamais?

—Sergio el *Estudiante*.

—¿Cuál es vuestra ocupacion?

—Hoy soy uno de los que guardan al preso Magno; pero, bajad la voz, si lo teneis á bien.

—Con mucho gusto. Antes, ¿qué haciais?

—Nada; jugaba cuanto tenía, y como mi espada es tan temible en el barrio, con ella imponia y sacaba.

—¡Ya! ¿Cuánto os dan por el honroso oficio que desempeñais ahora?

—Una futesa, doscientos ducados.

—Esos se los regalo yo á un mendigo. ¿A quién servís?

—A Jonás de Alaejo, secretario del señor duque de Lerma.

—Comprendo; me obligó un dia esa víbora á que le pisoteara en la calle, y se venga de este modo el cobarde, sin comprender que tarde ó temprano le costará la vida. ¿Quiénes más que vos me acompañan?

—Alaejo, armado con dos pistolas; su criado, que hace de carretero, lleva otras tantas, y dos amigos mios, hombres de valor y travesura indisputables.

—Si me soltáseis, morian los cuatro en cinco minutos.

—Si pudiera, ganaba en este momento los ochenta mil ducados.

—Bien; pensad en lo que os he dicho, buscad la ocasion, y sereis rico, poderoso.

—¿Me dais vuestra palabra de honor?..

—Juro por Dios Santo, que nos oye, entregar ochenta mil ducados, por lo ménos, al hombre á quien deba mi libertad. Si éste se tuviera que valer de algunos otros, aumentaria la suma.

—Os voy á dar un consejo, señor Magno: mostraos en adelante indiferente á todo; contestad con monosílabos á los que os pregunten, fingiendo más fiebre de la que teneis, más gravedad en la herida de la que realmente presenta.

—Lo haré.

—Cuanto más humilde, pequeño y dócil os presenteis, ménos os temerán.

—Pequeño ni débil no, indiferente sí.

—Rogad, suplicad...

—Eso nunca; quiero la vida porque el destino me impone desearla; daré por ella cuanto me pidan, pero jamás asomará el rubor á mi rostro impelido por accion baja ó humillante. Compro, no mendigo.

—Fingid al ménos, como os he dicho ántes, mucha dolencia, y acaso bastará.

—Acepto la careta de hipócrita que me ofreceis, por primera vez de mi vida; puesto que todos os cubrís con una igual, yo tambien haré uso de la mia.

—¿Quereis comer un poco de pan?

—No tengo hambre; mas áun cuando me molestase, me lo impediria la calentura que me abrasa y el dolor que me atormenta.

—Muy bien, eso es. Os vuelvo á poner la mordaza.

—¿Para qué?

—De este modo entraré á menudo á daros agua.

—No sois tonto, Sergio.

—Fuí estudiante de Alcalá; luégo conocí el mundo en revuelto turbion, y hoy detienen mis pasos, inseguros y vacilantes no há mucho, una muralla de oro.

—Creo que llegareis á rico.

—Basta por ahora; tapo vuestra boca, y hasta luégo.

El *Estudiante* salió del carro, volviendo á dejarlo cerrado. Lo primero que buscó su mirada fué la antipática figura de Jonás, cuyo caballo vió que marchaba junto á la rueda derecha del vehículo.

—No ha podido oirnos,—se dijo;—el ruido del carro apagó nuestras frases pronunciadas á media voz; el maldito es una culebra sin cascabel.

Con naturalidad fingida y algo de arrogancia montó nuevamente á caballo, poniéndose al lado de Jonás.

El sol extendia ya sus rayos sobre los llanos de la Mancha, prestando toda la claridad que necesitaba el secretario para fijar su investigadora mirada en el *Estudiante.*

—Quedémonos atrás,—le dijo, sospechando de él,—y hablemos.

—Muy bien.

Le contestó Sergio con su anterior naturalidad.

—Amigo mio,—añadió Jonás montando una pistola,—con la bala que hay en este cañon se puede matar lo mismo á Leonidas é Isauro que á Sergio.

—¿Por qué me dices eso, Jonás?

—He oido vuestra conversacion.

—Me alegro mucho; de ese modo excuso decirte que cumplí lealmente tu encargo.

Alaejo fijó otra mirada más penetrante en su digno compañero, pero hubo de retirarla entre dudas y vacilaciones. Después añadió:

—Oí clara la frase ducados, Sergio.

—Ya lo creo; al quitarle la mordaza exclamó el preso: Si tuviera oro, os regalaba ochenta mil ducados por el favor que concluís de hacerme; pero como nada poseo en este calabozo movible, os ofrezco mi gratitud.

—Y tú, tan bondadoso y humano, le habrás dejado libre la boca.

—Queda en la misma situacion que lo hallé.

—Siendo así...

—Puedes verlo; toma la llave.

El secretario la cogió, guardándosela con las de los candados que tenían los grillos y cadenas de Magno. Acto contínuo desmontó la pistola, y colocándola en el cinto, prosiguió:

—Refiéreme, sin suprimir nada, cuanto has hablado con mi prisionero, y ten en cuenta que te espera á mi lado un porvenir risueño ó doce adarmes de plomo; lo dejo á tu eleccion.

—Jonás, me he vendido á tí, y puedes contar conmigo si olvidas esa desconfianza insultante y necia; de lo contrario, puesto que el hecho se realizó, págame, y negocio concluido.

—Quiero que continúes y que jamás te separes de mí, pero deseo que tu lealtad corresponda á mi esplendidez é interés por tí. Sentado esto, habla.

Sergio exclamó para sí:

—Mintió como yo creia; era imposible que nos oyese.

Y añadió fuerte:

—Magno sufre una fiebre que le consume; la herida adquirió inflamacion mayor de lo que yo suponia, y la verdad es que lo encuentro enfermo, débil y con el cerebro algo descompuesto. Como el golpe lo recibió en la cabeza, es natural esa perturbacion.

—Lo temia. ¿Por qué le diste con tal fuerza?

—Tanto me hablaste de su valor, arrojo y temeridad, que no vacilé en apretar mucho para lograr el objeto. Lo primero es, me repetiste várias veces, asegurar la presa.

—Bien. ¿Crees que morirá?

—Te he dicho que no, caso que no se le abandone.

—¿Qué conviene hacer?

—Darle algun alimento; el caldo ó la sustancia de arroz bastaria.

—¿Qué más?

—Si su naturaleza es buena, hay suficiente con lo expuesto.

—¿Qué hablásteis?

—Le pregunté cómo se hallaba, y me contestó que mal. Y no mentia. Me ocupé del presente, y se encogió de hombros; le indiqué algo sobre el porvenir, y, después de mirarme con desconfianza, movió la cabeza con disgusto. Insté, rogándole

hasta concluir con amenazas, que él oyó asomando el desprecio á su descolorida faz.

—Ese es Magno. ¿Por qué no le ofreciste la libertad si la pagaba bien?

—No me facultastes para ello, y me abstuve de hacerlo. Y esa pregunta ¿á qué conduce?

—Ya te lo diré más adelante.

—¿Qué detencion es esta?

—¿No lo ves? Van á cambiar las mulas por ese par de magníficos caballos.

—¡Ah! ¿Estaban dispuestos?

—Sergio, no me conoces bien, ni te es dado penetrar lo que soy, por cuenta de quién obro, ni el poder con que cuento.

—Me lo figuro, Jonás.

—Delante de nosotros vigilan el carro autoridades y soldados; detrás van cuadrilleros, y á los costados hombres que valen mucho. Basta con que dispare una pistola para que acuda gente sin cuento.

—No creí yo que el asunto tenía tanta importancia.

—Pues te has equivocado.

—Como lo primero que encargaste fué la reserva, y se deduce de tus últimas frases que lo saben cientos de séres...

—Necio, los hombres que esperan la señal mia para caer sobre vosotros sólo recibieron la órden de obedecerme. Las explicaciones comprometidas se ocultan siempre por el que manda.

—Ya; no te extrañe mi torpeza: en esto de intrigas, como no anduve entre ellas jamás, las desconozco.

—Pues es preciso que te adiestres.

—Con unas cuantas lecciones tuyas tendré lo suficiente.

—Ponte al lado de Leonidas, y mándame á Isauro.

—¿Como anteriormente?

—Sí.

Y el secretario fué obedecido, continuando el carro con velocidad por el camino de la Mancha.

Dos horas después se acercó Sergio á Alaejo, diciéndole:

—Jonás, si hemos de continuar así mucho tiempo, es preciso comer y dormir.

—Ocupa tu puesto, que yo dispondré lo necesario.

—Es que mis amigos...

—En los morrales llevais viandas, y si el sueño llega á vosotros, dormid á caballo.

—¡Vaya una comodidad!

—Es preciso que ganeis los...

—Basta, hombre; yo soy tan fuerte como tú por lo ménos. Y al preso ¿qué le damos? Pan no debe comer.

—Saca el botijo, tira el agua, y en el primer meson que encontremos se lo llenas de caldo ó de sustancia. Nosotros seguiremos andando; procura detenerte lo ménos posible, pues te advierto que peligra tu vida quedando atrás.

Una hora después gritaba Alaejo:

—Deteneos todos.

Cuando fué obedecido, añadió:

—Sergio, ¿llenaste el botijo?

—Sí.

—¿De qué?

—De agua de arroz.

—Toma la llave, abre el carro, y déjaselo al preso, quitándole la mordaza; todo á presencia mia. Despacha.

El *Estudiante* le obedeció, diciendo á Magno de modo que sólo éste pudiera oirlo:

—Tened paciencia, que aún no es tiempo.

Cerró luégo el carro, y quedándose algo atrás con Alaejo, le alargó la llave, exclamando:

—Toma, y si continúas con esa duda ofensiva, no extrañes que te abandone.

—Sergio, hombres como tú cobran y obedecen. Desear otra cosa es perder lo que se tiene. Más adelante, cuando mi confianza sea absoluta y obre sólo por cuenta propia, entónces me portaré de otra manera.

Y sin darle tiempo para que le respondiera, gritó:

—Roque, obliga á esos caballos; cuenta que hasta llegar

adonde vamos no encontrareis cama ni otras viandas que las que cada uno lleve en su morral.

Los cuatro que le oian movieron la cabeza con disgusto; pero estaban ya á veinte leguas de Madrid, ninguno habia cobrado por completo, y tuvieron que resignarse á obedecerle. Más tarde hicieron algunas reflexiones Isauro y Leonidas á Jonás, pero fueron inútiles, y el carro continuó sin detenerse otro tiempo que el indispensable para cambiar de caballos.

De este modo, y dejando atrás cada tres cuartos de hora una legua, siguieron dia y noche, alegre y satisfecho Jonás, mal humorados y soñolientos los restantes. La segunda noche durmieron largos ratos á caballo, á excepcion de Roque, que lo hacía sentado en un pedazo de madera que le habian puesto en la delantera como los que se ven en nuestras modernas tartanas. El que tenía necesidad de detenerse para algo, quedaba atrás con la recomendacion de que abreviara si no deseaba caer en poder de los cuadrilleros.

Magno comprendió desde el primer instante que Sergio era un mercenario capaz de venderse al que le diera más: la movilidad de sus ojos, lo demacrado del rostro, en el cual se retrataban el vicio y la corrupcion, y algunas otras observaciones hechas por nuestro inteligente marino, le demostraron toda la volubilidad de que era susceptible el *Estudiante*, y ya hemos oido las frases de que se valió para ganarlo y fundar en él su primera esperanza de salvacion. Nada se oscurecia á su claro ingenio; desde que oyó hablar á Jonás en el portal de la calle del Almendro supuso con razon que el duque de Lerma habia inspirado la venganza de que era víctima, y que su secretario, por odio y venganza tambien, habia aceptado el papel de verdugo que con tan admirable acierto estaba desempeñando. Ahora comprendia cuán justos eran los temores de Melenik, Mateotti, Pantoja y restantes amigos; deploraba su indiferencia, y se condolia del pesar y tormento que les estaba causando con su desaparicion.

Recostado sobre aquella dura superficie, con fiebre y la cabeza bastante dolorida, se movia de contínuo, dando seña-

les incesantes del desasosiego y malestar que violentaba su sér. De pronto se sentó, exclamando:

—Basta ya de sufrir más de lo que me impone mi destino: no me son extraños los sinsabores de la vida, los trabajos ni nada de cuanto me rodea, á excepcion de la falta de libertad. Igual á este lecho era el que me ofrecia mi lancha en las costas del Brasil; me brindan con pan y agua, y allí carecí muchos dias del primero; tengo una herida, y es acaso la más leve de las veinte que recibí en los mares y en la tierra. Hice mi testamento; Oton cumplirá lo ofrecido, y áun cuando la idea de lo que sufrirán Otilia, mi madre y otros me atormenta en extremo, mi conciencia se halla tranquila, y debo en consecuencia desechar las penas que en vano intentan humedecer mis ojos. ¡Ay, olvidemos, sí, olvidemos; para los dichosos es un bien recordar, para los infortunados como yo es terrible! ¡Yo, hijo de Don Juan de Austria, del héroe cuyos hechos tanto he admirado! ¡Yo con un apellido de emperadores! ¡Yo con sangre real en mis venas!.. ¡Qué ingrata suerte; qué destino tan feroz! Al llegar por primera vez á los umbrales de la dicha se lanza sobre mí la potente y horrible diestra del signo, y en qué situacion me coloca! ¡Maldicion! Deseo la muerte; este mundo no es un valle de lágrimas, es un lodazal donde nada el desgraciado de escollo en escollo, de peña en peña, siempre atormentado y hundido! Deseo la muerte, sí, porque si llego á estar en libertad, si logro volver á Madrid, desde el duque hasta el último de los que han tomado parte en tan miserable intriga, todos perecerán, y si no me bastase, daré fin de sus hijos y hasta de sus nietos: *ojo por ojo, diente por diente.* Mi generosidad acabó siempre donde empieza la traicion, la alevosía y la maldad; lo he jurado, ratifico mi juramento, y ay de ellos si Magno logra respirar sin cadenas ese ambiente dulce y apacible de los campos; si puedo ver al aire libre ese sol radiante y halagüeño; si puedo contemplar las aguas diáfanas y cristalinas; si puedo correr sobre un caballo en competencia con el viento; si me es dado pronunciar algun dia la frase: estoy libre. ¡Me tratan como al leon; ay de

ellos si mis garras se alzan en España! ¿Mas á qué entregarme á estos pensamientos; por qué sufrir tanto? Cierro el cuadro de mi vida, y comienzo otro nuevo con colores ménos sombríos. Veamos si es posible beber agua teniendo las manos sujetas con esposas. Sí, fácil es. La fiebre enciende mi sangre, y con su calor seca el paladar. Me dan sustancia de arroz; bien, los ochenta mil ducados empiezan ya á producir buen efecto. Ahora apoyo mi espalda en este palo, y á dormir. Peor que yo están otros, y, como todo es relativo en la vida, me es dado hasta juzgarme feliz. Sí, soy dichoso. Otilia, madre mia, ¡ay!

Poco después fué presa de un sueño largo pero intranquilo.

El carro continuaba rodando sin tregua ni descanso; los jinetes trotaban unas veces y galopaban otras, y Jonás sonreia á menudo, como pudiera hacerlo Lucifer viendo á sus plantas la víctima inmolada por su maldad y furor.

CAPITULO XVII.

Accidente preparado.—El compañero de Leonidas é Isauro.—Tiembla Sergio.—La torre de Altacima.

A las cincuenta horas de camino atravesaron Jonás, el carro y los guardas por la ronda de la ciudad de Albacete. A tiro de arcabuz de la poblacion cambiaron todos de caballos y continuaron marchando por el camino de Alicante. Así prosiguieron hasta la tercera noche, que les detuvo una voz, diciendo:

—Alto.

En el mismo instante apareció una luz, y reconociendo el sitio Jonás, exclamó:

—Seguid vosotros, que yo me entenderé con ese hombre.

Y echando pié á tierra, se le acercó un embozado, con el cual habló cinco minutos. Luégo montó, comenzando á correr hasta incorporarse con su gente.

Toda la noche prosiguieron sin incidente alguno que merezca relatarse. Se hallaban á dos leguas de Alicante y apareció en el horizonte el primer crepúsculo matutino. Tenían de frente el camino de la capital y á la derecha otro más estrecho y de peores condiciones. Al llegar á la encrucijada vieron levantarse de pronto vários bultos, y un minuto despues, á la

voz de «alto y fuego al que huya», contemplaron veinte mosquetes dirigidos á sus pechos. Ninguno osó avanzar un paso más ni expresar frase alguna; cuatro que no tenían armas se dirigieron á Isauro, diciéndole:

—¡Te conocemos, Juan Lopez, fugado de galeras, miserable bandido!

Y lo derribaron del caballo, atándolo codo con codo después de desarmarle.

A la vez se aproximaron otros cuatro á Leonidas, exclamando:

—Tú, Leandro Fuster, asesino y malvado, ven con nosotros.

É hicieron lo mismo que con su compañero.

Más tarde añadió el que parecia jefe:

—Ese carro por el camino de la derecha. Adelante. Vosotros haceis fuego á los dos presos si intentan escaparse, ó les taladrais el cráneo si hablan. En marcha.

Dos minutos después volvió la cabeza Sergio, y no viendo á nádie, preguntó á Jonás, que iba delante de él:

—Alaejo, ¿qué ha sucedido?

—Ya lo has visto.

—No nos siguen.

—Claro está.

—¿Quiénes eran esos hombres?

—Treinta cuadrilleros.

—¿A quién obedecen?

—A mí.

—¡Ah! ¿Qué van á hacer con Leonidas é Isauro?

—Como ya no nos hacen falta, los inutilizo para que no hablen.

—¿De qué modo?

—Mandándolos al archipiélago filipino.

—¿Les pagastes?

—Dí ese encargo al generoso jefe de la galera en que van á Manila.

—Todo lo comprendo,—exclamó Sergio palideciendo;—

me hace temblar tu poder, me asusta el modo que tienes de despachar al que te estorba.

—Estudia la leccion y no la olvides, Sergio.

—¿Conque van á Filipinas?

—Y es lo peor que morirán si intentan huir, ó les desharán el cráneo si hablan.

—¡Infelices, qué suerte les espera!

—La compasion suele ser funesta en ocasiones dadas.

—Adelante, Jonás, y que se hunda el mundo, que yo nada temo.

—Pues há poco estabas descolorido.

—La sorpresa y tu actitud pasiva me aturdieron; mas ya me he repuesto, y estoy en disposicion de hacer lo que quieras.

—Segun eso, ¿los juzgas bien presos?

—Perfectamente.

—¿No van mal, atados y blandiendo la segur sobre sus cabezas?

—Me parece conveniente.

—¿Ni yendo á Manila?

—Claro está.

—¿Remando?

—Ese ejercicio abre el apetito.

—¿Y sin un cuarto?

—¿Para qué quieren el dinero?

—Ahora me complace oirte.

—Si te has propuesto que no tenga corazon, lo conseguirás.

—Me importa poco; quiero que mi voluntad sea la tuya.

—Ya lo conseguiste. ¿Me darás á mí los quinientos ducados?

—No; doscientos, rebajando lo que adelanté en dinero y trajes, por ahora; después veremos.

—¿A dónde vamos?

—A una torre elevada y segura.

—¿Dista mucho?

—Llegaremos con este último tiro de caballos.

—¿Es expuesto el camino?

—Lo ignoro; pero con cuatro pistolas y dos espadas ¿quién teme á bandidos?

—No se ve alma viviente, casa ni choza.

—Cierto, siendo lo peor que hasta llegar á la torre nos sucederá lo propio.

Sergio meditó un poco, exclamando de pronto:

—Por lo que pueda ocurrir, di á tu criado que me dé sus armas de fuego.

—¿Para qué?

—¡Brava pregunta! Para hacer frente á los ladrones, si nos salen.

—Ese pobre carretero sirvió en caballería, las maneja mejor que tú y no es cobarde.

El *Estudiante* bajó la cabeza con sentimiento; habia concebido la idea de salvar á Magno en el desierto por que atravesaban, pero se halló de frente con el talento de Jonás, y tuvo que desistir por entónces de realizar su constante pensamiento.

Dos horas después decia Alaejo:

—Parece que vamos por la Arabia; allí se alza una palmera, á la espalda dejamos otra, á la izquierda se distingue el mar tranquilo y solitario, y el camino que atravesamos se ha hecho él solo. Delicioso país, Sergio.

—Es árido, efectivamente, y nota que ni áun pájaros se ven.

—En llegando á la altura aquella que tenemos de frente cambiará por completo la decoracion.

—¿En qué te fundas?

—En lo que llevamos andado y en la distancia á que debemos estar de la torre.

Continuaron otras dos horas, distinguiendo por fin un dilatado bosque, y al extremo, sobre una roca, á la orilla del mar, vieron elevarse la torre de Altacima, que era un semicastillo feudal. El terreno que pisaban, como todo cuanto alcanzaba la mirada, era del marqués, y no habia más edificios

que su torre y cinco cabañas de los guardas que vivian en los extremos del bosque.

Sergio oyó el sonido lejano de una bocina, preguntando á Jonás:

—¿Has escuchado?

—Sí.

—Es un aviso.

—Nos esperan, y hé ahí la razon.

—¿Termina nuestro viaje en ese castillo?

—Sí.

—Gracias al diablo.

Poco después vieron dirigirse hácia ellos un jinete á escape tendido. Era el marqués de Altacima, el cual exclamó al llegar:

—El carro, y dentro ese maldito *Dragon*. ¡Bravo, Jonás! El teatro está dispuesto y los espectadores esperando. No me alargueis la mano; hé aquí mis brazos: apretad. Bien, muy bien, Alaejo. ¿Quién es ese hombre?

—Un antiguo compañero de aula que he tomado á mi servicio por una época larga.

—¿Os merece entera confianza?

—A nádie concedo yo esa gracia; pero al que se tuerce lo enderezo con una bala, la punta de mi puñal ó unos polvos que he comprado, remedio infalible. ¿Es cierto, Sergio?

—Seré siempre tu amigo y servidor, Jonás.

—No es cobarde, obedecerá bien, ganando de este modo nuestros doblones y estimacion. ¿Mandásteis retirar?..

—Todos mis servidores están á la parte opuesta, con la excepcion de otro Sergio que nos espera sobre el puente.

Y ordenaron al *Estudiante* que se quedara atrás, y ellos continuaron hablando en voz baja.

Así atravesaron la parte de bosque que les faltaba, el puente del castillo, hasta entrar en el primer piso. Allí echaron pié á tierra, dejando sueltos los caballos.

—Jacinto,—exclamó el marqués,—ayudado por ese hombre, lleva al preso donde debe quedar, y vos, Jonás, seguidme.

El último dió dos llaves á Sergio, y cogido al brazo del marqués, atravesaron várias habitaciones hasta llegar á una cuyo muro exterior estaba formado por las rocas que bañaban el mar; en él existia una ventana alta con gruesas barras de hierro que daban al Mediterráneo y un balcon enfrente que abrió el marqués, diciendo á Alaejo:

—Sentaos en ese sillon, y mirad de frente.

—Veo,—dijo Jonás,—un hueco en forma de balcon, y detrás una bóveda oscura, lóbrega y sombría.

—Seguid con la vista fija, que pronto distinguireis algo más.

Y quedaron los dos dirigiendo la vista al fondo de la mencionada bóveda.

Poco después oyeron crujir una cerradura, luégo la puerta que giraba sobre sus goznes, dando entrada primero á los rayos de una linterna y más tarde á Magno, pálido, delgado y como abatido. Iban detrás Sergio sujetando el extremo de la cadena y Jacinto llevando la luz. El segundo fijó la cadena á la argolla que vió salir de entre las rocas. Seguidamente le quitó las esposas, y por órden del marqués salieron ámbos, dejando la puerta cerrada y al preso solo en su horrible mazmorra. Era ésta un semicírculo que formaba la entraña del monte, con la consiguiente desigualdad en su piso y techo. No concedieron al infeliz prisionero ni un poco de paja donde pudiera recostarse, descansando su cuerpo sobre los extremos de las breñas. La bóveda aquella tendria una circunferencia de veinte varas, y su suelo se hallaba á quince palmos más bajo que el nivel del mar y á diez y nueve del sitio en que estaban Alaejo y el marqués. Cerrado el balcon en que permanecian los dos malvados, no recibia luz alguna el calabozo ni otro aire que el que pudiera entrar por dos pequeñas aberturas practicadas en la puerta de hierro.

—¿Pero qué, Jonás,—preguntó el marqués,—es este el hombre tan temido en los mares, tan bárbaro en tierra?

—Sí, amigo mio,—le contestó Alaejo;—el *Dragon* aquel os lo entrego convertido en reptil. Ved cómo se arrastra

sobre la alfombra de ese espléndido salon; cómo besa el suelo, y lame el sitio donde se fijó un dia la planta de su señor el marqués de Altacima.

—No lo distingo bien, y la funcion merece una luz. La linterna.

Gritó aquél, se la llevó Jacinto, y á su resplandor contempló á Magno tendido sobre los picos de las rocas, vuelto de espalda hácia ellos. Jonás añadió:

—Desde aquí podeis echar á ese perro el pan y comida que no quieran los mastines de vuestro castillo.

—Cierto; después que mis lebreles lo hayan lamido y llenado de baba, se lo arrojaré á ese mónstruo que rehuye por temor nuestra mirada.

—El rapto de Otilia, tan hábil como atrevido, termina aquí; el principio fué dramático, pero la conclusion la preveo trágica.

—Dime, maton de turcos, más bruto que ellos, ¿qué se hicieron tú valor y talento? El salvaje osó amenazarme un dia sin comprender lo que le esperaba.

—Lo mismo intentó conmigo, y ya está sufriendo las consecuencias.

—Mentís los dos,—contestó Magno sin moverse, pero con voz entera y varonil;—al uno le humedecí el rostro, al otro lo pisoteé como á miserable reptil.

—Já, já, já. ¿Y ahora?

—Ahora permite el cielo que purgue mis faltas en la tierra, y me resigno, aplaudiendo su mucha bondad. ¡Ay de vosotros el dia que empiece la expiacion de las vuestras!

—Já, já, já. Sigue hablando, venturoso raptor de Otilia, que nos divierten tus frases. ¿Enmudeces de nuevo? Bien; nos recordaste á tiempo lo de la saliva y puntapiés, y ya irás probando el fruto que produce aquella simiente.

—Por fortuna es jóven, y aún puede vivir cuarenta ó más años, gozando en ese opulento alcázar que le conquistaron su valor y talento.

—No habrá en lo sucesivo expósito más dichoso ni feliz

que este salvaje; escondido debajo del mar, cuyo elemento parece serle propio, oirá de dia y de noche el bramar de las olas, el rugir de la tormenta, teniendo por compañera la noche, por amigos el hierro, las breñas, y por entretenimiento agradable nuestras visitas.

—Já, já, já.

—Já, já, já.

—¡Qué divertido va á estar!

—¡Qué delicioso porvenir!

—¡Qué admirable presente!

—Cuánto ha de gozar sentado al lado de Otilia, mirando su hermosura peregrina, sus hechizos de ángel, oyendo su voz seráfica. Reclinará su ilustre frente sobre el pecho de la encantadora beldad; le contará sus amores, juzgando haber encontrado el paraíso terrenal de que nos habla la fábula.

—La vida humana,—exclamó Jonás filosóficamente,—es una rueda, la cual muchas veces forma círculo completo, y hé ahí, mi querido marqués, la prueba evidente: ese miserable, hijo de algun moro ó judío, arrojado como un perro en las costas de América, empezó la vida ejerciendo el honroso oficio de marinero, para concluir gozando en este encantador palacio las venturas á que le hicieron acreedor sus hechos salvajes en los mares y en el suelo.

Renunciamos á continuar relatando los insultos, befa, escarnio, apóstrofes y dicterios que en forma de lluvia lanzaron á Magno los descorazonados Alaejo y Altacima. No obstante el cansancio y fatiga del primero, ocuparon cerca de dos horas en el fatal balcon, recreando la vista y la inteligencia con la figura y situacion de nuestro infortunado marino. Luégo cerraron los maderos de aquel hueco, dejando completamente á oscuras la horrible mazmorra. Magno entónces buscó con el tacto un pedacito de terreno que estaba plano, y se sentó en él, apoyando la espalda en la roca. En esta postura, con los brazos cruzados y la cabeza inclinada, dió rienda suelta á un llanto que explicaba claramente el martirio á que se veia condenado. Su corazon era fuerte, su materia de hierro;

pero todo empezaba á ceder ante los rudos y tremendos golpes del destino.

A las cuatro de la tarde volvió á abrirse el balcon, apareciendo en él nuevamente Jonás y el marqués. Sentados en mullidos sillones, comenzaron á echarle migajas de pan y trozos de carne y berzas desechadas por los perros del castillo. Con cada pedazo le dirigian un dicterio, sin que el *Dragon* contestase á nada ni abandonara la postura en que le hemos visto ántes. Cuando concluyeron de escarnecerle, sacaron un papel, y en forma de sentencia le leyeron cuatro artículos: por el primero le condenaban durante su vida al encierro, cadena y grillos que tenía; por el segundo, á sufrir una hora de recreo: así llamaban á los insultos que le hacían diariamente Jonás y Altacima, y cuando éstos no estuvieran, los criados del marqués; por el tercero le suprimian la comida de cada dos dias uno, y por el cuarto, lo mismo, en lo relativo al agua. De modo es que el lunes le arrojaban las sobras de los perros, el martes le daban agua sola, y así debia continuar comiendo uno, bebiendo otro, sin permitirle que hiciera ámbas á la vez.

No era posible ménos humanidad, más odio, rencor y saña: ante aquella figura pálida, demacrada, triste, simpática, gozaban y reian los malvados; en sus tormentos encontraban ellos el placer y la delicia, sin que un instante les inspirara compasion ó lástima el hombre más noble y generoso que habian conocido, el mártir que se les presentaba con abnegacion y humildad pasmosas. Desde la fiereza del más atrevido guerrero descendió Magno á la infelicidad de un mísero cautivo que no osaba ni alzar la frente cuando le dirigian la palabra. Solo otra vez, pensó suicidarse formando un cordel con la camisa, é iba á realizarlo, cuando una idea religiosa le contuvo, obligándole á exclamar:

—No puedo, no debo limitar las facultades de la Providencia; suya es la vida que me otorgó, y no me es dado destruirla. Felizmente se le acaba por momentos el aceite á la luz de mi existencia, y pronto se apagará con aplauso mio. ¡Oh, mis verdugos son más crueles que Neron, más inhumanos que

Galbo! ¿Qué ruido es ese? Ah, sí; las olas del mar que se estrellan sobre las rocas que forman hoy mi calabozo. Silba el huracan, se embravece el Mediterráneo, temblarán los marinos, en tanto que yo suspiro por no hallarme entre aquellos montes de agua, tormentas y aquilones. Nada pudierón inventar mis enemigos más cruel y horrible que la mazmorra y vida á que me condenaron. ¡Si yo pudiera suicidarme! ¡Imposible; me lo prohibe el cielo, y me inclino ante uno de mis más sagrados deberes! ¡Noche perpétua, noche lóbrega, oscura, solitaria y tormentosa! ¿Por qué desgracia conoceria mi padre á la mora Zaida, y por qué ésta me lanzaria á un mundo tan fatal para mí como el martirio perpétuo? ¡Por faltas que haya cometido en mi vida, bastaban, en mi concepto, treinta dias de esta horrorosa prision para purificarme! Cúmplase la voluntad de Dios; llegaré adonde pueda, y si las fuerzas se me acaban, nádie me culpará ni seré responsable de las consecuencias.

Altacima y Jonás celebraron la llegada del último y su triunfo completo en orgía donde nada hubiera echado de ménos el hombre más vicioso, corrompido y depravado. Ébrios y hastiados de manjares y goces, se retiraron á sus respectivos lechos, en los que pasaron la noche más aletargados que dormidos.

A la mañana siguiente montaron á caballo, y el uno fué enseñando al otro su posesion. Almorzaron fuera del castillo, volviendo á las tres de la tarde. Antes de ponerse á comer mandaron llamar á Sergio y á Jacinto, que eran los encargados del preso, preguntando el marqués al segundo:

—¿Qué ha acontecido durante nuestra ausencia?

—Nada, señor.

—¿Qué entraste al preso?

—Un jarro con agua, que apuró en el momento de verla cerca de él.

—¿Os preguntó algo?

—No, señor.

—¿Qué le dijísteis?

—Ni una sola frase le dirigimos.

—¿Sospecha alguno de mis criados ó dependientes lo que ocurre?

—Nada les oí, ni se cuidan de otra cosa que de hacer su vida anterior.

—¿Sigue Magno decaido?

A esta pregunta se adelantó Sergio, contestando:

—Señor marqués, yo entiendo algo de medicina, y, por lo que pueda importaros, debo decir que el *Dragon,* si no se suicida ántes, morirá muy pronto.

—¿En qué te fundas?

—En la herida que tiene, en la mazmorra que habita, en su debilidad y en la mirada vaga y sombría. Tiene, en mi concepto, una fiebre que acabará con su existencia.

—Eso no nos conviene,—exclamó Alaejo.

—Es preciso que viva,—añadió Altacima.

—En ese caso, es indispensable quitarle los grillos, ponerle alguna paja que evite las consecuencias de lo desnivelado del piso y una luz que le haga compañía, le anime y éntre en deseos de continuar viviendo.

Las estudiadas frases de Sergio produjeron un debate que dió por resultado la aprobacion de las ideas del *Estudiante.*

Después de comer Alaejo y Altacima, fueron al balcon, modificaron su sentencia, y al preso se le quitaron los grillos, concediéndole una luz y paja donde pudiera estar sentado ó tendido.

Tal reforma aminoró algo la tristísima situacion de Magno; pero todavía se conceptuaba con razon el hombre más infortunado de la tierra. Comprendió, no obstante, que sus verdugos no obedecian á una inspiracion hija de la caridad, y dió por hecho que el *Estudiante* defendia su vida, pensando salvarle en la primera ocasion que se le presentara. Estas ideas produjeron un cambio completo en nuestro marino; ante la burla, befa y escarnio de Altacima y Alaejo se mostraba humilde, resignado; pero al acabar aquella y cerrarse el balcon se apoderaba de él una esperanza halagüeña, que poco á poco fué animando su decaido espíritu.

Empezó á comer el pan, carne y berzas que le echaban, guardando de un dia para otro entre la paja lo que le sobraba para el siguiente, en que estaba condenado á sólo beber agua; con los dedos y sin que Jacinto le viera, marcó el número 16, dando á comprender á Sergio que doblaba la suma ofrecida por su libertad.

Al tercer dia de la llegada de Jonás, dijo éste al marqués:

—Siento, amigo mio, participaros que me es imposible permanecer más tiempo aquí.

—¿Ya pensais marcharos?

Le preguntó aquél sorprendido.

—Harto lo siento, que vuestro teatro me proporcionó el mayor placer que tuve en la vida. Y como si esto fuera poco, teneis en vuestro castillo mujeres hermosas, manjares, bebidas, caballos, puntos de vista deliciosos y cuanto puede hacer encantadora esta apartada mansion; pero nos conviene á los dos saber el efecto que causó en Madrid la desaparicion de Magno, qué han decretado contra vos, y qué piensa el duque.

—Verdad es.

—Trascurridos treinta dias, volveré. Conviene que durante ese período continueis escondido en esta posesion, ignorado de todos, servido por vuestros leales vasallos y ayudado en lo relativo al preso por Jacinto y Sergio. A este último es útil dejarlo aquí y no perderlo de vista un momento. He observado que tuvísteis buena eleccion en lo concerniente á vuestros criados y dependientes, y me voy satisfecho.

—¿Podrá vender nuestro secreto ese carretero que habeis traido?

—No; me sirve hace muchos años, y debemos estar tranquilos por él.

—Amigo Jonás, volved lo ántes posible, que vuestra compañía me es grata; pero si me han desterrado, no intenteis por ahora mi indulto; me encuentro aquí perfectamente.

—Lo comprendo; tambien yo cambiaria Madrid por esta sublime torre, con su mar, bosques, caza y tantos encantos como acumulásteis en ella.

A este diálogo siguió la tercer orgía, que duró hasta media noche.

A las seis de la mañana mandó llamar Jonás á Sergio, diciéndole:

—Marcho á Madrid con mi criado.

—¿Y yo?

—Tú te quedas aquí para auxiliar al marqués. Volveré en breve, y entónces me seguirás durante un viaje largo, en el cual contemplaremos un mundo que desconoces, y en él te proporcionaré los verdaderos goces de la vida. Toma esos cincuenta ducados en oro, y son ciento con los otros que te llevo adelantados; más tarde te daré cantidad igual, quedará saldada nuestra cuenta, y desde ese dia disfrutarás un sueldo que no bajará de veinte ducados al mes.

Sergio reflexionó, contestándole:

—¡Barato te ha salido el negocio de Magno!

—Eso no es cuenta tuya; á tí te doy lo ofrecido, tómalo, y no te mezcles en lo que te es extraño.

—Así lo hago.

—Observas al marqués.

—Bien.

—No pierdas de vista al preso.

—Vigilaré lo posible.

—Y cuenta que tu lealtad será tan recompensada como infeliz te haria la más leve traicion. El ejemplo de Magno podrá darte una idea de todo lo que soy capaz.

—Ya lo sé.

—Pues estrecha mi mano, que no es poca honra, y hasta mi regreso.

—Adios, querido compañero. Que no tardes.

Poco después se despidió Jonás de Altacima, y montando á caballo, desapareció de allí con Roque, dejando el carro, á Sergio y al *Dragon*. En cuanto perdieron de vista la torre, dijo á su primo y criado:

—Roque, es preciso volar.

—¿A dónde vamos?

—A Madrid.

—Me alegro. ¡Vaya una vida! En los tres dias que permanecí en el castillo me entretuve únicamente en comer, dormir y ver el mar. ¿Por qué me prohibiste que saliera de mi habitacion?

—Porque así te convenia.

—Sería á tí, á mí no.

—Es igual. ¿Qué hablaste con el que te servía de comer?

—Nada; le hice várias preguntas, pero no me contestaba, parecia mudo.

—¿Notaste algo que te llamara la atencion?

—Ya lo creo; sólo me han dado pan y berzas; la cama estaba dura y las dos únicas sillas parecian de hierro.

—No es eso; me refiero á los habitantes de la torre.

—En lo relativo á aquellos, creí que me hallaba en un castillo encantado.

—Necedades y... Oprime á tu potro, y á escape.

—Dime ántes, ¿quién es el preso que hemos traido?

—Un fugado de galeras.

—Pues, chico, se parece muchísimo á un marino que andaba por Madrid...

—¡Si vuelves á ocuparte de él, te corto la lengua, y si continúas tratándome con esa confianza, te encierro en el peor calabozo de Madrid!

—Bueno, hombre.

—A escape.

—Pues corramos.

Y desaparecieron en el arenal árido y desierto que los llevaba al camino de Alicante.

Magno prosiguió en su encierro con luz, paja y sin grillos, recibiendo una burla diaria de Altacima, la comida que sobraba á los perros y el agua que le entraban Jacinto y Sergio.

Ahora es preciso retroceder, siendo así que el preso sólo cuenta con una efímera esperanza de salvacion, fundada en el *Estudiante*, y éste no ha de encontrar ocasion de coger los ciento sesenta mil ducados que aquél le ofreció.

CAPITULO XVIII.

Mondragon y sus amigos.—Pantoja, Oton y Mateotti.—A la sorpresa de la corte sigue la indiferencia en unos y la desesperacion en otros.

Volvemos al instante en que Mondragon, Gonzaga y diez y ocho amigos restantes se dirigieron á casa de Magno, en la que entraron poco después.

Salió á recibirlos Oton Melenik, sorprendido al ver tantos hombres como se precipitaron en el salon de su amigo y protector.

—¿Dónde está el capitan Magno?

—¿Llegó?

Le preguntaron indistintamente mostrando impaciencia.

Temeroso Melenik de que le hubiera ocurrido algo al *Dragon*, pero con calma y gravedad, les interrogó á su vez:

—¿Quiénes sois? ¿Qué razon os asiste para tomar por asalto la casa del representante de Venecia?

A la justa reconvencion del georgiano se adelantó Gonzaga, contestando:

—Todos somos amigos del capitan Magno. ¿No me conoceis, Oton?

—Creo que sí.

—El almirante Gonzaga.

—¿Pues no se hallaba en vuestro palacio mi amigo y señor?

—Con nosotros ha comido, y en nuestra compañía permaneció hasta hace muy poco que le llevaron una carta, y partió, dejándose la capa y hasta la espada.

—Pues aquí no ha vuelto. Si sois sus amigos, ¿por qué no le seguísteis?

—Imposible; no nos dió tiempo para nada.

—¿Le amenaza algun peligro?

—Al contrario, se trata de su dicha presente y futura, y queremos verlo, gozar con su ventura y otras cosas que no debo deciros, pero sin que sea ninguna contraria á aquello que le conviene.

—¡Acabárais! Juzgué lo contrario, y me proporcionásteis un momento cruel.

—Este que veis á mi lado es el general Mondragon; todos estos señores le estiman como nosotros dos, y os repito que sólo se trata del bien de Magno. ¿En dónde juzgais que podremos encontrarle?

—A esta hora no lo sé. ¿Urge mucho su presencia?

—Más de lo que podeis figuraros.

—En ese caso, llegaos uno á casa del embajador de Venecia; otro puede ir al palacio del duque del Infantado, otro al de Féria.

Y así sucesivamente fué citando Melenik los sitios que Magno solia visitar algunas noches.

Inmediatamente rogó el general Mondragon á nueve de los que le acompañaban que partieran cada cual á uno de los puntos que acababa de citar Oton, encargando que aquel que tuviera la suerte de hallarlo no se viniera sin él.

Partieron acto contínuo, y los restantes se sentaron cerca del georgiano, aguardando de este modo el regreso de los emisarios.

Media hora después fueron volviendo desde el primero hasta el último, dando todos la misma noticia; esto es, que

en la casa ó palacio de donde venían no estaba Magno ni lo vieron en todo el dia.

Quedaron los diez y nueve con más ansiedad y deseo del que demostraron al llegar, é iban á disponer salir todos en busca del perdido, cuando vieron entrar á Mateotti y á seis más de los nueve en cuyas casas se habia preguntado por el paradero de Magno. Tranquilizados los recien venidos por las explicaciones que les dió Mondragon respecto de su estancia allí, exclamó el embajador de Venecia:

—Señores, áun cuando ignoro la verdadera causa que os ha reunido en casa de mi eminente amigo y compañero, me basta conoceros y saber que tratais de su bien para asociarme á vosotros y ayudaros en el descubrimiento que deseais. Sentado esto, debo añadir que Magno se ocupa única y exclusivamente de averiguar su orígen, y si la carta á que os referís trataba de eso, como parece lo probable, entónces es inútil que le busquemos, pues el *Dragon* se encontrará en casa de alguno de los muchos agentes á quienes encargó ese asunto, y no es posible dar con él. Opino, en consecuencia, porque le espereis aquí, y si no lo estorbara alguna consideracion de conveniencia, os rogaria me permitiérais acompañaros.

—Y yo.

—Y yo.

Exclamaron á la vez los llegados últimamente.

—Al contrario, señores,—prosiguió Mondragon;—todos sois como nosotros amigos de Magno, y, léjos de estorbar, es importante que estemos muchos en el momento de la más grande de las sorpresas. Noto que me mirais demostrando ansiedad, y para calmarla en parte os diré todo lo más que la prudencia me permite. Nos hallábamos en casa los diez y nueve celebrando el sesenta y ocho aniversario del natalicio de Gonzaga. Acabó el banquete, quedamos de sobremesa y se habló de batallas y de eminentes caudillos que dejaron de existir; nuestra conversacion fué tomando calor; se contaron secretos que ya era posible revelar, resultando envuelto en uno de ellos el orígen de Magno. De ser ciertas nuestras sospechas,

el bravo marino tiene un apellido tan ilustre que el mejor de los nuestros es malo comparado con el suyo. Pero es el caso que estábamos en lo mejor de nuestro descubrimiento, cuando recibió una carta y nos abandonó, dejándonos en la duda. Por eso deseamos verle lo ántes posible, para en el caso de realizarse nuestros deseos darle la enhorabuena, felicitarlo y declarar á la faz del mundo que, prescindiendo de sus hechos, vale más que nosotros.

A Mondragon no le pareció conveniente dar más explicaciones; Mateotti y los otros comenzaron á participar del deseo general, y hablando de Magno llegó la media noche, en cuyo instante se presentó embozado y con el recato de costumbre el capitan Navor Pantoja. Al pronto quedó sorprendido viendo tanta gente en casa del *Dragon*; pero notando que todos eran amigos de aquél, arrojó la capa y sombrero, exclamando:

—Celebro mucho ver reunidos en este salon á lo mejor del ejército y la marina. Señores, si me permitís...

—Bien venido, capitan,—le dijo Mondragon;—áun cuando os hallais al servicio de Lerma, me consta que Pantoja es un cumplido caballero, y que el dueño de esta casa le estima como merece.

—Par diez, junto al favorito estoy, pero jamás hice cosa contraria á mi conciencia y á lo que me impone el deber. Respecto al capitan Magno, le debo la vida, y devuelvo su estimacion con un cariño que supera al fraternal.

—Sentaos, si gustais, que tampoco estorba tan noble testigo.

—Gracias. ¿Podria saber la causa de contemplar aquí á tantas notabilidades en talento y valor?

Mondragon le refirió lo mismo que habia contado á Mateotti, añadiendo la idea que todos abrigaban de que Magno volveria pronto, fundados en el motivo que ya conocen nuestros lectores.

Pantoja oyó con suma atencion el relato que concluian de hacerle, é inclinando luégo la cabeza, permaneció meditando algunos segundos. De pronto exclamó:

—Mucho temo un accidente extraño y misterioso en el cual puede estar envuelto mi querido amigo Magno.

—¿En qué os fundais?

Le preguntaron vários.

—Por un lado miro su indolencia y excesivo valor; por otro creo distinguir el encono y sed de venganza de sus enemigos, torpemente enmascarados, y no há mucho uno de aquellos recibió á presencia mia un papel, cuyo contenido palideció su cutis, asomando luégo al rostro la alegría mal disimulada, esa satisfaccion del hombre que se venga.

—¿Os referís á Lerma, señor capitan?—exclamó Melenik con voz trémula y descompuesta.—Sed franco; si amais á vuestro amigo como yo, no ocultéis nada; yo os lo ruego, por la madre que os abrigó en su seno.

—Georgiano, mi vida pertenece al *Dragon*, mi honra á toda una familia de la que soy un solo indivíduo; he dicho más de lo que debia; haga el cielo que me equivoque.

—¿A qué hora se suele retirar Magno?

Preguntó Mateotti, impaciente y desasosegado por las frases de Navor.

—Es preciso un acontecimiento extraño y grave para que á la media noche no esté ya á mi lado,—replicó Oton.

—Pudiera serlo,—dijo Mondragon,—el que lo arrancó de casa de Gonzaga á las nueve.

—Acaso,—añadió Pantoja;—mas es posible tambien que la gravedad del negocio la motive una red hábilmente tendida, una emboscada, una traicion inícua que le he anunciado cien veces y todas me desoyó.

—¿Qué hacemos, señores?

Preguntó el representante de Venecia.

—Yo no lo sé.

—Ni yo.

—Ni yo.

—Busquémosle

—¿Por dónde?

—En Madrid.

—O fuera.

—En todas partes.

—Corramos.

—Alto, señores.

Exclamó un maestre de campo de los convidados en casa de Gonzaga, añadiendo:

—Voy á daros una noticia que el rubor me obligó á callar hasta ahora, pero que ya no debo ocultar. Señores, cuando Magno abrió la carta, me fijé en él, notando que su contenido le impresionó hasta el punto de contraer su rostro y aparecer la mirada vaga é incierta.

—Lo vi.

—Yo tambien.

—Tambien yo.

—Pues bien,—prosiguió el maestre;—más curioso yo que vosotros me acerqué, fijando la vista en el escrito que aún conservaba en la mano.

—¿Qué decia?

Le preguntaron todos á la vez.

—Lo dobló sin darme tiempo para que lo leyera, pero distinguí perfectamente el apellido y rúbrica de Pantoja al final de la carta.

—¡Malditos!—gritó furioso Navor.—¡Habrán falsificado mi letra, y ya sospecho quién ha sido. ¡Miserable! Lo he de pulverizar.

—Explicaos, capitan.

Exclamó la reunion.

—No puedo, señores, no puedo. ¡En qué situacion coloca el destino á los hombres!

—Pantoja, el honor y la amistad,—le dijo Mondragon,—os aconsejan partir á casa del duque, y áun cuando mañana dejeis de ser su servidor, esta noche arrancarle un secreto que puede salvar la vida del hijo y heredero de Don Juan de Austria.

—General, no necesitaba la revelacion que acabais de hacerme para sacrificar mi existencia por Magno; pero es el

caso que el duque desconfia de mí, en lo relativo al *Dragon*; es que disimula en presencia mia más que ante todos los demás, y acontece, por fin, que duerme ya, el palacio está cerrado, y la casa del favorito no se abre con la facilidad que una de las nuestras.

—Escalad un balcon ó forzad el postigo; entrais, y la carta que tanto le impresionó se busca y se arranca como nosotros hacemos esas cosas, capitan.

—Señor de Mondragon, dispensadme que os diga no necesito estímulo ni consejo para lograr á estocadas lo que convenga, lo que haga falta á mi amigo Magno; pero os advierto que el infierno con todo su poder inspira y protege á los enemigos de ese noble y temerario mancebo. Todavía se hallaba contraido el rostro del duque, aún temblaba su mano, cuando ya el fatal papel estaba convertido en ceniza.

—¡Lo arrojó al fuego!

—Sí.

—¿Por qué no lo cogísteis?

—¡Por qué no lo cogí, voto al demonio! Porque Dios no quiso; porque al notar yo la impresion del duque ya no era papel, era una llama.

—¿Y qué hacemos, Pantoja?

—Las escuadras de Venecia,—añadió Mateotti,—sus ejércitos, sus tesoros, de todo puedo disponer en pro de mi compañero. Hablad, capitan, ¿qué hacemos?

—¡Nuestras espadas, nuestras vidas,—gritaron los restantes,—se hallan dispuestas á defender la existencia de ese eminente marino! Hablad, Pantoja; ¿qué hacemos?

—Nada, señores, nada, por favor; todos conoceis el poder de Francisco Sandoval, la sagacidad y astucia de su miserable secretario, y bien se os alcanza que una torpeza ó equivocacion que descubriera nuestro intento acabaria de perder á Magno. Mostraos todos indiferentes en la forma; en secreto averiguad, que yo haré lo mismo; y cuando tengamos los datos suficientes, entónces caemos como el rayo, pese ó no á la corte, al favorito y á cuantos les agrade la traicion.

—Vos, que teneis más datos, Pantoja, decidnos: de haber caido Magno en una red, ¿cuál habrá sido su suerte?

—¡Ah, qué pregunta me haceis; la contestacion hiela mi sangre, me estremece!

—Hablad.

—Lo probable es que cosieran á puñaladas su noble y leal corazon, y lo ménos que habrán hecho con él es encerrarlo, sujetarlo con gruesas cadenas en lo profundo de la tierra, con toda la horrible crueldad de que son capaces el marqués de Altacima y Jonás de Alaejo.

—¿No se hallan ausentes ámbos?

—Eso dicen por ahí, pero estoy seguro que si mi amigo es víctima de alguna emboscada, han sido ellos los autores; ellos, que están mintiendo y engañando desde la noche del rapto.

—No me parece causa suficiente la huida de Otilia para la desgracia que temeis.

—Hay más que eso, almirante; mi noble amigo humedeció el rostro del marqués no há mucho y pisoteó á Jonás hace poco. El vencedor del Perú, de Canarias, del mar Jónico, y el hombre, en fin, que arrolló á sus más valientes y poderosos contrarios, halló á su paso á Alaejo y á Altacima, dándoles con la punta de su bota, sin dignarse volver la vista atrás.

—Señores,—dijo Mondragon con tono solemne, tirando de la espada,—el que estime á Magno el *Dragon*, al hijo y heredero de Don Juan de Austria, el que odie el vicio, la maldad y la traicion, que jure conmigo buscar á Magno dia y noche, arrancarlo de donde se halle, y en caso de haber muerto asesinado, dar fin de todos sus enemigos, sin exceptuar ninguno, sea cual fuere su clase y condicion.

—Lo juramos.

Exclamaron todos, cruzando sus aceros con el del anciano general.

—¡Ahora, señores, que Dios bendiga y premie al que cumpla; que maldiga y confunda con los réprobos al perjuro! Nosotros, nuestros deudos, vasallos y servidores busquemos á Magno sin tregua ni descanso; penetremos el secreto que le

oculta con la constancia del caballero y amigo, con la sagacidad y destreza de sus hipócritas verdugos, y aislada ó colectivamente realicemos los que ofrecimos, lo que Dios oyó y lo que mi alma desea con más interés que la vida, con más entusiasmo que la felicidad, con tanto ahínco como la honra.

—Bien, mi general,—exclamó Pantoja conmovido;—me complace oir vuestra voz. Todavía se ven léjos de ese inmundo cieno social gigantes en nobleza y caballerosidad como Mondragon, hidalgos cuyo limpio honor compite con la diáfana y clara luz del sol. Unidos ó separados, combatiremos la traicion, y sin economizar intereses ni vida, á imitacion de nuestros abuelos, busquemos al malvado, confundámosle, librando á la víctima de los tormentos y horrores á que la condenan. Pero os vuelvo á recomendar, señores, la reserva, el acierto y la sagacidad; nuestros enemigos se valen de la hipocresía y de la astucia, y es indispensable combatirlos en ese mismo terreno. Si amais á Magno como yo, si en alas de una idea noble, admirable, quereis arrancarlo de las garras de sus enemigos, haced un secreto del hecho, y no se lo confieis á vuestras mujeres, á vuestros hijos, ni á nádie; los malvados emplean el oro y todo su talento en elevar el espionaje y descubrir cuanto pueda tener relacion con el más pueril de nuestros pensamientos.

—Lo haremos así,—exclamó Mateotti;—si yo tratase de obedecer los instintos de mi corazon, reclamaria la persona de Magno con las bocas de los cañones y mosquetes de Venecia; pero temo que una medida de esa naturaleza agrave la situacion de mi noble amigo, y cedo ante la necesidad. Contad, pues, con mis tesoros, influencia y poder, si vive; yo guardaré para en el caso de que lo hayan asesinado las escuadras y los soldados de la república.

—No, señor embajador,—le contestó el almirante Gonzaga;—no hagais responsable á mi patria de un hecho que desconoce, de una accion que maldecirá el dia que llegue á su noticia. El pueblo español sufre hoy las consecuencias de tanto desacierto y torpeza con que le gobiernan. Segun todas las

probabilidades, los autores del atentado de Magno son los mismos que conducen este país á su perdicion; y no es justo, en mi concepto, que el que ménos culpa tiene lo sufra todo, que en una guerra con Venecia ni el favorito ni sus amigos perderán nada, en tanto que el resto de los españoles lo sufriria todo.

—No cuestionemos, señores,—añadió Mateotti,—sobre el término de lo que debemos hacer; ocupémonos ántes del principio; puesto que estamos de acuerdo en libertar á Magno, formemos un plan que dé á nuestra idea la unidad y concierto que necesite. Mondragon, sed vos el que nos dirija.

—Yo, amigos mios, he ofrecido mi vida é intereses por salvar á la víctima, mas ignoro los medios de que nos hemos de valer para arrancarla de las garras de sus enemigos. Creo que en la ocasion presente debe prescindirse de edades y categorías, dejando á Pantoja que nos guie é inspire. Respondo de su lealtad, sirvió á mis órdenes en Flandes, y ès tan valiente soldado como buen caballero. Su posicion cerca del duque le da un arma poderosa; su cariño á Magno le presta sobrado interés; su juramento lo asegura, y su nobleza de alma lo encamina. Que hable Pantoja, que forme un plan; oigamos lo que dice, y realicemos lo que nos mande.

—Muy bien,—replicó el capitan;—os contaré lo que sé, lo que preveo y lo que, en mi concepto, nos conviene. Es indudable que Lerma ha querido vengar la afrenta, humillacion y ridículo que le proporcionó el rapto de su sobrina, y no hay duda alguna que se ha valido del marqués de Altacima y de su secretario Jonás para sorprender á mi valiente amigo y llevar á cabo su pensamiento. Ambos aborrecen á Magno, y habrán secundado los deseos del duque, sobreponiéndose á las intenciones del favorito. Los dos se ausentaron al parecer, se escondieron en realidad, y, como la pantera, aguardaron el momento de dar el salto, para caer sobre la víctima y asegurar su presa. Con la reserva conveniente busquemos al uno ó al otro; esos hombres sin honra ni pudor aman la vida como yo no puedo explicaros, y al que encuentre al primero le será

fácil con la punta de su espada ó daga arrancarle el secreto que tan cuidadosamente oculta. Hasta aquí debemos obrar separadamente; desde el momento en que cualquiera de nosotros averigüe el paradero del *Dragon* ó la suerte que ha sufrido, nos reuniremos todos, procurando salvar á la víctima ó vengarla. Interin no llegue ese instante demostremos indiferencia completa; digamos á nuestros amigos que Magno debe hallarse corriendo en averiguacion de su orígen, y que nádie sepa los descubrimientos hechos esta noche. Yo, junto al duque, observaré cuanto hace, lo que piensa, procuraré adivinar, y con la prudencia que el asunto requiere acaso logre allí lo que vosotros no podais en el resto de la capital.

—Que no os detenga consideracion alguna, Pantoja.

—Mondragon, si á mi padre hallase en el camino que conduce á la salvacion de Magno, pasaria por encima de él, sin detenerme hasta conseguir lo que yo deseo con más empeño que vosotros.

Todavía continuaron una hora discutiendo en pro de la libertad del *Dragon*. En alas de una idea noble y generosa, todos, sin excepcion alguna, preferian su realizacion á costa de intereses y vida. Indignados por una accion tan baja é inícua, como elevados aparecian el valor é indiferencia de Magno, no habia allí un solo hombre cuyo corazon dejase de latir á impulso del más elevado sentimiento. Si les fuera dado salvar la víctima á estocadas, no contarian el número ni economizarian la sangre. Séres de aquella rectitud, de su nobleza de alma, van desapareciendo; para encontrar algunos es necesario retroceder é ir á buscarlos á la historia. Por más que los desconozcamos hoy, existieron, y los que nos ocupan en estos momentos son tipos que vivieron y obraron segun estamos viendo.

Puestos de acuerdo, cada cual fué retirándose á su casa, saliendo el penúltimo cuando asomaba por Oriente el primer crepúsculo matinal.

Quedaron solos Pantoja y Melenik. El primero miraba con los brazos cruzados al segundo, y éste, sentado en un sofá, cubria su bello rostro con las palmas de las manos; no vertió

lágrima alguna, pero sufria amargamente sin expresar frases, sin demostrar angustia, sin que apareciera en su faz nada que indicara el tormento de que era víctima.

Navor le preguntó:

—¿Qué haces, Melenik?

—¡Ah!—exclamó Oton,—creí que se habian marchado todos.

—Te has equivocado; ya lo ves. Sufres mucho, ¿es cierto?

—No; habia previsto el caso, y no me ha sorprendido.

—¿Qué hacías entónces?

—Buscaba los medios de salvar á Magno.

—¿Tú?

—Sí, yo.

—Sé que le amas como á hermano, pero Dios te libre de intentar nada en pro de tu idea; eres niño, y nuestros enemigos se cebarian en tí como el lobo en el cándido cordero.

—¡Qué mal me juzgásteis siempre, Pantoja! Vos ignorais que me eduqué entre abordajes, tormentas y peligros, que estoy connaturalizado con la muerte, que tengo tanto valor como vos, y más inteligencia, más deseo, más necesidad. ¿No observásteis que están secos mis ojos, natural mi semblante y fria la razon? ¿No comprendeis la causa? Me han robado mi padre, destruyeron mi porvenir, ensangrentaron mi presente, hirieron mi alma, y ya veis que no me aflijo. ¡Si Magno vive, yo le hallaré; si ha muerto, la punta de este puñal escribirá su nombre en el corazon de los asesinos!

—¡Insensato, el amor que le tienes te hace delirar! Ven, hijo mio, vente á mi casa, que yo te defenderé de esos sicarios. Fuiste el compañero de Magno, el objeto privilegiado de su cariño, y no puedo, no debo abandonarte. En mi casa te cuidarán, y si eres reservado, sabrás por la noche los descubrimientos que yo haga en el dia.

—Gracias, capitan; más egoista yo, más desconfiado, no me fiaré ni áun del noble Pantoja. Me quedo en esta casa; saldré á todas horas, procurando averiguar tanto como vos, y no cesaré un solo instante hasta dar la libertad á Magno ó

vengarlo. Yo, más fuerte que vosotros, no necesito conjurados ni del auxilio de nádie.

—Bien te expresas, niño; el fuego que despiden tus ojos abrasa, y hay instantes en que tu rostro angelical, perfecto, adquiere una fiereza que impone; pero eso que tú quieres no puede ser; á tu edad se obedece al padre y se calla. Vente, hijo mio.

—Pantoja, apénas abrí los ojos en el mundo cuando ya me trataron como á un perro, sin comprender los que obraban así que Dios me hizo hombre; de humillacion en humillacion, de trabajo en trabajo, de pena en pena, fuí de la Georgia á Turquía, de Constantinopla á los mares, de la esclavitud á la opulencia, de la opulencia á la más horrible desgracia, ya la veis. Durante esos períodos anduve á pié cientos de leguas; vi mi planta, delicada é infantil, teñir con sangre los montes; el hambre era patrimonio mio; los látigos de los señores de Oriente encallecieron mis espaldas; asistí á los combates, contemplé las cubiertas de los buques y el suelo llenos de cadáveres; oí los ayes de los heridos, los votos de los vencedores y las maldiciones de los vencidos. Cruzaba los canales de Venecia en la góndola de nácar y oro del héroe, las calles de otras cortes de Europa en espléndidas carrozas, y tan encontrados accidentes, vida tan agitada y variable me hicieron hombre diez años ántes que á los demás. Espiaré mejor que vos; con más interés he de arrancar á la suerte los descubrimientos, y con más valor que todos vosotros, con más sangre fria, con más ahinco salvaré á Magno ó se hundirá mi puñal en el corazon de sus enemigos. Oísteis mi intento, pues sabed ahora que Oton tiene voluntad tan fuerte y segura como duro es su corazon.

—Bien, hijo mio; te desconocí y juzgaba otra cosa; pero basta oirte, contemplar tu mirada y comprender una sola de tus ideas para ver al hombre enérgico, valiente, entendido, bajo esa forma aniñada, hermosa, femenil.

—Ya empezais á ver claro, Pantoja.

—¿Necesitas oro?

—Soy el heredero de Magno, cuyo testamento hizo no há mucho, y tomo posesion de todos sus tesoros.

—¿Quieres criados leales y valientes?

—Os he dicho que basto yo solo.

—¿Consejos?

—Sé, por lo ménos, tanto como vos.

—Vendré á verte.

—Hareis mal, que si os espian aquellos á quienes vos espiais nada os será dable descubrir.

—Juiciosa reflexion. Vé tú á verme; habito en la calle de...

—Desde hoy en adelante sólo á Magno puedo dedicar el tiempo y la vida.

—¿Nada absolutamente necesitas?

—¡Ay, vaya si necesito! pero lo que á mí me hace falta sólo Dios puede otorgarlo.

—Abrázame; que el cielo te inspire y que nos ayude á todos.

—Os estrecho con gusto. Hasta la eternidad, si no logro libertad á Magno.

Salió Navor enternecido de la despedida de Oton, en tanto que éste se arrojó sobre un sofá, exclamando:

—¡Se realizaron mis presentimientos! ¡Magno aprisionado ó muerto! ¡Dios mio, Dios mio, yo apelo á tu justicia, imploro tu proteccion, reclamo tu ira contra los malvados! ¡Señor, te desconocí en los primeros años de mi vida; pero al hablarme de tu existencia, al verte sobre ese trono en que te describe la religion que profeso ya, te amé, te bendije, te adoré con el afecto, con la constancia, con la seguridad del desgraciado! ¡Permitidme que salve á Magno; mi vida por la suya; yo te la ofrezco; yo te ruego en nombre de tu poder, de tu grandeza, me concedas en el mundo esa única gracia!

Y se sentó sobre un sofá, deshaciendo con las yemas de los dedos las ardientes lágrimas que despedian sus negros y rasgados ojos.

—¡Magno!—añadió.—¡Magno herido, sujeto con cadenas

y arrojado al fondo de una mazmorra! ¡Magno con el corazon deshecho á puñaladas acaso, inanimado, yerto, frio, cadáver! Aquella alma grande, noble y generosa en el cielo; y entónces, ¿qué queda en el mundo, gran Dios? Cuando averiguaba ese orígen que formó su constante anhelo, pena y amargura; cuando el destino le gritó: «eres hijo de Don Juan de Austria,» del excelso príncipe que él admiró más en la tierra, entónces muere... No puede ser; si hay justicia en el cielo Magno continúa en el mundo. Basta, míseras lágrimas; secaos, fuentes del corazon; acabó el niño y empieza el hombre.

Seguidamente llamó al cocinero, único sirviente que le quedaba, preguntándole:

—¿Sabes lo que aconteció á tu querido capitan?

—Oí algo, pero acaso se equivoquen y vuelva de un momento á otro.

—No lo creas; conozco las maldades de sus enemigos, y estoy seguro de que lo han muerto ó aprisionado por lo ménos.

—Eso sería cruel, inhumano, terrible.

—Bien, concrétate á contestar á mis preguntas. ¿Sabes que soy su heredero?

—Sí.

—¿Me obedecerás como á él?

—Lo mismo.

—En ese caso, cuidas de la casa, comes cuanto te agrade, sin cuidarte de otra cosa en lo relativo á mí que en tenerme dispuesta la cama para cuando venga á dormir. Sales lo ménos posible, y no abres la puerta á nádie. ¿Comprendes?

—Sí, señor.

—Yo estaré poco en casa, comeré fuera, y la noche que no haya regresado á las diez te acuestas. Me pides el dinero que te haga falta, y ahora me traes uno de tus trajes.

—Sois muy jóven, y temo...

—¡Otra sandez! ¿Me obedeces ó no?

—Vuelvo en seguida.

Poco después se cubria Melenik con ropa grosera, echándose á la calle provisto de oro y de un magnífico puñal.

CAPITULO XIX.

El cariño y la desesperacion inspiran.—Trabajos de zapa.—Algo se logra.

Oton vestía ahora calzas de lana, gregüescos de paño, ropilla de lana y un tabardo veneciano grueso y descolorido. Una gorra tambien de paño y zapatos de cuero completaban su traje, impropio á la verdad en un jóven tan bello, agraciado y esbelto. Tenía ya estatura un poco más que regular, presentando ese tipo verdaderamente georgiano, es decir, cútis blanco, ojos y cabellos negros, gracia en las facciones y una melancólica languidez que lo hacía simpático á los hombres é interesante á las mujeres. Su voz era agradable, se expresaba bien, y nada existia en el gallardo mancebo que no llamara la atencion de cuantos le mirasen ó estudiaran.

Respecto de la parte moral ya hemos dicho que el cielo le concedió talento; la educacion que recibia junto á Magno no podia ser mejor, ni le faltaba ninguna de esas bellas cualidades que presagian al hombre grave, varonil, circunspecto y caballero. Conservaba, no obstante, algo extraño y anómalo, propio en los montañeses de la Georgia; era generoso, y en la mayoría de los actos de su vida se retrataba la bondad; pero

en las cuestiones y contrariedades adquiria una fiereza salvaje. Melenik entregó su corazon y cariño por completo al capitan Magno por efecto de agradecimiento, y con la misma facilidad era capaz de hundir su daga una y diez veces en el corazon de aquel ó de aquellos que le ofendieran ó atacaran. Con facilidad sorprendente pasaba de su estado normal á la ira y la cólera: en el primer caso daba cuanto tenía al mísero que demandaba su compasion; en el segundo se inyectaban sus ojos de sangre, el rostro aparecia contraido, rígida su musculatura, y aquel niño tan hermoso y gentil se trocaba en tigre cuyas garras eran capaces de inmolar con horrible saña una, dos ó diez víctimas.

Salió de su casa, como hemos dicho, después de haberse trazado un plan. Ya en la calle, exclamó:

—¡Qué soledad! Las casas estan cerradas y á nádie se ve. ¿Y qué tiene de extraño si hace poco que amaneció? Esperaré al aire libre. ¡Ah, Magno mio; dignos son de elogio y aplauso esos nobles que anoche se conjuraron en pro de tu justa causa; allí no habia cobardes, tímidos ni otra cosa que gigantes, cuyo renombre elogia el mundo; pero este niño, como le llama Pantoja, hará, pese al demonio, más que todos ellos juntos. No abren la puerta del palacio de ese miserable duque, y la verdad es que me devora la impaciencia. Llamaré.

Y sin detenerse un momento, golpeó fuertemente.

—¿Quién es?

Le preguntaron á la tercera vez que movió el aldabon.

—Abre y lo verás, canalla.

Contestó Oton con altanería.

—Allá voy,—replicó el portero, creyendo que sería algun amigo ó pariente de su amo. —Tened un poco de paciencia miéntras acabo de vestirme.

—Abrevia.

—Ya concluyo; perdonad...

La puerta se abrió, apareciendo el portero á medio vestir.

—¿Quién sois?

Dijo sorprendido, mirando á Melenik.

—¡Ese traje!.. ¡Me llamásteis canalla!—Añadió.

—Como lo fueron siempre los porteros y lacayos.

—Tú eres del pueblo como yo.

—A tí no te importa quién soy ni lo que cubre este traje. Habla: ¿dónde se halla Jonás de Alaejo?

—No lo sé.

—¿En qué calle vive?

—En la de los Mancebos, núm. 7.

—¿Cuánto tiempo hace que estuvo aquí la última vez?

—¡Pero qué necio soy!—exclamó el portero con indignacion.—Pregunta con altanería, y yo le contesto... ¿Quién eres?

Oton avanzó dos pasos, le cogió por la garganta, y oprimiéndole con toda su fuerza, prosiguió:

—¡Habla ó mueres, miserable!

Y golpeó su cabeza contra la pared.

—¡Soltadme, por Dios! Esa arrogancia no es de gente pobre, ni de un muchacho la fuerza que teneis. Creí morir ahogado.

—¡Contesta, maldito, ó te!..

—Basta. Hace más de quince dias que no he visto al señor Alaejo; debe estar fuera, pues faltan vários caballos, que dicen habérselos llevado él.

—¿Dónde sospechas que esté?

—Yo no lo sé, pero en su casa...

Melenik volvió á oprimirle la garganta, añadiendo:

—¡Ay de tí si cuentas lo que no debes ó me has engañado en algo!

Y le soltó, desapareciendo de allí.

El pobre portero, dolorido y asustado, no osó moverse en algunos segundos.

—¿Quién será ese jóven terrible?—dijo.—Su traje es un disfraz... ¡Pero, señor, qué tiempos corremos! ¡Yo nada le hice y él me castigó de un modo inhumano y cruel! ¡Válgame Dios, qué hombres y qué cosas suceden!

El georgiano iba hácia la calle de los Mancebos, murmurando:

—Maldita compasion; he debido matar á ese portero; basta que sea criado del duque para que yo le odie y aborrezca. ¡Por qué no me amenazaria! ¡Entónces, con la punta de mi puñal!.. ¡Sólo deseo herir; únicamente anhelo que empiece la muerte en los enemigos de Magno y acabe por mí! ¡Ah, miserables traidores; os atrevísteis con el *Dragon*, despreciando á su cordero, sin comprender lo que haciais, sin adivinar que mi humildad en casa de Magno se convierte fuera de allí en una fiereza que os es desconocida! ¡Ay de vosotros el dia que os apercibais de esa verdad! ¡Uno á uno ireis cayendo bajo la afilada punta de mi puñal!

Oton se detuvo, hizo várias preguntas al primer transeunte que halló, hasta quedar parado en la calle de los Mancebos, frente al número 7.

—Aquí debe ser,—dijo,—si no me engañó aquel canalla.

Y comenzó á llamar con cortísimos intervalos hasta que le abrieron. De un salto se puso en el zaguan, cerró la puerta, y cogiendo por una muñeca á la mujer que tenía delante, la arrastró, preguntándole por el camino:

—¿Dónde está Jonás?

—No lo sé.

Le contestó la prima y criada del secretario, temblando de miedo.

—Llévame á sus habitaciones. Despacha.

—Están cerradas y se llevó la llave. No apretad tanto, por caridad, que me destrozais la muñeca.

—¿A dónde conduce esa escalera?

—Al único piso que tiene la casa.

—¿Estás sola?

—Sí, señor.

—Pues subamos.

Y sin soltarla prosiguieron hasta llegar á una pieza que servía de comedor á Jonás; allí se detuvo, miró fijamente á la sirvienta, y enseñándole la punta de su daga, la interrogó:

—¿Quién eres?

—Yo, señor, sirvo en la casa, y nada más. Si venís por dinero...

—¡Miserable, no quiero el oro, sino la verdad, y te va á costar la vida el engañarme!

—Os diré lo que sepa; pero soltadme, por favor. ¡Ay, qué mano tan fina, y cómo pesa! ¡Qué guapo, y qué fiero se pone!

—Ah, no reparé que me entendia con una pobre mujer. Te suelto y guardo el puñal. No soy ladron ni lo que demuestra mi traje; traigo conmigo mucho oro y á la vez me acompaña la muerte; para los buenos soy la bondad, para los malos el verdugo. ¿Entiendes?

—Sí, señor. Tan jóven, tan bien parecido y tan... Señor, si me tratais bien, yo os diré todo aquello que no me comprometa, porque Jonás me mataria si yo...

—Nada temas; sírveme bien, y cuenta con que ni ese hombre ni otro alguno te ofenderán. ¡Si, por el contrario, me engañases, mintieras!..

—Comprendo. No os pongais fiero. Así, amable, apareceis tan hermoso, y luégo os desfigurais tanto...

—Está bien; si me obedeces seré para tí un amigo cariñoso, tierno; te daré lo que me pidas, y cuenta que soy muy rico y muy generoso.

—Ahora sí que me gusta oiros; veo que no sois ladron ni asesino.

—Tranquilízate. A mi edad no se roba ni se mata sin una causa muy justificada. ¿Amas á algun hombre?

—No, señor.

—¿Quieres á Jonás?

—Nada puedo contestaros.

El rostro y actitud de Melenik cambiaron por completo.

—Siéntate á mi lado, y perdona el susto que te dí. No eres fea,—exclamó.

—Gracias. ¿Por qué me decís eso?

—Porque me pareces guapa, muy guapa.

—¡Qué ojos tan negros y grandes! No puedo resistir vuestra mirada. ¿Qué haceis?

—Cojo tu mano y la estrecho entre las mias.

—¡Qué suaves son, y qué blancas!

—¿Conque no amas á ningun hombre?

—No.

—¿Y á mí?

—A vos... yo soy una pobre sirvienta.

—Pero muy bonita, y, por lo que veo, bastante desgraciada.

—Mucho, señor, mucho; Jonás me maltrata... ¡Jesús, lo que iba á decir!

—¿No te inspiro confianza? Sé amable conmigo, que te quiero bien y no te trataré mal.

—¡Qué gracioso y qué guapo estais ahora! No me volvais á asustar.

Oton suspiró, exclamando para sí:

—Magno mio, empieza el cúmulo de sacrificios que voy á hacer por tí.

Y añadió fuerte:

—Te he sorprendido y oprimí la muñeca para probar tu valor y comprender si eres ó no digna de mí. Soy extranjero, como notarás en mi acento, y en mi país gustan las mujeres que tienen buen temple de alma.

—¡Qué rareza!

—No lo creas; la mujer necesita valor por si llega el caso de tener que defender á su marido y más adelante á sus hijos.

—Es verdad.

—La que es débil sucumbe por miedo, y no puede ser buena como esposa ni como madre.

—¡Qué bien hablais!

—Nos gusta además que nunca mienta, porque la mentira infama, y nuestra compañera nos debe honrar.

—Cierto.

—La queremos con delirio si es leal y fuerte; la matamos sin piedad cuando nos engaña ó falta.

—¿Me habeis visto alguna otra vez?

—Sí.

—¿Dónde?

—Eso no hace al caso. Tú debes casarte.

—Claro es.

—Con un hombre que te ame, que te lleve á ver tierras, países lejanos.

—Ay, con eso sueño todas las noches.

—Que no sea pobre: la miseria asesina, el oro divierte.

—Por supuesto.

—Valiente, emprendedor, de alma noble y de corazon duro como una roca. ¿Me quieres á mí?

—¡Ay! Siento una cosa... No me mireis de ese modo.

—¿Por qué?

—¡Sois tan guapo... y qué talento!..

—Veamos si eres como las mujeres de mi país, si dices la verdad, si te muestras fuerte y valerosa. Contesta bien, que expones mucho si te presentas mal.

—Lo que querais. ¡Ay, qué ojos!

—¿Qué haces en esta casa?

—La comida y la limpieza...

—No es eso.

—Ah, sí; soy prima de Jonás; pero me tiene como esclava.

—Lo creo. ¿Quiénes más le sirven?

—Mi hermano.

—¿Dónde está?

—Se lo ha llevado.

—¿Cuándo partieron?

—Anoche.

—Cuidado con mentir.

—¿A vos? A vos le diré yo toda la verdad.

—Tutéame como yo á tí.

—No tengo inconveniente.

—¿A qué hora salieron?

—De casa, el uno temprano, el otro á las ocho.

—¿A dónde han ido?

—Jamás nos dice mi primo lo que hace.

—¿Tardarán mucho?

—Me dejó dinero para diez dias, lo que prueba que ni él ni mi hermano volverán en ese tiempo.

—¡Diez dias, maldicion!

—¿Qué dices? ¿Por qué te pones otra vez fiero?

—Te estoy probando.

—¿En qué te he faltado?

—Hasta ahora en nada. Veamos; ¿crees tú que han salido de Madrid?

—Por supuesto; como que mandaron hacer un carro.

—¿A quién?

—Eso no lo sé.

—¡Qué vida tan triste vas á pasar en esos diez dias!

—Ya ves, aquí sola, me está prohibido que reciba y hable con nádie.

—¡Qué crueldad!

—Mi primo es una fiera.

—¿Quieres que yo te haga compañía algunos ratos?

—¿Y si lo averigua?

—Si lo averigua y te ofende, le mato.

—Capaz serías; cuando te incomodas mucho impones de un modo...

—¿Qué dinero te dió Jonás?

—Dos ducados.

—¡Qué miseria!

—Pues es la vez que ha estado más generoso; pero yo tengo ochenta y siete guardados debajo de una baldosa.

—Eso no vale nada. Quedamos en que yo te haré compañía.

—Si me lo impones...

—Quiero estar á tu lado, contemplarte, estrechar tu mano, decirte que te quiero, y...

—Bueno, bueno; hablaremos, y si no te incomodas seré feliz.

—Almorzaremos juntos, comeremos al lado el uno del otro.

—Pero de noche...

—Entónces yo me retiraré á mi casa, dejándote todo mi cariño.

—Y tú te llevarás mi corazon.

—Ni una princesa se ha de igualar á tí.

—¿De qué modo?

—Véaslo: toma esos dos ducados, y gástalos en un almuerzo régio; traes dulces de las Trinitarias, pan del rey, la mejor ave, con todo lo demás que te se antoje; después nos lo comeremos, y hasta la tarde.

—¿Me vas á esperar aquí?

—Claro está.

—¿Solo?

—Sí.

—Entónces procuraré hacer la compra en estos alrededores para volver pronto.

—Al contrario, en este barrio todo es malo; vé donde te he dicho, y trae lo mejor que encuentres; miéntras vuelves pensaré en tí.

—Me da lástima dejarte solo.

—Abrevia; te voy á acompañar hasta la puerta, la cerraré luégo, y en esta habitacion permaneceré quieto.

La prima de Jonás, seducida por la belleza y frases del georgiano, estaba ya convertida en dócil instrumento de aquél. Algo más tarde salió de casa, resuelta á obedecer á Oton en cuanto le mandase.

—Bien,—exclamó nuestro jóven, cerrando la puerta;—me quedé solo, y es completamente mia la prima y cocinera de Jonás. Si vive Magno, le salvaré; si murió bañaré en sangre el pavimento de esta vivienda. Ahora es positivo que partió el malvado, y deduzco de las frases de su parienta que se ha llevado al *Dragon* léjos de Madrid. De haberlo asesinado, no haria ese viaje. Empiezo á comprender; Pantoja no se equivocó, y es un hecho que tengo andado mucho para el descubrimiento del secreto que ha de devolverme la felicidad. Pero no perdamos tiempo en inútiles reflexiones.

Seguidamente reconoció toda la casa, hallando cerradas

las dos puertas que daban paso á la sala, gabinete y alcoba de Jonás. Practicadas por el georgiano las observaciones convenientes, sacó su daga, y con la punta trató de correr el pasador de la puerta de escape que comunicaba con el dormitorio de Alaejo. A los cinco minutos exclamó:

—Cedió la maldita, y, áun cuando me hizo sudar, logré mi objeto. Ahora romperé cuanto haya en esas habitaciones hasta hallar la prueba que necesito.

Seguidamente forzó un armario y luégo el único cajon que tenía la mesa de Jonás.

Nuestro entendido georgiano procuraba herir lo ménos posible con la punta de su daga la madera que le impedia correr los pasadores, pues suponia, con razon, que le importaba mucho no comprometer á la cocinera.

Realizado su pensamiento fué poniendo sobre la mesa todos los papeles que encontró en el cajon y armario, que eran cuantos tenía el secretario.

—Bien,—se dijo,—por fuerza he de hallar aquí alguna prueba de la maldad de Alaejo; y quién sabe si estará toda la historia de la emboscada tendida á Magno.

Y comenzó á leerlos uno por uno, siendo interrumpido al llegar al cuarto.

—Maldita,—exclamó,—y qué pronto ha dado la vuelta; llama abajo, y es preciso abrirle pronto para que no sospeche.

En el mismo instante abandonó el despacho, entornando lo mejor que pudo la puerta de escape. Luégo abrió la de la calle, diciendo á la criada:

—Muy pronto has regresado.

—Sí, anduve de prisa para estar más tiempo contigo. Te traigo una perdiz, dos truchas, dulces de las monjas... Mira, mira cómo viene la cesta.

—Perfectamente; vamos á la cocina, condimenta todo eso, y hablemos miéntras.

—¿Te has impacientado?

—No.

—Me alegro.

Y la cocinera, ya cerca del fogon, prendió fuego, dando principio á la preparacion del almuerzo. Melenik le preguntó:

—¿Quieres mucho á tu hermano?

—Sí, pero eso no obsta para que te ame á tí.

—¿Te refiere cuanto hace?

—Todo; Jonás le trata mal, y el pobre me cuenta lo que le pasa.

—¿De modo es que sabremos dónde ha estado y qué ha hecho?

—Claro está. Me extraña tanto viaje como realiza mi primo; estuvo primero en Cartagena, ahora marchó no sé dónde, y le tiene dicho á mi hermano que saldrán á menudo léjos de Madrid.

—¿Qué sospechais vosotros?

—Que serán intrigas del favorito. Él, que jamás recibe á nádie, tuvo no há mucho várias entrevistas con tres hombres de muy mal aspecto.

—¿Los vistes tú?

—Sí.

—¿Cómo se llaman?

—No lo sé.

—¿Qué hablaron? Porque tú algo escucharias.

—No me atreví; ¡le tengo tanto miedo á Jonás! La primera vez que vinieron llegaban con unos trajes muy malos; pero anteayer les compró mi primo otros muy buenos, que ellos recogieron por la noche.

—Mucho me alegraria que recordaras el nombre de alguno.

—No lo oí; abrió mi hermano la puerta, y entraron sin decir cómo se llamaban.

—¿Estuvieron anoche?

—Sí, hasta las ocho, que marcharon con Jonás; pero ántes de salir hablaron media hora en voz muy baja.

—¡Oh,—exclamó para sí Melenik,—Pantoja tiene razon; Magno fué sorprendido por esa canalla, y no hay duda que lo han sacado de Madrid!

—¿Qué murmuras?

—Nada. ¿Cómo anda la perdiz?

—Cuece, y en esta otra hornilla voy á freir las truchas. Pronto acabaré.

Media hora después almorzaban ámbos las bien condimentadas viandas dispuestas por ella. Jamás el secretario tuvo delante en su casa unos platos tan hábilmente preparados como aquellos que su criada presentaba ahora al georgiano.

Terminado el acto y habiendo agotado nuestro jóven todos los recursos de su imaginacion para entretener agradablemente á la fregona, se echó á discurrir sobre la manera de retenerla fuera de casa las dos horas que él creia necesitar para el reconocimiento de los papeles de Alaejo.

Cinco minutos después le preguntaba ella:

—¿En qué piensas?

—Hija, almorzamos bien, hemos conversado después tres horas, y ya es preciso ocuparnos de la comida.

—¿Te vas á quedar toda la tarde?

—Sí, el primer dia te lo dedico por completo.

—¿Me acompañarás si salgo?

—Eso no; más adelante te diré la causa.

—¿Qué has pensado?

—Que traigas un trozo de carnero, gallina, más dulces, almendras tostadas, bacalao, jamon, aceitunas, y para concluir un pastel de almíbar, que mandarás hacer, esperando á que lo concluyan.

—Voy á tardar más de dos horas.

—Por eso es conveniente que te vayas al momento; abrevia, hija mia.

—¿Para qué esa comida de príncipe?

—Porque quiero celebrar el dia.

—¡Ah! No era necesario tanto manjar.

—Todo es poco; añade una botella de Jerez y otra de licor. Aquí tienes un doblon; si algo te sobra, lo gastas en lo que te se ocurra.

—¡Eres muy rico!

—Soy generoso. Marcha para que te quede tiempo de condimentar la comida con el mismo acierto que el almuerzo.

—No sé contradecirte; voy al instante.

Poco después salió la criada, exclamando Oton:

—Cierro la puerta, y juro no abrirla hasta acabar mi investigacion.

En dos saltos se puso en el despacho de Alaejo y ocupó el sillon, comenzando á leer:—Cuentas,—exclamó;—no me sirven. Apuntes; tampoco los quiero. Cartas del duque. Veamos. Citas, órdenes, encargos, pero nada que se refiera á Magno. Ese hombre funesto es precavido, por lo que veo, y habrá roto cualquier papel que pudiera comprometerle. Nada, no hallo nada de lo que deseo.

Y continuó mirando una hora más. De pronto exclamó:

—¿Qué es esto?

Y leyó fuerte:

«Todo está corriente; el teatro dispuesto, é impaciente vuestro amigo=*Altacima.*»

—Se escribió esto,—añadió Melenik reflexionando,—hace doce dias, pero no indica el sitio ni aclara lo suficiente. Creo traslucir, sin embargo, relacion entre esta cita y la emboscada de que fué víctima Magno. ¡El teatro! ¡sí! lo habrán preso y llevado adonde está el marqués para que le sirva de diversion. Recuerdo que el *Dragon* pegó al uno, humedeciendo la faz del otro. Eso es; á estos malvados no se les podia ocurrir otra cosa. Bien, señores, muy bien; á la comedia que estais representando seguirá el sainete, el cual desempeñaré yo, pese á vuestra crueldad é infamia. Guardo este papel, y sigo leyendo los restantes. Esto no es nada; ni estos otros. Nimiedades; cosas que no me importan. Me falta únicamente este paquetito. Abrámosle. ¡Qué veo! Cartas relativas á Magno. El marqués le da las gracias y le ofrece una gran recompensa por la parte que ha tomado en su boda. En esta le participan el descubrimiento de la casa de Leandra. Leamos con detenimiento lo que sigue.

A los quince minutos volvió á exclamar:

—Adquirí la conviccion de que Pantoja no se ha equivocado; pero me faltan datos para encontrar á mi querido amigo y señor. Hallé, no obstante, algo; lo demás se lo arrancaré á los criados de Altacima. Ocupé en la operacion mucho tiempo, y es preciso dejar todo esto en la misma disposicion que lo hallé. Veamos si es posible.

Y fué colocando los papeles en el sitio en que los encontró, tratando luégo de cerrar el cajon, armario y puerta de escape, lo que logró, empleando paciencia y habilidad, ayudado poderosamente por el deterioro de los muebles y el mal estado de la puerta. Lo mismo en lo relativo á la criada que en lo concerniente á las operaciones que concluia de realizar, estuvo Melenik hábil, diestro y oportuno. Como él dijo muy bien, pensaba como los hombres, obrando á imitacion del más experto y experimentado. En los primeros momentos tembló por la suerte de Magno, y, aturdido y confuso, se contraia á deplorar el infortunio á que el destino le condenaba; pero llegada á su mente la idea de que Magno sólo estaba prisionero, idea que iban confirmando los acontecimientos, cesó de latir su corazon, convirtiéndose todo en inteligencia. Pensador ahora, sereno y valiente, sintió los primeros halagos de una alegría que se explica con el pensamiento que habia concebido de ser él solo el que libertase á Magno.

—¿Que me importan á mí,—se decia,—las precauciones ni las dificultades que me opongan sus enemigos? Soy rico, poderoso, y donde no llegue el oro alcanzará la punta de mi daga. Tratándose de Magno carezco de conciencia, y lo mismo mataria á uno que á cien; mis fuerzas se han desarrollado con la gimnasia, la equitacion y la esgrima, y de cada golpe que yo dé resultará un cadáver. ¡Magno, Magno, todo mi talento, mi habilidad y mi vida te pertenecen! ¡A él, tan generoso, tan valiente, tan caballero, lo tendrán encadenado en una mazmorra, y lo que es peor, sirviendo de befa y escarnio á esos cobardes! ¡El héroe que yo vi en los mares y en la tierra tolera quizá la burla y los insultos de dos miserables que no valen lo que un cabello suyo! ¡Torpes, insensatos, vosotros no teneis amigos;

vosotros no contais con otra cosa que con débiles y estúpidos mercenarios! Magno tiene á Pantoja, á Mateotti, Mondragon, Gonzaga, lo que hay de noble y elevado en este país, y á toda la república de Venecia. Magno me tiene á mí, y vosotros ignorais lo que yo voy á hacer. ¡Bárbaros, pronto tocareis las consecuencias de haberme convertido en amante de una fregona y en espia perenne de vuestras acciones!

Todo se le ocurria al noble mancebo ménos la idea de que podia ser esposo de Otilia y uno de los hombres más ricos de Europa como heredero del *Dragon*. Su alma noble y generosa pensaba únicamente en Magno, absorbiéndole por completo la idea de salvarlo ó la de una venganza tan sangrienta y cruel como no tuvo efecto ninguna.

—Llaman,—exclamó de pronto;—la prima de Jonás vale un mundo. Entra,—dijo después de abrir,—deliciosa mujer; tú eres la primera que me enseñó el camino de mi felicidad futura.

—¡Qué haces!

—Te abrazo agradecido y entusiasmado.

—Ya, porque te traigo viandas de príncipe.

—No, porque has ganado mi corazon.

—¡Ay! Cierra la puerta, y subamos. ¿Me ayudarás?

—No; prepara un poco de jamon, y con eso, el pastel, los dulces y el vino tenemos bastante. El resto lo guardas para comértelo mañana.

—¿Por qué ese cambio?

—Juzgué después que vas á tardar mucho, y quiero que hablemos.

—Tienes razon; de esa manera despacho en un cuarto de hora.

—Te espero en el comedor.

—¿No vienes á la cocina?

—Deseo que acabes pronto, y no debo distraerte por más tiempo.

Media hora más tarde se volvieron á sentar á la mesa, alegre y satisfecho Oton y enamorada y trémula la fregona. Des-

pués quedaron hablando hasta las ocho de la noche, en que se dispuso á partir el georgiano.

—¿A qué hora volverás mañana?

Le preguntó ella con interés.

—Lo ignoro; dependerá de mis muchas ó pocas ocupaciones.

—¡Con qué sentimiento me separo de tí! Vida mia, no me hagas esperar.

—Lo primero es el cumplimiento de mi deber; luégo me ocuparé de tí.

—Debiera yo ser para tí ántes que todo.

—En mi país no se acostumbra eso.

—Siempre tu país; son muy raros en esa tierra. Entraste atropellándome ¡qué susto me diste, santo cielo! y ahora resulta que vendrás cuando te sóbre el tiempo. En España es siempre lo primero la mujer á quien se ama.

—Poco debe valer el hombre,—contestó el georgiano,—que sólo se ocupa de enamorar á su amada, y pasa el dia y la noche en tan agradable ocupacion. Debe galantearse á la mujer, quererla; pero ántes que ella es el cumplimiento de nuestro deber, ántes es el honor, y ántes, en fin, son multitud de cosas que, de no realizarlas, nos empequeñecen y afean. Obrando como yo intento se eleva el hombre, y al ofrecerse á su adorada vale mucho más que el necio aquel que sólo sabe quererla.

—¡Qué bien te expresas y qué guapo eres! Quédate un poco más. ¡Ay, qué dia!

—No, parto, que sufrí muchas emociones y necesito descansar.

—Que no tardes mañana.

—Adios. Volveré lo más pronto que pueda.

Y después que la hubo estrechado, salió de la casa algo más satisfecho y alegre de lo que entró.

CAPÍTULO XX.

Sorpresa y acometida.—La puma.—A Roma por todo.—El georgiano se desespera.

La noche estaba oscura y fria; en la calle de los Mancebos no se escuchaba ruido, pero habia algunos bultos que, si bien parecian séres humanos, se presentaban inmóviles como la estatua.

De pronto se abrió la puerta de la casa de Jonás para dar salida á Oton, y las miradas de los que permanecian cerca de allí se fijaron en él; mas, al cerrarse la puerta, la luz que alumbró un instante fué extinguiéndose hasta desaparecer.

Oton salia cubierto con su tabardo, y no era posible que lo reconocieran.

—¡Brava noche!—Exclamó.—No sé en qué parte de Madrid me hallo, ni se distinguen los objetos á tres varas de distancia. Torceré á la derecha, y salga donde quiera.

Apénas acababa de hacerse esta reflexion cuando se le presentó un embozado, preguntándole:

—¿Quién eres?

A la vez le rodearon tres más.

Melenik se fijó en ellos, contestando:

—No os conozco, ni comprendo el derecho con que me interrogais. Paso á un hombre que nada tiene que ver con vosotros.

En el mismo instante le fijaron las puntas de dos espadas en el pecho, añadiendo el único que le habia dirigido la palabra:

—Habla, ó mueres.

Oton se echó un paso atrás, y tirando de su daga, fué á clavarla en el pecho del que tenía á la derecha con ánimo de abrirse paso y escapar; pero el que estaba á su izquierda le cogió por la espalda, los tres restantes cayeron sobre él, y en dos minutos se vió desarmado, tapada la boca con un pañuelo y sujeto por las muñecas.

El infeliz no pudo defenderse ni le dieron tiempo para nada; los cuatro hombres que concluian de sorprenderle é inutilizarlo demostraron gran destreza y las fuerzas del leon.

—¡Qué hombres!—Se decia nuestro jóven;—acometen por la espalda y se reunen cuatro para uno. ¡Ah, delicioso país!

En el mismo instante lo cogieron en vilo, llevándolo al zaguan de una casa situada en la acera de enfrente. Uno de los cuatro abrió la puerta que estaba entornada, y por ella penetraron, volviéndola á dejar como la encontraron. Ya en el zaguan, exclamó uno de ellos:

—Coged la vara; soltad á ese hombre, y á cada pregunta que yo haga y no conteste le dais quince palos.

Los tres restantes obedecieron. Al sentirse Oton sin la improvisada mordaza, dijo colérico é iracundo:

—¡Cobardes, traidores, villanos! ¿Por qué me desarmais, acometiendo por la espalda? Dadme mi puñal; con los cuatro me atrevo.

Y se tiró á uno de ellos, arrancándole la espada con la ligereza del corzo.

En el mismo instante gritó una voz que le era muy conocida:

—¡Ese acento!.. ¡Deteneos! ¡Oton, hijo mio!

—¡Ah! ¿Sois vos, señor Pantoja? ¡Vaya un modo que teneis de acariciar al hermano de Magno! Par diez, si no os descubrís tan pronto atravieso el corazon de ese desgraciado.

—¿Qué hacías en casa de Jonás? ¿Cómo entraste! Oh, eres una puma...

No pudo contestar el interrogado. Cuatro hombres primero y luégo otros cuatro se precipitaron en el portal, espada en mano, sorprendiendo á Pantoja, á Oton y tres que le acompañaban.

—¡Entregaos!

Gritaron los primeros.

—¡Ay del que se mueva!

Dijeron los segundos.

Otros dos embozados llegaron por distinto lado de la calle, y enseñando un par de pistolas cada cual, fueron exclamando:

—A mi lado vosotros.

—Al mio, señores.

Y los quince en revuelto turbion iban á comenzar una lucha provocada por tres grupos diferentes, cuando Pantoja, que se habia puesto delante de los suyos, espada en mano, añadió:

—Alto, que os he conocido, señor de Mondragon. ¿Dónde estábais?

—A la entrada de la calle.

—¿Y vos, caballero Mateotti?

—Yo, á la salida.

—Comprendo; los tres indistintamente espiábamos la casa de Jonás, y al ver salir de ella á un hombre, lo cogí yo prisionero, en tanto que el uno pretendia arrancármelo y el otro quitárnoslo á los dos. De lo cual resulta que si yo no poseyera esta casa y á la luz del portal os hubiera reconocido, en estos momentos cubririan la calle vários cadáveres, ¿es cierto?

—Sí; pero evitemos digresiones, y vamos á lo que interesa. ¿Tenemos en nuestro poder á Jonás?

—No, que el pájaro caido en nuestro poder es Oton Melenik, amigo íntimo y protegido de Magno. Vedlo.

—¿Qué hacías ahí, niño?

Le preguntó Mondragon.

—¿Quién te ha mandado?

Añadió Mateotti.

—¡Qué afan,—dijo el georgiano,—de tomar por chiquillo á un hombre! Señores, desde que Magno desapareció de mi lado dejé de tener quien me mandara, y obro por cuenta propia.

—Antes de pasar adelante,—exclamó Pantoja,—subamos los cuatro, y solos arriba, hablaremos del asunto que por casualidad nos ha reunido aquí. Seguidme, señores. Vosotros esperais en el portal.

Y Oton, Mateotti, Mondragon y Pantoja entraron en la sala, en donde sólo habia seis sillas, mesa y luz. Sentados en torno de la primera, prosiguió el capitan Navor:

—Nos hallamos, amigos mios, en una casa que alquilé esta mañana, y cuida de ella Leandra, confidenta de Magno y antigua conocida mia. Esta mujer merece absoluta confianza, y estoy seguro que no entrará un pájaro en la vivienda de Alaejo sin que yo tenga conocimiento minutos después. Esta mañana me participó que los balcones del secretario estaban cerrados y que sólo á la criada se habia visto salir, deduciendo que únicamente aquélla habitaba el edificio de enfrente. Pero serían las tres cuando recibí el siguiente escrito: «Pantoja: En el gabinete de Jonás hay un hombre; le he visto abrir el balcon, y en este instante escribe ó lee.» En cuanto anocheció, la busqué, y me dijo que continuaba sin salir el sujeto á quien se referia en su carta. Desde aquel instante concebí la idea de sorprenderle fuera ó dentro de la casa, áun cuando tuviera que forzar la puerta. Mas salió él, le cogimos prisionero, y aunque salta como la puma y se defiende como el leon, cayó en mi poder; y de haber sido Jonás, su criado ó algun amigo, hablaria, quedando enterrado en esta casa si se obstinaba en callar.

Oton le contestó:

—Me cogísteis por la espalda, tan traidoramente...

—A lo Jonás, hijo; ese hombre ó aquello que se refiera á él no obtendrá consideracion alguna de mi parte.

—Pues yo, señores,—dijo Mateotti,—seguido de cuatro sirvientes, me propuse tambien esta noche penetrar en casa del secretario, y aguardaba para realizarlo que desaparecieran los bultos que vimos en el centro de la calle, cuando la sorpresa de Oton excitó mi curiosidad, obligándome á caer sobre vosotros.

—Lo mismo pensé, é idéntica cosa me ha sucedido á mí. Replicó Mondragon.

—Sorpresas,—murmuró Melenik,—escándalos, insensatez. A eso se llama en mi país *espantar la caza*, y á los que tal hacen cazadores noveles.

—Niño, sepamos lo que tú has intentado.

—Yo, señores, entré como enemigo, cambiando luégo los papeles. Más tarde me enteraron de cuanto sabía el único habitante de esa casa, reconocí todos los papeles del secretario, á cuyo fin descerrajé tres puertas, volviéndolas á dejar como estaban.

—¡Bravo! ¿De qué medios te valistes?..

—¡Ay, sacrificándome, señores! Enamoré á la criada y prima de Alaejo; la dí tiernos abrazos, y... Figuraos lo demás; corramos un velo, y comprended lo que yo quiero á Magno por el principio de la defensa que estoy haciéndole.

—Muy bien.

—Admirable.

—Para vosotros, que lo veis de léjos; de hallaros en mi puesto, otra cosa sería.

—Habla, hijo mio; me voy convenciendo que el *Dragon* nunca se equivoca, y al otorgarte todo su cariño y proteccion lo hizo con el gran talento que el cielo le concedió.

—Qué bien disfrazado está.

—Sí, pero le vende una belleza que le envidian los hombres y encanta á las mujeres.

—Oton, dinos al momento qué has averiguado.

—No puedo negarme á la exigencia que me haceis, señor

embajador, digno amigo y compañero de Magno; quisiera callar, pero no me es dado desatender vuestro ruego; oidme: Alaejo y su criado y primo, pues es lo mismo, salieron anoche, acompañados de otros tres, conduciendo un carro. Deduzco que en él metieron á Magno, después de sorprenderle y sujetarlo con cadenas. La emboscada se realizó de acuerdo con el marqués, el cual preparaba al mismo tiempo la prision para nuestro amigo. Escuchad lo que dice este documento firmado por Altacima, como podeis ver.

Y leyó la carta que ya conocemos, continuando:

—Están á bastante distancia de Madrid, pues Jonás no volverá en diez dias.

—¡Vive!

—¡Le buscaremos, y, ay de sus enemigos!

—Hijo, me devuelves con tus frases una parte de la tranquilidad que perdí anoche.

—Vive, sí; pero en mi concepto se hallará encerrado en una mazmorra, falto de alimento, herido, y, lo que es peor, en poder de Altacima y Alaejo, cuya sangrienta burla y horrible befa se cebarán en él sin tregua ni piedad. El teatro de que habla el marqués es peor que el que construyen en la plaza del Arrabal para los autos de fe.

—Nosotros le buscaremos sin descanso, y ay de sus verdugos y guardas el dia que sepamos dónde está.

—¿Y si no le encontramos; y si le matan ántes?

—De no haberlo hecho en los primeros instantes, es indudable que lo guardan para lo que tú acabas de decir. ¿Qué mayor placer y alegría para esos cobardes que el contemplar á tan poderoso y valiente enemigo humillado, hambriento y á disposicion de sus epigramas é insultos?

—Eso es lo probable, lo verosímil,—exclamó Mateotti, contestando á Mondragon;—pero el temerario Magno en los combates debe haber cambiado por completo, estoy seguro. Conozco su gran capacidad, su prevision; fija su clara inteligencia en la idea de salvar la vida, no dará motivo á que le maten, y como halle ocasion de ganar á alguno de sus carcele-

ros, llevará á cabo el pensamiento con el rio de oro con que él se abrió paso siempre por todas partes. Ánimo, señores, que, si vive, como nos parece á los cuatro, todo estará reducido á lo que padece él, á lo que sufrimos nosotros. Yo, amigos mios, vi esta mañana á S. M.; le conté que Magno habia desaparecido, que debia ser víctima de horrible emboscada, y se contrajo á contestarme que cuando le llevara pruebas ó tuviera evidencia de ser cierto lo que yo denunciaba, entónces pensaria en el castigo de los culpables. Estuvo frio, cási indiferente; yo, al ver conducta tan extraña, me despedí con las siguientes frases: «No extrañe á V. M. si le dicen que los puertos de España se llenaron de buques venecianos y en las cubiertas de aquéllos aparecen miles de soldados.» Le hice una reverencia y salí, mandando inmediatamente á Venecia un correo en demanda de cien galeras y veinte mil guerreros. Eso es todo.

—Pues yo,—dijo Pantoja,—me fuí temprano á casa del duque, tratando por todos los medios posibles de averiguar alguna cosa relativa á Magno; pero le hallé, como Mateotti al rey, frio, indiferente y reservado. Llevaba un plan, hijo del estudio y la meditacion, mas no produjo resultado alguno. En el resto del dia le vi satisfecho, muy alegre y complacido. Al despedirme, sin poder contenerme, le dije: «Señor duque, os he servido siempre con lealtad, y bien sabeis que la mentira jamás fué patrimonio mio; por lo mismo, y por las muchas atenciones que os debo, no puedo callar: la desaparicion de Magno reconoce por causa una horrible emboscada, y públicamente se dice que son sus autores el marqués de Altacima y vuestro secretario. Aun cuando delante de mí callen lo demás, estoy cierto que á la espalda se citan vuestro buen nombre y fama, y en boca ya de la maledicencia, saldrán malparados.»—«Pantoja, me contestó con indiferencia, en el desprecio hallé siempre un eficaz remedio contra la mordedura de la víbora.» «Señor, añadí, me consta que el *Dragon* pisoteó un dia á Alaejo y otro humedeció el rostro de Altacima; y si es verdad lo que cuentan, no hay duda que esos dos cobardes se ensa-

ñarán con su víctima de un modo que repugna al corazon ménos hidalgo.»—«Me lavo las manos en ese asunto, Pantoja, me respondió; no creo ni niego nada, y notad que me falta tiempo.»—«Por último, señor, le dije, Magno encontró su orígen; es ya digno de Otilia, y cuando sepais...»—«Basta, me interrumpió, de cuentos y de chismes; os prohibo que me volvais á hablar del uno ó de la otra. Salid.»—«Dos frases nada más, señor duque, proseguí, resuelto á todo; ¡si han muerto á Magno, el nombre de V. E. figurará entre sus asesinos; si vive y logra escapar, teniendo en cuenta el apellido que heredó, lo que vale y lo que pasa, el poder de los Sandovales quedará deshecho como el humo impelido por el huracan!

—Muy bien,—exclamó Mateotti.

—Bravo,—replicó Mondragon.—Vuestra conducta, capitan, es digna del mayor elogio; ahora y siempre contad conmigo, con mis intereses, con cuanto poseo.

—Digo lo propio; como hombre os ofrezco mi fortuna; como representante de Venecia pagaré esa banda, si gustais, á peso de oro.

—Gracias, señores; sólo anhelo la libertad de Magno; por ella daré hasta mi vida: sin ella nada me hace falta. Respecto del duque, quiera ó no, escuchará dia y noche de mis labios verdades y amenazas que han de tenerlo en tormento perenne.

—Pues yo, amigos mios,—prosiguió Mondragon,—me puse de acuerdo con vários grandes y con cási todos los jefes del ejército residentes en Madrid, cuya lealtad me es conocida; les enteré de la desaparicion de Magno, y vehementes sospechas de que haya sido víctima de una emboscada; excité la indignacion en todos, y sin excepcion alguna nos ayudarán á buscarle, usando á la vez de la reserva y habilidad conveniente. Algunos de ellos hablarán al rey, otros se lo dirán á la reina, y entiendo que lograremos poco á poco limar la influencia del favorito. Y si al fin, como parece lo probable, hallamos al *Dragon*, este será el golpe decisivo que alejará de palacio al duque de Lerma. Ahora, señores, lo que conviene es averiguar el paradero del marqués de Altacima; nos va

á ser difícil, pues ese hombre no tiene amigo alguno, y es tan hipócrita como reservado.

—No lo descubrireis, no,—exclamó el georgiano con sentimiento;—la publicidad que estais dando al acontecimiento, la importancia que tiene, y vuestra actitud amenazante y enérgica, os impedirán el logro de un deseo para el cual era indispensable encerrarse en la reserva é indiferencia de que se habló anoche. Pero no importa; este niño, que no tiene más amigo ni afeccion que Magno, será hipócrita, y tan hábil, que al fin dará la libertad al mísero prisionero. Puede que me equivoque, pero el cambio que ha sufrido vuestra actitud de anoche impedirá la realizacion de vuestro noble, desinteresado y loable pensamiento. Aplaudo vuestra justa indignacion; por Magno exponeis libertad, intereses y hasta la vida; pero no es ese el camino, señores; la prueba la veis en lo que conseguísteis vosotros auxiliados de amigos y parciales, y en lo que he logrado yo solo.

Los cuatro continuaron debatiendo sobre el mismo tema, sin poder destruir ninguna de las verdades que les dijo Melenik. Nuestro jóven, impelido por su amor á Magno y un interés que no conocia rival, obraba y discurria mejor que los ancianos. Sereno, frio en ocasiones dadas, impávido siempre, quiso imitar en tan amargo trance las lecciones que recibió de Magno, y en verdad que no era dable hallar un discípulo mejor. Mondragon, Pantoja y Mateotti intentaron ponerse de acuerdo con él para aprovechar los descubrimientos que hiciera; pero Oton, averiguado que hubo la calle y número de la casa del marqués de Altacima, desapareció de allí, dejándolos que cuestionaran lo que tuvieran por conveniente.

—Yo,—se decia por el camino,—debo economizar frases, ganar tiempo, y ser, como he ofrecido, el único salvador de Magno.

La noche continuaba oscura, fria, y las calles solitarias, por cuya razon le fué imposible al georgiano adelantar en sus trabajos de zapa.

—Me voy á perder,—se dijo,—en ese laberinto de calles

estrechas, tortuosas y desiguales; nada lograré, consiguiendo únicamente caer en manos de una ronda ó de la policía y que me inutilicen, lo cual sería en la ocasion presente la peor de las calamidades; debo evitar á todo trance tan funesta consecuencia.

Y se dirigió á su casa, en la que entró un cuarto de hora después.

—¿Quién ha llegado?

Preguntó al cocinero.

—Nádie, señor.

—¿Cuántas veces has salido?

—Una sola.

—¿Te preguntaron?..

—Nada, ni yo hubiera contestado. ¿Se ha descubierto algo sobre nuestro amado capitan?

—Le quieres mucho, y no debo ocultarte que abrigo la conviccion de que no le han asesinado. Sus bárbaros enemigos, anhelando prolongar su martirio y agonía, puede que nos dén tiempo para salvarle. Créelo así, y á nádie cuentes una palabra.

—Gracias; la esperanza que me dais reanima mi decaido espíritu; no he comido hoy, pero lloré unas veces, maldije otras y entretuve el tiempo lo más cruelmente posible.

—Lleva una luz á mi alcoba, cena y acuéstate.

—Decidme algo más.

—Imposible.

—Permitidme entónces que os desnude.

—Haz lo que quieras.

Oton dejó que el cocinero le sirviera de ayuda de cámara, y cuando ya estuvo en el lecho, le dijo:

—Es probable que los amigos de Magno vengan á saber de mí; no abras la puerta á ninguno, ni les contestes otra cosa que:—«salió; ignoro cuándo volverá; no pára en casa ni á mí me dice nada.»—Si desea esperarme alguno, te niegas á recibirle; convierte, en fin, nuestra morada en palacio encantado.

—Lo haré así. ¿Comísteis vos, señor Melenik?

—Perfectamente, junto á una criada que me proporcionó un dia delicioso. ¡Ah, por qué trances pasa uno en la vida! Retírate.

—¿Teneis sueño?

—No, pero quiero estar solo.

—Me embiste la casa.

—Y á mí.

—¡Dios nos dé descanso, ya que durante el dia nos atormentaron la angustia y el dolor!

—Amen.

Melenik durmió mal; en cambio discurria mucho, y siempre en alas de una esperanza halagüeña, se vistió en cuanto fué de dia, echándose luégo á la calle.

Llegó en casa del marqués cuando aún estaba cerrado el portal, y esperó paseando por la acera de enfrente más de una hora. Luégo se dirigió al portero, preguntándole:

—¿Me permites calentar en ese brasero?

—¿Tienes frio?

—Sí.

—Lo ha encendido mi mujer para mí solo.

—¿De dónde eres?

—¿A tí qué te importa?

—De seguro naciste en Právia.

—Pues fué en Orense.

—Es igual.

—¿Por qué me dices eso?

—¿Cuánto quieres por dejarme calentar?

—¿Tanto frio tienes?

—Mucho.

—Lo que tú me dés.

—Toma esa moneda de plata, y añade al fuego aquel taburete.

—Con mucho gusto. ¡Qué guapo y qué generoso!

—Me sobran dinero y voluntad.

—Dos cosas que me faltaron á mí siempre.

—¿Estás ocupado?

—No.

—Pues siéntate, y hablemos. Se cuentan cosas que estremecen.

—Sepamos. ¿Eres italiano?

—Sí.

—¿Y qué dicen?

—Oí anoche en las gradas de San Felipe que Venecia y España van á ir á las manos.

—No lo creo; á Don Felipe le disgustan las guerras, y ya buscará medio de eludir esa.

—Tambien oí cosas muy gordas relativas á tu amo.

—Desde el malhadado enlace con la sobrina del favorito todo el mundo habla de él.

—¿Se ha levantado ya?

—Si no está en Madrid.

—Eso dicen, pero yo no lo creo.

—Pues hace un mes que salió, y no hemos vuelto á verle.

—Entónces se hallará en alguna de sus posesiones.

—Marchó con Jacinto, sin decir dónde iba ni si tardaria mucho ó poco.

—Eso es un misterio.

—Sí.

—Por delante calienta esta lumbre, pero tengo yerta la espalda.

—Vuélvete.

—No, era mejor una botella de vino...

—De aguardiente, querrás decir.

—Sea. ¿Tienes tú?

—No, pero lo venden cerca, y puesto que eres tan generoso...

—Vaya otra moneda de plata, con la cual hay para la bebida y algunos bizcochos.

—Ya lo creo. Voy por ellos; entra en la portería, te llevaré el brasero y ahí me esperas.

—¿Tardarás mucho?

—Vuelvo al instante.

Diez minutos después comió Melenik dos bizcochos, probando el licor. El portero, en cambio, bebió un vaso, dando fin de los bizcochos.

—¿No guardas ninguno á tu mujer?

Le preguntó el georgiano.

—Ella se compone arriba y yo hago lo mismo abajo. ¡Qué aguardiente tan rico! Vaya otro traguito.

—Bebe tú el que quieras; á mí no me gusta, y ya entré en calor.

—¡Por Santiago que es fuerte y bueno!

—¿Conque nada sabeis del marqués?

—No, y Dios lo tenga por allá mucho tiempo. Cuando él está fuera nosotros nos hallamos mejor.

—Dicen que es déspota.

—No lo sabes tú bien.

—¿Qué enredos traerá léjos de Madrid? Daba por averiguar su paradero veinte ducados.

—¿Qué has dicho?

—Se me escapó la frase, pero un italiano jamás falta á su palabra.

—¡Veinte ducados! Lo malo es que yo no sé dónde ha ido ni qué hace.

—Pues entónces, no te los doy.

—Lo supongo. ¡Diablo, cómo abrasa este aguardiente! ¡Si yo encontrase un medio!.. Pèro tú no debes tener ese dinero.

—¿Que no? Mira mi bolsa.

—¡Oro; está llena de oro!

—Claro.

—¿Sirves á algun grande?

—No, vivo del comercio.

—Ya, los mercaderes pronto os haceis ricos. ¡Si yo encontrase un medio!

—Búscalo, hombre, ya que tanto te interesa.

—¿Cumplirás tu palabra?

—Te lo juro por el alma de mi padre.

—Queda más de media botella de aguardiente; voy con

ella arriba; al mayordomo le gusta más que á mí todavía, lo emborracho, y como él lo sepa, me lo dice.

—¿Es confidente de Altacima?

—El señor marqués sólo tiene confianza en Jacinto, y se lo llevó; pero si algun otro sabe á dónde para, debe ser el mayordomo.

—Por fuerza ha de estar enterado.

—Lo veremos; ten paciencia si tardo.

—¿Qué digo al que venga?

—Hace veinte dias que nádie se acerca á esta casa.

—Pues entónces no tengas prisa; averigua lo que quieras con calma.

—Al instante.

—Hazle beber...

—Hasta emborracharlo.

Quedó solo Oton, y el portero, en un principio de embriaguez que le prestaba la osadía necesaria, corrió en busca del jefe que habia quedado en la casa.

Melenik comenzó á pasear por la estrecha habitacion en que se hallaba. De pronto se detuvo, exclamando:

—Dios mio, Dios mio, inspirad y favoreced el noble intento que alienta mi vida y halaga mi esperanza! ¡Ah, qué largas cruzan las horas cuando se espera del modo que yo; cuando un pensamiento fijo y constante domina la existencia del hombre, absorbe su espíritu y le obliga á contar uno por uno todos los segundos que pausadamente trascurren! ¿Será una ilusion mi esperanza de ayer? ¿Daré tiempo á los verdugos de Magno para que lo asesinen? Acaso. Maldita suerte la mia; ¿por qué habré yo nacido, por qué? La rueda de la fortuna juega conmigo como el caprichoso niño con su pelota. Cesa, destino mio; acaba de atormentarme en lo relativo á Magno, y ensáñate en lo demás cuanto quieras, más aún de lo que cabe en lo posible. El portero beberá ahora en compañía del mayordomo; pasarán sesenta minutos alegremente, y yo entretanto me desesperaré ¡maldicion! acompañado únicamente de una impaciencia y tortura crueles. ¡Ay del que nace y vive como

yo; cuánto más me valiera ser estúpido! ¡El que no tiene potencias en su alma, carece de sensibilidad y no sufre ni padece! ¡Feliz él, desgraciado yo! ¿De qué me sirve la memoria? Para recordar mis infortunios. ¿De qué el entendimiento? Para ver claro la desdicha mia. ¿De qué la voluntad? Ah, la voluntad me asesina, porque quiero lo que no puedo, anhelo lo imposible acaso, y recuerdo, entiendo y deseo lo que se opone á mi tranquilidad, dicha y ventura. ¡Ay, qué vida, qué vida!

Paseó de nuevo, volviendo á exclamar:

—Cúmplase la voluntad de Dios; basta de impaciencia, y puesto que acabó el niño y debe reemplazarle el hombre, me concretaré á esperar cuando no pueda vencer.

Trascurrió cerca de una hora, en cuyo instante apareció el portero bamboleándose, encendido el rostro, saltones los ojos é incierta la mirada. Cogió una silla con alguna dificultad, y se sentó frente á Melenik, diciéndole:

—Muchacho, la cosa no promete; emborraché al mayordomo; yo tambien estoy alegre, pero nada; ni gota; aquel candil no tiene aceite.

—¿Qué quieres decirme?

—¿De qué hablábamos?

—De los veinte ducados; estás chispo, y los vas á perder.

—Dámelos, tonto, que yo te diré lo que tú quieras.

—Refiéreme ántes dónde se halla el marqués y qué intenta.

—Dice el mayordomo que se ha escapado, huyendo de la crítica y de la burla que todos le hacen por lo de la boda. ¿No sabes que se fugó la novia? Como es tan feo, tan desgarbado... ¡Qué cosas cuentan de él! No se lo digas, ¿estás? chiton.

—¿Pero dónde está? Si me lo dices, treinta ducados.

—Vengan.

—Habla ántes.

—Se halla... No lo sabe ninguno en la casa.

—¡Maldicion!

—¿Por qué te enfadas?

—Porque estás borracho.

—Ese es el mayordomo. ¡Qué aguardiente; vaya un calor. ¿Me das los noventa ducados?

—Lo que quieras, si me dices en qué punto se encuentra Altacima.

—Tan grande como es el mundo, ¿quién puede averiguar la casa donde se habrá metido?

—¿No ha escrito?

—Si no sabe; Jacinto se lo hace todo.

—¿Y ese tampoco dirigió carta alguna?

—Nada, silencio perpétuo, paga retrasada y escasa. El marqués, aunque lo disimula, está algo tronado. Si yo encontrase una casa buena...

—Yo te la proporciono si averiguas el paradero de tu amo.

—Eso no puede ser; la culebra dió muchas vueltas, buscó un agujero, se metió por él, y se apagó la luz. ¡Vaya un sueño que me ha entrado! Buena noche.

Melenik lo cogió del hombro y le sacudió, diciendo:

—¡Despierta, que es de dia!

—Pues no lo habia notado. ¿Quién eres? Ah, sí, el de los quinientos ducados; dame tu bolsa, y te regalo esta oreja y este dedo.

—¿Podria yo hablar con el mayordomo?

—El mayordomo tambien quiere entenderse contigo; le conté lo de las doblas de oro... Oye, italiano, ¿estais enamorados? Porque yo quiero mi parte.

—¿Se encuentra borracho como tú?

—Bebió media botella.

—¿Qué hace?

—Quedaba echando cuentas con los dedos; así: uno, diez, quince, veinte ducados; pero el marqués se perdió, y hasta que vuelva ó escriba no podemos contestar nada al mercader.

No obstante los disparates del portero, hijos de la embriaguez, Melenik tuvo paciencia, y pasó toda la mañana junto á aquél, sufriendo necedades y algunos gritos que les dió luégo la portera. Cuando comprendió que el mayordomo estaria

en disposicion de contestarle, le hizo bajar, marchando con él á un figon, en el que almorzaron opíparamente el uno y sólo probando las viandas el otro.

Oton apuró todos los recursos de su ingenio, valiéndose además de ofertas espléndidas, sin que nada bastase á descubrir el paradero de Altacima. Aquel hombre funesto era sagaz como pocos, y tuvo buen cuidado en ocultar su residencia hasta á aquellas personas que más confianza le merecian.

El georgiano murmuraba en voz baja:

—No hay posibilidad de hallarlo; se despidió por dos años, y nada más dijo. ¡Maldito marqués, haga Dios que lo confunda el infierno!

A las cuatro de la tarde se separó del mayordomo, convencido de que serían inútiles cuantos esfuerzos hiciera por descubrir la residencia de Altacima.

—¡Dónde voy, qué hago!

Exclamó, corriendo desalentado. Dos lágrimas aparecieron en sus hermosos ojos, se detuvo y tornó á decir:

—No me queda otro camino que esperar el regreso de Jonás. Pero, Dios mio, en los ocho dias que faltan voy á morir de desesperacion, de impaciencia, de ira, de cólera! Dicen que con el oro y el talento todo se consigue. Mentira: ¿qué he logrado yo con ámbas cosas? Comer y beber con criados, estrechar á una maritornes, y... ¡voto al demonio!

Y comenzó á andar de prisa, sin rumbo fijo y en un principio de descomposicion cerebral. De este modo le sorprendió la noche, obligándole á detener el cansancio y la fatiga.

—¿Dónde estoy?—Se preguntó.—No lo sé; ¿qué hago? aumentar mi despecho, y si continúo así voy á volverme loco. Esta vida es insufrible; yo no la quiero, la odio, la aborrezco. ¡Acabemos!

Y sacó el puñal, resuelto á clavárselo en el corazon.

—¿Y mi juramento?—Dijo.—Magno en el otro mundo me pedirá cuenta estrecha, y la mujer que amó no hallará en la tierra un sér humano que la proteja y defienda.. ¡Pero si yo no quiero, si no puedo vivir! Lloro. No me mato; cada lágri-

ma de estas ha de costar una víctima al género humano. ¡Magno, Magno mio, me resigno otra vez; tendré paciencia, pero juro, si no te hallo, hacer un mortero con todos tus enemigos, sus deudos y parciales; y sirviendo de maza mi puñal, machacaré dia y noche hasta que uno de ellos me haga el singular favor de arrancarme la vida que odio y abomino. Adelante, Melenik, adelante; sufre, traga acíbar sin tregua ni descanso y rie á carcajadas, para formar eco con ese mundo que en la apariencia sonrie y en el fondo padece y se desespera. ¡Qué deliciosa es la vida! ¡Para un solo instante de ventura dos años de llanto y dolor; para cada goce treinta suspiros; para cada acto plausible de los poderes de la tierra cincuenta injusticias, cien atropellos y veinte calamidades! ¡Cómo ha de suceder lo contrario, si lo que más sobresale en el hombre son la insensatez, la torpeza, el necio orgullo y una soberbia que le inhabilita para todo lo bueno y le condena á todo lo malo! ¡Ay, qué desgraciado soy; qué carga tan insufrible va siendo la existencia para este infeliz georgiano!

De ese modo llegó á su casa, penetró en la habitacion que le servía de alcoba, y se arrojó sobre la cama, diciendo al cocinero:

—Sal, no me preguntes nada; quiero estar solo y morir de pena y hastío.

El infeliz lloró una parte de la noche entregado á la más cruel desesperacion. A la madrugada se quedó dormido, efecto del cansancio, sinsabores y fatigas sufridas en las últimas doce horas.

CAPITULO XXI.

Pantoja y Leandra.—Una ilusion desvanecida.—El favorito.

Los amigos de Magno, todos sin excepcion, habian hecho algo en pro de la libertad de Magno, pero sin obtener resultado alguno. El secreto de su desaparicion continuaba tan impenetrable como el arcano. Así es que se retiraron por la noche á sus respectivas casas ó palacios tristes, cabizbajos, dando por hecho la mayor parte que habian asesinado al *Dragon*.

No pensaban todos lo mismo; el capitan Pantoja pasó el dia en casa del favorito, retirándose á las ocho de la noche alegre y satisfecho. Embozado en la capa, se dirigió desde el palacio del duque á la nueva casa de Leandra, situada, como saben nuestros lectores, enfrente de la de Jonás. Nuestro capitan dió un golpe disimulado en la ventana, y pronto apareció Leandra triste y angustiada.

—¿Qué acontece?

Le preguntó Navor sorprendido por la actitud de aquélla. La viuda le contestó:

—¡Todo se perdió!

—Eso era ayer; hoy todo se ha ganado.

Lám. 4.ª



C. MUGICA dibº y litº

Lit. J. DONON. Madrid

—Todo se perdió.

—Eso era ayer; hoy todo se ha ganado.

Exclamó el capitan, continuando:

—¿Qué motiva vuestro pesar?

—No he visto entrar ni salir á nádie en casa de Alaejo, y de las averiguaciones practicadas resulta que ese hombre debe hallarse fuera y que está asociado á tres asesinos.

—Vuestras noticias, Leandra, aparecen de acuerdo con las mias; pero todas las probabilidades están porque Magno vive, y si esto es así, le salvaremos; no lo dudeis.

—Todo se ha ganado, dijísteis ántes; hablad, por Dios, que me devora la impaciencia.

—El duque, amiga mia, acaba de darme su palabra de honor de ocuparse mañana de ese asunto y acallar con su noble conducta la voz de la opinion pública que le critica y censura. Dice que él no tomó parte en acontecimiento alguno contrario á la seguridad de Magno; que no estima ni aborrece á ese hombre; mas visto que su indiferencia se interpreta de modo que empaña su limpio honor, deseo de justicia y rectitud, asegura que hará el asunto propio y que nos va á asombrar su conducta.

—Si él cumple esa palabra, entónces todo podrá ganarse.

—Creo, Leandra, que cedió á mis súplicas y ruegos, y entiendo que, ofendido en su amor propio por lo que dicen de él, piensa dar un golpe de muerte á los enemigos de Magno. Esto no impide el que vos continueis en vuestra observacion y averiguaciones y el que todos hagamos lo propio.

—Mi vida pertenece al generoso caballero que amparó mi vejez, y fué para mí el más noble de los hombres.

—Proseguid como os he dicho, y hasta mañana.

—Si algo descubriese, pronto llegará á vuestra noticia. Que el cielo os guarde, señor capitan, y nos inspire á todos.

La reja se cerró, y Pantoja, embozado nuevamente, fué á casa de Mateotti, donde halló reunidos, como suponia, á Mondragon, Gonzaga y hasta treinta amigos más de Magno, que le esperaban impacientes.

Poco después participaban todos de la esperanza que Navor habia sacado de casa del duque; en un momento de

ilusion juzgaron al favorito capaz de retroceder en el fatal camino por donde habia entrado, y en estos instantes aplaudian con entusiasmo las frases que dirigió á Pantoja.

Aquellos hombres tan hidalgos y caballeros desconocian por completo la torpe ambicion que animaba y precipitó siempre á Lerma. Por eso, en lo que sólo era el augurio de la perdicion de todos ellos, creyeron ver la realizacion de la noble idea por que suspiraban. Pronto deplorarán, no obstante, la equivocacion de que deben ser víctimas. Pero no adelantemos el discurso.

A la mañana siguiente se presentó Pantoja en el despacho del duque, tan complacido como habia salido el dia anterior. Poco después entró Lerma, y fijando su mirada en aquél, exclamó:

—Os hallo contento, mi querido Navor, y en verdad que no me pesa.

—Lo estoy, señor duque; vuestras frases de ayer causaron en mí un efecto mágico.

—Supongo,—añadió Sandoval con intencion,—que los amigos de Magno se habrán tranquilizado.

—Sí, señor,—contestó el capitan, cayendo en la red;—anoche les vi, y en verdad que aplaudieron con entusiasmo las frases expresadas por V. E. y trasmitidas por mí.

—¿Dónde ocurrió eso?

—En la embajada de Venecia.

—¿Erais muchos?

—Más de treinta.

—Lo creo; estaria lo mejor del ejército y de la nobleza.

—Sí, señor, con algunos otros embajadores amigos de Mateotti.

—No faltarian Mondragon, Gonzaga, los duques de Alba, de Féria...

—Exactamente.

—No es posible tolerar por más tiempo la horrible crítica de esos altos y poderosos señores. Al ridículo efecto de la huida de Otilia siguió, pese á mi nombre, la calumnia, mancha-

ron mi honor, y las víboras... Pero yo pondré en claro la verdad; si hay crímen, se castigará al culpable, y cada uno ocupará el puesto que le pertenece.

—Eso es, gran señor; justicia para todos, y el que haya delinquido que purgue su falta.

—Sentaos y escribid en ese papel los nombres de todos aquellos que me han juzgado mal, pues quiero darles individualmente una completa satisfaccion.

—Con mucho gusto.

Y Pantoja, animado del mejor deseo, estampó uno tras otro los nombres de cuantos amigos tenía Magno en la corte de España.

—Tomad, señor,—dijo al duque, alargándole la lista.

Sandoval la leyó detenidamente, devolviéndosela.

—Faltan,—le dijo,—dos apellidos: el de ese jóven georgiano que tanto ama al *Dragon* y del que me hablásteis ayer elevando su valor y talento...

—Oton Melenik.

—Eso es.

—Ya está.

—Ahora el vuestro.

—Yo me hallo completamente satisfecho del noble deseo que anima á V. E., y me dispongo á comentar y aplaudir sus actos.

—No importa; dudásteis tambien de mí, y quiero satisfaceros como á los demás.

—No debo contradeciros: Navor Pantoja. Ya no falta ninguno.

—Ahora esperadme aquí, que voy á palacio. A mi vuelta despacharemos los asuntos que haya urgentes.

El capitan quedó complacido, en tanto que Lerma, después de dirigirle una mirada sombría, salió del palacio en direccion del real alcázar.

Minutos después entraba en la cámara ensimismado, cabizbajo, la frente contraida y la vista vaga é incierta. S. M. se hallaba en el oratorio; pero en el momento que concluyó y

le avisaron que Lerma le aguardaba, pasó adonde aquél estaba, diciéndole con semblante alegre y placentero:

—Buenos dias, Francisco; perdona si te hice esperar más tiempo del que yo deseaba. ¿Hay algun asunto urgente?

—Me trae uno, señor, de suma importancia, y para el cual es indispensable que V. M. haga uso de toda su paciencia, energía y entereza de alma.

—¡Qué lenguaje, Sandoval!

—Señor, siento decíroslo, pero es imposible callar por más tiempo si he de continuar mereciendo la estimacion de mi rey, la confianza de mi señor. Mi lealtad...

—Excusa comentarios, y entérame de cuanto acontece, que me has puesto en cuidado, y la incertidumbre molesta tanto como la desgracia.

—Ya dije á V. M. que ese aventurero Magno, del que no quisiera haberme vuelto á ocupar, desapareció de la corte, como otras veces, en busca sin duda de un orígen, ó mejor dicho, en alas de esa monomanía de que es víctima su pobre cerebro. La vida errante que llevó siempre y sus extravagantes ideas lo hicieron excéntrico, hasta el punto de empañar algunas buenas cualidades que el cielo le concedió. Eso indudablemente ha motivado que haya partido sin decir á nádie cuándo ni cómo fué, lo cual nada tiene de extraño ni es nuevo en tan aventurero marino.

—En la ocasion presente no puedo negarte la razon, duque; el dia que aparezca de nuevo, que acaso sea pronto, pienso rogarle se vuelva á Venecia y nos deje en paz con su orígen, amoríos y vida original y anómala. Es fuerte cosa que hace más de un mes no oigo hablar de otro asunto que de algo que tenga relacion con Magno. Recibo á los embajadores, y siempre hay alguno que cite un hecho ó la persona de Magno; vienen los grandes, y Magno está en las bocas de todos; voy á comer, y la reina me recomienda á Magno; entro en la capilla, y los ministros del altar deploran que se haya perdido Magno. Y tanto Magno veo, escucho y oigo, que ya estoy hastiado de Magno.

—Pues ignora V. M. lo peor del asunto de Magno.

—¿Aún hay más? ¿Tambien tú me das Magno en vez de negocios de Estado?

—Tambien, señor, por desgracia.

—Empecé sintiendo por el marino simpatías y un afecto que pocos logran de mí, mas hoy creo que le aborrezco.

—No es extraño; pero no tiene él la culpa de todo lo malo que ocurre; hay otros que hacen arma traidora y cruel de ese capitan contra V. M. y contra este su más leal y humilde servidor.

—¿Qué quieres decir?

—Señor, siempre que un monarca del talento de V. M. y de su gran penetracion atrajo á sí á alguno de esos hombres en quien juzga valor, nobleza de alma é interés sobrado para sacrificarse dia y noche por el amo que le alarga benigno su bondadosa diestra; siempre, en fin, que un soberano sábio é inteligente concedió á un hombre lo que niega á los demás, le salieron al encuentro el orgullo humillado, la envidia excitada y el enojo y rencor de gente que no se aviene á ocupar su verdadero puesto, que ambiciona lo que no le corresponde, que odia al justiciero que le niega aquello á que no se hizo acreedor.

—Comprendo la alusion, y juzgo exactas tus apreciaciones; pero no adivino...

—En el caso ántes expuesto estamos V. M. y yo.

—Ya lo sé; mas nunca me ocupé de los nauseabundos efectos de la envidia.

—Hasta ahora yo tampoco; pero ya es indispensable, en mi concepto, tomar una medida que sirva de rémora á la víbora para que no nos produzca un grave conflicto con su mortífero veneno.

—Al asunto, Francisco; concrétate más, que mi paciencia tiene sus límites.

—Señor, la calumnia se ceba ya en V. M. con saña tan horrible como injusta.

—¿De qué modo?

—Dan por hecho que Magno fué sorprendido en horrible emboscada y luégo asesinado villanamente, y añaden que crímen tan nefando fué la consecuencia de los consejos que yo doy á V. M.

—¿Quién osó elevar tanto su maldad?

—Un embajador, vários generales, algunos jefes del ejército y bastantes nobles.

—Pues ya que son mentira los unos consejos, que sea verdad el otro. ¿Qué debemos intentar ó hacer con esas víboras?

—Señor, no me atrevo...

—Duque, si tienes consideracion con mis enemigos, si les temes...

—Los odio como merecen, y si no indiqué á V. M. el castigo á que se hicieron acreedores, fué por compasion.

—Debilidad punible, Francisco.

—Pues la arrojo de mí, gran señor.

—Repito la pregunta. ¿Qué merecen esas víboras?

—Unos salir de España, otros de Madrid, y vários el estrecho espacio de un calabozo.

—¿Te enteraste bien de su delito?

—Perfectamente.

—¿Conoces los nombres de todos?

—Hé aquí la lista, señor.

El rey la cogió, leyendo fuerte:

—Mateotti, Mondragon, Gonzaga, Infantado, Alba, Quirós, Balbuena. Y siguen hasta Pantoja. ¿Este último no es un capitan que te servía?..

—Sí, señor.

—¡Hasta ese!

—Hasta ese faltó á V. M., olvidando de quién es el pan que come.

—Bien, duque, muy bien. Contra Mateotti nada se puede hacer; escribe, sin embargo, al Dux de Venecia, rogándole en mi nombre que tenga la amabilidad de reemplazarlo con otro que se concrete al estricto cumplimiento de su deber. No

escasees las seguridades de nuestro aprecio y distincion á la república y hácia la ilustre persona de su jefe.

—Comprendo; á la vez expondré las poderosas razones que tiene España para obrar de ese modo.

—Muy bien. Borra de esa lista á Mondragon y á Gonzaga; la larga carrera militar de ámbos y los eminentes servicios que nos prestaron á mi padre y á mí, unidos á su edad caduca, deben escudarlos. Les llamas, y les dices que por esta vez los absuelvo, pero que será la primera y la única; haces de los restantes lo que debes, sin exagerar ni disminuir el castigo. Si en lo sucesivo hubiera algunos otros capaces de imitar á esos que tanto me deben, les obligas á que callen de la misma manera que á estos otros.

—El ejemplo de los unos contendrá á los restantes; estoy seguro.

—¿Quieres algo más?

—Permiso para retirarme y ultimar este asunto.

—¿Qué tiempo vas á ocupar en él?

—Hoy y mañana.

—En ese caso, me voy al Pardo esta tarde, y no regresaré hasta pasados dos dias. Adios, Francisco.

—El cielo continúe inspirando á V. M.

Salió el rey, y Lerma se puso en pié, sonriendo de un modo siniestro y terrible. Luégo descendió la ancha escalera del alcázar, entrando poco después en el despacho, donde le esperaba Pantoja.

—Todo está ya arreglado, mi querido capitan,—le dijo;—mañana no habrá uno solo entre todos vuestros amigos capaz de criticar al duque de Lerma. Sentaos frente á mí, y despachemos lo urgente.

—Señor, ¿no podria saber?..

—¿Más aún de lo que os he dicho? Faltan sólo los hechos, y esos quiero que os sorprendan para que aprendais á conocerme bien; escribid.

Y comenzaron á trabajar, complacido Pantoja por creer que el duque se ocupaba de él y de sus amigos en sentido in-

verso de lo que realmente lo hacía, é indiferente Lerma y tán poco preocupado como en los dias anteriores.

A las diez se levantó el duque, diciendo al capitan:

—Dejad de escribir, y vamos al comedor.

—¿En la mesa de V. E. me he de sentar?

—Sí, á mi lado.

—Tan inmerecida honra, señor...

—Quiero, Pantoja, demostraros hoy toda mi estimacion y aprecio.

—Gracias, excelentísimo señor.

Y el capitan comió rodeado de la familia de Lerma, á excepcion de la duquesa, la cual no se presentó por hallarse hacía tiempo enferma.

Terminado aquel acto, volvieron al despacho el capitan y el duque, prosiguiendo su trabajo sin interrupcion hasta las tres de la tarde, que exclamó el segundo:

—Muy bien, amigo mio; queda orillado todo lo urgente; bien aprovechamos el dia. Ahora, Pantoja, procurad que todos esos escritos vayan á su destino; luégo avisais al alcalde de corte Ramiro, que venga inmediatamente de órden del rey, y después partís á vuestra casa, que en ella comenzareis á saber todo el interés que me tomo por vos y por vuestros amigos.

—Gracias, señor duque,—le contestó Navor sonriendo maliciosamente;—no obstante vuestra reserva, trasluzco la gracia que os vamos á deber.

—De antiguo sé yo, amigo mio, que teneis mucho talento y fina penetracion.

—Leo en vuestro semblante la mucha bondad que se cierne ya en ese noble corazon. Señor duque, Dios os hizo bueno, y el que intente obligaros á lo contrario pierde el tiempo.

—Partid, que urge la venida de Ramiro.

—Ya lo sé, y estará aquí lo ántes posible. Hasta luégo ó hasta mañana.

—Adios.

Salió Pantoja, entregando los pliegos que llevaba en las

manos á vários sirvientes del duque; por el camino se iba diciendo:

—El alcalde Ramiro es el hombre de más energía que conozco, al que sin duda encargará Lerma dentro de breves instantes la prision de Jonás y Altacima con el rescate de Magno. Irá al frente de algunos soldados del rey, los cuales mandaré yo, siendo así que me ha rogado espere en mi casa. ¡El *Dragon* en libertad, y el *Dragon* hijo de Don Juan de Austria! Corramos.

Y comenzó á andar de prisa, parándose nuevamente al poco tiempo.

—¿No es aquél Melenik?—Se preguntó.—¡Desgraciado, qué triste y meditabundo está!

Y se acercó á él, interrogándole:

—Oton, ¿dónde vas?

—No lo sé, Pantoja.

—¿Qué tienes, hijo mio? ¿Por qué humedece el llanto tu rostro?

—¡Ay, capitan, me abruma el dolor, me mata la pena! Salí de mi casa, y con paso incierto, errante, caminé, contando ¡ay! los suspiros de mi alma, los ayes de mi corazon.

—Eso me prueba que ayer estuviste en casa del marqués y no averiguaste nada.

—Teneis razon; ¡á esos malvados les concedió el cielo talento, y ellos se hicieron tan previsores, que nos cerraron herméticamente la puerta de su crímen! ¡No hay justicia en la tierra, Navor; el reino de Dios está en la gloria; aquí impera el demonio!

—¿Tú, tan valiente, y te afliges por tan poca cosa?

—Poca cosa, ¡maldicion! Cada instante que pasa dejo atrás una probabilidad contra la vida de Magno, ó un momento de pena y amargura sufridos por el hombre que más vale en el mundo.

—Alégrate, hijo mio; nuestro amigo se hallará pronto en libertad.

—¿Qué decís?

—Que al fin logré encaminar por el recto sendero al favorito, y pronto será libre el uno y estarán presos los otros.

—No me fio, capitan. Lerma no es otra cosa que la ambicion y el orgullo personificados.

—Niño, mi experiencia... ¡si lo conoceré yo mejor que tú!

—¡Haga el cielo que no os equivoqueis! Decidme algo más.

—No tengo tiempo para entretenerme; oye: yo gané al duque, éste al rey, y ahora corro en busca del alcalde de corte Ramiro, el cual, seguido de mí y de algunos soldados, pronto daremos con Jonás, Altacima y Magno. Vé tú á casa de Mateotti; entérale de mi parte de cuanto ocurre, y regresa á tu casa, que allí iremos tu amigo y yo.

—Navor, ¿será esta otra cruel ilusion desvanecida?

—Chiquillo, tu desconfianza me enoja.

—Os obedezco, pero sin participar de vuestras seguridades. ¡Que Dios os inspire!

—Estréchame, Oton. Adios.

Y cada uno se dirigió al punto que debia, evacuando ámbos sus respectivas comisiones. Después se retiraron á sus casas, aguardando en ellas la solucion del problema.

El duque de Lerma despidió á Pantoja de su despacho con la frente plegada de arrugas y una sonrisa siniestra en los labios. Luégo, dejándose caer sobre el sillon, comenzó á escribir todo lo de prisa que podia, terminando de ese modo multitud de órdenes concretas y lacónicas. Antes de acabar se presentó su hijo el duque de Uceda, preguntándole:

—¿No se come hoy en casa?

—Esperad. ¿Cómo sigue tu madre?

—Cada vez peor. ¡Hola! Veo por esas órdenes que mandais prender á mucha gente, y entre ellos á algunos amigos mios.

—Pues todos son enemigos de tu padre, y debieran serlo tuyos.

—No veo mal el arresto de los unos ni el destierro de los otros... ¡Bravo! El poder me gusta así, enérgico. Si yo fuese alguna vez consejero del rey...

—Es tu sueño dorado, hijo mio; pero te falta talento.

—Quién sabe.

En este instante se presentó un paje, anunciando:

—El Sr. Ramiro, alcalde de corte.

—Llega,—exclamó Lerma,—en el momento en que concluyo. Que pase.

Entró aquél, y después de hacer una reverencia, quedó parado frente al favorito.

—Ramiro,—le dijo,—sois el hombre en quien el rey tiene más confianza de cuantos servidores le rodean en Madrid.

—Señor, procuraré hacerme digno de la alta opinion que ha formado de mí S. M.

—Se os presenta una ocasion que es inmejorable.

—Deseo aprovecharla.

—Es difícil, y acaso tengais que luchar con eso que vulgarmente se llama deberes de amistad, conveniencia...

—Si logro el aprecio de S. M. y la benevolencia del señor duque, nada me importa lo demás.

—Así os quiero, Ramiro, resuelto, enérgico, dispuesto á todo, y es indudable que encontrareis algo más de lo que acabais de pedir.

—Ya ardo en deseo...

—Antes que os quemeis, id leyendo esas órdenes.

El alcalde le obedeció, exclamando al concluir:

—Prisiones y destierros. ¿Nada más que esto?

—¿Os parece poco?

—Sí, señor.

—¿Tuvísteis en cuenta la calidad de las personas?

—¿Qué me importa á mí?

—Muy bien; prended inmediatamente á los unos, y á presencia vuestra que salgan los otros de Madrid, empeñando los últimos su palabra de honor de quedarse en el punto que se les designa. Si alguno se resiste...

—Irá entre soldados. ¿Qué más, señor?

—A la vez participad al almirante Gonzaga y al general Mondragon, de órden de S. M., que se me presenten, el primero á las nueve de la noche y el segundo á las diez. A las once

os espero para que me deis cuenta del resultado de vuestra mision. ¿Teneis tiempo suficiente?

—Creo que sí. Las órdenes de destierro entiendo que deben ir cerradas.

—Sí, é ínterin lo realizais, vé tú, hijo mio, y haz que parta un correo á Venecia con ese pliego para el Dux. Te aguardo para que nos sentemos á la mesa.

Media hora más tarde entraba en el comedor el favorito muy tranquilo y satisfecho; su esposa estaba muriéndose, pero daba en aquel instante un golpe en el corazon de sus enemigos, y ante acontecimiento tan grande no habia cosa alguna que llamara su atencion.

El duque de Uceda, que comia frente á él, le miraba de contínuo, diciendo para sí:

—Aun cuando mi padre cree que no tengo talento, entiendo que se equivoca; su golpe de estado, más tarde ó más temprano le precipitará, y yo, que navego á todos vientos, podré al fin lograr lo que tanto anhelo, lo que disputaria á mi mismo padre.

Como comprenderán nuestros lectores, la ambicion de mando del duque de Uceda se sobreponia á la muy grande del favorito.

Terminó la comida, Lerma estuvo dos minutos en la alcoba de su mujer, movió la cabeza con disgusto, y acto contínuo se retiró á su despacho.

—Se muere,—exclamó;—que Dios la perdone, recibiendo su espíritu con bondad y ternura. Lo mismo ha de sucedernos á todos; con peso ó sin él andaremos idéntico camino, y á la postre la Misericordia divina nos cobijará á los grandes y á los chicos. Yo no tengo la culpa de haber nacido tan cerca del trono, de ser el favorito de Felipe III, ni de que mis enemigos me empujen á un terreno... ¡Qué ideas tan necias! Puesto que mi oficio es gobernar, adelante.

Y movió un timbre.

—¿Está Maldonado?

Preguntó á un ujier. Aquél le contestó:

—Hace más de una hora que espera.

—¿Quiénes más aguardan?

—Parientes y amigos de V. E., que desean saber el estado de la señora duquesa.

—¿Avisaste á mi hijo?

—El señor duque de Uceda está en el estrado con todos ellos.

—Bien, que pase Maldonado.

Y entró un palaciego, bajo de estatura, delgado, de fisonomía antipática, y tan propenso al servilismo, que á la primera reverencia estuvo á punto de besar el suelo.

—¿Qué hay?

Le preguntó Lerma. El otro contestó:

—Excelencia, S. M. el rey, mi señor, marchó al Pardo, concluido de comer.

—¿Quiénes le acompañan?

—Los que estaban de servicio nada más.

—¿Y la reina, qué hace?

—Quedaba en su cámara con dos damas de honor.

—Son las siete; adelantaos, y que le anuncien mi presencia. Marchad.

Salió Maldonado, exclamando el duque:

—Prefiero hacer compañía á S. M. á oir las plegarias que me traerán esta noche, con motivo de la gravedad de la duquesa, todos esos parientes y amigos, cuya solicitud me fastidia estos dias.

Y pidió su carroza, entrando poco después en la cámara. Allí estuvo hasta cerca de las nueve, que regresó, encerrándose nuevamente en su despacho.

No tardaron en anunciarle la llegada del general Mondragon.

—Que pase,—contestó, añadiendo para sí:—Ese viejo caduco tiene gran influencia entre el ejército, la nobleza y las masas, y será bueno contemporizar con él.

Luégo se halló frente á Mondragon, que le decia:

—Me habeis mandado llamar, y ántes de ser atropellado

por la justicia, ó la injusticia, yo no lo sé, prefiero entenderme con vos en cualquier terreno en que me busqueis.

—Yo creí, general,—contestó el duque,—que os concretábais simplemente á visitarme...

—No, obedezco una órden, y en verdad que lo hago con gran disgusto. Pero, en fin, aquí estoy, y aunque viejo, muy dispuesto á todo, Lerma, á todo.

—Siento deciros, caballero, que veis en este momento por el prisma de un error; mas me cabe la satisfaccion de que pronto lo desechareis. Sentaos á mi lado.

—Gracias, estoy bien de pié.

—Más cómodo era del otro modo; pero si preferís ésto, quedémonos así. Oidme: S. M. tiene en mucho vuestra larga y gloriosa carrera militar...

—Lerma, permitidme que os interrumpa; no os escudeis con el nombre del soberano; si vuestro corazon late como el mio, decidme franca y categóricamente lo que gusteis, que lo mismo haré yo.

—Me concreto, señor general, por el pronto á cumplir la órden que he recibido de S. M.; luégo os diré de mi parte cuanto se me ocurra.

—Bien, hablad.

—El rey, decia, tiene en mucho vuestra larga y gloriosa carrera militar, estima y considera vuestras nobles canas; mas por lo mismo que sois anciano y fuisteis el primer sosten de su trono, quiere que os presenteis perfecto.

—De antiguo sé yo que lo que algunos entienden por vicio, la mayoría lo toma por virtud.

—En la ocasion presente no tiene aplicacion el símil. Mondragon, el monarca quiere que se ame lo que él ama, que se respete lo que él respeta.

—No comprendo.

—Por sólo una sospecha vaga, incierta, inverosímil, formais pretexto para acusar al hombre en quien S. M. depositó su confianza, sin reparar que puede ser calumnia lo que vos regalais como verdades.

—Yo no entiendo esas frases, señor duque, ni sé hablar con rodeos que intentan decir mucho y que no expresan nada. Escuchad mi lenguaje: nada me importa que seais vos ú otro cualquiera el favorito de Felipe III, si bien es cierto que no debiera serlo ninguno, porque sólo el rey puede gobernar. Cuando delega aquél sus facultades en otro, no trasmite su inviolabilidad, por cuya razon, si el sustituto obra mal, se le llama torpe, y si se vale de intrigas y manejos ocultos para perder á un caballero, entónces dice la multitud muy bajo: es un miserable, y yo grito muy alto: es un villano.

—¿A quién aludís, Mondragon?

—A vos, Sandoval. Si pensásteis que desterrando á unos y encerrando á otros en oscuras mazmorras sellábais mis labios, os habeis equivocado. Desde que tuve uso de razon entré por el recto camino; de sacrificio en sacrificio llegué á los ochenta años sin mancha en mi honor, y el que jugó su vida mil veces, claro es que dice la verdad á los reyes y cuanto se le ocurra á los favoritos. No conoceis, y lo siento, el carácter español; juzgásteis neciamente que las prisiones y destierros iban á servirnos de mordaza, y han desatado, por el contrario, nuestra lengua: ayer se hablaba de Lerma en voz baja y al oido; hoy desde el palacio del grande hasta el *Mentidero* se pronuncia vuestro nombre y se os acusa por todos sin temor ni recato.

—Tened la bondad de referir aquí lo que se dice fuera.

—Con mucho gusto: se habla de la inícua sorpresa realizada en la muy ilustre persona del capitan Magno; de abusos del poder; de orgullo, de vanidad, y de una arrogancia que insulta y ofende. Y, por último, se os presenta á vos como el tipo de esas desdichas que acabo de citar.

—Anciano, estais abusando de vuestra edad y posicion.

—Duque, aquí no está el rey, ni veo órden alguna suya que me obligue á inclinar la frente; hay sólo dos hombres, ámbos ciñen espada, y áun cuando sois tan poca cosa para el general Mondragon, descenderé hasta haceros el honor de medir mi acero con el vuestro.

—Me dirigís esos insultos sin reparar que me doblais la edad.

—Tengo en cambio el corazon más fuerte que vos y el puño más seguro.

—¿Qué diria el público si yo aceptase un duelo con el caduco Mondragon?

—Diria que teneis honra. Cuando las cosas han llegado al caso que veis, los españoles no miran nunca las circunstancias del contrario para batirse con él.

—Pues yo os contesto que mañana comentareis esta entrevista en oscuro encierro.

—No me hice la ilusion de buscar otra cosa en vos; los déspotas y tiranos fueron siempre cobardes.

—Salid de aquí, general, esperando en vuestra casa, sin salir de ella, las órdenes de S. M.

—Cuando el rey me lo mande, entónces hablaremos; hasta tanto que llegue ese momento haré de vuestras frases el caso que merecen.

Y le volvió la espalda sin dirigirle la más leve reverencia.

Lerma le vió salir, cayendo sobre un sillon, sonrojado, iracundo, fuera de sí, víctima del más acerbo despecho.

—¡Maldito,—exclamó, cubriéndose el rostro con las manos;—escudado con tus glorias y caducidad, me insultaste hasta conducirme á la más negra humillacion! ¿Y qué hago yo contra ese hombre, á quien el vulgo cree un héroe, los grandes un ídolo y el rey lo más venerable del país? ¿Cómo dejar impune tamaña afrenta? ¡Ah, el poder tiene más que ninguna otra cosa su lado cruel, horrible! ¿Será cierto que las prisiones y destierros han desatado las lenguas en vez de servir de mordaza? Acaso; ese pueblo insensato lleva su osadía hasta la temeridad. ¿Me habré equivocado en el asunto de Magno? ¿Me precipitaria Jonás? Dudo, vacilo; pero ya no es posible retroceder. Empecé á vengarme, y he de continuar por ese camino sin tregua ni descanso, sin miramiento ni piedad. Mondragon llenó la copa del acíbar que han de beber todos mis enemigos.

En este instante se presentó el duque de Uceda, exclamando:

—Padre mio, venid, mi madre se muere.

—Feliz ella, que abandona un mundo tan lleno de sinsabores...

—Pero venid, señor, á recoger sus últimos suspiros.

—¿No sabes lo que acaba de acontecerme?

—Antes, señor...

—¡Me han insultado! ¡Ese viejo maldito!..

—Luégo. Ahora...

—¡Osó llamarme villano, me apostrofó, y en este instante me ahogan la ira, el despecho!..

—¡Señor, que se muere!

—Lo tenía previsto. ¡Hijo mio, es preciso que Mondragon!..

—Padre, yo no tengo corazon para dejar á mi madre que espire sin tener á su lado quien reciba el último suspiro.

Y desapareció el duque de Uceda, dejando solo á Lerma, el cual prosiguió:

—Las frases de ese hombre funesto ejercieron en mí una influencia terrible; hubo instantes en que me vi dominado por ellas, perplejo, aturdido. Cuando yo acababa de elevarme á la cúspide más alta, cuando me juzgué incontrastable, llega ese viejo y me hace rodar por el suelo, ¡por el suelo!

Y se levantó, cerrando las puertas del despacho. Luégo comenzó á pasear de prisa, añadiendo:

—No quiero ver á nádie ni oir las sandeces de persona alguna. Estoy avergonzado, ¡maldicion! ¡Qué de escollos tiene el poder; qué de amarguras la posicion elevada! Pero todo se remedia con una venganza completa, completa, y no á medias como yo la intenté. En breve llegará el amigo íntimo de Mondragon, Gonzaga, ese almirante de carácter tan impetuoso y rudo como el del otro; le tenderé una emboscada para que salga de aquí como merece. Ya no vacilo; la consideracion huyó de mí, quedando sólo en mi corazon cólera, despecho y un furor que ha de destruir á todos mis enemigos.

CAPITULO XXII.

El favorito y un alcalde.—Otra ilusion deshecha en el campo enemigo.—Complicaciones.

Cansado de pasear el duque de Lerma, se dejó caer nuevamente en un sillon, quedando como absorto en profunda meditacion. Así estuvo hasta que vinieron á distraerle dos golpecitos dados con temor en la puerta de su despacho. Al oirlos alzó la cabeza, exclamando:

—¡Qué vida, qué vida!

Y añadió fuerte:

—¿Quién es?

—Señor, el alcalde Ramiro me obliga á molestar á V. E.

Sandoval miró el reloj que tenía enfrente, diciendo:

—¡Las once, y no ha venido el almirante! Veamos qué ocurre.

Y abrió la puerta del despacho, contestando al paje:

—Que éntre ese caballero.

Poco después preguntaba al recien venido:

—¿Visteis á Gonzaga?

—Sí, señor.

—¿Le ordenásteis de parte de S. M. que se presentara á á las diez en mi casa?

—Exactamente.

—¿Qué os contestó?

—Que sólo obedeceria viendo la firma del rey; insistí, le hice presente lo grave de su falta, y me contestó sonriendo: «Sois poco para el almirante Gonzaga el favorito y vos. Salid de mi palacio, y no volvais á entrar en él sin permiso mio ó mandato firmado por S. M.

—Bien, Ramiro, muy bien. Y Mondragon, ¿qué os dijo?

—Cuando concluí de hablar me miró con altanería, lüégo con desprecio, acabando por exclamar: «Iré, y por Nuestro Señor Crucificado que ha de amargar á ese hombre funesto mi visita. Salid de aquí, que no gusto cruzar frases con *golillas* de vuestro jaez.»

—Bien, muy bien, Ramiro; sepamos ahora qué os aconteció con Pantoja.

—Señor, el capitan me aguardaba alegre y satisfecho; le mandé que me siguiera, y obedeció, colmándoos de elogios, aplaudiendo los actos de S. M. y bendiciendo á la Providencia; pero al hallarse preso, se desató su lengua, viéndome obligado á desaparecer de allí para no encontrarme en el caso de tener que ponerle una mordaza.

—¿Qué dijo, Ramiro?

—Señor...

—Hablad, yo os lo mando.

—Os trató de villano, de una plaga horrible, y no recuerdo qué de denuestos é insultos os hizo.

—Adelante. ¿Y los demás?

—Todos obedecieron en la forma que Pantoja.

—Es decir, desatadas sus lenguas.

—Sí, señor.

—¿Salieron en el acto los desterrados?

—No queda ninguno en Madrid.

—¿En dónde encerrásteis á los presos?

—En la cárcel.

—¿Juntos?

—No habiendo habitacion para cada uno de por sí, ni teniendo órden de incomunicarlos, se los entregué al alcaide para que los guardase del mejor modo posible hasta tanto que vos dispusiérais otra cosa, con sólo una excepcion.

—¿Quién es él?

—Un jóven llamado Oton Melenik, dependiente ó protegido, al ménos, del capitan Magno.

—¿Qué os sucedió con ese niño, alcalde?

—¿Niño decís? Es un tigre que nos ha dado mucho que hacer.

—Referidme el caso.

—Llegamos á su casa, y creyendo que íbamos de parte del capitan Pantoja, nos facilitó la entrada un criado italiano. Subimos, pero al llegar frente á Oton, reconocidos por él é intimada la órden de que nos siguiera, cayó sobre nosotros puñal en mano, hirió á dos alguaciles, y en verdad que si le damos tiempo acaba con todos nosotros. Felizmente íbamos ocho, el peligro dió valor á mi gente, y aunque con gran trabajo, se le pudo desarmar, quedando sujeto á los diez minutos de lucha. El maldito salta como la pantera, maneja el acero con destreza, demostrando más valor que un hombre avezado á los combates. En la primer embestida hirió á dos, segun os he dicho, y en la pelea que siguió después todos salimos malparados, siendo así que se defendió con los piés, las manos y hasta con la boca. Bien sujeto después, lo encerramos en un calabozo entre dos de los ocho, pues los seis restantes quedaron inútiles.

—¿Habló?

—Gritaba desaforadamente.

—¿Qué decia?

—Acusaba de necio y bonachon á Pantoja, y.... pero no debo...

—Continuad, que quiero conocer á todos los enemigos del rey.

—Os maldecia, juraba vengar á Magno, y tantos dicterios

le oí, que lo incomuniqué, dando la órden de que sólo le entrasen un pedazo de pan y un poco de agua cada veinticuatro horas.

—Bien hecho. Mañana habrán cesado las víboras de morder el manto de su señor. El ejemplo de lo ocurrido á los unos enmudecerá á los otros.

—Mucho me temo que suceda lo contrario, señor duque.

—¿En qué os fundais?

—En lo que he oido y estoy escuchando desde que empezaron las prisiones y arrestos.

—Si no basta con el escarmiento realizado, se repetirá este cuanto sea necesario.

—Por mi parte, haré cuanto me mandeis.

—Ramiro, desde ahora hasta las diez de la mañana siguiente enteraos de lo que se dice sobre las prisiones y destierros. Volved á esa hora, hablaremos y determinaré. Debo advertiros que veré á S. M. en el Pardo en cuanto amanezca; supongo que tendreis alguna pretension, y en verdad que os invito á que aprovecheis la oportunidad.

—Gracias, excelentísimo señor... Efectivamente, de tiempo atrás guardo en mi poder tres solicitudes, relativas á una capellanía para mi hijo el mayor, un beneficio para el que le sigue y un vinculito para mí. Hasta ahora no me he atrevido...

—¿Traeis las exposiciones?

—Aquí están; pero...

—Dádmelas. Mañana se os concederá todo.

—¡Cómo podria pagar!..

—Sirviendo al rey como hasta aquí.

—Lo que es eso, le pertenece mi vida y...

—Muy bien; hasta mañana á las diez, mi querido Ramiro.

—No faltaré, señor. Que el cielo guarde la preciosa vida de V. E.

—Adios.

Salió el alcalde muy complacido y satisfecho, pues era preciso hacerse tan necesario como él lo estaba siendo en aquel

momento para lograr las tres notorias injusticias que el duque acababa de ofrecerle.

Lerma quedó meditando algunos minutos, pasando luégo á la alcoba de su esposa. A la cabecera del lecho estaban sus hijos, el médico y tres parientes allegados. Sandoval miró á la enferma, moviendo la cabeza con disgusto; después la observó detenidamente, y cada vez ménos satisfecho de su estado, se llevó el facultativo á la estancia contigua, preguntándole:

—¿Cómo encontrais á la duquesa?

—Muy mal, señor.

—¿Debe morir pronto?

—Opino que sí.

—Lo mismo he juzgado yo, y en verdad que me sorprende esta desgracia en las circunstancias más críticas de mi vida. Decid, ¿á qué hora suponeis que podrá espirar?

—Probablemente al amanecer.

—La fatalidad parece perseguirme esta noche. Es indispensable que os quedeis con ella mi hijo mayor, un sacerdote que haré venir luégo, y vos; tambien os acompañaré yo el tiempo que pueda, saliendo luégo para el Pardo. Después procuraré regresar prontamente, y si ántes de que vuelva hubiera muerto, se lo ocultais á todo el mundo ínterin no me veais entrar.

—¿No os es dable suspender esa marcha?

—No, doctor; allí está el rey, y debo verle ántes de que espire la duquesa.

—Muy bien; impediré la entrada en la alcoba á otros que no sean los dos designados por V. E., y vivirá aquella para el resto miéntras permanezcais ausente.

—Gracias. Ahora cumplamos todos nuestro penoso deber.

El médico ocupó de nuevo la cabecera de la cama, y Sandoval, después de dar algunas órdenes, se sentó enfrente, continuando allí hasta las cuatro de la madrugada, que se puso en pié, hizo un ligero saludo á su hijo, al doctor y sacerdote, y desapareció por una puerta escusada en direccion del Pardo.

El duque de Lerma no habia sido mal esposo ni mal padre; pero desde el momento en que dejó á su ambicion que se desbordara, y comenzó á andar el camino de la vida en alas de pasion tan bastarda, faltó á sus primeros deberes, segun acabamos de ver. En las circunstancias actuales anteponia su orgullo ofendido y sed de venganza á lo más sagrado que hay para el buen esposo, para el cumplido caballero, que era recoger el último suspiro de su mujer, de la madre de sus hijos, de una compañera que lo amó siempre, partiendo con él penas, placeres, dolor y dicha. Es cierto que estuvo algunas horas á la cabecera de la cama; mas no tenía en qué ocupar aquel tiempo, por lo cual se lo dedicó á la moribunda; la miró no obstante pasar á la agonía, y adelantó su marcha. Entró, pues, en un carruaje de camino, diciendo al cochero:

—Al Pardo, y te advierto que disponemos de tres horas.

Encajonado en el fondo de su coche, dejó de pensar en la desgracia que abandonaba para ocuparse única y exclusivamente de Mondragon y de Gonzaga.

Lo mismo aconteció siempre á muchos de esos grandes hombres que, cogidos á las riendas del poder, sólo anhelan mandar, sólo piensan y se ocupan en lo relativo á su cargo. Buenos ciudadanos y mejores jefes de familia, concluyen algunos por olvidarse de sus más sagrados deberes, y en ocasiones dadas van derechos al crímen, que todo es para ellos aceptable, ménos abandonar el puesto que logra al fin hacerlos odiosos hasta para aquellos séres que no há mucho les amaban tiernamente.

Lerma llegó al palacio del Pardo á las siete en punto de la mañana, preguntó por S. M., le dijeron que iba á levantarse, y encargó que le avisaran su presencia en el momento que estuviera vestido.

—¿A qué hora llegastes, Francisco?

Le preguntó el rey sorprendido, viéndole entrar poco después en su despacho.

—Hace media hora, señor.

Contestó el favorito.

—Grave es sin duda el asunto que te trae, cuando te ha obligado á abandonar el lecho.

—No llegué á acostarme, señor.

—¿Sigue peor la duquesa?

—La dejé en la agonía.

—¿Qué sucede? ¿Entraron los turcos en mi reino, peligra la patria ó se halla amenazada mi vida?

—Nada de eso debe temer V. M.; nuestros enemigos se encuentran en Madrid y son españoles.

—Explícate, que cada vez me pones más en cuidado.

—Cumplí las órdenes que tuvo á bien comunicarme V. M. relativas á Mondragon, Gonzaga y restantes de aquella lista que me entregaron ellos mismos; mas el primero se me presentó llenándome de insultos, apostrofando á V. M. y haciéndose acreedor, en fin, con su conducta á un patíbulo. El segundo, ó sea el almirante Gonzaga, no quiso obedecer la órden de su soberano, rehusando pasar á mi casa; los restantes fueron presos ó desterrados, pero el castigo desató sus lenguas, y en verdad que la tolerancia usada con ellos hasta ahora produjo ayer los terribles efectos que yo no esperaba.

—¿Conque Mondragon nos llenó de improperios y Gonzaga se rebeló?

—Sí, señor.

—Parece imposible, duque.

—Oyéndolo estaba yo y áun dudaba.

—¿Fuiste duro con ellos?

—Al contrario; con el único que crucé algunas frases le demostré más paciencia que tuvo nunca el santo Job; él, en cambio, me desafió, la palabra cobarde me la arrojó al rostro várias veces, concluyendo por amenazarme de un modo indigno.

—Esos hombres que pasaron la vida en los campos de batalla no son como nosotros, Francisco.

—Verdad es, señor; pero conviene á V. M. sujetarlos, si ha de continuar siendo rey de todos los españoles.

—Manda al uno al castillo de Cádiz y al otro al de Bar-

celona; los restantes que digan en su destierro ó en la prision lo que tengan por conveniente, procurando que continúen así ínterin sigan hablando.

—Creo indispensable que me dé V. M. firmadas las órdenes; de lo contrario no me van á obedecer.

—Tómalas.

El rey las extendió, alargándoselas á Lerma, diciendo:

—Que vayan solos, bajo su palabra de honor, pero que salgan hoy mismo. Procura, duque, que baste con eso.

—Yo bien quisiera, señor, que no hubiesen dado á V. M. motivo para empezar, y es indudable que la tolerancia de ayer es el orígen de los castigos que deploramos hoy.

—No heredé el rigor que usaba mi padre; me he violentado al redactar esos escritos, y vuelvo, en consecuencia, á decirte que procures evitarme nuevas impresiones desagradables. Ahora parte al lado de tu moribunda esposa.

—Antes que ella y que yo está el cumplimiento de mis deberes para con V. M.

—Bien; terminados aquellos, aguarda en Madrid mi regreso.

Lerma cruzó todavía algunas frases con su señor, desapareciendo de allí. Luégo entró en su carruaje de camino, diciendo al cochero:

—Ahora haz volar esos caballos; sólo tenemos hora y media.

Y el coche corrió cuanto era posible en aquella época en que los caminos no eran buenos y las carrozas muy pesadas.

Llegó, no obstante, á su palacio en poco más del tiempo que deseaba. Seguidamente subió á la alcoba donde dejó á su mujer, hallando á su hijo, al médico, al sacerdote y un cadáver frio, yerto. Lerma exhaló un suspiro, exclamando:

—Abrid esas puertas, participando la desgracia que acaba de ocurrirnos.

Y salió de allí, añadiendo á un paje que le seguia:

—Quédate á la puerta de mi despacho, sin dejar pasar á otro que al alcalde Ramiro.

Y entrando en el sitio indicado, se sentó en un sillon, diciendo para sí:

—¡Murió la única mujer que amé en el mundo! Fué leal, virtuosa, buena madre y esposa sin tacha. ¡Dios la perdone, y dichosa ella, que abandonó un suelo tan lleno de sinsabores, disgustos y contrariedades! La muerte es el término de la vida, la consecuencia natural de haber nacido y el trance, en fin, por que hemos de pasar todos. ¡Bien hecho está!

Y se pasó la mano por la frente, como intentando arrancar una idea que le molestaba. Luégo meditó, volviendo á exclamar:

—¡Mondragon, pronto verás lo que tú vales y lo que me impusieron tus frases! ¡Y tú, fiero almirante Gonzaga, en el castillo de Cádiz te convencerás que era más cómodo venir á mi casa que hacer viaje tan largo! Pero há tiempo que dieron las diez, y Ramiro no llega. ¿Lo habrán ganado? Fácil sería, que vendido á mí, pudo comprarlo otro que diera más. Me pidió, sin embargo, anoche tanto, que no es fácil halle quien le ofrezca el equivalente. ¡Un señorío, capellanía y beneficio; bien aprovecha la oportunidad! ¡Pero tarda tanto! ¿Quién es?

—Señor,—le dijo el paje,—el alcalde...

—Que pase, no le detengas.

Y entró aquél aparentando pena y dolor.

—¡Ay, señor duque,—murmuró,—qué angustiado debe estar el corazon de V. E! Me acaban de decir que su bella...

—Sí, Dios se la ha llevado, y áun cuando dejó herida mi alma, mejor está en el cielo que en el mundo.

—Era tan buena, tan...

—Lo sé mejor que vos, Ramiro.

—Perdonad, señor.

—¿Qué efecto han producido las prisiones y destierros?

—¿Debo decirle la verdad?

—Sin añadir ni quitar.

—¡Malísimo!

—Hablad.

—Señor, ya no es sólo crítica y murmuracion lo que hoy

escuché; llegó el caso de insultar á mis dependientes, y hasta yo mismo fuí blanco de la burla.

—¿Qué dicen?

—Nos llaman torpes esbirros, contestan con carcajadas á nuestras amenazas, y en el *Mentidero* circulan coplas y libelos horribles.

—¿Nada más?

—Esta mañana mandé arrancar un pasquin, que decia:

«Aparece furiosa la privanza
Y aborta en su locura una venganza.
¡Ay del privado, si el leon dormido
despierta y lanza su primer rugido!»

—¿Quiénes dicen y hacen todo eso, alcalde?

—Los nobles y el pueblo.

—¿Luego todos saben?..

—Se comenta lo mismo en los palacios que entre las masas, y no há mucho comenzó á referirse con todos sus detalles la entrevista de Mondragon con V. E...

—Basta, Ramiro; ya sé lo suficiente. Cumplid al momento lo que manda el rey en esas dos órdenes.

Y le entregó las que trajo del Pardo. Leidas por aquél, le contestó:

—Os obedezco, señor, y que Dios me dé paciencia para oir los obsequios con que me van á favorecer estos dos terribles señores.

—En el momento que se hallen el uno en Cádiz y el otro en Barcelona, volved por el vínculo, la capellanía y el beneficio.

—Está bien. ¿Me mandais algo más?

—Terminado este asunto con la partida de esos dos señores, queda todo concluido, y os concretais á oir, ver y callar.

—Comprendo, y continúo á las órdenes de V. E.

—Adios, Ramiro.

Salió el uno, en tanto que el otro se puso á redactar dos despachos, dirigido el primero al alcaide del castillo de Cádiz y el otro al de Barcelona. Cuando los hubo concluido y cerrado, oprimió un timbre, preguntando al paje que se le presentó:

—¿Quiénes han venido?

—Extendida hace tiempo la voz de que ha fallecido mi señora la duquesa, han empezado á llegar grandes y señores de la corte. Sé que está lleno el estrado, pero ignoro lo demás...

—Entérate si entró el Nuncio de Su Santidad.

El sirviente regresó poco después, contestándole:

—No está en el estrado, y venía hácia aquí cuando me dijeron que su carroza se detenia á la puerta del palacio.

—Busca al señor duque de Uceda, y que se llegue á mi despacho.

Algo más tarde penetró su hijo mayor, con los ojos húmedos y la cabeza inclinada.

—¿Qué deseais, padre mio?

—Haz que inmediatamente salgan dos correos con estos oficios.

—¡Señor, en estos momentos!..

—Hijo, la muerte debe sembrar de luto nuestras almas, pero no puede atarnos las manos.

—Mi madre era una santa...

—Feliz ella, que disfrutará ya de una ventura de que carecemos por completo en este valle de lágrimas.

—¿Sentísteis mucho su desaparicion?

—Más que tú.

—No llorais.

—Por esa razon, hijo.

—Entónces, señor, suspended por nueve dias al ménos...

—Obedece sin vacilar.

—¡Pero, padre!..

—Basta con que des la órden á tu secretario. Luégo acompañas al Nuncio hasta aquí.

—Y vos, ¿no salís?

—En el momento que despache con el representante de Roma. ¡Qué dias me esperan!

—¡Ay, qué noche pasé!

—No tardes.

— Bien, haré lo que me encargais.

Y salió. Lerma se puso en pié, esperando así la llegada del Nuncio, al que recibió en sus brazos, diciéndole:

—Perdonad, amigo mio, si la honda pena y el profundo dolor me impidieron recibiros donde debia. Aquí, solo con vos, podré dar rienda suelta al amargo llanto que baña mi alma.

—Vamos, duque, tened valor y resignaos ante los decretos del Altísimo.

—No puedo, no puedo.

—Es indispensable. Yo bien conozco que la pérdida es irreparable, el daño sin igual; pero á lo que Dios hace, el hombre se inclina.

—Cierto. ¡Ay, qué vacío, qué presente, qué porvenir!

—En la religion hallareis remedio á vuestro mal.

—Eso quiero, eso deseo, es la idea que me domina desde el momento que me hallé en el mundo sin el ángel que guió mis pasos, endulzó mi vida y me acompañó dia y noche. Sentaos junto á mí; permitidme que estreche vuestra mano. ¡Ah! me parece ver en su digno representante á nuestro amado Pontífice, y la bondad con que me mirais augura un remedio, aunque sea lejano, contra mi justo dolor.

—Hablad, señor duque; soy vuestro amigo, y si hallase medio de neutralizar los malos efectos de una desgracia tan grande, estad seguro que me apresuraria á emplearlo.

—Yo amaba á mi mujer con delirante pasion; teniamos una sola voluntad, y al perderla me quedé sin la mitad del corazon. Ya, áun cuando no soy viejo, jamás dirigiré ni una leve mirada á ese sexo que tanto bien me prestó, que tanto mal me ha dejado.

—Sois el hombre más poderoso de España, y junto al bondadoso Felipe mitigareis...

—No, no es ese el camino; sólo la religion puede ampararme.

—Esa es la base; después el rey, vuestros hijos...

—No, la religion y sólo la religion; quiero, anhelo, deseo pertenecer á vuestra clase.

—¡Ah!.. No creo sea difícil que el Santo Padre os nombre

cardenal. Al contrario, lo hallo facilísimo, si vos, interponiendo vuestra poderosa influencia con D. Felipe...

—Cuanto querais; pero es indispensable que yo pueda usar el capelo ántes de un mes.

—Mañana saldrá un correo para Roma.

—¿Y por qué no hoy?

—Son las once; partirá á las tres de la tarde.

—¿Y vendrá?

—Y vendrá; pero...

—Hablemos de mi desgracia, y en cuanto el novenario termine, S. M., bondadoso siempre y sumiso ante el Padre comun, os complacerá, no lo dudeis.

—Entónces, señor duque, empiezo á consolaros.

Y continuaron hablando más de media hora.

El favorito supuso con sobrada razon que la tormenta provocada por él era susceptible un dia no lejano de lanzarle alguno de sus muchos rayos, y se proponia guarecerse debajo de un capelo. La ira, cólera y despecho que le produjeron los acontecimientos anteriores no eran suficientes á ofuscarle lo bastante para que él desconociera lo mucho que exponia luchando contra la opinion pública y contra los primeros magnates, por cuya razon demostraba en estos instantes gran interés, el cual no cesó hasta hallar seguridad en la retirada que buscaba.

—No me he de casar,—se decia;—nada pierdo con mi título de cardenal, y puede proporcionarme que gane hasta la vida, si es que llega á estar amenazada. Conseguido mi objeto, lucharé contra mis enemigos más allá de lo increible, y luégo, si perdiera, escondido en mi redil, poco ó nada podrán hacerme.

Olvidaba, no obstante, el célebre duque, que tenía pasiones, un corazon muy impresionable, y que la vida en perpétuo martirio es bastante peor que la muerte.

Más tarde despidió al Nuncio, y entrando en el salon donde se hallaba el duelo, empezó á desempeñar su papel de viudo, revestido de una modestia hipócrita, modestia que no debia abandonar en la forma.

Dejémosle que, rodeado de su familia y amigos, siga aparentando durante el novenario un dolor y sentimiento que no tiene, y sepamos nosotros qué ha sido de nuestros amigos Pan toja y Melenik.

Debemos, sin embargo, decir ántes que Mondragon y Gonzaga, en cumplimiento de las órdenes del rey, partieron el uno á Cádiz y el otro á Barcelona, donde fueron encerrados en sus inexpugnables castillos.

CAPITULO XXIII.

Oton en un calabozo.—Filosofía extraña.—El carcelero.—Un niño con todas las trazas de hombre.

NUESTRO sistema carcelario nunca ha sido bueno; á pesar de nuestra proverbial hidalguía, miramos siempre en el reo al delincuente, con el cual solemos tener pocas consideraciones. Esto motivó, sin duda, el que de antiguo careciésemos de edificios donde alojar á los presos segun sus clases, categorías, y hasta teniendo en cuenta las faltas, delitos ó crímenes que los puso bajo la espada de la ley.

En la época que pasa nuestra historia habia en Madrid, además de la Inquisicion, una casa grande y desmantelada llamada cárcel, donde se encerraba lo mismo á los ladrones que á los asesinos, sin excluir tampoco á aquellos que detenian por sospechas, faltas leves ó cosas que no guardaban analogía alguna con el robo ni el asesinato.

Para los nobles, sin embargo, no habia edificio destinado; pero se les encerraba en las casas de algunos funcionarios públicos ó de particulares, convirtiendo de este modo en alcaides á grandes señores, los que, á su pesar, se veian obligados á sufrir las consecuencias de tener que dar dia y noche casa,

mesa y, lo que es peor, una vigilancia perpétua al infortunado que le regalaban como objeto de confianza.

Habia sus excepciones, y con Pantoja y restantes compañeros se hallaron forzados á hacerla, por ser muchos y no cuidarse el favorito de proporcionarles mejor alojamiento, vista su actitud hostil en lo relativo al nombre y fama del duque. Eran más de treinta; los metieron en el piso principal de la cárcel pública, dándoles un salon para todos y separadamente una celda á cada dos, que ellos pagaban y hasta les permitian adornar con algunos muebles indispensables. Al arresto siguió la humillacion consiguiente de verse confundidos entre criminales, pues si bien no osó ninguno acercarse á ellos ni pisar el salon donde estaban, en cambio habrian hecho uso de su derecho penetrando allí cuando les conviniera.

No todos se hallaban sueltos y acompañados: el infortunado Melenik fué arrojado al fondo de un sótano, llamado calabozo, húmedo, frio, y donde sólo tenía la poca claridad que le entraba por un tragaluz, un colchon de paja, sitial, agua en abundancia y rancho escaso y mal condimentado. Le sujetaron además con una cadena larga que le permitia sentarse y hasta andar tres ó cuatro pasos.

La descripcion que habia hecho de su arresto el alcalde Ramiro, era exacta: Oton fué sorprendido en su casa; pero al verse rodeado de alguaciles é intimada la rendicion, daga en mano cayó sobre los agentes del Gobierno, dando puñaladas á derecha é izquierda hasta que lo sujetaron y sucumbió al número. Inutilizó, no obstante, á seis, y de no haber sido tan reducida la habitacion, mata á los ocho; pero no pudo revolverse bien, y un forzudo *golilla* logró aprisionarle, miéntras otro lo desarmaba, y entre los ménos lesionados le ataron, conduciéndolo á la cárcel. En las primeras horas de prision la ira y el despecho le atormentaron cruelmente, pero poco á poco fué resignándose, hasta exclamar:

—Me alegro que haya sucedido así; la tontería de Pantoja en creer verídicas las frases y bondad del favorito me va á

proporcionar la dicha de morir sin faltar al juramento que hice á Magno, sin que aquél tenga derecho en el otro mundo á pedirme cuenta de un compromiso que la justicia de los hombres ¡sublime justicia! no me ha permitido cumplir. Dí nueve puñaladas, me sentenciarán á muerte, y espiraré en un patíbulo. ¿Y qué más da que el verdugo me agarrote ó que un puñal ó espada atraviesen mi corazon? Todo es morir, y la forma me importa poco. Felizmente no tengo padres, hermanos ni parientes á quienes pueda humillar mi cadalso, y á mí me es indiferente ese ú otra clase de verdugo. ¡Magno, Magno mio, á tí ya te habrán muerto, y estoy seguro que me aguardas impaciente! Te acostumbraste á mi conversacion, á mis caricias, como yo á tus consejos, y la verdad es que no nos es dado pasar al uno sin el otro. Como tarden en sentenciarme, estrangulo con esta cadena al primero que éntre en mi prision; si juzgan que es poco lo que hice, yo les daré motivo de sobra para que me despachen pronto. ¿Qué veo ahí? ¡Un jarro con agua! ¡qué negro, qué súcio, y qué turbia! Pero tengo sed, y el estómago es ciego. Adentro.

Y bebió, continuando:

—Me encuentro cansado; ya lo creo, luché con los *golillas* desesperadamente y hasta que se agotaron mis fuerzas. Pero tengo cama, y voy á dormir tranquilamente unas cuantas horas. ¡Diantre, qué colchon! Su paja es más vieja que yo y tan endurecida como la piedra. ¿Y la almohada? Búscala, que perderás el tiempo. No estoy mal del todo; en mi niñez dormia sobre las arenas del mar Caspio, teniendo por lecho el mundo y por sólio el cielo. ¿Quiénes habrán ocupado esta cama ántes que yo? Necia pregunta; bandoleros y asesinos; hombres llenos de remordimientos y que temian á la muerte por esa misma razon, en tanto que yo la aguardo tranquilo y resignado. ¡Cómo va el sueño poco á poco embargando todas mis facultades! Voy á dormir. ¡Dios mio, yo podia ser rico, opulento, esposo de la mujer más bella que existe, y todo lo desprecié por mi Magno, por un acto de gratitud! ¡Ya que en este mundo soy víctima de la injusticia y maldad de los hombres,

inspírame Tú, dame fuerza y no abandones á este infortunado huérfano, que tanto te ama, en los pocos dias que me restan de vida.

El sueño cerró sus párpados, quedando sosegado.

Cinco horas después se corrieron los cerrojos de su prision, entrando en ella el carcelero con agua, rancho y un pedazo de pan negro. El recien llegado penetró con precaucion, le cambió el jarro cási vacío por otro lleno, le puso el pan y una cazuela en el suelo, y quedó mirándole.

—¡Qué guapo es!—exclamó;—tendrá diez y ocho años, y segun cuentan, ha demostrado un valor que le envidian los más atrevidos. Quisiera hablar con él; sí. ¡Pobre muchacho!

Y gritó:

—¡Ah del número once!

Aquella voz despertó á Oton, el cual de un salto se puso en pié, preguntando:

—¿Quién es?

El carcelero se echó atrás hasta quedar fuera del alcance del preso.

—Soy yo,—le contestó,—que te traigo pan, agua y rancho.

—Ya, un brebaje que no aceptará mi paladar.

—Si tienes dinero, te traeré lo que pidas.

—Al desarmarme limpiaron mis gregüescos. Por lo visto el oro que llevaba cometió algun delito, y quedó encerrado en el bolsillo de un alguacil.

—Si hubiera quien te prestara.

—Tráeme papel, tintero, y lo pediré.

—Estás incomunicado, y te prohiben escribir.

—Pues llégate á la embajada de Venecia, y di al caballero Mateotti, de mi parte, que te entregue cien ducados.

—No me hará caso.

—Inténtalo.

—Bueno, lo consultaré...

—Mejor era que lo hicieses sin enterar á nádie; sabiéndolo yo sólo no hay temor de que se descubra; me darán garrote en el presente mes, y conmigo irá el secreto á la tumba.

—Ni en un año; como eres extranjero, ignoras que aquí andan esas cosas muy despacio.

—Pues no me agrada la noticia.

—¿Deseas morir?

—Sí.

—¿Por qué?

—¡Vaya una pregunta! Porque me cansa la vida.

—Es decir, que estás desesperado.

—Una cosa parecida.

—Entónces, ¿para qué quieres el dinero?

—Para no alimentar la corta existencia que me queda con ese bodrio que me has traido.

—Dicen que eres muy valiente.

—No lo creas; debí dar fin de ocho alguaciles, y no pude; ¡si hubiera sido Magno!

—¿Dónde se halla ese famoso marino?

—Lo ignoro.

—Pues tú vivias con él.

—¡Qué curioso eres!

—Te desperté porque tenía gusto en hablar contigo.

—¡Ay de tí si el leon se enfurece!..

—Estoy fuera de su alcance.

—Nada temas, que necesito de tí, y yo sólo combato á mis enemigos. Acércate.

—Bien estamos así.

—Tu miedo me infunde desprecio.

—Parece imposible que tengas una cara tan guapa y un corazon tan duro.

—Lo convirtió en pedernal la maldad de los hombres.

—Con qüé rabia lo dices.

—Hablemos de lo que importa; si me traes los cien ducados, te ragalo diez.

—Te doy palabra de intentarlo.

—Mateotti sabrá ya que estoy preso: dile quién eres, que no me dejan escribir, y si duda, que te acompañe un veneciano.

—Veremos.

—No tardes, porque yo no como esos garbanzos.

—Aprovecharé la primera oportunidad.

Y salió de allí resuelto á obedecer.

Melenik cogió la cazuela con el potaje, y la arrojó á un extremo de su calabozo; lo mismo hizo con el pan, y bebiendo agua, se volvió á tumbar, exclamando:

—Dormiré; el sueño se parece á la muerte, y ya es cosa de irse acostumbrando á abandonar la existencia. ¿Vivirá Magno? Lo dudo; pero no estando seguro de que le han asesinado, es un crímen el que yo anhele la tumba! ¡Pantoja tiene la culpa; su credulidad me perdió, y!.. ¡Si yo pudiera romper esta cadena! ¡Qué eslabones tan duros! ¿Qué es esto? Se mueve uno. ¡Ah! Pues ya tengo en qué entretenerme.

Y comenzó á forcejear, añadiendo:

—Nada pierdo con huir, y mucho puedo ganar. ¡Qué loco soy! Los acontecimientos trastornaron mi cerebro: primero quise morir, ahora me halaga la esperanza de salvarme. ¡Pobre género humano! ¡Cómo corre por el mundo dudando de todo y desconociendo lo que más le importa saber! Me canso; las fuerzas me abandonan, y este eslabon no cede. ¡Há tantas horas que no como! Dormiré, y cuando haya cobrado aliento, entónces será otra cosa.

Al siguiente dia entró nuevamente el carcelero provisto de una cesta con viandas, y se quedó frente á él mirándole.

—¡Qué descolorido estás, Oton!—le dijo.

—El hambre y la debilidad me matan.

—¿Qué hiciste del pan y del rancho?

—Lo arrojé contra la pared.

—Ahí están efectivamente.

—¿Viste al embajador?

—Sí.

—¿Te dió el dinero?

—Al instante, pero entregándome sólo la mitad.

—No lo creo; te has propuesto que partamos...

—¡Qué cosas tienes! Te traigo jamon, huevos y bacalao; pan blanco y dulces. Gasté cinco ducados.

—¡Qué caro!

—No lo creas; aquí tienes cuarenta y cinco.

—Coge el pico, y no me vuelvas á traer más rancho.

—Me ofreciste diez.

—Ya has tomado por lo ménos cincuenta y tres.

—Te juro...

—No ofendas á Dios.

—¿Qué te traigo mañana?

—Una comida abundante. Marcha.

—Hoy tienes peor humor que ayer. Adios.

Quedó solo Melenik, con la cabeza inclinada y en actitud de meditar. De pronto alzó la frente, exclamando:

—¡Ladron, me has robado sin que te moviera á piedad el infortunio de que soy víctima! Fácil era que el caballero Mateotti atendiese mi súplica á medias; pero me alegro, que de ese modo tendré yo con él la misma compasion que me demuestra.

Y sentado sobre el colchon, comió hasta quedar completamente satisfecho.

—Guardaré,—añadió,—esta mitad que me sobra para luégo. Ahora voy á trabajar.

Y comenzó á mover el eslabon sin tregua ni descanso.

—Recuperé las fuerzas perdidas,—dijo.—¿Cede? Vaya si cederá; es cuestion de paciencia, y luégo de formar un plan que ya vislumbro en lontananza.

Y prosiguió dos horas, hasta que, rendido, se acostó, añadiendo:

—Voy á dormir; comeré más tarde, y ya no descanso hasta que destruya ese eslabon ó las yemas de mis dedos.

Siete horas después se sentó sobre la cama, murmurando:

—Es de noche, y me hallo completamente á oscuras. No importa; buscaré á tientas la cesta; aquí está, y comeré á lo ciego.

Así lo hizo, dando fin de cuanto le quedaba.

—Ni más gana, ni más alimento; apuré hasta el agua. Ahora, á trabajar.

Y siguió de nuevo forzando el eslabon con los dedos; así permaneció mucho tiempo.

—Es indudable,—se decia,—que esta cadena empezó á ser cortada con una lima tan delgada como el filo de mi puñal; pero quedó una parte, y esta me va á molestar más de lo que creí. ¡Si yo pudiera darle un golpe! ¡Oh, con un golpe pronto saltaba, y las pobres yemas de mis dedos cesarian de sufrir! Probemos de otro modo.

Y cogiendo el pedazo de la cadena que colgaba, comenzó á dar con uno de sus eslabones en el que estaba empezado á limar. A las tres horas, exclamó:

—Me canso otra vez; ¿lograré mi objeto? Empiezo á dudar. ¡Maldito! ¡Toma, toma! ¿Qué es eso? Principia á ceder. ¡Ah, flaqueza mia, yo te ahuyentaré! Vencí. No está rota del todo, pero al más leve esfuerzo se quiebra el eslabon por un lado, y me veo libre del hierro que me aprisiona. Dejémosle así hasta el momento dado.

Y se recostó, prosiguiendo:

—Mañana es el noveno dia; al siguiente debe regresar Jonás. Esta prision me ha evitado el que me muera de hastío y desesperacion en los dias que van trascurridos. Mañana por la noche salgo; luégo averiguo si vive Magno; en caso afirmativo le busco y salvo, y en el contrario, mato á Jonás, á Altacima, al duque y á todos aquellos que se empeñen en evitar el que dé una sola puñalada. Voy á formar mi plan. ¡Oh, no sé por qué me embarga esta noche una alegría que no tuve hace tiempo! Lo comprendo; es que poseo lo suficiente para romper mi cautiverio. Por lo mismo que el hombre ama su libertad, la suerte le condena á ser esclavo: esclavo de sus deberes, esclavo de sus necesidades, á veces de sus vicios: esclavo por su propia voluntad, y esclavo porque hombres sin corazon ni piedad se lo imponen; la esclavitud empieza en las razas y concluye en el individuo. Pensemos.

Y quedó meditando largo rato. Luégo se acostó, tornando á dormirse, hasta que un rayo de la poca luz que entraba en su mazmorra vino á despertarle. Entónces reconoció el eslabon

de la cadena, vió que no se habia equivocado, y aguardó tranquilo la llegada del carcelero.

A las diez crujieron los cerrojos, y entró aquél provisto de otra cesta.

—Buenos dias, Oton,—le dijo;—hoy no te quejarás.

—¿Qué me traes?

Le preguntó el georgiano.

—Dos panecillos, tres pedazos de lomo, un pollo asado, aceitunas, ensalada, dulces, almendras y nueces.

—¿Nada más?

—¿Aún te parece poco? Gasté seis ducados.

—Necesito para tan opíparos manjares una botella de Jerez.

—Te cuesta dos ducados.

—Te daré cuatro por ella, y son diez.

—Sí, pero me está prohibido que éntre vino á los presos.

—Esperas á que sea de noche, y nádie te verá.

—Tienes razon. Echame la otra cesta, y te alargaré la que traigo.

—¿Aún me tienes miedo?

—Sí.

—Mal hecho; vamos á concluir amigos íntimos. Allá va.

—Dame los diez ducados.

—Cuando me traigas el vino.

—¿Dudas de mí?

—Por si acaso.

—Te juro que tendrás la botella.

—¿A qué hora cierran la puerta de la cárcel?

—A las ocho.

—¿Me la traerás ántes?

—Pienso volver á entrar á las siete.

—Pues si cumples tu palabra, recibirás algo más de diez ducados.

—Cuando te se acabe el dinero, me lo dices, y visitaré otra vez al embajador.

—¿Qué has oido acerca de mí?

—Nada.

—¿Me están formando causa?

—Probablemente.

—¡Qué prisa se dan!

—Es negocio para más de un año. ¿Hasta cuánto te prestará el embajador?

—Todo cuanto le pida, siendo así que me da lo mio.

—¿Tan rico eres?

—Poderoso. Mi amigo y protector Magno me regaló millones.

—¡Millones! ¡Qué barbaridad! ¡Lástima es que te dén garrote!

—Eso está por ver.

—Oye, aquí con dinero...

—Por supuesto.

—Cuando te pongan en comunicacion, yo te haré compañía, sirviéndote á la vez cuanto me pidas.

—¿Incluso vino?

—Claro está.

—¿Y la prohibicion?

—Se esconde entre la tolerancia. Yo haré provision de botellas en mi cuarto, y á todas horas lo tendrás.

—Es raro que nádie se haya presentado á tomarme declaracion.

—Aún tardarán cuatro ó seis dias. Te voy á dar un consejo. Cuando vengan procura á un descuido guiñar el ojo al escribano; que te provea el señor Mateotti de metralla... ¿Entiendes?

—¿Ha muerto alguno de los alguaciles?

—No; pero dos están muy malos, y eso es lo peor del negocio.

—Todo se arreglará.

—Han solicitado verte el capitan Pantoja y cuantos le acompañan.

—¿Están presos?

—Ya lo creo; hay más de treinta.

—¿Dónde se hallan?

—Arriba, en el salon que hay detrás de la alcaidía.

—¿Qué hacen?

—Comen y beben á lo príncipe, juegan, y dicen unas cosas del señor duque de Lerma y de la corte, que tienen asustado al alcaide.

—¡A buena hora le conocen! Son imprudentes y torpes hasta lo infinito. Parece que te acercas; desecha el miedo, hombre.

—Bien pensado te hago falta, y no debo temer nada de tí.

—Claro es. ¿Estás desocupado ahora?

—Sí, ya se ha hecho la limpieza y dimos el primer rancho.

—¿Somos muchos presos?

—Quinientos diez y siete.

—¿Y dónde los meten?

—La mayor parte están hacinados como uvas en banasta.

—Pues yo me encuentro bien ancho.

—En este calabozo siempre encierran á uno solo.

—¿Quiénes me precedieron?

—En mi tiempo sólo he conocido á dos, Juan el *Bandido* y Tomás el *Zurdo*. Ambos fueron desde esta oscura mazmorra á la capilla.

—¡Buenas alhajas serían!

—Ladrones en despoblado y asesinos.

—¿Usaron este mismo colchon?

—Sí, y ese taburete. El último nos dió mucho que hacer; rompió una cadena, se le puso otra, y al reconocerle por segunda vez le hallaron un puñal y una lima de oro.

—¿Quién le proporcionaria todo eso?

—Algun alguacil; tenía dinero y protectores.

—Sin perjuicio de lo cual, lo agarrotaron.

—Era muy malo; su nombre corria por todas partes; con aquel se dieron bastante prisa.

—Pues es extraño.

—Le mató la indignacion popular.

—¿Ya te vas?

—Sí, tengo que hacer algunos recados, y si mandan á otro perderé la propina.

—Y el exceso de la cuenta.

—¡Qué bromas tienes!

—Pon el doble lo menos; los ricos debemos dar á los pobres.

—Eso digo yo; pero con todos no se puede, que hay algunos muy conocedores de los precios.

—Que lo paguen los ignorantes.

—¿Me das los diez ducados?

—¿Traerás la botella esta noche?

—Te lo juro.

—Tómalos.

—De tu mano, para que veas que no te tengo miedo.

—Aun cuando la compres hoy, no la entres hasta la noche, que pudieran verte, y quedarme yo sin probarlo en lo sucesivo.

—A las siete en punto.

Salió el carcelero, y Oton, sacando las viandas de la cesta, dió principio á su almuerzo.

A las cuatro de la tarde comió, y sentado en el taburete, estuvo una hora más, que tardó en anochecer.

—Ya es tiempo.

Exclamó, y dando el último golpe con un eslabon al que tenía quebrantado, le rompió, añadiendo:

—¡Libre; ya estoy libre de esa cadena!

Y comenzó á pasear aceleradamente, murmurando:

—El hombre no ha nacido para verse amarrado como la fiera. ¡Qué alegría me producen estos paseos! ¡Si en pos de mi libertad estuviera la de Magno! ¡Locura, insensatez! En cuanto un hecho cualquiera viene á mejorar la precaria situacion del sér humano, ya ansía otro, y ciento, encastillándose poco á poco en el alcázar de las ilusiones. Tal delirio suele producir la pérdida del único bien que le concedia el destino, pero á mí no ha de sucederme eso; jugué la vida, y la perdí; tengo un plan, es indispensable comenzar su realizacion, y

luégo que resulte lo que quiera. Ya adquirí la calma necesaria; imitaré al *Dragon*, y si nada logro de lo que quiero, quédeme al ménos el derecho de culpar al destino, á esa infausta suerte que desde la orilla del mar Caspio me trajo á Madrid, esclavo unas veces, libre otras, y sufriendo por lo comun el peso de su terrible mano de hierro.

Y continuó meditando con la misma sangre fria y reflexion que pudiera hacerlo un anciano. Melenik, además de la belleza corporal, innata en los hombres de su raza, debia á la Providencia dotes que ya empezaban á envidiarle muchos de los que le conocian.

Al oir las siete campanadas de un reloj que no debia estar muy léjos de allí, se colocó á tientas en el rincon de la puerta de salida, de modo que al abrir el carcelero quedase oculto á su mirada.

En tal postura esperó diez minutos.

Luégo oyó pisadas, y contuvo hasta la respiracion. Los rayos de una luz artificial penetraron por la cerradura, crujió el hierro, y un instante después apareció el carcelero, llevando una linterna en la mano izquierda y la botella de Jerez en la derecha.

Al abrirse la puerta quedó Melenik efectivamente detrás; pero al dar el primer paso por el calabozo el carcelero, la cerró aquél, cayendo sobre su víctima, sin dejarle tiempo para nada. Con el puño le hirió en la sien; la luz se apagó, rodando por el suelo en union de la botella. Oton le tumbó, y arrastrándole dos varas, le golpeó con los eslabones de la cadena que ántes le sujetaba á él.

—Ya tiene bastante,—exclamó.

Al infeliz carcelero, sorprendido, confuso y herido después, le faltó la voz; más tarde le impedia el uso de la palabra una conmocion cerebral pasajera, pero que debia privarle de la razon por algunos minutos.

—No quiero matarlo,—añadió el georgiano,—que á este desgraciado le sobra con su mala suerte. ¿Cambiaré su traje por el mio? A oscuras sería larga la operacion, y no me con-

viene perder tiempo. ¡Toma, miserable, los pocos ducados que me dejaste, y hasta después ó hasta la eternidad!

Y en cuanto le hubo arrojado las monedas que le quedaban, huyó de allí, dejando al carcelero tendido en tierra y abierta la puerta.

A tientas cruzó un pasillo estrecho y largo, subiendo más tarde la escalera que conducia al piso bajo. Ya en éste, quedó parado, meditando un segundo.

—Todo depende,—exclamó,—de la osadía, de la brevedad. Oigo hablar; la salida es por allí. Si tuviera un puñal... No importa; sin él me he de abrir paso.

Y corrió, gritando:

—¡Fuego! ¡fuego!

De este modo llegó al zaguan; el alcaide, que estaba parado en medio, le salió al encuentro; Melenik le dió tambien un golpe en la sien y escapó, sin dejar de gritar:

—¡Fuego! ¡fuego!

—Un momento despues doblaba la primera esquina, y sellando los labios, corrió como el huracan.

La noche estaba oscura, las calles solitarias y la nieve caia en aquellos instantes en menudos copos que blanqueaban el suelo y los tejados.

A los cinco minutos se detuvo, miró atrás, y no viendo á nádie ni escuchando ruido alguno, exclamó:

—Si me siguen, perdieron la pista. ¡Bravo! ¿Dónde estoy? ¡Ah, sí; este es el palacio de Osuna! Entónces, por aquí, que importa ganar tiempo.

Y corrió nuevamente hasta dar un salto que le puso en medio del zaguan de la embajada de Venecia. Habia luz, el portero quiso detenerle, pero no le dió tiempo para nada, y entrando en las habitaciones interiores, anduvo con osadía y celeridad hasta que logró encontrarse frente á frente de Mateotti.

—¡Melenik!

Exclamó aquél, reconociéndole.

—¿No estabas en la cárcel?

Le preguntó.

—Sí.

Contestó el georgiano con calma.

—¿En el calabozo de los sentenciados á muerte?

—Sí.

—¿Amarrado con gruesa cadena?

—Sí.

—¿Incomunicado?

—Sí

—¿Te escapaste?

—Ya lo veis.

—¿De qué modo?

—Rompí el hierro que ligaba mis carnes; tumbé al carcelero, dejándole sin sentido. Luégo atropellé al alcaide, y saltando como la pantera, vine aquí á pediros hospitalidad, noble caballero.

—Te la daré completa, digno discípulo de Magno.

Y poniéndose en pié, corrió por su casa, gritando:

—Cerrad la puerta del zaguan; armaos; tended el pabellon de Venecia en la escalera, y el que ose penetrar, que pase por encima de él y de vuestros cadáveres. ¡Ay del que dude ó tarde en obedecer! Desde aquí os miro.

Cinco minutos después estaban las puertas cerradas y once hombres, detrás del pabellon veneciano, armados de mosquete y espada.

Satisfecho Mateotti, volvió adonde estaba Melenik, al que halló recostado tranquilamente sobre un mullido divan.

—Perdonad, señor embajador,—le dijo el georgiano,—si permanezco en esta postura. Mis carnes están cubiertas de cardenales de los golpes que recibí en lucha con los *golillas,* mis miembros entumecidos de la inmovilidad á que me condenaron, y doloridos mis huesos de un colchon de paja que parecia de madera.

—Estás en tu casa, Oton; mandas tanto en ella como yo, y todo cuanto hace el valeroso niño, lo aplaude Mateotti.

—Siempre el mismo tema; niño, chiquillo, muchacho;

¡maldicion! Pero lo dice el hombre á quien yo más estimo después de Magno, y está bien dicho.

—Ya no sales de esta casa.

—Sepamos ántes: ¿qué noticias teneis de mi amigo y señor?

—Ninguna; continúa el misterio, en tanto que ese favorito, á quien Dios confunda, aprisiona á unos y destierra á otros, sin que haya quedado libre en Madrid más amigo de Magno que yo.

—Y yo. En ese caso permaneceré á vuestro lado muy pocos minutos.

—¿Dónde intentas ir, insensato?

—A salvar á Magno, si es que vive.

—Vas á perderte otra vez, y te matarán.

—Me cansa la vida.

—Muerto ó vivo el *Dragon*, te se presenta un porvenir risueño, Melenik.

—Esa risa se parece á la carcajada de Lucifer, Mateotti.

—Quédate conmigo; yo te defenderé, y entre los dos se harán las averiguaciones necesarias.

—Señor, os agradezco vuestro interés por mí; admiro la nobleza que llevan vuestras acciones, y es indudable que en esta embajada estaria querido y respetado; pero es el caso que tengo formado mi plan, y por nada en el mundo desistiria de él.

—¡Infeliz, aún te parece poco lo que has hecho y sufrido!

—No me cuido de eso, ni mis ideas se contraen á otra cosa que á salvar á Magno ó morir.

—¿Comprendes bien lo que dices?

—Como vos.

—¿Sabes las dificultades que se oponen para la realizacion de lo uno y cuán fácil es lo otro?

—Sí.

—¿Y no te asusta el cuadro?

—No.

—Niño, me vas á obligar á que te encierre en esta casa...

—¡Já, já, já! ¡Que no sé yo escalar, romper cadenas, dar

puñaladas y abrirme paso! Señor embajador, vos amais al *Dragon* cási tanto como yo, y por más que os interese mucho este infortunado huérfano, no podeis ménos de alegraros en el fondo de vuestra alma de que yo corra á salvarlo.

—Verdad es; pero como todo lo ignoras, sólo conseguirás ser víctima de tus enemigos, y esa idea me horroriza.

—Hoy sí, pero mañana todo lo sabré.

—¿De qué modo?

—¿No recordais que mañana debe llegar Jonás de Alaejo?

—¡Es el décimo dia! Cierto; pero si ese hombre te descubre...

—Para eso me dareis un puñal tan fuerte como el mio, aquel que me arrancaron los *golillas*.

—Sí que te lo regalaré, y cuanto quieras.

—¿Convenís conmigo en que debo?..

—Lo deseo y lo temo á la vez. Parte, sí, pero ántes pídeme lo que necesites.

—¿Habeis sellado la casa y objetos que pertenecen á Magno?

—Todo.

—En la gaveta, cuyo secreto conoceis, está su testamento, en el cual me deja por heredero en union de Otilia; junto á ese papel hay oro, brillantes, perlas y otros objetos preciosos; mandad á vuestro secretario que me traiga dos mil ducados y algunos brillantes. Con eso y vuestro mejor puñal, tengo bastante.

—Bien, mañana nos ocuparemos...

—¿Qué decís, señor? Antes de que llegue Jonás me es fácil penetrar en su casa, buscar dónde esconderme, y estando él aquí será imposible.

—Vas discurriendo admirablemente. Aguarda.

Mateotti movió un timbre, mandando al paje que se presentó que se enterara de lo que acontecia en la calle y viniera el secretario á darle parte.

Poco después entró aquél, diciéndole:

—Señor, nádie osó acercarse á la puerta de vuestra casa,

pero á alguna distancia se ven bultos de hombres embozados, que indudablemente la vigilan.

—Muy bien; retiraos.

Le contestó Mateotti, añadiendo:

—¿Lo oyes, Melenik? El lobo espera tu salida para caer sobre tí sin piedad.

—Yo burlaré la vigilancia, favorecido por la oscuridad de la noche y la ligereza de mis piernas. Mandad por el oro y las piedras, que lo demás es cuenta mia.

—Debo yo presenciar esa operacion, y el momento no me parece oportuno; pero en mi casa hay cuanto dinero necesites.

—Entónces ordenad que me pongan en un cinto los dos mil ducados, con quinientos más que llevaré en los bolsillos, todo en oro, y mañana lo sacais de la gaveta, dejando en su lugar un recibo que ahora os extenderé. ¿Qué cantidad entregásteis al carcelero?

—Los cien ducados que me mandaste á pedir.

—Como yo habia supuesto, me robó la mitad; ¡es una delicia la aficion á lo ajeno de cierta clase de hombres en este país! Los *golillas* limpian mis bolsillos, los carceleros estafan sin piedad, de modo es que el verdadero criminal se halla aquí siempre rodeado de dignísimos compañeros. ¿Me permitís que escriba miéntras vos disponeis lo restante?

—Sí; ven á mi despacho, y allí terminaremos el asunto.

Mientras Mateotti entregaba el oro necesario y le formaban á Melenik el cinto, éste extendió el recibo, redactando luégo una declaracion importante. Poco después regresó el embajador, diciéndole:

—Aquí tienes un puñal que partirá hasta los huesos, un cinto con dos mil ducados y quinientos más en este papel. ¿Qué otra cosa quieres?

—Tomad este recibo de dos mil seiscientos ducados, que podeis dejar como equivalente al oro que sacareis mañana de la gaveta de Magno, añadiendo, después que vos la autoriceis, esta declaracion, por la cual nombro heredera, en la parte que á mí me correspondia, á Otilia de Sandoval.

—¡Como Magno, temes la muerte!

—No; á imitacion de aquél, soy previsor.

—Tienes talento, te sobra valor; pero ¡ay! te falta experiencia, y las dificultades con que vas á luchar te costarán la vida.

—Cíñome el cinto; bien hecho está; reparto este oro en los bolsillos de mis gregüescos de paño. ¡Buen puñal, Mateotti! Me lo guardo, y les auguro un buen negocio á los *golillas* si vuelven á cogerme. Ahora dadme vuestro permiso para reconocer el campo enemigo, después un abrazo, y hasta que Dios quiera volver á reunirnos en este mundo ó en el otro, lo mismo da.

—¡Qué entereza de niño!..

—¡De hombre, voto al demonio!

—¡Qué valor y qué sangre fria! Sepamos qué reconocimiento es ese; yo te acompaño.

—Pues seguidme, que áun cuando conozco el terreno, no estorbais.

Melenik entró en el estrado, yendo detrás Mateotti. Luégo dejó á oscuras aquel gran salon, abrió los maderos, y tendido en el suelo observó desde un balcon lo que pasaba en la calle. Seguidamente pasó á otra habitacion, luégo á otra, y por último repitió idéntico reconocimiento en las tres calles á que daba el edificio. Cuando hubo terminado, exclamó volviéndose á Mateotti:

—Vuestra casa tiene dos puertas, las cuales están vigiladas por embozados que esperan mi salida para dar conmigo en el calabozo que yo abandoné. Era natural que les detuviera el pabellon veneciano, y muy puesto en razon que me aguarden en esas esquinas. Pero es el caso, señor embajador, que esta otra calle no tiene puerta alguna, y esos ignorantes me juzgaron por lo visto incapaz de descolgarme por el balcon.

—¿Tú sabes á la altura á que está?

—Bastante me importa á mí eso cogido á una cuerda. Cuando navegaba por el Océano, junto al héroe Magno, rivalicé cien veces con los grumetes y marineros, trepando por

cuerdas y palos más ligero y diestro que ellos; llegué á remar como ninguno, y corro y salto como la liebre. Venga un cordel y el abrazo.

—Oton, ¿reconociste bien la calle?

—Como que me va en ello, no la vida, carga pesada que me abruma, sino la salvacion de Magno. ¡Volad, señor, volad, que la ocasion se pierde y el tiempo corre, dejando sobre nosotros la huella del dolor y la amargura!

—Te admiro, hijo mio; tu talento me encanta, tu valor entusiasma mi corazon, tu ardiente mirada impone, tu belleza seduce. ¡Qué hombre, santo Dios!

—¡Gracias al cielo que dejais de llamarme niño! ¡Los cordeles, por Santa Madona!

—Vuelvo al instante.

Mateotti se proveyó de una cuerda larga y fuerte, mandó apagar todas las luces que habia cerca de la habitacion donde estaba Melenik, para que no llegase á ella ni el más leve resplandor, y seguidamente salió al balcon, reconociendo él mismo el paraje adonde intentaba descender el georgiano.

Luégo ató el cordel, sujetándolo cuanto le fué posible; volvió á observar, y no viendo á nádie, dijo á Oton:

—No se distingue bulto alguno; la noche está oscura y la nieve cae en menudos copos. Parte, hijo mio, y que Dios te proteja.

—Señor Mateotti, un minuto después de desaparecer yo, que vuelvan á abrir el portal de vuestra casa, y queden las cosas en el mismo ser y estado que ántes de penetrar yo aquí.

—No hagas ruido al descolgarte.

—Ninguno.

—¡Tiemblo por tí!

—Pues yo estoy más tranquilo y sereno que nunca. ¿Me abrazais?

—Con amor, hijo mio. Aprieta. ¡Que Dios te ayude!

—¡La Providencia premie como merece toda la hidalguía que llevan vuestras acciones!

Y sin detenerse, sacó el puñal, sujetándolo con los dientes;

luégo volteó el balcon, y cogiéndose á la cuerda, descendió sin que nádie pudiera oirle.

Mateotti estaba fijo á los hierros, pendiente de la huida de Melenik, sin moverse, trémulo y conteniendo hasta la respiracion.

—No han debido escucharle,—dijo tranquilizándose algo;—nada siento, pero es indudable que corre, que corre y desaparece del alcance de sus enemigos. ¡Infeliz! ¡Protegedle, Señor! ¡Es tan jóven, tan valiente, y ama tanto á Magno! Ya huyó de estos alrededores. Sepamos.

Y ligero como Oton, quitó las cuerdas, y cuando hubo cerrado el balcon, observó las otras dos calles, contemplando á los mismos embozados en paño y nieve, que paseaban en idéntica actitud que anteriormente.

—No le han visto,—añadió con alegría,—y á los canallas les espera una noche deliciosa para irse al otro mundo helados.

Luégo gritó á su gente:

—¡Dejad todos las armas; guardad el pabellon; abrid el zaguan; dos pajes con hachas y mi carroza, que quiero salir al instante!

Y reflexionando consigo mismo, murmuró:

—Tengo ganados al embajador de Francia, al de Inglaterra, faltándome sólo el de Alemania; pero esta noche será mio. Este es el país de las plagas; todos odian al favorito, y Felipe se entretiene en orar ó en divertirse. ¡Qué diferencia del padre al hijo; del poder del uno á la impotencia é inaccion del otro! Me aprovecharé de lo malo, concluyendo por demostrarles lo que estima Venecia á uno solo de sus senadores, á Magno el *Dragon*. La venganza corresponderá á la traicion de que se han valido para matarle.

Poco después entró en su carroza, la cual fué detenida en la esquina de la calle; pero notando los agentes que iba solo el embajador, le pidieron mil perdones, intentando disculpar el hecho con frases atentas y corteses.

—Muy bien,—les dijo Mateotti;—continuad vuestro

oficio, que, áun cuando no es honroso, tiene en cambio contras que es posible deploreis en breve.

Y añadió para sí:

—Se ha salvado Oton por el pronto, que era lo que importaba.

Y la carroza continuó, sin volver á ser molestada.

Este hombre habia hecho causa propia la de Magno, y en verdad que no era posible más interés ni acierto. En la imposibilidad de salvar al *Dragon*, trataba de vengarlo y de lograr él lo que intentaba: el conflicto en que iba á poner á Lerma no podia ser mayor. Pero no adelantemos el discurso.

CAPITULO XXIV.

Efectos de la huida de Melenik.—El capitan Pantoja y sus dignos compañeros.—La esperanza fué siempre compañera inseparable del preso.

PANTOJA, algunos otros capitanes y multitud de paisanos, todos nobles y de buena posicion, se hallaban, segun hemos dicho, encerrados en el único espacioso pero desmantelado salon de la cárcel. Al segundo dia mandaron llevar los prisioneros cortinas, divanes, mesas, sillones, juegos de ajedrez, dados y barajas. El mejor hostelero de la corte les servía un desayuno, comida y cena abundantes y bien condimentados. Y el alcaide no se atrevia á acercarse por allí, temiendo escuchar los dicterios é insultos que contínuamente dirigian sus presos al favorito. El salon, adornado ya hasta con lujo, se hallaba contínuamente favorecido por los amigos y parientes de los arrestados, y aquello, más que prision, parecia uno de nuestros modernos casinos, pues, no estando incomunicados y siendo todos gente osada y alegre, se jugaba, se reia, y hubo muchos que envidiaban lo agradable de algunas horas trascurridas entre orgías y brindis en el salon de la cárcel.

La noche que se escapó Melenik estaban en el salon más de cuarenta entre detenidos y amigos de éstos; formaban vários

grupos, unos hablaban, jugaban otros, y la algazara y broma proseguian, cuando vino á interrumpirlas las voces de «¡Fuego, fuego!» que dió Oton y repitieron los soldados y dependientes del edificio. Ninguno de los que estaban en el salon se movió, pero callaron, quedando pendientes de los gritos y ruido de pasos que escuchaban.

Poco á poco fueron cesando las carreras, reemplazando á las voces un murmullo que duró más de diez minutos.

Nuestros presos y amigos tornaron á su anterior algazara, sin volverse á cuidar del fuego ni de las carreras. Poco después se presentó en el salon el jefe de la guardia, diciendo:

—Señores, nada ocurre que deba alarmaros en lo relativo á vuestra seguridad personal; se acaba, no obstante, de cometer un delito punible por un preso que se hallaba encerrado en el calabozo número 11.

—¡Hablad, hablad!

Le dijeron vários, recordando que el encierro de Melenik tenía ese número. Pantoja, apoyando la mano izquierda en una mesa, se colocó frente al capitan de la guardia, añadiendo:

—Beltran, contadnos lo acontecido; yo os lo ruego, seguro de mi agradecimiento.

Los que estaban de pié rodearon al jefe de la guardia, sentados unos, de pié otros, y los que se hallaban jugando dejaron de hacerlo para dirigir la vista y atencion al recien venido. Este prosiguió:

—Decia, señores, que el número 11, ó sea un jóven barbilampiño, llamado Oton Melenik, ha roto la cadena que lo sujetaba, hirió con ella á un pobre carcelero, y se ha fugado, atropellando al alcaide, al cual dió tambien un golpe terrible en la cabeza.

—¡Bravo!

Exclamaron algunos sin poderse contener.

—Es el mismo que hirió á seis alguaciles, y claro es que, si le cogen, y ya se le persigue por vários hombres, le darán garrote, y estará muy bien hecho.

Pantoja exclamó:

—¡Insensato!

—Callad, y escuchemos todo lo que el capitan quiera decir.

Replicó un maestre de campo; pero Navor, indignado por las frases del jefe de la guardia, prosiguió:

—Oton Melenik se hallaba en su casa quieto, pacífico é inofensivo, cuando cayeron sobre él ocho *golillas*. Niño aún, fué sorprendido, pero es discípulo de Magno, y á pesar de su corta edad, hizo lo que pocos hombres logran: se batió contra ocho, venció á seis; y si luégo ha roto la cadena, herido al carcelero, atropellado al alcaide y recobró su libertad, merece aplausos tan heróica conducta. El que piense de otra manera es un cobarde que no sabe distinguir al valiente del criminal.

—¿Aludís á mí, señor capitan?

—A vos y á cuantos juzguen lo mismo, digno mercenario del más torpe de los favoritos.

—¡Sellad los labios!..

No pudo continuar el jefe de la guardia. Una carcajada general le interrumpió, várias voces pidieron que saliera del salon, y algo más tarde se brindaba por todos á la salud y libertad de Melenik.

—No se estará quieto,—decia Pantoja, hablando de Oton;—ese niño tiene mucho talento, y el corazon más duro que una roca; como que presenció los célebres abordajes de Magno, cantaba alegre durante las tormentas, y no hubo lance en que el *Dragon* tomara parte que él no estuviera á su lado. Lástima será que le cojan y lo inutilicen.

—¿Es precavido?

—Más que el marino.

—¿Sagaz?

—Como una mujer.

—Pues entónces, no le cogerán.

—Eso deseo yo.

—Y yo.

—Y yo.



C. MUGICA dibº. y litº. Lit. J. DONON Madrid.

—¡ Insensato !

— Callad, y escuchémos todo lo que el capitan quiera decir.

—Y todos.

—Otro brindis por su libertad.

—Y porque el infierno confunda á sus enemigos.

—Y porque reviente el viudo.

—Y porque estallen cuantos le obedecen.

—¡Ay de ellos el dia que estemos libres!

—¡Vivan España y Venecia!

—¡Mueran los cobardes sicarios!

De este modo trataban los presos al duque de Lerma y á los que le obedecian. Unas veces hablando, otras en los brindis, algunas en voz baja y en várias gritando, sólo se escuchaban en el salon epigramas, dicterios é insultos dirigidos al favorito y á la corte. Aquellos hombres, sus parientes y amigos se desbordaban al hablar de sus contrarios, y es lo peor que los nobles y el pueblo hacían lo mismo en las casas, calles y sitios públicos de Madrid. Lerma estaba verdaderamente sitiado con pasquines, libelos de todas clases y coplas que se repartian manuscritas con prodigiosa profusion. Siempre sucedió lo mismo al que quiso encadenar la indignacion pública de un pueblo tan osado como el español.

Dieron las diez de la noche, los parientes y amigos de los presos se marcharon, quedando aquellos en medio del salon en un corro, que llamaban de despedida, y desde el cual cada uno se retiraba á dormir á su celda.

—Antes de separarnos, acercaos, señores, y oid con atencion.

Dijo un maestre de campo; todos se agruparon junto á él, en tanto que el que acababa de hablar añadió muy bajo:

—La prision y destierro del almirante Gonzaga y del eminente Mondragon prestaron al embajador de Venecia las armas que le faltaban, y ya tiene de su parte á los representantes de Francia é Inglaterra. En breve llegará la declaracion de guerra de su república; la mayor parte de las embajadas se retirarán de Madrid, y la corte se verá en el conflicto más grave en que pudo estar nunca.

—Muy bien.

Exclamaron vários. Pantoja añadió:

—Entónces nosotros nos fugamos, y en buenos caballos...

—Silencio, que pueden escucharnos.

—Lo malo es que nada se sabe del *Dragon*.

—Le vengaremos, si otra cosa no es posible.

—En el estado en que nos hallamos, creo, señores, que debemos ser más prudentes, hablar ménos y obrar con la cautela que la conveniencia aconseja.

—Sí, conspiremos.

—El primogénito de Osuna me ha ofrecido armas y caballos cuando los necesitemos.

—El hermano del Infantado puso hoy á mi disposicion mil doblas.

—Pues el maestre Santiago dice que vendrá al frente de veinte amigos para proteger nuestra retirada.

—Y si á todo eso se une el que desean seguirnos más de cien nobles...

—Pero, señores, ¿vamos á hacer la guerra á España?

—No, al favorito.

—Es igual.

—A mí me parece lo contrario.

—Si obramos por cuenta propia...

—Siempre será una rebelion.

—Claro es.

—Pongamos en un conflicto á la corte, y luégo obremos segun las circunstancias.

—Debemos esperar á la declaracion de guerra de Venecia.

—Sí, pero os vuelvo á recomendar la prudencia y recato, tan imprescindibles en las actuales circunstancias.

—¿Y quién permanece impávido, sin que arda su sangre y se le vaya la lengua oyendo hablar de Sandoval?

—Nosotros, si quereis que hagamos algo de provecho.

—Sea, pero habremos de violentarnos...

—Cómo ha de ser; cuando Dios quiera, gritaremos. En lo sucesivo escribe de dia, el que reciba una noticia, lo que crea conveniente, y nos lo da á leer á todos, rompiendo el último

el papel, y cuando nos quedemos solos por la noche hablamos como ahora. Esta conducta nos proporcionará el que nos dejen segun estamos, pues bien comprendeis que si llegaran á incomunicarnos...

—Eso sería fatal.

—Terrible.

—Nos imposibilitaria la fuga.

—Silencio, y cada uno á su alcoba; mañana formaremos plan.

—Buena noche, señores.

Todos se fueron estrechando las manos y despidiendo, resueltos á ser más cautos en adelante, por las razones que expusieron.

Ya que conocemos el estado, situacion é ideas de los presos, abandonémosles para seguir al valiente Oton. Diremos únicamente ántes de dejarlos, que continuaron así todavía mucho tiempo; ellos conspiraban, y el duque no intentó otra cosa que reforzar la guardia y establecer una vigilancia que les impidiera la fuga.

CAPITULO XXV.

Otra vez en campaña Melenik.—Llegada de Jonás.—Preparativos.

El intrépido Oton descendió por la cuerda á la calle, y poniéndose de un salto en medio del arroyo, corrió en direccion contraria del sitio en que estaban los agentes de la autoridad. Con el puñal en la mano derecha, y siempre por medio de la calle, siguió sin descanso alguno, como el corzo cuando huye de sus perseguidores.

De pronto se detuvo, y cobrando aliento, exclamó:

—Nádie me sigue, pero es preciso abreviar, pues pudiera encontrarme con alguna ronda, en cuyo caso estoy perdido. Lo peor es que no conozco bien las calles de Madrid, y como si esto fuera poco, la oscuridad y la nieve me impiden reconocer los edificios. Sea todo por Dios, y adelante.

Anduvo de nuevo, atravesó várias callejuelas, siempre por el arroyo, volviendo á detenerse á la media hora.

—Nada,—replicó;—me he extraviado, é ignoro dónde me hallo. Allí veo una luz... ¡Maldicion! ¡Es la cárcel!

Y volvió hácia atrás, corriendo desaforadamente.

A los diez minutos le detuvo la voz de un soldado, que exclamó:

—¡Alto! ¿Quién va?

Melenik tembló; pero fijándose luégo en el sitio de donde parecia salir aquel acento, vió la cabeza de un guardia que asomaba por una garita.

—Soy yo,—le contestó;—un criado que va en busca del médico, pero me he perdido... ¿Quereis decirme dónde me hallo?

—Frente al real alcázar. ¿No lo veis?

—Cierto, parece un monte de nieve. Buena noche, y gracias.

—Oton volvió atrás, entrando poco después en la calle Mayor.

—Ahora,—dijo deteniéndose,—ya sé ir á casa de Jonás. Aquella luz es la del zaguan de ese condenado duque; enfrente distingo blanca, silenciosa y solitaria mi casa; el pobre cocinero se refugió en la embajada de Venecia, y ya no queda en ella ninguno de sus nobles habitantes. ¿Qué será de la mayor parte de ellos? ¡Dios mio, Dios mio, qué cambio, qué desdichas llovieron sobre ese edificio! Ahí vivia yo alegre y satisfecho junto á mi querido Magno; ocupaba parte del dia estudiando, tiraba luégo con mi viejo alférez, y por la tarde corria con él ó con Magno en un caballo árabe más ligero que el viento. Voy á estampar un beso en ese eslabon que tantas veces recibió el calor de la mano del *Dragon*.

Y llegó á su casa; pero en el mismo instante le gritaron:

—¡Deteneos!

Melenik, sin volver la cabeza hácia atrás, que era el sitio de donde salia aquella voz, corrió en direccion contraria como una exhalacion. Al principio percibia las pisadas de vários hombres que iban detrás de él; pero fué perdiéndolas poco á poco, hasta no escuchar nada, si bien no se detuvo por eso en algun tiempo.

—Cobraré aliento,—dijo, por fin, parándose;—caí en manos de una ronda, pero confié la salvacion á la ligereza de mis piernas, y dejé á los *golillas* muy atrás. A ellos les estorbaban los ferreruelos y las espadas, y á mi me prestó alas el

cielo. ¡Qué necios, pretender alçanzar á un hijo de los montes caucasianos! Seguí en direccion de la casa de Jonás, y no debo estar léjos. Con la nieve todos los edificios son iguales. Vaya una noche; pero es preferible á las que pasaba en aquel calabozo lóbrego y sombrío. Adelante, y cúmplase la voluntad de Dios. ¿Me habré perdido otra vez? Creo que sí, y la noche está deliciosa para pasarla á la intemperie. ¿Qué miro? ¡Estoy en la calle de Jonás! ¡Esa es la casa donde me metieron los de Pantoja. Sí, la reja volada, el balcon corrido... ¡Ah! pues esta otra es la de Alaejo, y allá voy, mi adorable fregona. Me convertí en galgo, y el instinto me trajo aquí. ¡Bendito sea Dios, y cuánto le agradezco el beneficio que acaba de otorgarme!

Y llamó una, dos y hasta tres veces en casa de Jonás sin que nádie le contestara.

—¡Se habrá dormido esa mujer! Pues la he de despertar.

Y comenzó á dar golpes sin tregua ni descanso, hasta que una voz, que creyó reconocer, le preguntó:

—¿Quién es?

—Yo, abre pronto.

—No os conozco.

—Soy Manuel, tu Manuel.

A estas frases sucedió un momento de silencio; luégo apareció por un estrecho ventanillo el rostro de la fregona.

—¡Ocho dias,—dijo,—sin parecer por aquí!

—No fué culpa mia, deliciosa mujer. ¿Vino Jonás?

—No.

—¿Y tu hermano?

—Tampoco; creí que eran ellos cuando llamastes tú.

—¿Abres?

—¿A esta hora?

—Sí.

—¿Qué quieres?

—¡Vaya una pregunta! Hablar contigo, estrechar tu mano, decirte que te adoro y...

—Basta, adivino lo demás.

—Pues despacha.

—Estoy medio desnuda.

—No importa.

—Me da vergüenza.

—Anda, mujer, que vengo cubierto de nieve, fatigado de correr, y me voy á helar si sigo aquí.

—¡Pobrecillo! Di, ¿por qué no viniste ántes?

—Vas á dar lugar á que por tí me coja una ronda y me lleve á la cárcel. En entrando, te daré una cumplida satisfaccion y pruebas de mi cariño.

—No mires.

—Cierro los ojos.

—Entra. Coge la luz, y espérame en el comedor. ¡Ay!

—¿Qué es?

—Volviste la cabeza...

—¡Pues no eres poco ruborosa! Arriba te aguardo.

Y subió Oton, en tanto que la criada cerraba la puerta; luégo se acabó de vestir, y penetrando donde se hallaba aquél, le dijo:

—Vienes calado.

—Por tí, y aún dudarás de mi cariño.

—Pero qué raros son los de tu país; cuidado con la hora que es, después de ocho dias.

—Te estoy probando, no lo notas, y esa es la razon de tu extrañeza.

—¡Ah, continúas aún!.. ¿Y cómo me encuentras?

—Admirable. ¿Tienes vino?

—La media botella que tú dejaste.

—¿Y algo de cenar?

—Tambien; como no venías, perdí el apetito, y ahí queda cási todo lo que traje hoy.

—En ese caso, enciende lumbre, mucha lumbre; tengo un frio glacial. Secaré mis ropas, preparas cena, y ¡qué noche!

—¿A qué hora te vas á ir?

—A ninguna; ya no me separo de tu lado.

—¿Qué dices?

—Ya lo oiste; junto á tí la vida, ó á tu lado la muerte.

—¡Vaya unas rarezas que tienen estos extranjeros!

—¿No te gustan?

—¡Ay! No lo sé.

—Eso prueba que tu cariño es frio.

—¡Qué equivocado estás! ¡Si eres tan guapo, tan fino! ¡Ay, qué dias y qué noches pasé!

—Peores fueron los mios.

—¿Qué te sucedió?

—Que contaba los instantes de la vida, anhelando venir á verte, y sin poder, por prohibírmelo la prueba.

—Olvida ya esas tonterías.

—Por fortuna concluyeron, y desde esta noche vas á ser mi ídolo. Pero nota cómo estoy de agua...

—Tienes razon; vamos á la cocina.

Y entraron, encendiendo inmediatamente lumbre la prima de Jonás. Luégo le dijo:

—Caliéntate, Manuel; miéntras yo voy preparando la cena, podemos hablar. ¿Dónde vas á dormir?

—Donde tú quieras.

—En la cama de mi hermano.

—¿Es buena?

—Mejor que la mia.

—Me va á parecer deliciosa.

—¿Por qué?

—Porque la haces tú. Si supieras cuánto he sufrido; estuve encerrado como en un calabozo.

—¿Por qué?

—Allí, exhalando suspiros unas veces y votando otras, aguardé el anhelado instante de venir á verte. Por eso al espirar el plazo corrí ansioso y diligente, sin temor á la nieve, al frio ni á las rondas. Tú no puedes comprender la alegría que yo he experimentado al entrar en esta casa.

—Cómo me seduces con esas palabras, y con tus miradas, y con... Eres el hombre más guapo que hay en Madrid.

—¿Dormias cuando llamé?

—Ya lo creo; me acosté á las ocho.

—¿Cuándo debe venir tu primo?

—¡Qué recuerdo tan malo! Le espero de un momento á otro; tendrás que marcharte...

—Al contrario, me quedo aquí.

—¿Qué estás diciendo? Si te descubre, nos echará á los tres, después de pegarnos.

—Eso de pegar, está muy léjos. ¡Guay si en mi presencia te amenazara!

—Es muy malo, Manuel.

—Con cuatro como él me atrevo yo.

—Pareces valiente, pero eso de quedarte estando él...

—¿Entra alguna vez en tu cuarto?

—Jamás.

—Pues miéntras permanezca en casa, estaré yo escondido en tu alcoba.

—¿Y mi hermano?

—A tu hermano le dices que me voy á casar contigo; yo le daré dinero, comeremos los tres mejor que Jonás, y entre botellas y brindis...

—¡Acepto; qué demonio! Tú me importas ya más que los dos. ¿Dónde cenamos?

—Aquí; acerca la mesa.

—¿Tienes frio?

—No.

—¿Se secaron tus ropas?

—Sí; estoy perfectamente.

—Pues comamos. Hé aquí una tortilla de huevos y patatas, un poco de estofado, vino, agua, y no hay más.

—Basta por esta noche, que mañana será otra cosa.

Era lo primero caliente que comia Melenik desde que lo prendieron, y cenó cási todo lo que puso la criada sobre la mesa, acabando por beberse la mayor parte del vino.

—¡Corpo di Bacco!—exclamó, apurando el vaso.—¡Lágrima santa parece este licor!

—¿Qué dices?

—Hablo en un idioma que tú no entiendes.

—¿En el tuyo?

—Pues.

—¡Qué cena tan pobre te he dado!

—¡Me ha parecido deliciosa, hecha por tí! Al calor de esas ascuas y mirando tus negros ojos, todo es encantador.

—¡Qué palabras tan bonitas!

—¡Qué noche, hija, qué noche! Corrí primero, huyendo de las rondas...

—¿Qué te habian de hacer á tí los *golillas*?

—Nada, cási nada. Luégo resbalé várias veces, y tanta nieve me entró por el cuello, que al derretirse bañó mis carnes. ¡Pero ya aquí dentro, todo lo malo acabó! ¿Es cierto?

—Claro está. Daba la mitad de mi vida porque no te separases nunca de mi lado.

—Vamos primero á echar cuentas, y luégo hablaremos lo que tú quieras.

—¿Qué cuentas son esas?

—Mañana te levantas temprano; compras colchon, almohada y sábanas para mí; luégo media docena de botellas de Jerez, pasteles y cuanto tú quieras. Conviene que haya repuesto, para cuando venga tu hermano poderle obsequiar...

—Comprendo; gastaré parte de mis ahorros, y tendré escondido en mi cuarto...

—No quiero yo que toques á tu reserva; aquí tienes veinte ducados en oro.

—Va á sobrar la mitad.

—Lo guardas en tu hucha; ya te daré bastante más para que reunas tu dote.

—¿Qué dices?

En mi país es costumbre que la mujer lleve al matrimonio una cantidad proporcionada á su clase, y puesto que tú no la tienes, yo te la daré.

—No comprendo el motivo; después se ha de juntar todo...

—Bien; mas es preciso cubrir esas formalidades, y yo quiero ser rígido en lo relativo á mi patria. Pero de esto ya

trataremos en adelante. Ahora ocupémonos de nuestros amores.

A la una de la noche se retiró Oton á su cuarto, dejando á la prima de Jonás más enamorada y dispuesta á complacerlo que lo estuvo nunca. Melenik era elegante, sus modales finos, su conversacion agradable, y áun cuando en esta ocasion procuraba imitar á su supuesta novia, solia descuidarse, dándole á comprender la clase á que pertenecia, lo cual agradaba á ella mucho, siendo así que á todos nos gusta lo mejor, por más que no lo practiquemos. Unido esto á la incomparable belleza del georgiano, á su astucia y talento, logró fácilmente ganar el corazon de aquella mujer, hasta el punto de que ya en tales momentos le amaba más que á su hermano y áun que á sus padres. Era una obeja que podia trocarse en pantera, pero que en uno y otro caso seguiria humilde y resignada ante el precepto de su adorado leon.

—¿Qué tal la cama, Manuel?

Le preguntó ella con cariño.

—Admirable.

—Pues sólo tiene un colchon de lana.

—De pluma me parece, y más blando que cuantos usé hasta ahora.

—Dame ese puñal, no te lo claves.

—No; vivimos en unos tiempos en que es preciso estar siempre prevenido.

—Tápate mejor ese hombro. Así. ¿A qué hora te despierto?

—Cuando hayas terminado todos tus quehaceres y esté el almuerzo preparado.

—Entónces, á las nueve. ¿Tienes sueño?

—A mi pesar, se unen los párpados.

—Ya lo veo, y te dejo dormir. Adios, Manolito mio.

—El cielo te acompañe y vele por tí, ángel de mis amores.

—¿Me llevo la luz?

—Sí. Cierra la puerta.

Y quedó solo nuestro georgiano, murmurando:

—Todo es relativo en este mundo: la cama de un infeliz sirviente me parece la mejor que tuve en la vida, y consiste en el recuerdo de aquel maldito colchon de paja, de la cadena sobre la cual descansaba, de la falta de apoyo para la cabeza, y hasta de lo frio y lóbrego de mi calabozo. Voy á dormir mejor que los príncipes. Mañana llegará Jonás; si vive Magno, correré en su auxilio, dejando ántes un recuerdo de mí al secretario: le cortaré las dos manos ó la lengua; pero si lo han muerto, entónces atravesaré su corazon, luégo el del favorito, y después, si me dejan, seguiré dando puñaladas hasta quedar saciada mi venganza, en cuyo caso partiré en busca de Otilia. ¡No; ese último extremo no lo veré; estoy seguro que me sujetarán ántes, y el patíbulo será conmigo! Me importa poco; deseo unirme á Magno, y de no ser en este mundo, lo conseguiré en el otro. Me dominan el cansancio y el sueño; con seis horas de este sosiego y tranquilidad, recobraré mis fuerzas.

Y se quedó dormido, trascurriendo así toda la noche y hasta las diez de la mañana siguiente.

—¡Manuel, Manuel!

Le gritó la criada, moviéndole un brazo.

—¿Quién es? ¡Ah! ¿Vino tu hermano?

—No.

—¿Y Jonás?

—Tampoco.

—¿Qué hora es?

—Las diez.

—¿Por qué me dejaste dormir tanto?

—Entré várias veces, pero me dió lástima despertarte...

—Gracias.

—¿Cómo te encuentras?

—Más sano y fuerte que nunca.

—Ahí tienes agua, jabon, toalla, peines y aceite para el pelo.

—Falta me hacía todo eso.

—¿Quieres algo más?

—No. Ves preparando el almuerzo, que pronto correré en tu busca.

—Está todo corriente, y hasta la mesa puesta.

—Pues sal, que allá voy.

Melenik se fué vistiendo y aseando; encontró su ropa limpia y sin faltarle un maravedí de los cuatrocientos ochenta ducados que llevaba en los bolsillos. No se habia lavado en algunos dias, y tardó bastante en salir, sorprendiendo luégo agradablemente á la prima de Jonás, que le dijo al verle:

—¡Qué guapo estás hoy!

—Lo mismo que ayer.

—No; cada vez me pareces mejor.

—Eso me sucede á mí respecto de tí.

—¿Almorzamos?

—Sí.

—Repara, Manuel: jamon de Astúrias, lomo de cerdo, truchas y escabeche, almendras, y este pastel de dulce con una botella de jerez. ¿Qué te parece?

—Admirable; y el olorcillo indica que está condimentado con arte.

—Como que es para tí.

—Almorcemos. ¡Qué sabroso!

—¡Ay! Tiemblo que llegue Jonás y nos impida...

—Nada; cuando él esté en casa, yo permaneceré escondido en tu cuarto, é ínterin se halle ausente pasaremos ratos como éste, favorecidos con la agradable compañía de tu hermano Roque. ¿Tiene buen genio?

—Conmigo sí; como le hace sufrir tanto Jonás, se consuela á mi lado, siendo yo su paño de lágrimas.

—¡Buenas truchas!

—Demuestras un apetito...

—Grande, y junto á tí se aumenta.

—Lo mismo me sucede á mí.

—¡Buen vino! Bebe, hija, que parece bálsamo.

—No lo hay más viejo, ni más caro, ni más exquisito en Madrid.

Los dos terminaron su almuerzo, pasando el resto del dia, hasta la hora de comer, en amorosa conversacion.

A las cuatro se volvieron á sentar á la mesa, teniendo delante una comida bien condimentada y no escasa. Se hallaban en los postres, reian á carcajadas burlándose de Alaejo, cuando de pronto palideció ella, exclamando:

—¿Has oido?

—No.

—Se han detenido dos caballos á la puerta de casa. ¡Llaman! ¡Ellos son!

—Verdad es; que sea enhorabuena.

—Mejor fuera... Pero ayúdame.

Y entre los dos quitaron la mesa, liándolo todo en los manteles, que escondió ella miéntras él separaba las sillas.

—¡Qué prisa traen! A mi cuarto, Manuel, miéntras yo bajo.

Poco después entró Jonás, y abriendo las puertas de sus habitaciones, se dejó caer en el único sillon del despacho, exclamando:

—Vengo rendido. ¡Ay! Mis pobres huesos no resisten más.

—¿Has corrido mucho?

Le preguntó su prima con interés y cariño.

—¡Canalla,—contestó el secretario montado en cólera;—como vuelvas á tutearme, te arranco la lengua!

—Perdonad, señor, me he equivocado. ¿Teneis la bondad de decirme si regresó mi hermano?

—Sí; fué á llevar los caballos, y pronto vendrá. ¿Qué has oido por ahí?

—Una noticia terrible.

—Habla.

—Ha muerto la señora duquesa de Lerma.

—Me lo temia; su enfermedad era tan grave, que debió dar ese resultado. ¿Qué más escuchaste?

—Estos dias se habla en la plaza y tiendas de muchas prisiones y destierros.

—¿Recuerdas el nombre de alguno?

—Yo lo creo; el almirante, el general Mondragon, el señor duque de Osuna, el capitan Pantoja y muchos otros.

—¡Bravo!

—¿Os alegrais?

—¿Qué te importa á tí? ¡Sal de aquí!

—¿Quito el polvo á la mesa?..

—Mañana.

—¿Habeis comido?

—Sí; cenaré á las nueve. Marcha.

—¿Me dais algun dinero?..

—¡Ya has gastado todo el que te dejé!

—Van más de diez dias.

—Hay que ataros corto á tí y á tu hermano. Toma ese ducado, y ya me darás cuentas. ¡Como descubra alguna sisa, encomiéndate á Dios! Tráeme agua, jabon y toalla. Sube luégo la maleta que dejó tu hermano abajo, y pon la ropa en esas sillas. Despacha.

Jonás descansó media hora, luégo se lavó, poniéndose acto continuo un traje negro. De este modo esperó que anocheciera, en cuyo instante, embozado en la capa, se dirigió al palacio del duque de Lerma.

Un instante después regresó Roque, el cual estrechó á su hermana tiernamente.

—¡Qué vida, hija, qué vida! Ni los sentenciados á galera perpétua están peor que yo.

—Ese tigre de Jonás seguirá tratándote como de costumbre; no há mucho me habló de un modo...

—¡Bribon! Me hace correr dia y noche, cómo lo que á él le sobra, y sus palabras son botes de lanza... Estuve en una torre; ¡qué tres dias pasé en ella!

—Luégo me lo contarás; ahora oye una gran noticia.

—¿Has sisado mucho?

—No es eso; mejor todavía.

—Habla.

—Tengo novio.

—¡Lo estrangulo!

—Calla, necio; es un jóven extranjero, rico, muy guapo y que se va á casar conmigo.

—¿Rico? Eso ya es diferente. ¿Te engañará?

—Vienes tonto. Es más jóven que yo, cási un niño; pero ¡tan valiente, tan generoso, tan guapo!

—Ya deseo verle, mujer.

—Te va á encantar.

—A mí no; jamás me gustó hombre alguno.

—Cuando le oigas quedarás asombrado.

—¿Dónde vive?

—Con nosotros.

—¡Qué!

—Lo que oyes.

—Lo mata Jonás, y á nosotros...

—¡Qué locura! Puede él con cuatro Jonás.

—¿Pero tú sabes lo que haces?

—Vaya si lo sé; con nuestro endiablado primo comemos mal, sufrimos, y estamos siempre en el tormento; con mi Manuel tengo mesa de rey, trato... ¡me da un trato como yo no puedo explicarte!

—Y tú, ¿qué le das á él?

—Mi cariño y todo mi corazon; sería una ingratitud no corresponder á un jóven que tanto vale.

—Si sólo te has concretado á hablar con él, á quererle mucho...

—¡Claro es!

—Desde Eva teneis las mujeres el diablo en el cuerpo.

—Vas imitando á Jonás, y te voy á aborrecer.

—Eso no. ¿Dónde has conocido á ese hombre?

—Me vió en la plaza, siguióme, me declaró su pasion, y yo le correspondí.

—¿Eso sólo?

—Me probó...

—¿De qué modo?

—Si tenía valor, porque en su país no gustan las mujeres cobardes; si era constante, honrada... Vas á tener un herma-

no que vale el Potosí; un hermano que te dará oro, jerez, perdices...

—No sigas, que se humedece mi paladar. Veo que te has ingeniado.

—¿Pues que soy yo tonta?

—¿Dónde está?

—Arriba, esperándote.

—Subamos.

Y la criada le cogió de la mano, gritando:

—¡Manuel, mi hermano Roque!

Melenik corrió hasta el primer peldaño, en el cual recibió con los brazos abiertos al primo de Jonás.

—¡Todo sea por Dios y por Magno!

Dijo para sí, y estrechó contra su pecho á Roque, añadiendo fuerte:

—Hermano, aprieta; desde hoy cuéntame en el número de los individuos de tu familia.

El sirviente cayó en el lazo, y oprimió con ternura á Oton; luégo se separó dos pasos, y mirándole con atencion, le dijo:

—Eres muy jóven, y tan guapo, que tiene razon mi hermana en cuanto me ha dicho de tí.

—Eso es por fuera; por dentro me vas á encontrar mejor. Vuelve á poner la mesa,—dijo á la criada.—Acabemos de comer nosotros, y que nuestro hermano disfrute del pastel, del ave, de los encurtidos, de cuanto tenemos, inclusas dos botellas de jerez, que se beberán á su salud.

—¿Y si viene pronto Jonás?

—Se le ata á los piés de nuestra mesa, y que nos sirva de alfombra.

—Muchacho, ¿sabes lo que dices?

—Nunca hablo más que aquello que soy capaz de hacer.

—¡Vaya una mirada y talante! Chico, yo te he visto no sé dónde.

—Por las calles, echando en medio del arroyo al que me estorbaba el paso.

—¿De qué país eres?

—De Turquía.

—Pues si dicen que son tan bárbaros, y tú...

—Hay de todo, como en el resto del mundo.

—¿Qué haces aquí?

—Maté á un magnate que me insultó porque cacé en su posesion, que estaba junto á la mia, y me vine huyendo, después de llenar bien de oro mis bolsillos. Allí pronto se olvidan esas cosas, y en breve regresaré, acompañado de tu hermana y de tí.

—Hombre, mucho te lo agradeceria, porque en España me encuentro muy mal.

—Ya lo sé; me refirió tu hermana la manera dulce, cariñosa y cortés con que os trata vuestro primo, y en verdad que no sé cómo tú le sufres ni toleras.

—No tengo oficio, me acostumbré á servirle, y hasta que Dios quiera, tendré que seguir así.

—Vamos á la mesa, y bebamos, que tiempo tendremos de hablar.

—Se hace todo á la vez. Chico, como aquí se habla tan mal de los turcos, tenía yo una opinion formada de vosotros...., pero veo que me he equivocado; tú, al ménos, eres una cosa distinta de lo que se cuenta.

—No es extraño; tu país estuvo mucho tiempo en guerra con el mio, y sabido es que entre enemigos la lucha no se limita á los campos de batalla: se desacreditan unos á otros, se llaman bárbaros, y el jefe, para animar al soldado, le dice que sus contrarios son cobardes, torpes é ignorantes. Cuando estés conmigo en Turquía te convencerás de esta verdad; aquel, Roque, es el país de los encantos naturales.

—¡Qué bien hablas, Manuel! Sigue contándome las cosas de Oriente.

—Pero bebe.

—¡A tu salud, generoso turco!

—¡A la tuya, español!

—¡Qué vino, qué ave, qué pasteles! Me tratas á lo príncipe.

—Nosotros gustamos de lo mejor.

—¿Sigues hablando?

—Sí, pero come y bebe cuanto quieras. En Turquía, Roque, el sol es más diáfano, claro y abrasador; como nace allí, no empaña sus ardientes rayos el aliento de los hombres.

—Bien dicho; otro trago por la idea.

—Los rios parecen fajas de plata que se extienden por inmensos bosques de flores, plantas odoríferas y aromas que embalsaman el aire y llenan de encantos la vida. Los mares son tranquilos, azulados, y rara vez los conmueve la naturaleza. Hay pescados de todas clases, ricas aves y exquisitas frutas.

—¡Qué bien se debe pasar en aquella tierra! Cuéntame algo de los serrallos.

—Están llenos de mujeres hermosas, llamadas odaliscas; viven entre flores; se adornan con sedas, oro y piedras, y forman el regalo de su señor; hay tambien turcos que creen, como yo, nocivo á la vida tener esos edenes, y se casan, no queriendo á más de una mujer, como en Europa.

—¿Lo oyes, hermana? Este turquito es todo un hombre. ¡Vaya un vino! Arde el estómago y suben los vapores á la cabeza. ¿Qué hará Jonás?

—Ocupado con el duque.

—Cierto; como han pasado tantos dias sin verse, lo entretendrá mucho tiempo, con lo cual voy yo ganando.

—Y yo.

—Y yo. ¿Dónde habeis estado?

—Tengo pena de la vida si lo digo.

—¡Vaya una reserva necia con tus hermanos!

—¡Tú no sabes quién es Alaejo!

—Otro brindis. ¡A tu salud!

—¡A la tuya y á la de mi hermana! Manuel, se me va la vista.

—Yo te recompensaré de tanto como te hace sufrir ese bárbaro. Mañana nos vamos á comprar dos trajes iguales de rica lana, gorra con pluma y capa de paño fino.

—Acepto; estoy cási desnudo. ¿Quieres que te presente á mi primo?

—No; lo que deseo es que lo abandonemos para siempre.

—¿Será pronto?

—En cuanto reciba una carta que espero de mi país. ¿Conque decias?..

—Yo, nada.

—Sí, hombre; que salísteis en un carro, llevando dentro á Magno el *Dragon*.

—¡Diantre! ¿Quién te contó eso?

—Soy conocido del duque.

—¡Ah! ¿Qué más te dijo?

—Que os fuísteis á una posesion de Altacima.

—Cabal. ¡Vaya un viaje delicioso! A la ida dormí en la vara del carro, y á la vuelta sobre el caballo.

—¿Mataron al preso?

—Creo que no.

—Lo tienen en... no recuerdo dónde me dijo.

—En los subterráneos de una torre muy alta; aquello parece un castillo encantado.

—¿Bebemos?

—Yo estoy ya medio chispo.

—No importa.

—Pues adelante. ¡Qué vino! Se cuela sin sentir, pero luégo forma un rescoldo...

—Cuéntanos ese viaje, que te oiremos con interés.

—No me deja Jonás, y es tan malo...

—Si andas con esas reservas, ni tu hermana ni yo seguiremos queriéndote. ¡Vaya un modo de recompensar nuestro interés por tí!

—Es que me cuelga ese bruto.

—Si yo le cojo, sale por la ventana. Creí que no eras cobarde.

—Vosotros, los turcos, sois feroces.

—Y tú un gallina.

—No.

—Sí, un gallina que no irá con nosotros á Turquía ni le trataré yo en lo sucesivo como hermano.

—Harás bien, Manuel,—exclamó la criada;—el que no tiene confianza en nosotros debe quedarse con ese tigre.

—Hermana, ¿ya te pones de parte del novio?

—No, de la razon; Jonás no merece consideraciones.

—Verdad es; á vosotros os quiero yo más. ¿Qué deseais saber?

—Ya te lo hemos dicho..

—Es que mi cabeza está algo trastornada.

—Cuéntanos todo lo que has visto, oido y sabes, desde que saliste de casa hasta que has vuelto á entrar. Al calorcillo de la lumbre y entre los manjares y los vapores del vino, escucharemos esa historia con mucho placer.

—Pues, señor, mi primo me convirtió en carretero, y desde la posada nos fuimos á la calle del Almendro, donde metieron á un hombre que, segun tú dices y á mí me parece lo mismo, no era otro que Magno el *Dragon*. Luégo...

—Di ántes, ¿lo hirieron?

—Sí; cuando entró en el carro llevaba sangre en la cabeza é iba sin sentido.

—¿Bien amarrado?

—Por supuesto: mordaza, grillos, esposas y cadena.

—Adelante, que el cuento interesa.

—Salimos muy de prisa, y así continuamos todo el camino, sin detenernos otro tiempo que el indispensable para mudar de caballos.

—¿Quiénes íbais?

—Mi primo y tres hombres más, de mal aspecto los últimos, y unas caras, que parecian asesinos.

—Lo que eran.

—¿Lo sabes tú?

—Sí.

—Tambien me lo habia figurado. Pues verás: cuando llevábamos andada más de la mitad del camino, nos sorprendieron muchos hombres armados, llevándose bien sujetos á dos de

los tres que nos acompañaban, sin que á nosotros nos dijesen nada.

—¡Es raro!

—Yo lo creo. Como ya no hacían falta á mi primo, los prenderian no sé por qué.

—¿Y luégo?

—Seguimos adelante, hasta que llegamos á la torre.

—¿Dieron de comer al preso?

—Al principio le entraban pan y agua, pero después le llenaron el botijo de agua de arroz.

—¿Quién hacía eso?

—Un tal Sergio, amigo de Jonás, único á quien no prendieron de los tres que nos seguian.

—¿Llegaria vivo el *Dragon*?

—Sí; pero tan descolorido, tan malo, que parecia un cadáver.

—Cuenta, cuenta; ese Magno fué el terror de los turcos, y le tenemos los de por allá un odio...

—Es verdad; oí eso mismo del *Dragon*. Pues verás: nos salió á recibir el marqués, llegamos á la torre, y sacaron al preso.

—¿Anduvo por su pié?

—Sí, pero encorvado y con mucho trabajo.

—¿A dónde le encerraron?

—Vi que abrieron una puerta, y lo bajaron por una escalera estrecha y oscura. Después se hizo cargo de mi carro, Jacinto, un criado del marqués que yo conocí en Madrid, y á mí me llevó á un cuarto de la torre que daba al mar, diciéndome:—Manda tu señor que no salgas de aquí, so pena de la vida, hasta que él te llame.—Y allí me tuvieron tres dias, comiendo pan y berzas. No sé más. Al cabo de ese tiempo montamos á caballo y nos volvimos á escape, dejando en la torre al marqués, al preso, á Sergio y á Jacinto.

—Pero el *Dragon* vivia...

—Por unas cuantas palabras que cogí al vuelo, infiero que lo tienen allí para que los divierta.

—¿Por qué te encerraron á tí?

—No lo sé; como Jonás tiene ese alma tan negra, creo que sería por maldad.

—Vamos á lo más interesante del cuento. ¿Es muy fuerte esa torre?

—Un castillo, chico; está sobre el monte, tiene muro, zanja y puente.

—¿La defienden muchos hombres?

—Ni al llegar ni al salir vi á ninguno; pero es probable, pues está en despoblado. Hay un misterio allí y una cosa que yo no puedo explicar.

—¿Cuánto dista de Madrid?

—Más de sesenta leguas.

—¿En qué reino?

—No lo sé.

—¿Vuelves á tu reserva?

—Te juro que no.

—¿Estás borracho?

—Tampoco; se me va la vista, pero la cabeza la siento bien. Consiste en que no conozco esa parte de España, que anduvimos cási siempre de noche, y mi primo no me dejó hablar con nádie.

—¿Pero sabrás por qué puerta saliste y hácia que punto cae?

—Desde la calle del Almendro fuimos á la puerta de Anton Martin, y yo creo que esa torre ha de estar en el reino de Murcia ó en el de Valencia. Me fundo en que allí no hace frio, y los almendros empiezan á tener flor.

—Con eso no dices nada.

—Pues es todo lo que sé; pero si tienes interés en averiguarlo, preguntando por una torre de Altacima que está al Mediodía, los criados que dejó aquí te darán razon.

—Sergio, Jacinto; no olvidaré esos nombres.

—¿Qué murmuras, Manuel?

—Nada, nada.

—Te has quedado triste, y miras de un modo...

—¿Estás seguro de que vive Magno?

—Yo creo que sí, á no ser que lo mataran después de venirnos.

—¿Piensa volver por allí Jonás?

—Sí, pues me ha dicho que ahora vamos á viajar mucho.

—¡De qué buena gana os acompañaria!

—Imposible; te mataba Jonás con una de sus pistolas.

—¿Sabrias tú ir solo?

—No puse cuidado; como á mí no me importaba...

—¡Torpe!

—¡Qué cara tienes, chico!

—¿Vas á comer más?

—Sí; ahora dulces. ¿No bebemos?

—Yo no quiero, ni te conviene, pues estás medio borracho.

—Tienes razon; si Jonás lo nota...

—Siempre con Jonás, ¡maldicion! ¡Si yo le cojo!..

—Lo creo; ¡vaya unos ojos! Los turcos sois feroces.

—No lo sabes bien; tú ignoras los hombres que, como ese, era yo capaz de matar.

—¿Te ha hecho algo mi primo?

—No; vaya el último trago, y despacha.

—¿A qué esa prisa? Convengo en lo de beber.

—Es que tengo que salir, y necesito que me esperes á la puerta.

—¿Para qué?

—Para dormir.

—¿Dónde?

—Aquí.

—¿En esta casa?

—Sí, en tu cuarto.

—¿Juntos?

—Tu hermana me compró cama.

—No lo consiento; si Jonás te descubre, nos mata á los tres.

—¡Otro Jonás! Toma esos diez ducados y cédeme la mitad de tú cuarto, que si vosotros no me delatais, es imposible que lo sepa.

—Claro está; y yo no debo perder ese dinero. Venga, y puesto que eres tan valiente, allá te entiendas con él.

—¿Acabaste?

—Sí.

—Pues baja y reconoce la calle.

—¿Para qué?

—¡Me gusta la pregunta! Voy á salir, y no es cosa de encontrarme con él.

—¿Y á la vuelta?

—Me esperas en el portal; si viene ántes que yo, le acompañas arriba, y que te reemplace tu hermana abajo.

—¿Tardarás mucho?

—No lo sé; pero el que algo quiere... Y si te has de venir conmigo á Turquía...

—Acepta, hermano,—dijo la criada á Roque.—Yo vigilaré, y nada malo nos sucederá.

—Pues á Roma por todo.

El primo de Jonás bajó, y notando que la calle estaba solitaria, hizo la señal, en cuyo instante salió Melenik, cubierto con su tabardo y á paso de corzo.

Nuestro georgiano, fijándose mucho en las calles que atravesaba, para no perderse á la vuelta, corrió en direccion de la casa de Altacima, con la mano puesta en el puño de la daga, sin temor á rondas ni á nádie, y muy dispuesto á abrirse paso á puñaladas en el caso de que osaran interrumpir su marcha.

De ese modo llegó á casa del marqués, hallando el portal cerrado; pero él comenzó á golpear, y no cesó hasta que, reconocido por el portero, le abrieron la puerta, encerrándose poco después con éste y el mayordomo.

Con su habitual calma les convidó á cenar, se trajeron viandas, licores y vinos; después de mil pretextos, vueltas y rodeos, pudo averiguar que Altacima tenía una posesion que llevaba su apellido entre Alicante y Cartagena.

Tuvo que emborrachar al mayordomo para arrancarle esta noticia, y la embriaguez de aquél le impidió dar á Oton los detalles que necesitaba.

Aplazó, por consiguiente, la cuestion para el dia inmediato, y más tranquilo, salió de allí, murmurando:

—Sé que vive Magno, que está en la torre de Altacima, que ésta se halla entre Alicante y Cartagena, y áun cuando desconozco el camino y punto exacto de la torre, el que tiene lengua, dice el refran... Lo malo es que, si no llevo pasaporte, darán conmigo en la cárcel esos cuadrilleros y agentes, que no hallan jamás á ningun ladron ni asesino. Sin embargo, las noticias que me faltan las adquiriré mañana, y el seguro me lo dará, como extranjero, Mateotti. ¡Dios mio, Dios mio, inspiradme! ¿Qué es eso? Allí se dan de estocadas; ¡por esa calle viene una ronda! ¡Santo cielo, ampárame!

Y tomando una callejuela que tenía á la izquierda, corrió por ella como chispa eléctrica, seguido de dos corchetes que le gritaban:

—¡Alto, alto! ¡En nombre del rey!

Oton prosiguió imitando una centella, dejando atrás á los alguaciles. Llegó de este modo á casa de Jonás, lanzándose al portal como un torbellino impelido por la fuerza de la naturaleza.

Halló entornada la puerta y á la criada en el interior, que le dijo:

—Silencio, que acaba de llegar mi primo.

—¿Qué hace?

—Está encerrado con mi hermano.

—¿Me habrá oido?

—No, pero calla.

—Pues cierra, y subamos á oscuras por la escalera del corral.

Y cogidos de las manos, se dirigieron por el sitio indicado á la cocina.

—Observa y vuelve.

Dijo Oton, y la fregona regresó al poco tiempo, contestándole:

—Permanecen encerrados; miré por el ojo de la llave, y ¿qué dirás que vi?

—Lo ignoro.

—A mi hermano sentado junto á Jonás. Me admira la honra que le hace, y en verdad que la causa ha de ser poderosa.

—¿Ha cenado ya?

—No; si vino há muy poco.

—¿Se acerca á la cocina?

—Jamás.

—Entónces esperemos aquí, que ya nos enterará Roque de lo que ocurre.

—Bien, pero dime: ¿por qué has entrado tan de prisa y de un salto?

—Al volver, en una calle próxima, se batian vários hombres; la ronda desembocó al mismo tiempo, me persiguieron, y yo corrí, segun viste.

—¿Provocaste algun lance?

—No, fué casual el encuentro.

—¡Como eres tan valiente!..

—Aquí no habrá cuidado.

—Por supuesto; ya se guardarian bien de penetrar los corchetes en casa de Jonás.

Alaejo prosiguió hablando con Roque, encerrados ámbos en su gabinete, y Melenik con la criada en la cocina.

Ahora es preciso retroceder un poco.

CAPITULO XXVI.

El Secretario y su señor.—Declina la influencia de Jonás.—Los malvados no se arrepienten ni se enmiendan.—El diablo empieza á ceder.

En cuanto llegó á Madrid Jonás de Alaejo, cambió de traje, segun hemos visto, y embozándose en su capa negra, se encaminó á casa del duque de Lerma, entrando en ella poco después.

Acababa de anochecer, el zaguan y la escalera del palacio estaban profusamente alumbrados, y los lacayos y dependientes andaban de un lado para otro, enlutados, aparentando tristeza y pesar.

Reinaba en el palacio un silencio imponente.

Jonás se dirigió al despacho de su señor, preguntando á un paje ántes de entrar:

—¿Qué hace el señor duque?

—Se halla en el estrado hablando con S. M. el rey. Todos están reunidos allí...

—Basta; cuando salga el monarca, le dices, muy quedo, que acabo de llegar.

Y penetró, dejando la capa fuera del despacho.

No obstante lo cansado que estaba, permaneció de pié,

ensimismado y taciturno. Su rostro deforme y antipático aparecia contraido, el recelo y temor se retrataban en él, presentándose más feo que lo estuvo nunca.

A la media hora de espera oyó pasos, no tardando en distinguir á Lerma, que llegaba grave, con aspecto imponente y mirada vaga y fria.

Jonás le hizo una reverencia, exclamando luégo:

—Señor, siento como no puedo expresar la terrible desgracia que acaba de aconteceros; ¡el cielo dispuso de la señora duquesa! Dios conserve la preciosa vida de V. E., y le dé fuerza y resignacion.

—Gracias, Alaejo,—contestó Lerma con indiferencia.—¿Dónde has estado?

—¿No recibísteis una carta mia?..

—Soy yo el que pregunta.

Añadió Sandoval con disgusto.

—Perdonad, señor duque. Estuve en la torre de Altacima.

—¿Quién te mandó allí?

Jonás comprendió, por las frases y actitud del duque, que, estando éste ya vengado, intentaba eludir toda culpabilidad, declinando en él las funestas consecuencias de un hecho que el otro pudo haber evitado á tiempo, y el que toleró con placer y entusiasmo. Así es que le contestó con resolucion:

—Me llevó á la torre de Altacima, poderoso señor, la imperiosa necesidad de vengar en un hombre atrevido todo el ridículo que osó estampar en el nombre de V. E.

—Yo no te he mandado á ninguna parte.

—El marqués y yo aceptamos la responsabilidad; él por vengarse tambien, y yo por servir á V. E. con el interés y la lealtad que merece.

—Cuéntame lo que habeis hecho en el tiempo que permaneciste ausente, sin suprimir el menor detalle ni la cosa más leve.

—Oid la historia entera y exacta.

Y Jonás relató cuanto hizo y saben nuestros lectores, sin que el rostro de Lerma demostrase impresion alguna agrada-

ble ó adversa. Gozó en algunos instantes, aplaudia en su interior parte de lo realizado, mas disimulaba cuanto podia, concluyendo por parecerle excesivo el castigo impuesto á *Magno* y estúpida la burla á que le condenaron.

—Nada de eso apruebo,—exclamó;—tan exagerados fuísteis, que me he visto obligado á prender y desterrar mucha gente de gran valía, y es lo peor que la aristocracia, el clero y el pueblo, sin excepcion, me culpan á mí públicamente de aquello en que no tomé parte alguna.

—Pero si todo se ignora, señor.

—En este país, Alaejo, se adivina, y en verdad que tus consejos y conducta me están perjudicando mucho.

—¿S. M. no continúa?..

—El rey me estima más que nunca; mi voluntad es la suya; mas durante los seis dias que van de duelo sólo han entrado en mi casa parientes, favorecidos y el Nuncio. Eso puede darte una idea del efecto que ha producido en Madrid la desaparicion de Magno, y de lo que debe resultar de tan funesto retraimiento.

—Lo siento, gran señor; pero no habia otro medio que el de inutilizar al *Dragon*, ó continuar sufriendo el ridículo, la befa y el escarnio.

—En tu pobre cabeza no cabia más.

—¿Qué otra cosa podia hacerse?

—He tenido que mandar á un castillo á Gonzaga, á otro á Mondragon; desterré á Osuna, al Infantado, á vários más, y pasan de treinta los encarcelados. Pues bien, con medidas tan represivas sólo conseguí que aumentaran los pasquines, se multiplicasen los libelos, y si ántes se me anatematizaba como diez, que ahora sea como ciento.

—Eso irá concluyendo poco á poco, y con tal que el rey...

—La embajada de Venecia no duerme, y temo un conflicto espantoso.

—No comprendo...

—Posible es que á la declaracion de guerra de aquella república, vengan Francia, Inglaterra y otros Estados hacien-

do tambien pretexto, y ese es el lado vulnerable de Don Felipe.

—¿Qué motivo pueden alegar?..

—Magno era representante extraordinario de Venecia.

Jonás no encontró nada que contestar al duque. Así es que, inclinando la cabeza, esperó á que aquél añadiese algo.

Lerma meditó algunos segundos, preguntando después:

—¿Vive el *Dragon?*

—Sí, señor.

—¿Sanó de la herida?

—Estaba mejor cuando yo partí.

—¿En dónde se halla situada esa torre?

—En el reino de Valencia, confinando con el de Murcia, sobre unas rocas que se elevan á la orilla del mar.

—¿A qué distancia se encontrará de Alicante?

—Lo ignoro; pero tiene Torrebella á la derecha como á unos tres cuartos de legua.

—Jonás, es preciso que hagas lo que te voy á mandar, ó mueres en un patíbulo. Elige.

—Señor, ¿en qué he podido faltar á V. E?..

—Sales esta misma noche, vas á la torre, y como cosa tuya dispones lo conveniente para asegurar la vida de Magno. Luégo te embarcas en el puerto más próximo, y permaneces un año en el extranjero. Acepta eso, ó pereces en el cadalso.

—Lo que V. E. disponga.

—Creo que te conviene lo primero.

—Pues sea así. Lo malo es que he gastado lo poco que me entregó V. E. y todos mis ahorros.

—Yo te daré mil trescientos ducados, y con ellos partes, sin ver á nádie, con caballos que tú te adquieras y con la reserva conveniente, teniendo entendido que la más leve indiscrecion te cuesta la vida.

—No la cometeré. ¿Piensa V. E. salvar al *Dragon?*

—No.

—¿Debe morir?

—Tampoco.

—¿Qué digo entónces al marqués?

—Que mejore la situacion del preso, y permanezca á su lado dia y noche. Si se escapa ó muere Magno, le darán garrote. Nada más.

—No adivino el pensamiento de V. E.

—Concrétate á obedecerme si anhelas conservar la existencia y volver á mi gracia terminado un año.

—Deseo ámbas cosas, y haré lo posible por conseguirlas. Puesto que dispongo de trescientos sesenta y cinco dias, que en nada voy á ocuparlos, pudiera entretenerme en realizar la idea que acaba de ocurrírseme, muy provechosa, á mi entender, en lo relativo á vuestros asuntos de familia.

—Veamos qué idea es esa.

—Señor, debemos aprovechar la creencia en que está el público de que Magno ha muerto; la noticia habrá llegado á oidos de Otilia, y la infeliz estará desesperada. La ocasion era, en mi concepto, oportuna para traerla á España, y que en un monasterio, consagrada á Dios, honrara á su familia, lavando la mancha de su rapto.

—No me parece mal. ¿Accederia?..

—Sin la más leve esperanza de unirse al *Dragon*, ¿qué otra cosa podrá convenirle? Y si nos apresuramos á sacar partido de sus primeras impresiones de dolor, amargura y pena, parece seguro el éxito. Al desgraciado le gustan la soledad y el retiro.

El talento de Jonás daba un golpe maestro en la ocasion presente; el malvado se proponia asegurar su vida, que creyó amenazada, continuar haciéndose necesario, perpetuar la prision de Magno y que el duque le facilitase con una carta suya el robo de Otilia.

Sandoval, que, como habrán comprendido nuestros lectores, deseaba conjurar la tormenta que veia cernerse sobre su cabeza salvando á Magno y transigiendo con él, vió en la posesion de Otilia el arma poderosa con que lograria obligar al *Dragon* á que condenase al olvido las sospechas que pudiera tener. Pensaba además entregarle el marqués de Altacima y

al mismo Jonás, si bien, temeroso de que el último declarase la parte indirecta que Lerma tomó, lo alejaba de España por un año, sin perjuicio de imponerle en adelante mayor destierro. Todas estas ideas cruzaron por su mente, las estudió con detenimiento, y adoptando el plan definitivo, exclamó:

—Tienes razon, Jonás. ¿De qué modo te presentarias á Otilia?

—A mi juicio, bastaba con una carta de V. E. en que, suponiendo cierta la muerte de Magno, su madre y tio le ofrecian perdon y apoyo, si buena cristiana, tierna hija y modesta doncella, me acompañaba hasta quedar depositada en un convento de monjas.

—¿Y luégo?

—Se la entregaria en Barcelona á quien V. E. dispusiera, regresando yo al extranjero...

—Sin llegar á desembarcar; es muy buena idea. Su misma madre irá á Cataluña y se hará cargo de ella, á bordo del buque en que la traigas. Luégo vas á Marsella, me escribes tu arribo, y esperas mis órdenes. ¿Con cuánto dinero tienes bastante?

—Si he de fletar yo el barco, bueno sería que V. E. me diera dos mil ducados.

—Antes visitas á Altacima.

—En eso estoy.

—Cartagena está cerca, y en su puerto fácilmente hallarás una galera que te lleve á Venecia.

—Ciertamente.

—Procura hallarte á bordo para el dia 15; te va la vida.

—Estamos á 7; cinco lo más de camino, son doce, y me quedan dos. Estaré á bordo el 15.

—¿Conque necesitas la carta y dos mil ducados?

—Si V. E. añadiese un par de caballos, porque á esta hora y teniendo que salir á la madrugada...

—Con tal que tú no te presentes á recogerlos ni figure tu nombre...

—Dad la órden para que á las cuatro se los entreguen á

un desconocido, y mi sirviente, disfrazado, vendrá por ellos.

—Lo haré así. Sal y di al paje que está á la puerta que no me éntre recado alguno. Luégo esperas aquí.

Y Lerma redactó una carta para su sobrina, muy hábil y bastante larga.

Después contó dos mil ducados en oro, y dándoselos á Alaejo, le dijo:

—Aquí tienes el escrito en la forma que hemos convenido, sellado con mis armas, y en estos cartuchos el dinero. Cuando salgas daré la órden para que entreguen los caballos. ¿Deseas alguna otra cosa?

—Señor, Otilia me hará multitud de preguntas sobre su novio. ¿Qué le contesto?

—Qué murió en un desafío.

—¿Perecerá efectivamente? Perdonad la pregunta; me es indispensable la contestacion.

—¿Lo tiene bien asegurado Altacima?

—Sí, señor.

—¿Podrá divulgarse algo sobre su arresto?

—Imposible.

—Entónces, dejémosle allí que se muera de viejo. No quiero desempeñar, ni áun indirectamente, el papel de asesino, ni que acorteis con malos tratos la existencia de ese hombre funesto. El que me desobedezca, Jonás, pagará con su vida por traidor y malvado.

—Ahora que comprendo el pensamiento de V. E., lo aplaudo con entusiasmo, y trataré por todos los medios posibles de que se realice en cuanto abarca.

—¿Traes capa?

—Sí, señor.

—Pues, embózate bien, y parte, que ya es hora.

—En Marsella, gran señor, aguardaré el anhelado instante de regresar cerca de vos.

—Que Dios te proteja; y ¡ay de vosotros si alguno me falta!

—Descuidad. La Providencia mitigue el dolor de vuestra

alma por la irreparable pérdida que ha sufrido, y le conserve la estimacion que un dia se dignó otorgarme.

—Adios.

Salió Jonás, ocultando cuidadosamente la idea que pensaba realizar; lo mismo hizo el duque: ámbos mintieron, se engañaban mútuamente, y la falta de unidad y concierto en los cómplices de un atentado inícuo produjo siempre funestos resultados á los delincuentes. Pronto sabremos si bastan el talento de Jonás y el poder de Lerma para conjurar el nublado que les amenaza.

Alaejo se dirigió á su casa, murmurando por el camino:

—Tengo oro para vivir más de seis años; con esta carta, el robo de Otilia es seguro; y el duque, que en un principio me asustó, ha concluido por caer en la red que le tendí. ¡Oh, su sobrina será mia, pese á Lerma, á Altacima y al *Dragon!* ¡Qué hermosa es! Poseerla después de haberse vengado de Magno, es el colmo de la felicidad, de la dicha. El necio del duque pretendió vanamente declinar en mí toda la responsabilidad del atentado; pronto saldré yo de España, y si hay consecuencias funestas, él y el marqués cargarán con ellas. Tengo yo más talento que ámbos, más resolucion, y es muy difícil que deje de vencerlos en todos los terrenos. Cuando vaya con mi Otilia por medio de esos mares, encerrados los dos en un pequeño camarote, me reiré de los tres con más entusiasmo que ahora. ¡Já, já, já! Bobalicones; tengo á Otilia, cuatro mil ducados y un mundo tan extenso como yo deseo. Lo único malo que encuentro en este negocio es el haber llegado esta tarde y verme obligado á salir mañana. ¿Por qué me diria el duque que me iba la vida si no estaba á bordo el 15? No lo sé, pero infiero que era sólo una amenaza tan pobre, cuanto que á nada conduce, pues es á mí al que más interesa partir á Venecia lo ántes posible. Ya me voy connaturalizando con las marchas, y aunque menudean, sufriré las molestias del presente, neutralizando sus malos efectos con las delicias que me ofrece el porvenir.

Reflexionando así, llegó á su casa.

El duque quedó en su despacho meditando. A los cinco minutos exclamó:

—El rigor está visto que no contiene las lenguas; ántes al contrario, las desata. Mateotti intriga sin descanso, conoce el flaco de D. Felipe, y nos prepara un conflicto como yo no creí jamás. ¡Con qué facilidad accedieron Francia, Inglaterra y Alemania! ¡Oh! es preciso transigir al momento, que viva Magno; sólo ese hombre puede volver las cosas al estado en que se hallaban ántes de su prision; sólo él conjurará el mal que preveo. Que viva, sí, que regrese á la corte, y hasta que se case con mi sobrina. Todo ménos dejar de ser el favorito de Felipe III. Ya estoy vengado del ridículo anterior; habrá una víctima, que será Altacima, y luégo correremos un velo sobre lo pasado, entrando en el porvenir sin peligro alguno. En cuanto á Jonás, si Magno le perdona, lo traeré á mi lado, que es hombre de talento y me sirve bien; pero si aquél se empeña en lo contrario, que siga en Marsella un año ó diez, me es igual; fácil es encontrar reemplazo.

Seguidamente ordenó que entregasen dos buenos caballos á un desconocido que se presentaria á las cuatro de la madrugada, y volvió al salon del duelo, decidido á empezar al dia siguiente la realizacion del plan que acababa de concebir.

Volvamos á casa de Alaejo, y averigüemos lo que acontece allí.

CAPITULO XXVII.

Sorpresa y alegría de Melenik.—Preparativos de marcha.—Diálogo animado.—Partida.

Dejamos á Oton en la cocina de Jonás, hablando con la criada. Todavía permanecieron media hora, sin que Alaejo ni Roque abandonasen el gabinete donde estaban encerrados.

—¡Qué conversacion tan larga!

Decia ella, admirada.

—Alguna nueva intriga,—le contestó Melenik,—de ese miserable.

—Es muy malo; pero ya no me importa, puesto que nos llevas á los dos á tu país.

—¡Si pudiéramos escuchar algo!

—Es muy expuesto; más vale esperar á que Roque nos entere.

—Tienes razon.

—Hablan fuerte.

—Sí, me parece que sale tu hermano.

—Él es.

Roque apareció, diciendo:

—Prepara la cena miéntras yo pongo la mesa. Despacha, que es tarde. ¡Hola, Manuel! ¿Has regresado? Me alegro. Luégo conversaremos, pues hay novedades.

—Di.

—No puedo ahora, que me espera.

Y comenzó á servirle la cena, cruzando algunas frases con Oton cada vez que dejaba un plato y cogia otro. Al tomar el último, exclamó Roque:

—Silencio, y esperad aquí, que no vuelvo hasta que lo deje en cama.

Veinte minutos después se oyeron cerrar dos puertas, y apareció nuevamente el criado, diciendo:

—Se acostó, y podemos hablar. Sentémonos junto al fogon, echando ántes este pasador.

Y cuando se hubo asegurado de que Jonás no podia escucharlos, se sentó entre Melenik y su hermana, añadiendo:

—Supongo que ninguno de los dos tendreis gana de cenar.

—No.

Le contestaron.

—Yo tampoco, que comimos tarde y muy bien. Oton,—añadió con tono solemne,—es preciso que salgamos esta noche para Turquía.

—¿Qué acontece?

—Dime primero si podrá ser ó no.

—Sepamos ántes lo que ocurre, y luégo determinaremos.

—No tengo inconveniente. A vosotros no puedo ni debo ocultaros nada, y el asunto es de tal importancia, que os va á sorprender. Llegó Jonás, me hizo sentar á su lado, cosa nueva, extraña y que nunca creí en él, y todo eso para decirme que me disfrace, recoja á las cuatro de la mañana dos caballos de casa del duque, y me disponga á partir otra vez.

—¿A dónde vais?—Le preguntó Melenik con viveza.—¡No te lo habrá dicho ese miserable!..

—Al contrario, se presentó muy espansivo, y todo lo sé; fué la única ocasion en que me trató como á primo. ¡Si viérais que cariñoso estuvo!

—No te fies de esa culebra.

—Habla más bajo, Manuel; como yo.

—Dinos pronto á dónde te lleva.

—Volvemos á la torre de Altacima.

—¡Sublime!

—¿Qué dices?

—Nada. Continúa.

—Añade que estaremos muy poco tiempo con el marqués; que luégo nos embarcaremos, y en una buena galera nos llevarán á Italia. Y por último, que entretendremos mucho tiempo viajando siempre, viendo tierras y un mundo que nos es completamente desconocido.

—En ese caso, os vais desde España á Venecia. ¡Oh, comprendo la intencion de ese miserable, que Dios confunda! Continúa, Roque, que me interesa tu relato.

—¿Qué sabes tú lo que él piensa y medita?

—Verdad es, pero enterándome del resto, puede que algo adivine.

—Quiere que se cierre la casa y que mi hermana se ponga á servir hasta nuestro regreso, pues, segun calcula, estaremos viajando un año lo ménos.

—¿Podria yo acompañaros?

—¡Qué locura! Es hombre Jonás que sospecha de su sombra.

—Pues iré,—murmuró Oton para sí;—iré, pese al demonio, y salvaré á Magno. Sí, me lo dice el corazon.

—¿Qué estás hablando entre dientes?

—Nada; prosigue.

—Ya os lo he dicho todo.

—¿Tanto tiempo estuviste para eso?

—Me dió instrucciones para mi hermana, contándome luégo las delicias del viaje. Segun pude comprender por algunas frases que se le escaparon, piensa casarse en Italia.

—¡Casarse!

—Claro es. Decia: ¡Qué mujer tan hermosa! Quiera ó no seré dichoso con ella.

—¿Qué más?

—Eran palabras así, cortadas, que no me dirigia á mí, pero no se me escaparon.

—Dí, Roque, ¿pronunció el nombre de Venecia?

—Dos veces; con una alegría...

—¿Y el de Otilia?

—Otilia... no; esa ingrata,—exclamó,—sobrina de tan poderoso señor... Yo tengo buena memoria y nada se me olvida.

—¿Se expresaba como enamorado?

—Sí, hombre; con un entusiasmo... ¡Cuando te digo que se casa!..

—¡Ya! Será otra cosa, pero no lo dejarán.

—Explícate.

—Es inútil.

—Pues decídete; ó nos vamos á Turquía esta noche...

—Imposible.

—Con los ahorros de mi hermana y el dinero que tú tengas...

—Es pronto, y si me cogiesen me ahorcarian.

—En ese caso quédate al cuidado de ella, y á mi vuelta partiremos. ¿Qué haces, hombre? No me oyes ni entiendes.

—¡Qué sorpresa tan agradable! ¡Ah, con qué júbilo late mi corazon!

—¿Hablas en turco? ¡Manuel, Manuel!

—¡Déjame en paz, necio!

—Pero hombre, ¿en qué piensas?

—Tienes razon; me habia distraido con tu viaje y el abandono de esta pobre chica; pero yo haré su suerte.

—Eso es lo que yo digo; te casas, y cuando yo regrese corremos á Oriente.

—Tengo necesidad de volver á salir.

—¿Adónde vas á estas horas? Es cerca de media noche.

—No importa. Antes me quedé sin evacuar el asunto que me sacó de aquí por estorbarme el paso unos que andaban á cuchilladas y encontrar de frente una ronda que me persiguió, juzgándome por lo visto pendenciero.

—¡Si vieras cómo entró aquí, hermano! Parecia una exhalacion.

—Acuéstate tú, Roque, que tienes que madrugar. Yo saldré sin hacer ruido, tu hermana me esperará, y al partir nos despediremos.

—¡Si Jonás te oye! Deja ese asunto para mañana.

—Sí, Manuel, suspéndelo.

—¡No puedo, no puedo!

—Pero...

—¡Maldicion! Obedece y calla.

—Estos turcos son atroces. ¡Vaya una cara que pone!

—Averigua si duerme ó no tu primo; despacha.

—Voy, hombre. ¡Qué mirada y que actitud!

Salió Roque, y volvió diciendo:

—El cansancio le rindió pronto y tiene un sueño que se oye la respiracion en el pasillo. Tambien á mí empieza á dominarme, y en verdad que no puedo estar derecho.

—Hasta luégo, Roque. Tú me acompañas abajo, y allí aguardas.

—¿Tardarás mucho?

—No.

—Por aquí, por la escalera del corral.

—Despiértame al marchar Roque, si es que me quedo dormido cuando vuelva.

—Bueno; yo me voy á acostar, que ya no puedo tenerme en pié, y me esperan otras setenta leguas. ¡Qué vida, santo cielo, qué vida!

Melenik salió de la casa de Jonás, mandando á la criada que entornase la puerta y le aguardara en el zaguan sentada.

Eran las once y cuarto cuando partió. Ya en la calle, cubriéndose con el tabardo, se encaminó á buen paso hácia la embajada de Venecia.

En esta ocasion iba temeroso y como sobresaltado, pues juzgaba que una detencion ó arresto podia causar la muerte á Magno y la perdicion á Otilia, y no se equivocaba en sus cálculos. Nuestro jóven, convertido ahora en espíritu, discur-

ria admirablemente y hasta adivinaba; la necesidad vence imposibles, y en Oton se realizaba el axioma.

—¡Dios mio, Dios mio! exclamó por fin. ¡Protegedme en estos los instantes más críticos de mi vida! ¡Sólo el bien me inspira, el deseo de lo bueno, de destruir lo malo, de luchar frente á frente con los representantes de Satanás en la tierra! ¡El más leve incidente me pierde esta noche! ¡Oh, por primera vez de mi vida siento miedo! ¡Miedo yo, maldicion! ¡miedo el hijo de la montaña! ¡miedo un discípulo de Magno! ¡Ea, Melenik, adelante, puñal en mano, y ábrete paso en medio de los peligros, en donde quiera que detengan tu arrogante paso! Cesa de latir, corazon mio, que te lo impone la cabeza; oculta tu pavura, ó te ahogo con mis propios puños.

Y comenzó á correr por medio del arroyo, subiendo y bajando las pendientes y sin que le detuviera lo accidentado y sinuoso del terreno.

Por fin dió vista á la casa de Mateotti; pero lo primero que se presentó á sus ojos fué un embozado, que la vigilaba de cerca.

—Me creen,—dijo,—encerrado en la embajada, y aguardan mi salida para caer sobre el cordero; no, sobre el tigre. Los necios me mandan un solo hombre, sin calcular que si en estrecho recinto inutilicé seis, en la calle necesito doce. Pero esta noche no me convienen luchas, ni voces, ni ruido. Corro por la derecha, doy la vuelta sin que me vean, y escalo la embajada en dos segundos.

Y segun lo expresaba lo realizó, llegando poco después á la calle estrecha por donde se descolgó la noche anterior.

Aún continuaba el piso cubierto de nieve, el frio era intenso y la oscuridad bastante. Oton corria encorvado y sin hacer ruido. De pronto dió un salto, se abalanzó á los hierros de una reja, trepando con suma rapidez hasta llegar al balcon, que volteó poco después, quedando tendido sobre su piso.

En estos momentos, más que hombre parecia una ardilla. Ya en aquel sitio, exclamó:

—Por el pronto me he salvado. ¿Cómo están estos maderos? Unidos por el hierro, ¡maldicion!

Y con el puño de su daga, que no habia dejado desde que salió, llevándola ya en la mano ó en la boca, comenzó á golpear, tendido siempre sobre el pavimento del balcon.

A los dos minutos oyó ruido de pisadas, y después voces que decian:

—Llaman en ese balcon. Sí.

—Abramos.

—¡Deteneos! ¿Llevais armas?

—Sí.

—¡Luces! Abrid ahora.

Y los maderos fueron separados, presentándose á la vista de Melenik la figura del embajador y la de dos criados armados de espada. Nuestro jóven se puso en pié, y avanzó tranquilamente, diciendo:

—No os alarmeis, que soy yo. Los corchetes no me permiten entrar por la puerta, y teniendo necesidad de veros, señor embajador, fuerza era penetrar por alguna parte.

—¿De qué modo subiste?

—Por la reja, con la mayor facilidad.

—¡Parece imposible!

—A vosotros, los hijos de las grandes ciudades; el que en su infancia trepaba por los montes y los árboles, para el que luégo subió mil veces los palos mayor, mesana y trinquete, es lo ménos molesto del mundo saltar desde la calle á este paraje.

—Te juzgan aquí encerrado, y continúan espiando mi casa.

—En este momento aciertan; mas el *pájaro* entra y saldrá sin que el cazador lo perciba.

—¿A qué has venido? ¿Qué acontece?

—No puedo contestaros.

—¿Por qué?

—Me estorban los testigos.

—Son tan leales como tú, pero no importa. Salid de aquí

todos; cerrad las puertas y observad la calle. Ya estamos solos. ¿Qué hay, valiente Melenik?

—Vino Jonás.

—¿Cuándo?

—Esta tarde.

—¿Vive Magno?

—¡Vive, señor, vive!

—¡Loado sea Dios! ¿Sabes tú dónde se halla?

—Sí.

—¿Podremos salvarlo?

—De eso se trata.

—¡Corramos!

—Deteneos; eso me toca á mí solo.

—¿Dónde está?

—En un calabozo.

—¿Situado?

—En una torre muy alta.

—¿Y esa torre?

—Esa torre está en España.

—¿Léjos de Madrid?

—Muy léjos.

—¿Hácia dónde?

—Antes junto al infierno, ahora cerca del paraíso.

—¿No me dices el sitio en que se halla?

—No.

—¿Por qué?

—Porque me corresponde á mí solo salvar al *Dragon*.

—¡Egoista!

—No me calumnieis, señor; me aconseja la prudencia, me inspira el amor.

—Pero tú solo vas á perecer sin lograr el objeto.

—No es negocio para mucha gente, y ménos para meter ruido alguno.

—Te acompañaré yo solo.

—Me estorbais.

—¡Maldicion!

—¡Voto al diablo, que sois terco y pesado! Lo que yo no haga solo, difícilmente lo conseguiriamos entre ámbos.

—Desconoces los caminos de España.

—Va delante Jonás guiándome.

—¡Ah! ¿Vuelve á la torre?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Esta madrugada.

—¿Y tú?..

—Yo, como el galgo, seguiré la pista; con mi oro, puñal y talento salvaré á Magno.

—¿Vas á caminar á pié?

—Sí, señor.

—¿Cuántas leguas?

—Más de setenta.

—No llegarás, Oton.

—¿Eso decís al hijo de Tiflis? ¿Al que cruzó los montes caucasianos, llegando luégo desde Baku á la Armenia, desde el mar Negro á la Georgia? Era niño, muy niño, y no lograron detener su atrevido paso ni las arenas de las playas, los picos de los montes, el cansancio ni la fatiga. Fuerte como las montañas que me vieron nacer, mis carnes son de hierro, mi corazon de bronce, y el alma del mismo color que el mar de la Armenia. ¡Setenta leguas! Eso es para el montañés caucasiano un paseo delicioso.

—Y luégo, ¿qué vas á hacer?

—Ya os lo he dicho; salvar á Magno.

—¿De qué modo?

—Dios me hizo fuerte, pero no me concedió la adivinacion, Mateotti. Lo libraré de la única manera que sea posible.

—Entónces, ¿á qué viniste?

—En primer lugar, á que me deis como embajador un documento que me abra paso por entre esa turba de cuadrilleros y agentes que detienen en los caminos á los hombres de bien; y luégo á participaros que Jonás de Alaejo está enamorado de Otilia, y corre á Venecia á robarla.

—¡Qué dices, insensato!

—La verdad.

—¿A quién escuchaste ese disparate?

—¡Al demonio! Por Cristo, Señor nuestro, que os presentais esta noche insufrible.

—¡Me cuentas cosas!..

—Os he dicho la verdad, y sabed que os hago responsable de la suerte de esa dama. Os dí á tiempo la noticia, se acerca el dia de la venganza, y entended que al que el bondadoso Magno perdone, lo atravesará la punta de mi puñal.

—¿De tu puñal?

—Sí, de este que vos me regalásteis. ¿Se olvidó ya el embajador que soy rico, poderoso; que tengo un título el cual me iguala á los grandes, y que nada envidio á los magnates de la tierra? Pues si lo recuerda, que vea el traje con que cubro mis carnes, que me mire asociado á una fregona, saltando como el perro unas veces, encadenado otras cual miserable criminal, sentenciado á muerte hoy y corriendo mañana como errante peregrino, sin patria, hogar, ni otra cosa que una sola idea, en pos de la que camino, por la que tengo siempre jugada mi vida, por la que acaso muera, si Dios me abandona.

—Melenik, seducen tu voz, tu actitud, tu entereza, tu admirable valor.

—No he concluido, señor embajador; voy á salvar á Magno, como os he dicho; lo salvaré, que eso me dice el corazon, y jamás me engañó; pero si al arrancarlo de entre las garras de sus enemigos; si al romper sus cadenas, destruir tanto sufrimiento y darle la libertad, corre á Venecia, busca á su amada y la encuentra deshonrada ó perdida, entónces lo habré sacado de su prision para arrojarlo al abismo de la desventura, al tormento, á la pena perpétua; y entónces, señor embajador, quiera él ó no, mataré yo al que tenga la culpa como autor, como cómplice ó como indolente que pudo evitarlo y no lo hizo por desatender las frases de un hombre con forma de niño.

—¿Conmigo te atreverias, Melenik?

—Os quiero, Mateotti, mucho; pero en tratándose de Magno, en lo que se refiere á él no tengo amigos ni afeccion alguna en el mundo.

—Todo me parece bien, ménos que intentes tú solo salvar á un preso que le custodian y guardan vários hombres en una torre probablemente inexpugnable.

—Esas puertas no se abren á estocadas; las cadenas no se rompen con las manos, ni la libertad se logra por la fuerza.

—¿Pues con qué, Oton?

—Con el oro y el talento.

—¡Ah! Vé á la torre, hijo mio, que si es posible, tú salvarás á Magno.

—Pero ¿y Venecia? Allí no puedo yo correr.

—Mañana irá un agregado, y en breve defenderán á Otilia cien mil hombres.

—¿Habeis cenado?

—No, que vine hace poco de una reunion de embajadores, donde se acordaron cosas muy buenas respecto de Magno. Si tú no le salvas, nosotros le vengaremos.

—¡Como si yo fuera manco! Vosotros pondreis en aprieto á España, y muy particularmente á Lerma; yo, sin tanto ruido, y olvidándome del país, que no tiene culpa alguna, hundiré mi puñal en el corazon de todos los enemigos de Magno. ¿Cenamos?

—Sí.

Ambos pasaron al comedor, tomando algunos manjares sin dejar de hablar. Mateotti demostró gran interés en conocer el plan de Melenik; pero se estrellaron su talento y habilidad ante la firmeza de carácter y fuerza de voluntad de Oton.

—No comprendo,—exclamó por último el veneciano,—cómo se haya podido enamorar ese miserable Alaejo de Otilia de Sandoval.

—Viéndola y gustándole.

—Lo infiero, mas alzó tanto la mirada...

—Para esos malvados no hay nada en el mundo respetable.

—¿Cómo lograstes averiguarlo?

—Mintiendo y engañando, á imitacion de ellos, y procurándome contrastes como el siguiente: por la tarde me regalaba en la mesa de dos miserables sirvientes, y ahora lo hago frente á frente de un embajador, rico, poderoso, y de igual á igual.

—Eso no me aclara el misterio.

—No es mia la culpa si el arcano carece de llave. Mandad, señor Mateotti, que me envuelvan ese encurtido en un papel, este pan en otro, y de ese vino, que parece bálsamo, que me llenen un frasco.

—¿Para qué quieres eso?

—¿No lo suponeis? Para el camino.

—¿Qué otra cosa necesitas?

—El documento que os pedí ántes.

—¿Dinero?

—Llevo bastante.

—Vosotros obedeced á Melenik. Tú aguarda miéntras redacto el escrito.

Oton guardó en los bolsillos de su tabardo pan, encurtido y frasco, esperando á que el embajador regresara. Sus ojos estaban inyectados de sangre; la mirada corria vaga, incierta y á veces imponente; su frente aparecia plegada de arrugas, y la belleza que el cielo le concedió se ocultaba en estos instantes bajo un velo sombrío, amenazador, inexplicable con exactitud.

Volvió Mateotti, diciéndole:

—Ahí tienes lo que me has pedido.

—Gracias. Ahora un abrazo.

—¿Ya partes?

—Es la una.

—¿Por dónde vas á salir?

—Por donde he entrado.

—Mandaré que te traigan la cuerda.

—No, me basta con la reja.

—Puedes caer...

—Delirios; como al subir.

—Que reconozcan al ménos...

—Yo lo haré. ¿Me acompañais?

—Sí.

El georgiano se asomó al balcon, observando la calle.

—Nada ocurre,—dijo al embajador entrando;—conozco el terreno, y regresaré á casa de Alaejo con más seguridad que anoche.

—Adios, hijo mio; desde ese sitio vigilo tu retirada.

—Venecia y Otilia, Mateotti.

—Respondo de la última.

—Ahora parto tranquilo.

—Temo que tus esfuerzos se estrellen ante la maldad y precauciones de nuestros enemigos.

—Ello dirá; por el pronto sé cuanto necesito; me obedece con ciega sumision el criado de Jonás, y para matar á este hombre me basta sólo decir: quiero.

—Con eso no se salva á Magno.

—Por lo mismo le dejo que viva, y luégo nos entenderemos él y yo.

—Tantas dificultades...

—Las muchas son las que deben vencerse; las pocas cualquiera las destruye.

—Te hallo animado y resuelto como nunca.

—Es que tengo un plan, leo en lo porvenir, y éste que late en mi pecho, me dice que la victoria es mia.

—A mi pesar, voy participando de tus seguridades.

—Eso prueba vuestro talento y fácil comprension. Hé aquí mis brazos.

—Adios. Triunfa al pié de la torre, que yo en Madrid pronto dominaré tambien. No es sólo Melenik el que ama al *Dragon*.

—Ya lo sé. ¡Que el cielo os ayude!

—¡Que la Providencia te proteja!

Nuestro jóven volteó el balcon, y fué deslizándose por la reja como una culebra. Luégo, desde el medio del arroyo corrió; al llegar á la esquina se detuvo, soltó una carcajada, y saltando como la liebre, prosiguió su rápida marcha.

El veneciano quedó observando, temeroso y pendiente de la partida de Melenik; pero al escuchar la risa de aquél, se entró de pronto, exclamando:

—¡Qué sangre fria, qué valor tiene ese muchacho! Vale más que yo y tanto como Magno. Si hay posibilidad, lo salvará, estoy seguro. ¡Oh, eso me evita el acceder á la transaccion indicada por el embajador de Alemania!

Oton continuaba hácia la morada de Jonás, rodeando para no ser visto por los que espiaban la casa de Mateotti, pero tan ligero como el viento.

—Está muy oscura la noche,—se decia,—fria la atmósfera y resbaladizo el suelo, para que esos gandules abandonen su brasero y me persigan. Algo van ganando en obrar de ese modo, porque si algunos intentasen detenerme, pagarian con la vida... ¡Maldicion! ¡He resbalado y dí en tierra! ¡Qué piso, qué calles y qué Madrid! Prefiero nuestra querida ciudad, reina del Adriático, con sus eternos canales, góndolas, palacios y agua, á este fango... ¿Qué es eso? ¿Allí gritan? Pues por aquí.

Cuatro minutos después empujó la puerta de Jonás, que estaba entornada, y entrando halló dormida á la criada.

—Despierta,—le dijo;—cierra, y en la cocina te espero. ¿Tienes luz allí?

—Sí.

—Pues no tardes.

Miéntras la prima de Alaejo le obedecia, contó él cuatrocientos ducados.

—¿Te acuestas?

Le interrogó ella penetrando en la cocina.

—No, toma ese dinero.

—¡Cuánto oro! ¿Para qué es esto?

—Para tí.

—No comprendo...

—Es tu dote.

—¿Nos vamos á casar pronto?

—Oye: vengo de ver á unos compatriotas, y por consejo de éstos me encuentro obligado á salir de Madrid inmediatamente.

—¿A dónde vas?

—Al Mediterráneo.

—¿Qué es eso?

—Un mar por el que se va á Turquía.

—¿Qué vas á hacer allí?

—Parto ¡ay de mí! en busca del hombre que me sirvió de padre.

—¿Viene por tí?

—No, voy yo por él.

—¡Me dejas sola!

—Te queda dinero y cuanto necesitas para estar en Madrid con más comodidad y sosiego que nunca.

—Mi hermano me dió dos ducados de parte de Jonás, encargándome que buscara casa y me pusiera á servir.

—Pues yo te aconsejo que te quedes aquí, esperando el regreso de Roque, ó si quieres economizar dinero y que tu dote sea mayor, entónces busca amo y obedece á tu primo.

—¿Vas á tardar mucho?

—Lo ignoro.

—Al verte salir y entrar tan de contínuo, sospeché que algo malo te acontecia.

—Acertaste, y es lo peor que acaso me maten ó me impidan regresar.

—¿Eso me dices?

—La verdad; no debo ni quiero engañarte. Óyeme bien: si á los quince dias de partir no he regresado, olvídame para siempre.

—¡Ingrato!

—No es mia la culpa.

—¿A quién doy entónces este dinero?

—Te lo regalo para que formes tu dote y puedas casarte con más facilidad, en el caso probable de que yo no vuelva.

—¡Ay, qué desgraciada soy!

—No te aflijas tanto, mujer, que todavía no se sabe nada de cierto.

—¡Por qué te habré querido tanto!

—Deja de llorar, y préstame el último favor.

—¿Qué quieres?

—Puesto que tú tienes mañana tiempo de descansar, no duermas esta noche; yo me echaré en tu cama, vestido, y al salir Jonás me despiertas. Procura que no haya montado aún á caballo. ¿Me ofreces hacerlo?

—Sí.

—Gracias, eso más te voy á deber.

—¿Por qué no te desnudas, y reposarás mejor?

—No, estoy bien así.

—¿Qué más deseas?

—Eso sólo.

—¿Dónde aguardo?

—La noche está algo fria, y puesto que en la cocina tienes lumbre, ningun sitio mejor que aquél.

—¿No te vas á despedir de mi hermano?

—No; entérale del consejo que te he dado, del dinero que te entregué, y añade que en el camino nos veremos probablemente.

—¿Llevas la misma direccion?

—Creo que sí. Hija, no dormiré hasta sabe Dios cuándo, y si me dejases estas dos ó tres horas...

—¿Cierro la puerta?

—Sí.

—¡Adios, ingrato!

—Adios.

Melenik se quedó dormido poco después. La criada guardó el oro que aquél concluia de entregarle, pasando el resto de la noche triste y abatida.

A las cuatro despertó á Roque, el cual, embozado en una

capa de su primo, partió á casa del duque de Lerma en busca de los caballos.

Después se levantó Jonás, guardando en cintos y bolsillos todo el oro y alhajas que tenía.

Llegó Roque, entrando en el gabinete.

—¿Traes los caballos?

Le preguntó su primo.

—Sí, quedan sujetos á la reja.

—Mete en las dos maletas toda esa ropa mia, la tuya, y cuando estén en las sillas, regresa.

Roque le obedeció, volviendo al poco tiempo.

—Podemos partir si quieres.

Le dijo.

—Cíñete ántes la espada y puñal; sujeta esas dos pistolas á tu cintura, y guarda en el tabardo diez cargas. Para mí estas otras dos con catorce cartuchos. Venga la capa y el sombrero. Partamos.

—¿No nos despedimos de mi hermana?

—Hazlo tú, pero abrevia, que te espero á caballo. Dile que obedezca la órden inmediatamente y se ponga á servir en otra casa.

Alaejo cerró la sala y gabinete, y bajó, en tanto que Roque estrechaba á la criada en el comedor, diciéndole:

—Adios. Jonás me encarga que cumplas sus órdenes. ¿Y Manuel?

—Duerme, pero le voy á despertar, que se marcha, llevando la misma direccion que tú.

—¿A dónde va?

—Al Mediterráneo á esperar á uno que le sirve de padre. Dice que en el camino os vereis.

—Me alegro. ¿Oyes? Silba Jonás.

—Que espere. Me ha regalado cuatrocientos ducados.

—¿Manuel?

—Sí.

—¡Qué generoso!

—¿Busco amo, ó me quedo aquí?

—Lo que tú quieras. Adios; economiza, que á mi vuelta lo gastaremos. Silba por segunda vez; abrázame.

—Adios; tarda un poco en montar, pues quiere Manuel salir poco después que vosotros.

—Dale expresiones, añadiendo que le quiero mucho.

La criada despidió á su hermano en la escalera, corriendo luégo á su alcoba.

—¡Manuel!—gritó.

Melenik se incorporó, poniéndose la gorra y tabardo.

—¿Están abajo?

Le preguntó.

—Sí, ¿no oyes? Parten en este instante.

—Pues adios.

—Aguarda.

—No puedo, me es imposible perderlos de vista.

—¡Me quedo sola!

—Pero rica.

—Te prefiero á todo, Manuel.

—¡Yo, hija, corro, como ves, en pos de un destino sangriento, horrible! ¡Hasta la eternidad!

Y desapareció, dejando á la prima de Jonás anegada en llanto.

Eran las cinco y cuarto de la madrugada, aún no habia amanecido, y Melenik, cubierto hasta los ojos con su tabardo, combatia el frio que se dejaba sentir, siguiendo á Jonás y á Roque, guiado por el ruido de las pisadas de los caballos, pues no se distinguian los objetos á la distancia de quince varas.

De este modo salieron por la puerta de Anton Martin, delante aquellos y detrás Oton.

Dejémoslos caminar, que pronto volveremos á encontrarlos.

CAPITULO XXVIII.

Transige el duque de Lerma.—Sus disposiciones.—Actitud de las embajadas.—Vence la obstinacion de Mateotti.

El duque de Lerma entretuvo parte de la noche con sus amigos y parientes, retirándose luégo á descansar.

A las ocho de la mañana se levantó, y entrando en su despacho, hizo que se le presentara un ugier, al cual dijo:

—Vé inmediatamente á casa del capitan Perez, y tráelo á mi presencia. Vuela.

El criado desapareció, ocupando el duque más de media hora, que tardó el otro en regresar. Ya en su despacho el que habia mandado venir, tiró la pluma, preguntando al capitan:

—Perez, ¿teneis conocimiento de la desaparicion de un marino español al servicio de la república de Venecia, llamado Magno el *Dragon*?

—No se habla en Madrid de otra cosa hace bastantes dias.

—Verdad es, y áun creo que el público ignorante me culpa á mí con esa insensatez y falta de criterio de gente que carece de entendimiento.

—No sé, señor duque.

—Sed franco; á nada conduce el que repitais aquí lo que está en la mente de todos.

—Soy poco aficionado á chismes y cuentos, y nunca doy crédito á las hablillas del vulgo.

—Me consta vuestro valor, reserva y circunspecion; militar por educacion y carácter, os concretásteis siempre al servicio del rey, pero eso no obsta para que hayan llegado hasta vos las murmuraciones del público ó alguno de los muchos libelos que andan por Madrid.

—Cierto; mas repito que yo no hice caso nunca de esas cosas.

—Estoy seguro de que es verdad, pero debeis conocer como yo cuanto se dice de mí. Sentado esto, deseo encargaros una mision, que, bien desempeñada por vos, acallará en breve la voz pública, y todos me harán justicia.

—Me hallo á la disposicion de V. E.

—Gracias. Bien sabeis, capitan, que mi sobrina Otilia debia unirse al marqués de Altacima; no ignorais que ella, con esa hipocresía innata en su sexo, demostró acceder, y en el instante en que debia realizarse la union, desapareció de Madrid, sin que hayamos podido averiguar por dónde, cómo, ni el paraje á que se dirigió.

—Todo eso oí, y ya no me queda duda de su certeza, puesto que V. E. lo asegura.

—El novio quedó burlado, se cebaron en él la mofa y el ridículo, Altacima es intencionado, dispone de recursos, y claro es que no debia avenirse á sufrir impunemente la befa de que era objeto. Yo le aconsejé bien; creí que me escuchaba, y me confirmó esta idea su repentina ausencia de la corte. El tiempo que trascurrió después indicaba que no me habia equivocado; mas acontecimientos posteriores me obligaron á dudar, y luégo á creer lo contrario de lo que pensé hasta entónces sobre la marcha y conducta del marqués. Magno el *Dragon* desapareció; agentes hábiles le buscaron por todas partes sin resultado alguno; deduciendo yo de esto que el célebre marino habia muerto ó caido en poder de enemigos ocultos. Amaba á mi sobrina; se le suponia autor del rapto, y sospeché desde un principio que su asesinato ó prision nacieron en la mente de

Altacima, y que el uno ó la otra debian ser pasto de una venganza hija de la desesperacion. Bien comprendereis, capitan, que sólo el nóvio burlado podia concebir tan horrible atentado; y como yo era el tio de la novia, y tomé una parte tan activa en la realizacion de ese casamiento, me juzgué obligado á descubrir la verdad, para lo cual no perdoné medio ni sacrificio alguno.

—¿Logró V. E. su deseo? Permitidme, señor, que le interrumpa.

—Sí.

—Me alegro.

—El marqués partió, pero quedaron aquí representantes suyos, los cuales sorprendieron á Magno en noche aciaga...

—¡Y le asesinaron!

—No.

—¡Con qué placer os escucho, señor!

—Le hirieron solamente, amarrándolo con gruesas cadenas.

—¡Qué maldad!

—Lo mismo opino yo; pero concretémonos al asunto.

—Proseguid, señor, dispensando mi indignacion é interrupciones.

—No me extrañan, y en verdad que aplaudo la primera y veo naturales las otras. Tuve noticia exacta de lo que el vulgo y áun los nobles hablaban de mí; me trajeron pasquines y libelos; por órden de S. M. mandé desterrar y prender á unos cuantos; este hecho acabó de desatar las lenguas; pero yo no volví á cuidarme de hablillas ni de papeles. Fijo en la idea de averiguar lo que habia sobre el *Dragon* y quiénes eran los autores del atentado, puse en juego los grandes recursos de que dispongo, y trabajaron dia y noche, desde mi secretario hasta el último de cuantos me merecian confianza por su lealtad y talento.

—¿Y al fin logró V. E?..

—Logré, al fin, averiguar que Magno vivia y el punto donde se halla.

—¡Magnífico, señor! Tal descubrimiento eleva á V. E. tanto, como empequeñece á sus detractores.

—Os he elegido á vos para que traigais á Magno á mi presencia, y atados codo con codo á sus cobardes enemigos. ¿Qué os parece?

—Que desempeñaré esa mision con más interés y entusiasmo de los que demostró el marqués de Pescara en la gloriosa batalla de Pavía. ¿Quiénes son? ¿Dónde están?

—Veamos si vos, que conoceis cási toda España, teneis lo suficiente con las noticias que he adquirido hasta hora: entre Alicante y Cartagena existe Torrebella, punto militar de que habreis oido hablar; pues bien: á la izquierda de ese paraje se extiende una posesion del marqués de Altacima, y en el centro de ella, sobre las rocas, se eleva una torre que en su orígen sería castillo feudal. ¿Vais recordando?

—Perfectamente. Nací en Murcia, y recorrí en mi infancia el terreno que acabais de describir.

—Lo suponia, capitan. En los subterráneos de la torre de Altacima tiene el marqués preso y encadenado á Magno el *Dragon*, y yo quiero que me los traigais á todos bien sujetos, á excepcion de ese marino, con el cual tendreis todas las consideraciones que merece un embajador. Tomad la órden firmada por S. M.

—¿Tambien al marqués?..

—Dueño, soldados, dependientes, criados y cuantos halleis en la torre, todos han de venir asegurados, dejándolos en Madrid á mi disposicion. Dad á Magno un buen caballo; que camine junto á vos, y en vuestras conversaciones decidle el interés que me inspira. Si Altacima hablase algo que no debiérais tolerar, órden llevais para hacerle enmudecer.

—¿Cuándo salgo, señor duque?

—Mañana al amanecer; y será indispensable que no os descuideis.

—¿Qué gente llevo?

—Cuarenta jinetes. Vais á prestar al rey un servicio importante.

—Su desempeño corresponderá á la honrosa confianza que S. M. hace de mí. Volaré...

—No; procurareis llegar á la torre el dia 14 al anochecer; sorprended al marqués y á cuantos le acompañan. ¿Comprendeis?

—El 14 al ocultarse el sol apareceré yo en la torre, y nada quedará por hacer, señor duque; os lo aseguro.

—Marchad cuando gusteis. Que os den dinero, y disponed lo necesario para mañana.

—Hasta mi regreso, excelencia.

—Os aguardo tranquilo.

Salió el capitan, y en el mismo instante dirigió el duque la siguiente carta á Mateotti:

«Señor embajador: Después de haber procurado por todos »los medios que estaban al alcance humano averiguar el para»dero del capitan Magno, tengo el placer de participaros que »creo logrado mi deseo. De este modo contesto á la crítica y »calumnias de que soy objeto desde la desaparicion de vuestro »digno compañero. Os conceptúo á bastante más altura que á »cuantos han dudado de mí; por lo cual os invito á que visi»teis una casa que á mí me impide abandonar la desgraciada »muerte de mi esposa; hablaremos, y no dudo que volverán á »anudarse las buenas relaciones que enfriaron acontecimientos »que no estuvo en mi mano evitar. Soy, con la mayor consi»deracion, vuestro amigo,=*El duque de Lerma.*»

Inmediatamente mandó que llevaran el anterior escrito á su destino, encargando al portador que al regresar dijera á la madre de Otilia que la esperaba con impaciencia.

—Bien,—exclamó al concluir hallándose sólo;—la prudencia me aconseja obrar de este modo, pues de lo contrario todo podia perderse. Dejé al marqués y á Jonás que se vengaran y me vengasen, y llegaron las cosas á un extremo que á poco me envuelven y comprometen como yo no imaginé. ¡Qué partido tiene el *Dragon* entre el Cuerpo extranjero, y cómo excitó las simpatías de los españoles! Es valiente, y en este país se aplauden mucho las estocadas y todo hecho teme-

rario. La leccion que le han dado fué bastante, ganaré su corazon con mi conducta futura y él se encargará de destruir los malos efectos de su desaparicion. Lleva á un extremo ridículo lo que llama nobleza é hidalguía, y desde el instante en que me vea generoso y dócil á sus deseos será mio en cuerpo y alma. Le concederé la mano de Otilia; nada arriesgo, pues sólo él podia disponer de ella. Si se empeña en que haya una víctima sucumbirá el marqués; tampoco voy perdiendo nada, y añadiendo un señorío... lo ganaré, y cueste lo que quiera, que todo es preferible á la situacion en que me van colocando los acontecimientos.

Como comprenderán nuestros lectores, este hombre no conoció á Magno ni hacía otra cosa que obrar ofuscado y bajo la presion todavía de hechos que descompusieron su cerebro. La lucha que provocó con el *Dragon* debia producir una víctima entre ámbos: él ó Magno; la muerte ó ruina en uno de los dos.

Hora y media más tarde recibia Lerma á su prima. La aristocrática señora entró grave, le hizo una leve reverencia y esperó á que aquél hablara.

—¿Cómo estás, María?

Le preguntó el duque.

—Bien.

Contestó ella con sequedad.

—Ocupa ese sillon y hablemos. No te he visto en mi casa durante los dias de duelo que van trascurridos.

—Vine ántes muchas veces, no me quisiste recibir y me retiré por último, con ánimo de no volver hasta que tú me lo rogases.

—Siempre la misma. Te ofende lo más pueril, y es lo peor que sueles interpretar las cosas á medida de tu antojo. María, el hombre que, como yo, tiene sobre sus hombros la pesada carga del Estado, no es dueño de sí propio, ni puede obrar como le inspira su corazon. A tí te sobra, en mi concepto, mucho tiempo, acaso las veinticuatro horas del dia; á mí me faltan los segundos.

—Sea lo que tú quieras; ya estoy aquí, y deseo saber á qué he venido.

—¿Qué has hecho para averiguar el paradero de tu hija?

—Nada; viuda y abandonada de tí, lloré la suerte á que me condenó el destino, maldije mi debilidad y pedí á Dios que me devolviera mi Otilia.

—¿Creiste, por ventura, que yo me olvidaba de mi sobrina?

—Sí; la carga del Estado, segun tú dices...

—Me juzgas mal, no me conoces bien ni te es dado comprender que los muchos asuntos de que me veo siempre rodeado no son suficientes á ahogar el cariño y las afecciones que me ligan á vosotros. Desde que huyó Otilia me he dedicado incansablemente á averiguar dónde fué y qué se propone.

—Pues cuentan que sólo te ocupó la idea de una venganza horrible.

—Calumnias del vulgo que tú no debieras ni áun citar.

—Lo dice efectivamente el pueblo, pero tambien los nobles, y yo se lo oí á los grandes.

—Pronto sabrán unos y otros que se equivocan con buena ó mala intencion

—Sea lo que fuere de eso, vine aquí, Francisco, atraida por el amor que profeso á mi hija, por saber algo de ella; lo demás no me importa.

—Otilia se encuentra en Italia, y á la altura á que han llegado las cosas creo indispensable que se una al capitan Magno.

—¡Pues si dicen que lo han muerto!

—Mienten, como en todo lo que refieren de él ó de mí.

—Yo nunca podré aceptar una boda que me humille y rebaje.

—En ese caso no volverás á ver á tu hija.

—¡Pero eso es cruel!

—Culpa al destino ó á ella; ya sabes que yo queria otra cosa diferente, que intenté realizarla, y lo que me ha costado la idea.

—¡Si yo pudiera verla, hablarla!..

—Para eso te he llamado justamente; pero no te hagas la

ilusion de creer que lograrás el que Otilia se una á otro hombre que á Magno.

—Tambien te aseguro que yo no daré mi asentimiento.

—La tienes perdida, deshonrada... María, no podemos entendernos.

—¿Serías capaz de transigir con ese hombre?

—El *Dragon* es capitan de la marina veneciana, senador, y está inscrito en el gran libro donde figuran los nombres de muchos reyes, que tienen á honra llamarse nobles venecianos.

—¿Cómo es su apellido?

—Nádie lo conoce; en cambio el mundo entero aplaude su renombre de valiente y generoso.

—¿Por qué no me dijiste eso ántes de proponerme la boda con Altacima?

—Por la razon que tú expones hoy, valedera entónces, ridícula ahora. Yo opino que vengan ámbos á Madrid, se casen y partan á Venecia, donde Magno tiene palacio, riqueza, influencia y poder.

—Repito que no transigiré jamás con esa boda.

—¿Luego no quieres volver á estrechar á tu hija?

—Daria mi vida por contemplarla una hora.

—Si tú pudieras convencerla...

—¿Dónde está?

—¿Quieres intentarlo?

—Sí.

—Muy bien; dispondré tu marcha, y cuando esté todo corriente te mandaré un carruaje de camino, el cual te llevará á Barcelona. Si ella, como creo, accede á mis ruegos, irá á buscarte allí.

—Por si sucede lo contrario es preferible que me digas el punto en que se halla, y yo correré á su lado, esté donde quiera. Ya anduve por mares y tierra y me encuentro perfectamente viajando.

—Imposible; sólo en Barcelona puedes recibirla.

—¿Por qué esos misterios y secretos con una infeliz madre?

—Porque ante la conveniencia cede siempre el deseo.

—¡La conveniencia; esa es la frase de los hombres de Estado; terrible frase!

—¿Aceptas ó no? Que me falta tiempo.

—¿Me echas?

—¡Qué ideas tan extrañas! Quédate en mi casa, come y hasta duerme si quieres; pero terminemos este asunto, siendo así que tengo en suspenso otros de bastante importancia.

Los dos prosiguieron cuestionando, pero al fin logró el duque que su prima partiera á Barcelona, para en el caso probable de que Otilia se presentara allí. María optó por marchar, pero siempre en su firme resolucion de no transigir con la boda de Magno.

Ni el uno ni la otra conocian al *Dragon* ni á su amada, y de error en error pensaban delirios y disponian la ejecucion de disparates.

Salió la prima de Sandoval, dejando á éste que se ocupara de algunos asuntos pendientes.

A las cuatro de la tarde le avisaron que le aguardaban en el estrado el jefe y secretario de la embajada de Venecia. Lerma corrió al sitio donde estaban, les saludó, diciendo á Mateotti:

—Bien venido, señor representante; os agradezco el favor que me estais haciendo, si bien juzgué que llegaríais solo.

—He podido presentarme al ministro de Felipe III,—contestó aquél,—mas no al duque de Lerma; y puesto que nuestra entrevista ha de tener un carácter oficial, me acompaña el secretario para tomar acta de cuanto aquí hablemos.

—Tiempo atrás fuimos amigos, Mateotti, y como quiera que la causa que enfrió nuestras relaciones ha desaparecido, en mi concepto, por eso os llamaba Francisco de Sandoval. Sentaos, si gustais.

—Gracias. Ya en vuestro palacio oiré cuanto tengais á bien decirme; os ruego, sin embargo, brevedad, exactitud, y si fuera indispensable que os oyera sin testigos, lo haré.

—Indispensable, no. Escuchad: ví con sentimiento que la boda proyectada entre Otilia de Sandoval y el marqués de

Altacima fue causa suficiente á que dejárais de visitarme. Luégo desapareció vuestro digno compañero el capitan Magno y no quedó un solo habitante de Madrid, español ó extranjero, que no me mirase con prevencion, que no sospechara del duque de Lerma. Unos dijeron que se asesinó al *Dragon* porque yo le aborrecia; otros supusieron que lo mandé encerrar en un calabozo, y con dificultad se encuentra quien no me vea caminar en alas de una venganza ruin y miserable. Bien comprendeis, señor embajador, que hombres de vuestra calidad y de la mia jamás se disculpan con frases, y eso justamente me ha sucedido á mí; oí la calumnia, desprecié á los autores, compadecí á los crédulos, é interesado más que ningun otro en que la justicia imperase en mi país, sin tener en cuenta para nada lo que el público pensara de mí, traté de averiguar lo que habia respecto de Magno, constituyéndome en defensor suyo, para que éste á la vez vindicara en su dia mi conducta. Vuestro digno compañero tenía enemigos en Madrid; enemigos enmascarados y ocultos que todos desconocian; por fin dí con uno de ellos, y supe que el representante de Venecia no habia muerto; lo cogieron, sí, arrojándolo al fondo de un calabozo, léjos de aquí, muy léjos. Averiguado por mí el sitio y nombres de sus verdugos, dí la órden para que inmediatamente prendieran á los unos y trajeran al otro como corresponde á un hombre de su jerarquía social. Y pronto estará en la corte, libre y seguido de cuantos tomaron parte en su arresto ó prision. Debia ocultar la noticia hasta que él mismo se encargara de esparcirla y vindicase mi conducta, segun he dicho ántes; pero á vos no he querido callarle un acontecimiento tan grande como plausible, tan interesante como agradable. Por esa razon os he molestado, rogándoos me dispenseis si no acerté al invitaros á esta entrevista.

Mateotti le contestó:

—Agradezco mucho la intencion que os ha guiado, señor duque de Lerma, y nunca podia molestar á nádie la honra de ser recibido por persona de vuestra calidad. La noticia que tuvísteis la bondad de adelantarme la escuché con gusto, y el pla-

cer con que la referísteis colmó mi satisfaccion. Es cierto que el pueblo en sus trovas y conversaciones os lanza terribles anatemas; la nobleza hace cási lo mismo, los grandes os volvieron la espalda y los representantes extranjeros se colocaron en actitud tan hostil que era capaz de infundir temor al monarca más poderoso y arrogante; pero vos, tan justiciero y bondadoso, no tuvísteis en cuenta para nada la tormenta en que parecíais envuelto, procurando la salvacion de Magno por sólo un acto de equidad, que soy el primero en aplaudir. ¿Dónde se halla el capitan Magno, señor duque? Os lo pregunta Venecia.

—Quiero que os conteste él mismo.

—Yo desearia oirlo de vuestra boca, ya que tan atento y cortés os presentais esta tarde.

—No puedo deciros más de lo mucho que ya os he adelantado.

—Bastante es, y os lo agradezco; pero sabia yo, en lo relativo á ese asunto, cosas de mayor importancia.

—¿Qué decís, caballero Mateotti?

—Digo, señor duque, que la república de Venecia no abandona nunca á sus dignos representantes, ménos á uno de sus senadores, y defiende con doble afan todavía al que une á esas dos cualidades la de ser el capitan más bravo y entendido que cruzó los mares, el hombre más hidalgo y generoso que pisó la tierra. Y como quiera que mi país no tiene necesidad de mendigar justicia, ni de solicitar apoyo, buscó por sí lo que le hacía falta, y acaso lo encuentre donde quiera que esté.

—No os comprendo bien.

—Fijad vuestra vista en una torre situada en las playas del Mediterráneo, y ella os contestará por mí. Luégo tended la mirada hácia el fondo de esas aguas, y distinguireis que salen de él castillos flotantes cubiertos de cañones, defendidos por soldados y provistos de cuanto se inventó hasta ahora para obedecer la voz de un pueblo, que se juzga con razon ofendido y pide una satisfaccion cumplida.

—Yo creí que la hallábais en las frases que pronuncié ántes.

—Es tarde, duque de Lerma. Venecia hizo suya la suerte de Magno; le busca, discutió, y, después de aceptada la idea, sólo le es dado á su representante en Madrid obedecer las órdenes del Dux.

—¿Decís que es tarde?

—Sí, señor.

—No me fué dable hallar ántes lo que deseaba.

—Permitidme que tenga una opinion contraria; lo siento, más juzgaba, ántes de venir aquí como ahora, que sólo las bocas de los cañones venecianos, apoyados por Francia, Inglaterra, y Alemania, podrían encontrar á Magno el *Dragon*.

—El mismo prisionero os probará lo contrario.

—Mucho me alegraria, pero no será causa nuestra entrevista de que yo cambie de parecer.

—Siento que os ofusque una obstinacion que á nada bueno conduce.

—Trascurrió mucho tiempo, tambien yo averigüé algo, y mi firme persuasion es hija de hechos verídicos, exactos, no de deduciones ni de sospechas.

—Citadme un hecho, señor embajador.

—Oid el mas trivial, el de ménos consecuencias, segun la opinion general: desapareció Magno, quedando al cuidado de su casa é intereses un criado y Oton Melenik, jóven de diez y ocho años, que á nádie ofendió ni se mezclaba en asunto alguno de su amigo y protector. La casa aquella estaba en idéntico caso que la mia: era la de un representante extraordinario de Venecia. Pues bien; llegó el momento de abrir sus alas la fiera venganza, y los esbirros allanaron el hogar doméstico de Magno, prendiendo á su ahijado y protegido Oton. La causa de tan inícuo atentado se contraia á que el capitan Pantoja tuvo la debilidad de decir que ese niño era muy valiente, que amaba á mi compañero y que habia jurado salvarle, si los verdugos respetaban su vida. Eso bastó para que figurase su nombre en una lista que se entregó en este palacio al alcalde Ro-

drigo; eso bastó para que ocho agentes asaltaran el edificio que representaba á Venecia y prendieran á un niño, que se defendió como un leon acosado por tigres. Hirió á seis, y, no obstante ser extranjero y estar amparado por mí, se le escondió en la mazmorra de los sentenciados á muerte, sujetándole con gruesa cadena.

—No sería tanto cuando logró romperla.

—El hierro, señor duque, no se destruye con la mano, es con otra cosa.

—Lo supongo; y esa otra cosa se la proporcionariais vos.

—Ni él me la pidió ni yo tuve ocasion de dársela. Venecia libra á sus acogidos de distinta manera, duque. Le dieron al pobre Oton por lecho un poco de paja endurecida, y por alimento pan negro y rancho asqueroso, que no llegó á probar. Huye, se le persigue, juzgan que está en mi embajada y la sitian, la espían, llegando el caso de reconocer mi propia carroza. Ahora os pregunto. ¿Qué hizo ese niño ántes de mandarlo prender vos?

—Yo no...

—Duque, tened la firmeza de sostener lo que haceis; de lo contrario os miraré...

—Basta, señor embajador; ese niño está en vuestra casa, y de hoy más, nádie atentará contra su seguridad.

—¿Quién os ha dicho que se esconde en mi embajada?

—Los que le vieron penetrar allí.

—Dice el adagio que al que manda mal no le sirven bien; mas teniendo en cuenta vuestro talento y deseo de justicia, no creo que sea aplicable á vos. Sin embargo, como quiera que yo jamás oculté ninguna de mis acciones, os voy á enterar de lo que hay, respecto de Oton, en lo que tenga relacion conmigo. Encerrado en la prision, me mandó á pedir cien ducados con un carcelero, los que le facilité en el acto; los alguaciles le quitaron lo que llevaba encima, y el portador de lo que yo le enviaba le robó la mitad. Aceptad este paréntesis como leccion, para que empeceis á conocer á vuestros gobernados. Queriéndolo sujetar con la cadena más gruesa y deshonrosa, toda

vez que ligó no ha mucho á un bandido y asesino de profesion, no repararon que estaba limado uno de sus eslabones, el cual acabó de romper Melenik, tumbando luégo de un golpe al que poco ántes le estafara. Después inutilizó al alcaide, y con cuatro voces hábiles, desapareció de la cárcel, refugiándose en mi casa. Yo le ofrecí apoyo, proteccion, y lo hubiera defendido exponiendo mi propia vida; pero léjos de aceptarlo, huyó, burlando nuevamente la vigilancia de vuestros agentes. A las veinticuatro horas fué otra vez, hablamos, tornando á marcharse sin que se apercibieran los guardias que rodean mi morada. Hé ahí la historia exacta; ella dice más de lo que os conviene, tanto como necesita Venecia para formar un juicio verdadero de lo que valen las frases que con colores tan vivos me describísteis ántes, vuestra bondad, amor á la justicia é interés por Magno el *Dragon*.

—¿Creeis, por ventura, que obro bajo la presion del miedo? ¿Suponeis que España?..

—No prosigais; España es una cosa y vos otra; á los dos os hace justicia Venecia; mi país no supone ni deduce; cree, fundado en hechos.

—¿Pero qué es lo que cree?

—Ya os lo dirán los acontecimientos. Nosotros no estamos en el caso de dar satisfaccion, sino de pedirla.

—Con vuestras frases, si no fuese yo el que las oyera, podiais muy bien perder á Magno.

—Hace tiempo que no parece, mas empezásteis á responder al contemplar en lontananza muchas bocas de cañones, y os voy á enseñar tantos que acabarán indudablemente de deciros; á no ser que prefirais sus voces, en cuyo caso vomitarán balas y metralla sin tregua ni descanso.

—No puedo contestar á esa amenaza, ni me ha de obligar á desistir de mi empeño. El capitan Magno hablará por mí.

—¿Cuándo?

—Pronto.

—No tardeis, que pudiera llegar pasado el momento crítico.

—Ahora mismo os lo presentaria si estuviera en mi mano.

—¡Lo mandásteis tan léjos!

—Lo mandaron efectivamente.

—Sea, por hoy.

—El porvenir justificará mis frases.

—¿Nada más quereis?

—Anhelaba convenceros.

—¿De qué?

—De la verdad.

—Puesto que lo va á hacer Magno, ¿á que tomaros esa molestia?

—Tened paciencia unos cuantos dias más, y mucho ganaremos todos.

—Muy bien.

—¿Os comprometeis?

—Con vos á nada.

—Lo siento.

—Señor duque, queda terminada nuestra entrevista, de la que daré cuenta á mi país inmediatamente.

—¡El cielo os guarde y os aconseje bien, señor embajador!

—¡Dios os inspire mejor, y el Padre Santo os nombre pronto cardenal! La idea es como vuestra, la retirada hábil.

Su última frase la acompañó Mateotti de una reverencia que le devolvió Lerma, saliendo el uno seguido de su secretario, miéntras el otro exclamaba para sí:

—¡Jonás me precipitó! ¡Su cara dice la maldad que tiene en el alma! ¡Oh, le he conocido tarde, y es lo peor que por ahora no puedo confundirlo como á Altacima! ¡Morirá después! ¡Miserable!.. ¡Qué torpe fuí al escuchar sus consejos! ¡Qué escabroso es el poder, qué difícil la situacion de un valido! Calma, necesito mucha calma; demostré á Mateotti que he transigido, veré á Magno ántes que él, y dándole la mano de Otilia, ofreciéndole mi cariño y todo cuanto quiera, destruiré la tormenta. ¡Oh, que tormenta! ¡Si Felipe llega á saber que Venecia, Inglatera, Alemania y Francia aprestan sus ejércitos y escuadras contra España, es capaz, por evitar el conflicto, de

entregar mi cabeza al verdugo! ¡Hoy su voluntad es la mia, pero mañana podrá suceder lo contrario, y entónces estoy perdido! ¡Cambian esos señores con facilidad tan pasmosa; tienen tan en cuenta lo que les agrada; confunden con tal enojo lo que les molesta! ¡Magno, te voy á salvar y debes agradecérmelo mucho, porque si bastara la intencion, te arrancaria no una sino mil vidas que tuvieras! ¡Qué necios son los que me juzgan rey, los que suponen que mi cargo tiene dulzura! ¡Llaman aura agradable del poder al ambiente que yo respiro; torpes, ignoran que es un huracan nacido en el infierno!

En este instante gritó un paje:

—Señor, S. M. el rey, Don Felipe III.

—¿Sabrá algo? ¿Vendrá él mismo á prenderme? ¡Tengo miedo, miedo harto justificable! ¡Dios sea conmigo!

—¿Qué haces, Francisco?

Preguntó el monarca entrando.

—¡Ah, señor! Pensaba en V. M., que á quien tanto debo, no puedo olvidar un instante.

—Gracias. Sentémonos. ¿Cómo están tus hijos?

—Bien, señor; todos á la disposicion de V. M.

—Te voy á dedicar dos horas, que trascurrirán agradablemente para mí.

—A tanta bondad no hay recompensa en el mundo.

Dejémosles que continúen hablando, y sigamos nosotros á Oton Melenik.

CAPITULO XXIX.

El mastin de la Georgia.—La fatiga, el insomnio y el cansancio no logran rendir al fiero montañés.—Accidente imprevisto.—Oton salva y domina la situacion.—La generosidad de Melenik se parece á la de Lerma.

JONÁS de Alaejo y su primo llegaron á la puerta de Anton Martin, segun hemos dicho, se dió á conocer el primero, logrando así que les franqueran la salida. Oton se detuvo á cien varas, de pronto corrió desaforadamente, presentándose en los momentos que cerraban otra vez la puerta.

—Abre.

Dijo á media voz, y como fatigado por el cansancio.

—¿Quién eres?

Le preguntaron.

—Acompaño,—contestó,—al secretario del señor duque de Lerma.

Con la carrera y supuesta fatiga disculpó nuestro entendido mancebo el hablar á media voz, consiguiendo que no le oyese Alaejo, haciendo uso del nombre de aquél para que le permitieran salir. Cuando ya estuvo en el campo, añadió:

—Vencí la primera dificultad, ¡pero se me presentarán tantas en esta jornada, y tantas otras al llegar á la torre! No

importa; una por una se destruyen todas, y con la última se coge el premio, que será la libertad de Magno ó mi muerte; no cabe otra cosa, ni yo la quiero. Si á esos caballitos les oprimen un poco los ijares y corren mucho, me voy á ver negro; los distinguí á los reflejos de la luz que tenía el guarda de la puerta, y me han parecido magníficos; áun cuando no fueran tan buenos, nada hubiera perdido. ¡Qué vida, santo cielo, qué vida! Primero un calabozo con cadena, lobreguez y falta de todo lo que un hombre necesita; luégo la casa de Jonás con su prima, fea, súcia y fregona, en fin, con aspecto repugnante, basta, exigente y torpe; su recuerdo me produce náuseas. ¡Y ahora tengo que andar setenta leguas, ocultándome de Alaejo, al cual no puedo perder de vista, ni dejar de trotar si trotan, como sucede ya, y correr si corren, como acontecerá después! ¡Vaya si correrán! Cuando ese malvado tan flaco y raquítico sólo descansó seis horas, claro es que tiene mucha prisa, y pronto me veré precisado á seguirle á paso de corzo. ¿Llegarán á flaquear mis piernas? Lo dudo; condeno al olvido mis caballos de recreo, los muebles de raso y damasco, y las comodidades, en fin, que tuve junto á Magno, para recordar única y exclusivamente mis viajes de Tiflis á Baku, desde la Armenia al mar Caspio, desde la falda del Cáucaso al interior de Oriente; me convierto en rudo montañés para desafiar la carrera de los corceles, el rigor de los elementos y el furor de los europeos. Vuelvo á ser aquel georgiano fuerte como las rocas de su patria, bravo como los selvícolas que lo educaron, y con más voluntad que el príncipe Mustafá.

A cien varas de distancia, encorvado y yerto de frio, se decia á la vez Jonás de Alaejo:

—¡Ah, duque, duque, no te perdonaré nunca el susto que me diste anoche! Creo que el maldito pensaba esconderme en el fondo de un calabozo; pero yo no nací tonto, comprendí más de lo que le convenia, y pronto hallé motivo para que variase de parecer y me permitiera burlarme de él, de Altacima y del universo entero. Sí, su carta para Otilia es una llave que abrirá la puerta de mi felicidad. Es lo probable que ella

opte por venirse á un convento; mas en caso contrario la robo... vaya si la robaré. Y ya en mi poder nada habrá en el mundo que se oponga á mi dicha. El tonto de su tio aceptó mi plan por no verla deshonrada, sin comprender que, al obrar de esa manera, se la entregó al *lobo* que estaba en acecho dispuesto á caer sobre su presa. Quisiera tener alas para volar. ¡Oh, deliciosa Venecia, te arrancaré el tesoro más rico que tuviste jamás, y con él recorreré el mundo tan dichoso y feliz como el más afortunado! Si accede á mi pasion, bien; de lo contrario hago uso de un narcótico que llevo á prevencion, y cuando despierte se encontrará á su pesar en mis brazos. ¡En mis brazos; qué idea! ¡Es tan hermosa, la voz tan dulce, el talle tan esbelto, tan pequeños los pies, tan torneadas las manos, tan blanca, tan graciosa, tan gentil, tan negligente! Magno es hombre de buen gusto. Por eso le dí las entrañas de una roca, poéticas y sublimes como el corazon de la naturaleza. ¿A qué debo tanta ventura, tal dicha? A mi talento, y más aún á la reserva. Si alguno hubiera adivinado la pasion que tan cuidadoso escondí en mi pecho todo lo habria perdido. Por eso al hablar de ella siempre lo hice con indiferencia; me abrasaba el fuego, el volcan que ardia junto á mi corazon, pero sufria sus estragos y disimulaba como el más refinado hipócrita. Sólo una vez en mi vida me entusiasmé refiriéndome á ella; sí, anoche cuando salí de casa del duque y me encerré en el gabinete con mi primo; pero ese bruto lo ignora todo, su torpe cerebro es incapaz de comprender ni deducir, y no hay miedo de que me haya sorprendido, ni tuvo tiempo tampoco de contar á nádie las frases que crucé con él. ¡Ay, Otilia mia, qué hermosa eres!

—¿Qué dices, Jonás?

Le preguntó Roque, oyéndole murmurar.

—¿Te he dado permiso para que me tutees?

—Sí.

—No recuerdo...

—En los caminos, me dijiste, seremos dos buenos primos; en las poblaciones amo y criado. ¿Me equivoqué?

—No, y aplaudo tu buena memoria.

—Lo que á uno le conviene no se le olvida nunca.

—A todos los villanos como tú les sucede lo mismo.

—Consiste en que nádie es tonto para su bien.

—Y en que guardais la estupidez para vuestros amos.

—¡Qué madrugada tan fria!

—Verdad es; llevo las manos yertas.

—Pronto amanecerá y nos calentará el sol.

—Lo dudo.

—¿Por qué?

—Porque lo impedirán las muchas nubes que hay en el espacio.

—Pues no habia reparado. Vas echado adelante, Jonás.

—Consiste en que me duele hasta el alma de tanto caminar.

—Te voy á dar un consejo.

—¡Bueno será él!

—Ya lo creo, como que serví en caballería y me hice inteligente.

—Habla.

—Este trote es molestísimo, galopemos, entrarás en calor y avanzaremos más. Hace frio, pero no se mueve aire, y mi idea es exacta.

—Probemos.

—Dime ántes, ¿no descansaremos por las noches?

—Fuerza será; mucha prisa llevo, pero no resisto otras tres sobre el caballo.

—Digo lo propio.

—¡Pues á escape!

—¡A escape!

Y corrieron, yendo en pos Melenik, el cual exclamó:

—Lo dije; apénas asoma el primer crepúsculo matinal y ya oprimieron los ijares de sus caballos. Vuela, valiente georgiano; el camino es malo, está resbaladizo por el hielo que le cubre, no se distingue bien, y es lo más fácil caer y romperse una pierna; pero así y todo los has de seguir.

Y corrió media hora sin tregua ni descanso.

—No puedo más,—dijo deteniéndose.—Es de dia y los he perdido de vista; ¡maldicion! ¿Se habrán adelantado mucho? Lo dudo, que fuí como una exhalacion. Al empezar mi carrera estaba yerto de frio; ahora sudo hasta regar el suelo. ¡Adelante, feroz georgiano; otro esfuerzo, y tu vista podrá distinguir la rara figura de ese condenado, á quien el diablo confunda!

Y volvió á caminar con tanta celeridad como anteriormente.

A los quince minutos se detuvo de nuevo, exclamando:

—¡Já, já, já! Estoy sobre una altura y veo á doscientas varas á Jonás y á Roque; dejaron de galopar y trotan. Ya me figuraba yo que después de andar setenta leguas sin otro descanso que las seis horas que durmieron anoche, no podrian ellos sufrir mucho. Suda mi cútis y el estómago se enfria. Yo calentaré el último.

Y sacó el frasco, bebiendo un poco del vino añejo que le dieron en casa de Mateotti.

—¡Bravo! Me presta fuego este líquido y fuerza, que, unidos á mi valor, me ayudarán á caminar á pié tanto como esos hombres á caballo.

Y prosiguió sin correr ni perder de vista á Jonás.

Aquellos acabaron por dejar á los caballos que marchasen como quisieran, y más de dos horas siguieron á un castellano corto.

Melenik, fija siempre su mirada en aquellos, á una respetable distancia, cantaba y reia. De pronto se detuvo, diciendo:

—Ese endiablado Alaejo ha vuelto dos veces la cabeza; es desconfiado y suspicaz; pero todo se reduce á que yo descanse un poco y me pierda de vista.

Y se sentó en un ribazo, permaneciendo en tal postura un cuarto de hora.

—Desaparecieron,—dijo;—pues ahora emprendo yo de nuevo mi interrumpida caminata.

Media hora más tarde volvió á distinguirlos, pero siguió al mismo paso que ellos y á mucha mayor distancia.

De este modo llegaron á las doce de la mañana á Aranjuez. Melenik los vió entrar en un meson que habia en el camino á tiro de arcabuz del pueblo, mas el siguió adelante hasta llegar á un ventorillo donde entró, preguntando:

—¿Qué hay aquí de comer?

La mujer, dueña de aquel miserable establecimiento le contestó:

—Sólo vendo pan, vino y aguardiente.

—Pues trae un jarro del segundo y otro de agua; pónlos en esa mesa pequeña, y sitúa ésta frente á la puerta. Despacha.

—¿Por qué no te acercas al fuego y estarás mejor?

—No tengo frio, y quiero ver la gente que pasa por el camino.

—¿Te persiguen los cuadrilleros?

—No.

—Pues estos dias andan muy diligentes.

—No me importa.

—Vino y agua.

—¿Tienes cuchillo?

—Una navaja.

—Venga.

Oton partió la mitad del encurtido y pan que llevaba, y comenzó á comérselos, intercalando los bocados con sendos tragos de vino y otros de agua. Cuando hubo terminado, entregó un ducado á la mujer, diciéndole:

—Cobra.

—No tengo cambio.

—Entónces te regalo la vuelta.

—¿Qué dices?

—Con tal que te sientes donde yo estoy y me avises en el momento que pasen dos ginetes hácia allá.

—¿Qué vas á hacer tú miéntras?

—A tenderme en esa manta junto al fuego.

—Con mucho gusto. Aguarda. Toma esa almohada y estarás mejor. ¡Un ducado! Gracias, muchacho; eres generoso.

—Gánalo, y despiértame en cuanto crucen esos hombres.

—Duerme descuidado qne yo estaré alerta. Ya hace tiempo que no habia visto la cara del rey en una moneda de estas. Se vende tan poco, y mi pobre marido gana ménos con su nueva ocupacion de cuadrillero. ¡Malos tiempos, hijo; esto está perdido! ¿Te dormiste? Por supuesto: llegó el pobre muchacho fatigado y rendido; mucho ha debido andar cuando tanto sudaba. Parece su cara la de una mujer hermosa. Me siento aquí, y que descanse el pobre miéntras yo miro al camino.

La mujer comenzó á trabajar en sus labores, en tanto que Oton, tendido sobre la manta, neutralizaba con tranquilo sueño los malos efectos de las ocho leguas que habia recorrido.

A las dos horas le despertó la mujer, diciéndole:

—Muchacho, levanta, que se van.

—¿Qué dices?

—Que han pasado los dos.

—¿Cuánto habré dormido?

—Bastante más de una hora.

—Gracias, buena mujer. Dame un poco de aguardiente con agua.

—No vas á poder alcanzarlos.

—Espera.

Melenik se asomó á la puerta y entró nuevamente, añadiendo:

—Son ellos y van al trote. Despacha.

—Echa tu el aguardiente que quieras. Mucha sed tienes.

—Sí. Toma.

—¿Qué es eso?

—Otro ducado.

—¿Para qué?

—Para tí.

—¿Sois algun príncipe disfrazado con ese traje?

—No; un desgraciado que te hace ese obsequio para que ruegues á Dios por él.

—¿Cómo os llamais?

—Pide á la Providencia por el capitan Magno. Adios.

—Lo haré; vaya si lo haré. ¡Qué dicha, qué felicidad!

Y quedó murmurando frases hijas del agradecimiento, miéntras Oton, cubierto con su arrugado tabardo, emprendia de nuevo su interrumpida marcha.

—Ese sueño y descanso,—exclamó,—me han devuelto las fuerzas perdidas; ellos entretuvieron el tiempo en esperar un almuerzo y trocar sus caballos, miéntras que yo aproveché hasta el último segundo. Me parece que corren. ¡Sí, vuelan! Pues yo me convertiré en exhalacion.

Caminó detrás sin que lograse el escape de los cuadrúpedos que él los perdiera de vista.

Nuestro jóven se quitó el tabardo echándoselo al hombro y, con tanta voluntad como brío, continuó una hora sin el más leve descanso. Al cabo de este tiempo se detuvo, exclamando con voz entrecortada por la fatiga:

—¡Dejaron de galopar! ¡Dios sea loado! Creí que reventaba hace un instante.

Y se dejó caer en el suelo, poniendo debajo el tabardo.

—¡Qué carrera!—añadió.—En poco más de una hora anduvimos tres leguas, estoy seguro. ¡Ay, Magno, te pago todo el bien que me hiciste! Sólo su nombre me da fuerza, ensancha mi espíritu... ¡Cuánto le quiero! Le pertenece mi vida y me es igual sacrificársela en lucha con sus enemigos ó cayendo exánime en medio de este arrecife. ¿Habrán vuelto á correr? ¿Seguirán este mismo camino ó tomarán otro? Si nos halláramos en mi país. Aquí todo lo desconozco; allí no hay árbol, pico, arroyo ni señal que yo no haya mirado cien veces, que no escuchara mis supiros, que no oyera mis lamentos. Arriba, Oton, no pierdas el tiempo en lastimosas é inútiles reflexiones. No los veo, pero mis piernas se prestan de nuevo á seguirlos, y pronto los alcanzaré.

El infeliz corrió, mas se paraba á menudo para tomar aliento.

Al cuarto de hora soltó otra carcajada, añadiendo:

—Ya los distingo. Aun cuando cambiaron de caballos van tan cansados como yo; no pueden resistir mucho tiempo el galope ni el trote. Me parece reconocer este camino; sí, esos campos son la entrada de la Mancha; por aquí vine yo á caballo y recuerdo bien que sólo hay este arrerife, el cual va mejorando por momentos. No me queda duda; al salir de un pueblo se ven las torres del otro; eso es. Pues entónces descanso diez minutos en este ribazo toda vez que áun cuando deje de percibirlos no podrán extraviárseme.

Como lo decía lo hizo; volvió á caminar á paso largo y sentado, corrieron ellos, él tambien, y demostrando un valor, entereza y fuerza de voluntad indescriptibles, prosiguió bañando el suelo con el abundante sudor que filtraba su nacarada epidermis. Ya no se quejaba ni pensó en descansar; contraido su espíritu parecía impeler á aquella materia, robusteciéndola con su sola voluntad. Le dolian los piés, la vista se le iba, pero él gritaba:

—¡Adelante!

Y corria ó andaba cuanto era menester.

De pronto se ocultó el sol que asomaba ántes por entre negros nubarrones, el espacio comenzó á cubrirse, y la noche apareció media hora ántes de lo que debia. Después comenzó á caer un agua menuda que fué aumentando progresivamente.

Oton no podia distinguir los bultos, pero se acercó tanto que oía las pisadas de los caballos á las diez varas de distancia á que caminaba de ellos.

Eran escasamente las cinco de la tarde; el fango empezó bien pronto á imposibilitar la marcha de los cuadrúpedos, los cuales siguieron dos horas á un castellano que permitia á Oton andar sin gran violencia, en lo relativo al cansancio que le abrumó ántes. En cambio iba empapada en agua su ropa, en lodo sus zapatos y calzas, los pies le pesaban mucho, y si á los caballos les era difícil seguir adelante, él hallaba ahora inconvenientes que vencía efecto del heroismo con que estaba obrando.

Jonás se encontraba cada vez más rendido; su rostro, azo-

tado por el aire y el agua, le dolia más aún que el resto del cuerpo y en tal estado no distinguía pueblo ni luz alguna que le indicasen una morada donde poderse guarecer y descansar.

—¡Qué noche, Jonás!

Le decía Roque.

—Brava y completa,—le contestó Alaejo cási tendido sobre el caballo.—No puedo tenerme sentado, y la verdad es que me duelen todos los huesos de mi cuerpo.

—Debimos descansar en Madrid lo ménos dos dias.

—No me dejaron; que de haberlo dispuesto yo algo más hubiera estado en la corte.

—Veo con dolor que tu destino de secretario se cambió en el de caminante.

—Por desgracia, en lo relativo á las molestias y fatigas, por fortuna en lo concerniente al porvenir.

—¡Otro nuevo chubasco; cómo aprieta!

—¡Maldicion! Se han abierto las cataratas del cielo.

—A mí me corre ya el agua por las carnes.

—Y á mí.

—¡Qué oscuridad!

—Gracias al instinto de estos animales; de lo contrario ya nos hubiéramos perdido.

—Cansancio, falta de sueño, de alimento, agua á torrentes, lodo, ¡qué noche, Jonás! No la tuve peor en los siete años que serví al rey. Levanta la cabeza. Detente.

—¿Qué estás diciendo?

—Pára, hombre. ¿No distingues una luz?

—Es verdad.

—¿Nos habremos salido del camino, y será aquello un pueblo?

—No; creo, por el contrario, que es la casa de algun labrador.

—¿Y qué hacemos?

—Dirigirnos á ella y pedir á su dueño hospitalidad.

—¿Y si nos la niega?

—Entónces tomamos su morada por asalto.

—Pues vamos, que nada hay peor que continuar á la intemperie.

—Echa delante.

—Y tu muy detrás. Comprendo; de ese modo, si hay zanja ó precipicio, yo sólo me romperé la crisma.

—Avanza, cobarde.

—Ya voy, valiente. No corras; sigue parado que no se ve, y lo que interesa es que tú te salves.

—Allá voy.

—Camino sobre un sembrado.

—No importa.

—Puedes venir, que no hay peligro.

—Continuemos el uno en pos del otro.

Delante Roque, á tres varas Alaejo y á dos Melenik, prosiguieron en busca de la luz, pisando un trigo que empezaba á crecer. Oton, á pesar de ir sufriendo más que los otros, se reia de las precauciones y miedo de Jonás, pues habia oido cuanto hablaron.

A la derecha del arrecife, y como á trescientas varas de distancia, estaba efectivamente la casa de un labrador, á cuya puerta llegaron poco después Jonás y Roque. Ambos pidieron hospitalidad y el dueño se la concedió gustoso, ofreciéndoles un pienso para los caballos, cena para ellos y camas donde pudieran descansar. Se hallaban en la morada de un manchego de sesenta años de edad, bien acomodado y generoso. Era viudo, pero tenía dos hijos de veintiuno á veinticinco años y una hija de diez y ocho, gallarda y bien parecida. Contaba con dos labriegos que en aquellos momentos se ocupaban en cuidar de una finca situada á un cuarto de legua, y una moza que, en union de su hija, tenía á su cargo los quehaceres de la casa. Los varones cogieron los caballos para entrarlos en la cuadra; la criada, por órden de su amo, comenzó á disponer la cena, y éste y su hija avivaron la lumbre, invitando á que se calentaran Jonás y Roque.

La casa tenía piso bajo y principal; era grande y nuestros viajeros encontraron en ella cuanto les hacía falta.

El pobre Oton siguió á aquellos hasta cerca de la puerta, quedando escondido detrás de un árbol; cuando los vió entrar miró en torno, viendo con placer á quince pasos de allí un cobertizo con pesebre.

—Está al aire libre,—se dijo,—pero me resguarda del agua y esto es algo.

De un salto se subió al pesebre, acomodándose entre la paja que halló en él.

—No estoy bien,—añadió,—pero si mejor que en mi calabozo. ¿Qué harán esos canallas? Distingo la luz que sale por aquella ventana, mas no los veo. Se secarán á la lumbre, cenarán después, y luégo en camas mullidas les arrullará Morfeo, en tanto que yo, empapado en agua y yerto de frio, pasaré aquí una noche deliciosa. ¡Cómo ha de ser; tendré paciencia! ¡Ay! Mi pobre musculatura se halla en mal estado. El cansancio me quitó la gana de comer; pero en su defecto prestaré calor á mi estómago con una parte del vino que me queda. ¡La fatalidad me persigue! Se mojó el pan que me quedaba, y áun cuando más adelante quiera comerle no podré.

Y bebió, quedando recostado sobre la paja.

—¿Deberé dormir? Lo ignoro; el aguacero empieza á ceder, y esos hombres continuarán ahí ó se marcharán á otra parte; mas como yo no lo sé, es preciso estar alerta.

Y fijo en la ventana por donde salía la luz, permaneció en aquella postura un cuarto de hora más. Al cabo de este tiempo murmuró de nuevo:

—Les han puesto la mesa frente á mí, se sientan y van á cenar. Pronto sabré si se acuestan ó marchan á otra parte. Comen. ¡Malditos, que suerte tienen! Secaron sus ropas, están cerca del fuego y les sirven un jamon cuyo olor me parece percibir. ¡Sólo eso me faltaba! El cuadro despierta mi apetito y no tengo pan ni otra cosa que un pedazo de encurtido. ¡Paciencia, Melenik, paciencia; vas provisto de mucho oro y careces, no obstante, hasta de lo más preciso! Con no mirarlos se acabó la funcion. Pero esta humedad y el pesebre tan corto... ¡Todo sea por Dios! Mis ojos se cerraron, pero el sueño

huyó, siendo reemplazado por el hambre y la debilidad. ¡Qué trances tan amargos y crueles tiene la vida! Por fuerza hemos venido á este valle de lágrimas á sufrir y padecer para encontrar luégo una recompensa digna y agradable. Debe de ser eso, porque de lo contrario valia más que el hombre no naciera, y cuando le han mandado aquí tal como es para algo grande vino. ¿Se encontrará en el mundo un desgraciado que ántes ó después no recurra á la filosofía? El infortunio hace al ser humano reflexivo, prudente, y eleva tanto su espíritu como martiriza su materia. ¡Qué oscuro es el porvenir, y de qué poco vale la sabiduría del hombre ante esa bóveda que llaman futuro, donde todos nos perdemos dia y noche; caminamos por ella sin luz, á tientas, dando por cada paso una caida. ¿Qué hace Jonás? Continúa engullendo con su primo. Ahora habla con una jóven que debe ser hija del dueño de la casa. Mucho la mira. ¡Infeliz, ignora que está bajo el flúido del basilisco! ¡Buena noche, Oton; esta es peor que aquellas de tu país!

Y siguió reflexionando sin sentir sueño, pero sí hambre.

Poco después cerraron la ventana por dónde salia la luz, y ya nada pudo distinguir nuestro jóven.

—Se han acostado,—dijo,—á juzgar por el silencio que reina. Yo podia comer mi encurtido y dormir luégo; pero no me atrevo; me expongo á que salgan á media noche ó á la madrugada, se me escapen, y yo, profundamente entregado al sueño... No, Melenik, que tu pobre Magno sigue en un calabozo, amarrado á la cadena, y miéntras él padece tú no debes descansar en perjuicio suyo. Si al ménos no estuviera nadando en agua; pero mi tabardo se convirtió en esponja. ¡Bueno!.. ¿Qué es eso? ¡Cuando yo los juzgaba dormidos!.. ¡Sí; hablan en el piso principal; grita una mujer!

Oton se sentó, fijando su mirada con avidez en el paraje donde oia las voces. De pronto se abrió una ventana del piso principal, y apareció la hija del labrador, exclamando:

—¡Favor, favor!

Oton, á la clara luz de un velon, vió á la jóven que se defendia de Jonás, luchando con él y pidiendo auxilio.

—¡Comprendo,—dijo con ira Melenik;—ese malvado paga la hospitalidad que le dan pretendiendo deshonrar á la hija de su protector!

—¡Socorredme, por Dios!

Añadió la jóven.

—¡Maldicion!—murmuró nuestro jóven montado en cólera.—Yo te socorreré; que sería cobarde é inícuo seguir oyendo tus lamentos escondido en un pesebre. ¡Me llamas, pues allá voy!

Y de un salto abandonó el cobertizo, corriendo hasta llegar á la puerta de la casa.

—¡Está cerrada y es fuerte! Pero aquí hay una ventana, la forzaré... Sí, esta es. ¡Cede! Dios me presta fuerza. ¡Adentro!

Oton habia apoyado el hombro con tal ahinco, que arrancó el pasador y pudo penetrar en el piso bajo de la casa. Junto á la chimenea vió al padre y hermanos de la jóven, mirando á Roque, el cual les apuntaba con dos pistolas, miéntras su primo, en el piso principal, intentaba cometer un nefando crímen.

El georgiano entró como la pantera; Roque al verle le apuntó, pero él le dijo:

—¡Soy Manuel, miserable! ¡Ay de tí si te mueves ó detienes mi paso!

—¡Manuel!

Exclamó el sirviente aturdido, confuso, sin atreverse á amenazarle más.

Pero su supuesto hermano político cogió un palo que habia junto á la pared, y sin hacer ruido alguno subió la escalera, quedando parado á la puerta de la habitacion en que estaban Alaejo y la pobre jóven. El primero la tenía abrazada y ella se defendia aún; mas sus fuerzas se iban agotando, y hubiera sucumbido á los feroces ataques de aquel malvado sin el oportuno auxilio de Oton.

Felizmente volvia Alaejo la espalda á la puerta de entrada cuando se presentó Melenik, y, sin que consideracion alguna le detuviera, alzó el palo y lo dejó caer sobre su sien derecha.

El miserable vaciló, soltando á la jóven para caer al suelo sin sentido.

—¡Ese,—dijo el georgiano,—por esta pobre muchacha, y estos por mí!

Y le dió en la espalda cuatro golpes más, añadiendo:

—Ahora no podrás correr tanto sobre el caballo, y yo te seguiré con más comodidad.

Y sin detenerse cogió á la jóven de la mano, diciéndole:

—Sígueme; salvé tu honra, pero la fiera volverá pronto en sí, y es preciso que huyas de su alcance. ¡Cuán fácil me era matarlo; cuánto gozaria, pero no puedo; me lo prohibe la salvacion de Magno! ¡Corre, desgraciada!

La hija del labrador, admirada, confusa del valor, juventud, belleza y oportunidad de Melenik, caminaba á su lado sin hacer esfuerzo alguno por desasir la muñeca que aquel le llevaba cogida.

—Es un ángel que la Vírgen me envia.

Murmuraba, mirándolo con entusiasmo.

—¡Para tí sí,—le contestó el georgiano;—para esa canalla, un demonio que le ha de confundir en el infierno!

Llegó adonde estaban los tres labriegos, y soltando á la jóven, dijo á Roque:

—¡Baja esas pistolas, mal hermano, ó te atravieso el corazon con mi puñal! ¡Tu aquí protegiendo el crímen!..

—Manuel, me lo mandó...

—¡Silencio, y ay de tí si te mueves! Salid vosotros de esta casa,—añadió dirigiéndose á los labradores,—escondeos entre los árboles y esperad á que estos se vayan. No quedeis ninguno, que ese leopardo perdió la razon, mas pronto la recobrará, y si os hallara vengaria en el que cogiera los palos que yo le dí.

—Pero ¿quién sois?

—¡Partid, voto al demonio! ¿No veis que ellos tienen pistolas, espadas, y yo sólo un puñal? ¡Al campo, al campo! ¡Egoistas, cobardes; la honra es ántes que la vida! ¡Pobre muchacha si yo no acudo!

Y apareciendo la criada, que se habia escondido en un rincon, salieron los cinco, empujados por Oton. Este, ligero como un relámpago, se volvió á Roque, preguntándole:

—¿Qué oficio es el tuyo, miserable?

—Me mandó Jonás que no dejara subir á nádie, y como es tan malo, temí que me castigara, y me concreté á obedecerle.

—¡Cobarde!

—¿Le has muerto?

—No; pero le hice una herida en la cabeza como la que ellos causaron á Magno, y aún tardará en recobrar la razon.

—¿Te vió?

—No.

—Cuando vuelva en sí pagaré yo por todos.

—Acaso no. Cuéntame lo que aconteció.

—Cenamos, bebió mucho, y al concluir me mandó que con las pistolas prohibiera á los tres hombres que estaban sentados junto á la lumbre que se movieran, ínterin él despachaba un asunto con la hija del dueño de la casa. Luégo la llamó, y pretestando que queria ver el piso principal, la subió engañada, y Dios sabe lo que hubiera sido de ella si tú no llegas tan á tiempo.

—Tan malvado eres tú como Jonás. Di: ¿no te lastimaban sus lamentos, sus ayes?

—Sí, pero entre ella y yo...

—¡Cobardes! ¡Vaya un padre, unos hermanos y un Roque, sin alma ninguno ni corazon, pero en cambio con cantidad de egoismo que asusta!

—¿De dónde vienes? ¿A dónde vas?

—¡Qué te importa!

—¡Me has perdido!

—¡No tienes valor ni entendimiento! Espera.

Melenik reconoció la habitacion, y hallando unas cuerdas, cortó un pedazo y se dirigió á Roque, diciéndole:

—Echa las manos atrás, que te voy á atar; te tumbaré en tierra, y gritas hasta que Alaejo vuelva á la razon y baje.

—Pero...

—¡Calla, torpe! Le dices que á las voces de la jóven acudieron tres hombres, dos de los cuales te sujetaron de improviso por la espalda y te ataron sin que tú soltases las pistolas ni pudieras hacer uso de ellas, en tanto que el tercero subió, provisto de un garrote. Que luégo se llevaron á cuantos habia en la casa gritando: «¡Corramos al pueblo por el alcalde y los cuadrilleros!» Añade, si quieres, que te dieron un golpe en la cabeza, con todo lo demás que te se ocurra. Tiéndete. Asi estás bien.

—Me lastiman las pistolas.

—No importa; grita, y que el diablo sea con vosotros.

—¿A dónde vas? ¡Se ha marchado! ¡Qué valor tiene, y que ingenio demuestran esos turcos! Me ató de un modo... ¡Voto al demonio, que si tardan en soltarme voy á estar divertido! Gritaré; pero ¿y si vienen armados esos tres hombres?.. ¡En qué compromiso nos ha puesto el bárbaro de mi primo! Me parece que siento pisadas arriba. Pediré auxilio. ¡Jonás, favoréceme! ¡Ay, ay!

Oton salió de la casa dirigiéndose al cobertizo, pero ya no se metió en el pesebre; léjos de eso trepó como la ardilla por uno de los cuatro palos que sostenian aquel y se encaramó en lo más alto, diciendo:

—El sitio y la oscuridad de la noche les impedirá dar conmigo, en el caso improbable de que á Alaejo le haya quedado valor para otra cosa que para huir. En cambio, desde aquí domino mejor, y podré averiguar lo que acontece.

Y quedó sentado, fijo en la ventana que abrió la hija del labrador para demandar socorro, y sufriendo las consecuencias del nuevo aguacero, el cual le azotaba en estos momentos la cara furiosamente.

—¡Qué noche, Santa Madona!—repetia el infeliz.—¡No la he visto más cruel entre las rocas caucasianas ni en los mares índicos! ¿Qué veo? ¡Se levanta Jonás, vacila!..

—¡No me hagais nada!—exclamó Alaejo á medio recobrar la razon;—fué una broma: ¡por Dios!

De pronto se echó mano al cinto, y palpándose las pistolas las cogió, diciendo:

—¡Miserables! ¿Quién osó?.. ¡Ay de vosotros!

Su voz fué interrumpida por las exclamaciones de Roque, el cual gritaba:

—¡Favor, favor! ¡Sálvame, Jonás; socorre á tu pobre primo!

—¿Qué es eso? Empiezo á comprender... Pero ¿cómo me dejaron las pistolas y la espada? ¡Me hirieron; no me desarmaron!... ¿Qué ha sucedido aquí? Por que yo nada me explico.

Y se acercó á la escalera, preguntando:

—Roque, ¿estás solo?

—¡Sí; baja y suéltame!

—¿Te han atado?

—¡De un modo horrible; si tardas estamos perdidos!

—Allá voy. Pero ¿qué ha sucedido?

—¡Ay qué noche, Jonás!

—¡Habla ó te mato!

—¡Qué valiente estás ahora!

—¡Miserable!.. ¡Si no cuentas lo ocurrido!..

—Oyeme: apuntaba yo á los tres labriegos, cuando oí las voces de una mujer que pedia socorro; de pronto se abre la puerta, me dan un golpe en la cabeza y me sujetan por la espalda, como ves. Eran tres, uno de los cuales subió, é hiriéndote, coge á la muchacha y se la lleva seguido de sus dos compañeros, de los tres labriegos y de la criada. Al salir decian: «¡Corramos en busca de los cuadrilleros, y encerremos en un calabozo á estos malandrines!»

—¿Cuánto tiempo hace?

—Muy poco.

—¡Pues entónces huyamos de aquí! ¡Roque, si esos hombres me detienen, todo mi plan viene á bajo, y ¡ay de vosotros!

—Suéltame.

—¡Malditos, qué bien te sujetaron!

—Vamos por los caballos.

—Vamos.

Y se dirigeron á la cuadra, temblando Jonás y sonriendo á hurtadillas Roque.

Melenik, que permanecia encima del cobertizo, distinguió la figura de Jonás, oyendo luégo sus exclamaciones y diálogo con su primo; y en verdad que, no obstante lo castigado que se hallaba por el agua, el frio y el cansancio, reia, sin poderse contener, al contemplar la pavura del secretario.

—¡Qué miserable,—decia;—no tiene corazon! En cambio es su alma más negra que la presente noche. Me voy tranquilizando por mí; áun cuando me descubrieran no importa, me atrevo con los dos sin hacer uso siquiera de mi puñal. La pólvora de sus pistolas estará húmeda, los tiros no saldrán y los aceros en manos de esos cobardes no suponen nada. Los he perdido de vista. Sí, estarán en la cuadra. Pues me bajo y me dispongo á seguirlos.

Un instante despues aparecieron montados Alaejo y su primo.

—¡Corramos!—gritó el primero.—Alto,—añadió.—¡No puedo, Roque; me han apaleado, y mis costillas parecen desunidas!

—Sigamos al trote.

—Tampoco lo resisto.

—Pues vamos al paso.

—¡Ay, qué dolorido me siento! Continúa así.

Oton los iba oyendo, y contestaba por lo bajo:

—Ya sabía yo que no caminarias en algun tiempo al trote ni á escape. Te dí cuatro golpes á mi placer, y en lo sucesivo cabalgarás á medida de mi deseo, que al fin son setenta leguas, y áun cuando tengo mucha prisa, no hay hombre que siga la carrera de un caballo tres ó cuatro dias consecutivos.

Jonás iba cási tendido, Roque algo inclinado y Melenik satisfecho, si bien los tres sufrian los rigores de una noche terrible como pocas. Así continuaron, no obstante, media hora más.

—¡Veo luces!

Exclamó de pronto con alegría el primo de Jonás.

—Cierto; es un pueblo, pero no nos conviene detenernos en él.

—¿Por qué?

—Déjame meditar. Sí, eso es; nos hallamos en el Corral de Almaguer, y recuerdo perfectamente que algo más allá existe una venta grande y provista de cuanto necesitemos. En ella pasaremos el resto de la noche.

—Pues aprieta un poco.

—No puedo. Veré de hacer un esfuerzo al llegar á la poblacion para evitar el que nos reconozcan.

Melenik, á cuatro ó cinco varas de las colas de los caballos, seguia oyendo cuanto hablaban los dos primos. Al espirar la última frase de Alaejo, exclamó el georgiano:

—Ya sé bastante.

Y salió del arrecife, separándose de él veinte varas. Después corrió por el sembrado, saltando como la liebre.

—¡Es preciso llegar ántes que ellos! ¡Otro esfuerzo, valiente Oton! ¿Qué suponen el barro ni el agua para un hijo de la montaña? Los adelanté mucho. Ahora tomo el camino real y por él corro sin tregua ni descanso hasta llegar á la venta.

Y segun lo decia lo realizaba, cruzando de aquel modo el Corral de Almaguer. Por fin percibió una luz en lontananza y no tardó en acercarse á la venta á que se habia referido Jonás.

Melenik entró, dirigiéndose en el acto al fuego, provisto en aquel instante de dos leños y de una cantidad enorme de retama, los cuales despedian llamas y calor suficientes á colmar los deseos de nuestro empapado caminante.

Oton cogió una silla y se sentó lo más cerca posible del fuego. Después miró en torno, viendo cinco arrieros tendidos cerca de la lumbre y al ventero que en aquél instante arreglaba la luz de un enorme candil que ardia en un extremo de la habitacion.

—¡Ven acá, posadero!—le gritó el georgiano.—Acércate.

—Ya voy. ¿Quién eres?

—Un caminante que necesita cena, cama y lumbre.

—De todo hay en mi venta con abundancia.

—Toma á cuenta esos cinco ducados, y oye bien.

—¡Cinco ducados! Estais loco...

—Cójelos, sirve y calla.

—¡Pues es verdad!.. ¡Ya! ¡Sereis algun conde disfrazado!.. ¡Qué jóven y qué guapo! Todo es posible en los tiempos que corremos.

—¡Silencio!

—Me callo.

—Quiero al instante una gallina en pepitoria, postres, buen vino y pan. Cenaré junto al fogon, y cuando haya concluido, que me hagan aquí la cama.

—¿En el suelo y entre esos palurdos?

—Sí, y te advierto que si obedeces y callas, te daré otros cinco ducados.

—Está bien, señor; voy á que os preparen la mejor pepitoria que se ha comido en mi casa.

El ventero desapareció, continuando Melenik junto al fuego.

Dos minutos más tarde oyó las pisadas de caballos y no tardó en ver asomar á Roque con los cuadrúpedos del diestro y á Jonás que, débil, encorvado y con una gota de sangre en la cara, se fue al hogar en busca del calor de la lumbre.

Oton habia levantado el cuello de su tabardo, ocultando la cara hasta cerca de los ojos.

Alaejo no expresó frase alguna. Comenzó á secar sus ropas, y sentándose luégo esperó la llegada de su primo.

No tardó en presentarse aquel, diciéndole:

—Los caballos están ya en la cuadra comiendo el pienso. ¿Encargo la cena para nosotros?

—Sí. Oye: unas sopas con huevos; mi estómago no podria digerir otra cosa.

—Pero yo...

—¡Obedece y calla! Que nos dispongan un cuarto con dos camas; en él cenaremos. Acércate: reconoce la puerta y lo demás. ¿Comprendes?

—Sí.

Desapareció Roque, volviendo al poco tiempo.

—El cuarto es bueno,—dijo á su primo;—la puerta segura; esta abrigado; preparan las sopas, y podemos subir cuando gustes.

—En cuanto se sequen nuestras ropas.

—Estate quieto.

—¿Qué vas á hacer?

—Tienes una mancha de sangre en la cara, y con este pañuelo empapado en agua y vinagre...

—Frota más arriba. No aprietes tanto.

—¿Te duele?

—Sí.

—Te se ha hinchado encima de la ceja.

Melenik, sentado en una silla, vuelta la espalda á los primos y aparentando dormir, los escuchaba.

Más tarde se dirigieron ámbos al piso principal de la venta, entrando en el cuarto que les habian preparado.

No tardó en presentarse el posadero, y acercando una mesa á Oton, le dijo:

—La mejor y más tierna de mis gallinas en rica pepitoria; vino añejo y nuevo; pan de hoy, nueces y almendras. ¿Quereis algo más?

—Sí, tráeme ántes de que coma la pepitoria, las sopas con huevos que vas á subir á los dos forasteros que acaban de llegar.

—¿Y ellos?

—Que les condimenten otras; quiero yo esas.

—Al instante, y que aguarden, que es gente de mala traza. Se van á desesperar.

—Me alegro; por eso lo hago yo.

—Vuelvo.

—Cinco ducados más si callas y obedeces.

—Lo sé, y quiero ganarlos.

No tardó nuestro georgiano en empezar á comer un plato de sopas con cuatro huevos; después la emprendió con la pe-

pitoria, intercalando los bocados con tragos de un vino confortante.

—¡Bravo!—se decia.—Se secaron mis ropas, y al grato calorcillo de la lumbre devoro esta cena con apetito y gusto. No está mal guisada; verdad es que el hambre es la mejor salsa de los platos. ¡Buen vino, *corpo di Bacco!* Ya he visto pasar dos veces á Roque en busca de las sopas. Que esperen; ahora les toca á ellos el desesperarse, y á mí el regalarme á lo príncipe. ¡Qué palo tan bien dirigido le asesté en la cabeza á Jonás y qué cuatro en la espalda! La Providencia rara vez abandona al desgraciado, y siempre hace justicia al que se la pide con el amor que yo.

Nuestro jóven habia comido una cantidad enorme de sopas, luégo la mitad de la gallina, cási todos los postres, sorbiendo medio jarro de vino y un vaso de agua; se guardó un pedazo de pan y algunas almendras, y seguidamente llamó al posadero.

—Retira esta mesa,—le dijo.

—Bien lo habeis hecho, señor. ¿Deseais algo más?

—La cama en ese rincon.

—Al momento.

Cuando aquél hubo concluido, añadió:

—Dos colchones, otras tantas almohadas y una manta. ¿Os vais á desnudar?

—No.

—Por eso suprimí las sabanas. ¿Qué más hace falta?

—Di, ¿qué hacen los dos forasteros?

—Esperan las sopas que voy á subirles ahora.

—Necesito que me despiertes cuando ellos empiecen á ensillar los caballos.

—Piensan dormir toda la noche, segun me ha dicho el más alto.

—Sea cuando quiera. Al verificarlo te daré los cinco ducados.

—No faltaré; descuidad.

—Si algo les aconteciera, me avisas tambien.

—Comprendo, y los vigilaré lo suficiente para ganar como Dios manda vuestro generoso obsequio.

—Seguro de tu palabra voy á dormir tranquilo.

—Hacedlo, que no os pesará.

El ventero desapareció; Melenik se quitó su tabardo y zapatos, acostándose con toda la tranquilidad y sosiego que podia verificarlo un jóven de su buen temple de alma, satisfaccion de sí propio y que tuviera la imperiosa necesidad que él de robustecer su materia con el descanso para emprender de nuevo su penosa y difícil caminata. Al apoyar su hermosa frente sobre la almohada, exclamó:

—Acabaron para mí, por ahora, las lluvias, los insomnios, el hambre, las emociones y el cansancio. La Providencia, que yo bendigo, me permite que repose en una cama blanda, cerca del fuego y arropado además con una manta y mi tabardo. Bien; esta es la vida; un instante agradable y cien de tormentos. Yo no me encuentro mal, pero ¿y mi pobre Magno? Es preciso dormir para olvidar. No existe en el mundo un solo momento de ventura completa; el mal va acompañado del dolor; el placer llega herido siempre por una idea, por un recuerdo que lo aminora, lo envuelve, lo mezcla, y... A dormir; el sueño, que es tan parecido á la muerte, me dice claramente que la dicha se encuentra en ese *mas allá* que apaga la vida humana. Cuando se duerme no se padece. ¿Qué mayor prueba existe en el mundo de que la dicha va en pos de la muerte?

Cerró los ojos, quedando su materia entregada por completo á Morfeo.

Sólo dos horas pudo descansar tranquilamente; al espirar aquellas le despertó el posadero, diciéndole:

—¡Señor, levantaos!

—¿Qué ocurre? ¿Se van esos canallas?

—¡Es otra cosa peor!

—Habla.

—Acaban de llegar tres labradores de las cercanías de Almaguer, con cuatro mozos, armados los siete. Me pregunta-

ron por los forasteros y van á matarlos. Yo, como me dijísteis...

—Bien hecho. Dame los zapatos. Di, ¿en qué cuarto están?

—En el núm. 3, primera puerta al concluir la escalera; sólo tienen una ventana que da al corral. ¿Escuchais? Ya suben los siete.

Melenik pensó que si mataban á Jonás le sería imposible, ó muy difícil al ménos, dar con la torre de Altacima, y concibió la idea de salvarlo á costa de su vida. A este fin exclamó:

—Pero eso es un asesinato que comprometerá tu venta, la justicia vendrá aquí y estás perdido.

—Eso digo yo, mas son siete y traen armas.

—No importa, conmigo basta.

—Sois muy jóven y sólo teneis ese puñal.

—Si me ayudas los salvaré.

—Con mucho gusto, pero no conseguiremos nada. ¿Oís? Ya golpean en la puerta; la echarán abajo si no abren, y los matarán.

—¿Tiene el corral salida al campo?

—Sí, señor.

—Toma los cinco ducados que te ofrecí; lleva una escalera y déjala al pié de la ventana de los forasteros, ensíllales los caballos, abres el postigo del corral y con ellos esperas al pié de él.

—Pero, señor...

—Despacha, que los pierdes y te comprometes.

—¡Dios sea con nosotros! Os obedezco.

Y el ventero comenzó á realizar lo que Oton acababa de mandarle.

Nuestro georgiano se puso su tabardo, y cubierto lo mejor que pudo con el cuello de aquél, se fué á la escalera, viendo á la conclusion al padre y hermanos de la labradora que quiso deshonrar Alaejo, acompañados de cuatro mozos del pueblo. El uno de los últimos era novio de aquella, y los tres restantes parientes de la una y del otro. Los siete estaban ar-

mados, segun dijo el posadero, furiosos y muy decididos á dar una leccion á Jonás y á su criado.

En vez de quedarse escondidos entre los árboles, como les encargó Melenik, se fueron al pueblo, contaron lo ocurrido, y cuando se hallaban comentando el conato de crímen de Jonás, vieron pasar á éste y á Roque, el novio de la muchacha los siguió, regresando con la noticia de que se habian detenido en la posada.

La aparicion del georgiano la referian como un hecho extraordinario que no comprendian ni se explicaban, concluyendo por decir que era un hombre mandado por la Providencia en favor de la casta doncella. Describian su belleza con colores tan vivos que la comparaban á la de los ángeles; aminoraban su edad, presentándole, en fin, como un ser llovido del cielo.

El novio fué el primero que dió el grito de venganza; aprobó la idea el padre, los cinco restantes juraron seguirlos, y, armados lo mejor que pudieron, se presentaron en la venta en la forma que los describió el posadero.

Cuando Oton se llegó á la escalera estaban ya forzando la puerta, y era tan fiera la actitud de los acometedores, que el georgiano juzgó que aquello iba á concluir con alguna víctima.

—¿Qué haré?—se dijo.—Sin compromiso alguno puedo ver y gozar con la muerte de ese miserable; pero ¿y luégo? ¿Cómo voy yo solo en busca de la torre de Altacima, que no sé dónde está? ¡Maldicion! ¡Debo salvar á ese hombre, y la accion se me resiste! Al que sorprendió á Magno, al que le hirió, encadenándolo después, al que lo tiene encerrado en horrible calabozo, sirviendo de befa y escarnio, ¿á ese he de librar de la justa venganza de un padre, hermanos y parientes ofendidos? ¡Dios mio, Dios mio! ¡En qué difícil trance me poneis! ¡Va á ceder la puerta; los van á matar! No, yo los salvaré; primero es Magno. ¡Ay, todo sea por la Vírgen!

Y se dirigió al corral, trepando por la escalera que le habia colocado el posadero. Ya junto á la ventana de la habitacion en que estaba Alaejo, apoyó el hombro, y al segundo

esfuerzo cedieron los pasadores y Oton se precipitó en el cuarto. Desconociéndole Roque, le hizo fuego á dos varas de distancia, y después Alaejo á boca de jarro; pero ninguno de los cuatro tiros salió, efecto de lo mojada que tenían la pólvora.

Aturdidos amo y criado, confusos, trataron de defender sus vidas cuando oyeron que iban á matarlos. Al ver entrar á Oton por la ventana descargaron sus pistolas maquinalmente, quedando luégo inermes, acobardados, cási sin sentido, presas de horrible pavura.

Melenik les miró con desprecio, diciendo:

—¡Miserables, os vengo á salvar y me haceis fuego! ¡Huid por esa ventana, que en el postigo del corral teneis ensillados los caballos!

—¡Mentira!

Articuló Jonás. Pero Roque, reconociéndole, ganó la escalera, desapareciendo instantáneamente de la vista de Alaejo.

—¡Marcha tú tambien,—añadió el georgiano;—que cede esa puerta y te matan si te cogen!

—¿Quién eres? ¿Por qué ese interés por mí?

—Ya te lo diré algun dia; ahora huye. ¡Maldicion! ¡Ya han roto un pedazo! ¡Ven aquí!

Y cogiendo Melenik al secretario lo sacó por la ventana hasta dejarlo en la escalera.

—Allí tienes el caballo,—le dijo;—no pierdas un segundo.

Y volviéndose hácia el sitio en que estaban golpeando los otros, bajó el cuello de su tabardo, exclamando:

—¡Honrado labrador, soy el que salvó á tu hija; esperad, que os voy á abrir!

En el mismo instante cedió la puerta y los siete se precipitaron en la habitacion.

Oton los recibió con los brazos cruzados, gritando:

—¡Deteneos, que aquí no están los malvados!

—¡Alto, que es el jóven de que os hablé ántes!—replicó el padre, reconociendo al salvador de su hija.—¿Dónde se hallan esos forasteros?

—Los he salvado yo.

—¿Tú?

—Yo, sí; su crímen no autoriza el vuestro, y quise evitaros el que fuérais tan perversos como ellos.

—¡Nos ha engañado el ventero!

Decía uno.

—¡Matadlo!

Murmuraba otro.

—¡Busquémosles!

—¡Que paguen con la vida tan brutal accion!

Y fueron á salir; pero Oton, poniéndose delante de la puerta, gritó de nuevo:

—Sólo pasareis por encima de mi cadáver. El ventero os dijo la verdad; ved sus dos camas y la capa que el uno se dejó olvidada.

—Tú, que fuiste ántes tan bueno, ¿por qué defiendes ahora á esos miserables?

—¡Ay! ¡Les libré de morir porque Dios lo quiso así; de no imponerme la suerte ese sacrificio, en vuestra propia casa los hubiera dejado exánimes! ¡Vosotros no sabeis lo malo que es el más bajo y lo mucho que yo le odio, lo que le aborrezco, lo que daria por hundir este puñal en su infame pecho!

—¿Quién es?

—El secretario del valido, duque de Lerma, y si hubiérais atentado contra él, estábais perdidos.

Las frases de Oton, su actitud, la ira y deseo de venganza que demostraba al hablar de Alaejo, su belleza y juventud, y la noticia del cargo que desempeñaba Jonás, contuvieron á los labriegos, hasta el punto de exclamar el padre:

—Aunque muchacho, sois valiente y generoso como yo no ví hombre alguno. Decidme: ¿nos vengareis algun dia?

—¿Matando á ese que se ha dejado la capa?

—Sí.

—He jurado verter su sangre gota á gota, porque habeis de saber que me ofendió más que á vosotros.

—¿Estabas aquí dentro con él?

—No; forcé esa ventana, me tiraron cuatro tiros, cuyas

balas no salieron, y les facilité agradecido que bajaran por la escalera que yo subí, y, tomando los caballos que les habia mandado ensillar, huyeron por aquel postigo. Cuando así obré razon poderosa tenía que me obligaba. Pero eso no ha de obstar para que le mate muy pronto.

—¿Nos lo juras?

—Con una condicion.

—Decid.

—Vengo á pié y, como veis, siguiéndolos desde Madrid; necesito continuar detrás, y si me deteneis más tiempo ó le perseguís vosotros, no lograremos nuestro objeto. Volveos á vuestras casas y dejadme partir.

—Jura ántes vengarnos.

—¡Os lo juro por el Dios que nos oye!

—Sal, no pierdas tiempo.

—¿Os retirais?

—Sí.

—Pues rogad á Dios...

—¿Por quién?

—Por el capitan Magno.

Melenik desapareció, dejando á los labriegos que, en union del dueño de la venta y de algunos arrieros que despertaron á los golpes y acudieron, comentaran el hecho sin intentar otra cosa en lo sucesivo.

CAPITULO XXX.

Continúa la marcha.—Separacion.—Melenik y Jonás.—La torre de Altacima.

HABIA cesado de llover, pero un viento Norte azotaba el rostro y la noche continuaba oscura.

Oton salió de la venta, llegando hasta en medio del arrecife. Allí se quitó su tabardo, y echándoselo al hombro corrió desaforadamente media hora que tardó en llegar á un pueblo. En la plaza se detuvo, preguntando á un hombre, único que vió, el cual se hallaba al pié de una reja:

—Perdonad si os molesto; ¿teneis la bondad de decirme si han pasado por aquí dos jinetes?

—Sí.

—¿Hace mucho?

—Un cuarto de hora.

—¿Corren?

—Van de prisa.

—Gracias.

Y Melenik volvió á caminar, sin que fuera obstáculo para detener su veloz carrera el barro y sinuosidad del camino. Dos caidas llevaba, y en ámbas se levantó sin exhalar una queja, sin decir otra cosa que:

—¡Dios me ayude!

Y proseguia con más afan, entereza y valor que nunca.

Así continuó hasta oir el ruido de las pisadas de los caballos y verlos á la distancia de seis varas.

—¡Ya era tiempo!—exclamó deteniendo su paso;—estallan mis pulmones, sudo á mares, mi sangre circula con rapidez pasmosa, y comenzaba á sentirme desfallecer.

Seguidamente se puso el tabardo, añadiendo:

—Van al paso. ¡Oh, los cinco palos que dí á ese hombre surten sus efectos! Anduvieron, no obstante, más de tres leguas á escape; el miedo hace milagros; pero éste irá desapareciendo poco á poco; sus caballos van fatigados, ellos rendidos, y ya no es fácil que los pierda.

Y nuestro jóven dejó de meditar para seguirlos á distancia en que no lo descubrieran las continuas miradas hácia atrás de Alaejo. Este se detenia de vez en cuando, aplicaba el oido y, no escuchando nada, proseguia á un castellano corto. Cada vez iba aminorando su pavura, como habia dicho Oton, pero aumentaban los dolores en sus músculos y las molestias de un viaje en la peor noche de cuantas caminó en su vida.

Los dos delante y el otro siempre detrás, llegaron cerca de las siete de la mañana al Quintanar. Jonás vió á la puerta de una posada vários soldados y entró en ella, suponiendo, con razon, que allí estaba seguro. Al apearse cayó al suelo, rendido por el cansancio, el insomnio y los golpes que habia recibido. Pidió un cuarto, dió algunas órdenes á su criado y se acostó.

Oton, que los espiaba sin tregua ni descanso, detuvo á Roque en medio del corral, y, bajándose el cuello de su tabardo, le preguntó:

—¿Me conoces?

—¡Manuel!

—Sí. Os salvé la vida esta noche; pero ¡ay de tí si me descubres ó no me obedeces en lo que voy á mandarte!

—Hombre, explícame ántes...

—Nada; me es imposible satisfacer tu necia curiosidad.

—¡Qué valiente eres! ¡Más sentí haber disparado!.. ¡No te conocí!..

—Esas armas las manejan mal los cobardes.

—No lo creas; la humedad...

—¿Y vuestras espadas y puñales estaban mojados tambien?

—¡Qué miedo, chico; oíamos tantas voces, la puerta cedia, y tú entraste como el rayo! Yo creí que los otros te iban á matar después, y lo sentia...

—¿Qué te preguntó Jonás?

—La pavura enmudeció su lengua.

—Tú te ibas, dejándolo...

—Ya lo creo; te reconocí, y como eres mi cuñado, no dudé de tus frases. Si él tarda en llegar me voy solo.

—¿A dónde?

—A Madrid con mi hermana. Este viaje se va haciendo insoportable.

—¿Qué te ha mandado Jonás?

—Que cambie de caballos, le compre una capa, disponga comida buena para la una, que le despierte á esa hora, y que duerma yo si me sobra tiempo.

—Con eso me basta.

—¿Qué dices?

—Nada.

—¿Nos vienes siguiendo?

—No, pero llevo el mismo camino que vosotros.

—¿A pié?

—Sí.

—¡Qué barbaridad!

—A los turcos nos gusta mucho andar.

—¿Me permites que le diga á mi primo quién eres y que te presente?..

—Ni una palabra; ¡te mato si lo haces!

—Capaz serías; te tengo ya más miedo que á Jonás.

—Toma ese ducado.

—¿Para qué?

—Te dió anoche de cenar unas malas sopas, hoy te dejará sus sobras, y quiero que comas mejor.

—¡Gracias, hermano! ¿Te puedo servir en algo?

—Sí. Antes de que llames á Jonás me despiertas á mí.

—¿En qué cuarto estás?

—En el núm. 7.

—¿Qué más quieres?

—Que no hables una sola palabra de mí á tu primo.

—Te lo prometo.

—La puerta de mi habitacion estará entornada. Adios.

—Oye...

—Tengo sueño.

—¡Qué turco tan raro!

Melenik entró en su cuarto, y reconociendo la cama la halló muy aceptable. Mas tarde encargó comida para la una, y acto continuo se fué desnudando hasta meterse en cama, con el descuido y sosiego que pudiera hacerlo en su casa.

—Creo que tengo fiebre,—se dijo;—pero es efecto del insomnio y la fatiga, y un buen sueño me curará.

Poco después dormia, algo agitado al principio, pero luégo fué calmándose, desapareció lo encendido de su cútis, principiando á circular su sangre con regularidad.

A las seis horas entró Roque, mirándole con interés.

—¡Qué guapo!—exclamó.—Su cara podian envidiarla la mayor parte de las mujeres. Se conoce que en Turquía son tan hermosos los hombres como las rosas que se crian allí. Pero el corazon de éste... ¡Vaya un mozo templado! ¡Qué valiente! Jonás habrá echado llaves, cerrojos, y él duerme con la puerta abierta y una tranquilidad... Voy á despertarle. ¡Manuel, Manuel!

—¿Qué quieres? ¡Ah, Roque! ¿Es hora ya?

—Sí.

—¿Cambiaste los caballos?

—Por supuesto.

—¿Qué tales son?

—Buenos.

—No correr mucho, que yo voy á pié, y si hay peligro no os podré salvar.

—Si mi primo lo manda, ¿yo qué he de hacer?

—Te quedas atrás fingiendo que no puedes sostener el escape. Cada vez que nos veamos te daré otro ducado.

—Haré lo posible por complacerte.

—Bien quisiera volar, pero no puede ser.

—Cómprate un caballo bueno.

—Meten ruido sus pisadas y abulta mucho.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Nada; véte.

—Adios, Manuel.

—Aguarda. Antes de despertar á tu primo encarga que me suban la comida.

—Al momento.

Y desapareció Roque. Melenik se sentó sobre la cama, exclamando:

—Dormí seis horas y me hallo tan fuerte como al empezar mi marcha; no sucederá lo mismo á Jonás; sus huesos deben estar doloridos aún y muy debilitada su materia.

Y se vistió, poniéndose á comer algo más tarde.

—Buen apetito tengo,—se decia;—es indudable que la fatiga, léjos de destruir la materia, la robustece.

Al concluir guardó vino, cambió el pan, y pagando su cuenta se dispuso á partir.

Algo más tarde oyó el relincho de un caballo y se asomó á la ventana, desde donde vió montar á Alaejo y á Roque.

—¡Qué descolorido va y qué mal encarado es! ¡Ah, miserable; si después de salvar á Magno hallo ocasiones como las que perdí esta noche, yo libraré al género humano de tus nuevas maldades! Han empezado al trote, de lo cual se deduce que pronto correrán.

Y cuando se hubieron adelantado trescientas varas, salió Oton, continuando detrás de ellos á gran distancia y al mismo paso para que no se le extraviaran.

Así llegaron á Albacete, sin nuevo incidente que interrum-

piera la marcha. Jonás galopaba algo, trotaba poco, é iba por lo general á un castellano que era el paso ménos molesto para él; en cambio se detenia en las posadas lo ménos posible para dormir, comer y dar piensos.

Oton les seguia como anteriormente, recatado de las miradas de Alaejo y tan valeroso como siempre. Hablaba cuando le era dable con Roque, comia bien, bebiendo mejor.

Cuando entraron en Albacete iban rendidos los tres; se alojaron en la mejor posada, y ya se preparaba nuestro georgiano á disponer su cena, cuando vió salir á Roque:

—¿Qué acontece?—le preguntó en la calle deteniéndolo.

—Demos la vuelta á esa esquina, no asome la cabeza mi primo.

—¿Hay novedades?

—Sí; pero di ántes: ¿hácia dónde te diriges tú?

—¡Vaya una pregunta! Detrás de vosotros.

—Es que ahora nos separamos.

—¿Alaejo y tú?

—Sí, y si quieres podemos ir juntos los dos.

—Cuéntame lo que acontece y determinaré.

—Jonás se dirige á la torre de Altacima, y yo voy á Cartagena por otro camino.

—No me explico la causa.

—Yo sí: miéntras él entera á su amigo el marqués de algunos asuntos que le interesan, yo llevo una carta al Gobernador de Cartagena para que tenga un buque que nos lleve á Venecia, saliendo del puerto el dia 14 por la tarde.

—Ahora todo lo comprendo.

—Cómprate un caballo y nos vamos juntos.

—No puede ser; Cartagena dista mucho del punto adonde yo voy. ¿Cuándo partes?

—En el momento que cambie de caballos y cene.

—¿No duermes?

—Me ha dicho que lo haga por el camino.

—Y él, ¿cuándo sale?

—Lo ignoro.

—¡Ese hombre no tiene corazon!

—Añade que nos conviene abreviar para emprender el viaje más delicioso que hicieron los hombres. En el buque descansaremos de tanta fatiga y molestia.

—Muy bien. Pues adios, y feliz viaje.

—¡Cuánto siento que no me acompañes! ¿Nos veremos pronto?

—Sí.

—¿En dónde?

—Probablemente en Italia.

—¿Con que tú tambien te diriges hácia allí?

—Adios, Roque.

—Espera, hombre.

—Tengo sueño.

—¡Qué turco más extravagante!

El primo del secretario continuó su camino, y Melenik, regresando á la posada, se sentó en el hogar, quedando triste y pensativo. Su hermosa frente se hallaba ahora plegada de arrugas, la mirada vaga y sombría, y su actitud fué poco á poco tomando un aspecto fiero é imponente. Por último demostró tranquilizarse, concluyendo por exclamar:

—Llevo andada más de la mitad del camino, y si vencí hasta ahora toda clase de dificultades, claro es que no me detendrán las que de nuevo intenten molestarme. Mucha falta me va á hacer mi supuesto cuñado; pero cada vez nos acercamos más á la torre, y en último caso inutilizo á Jonás, le quito el caballo y me voy solo; que el que lengua tiene es indudable que á Roma va.

Pidió su cena, comió bien y se acostó, encargando á un mozo de la posada que lo despertase ántes de que ensillara el caballo de Alaejo. Le ofreció dos ducados de propina, y, tranquilo por el presente, se durmió:

Ocho horas después abrió los ojos, exclamando:

—¡Es de dia, maldicion! Dormí demasiado, el sol entra en mi cuarto y temo que á ese endiablado sirviente se le haya olvidado despertarme.

Y se tiró de la cama, vistiéndose inmediatamente. Iba á salir cuando le detuvo el mozo, diciéndole:

—Venía á llamaros.

—¿No marchó el forastero del núm. 17?

—No, señor; en este momento me manda que le ensille el caballo.

—¿Qué hace?

—No lo sé; habló con el amo, y éste me ha encargado que le arregle la bestia.

—Toma lo ofrecido y despacha.

—¡Los dos ducados! Jamás recibí propina como esta. Gracias, señor.

Melenik bajó, esperando en el sitio que creiä más á propósito la salida de Jonás.

Pronto le vió montar á caballo y partir.

—¡Rompe la marcha á escape,—exclamó el georgiano,—lleva buen potro y se ha provisto de un morral! Comprendo; ya suponia yo que ahora me iba á hacer correr. Su calma de los dos últimos dias presagiaba esta carrera. Se halla mejor de la paliza que le dí, descansó mucho y... ¡Todo sea por Dios!

Oton le seguia ahora con el tabardo al hombro y á paso de liebre. Una hora continuó de este modo sin tregua ni descanso. Por último se tiró sobre un ribazo, murmurando:

—¡No puedo más; estallan mis pulmones y me falta el aliento! Le perdí de vista é ignoro qué ha sido de él.

Y tendiéndose en el suelo, continuó:

—Cuando ví la clase de caballo que montaba adiviné el trance en que me veo; y es lo peor que no se distingue pueblo ni posada alguna donde pudiera proveerme de un cuadrúpedo. ¡Cómo baña el sudor todo mi cuerpo! ¡Ay, nací fuerte, pero no tanto que me sea dable competir con hombres que mudan de caballo cuando les parece! ¿Volveré á encontrarle? Lo dudo. ¡Dios mio, Dios mio! ¿Por qué abandonas á este pobre huérfano?

Y deshizo con las yemas de los dedos várias lágrimas que llegaron á sus párpados.

—¡Fuera debilidades!—añadió.—Arriba otra vez, y adelante. Lo mismo da morir reventado que á manos de uno de esos traidores.

Y continuó su camino con la poca celeridad que el cansancio le permitia.

Llegó á una venta, y preguntando por Jonás le contestaron que habia dado pienso á su caballo y vuelto á partir hacía media hora. Oton bebió un vaso de agua y vino, prosiguiendo su caminata, interrumpida por breves instantes. A media tarde llegó á la Venta de la Higuera, en los momentos que Alaejo salia.

—¡Le encontré por fin!—exclamó.—Pero él y su caballo descansaron y yo voy más fatigado que nunca. ¿Qué es eso? ¡Trota! ¡Si no corriera! La noche vendrá pronto, y si le pierdo otra vez ya no es probable que le encuentre. ¡Flaqueza mia, huye del valiente georgiano! Beberé todo el vino que me queda. Ahora comeré estos pedazos de encurtido y pan.

Y sin pararse daba fin poco á poco del único alimento que tomaba aquel dia.

Llegó la noche, pero Jonás continuaba trotando; su caballo comió dos piensos, mas estaba cansado, y el jinete no pudo ó no quiso obligarle á que galopara.

Serían las diez cuando entraron en Yecla. Melenik iba á treinta pasos de él, pero sentia fiebre, sus venas estallaban y le faltaba el aliento.

Tendido en el hogar donde cayó, pudo oir á Jonás que dijo al posadero:

—Quiero cambiar ese caballo, dormir cuatro horas y cenar bien. Despacha.

Oton respiró con más tranquilidad. En el momento que pudo, llamó al dueño, exclamando:

—Quiero comer unas sopas con huevos, dormir, y que me despiertes cuando ensillen el caballo de ese hombre que acaba de subir. Toma esos dos ducados; cuando me levante te daré otros tantos.

—Muy bien, señor; al momento.

—¡Ay de tí si dices algo al forastero ó parte sin que yo le vea!

—¡Imposible; á tan buena paga no hay mal servicio. Venid. Hé aquí el mejor cuarto de mi casa; tomad posesion de él, que no tardarán en traeros las sopas.

—No me las mandes; estoy fatigado y lo primero que necesito es dormir. Oye: despiértame á la vez que á ese hombre; en el acto me sirves una buena cena, y tardas en ensillar su caballo lo que yo en comer; añadiré cinco ducados.

—Acepto.

—¿De qué medio te vas á valer para entretenerle?

—Escondo el bocado de su potro y no parecerá hasta que vos me hagais una seña.

—Muy bien. ¡Marcha!

El posadero salió, murmurando:

—¿Quiénes serán y qué negocio?.. ¡Pero, Señor, qué tiempos corremos! El jóven paga bien y lo demás no me importa.

Melenik se quitó los zapatos y se acostó vestido, diciendo:

—¡No puedo más; me siento enfermo, y era todo lo peor que podia acontecerme! ¡Si lograra dormir! No es difícil; me encuentro tan rendido que pronto el sueño se apoderará de mi materia. ¡Quién sabe! Posible es que baste el descanso y al despertar me encuentre bien.

Durmió dos horas intranquilo y moviéndose mucho; mas fue poco á poco calmándose, cesó su fuerte respiracion, al encendido color de su rostro reemplazó la palidez, y al entrar el posadero y despertarlo, se sentó sobre la cama exclamando:

—Bien; cesó la fiebre, mitigué el cansancio, y siento hambre. Tráeme cena abundante, buen vino y abrevia. ¿Y el forastero?

—Voy á llamarlo ahora.

—¿Cuánto hemos dormido?

—Cerca de cinco horas.

—¿Amaneció?

—No, señor; son las tres de la madrugada.

—Antes de que ese hombre se levante trae mi alimento.

Así lo hizo el posadero, comiendo Melenik con buen apetito.

—Es preciso reponerme,—se decia;—en veinticuatro horas sólo tomé un pedazo de encurtido y otro de pan duro; llevamos andadas más de cincuenta leguas en cuatro dias, y ese malvado se propone sin duda caminar las catorce ó quince que deben faltarle sin más interrupcion que la indispensable para tomar alimento y pienso su caballo. El cambio de potro, la hora que es y su prisa confirman esta idea. Muy bien, reviento ó todos dormiremos mañana por la noche en la torre de Altacima; unos dentro y otros fuera; pero tan cerca estaré que no he de perderla de vista un instante. ¡Ah, Magno mio, mucho te debo, mas te estoy pagando y no me pesa! Lo terrible será si no llego ó me acerco tarde. ¡Qué pensamiento tan horrible! ¡Huye de mí! Con medio jarro de vino apagaré tu fuego.

Y prosiguió cenando. De pronto oyó las voces que daba Jonás pidiendo su caballo, y las del posadero que le decía:

—Se ha perdido el bocado; tened un poco de paciencia que ya parecerá.

—¡Maldito, romperé tu cráneo con una bala si tardas más!

—No es para tanto, señor; bajad que pronto estará corriente la bestia.

Después entró en el cuarto de Melenik, añadiendo:

—¿Acabásteis?

—No.

—Ese hombre es una fiera.

—No lo hay más cobarde en todo el universo.

—¿Oís sus voces? Va á despertar á todos los viajeros.

—Que aguarde.

—¡Por San Rafael, mi patron!

—Te vale esta cena siete ducados. ¿Pagó él lo mismo?

—No, señor; ni un maravedí dió de propina.

—Pues entónces que espere.

—Se conoce que marchó á la cuadra.

—¿Preveniste al mozo?

—Tengo el bocado en mi cuarto. ¿Oís? Ya vuelve. Me llama.

—Cierra esa puerta y que grite.

—Pues que grite. ¿A dónde vais?

—Cerca de aquí. ¿Se halla léjos la torre y posesion del marqués de Altacima?

—No las conozco.

—Toma los cinco ducados que te faltan, y con calma busca el bocado y entrega el caballo á su dueño.

Salió el posadero, Melenik concluyó de cenar, y cinco minutos después seguia á Jonás, yendo el caballo de aquel al trote. En cuanto hubo amanecido picó Alaejo á su cuadrúpedo, sin parar hasta Venta Quebrada. Allí mandó dar pienso y, tomando él un ligero almuerzo, comenzó de nuevo á trotar y á correr.

Melenik se habia quedado muy atrás, y sólo tuvo tiempo de beber un vaso de agua y vino. Ambos continuaron hasta Monovar.

Nuestro georgiano llegó á este pueblo un cuarto de hora después de haber salido Alaejo; así es que no pudo detenerse nada. A las tres de la tarde entró en Monforte en el mismo ó peor estado que en Yecla; sus fuerzas iban cada vez debilitándose más. Preguntó á vários del pueblo, hasta que uno le indicó la posada en que se hallaba Jonás comiendo tranquilamente.

—¡Tengo otra vez calentura!—exclamó el georgiano con dolor.—¡Y ahora no puedo dormir! Ese hombre continuará en breve y me veré obligado á seguirle sin comer. ¡Oh, las viandas aumentarian la fiebre léjos de disminuirla!

Y se tendió cerca del hogar, permaneciendo así hasta que Jonás mandó que le ensillaran el caballo. En ese instante pidió Oton una taza de caldo y vino, los que bebió, exclamando:

—Es el único alimento que puede resistir mi estómago. ¡Ay; cuando estamos para llegar desfallezco! ¡Qué modo de correr, qué angustias; cómo estallan mis venas! ¡Ya sale ese condenado! ¡Dios mio, Dios mio, protegedme!

Y partió él tambien, yendo en situacion lastimosa. De pronto dijo sorprendido:

—Se ha dejado el camino real y toma una vereda estrecha y tortuosa. Sí; la que me dijo Roque. Trota, y yo apénas puedo moverme. ¡Otro esfuerzo, Melenik, el último! Me incomoda este peso; pues fuera.

Y sacando el pañuelo y dinero arrojó el tabardo, continuando sin la molestia que le producia aquel. Habia escondido su puñal entre la ropilla, guardado el dinero que llevaba suelto en los bolsillos de sus gregüescos, y con el pañuelo se quitaba en estos instantes el abundante sudor que corria por su frente.

—Debemos estar ya,—se decia,—cerca de la costa; me lo indica, entre otras cosas, el cambio de temperatura, lo que calienta el sol de este país y la vegetacion que miro de frente. No veo á Jonás, pero consiste en la pendiente por que voy. ¡Ay, parece que mis huesos están fuera de su sitio!

Una hora después volvió á exclamar:

—¡El Mediterráneo! ¡Yo te saludo, delicioso mar; tu vista y las brisas que me mandas han ensanchado mi espíritu; hasta parece que han alentado mis decaidas fuerzas! ¡Qué diferencia de cuando yo cruzaba en el *Dragon* de mi Magno sobre esas ondas, sin temor por el presente y halagado por el porvenir! ¡Qué dichoso era y qué infortunado ahora! ¡Cuando estoy tan cerca ya del único ser que amo en la tierra, cuando me hallo próximo á arrancarlo de su oscura prision, entónces me acomete despiadada, horrible y cruel esta debilidad mortal, esta calentura que hace hervir mi sangre! Allí veo agua.

Y cayó de rodillas junto á un arroyo, bebiendo con voracidad.

—¿Y Alaejo?—dijo levantándose.—Lo perdí otra vez, pero lo motiva el declive del terreno. Correré: quiero morir reventado ó llegar á esa torre. ¡Se humedecen mis ojos, arde mi cútis!.. Adelante; no hay otro medio: ¡morir ó llegar!

Era cerca de anochecido; Melenik subió una pendiente con gran trabajo; su respiracion era fatigosa en extremo; sus ojos estaban inyectados de sangre; las lágrimas le corrian por

el rostro á pesar suyo; Jonás galopaba y él, después de cien esfuerzos heróicos, llegó á la cima, exhalando un grito que parecia lanzado por el corazon.

—¡La torre!

Exclamó, cayendo al suelo sin sentido. ¡Infeliz! Concluia de andar, no setenta leguas como él creia, sino ochenta y una en cinco dias, cási sin alimentarse en los dos últimos, con fiebre, estallando las sienes, ardiendo su sangre, y en un estado, en fin, de debilidad cruel, insostenible. Todo cuanto Magno habia hecho por él era poco á pagarle el cariño, lealtad é interés que le estaba demostrando. No hay veinte jóvenes en el universo capaces, á los diez y ocho años de edad, de realizar el viaje que él terminaba en aquel instante.

Media hora permaneció sin sentido; al cabo de este tiempo se incorporó, tornando á exclamar:

—¡La torre de Altacima! ¡La prision de Magno! ¡El infierno con todos sus horrores! ¡El áncora á la vez de salvacion! ¡Ahí estás, Lucifer, con toda tu cohorte; pronto, si Dios me ayuda, será mi puñal la espada vengadora del arcángel Gabriel!

Y se arrodilló, cruzando las manos, hasta quedar en actitud que parecia dirigir triste plegaria al cielo.

CAPITULO XXXI.

Topografía.—La cabaña.—La hija y luégo el padre.—La hija, el padre y Melenik.

Digamos algo sobre la topografía del paraje en que van á ocurrir los nuevos acontecimientos de nuestra historia.

La torre de Altacima se halla situada entre el cabo de Santa Pola y el de Palos, en el mar Mediterráneo, cerca de Cartagena y no léjos de Alicante.

En la época que pasa nuestra historia existen próximas á la mencionada torre otras dos, llamadas la una Torrebella y la otra Torrelamata. En éstas sostiene el rey unas cortas guarniciones que dia y noche velan por la suerte de las muchas familias que en caseríos esparcidos se ven en toda aquella comarca. Está enfrente la costa de Africa, á corta distancia de la de España, y de antiguo vienen los moros haciendo desembarcos que les producen la rapiña en dinero, bestias, hombres y mujeres, que cautivan trasportándolos á su país, quedándose con los primeros, para exigir luégo por los últimos un rescate proporcionado á la clase y condicion del apresado. Muchas de las infelices que caian en poder de los bárbaros iban á parar al serrallo de los magnates, y los hombres que no tenían un pariente ó amigo generoso esperaban, sujetos

con cadenas y condenados á trabajos forzados, el momento en que alguna de las comunidades religiosas dedicadas á este fin reunia la cantidad suficiente para comprar la libertad de los cautivos.

Esa fué la razon que obligó á los gobiernos á levantar y sostener Torrebella, Torrelamata y otros pequeños castillos de la misma índole y en esa costa, aunque á mayor distancia del punto que nos ocupa.

Terminadas las invasiones árabes, las torres fueron abandonadas por sus respectivas guarniciones y se vinieron abajo; resultando que las dos á que ahora nos referimos dieron nombre á los pueblos edificados posteriormente y que hoy se conocen, llamado el uno Torrelamata y el otro Torrebella en valenciano, que traducido es Torrevieja; y ámbos deben su existencia á las charcas ó salinas que forman en la actualidad dos propiedades del Estado.

La posesion de Altacima se halla sobre un terreno accidentado, la mayor parte montuoso, consistiendo su ruin vegetacion en pinos, algarrobos, palmeras, olivos, higueras y otros árboles poco ó nada productivos. El pueblo más próximo es Guardamar, que dista dos leguas, y los caseríos más cercanos no bajan de una, resultando que dicha posesion se halla completamente aislada.

Hay á corta distancia un trozo de terreno que merece especial mencion: es un arenal inmenso, situado entre Guardamar y Torrelamata, que, á imitacion de los desiertos de Africa, son movibles sus arenas; forma el aire con ellas elevadas colinas que corren de un punto á otro, amenazando las propiedades y vidas de los habitantes de este país. Y para que el cuadro sea más parecido al que nos presentan el desierto de Sáhara y otros de Africa, se ven aquí y allá aisladas palmeras que inclinan su frente, y hombres que aún conservan parte del traje, algo del idioma, los cánticos y hasta las costumbres de sus antepasados los árabes, que multiplicaron con árboles y plantas la fértil y deliciosa vega que empieza en la cuenca del Segura y se extiende diez y siete leguas para concluir en

Guardamar, donde el Mediterráneo corta con sus sales aquella magnífica vegetacion. No hay rio en el mundo cuyas aguas estén más aprovechadas ni mejor artísticamente repartidas; son prueba evidente las huertas de Murcia y Orihuela, que forman parte de esa dilatada campiña de diez y siete leguas.

Situada la posesion de Altacima fuera de la vega y á la orilla del mar, contribuyen á hacer más raquítica su miserable vegetacion las muchas sales de que se halla cubierta la superficie de aquel suelo: en cambio tiene abundancia de caza y sus carnes son muy sabrosas, pues sabido es que las plantas nacidas entre esas mencionadas sales producen en el carnero el gusto más agradable de cuantos manjares análogos ofrece al hombre la sábia naturaleza.

Volvamos á Melenik.

Nuestro georgiano resistió á pié unas marchas horribles, y para las que fueron necesarias su incontrastable voluntad y una naturaleza tan fuerte como privilegiada. Así y todo dió vista á la torre de Altacima en un estado de fiebre, debilidad y postracion insostenibles quince minutos más; pero esto le libró de caer en manos de los soldados del marqués, y probablemente de que lo mataran. Desde la prision de Magno sostenia Altacima en el extremo de su torre un vigía que anunciaba en el acto, con un toque de su bocina, la llegada del forastero á la posesion; en el momento era detenido el infeliz que entraba allí por los guardas y llevado á la presencia del dueño de la fortaleza, el cual, de haber cogido á Melenik, lo hubiera sentenciado á que fuera pasto de los peces.

Al distinguir el vigía á Jonás dió el toque de aviso; después creyó percibir otro bulto, é iba á dar la segunda señal, pero en el mismo instante cayó Oton en tierra y el otro retiró de los labios la bocina, tomando al georgiano por un corzo que desapareció de su vista en el momento de presentarse. La media hora que Melenik permaneció sin sentido contribuyó, primero á que el vigía se olvidara de él, y luégo á que se interpusieran entre el uno y el otro las sombras de la noche.

Debilitado el georgiano, ardiendo su sangre por intensa fiebre, rendido, cadavérico, sostuvo sólo dos minutos la postura ascética que habia tomado, y sentándose en el suelo, exclamo:

—¡No puedo más! ¡Dios mio, Dios mio, mi desgracia es tan grande que me impide adorarte, y hasta demostrar mi agradecimiento á la Suma Bondad por el beneficio que acaba de otorgarme, al permitirme siquiera ver esa torre fatal! ¡Allí está Magno, mi Magno; es decir, lo único que amo en la tierra; mi corazon, mi alma; pero en qué estado llego cerca de él! ¡Dios mio, Dios mio, si Tú no me socorres pronto, espiraré! ¡Cuando necesitaba más fuerza, más voluntad, más talento, más valor, más entendimiento, flaquean las potencias de mi alma y desaparecen mis sentidos! ¡Qué carga es la vida para el que nace con mi sino! ¡Padre, Señor, yo vine al mundo, y el autor de mis dias no fué padre, sino un tigre que me vendió como á miserable mercancía! ¡Yo no he conocido, Señor, otro padre que Tú, y si me abandonas seré de peor condicion que el reptil, que al cabo tiene una madre que cuida de él! ¡Brama el mar; esos golpes del agua sobre las rocas los escuchará como yo mi pobre Magno, como yo exhalará un suspiro que formará el eco, y como yo estará pidiendo á Dios misericordia! ¿Será desatendido este duo de los dos séres más desgraciados que existen en la tierra? ¡No puede ser, yo no quiero, no me es dado dudar de la Providencia! Con esta debilidad, con la ardiente fiebre que consume mi vida, falto de vista, de oido y cási de voz, me libraré de las asechanzas de mis enemigos, que son todos los séres que tengo de frente, entre los que voy á vivir, y salvaré á Magno! ¡Pobre existencia mia, alienta un poco; eres ahora la sombra de lo que fué; pero así y todo vales más aún que la de todos esos hombres que obedecen al marqués de Altacima, incluso el amo! Discurriré: tengo delante, y á mil varas de distancia, la torre, negra como el alma de su dueño, fuerte y cruel como la mano de mi destino, altanera como la soberbia; yo te destruiré; la hormiga, castillo inespugnable, tumbará al leon. Y á la derecha

percibo una luz; sale de la cabaña de algun guarda; desde ese enano sitiaré al gigante. Dista sólo doscientas varas. ¡Animo, Melenik, y que Dios sea contigo!

Y haciendo un esfuerzo heróico se puso en pié, comenzando á caminar en direccion de la cabaña. Anduvo cien pasos y se detuvo, volvió á marchar y á pararse; y, cansado de luchar con su propia debilidad, hizo el último esfuerzo y corrió llegando á la cabaña; puso las manos en la puerta que estaba entornada, se abrió aquella, y perdiendo él el equilibrio cayó al suelo, chocando su rostro con el pavimento del hogar.

Una voz de mujer sonora y vibrante, exclamó:

—¡Qué es esto! ¡Un hombre! ¡Favor!.. ¡Cayó en tierra sin aliento; entónces no es bandido ni!.. ¡Se mueve; alza la frente! ¡Qué jóven y guapo; qué descolorido!.. ¡Parece un cadáver!

La que así se expresaba era una jóven de la edad de Melenik, morena, ojos negros y rasgados, negligente, tipo árabe, con esa imaginacion meridional tan buena y comun en las mujeres de aquel país. Sus facciones eran perfectas, y tenía su rostro tal gracia, que al sonreir seducia, fascinaba al hombre. Estaba sola, era hija única de un guarda del marqués, y pronto desapareció de su ser el temor causado por la sorpresa que sintió al ver á Oton.

Al principio retrocedió dos pasos; quiso huir al corral, y no pudo; pero fué tranquilizándose poco á poco, hasta preguntar con viveza al georgiano:

—¿Quién eres? ¿Por qué entras aquí?

Oton se incorporó, y mirándola con interés, acertó á murmurar:

—Soy el vástago perdido en un mundo de ingratitudes, de penas, de dolor, de amargura.

Su voz grata, balbuciente, temblorosa y cortada á intervalos por la debilidad, continuó:

—Soy la desdicha personificada. Y tú ¿quién eres?

—La hija del guarda Leto.

—¿Cómo te llamas?

—María.

—Dame un poco de agua por un ducado ó por caridad; como tú quieras. Tu rostro, campesina, es agraciado y bello; no niegues á tu alma la bondad que parece asomar á tus negros ojos.

—¿Estás enfermo?

—Sí.

—¿Qué tienes?

—En tortura el corazon y entre fuego la carne.

—¿Quién te trajo aquí?

—Mi destino.

—¿Para qué?

—Sábelo Dios.

—Te puedo dar agua y vino, pero huye al momento de mi cabaña.

—¡Si no puedo!

—Has un esfuerzo.

—¡Imposible; me lo impide el cielo!

—¡Si te cogen los del marqués te matarán!

—Poco trabajo les ha de costar acabar con una luz que se apaga ella sola.

—Me das lástima.

—Pues si eso te doy, dame tú agua y vino.

—¿Tanta sed tienes?

—Me abrasa la fiebre.

—¿Qué enfermedad padeces?

—La que produce el haber andado más de setenta leguas á pié.

—¿De dónde vienes?

—De lejanas tierras.

—¿Sin comer?

—Poco y malo.

—¿Eres pobre?

—No; pero en los caminos de todo se carece.

—¿Extranjero?

—Sí.

—¿Cuál es tu patria?

—El mundo. ¿Me das agua y vino por caridad?

—Toma vino y agua; medio jarro, y parte.

—Este líquido empieza á apagar el fuego de mi sangre; ya veo más claro. Ahora puedo contemplar tu perfecto rostro, María; tus ojos negros y hermosos, tus finos labios. ¡Qué buena has sido para mí! ¿Quieres un ducado?

—No.

—¿Y diez?

—Tampoco.

—¿Cuántos quieres, qué deseas?

—¡Que te alejes, infeliz; de lo contrario te matarán!

—No soy cobarde ni temo una muerte que veo hace tiempo blandir su segur sobre mi garganta.

—Tú no eres lo que pareces.

—¿Y qué te extraña? ¡Hay tan pocos hombres que demuestren lo que son!

—Tú te expresas como los señores que yo he visto en Cartagena, miras como ellos y te mueves de la misma manera.

—¡Mucho reparastes, bella campesina!

—Cuando tengo delante hombre ó mujer de esas que gastan sedas, bordados y encajes, no pierdo uno de sus movimientos, y al quedarme sola los imito.

—¿Qué te propones?

—Soñé una noche... Pero no debemos hablar más. Véte, que me compromete tu presencia, y pueden matarte.

—Cierra esa puerta, María, y así nádie podrá sorprendernos.

—¿Me he de quedar encerrada contigo?

—Sí.

—¡Eso nunca!

—¿Por qué? Léjos de atentar contra tí, de ofenderte, ¿qué digo? de molestar al ángel que mitigó mi sed, atravesaria con esta daga el corazon del que osara mirarte mal.

—¡Un puñal!

—Sí; de oro y nácar su puño.

—Véte, que se me representa el sueño y no debo seguir mirándote.

—Cierra, que me consume la fiebre, me mata la debilidad, y para echarme de aquí es preciso no tener corazon, es necesario ser una fiera.

—Mi padre vendrá por la mañana, y Jacinto probablemente esta noche.

—¡Jacinto! ¡El confidente del marqués! ¡Ese miserable!

—¿Lo conoces?

—No le ví nunca, pero traigo su nombre escrito en la memoria y sus hechos grabados en el corazon. ¿A qué viene ese hombre, María?

—Hace tiempo que me persigue con su amor.

—¿Pero tú?..

—Yo, le desprecio.

—Bien; no era posible que tu alma noble y generosa pudiera abrigar simpatía hácia ese malvado. ¡Tú mereces un hombre cuyas manos no estén teñidas en sangre!

—¿Luego ese?..

—Ya te contaré su historia, María; pero cierra la puerta; porque si viene...

—Si viene, te matará; mas no puede salir de la torre; hasta después de acostado su amo permanece encerrado.

—¿Hablas con él?

—Sí.

—¿Aquí dentro?

—No, por el ventanillo.

—Repara que su inmundo aliento puede manchar el brillo de tu hermosura.

—No te comprendo bien; hablas como aquellos grandes señores...

—Acaso me iguale á ellos.

—Pruébame que no eres pobre. ¿Cómo te llamas?

—Manuel.

—¿Puedes hacer lo que te he dicho?

—Sí; aguarda un poco. ¿Ves este cinto? Suspéndelo en tus

manos. Todo lo que contiene es oro; además llevo en los bolsillos...

—¿Ese traje?

—Se lo pedí á mi cocinero.

—¿Para qué?

—Ya te contaré la historia, que es muy larga y ahora me faltan las fuerzas.

—¿Por qué viniste á pié? ¿No tienes caballos? ¿No sabes montar?

—Los tengo de raza árabe, que corren como el viento; jerezanos, que al pisar conmueven el suelo; cordobeses, que miran su sombra; y en mi casa sólo hay muebles de nogal, cedro y seda. ¡Qué si no monto, pregunta! Sobre mi alazan tostado vuelo con más rapidez que el águila. Vine á pié siguiendo á un hombre del que debia ocultarme.

—Ese era Jonás; le ví llegar á la torre tendido sobre un caballo.

—Lo acertaste, María.

—Véte, que se me representa aquel sueño...

—Cuentámelo.

—No puedo, no debo.

—Sé tan amable como hermosa. ¿Soñaste con un hombre?

—Sí, pero...

—Deja que lo adivine y de ese modo no lo dices tú. Era un conde que usaba calzas de seda, gregüescos y ropilla de terciopelo, golilla blanca y rizada, gorra con pluma, ferreruelo negro y airoso, espuelas de oro, espada al cinto...

—¿Quién te lo ha dicho? ¡Pues si yo á nádie se lo conté!

—¡Ay!

—¿Qué tienes?

—A pesar de mis riquezas, de mí título, desfallezco por falta de alimento, por sobra de cansancio y de fatiga.

—Te daré...

—Cierra primero la puerta, que puede venir Jacinto.

—Me compadeces, me interesas, me... No quiero que te maten; ¡eres tan jóven!.. Ya está cerrada.

—Gracias; tú serás el ángel, yo tu protegido.

—¡Qué descolorido estás, qué cansado! ¿Quiéres comer?

—Si tuvieras una taza de caldo.

—Quedó, y te la voy á calentar. ¿Por qué no te sientas en la silla?

—Ignoro si podré sostenerme.

—Entónces te voy á dar una zalea y dos almohadas. Toma, recuéstate en ellas.

—¡Ay! ¡Apénas puedo moverme! ¡Qué bien estoy así!

—¿Qué necesitarás para sanar del todo?

—Poca cosa; algo de alimento y un sueño de seis horas.

—Todo eso puedo darte.

—Gracias, María; vas á ser para mí el ángel de redencion: si así sucede, pronto cesará tu pobreza.

—¿Quiéres pan con el caldo?

—No; échale un poco de vino cuando esté caliente.

—Voy por él.

Melenik se habia recostado sobre la zalea y almohadas; el agua y vino que bebió mitigaron su sed, y el caldo comenzó luégo á herir su debilidad. Un instante después, decia:

—Gracias; me has dado la vida en ese sustancioso líquido.

—¿Qué más deseas?

—Dormir. ¡Ah, se cierran mis ojos, y no obstante los esfuerzos que hago!..

—Pues duerme; yo guardaré tu sueño.

—¡Qué buena eres para mí! La mujer no es en el mundo la compañera del hombre; es su ángel, la egida de su existencia. Tu padre me hubiera despedido de esta cabaña, indignado y feroz; tú me recibes cariñosa, dulce; ¡oh, yo pagaré tus favores!

—¡Aquel sueño!..

—Al despertar yo del que ya empieza á embargar mis facultades, principiará á realizarse el tuyo.

—Pues duérmete pronto, para que no tarde eso.

—¿A qué hora viene Jacinto?

—Después de las nueve.

—Aún no son las siete; llámame á las dos horas.

—Poco es.

—Bastarán para mitigar mi daño, y si luégo me dieras un poco de carne y pan...

—Tengo perdiz escabechada y liebre cocida.

—Tomaré ámbas cosas, pero luégo... Me duermo; perdona, María; desde mañana seré otro hombre.

Y murmurando frases que no pudo comprender la campesina, cerró los ojos, quedando al poco tiempo profundamente dormido.

Nuestro georgiano comprendió, desde el primer momento, que se hallaba delante de una jóven impresionable y de una sensibilidad tan propia de su sexo como necesaria para la realizacion del pensamiento que concibió. El sueño de María, sus ideas elevadas, temperamento, aficion á lo maravilloso como una hija de Oriente, todo esto lo estudió Oton, y en vez de presentarse basto y grosero, cambió de pronto, contrastando sus modales, accion y palabras con el traje que le cubria; era la antítesis de lo que fué en casa de Jonás. Ó nuestro jóven tenía ya tanto talento como Magno, ó la Providencia habia oido su súplica y le protegia en la forma que él le pidió anteriormente.

María le cubrió con una manta, y sentándose luégo á su lado, le miró fijamente.

—¡Qué blanco es!—exclamó.—¡Su cara es la de un noble! ¿Se realizará mi sueño? ¿Será éste aquél? No hay duda. Empieza á respirar de otro modo; se va tranquilizando. ¡Vino tan fatigado, tan enfermo!.. Yo le cuidaré. Iba á morir, y salvándole la vida, agradecido y caballero... ¡Qué hermoso está! Yo no ví hombre que se parezca á este; le daré cuanto quiera; seré su esclava. ¡Ay! ¡Todavía me parece mejor que el de mi sueño!

Y prosigió murmurando y á la vez contemplándole con entusiasmo é interés. Así permaneció dos horas, en cuyo instante volvió á exclamar:

—Ya ha pasado el tiempo que me pidió, y voy á desper-

tarle. Me da lástima, pero es preciso que él coma, se alimente y que yo empieze á ver realizado mi sueño.

Y sin detenerse más, gritó:

—¡Manuel, Manuel!

—Angel mio, ¿qué quieres?

—Despierta y cena.

—¡Qué sueño tan tranquilo y dichoso! Te ví durmiendo, entre una nube, que me alargabas la mano, conduciéndome luégo al eden. Tú no sabrás lo que es esto, pero yo te lo explicaré más adelante. ¿Me has tapado con una manta? ¡Gracias! ¿Vino ese villano?

—No, y lo siento; voy á despedirle para siempre.

—Al contrario; ese hombre nos va á hacer falta, mucha falta, y es conveniente, María, que me obedezcas en todo, si deseas ver realizado tu sueño.

—Por lograr eso daria la mitad de mi vida.

—Pues no has de perder un solo dia de ella, si amable y sumisa haces cuanto te diga.

—¡Te lo juro! ¿Cómo te sientes?

—¡Mejor; la fiebre cede, la debilidad desaparece, y muy pronto podré confundir!..

—¿Qué dices?

—Nada. ¿Me das pan, carne y vino?

—Sí, voy á calentar la liebre, traeré la perdiz y te serviré la cena. Tambien tengo nueces.

—¡Liebre, perdiz! Hija, son extrañas esas viandas en este pobre albergue.

—No lo creas; mi padre es el gran tirador de la comarca; con su mosquete mata á un gorrion. Por las mañanas, cuando está el marqués en la torre, caza para él; pero al terminar deja aquí siempre algunas piezas de las que ha muerto.

—Ahora me lo explico; pero ¿y ese vino tan exquisito?..

—Se lo ha dado, con algunas otras cosas, Jacinto; cuando sale el amo manda él en la torre, y como está haciendo méritos, trata de ganar á mi padre con obsequios y palabras cariñosas.

—Todo lo comprendo ya. ¿Qué vida es la suya? Cuéntame lo que hace tu padre, pues esto es importante.

—Miéntras el señor marqués está, como ahora, en la torre, duerme allí para ayudar á los otros á defender el edificio en el caso de que se acercaran los moros. Se levanta al despuntar el alba, caza, viene aquí y almuerza; se va á la torre, y ya no vuelve hasta las dos, que come, recorre la parte de la posesion que está á su cuidado y se retira cerca de su señor; allí cena y duerme, como te he dicho ántes.

—¿Luego sólo viene aquí dos veces al dia?

—Sí, á las ocho y á las dos.

—¿Qué tiempo permanece?

—Media hora, cuando más una; estoy cási siempre sola.

—¿Tiene buen carácter?

—Habla poco; no se incomoda nunca conmigo, y sirve al marqués con disgusto.

—¿Qué dice de Jacinto?

—Nada.

—¿Y de un preso que hay en la torre?

—¡En la torre! No sé...

—Perfectamente; escondida en tu pobre cabaña todo lo ignoras.

—Mi padre habla tan poco, y como el marqués es tan... No me atrevo á decirlo.

—¡Tan déspota, tan cruel, tan inhumano; mas yo!..

—¡Calla por Dios, que si te oyen te matan!

—Cada vez va siendo más difícil, María; si llego á recobrar mis fuerzas, ¡ay de él y de cuantos le rodean!

—¡Qué mirada, Manuel! ¡Oh, me das miedo!

—Para tí seré un cordero.

—¿Te atreverias con el señor marqués?

—¡Si le cojo en mi camino, ay de él, María!

—¿Es tu enemigo?

—Sí.

—¿Entónces sois iguales?

—No, que valgo yo más que él.

—¡Más que nuestro señor!

—Angel mio, ya humea la liebre y mi estómago desfallece.

—Al instante. Toma; pan tierno que hoy amasé.

—Lo he de hallar sabroso por sólo haberlo fabricado tus manos.

—Acaba esta botella, que si mi padre la echa de ménos le diré que se ha roto.

—El suelo me servirá de mesa.

—¿Por qué no te sientas?

—Estoy mejor así. ¡Ah, por desgracia, todavía desfallezco!

—Pues come y bebe mucho, que ya empiezan á colorarse tus mejillas.

—Lo haré. Esta liebre la encuentro buena.

—Mejor está la perdiz.

—Lo creo.

—No puedo ofrecerte cubiertos de plata como tiene el marqués; ¡somos tan pobres!..

—Acaso dejes pronto de decir eso.

—¿Dios te oiga?

—Todo depende de que tú me obedezcas.

—Tu mirada me encadenó, tu voz, tu rostro... ¡pero, ay, cómo os hablo siendo vos!..

—Continúa tuteándome; sea lo que quiera me igualo á tí, á tí sola. Tu padre y tú ganareis mucho con mi venida; los otros...

—¡Calla, siento ruido de pasos... Jacinto viene!

—¿Puede verme en este sitio?

—No; toma la perdiz, las nueces y cena mucho, mucho.

—Da esperanza á ese hombre; admite su amor y ofrécele recibirlo mañana aquí dentro.

—¡No!...

—Obedece y calla, si quieres que se realice tu sueño. En caso necesario yo te defenderé. ¡Ya esta ahí! Saì al ventanillo.

—¡Ay, con qué disgusto lo hago!

Melenik prosiguió cenando, recostado sobre las almohadas, fija su atencion en las frases de Jacinto.

María abrió el ventanillo, y cubriendo el hueco su cara y manos, preguntó con disgusto á su amante.

—¿Qué quieres?

—¡Brava pregunta!—le contestó aquél.—No creia hallar entre estos pinos y algarrobos una campesina tan desdeñosa ni tan bella. Quiero verte, decirte que te amo, que seas mia y nada más.

—¿Tu mujer?

—¿Qué mayor honra para tí? Soy el confidente de tu señor.

—Lo pensaré, y ¡quién sabe!

—Siempre lo mismo. ¡Abre la puerta!

—Mañana.

—¿Qué dices? Vine decidido á echarla abajo si me negabas la entrada.

—Mañana te la concederé si no me amenazas, si cambias de tono.

—Seré tierno, afable, lo que tú quieras; pero abre.

—No, mañana, si ántes me juras respetar mi virtud, ser mi esclavo.

—¿Quién te enseñó esas frases?

—Las aprendí en Cartagena entre los grandes señores, junto á hombres y mujeres que valen más que tú y que yo.

—No me comprometo á otra cosa que á quererte, á adorarte, á ser tuyo y á que seas mia.

—No entrarás tú en mi cabaña, Jacinto; que al ladron se le cierra la puerta aquí.

—¡Yo la abriré facilmente, voto á cuatro mil legiones de demonios!

—Al primer golpe que dés sonará el caracol, y el mosquete de mi padre te enseñará que soy honrada y que él me ama de otro modo que tú.

—¡Imposible parece que una campesina como tú se exprese tan bien! ¡Oh, me vuelves loco con tu hermosura, con tus palabras! María, ámame como yo á tí, y juraré lo que quieras.

—Eso ya es otra cosa; para que yo crea en tu cariño es imprescindible que tú creas y respetes mi virtud.

—Lo que tú dispongas; pero oiga yo de tu labio que á nádie miras, que por ninguno penas más que por tu Jacinto. ¡Qué cara tienes tan graciosa, qué ojos tan grandes! ¡Yo no sé lo que siento cerca de tí! ¡Te idolatro más que á mi padre, que á mi madre, que al marqués y que al mundo entero! ¿Abrirás mañana?

—¿Juras respetar mi virtud?

—Sí.

—Entónces hallarás la puerta entornada. ¿A qué hora vendrás?

—A las nueve, y estaré junto á tí todo el tiempo que quieras.

—Pues bien; vuelve á la torre, y hasta mañana.

—¿Tan pronto?

—Sí, tengo sueño. Adios.

—¡Ingrata! Yo pasaria aquí toda la noche, y tú...

—Deja que duerma ésta, y mañana será otro dia. Ven dispuesto á obedecerme, y no tendré prisa alguna.

—¡Qué he de hacer si soy un lebrel encadenado á tus plantas!

—Pues parte si es verdad.

—Adios. ¡Piensa en mí!

—Cumpliré tu encargo.

—Yo hasta soñaré contigo.

—Tambien yo.

—¡Adios, corazon mio!

—El cielo te traiga mañana como yo deseo.

El ventanillo se cerró, quedando María pendiente de las pisadas de Jacinto. Cuando dejó de oir el ruido de aquellas, exclamó:

—¡Se fué! Ya podemos hablar los dos, Manuel. ¿Cenaste?

—En este momento acabo.

—¿Te queda apetito?

—Ninguno.

—¿Estás contento de mí?

Oton se puso en pié y le besó una mano, como pudiera hacerlo con una gran señora, contestándola:

—Siéntate á mi lado, mujer hechicera; tú soñaste conmigo, yo te adiviné. Tu virtud, tu talento y la hermosura que el cielo te concedió me encantan. ¡Que si estoy contento de tí, me preguntas! ¡Más aún que de ser rico; más que de haber recobrado las fuerzas, más que de sentirme bueno!

—¿Qué haces con mi mano?

—La estrecho entre las mias; pero si te molesta la suelto.

—Sí; siento una cosa que no me explico.

—Lo comprendo. Hablemos separados, María. ¡Jacinto es un miserable!

—Por tí le dí esperanza; es un sacrificio que me violentó bastante.

—Ese hombre sin religion, virtud ni respeto á nada grande y elevado, no cumplirá el juramento.

—Pero le dije que estará la puerta entornada, y yo no falto á mi palabra.

—Es que yo necesito de ese hombre, María; me hallo cerca de tí, y si se propasa me veré obligado á hundir en su pecho mi puñal.

—Manuel, te quiero demasiado para que deje de cumplir tu deseo. Jacinto vendrá, le exigiré lo que tú quieras, y no osará tocar la tela de mi guarda-piés.

—No comprendo...

—¡Adivina, Manuel, adivina!

—¿Serías capaz de defenderte con mi daga?

—Débil mujer, de nada me serviria contra ese tigre.

—¿Piensas amenazarle con dar la voz de alerta á tu padre, tocando el caracol?

—Lo arrancaria él de mis manos ántes de que yo pudiera avisar.

—Entónces me confundo, y si tú lograras de ese hombre lo que yo necesito, verias la realidad de tu sueño, y yo el colmo de mi felicidad.

—¿Le es dado á ese miserable, como tú le llamas, complacerte?

—Creo que sí.

—Pues le obligaré á que realice tu pensamiento.

—¡El medio, María, dime el medio, si quieres que el alma goce y mi labio sonría!

—Mañana diré á mi padre que me deje su perro, el cual me defiende como pudieras hacerlo tú.

—¿Estás segura?

—Es un lebrel que á una seña mia despedazará al hombre que se atreva á tocarme.

—¡Qué idea tan admirable! La acepto.

—Ya lo creo; como que es infalible.

—¿Te quiere mucho ese perro?

—Lo he criado yo, me sigue á todas partes sumiso y obediente, siendo una fiera para los demás.

—¿Por qué lo lleva tu padre?

—Cuando duerme fuera se lo dejo, segura de que mi *Leon*, que así se llama, lo defenderá del marqués y de cuantos atentaran contra su vida.

—¡María, eres el ángel con quien tambien yo soñé; me vas á hacer el hombre más dichoso de la tierra!

—¿Realizarás mi sueño?

—Si Dios no lo impide, acaso; pero me vuelve loco la manera de expresarte, lo bien que discurres.

—Un tio sacerdote, que murió no há mucho, me enseñó de niña á leer y á escribir. Era pobre, pero me dejó un tesoro en libros, que yo he leido noche y dia, aprendiendo bastante. Mi padre dice que no me parezco á ninguna de la comarca.

—No le engaña su cariño. ¿Te ama mucho?

—Soy su única hija, y le quiero tanto, que me paga hasta con usura. Manuel, me fié de tí...

—No sigas, ángel adorado; yo podré defenderte muriendo por tí, pero nunca, jamás sabria atentar contra tu virtud; la idea sólo me repugna.

—Es verdad; lo leo en tu noble semblante; tú no te pare-

ces en nada á Jacinto ni á los que á él se asimilan. ¿Qué quieres lograr de ese malvado?

—¡Ay, María; deseo mi felicidad, mi dicha, la vida, en fin, que los tigres me arrancaron!

—¡No te comprendo!

—Oye un secreto que voy á revelarte, y él te probará mi cariño, enterándote á la vez de todo lo que necesitas. Vivia yo en Madrid con mi hermano mayor, huérfano él, yo no, porque me servía de padre. Nos habiamos retirado á la corte después de cruzar los mares, ganar batallas sin cuento y ver el mundo en toda su extensa magnitud. Eramos ricos, poderosos; nos servian pajes, criados de librea, y el nombre de mi hermano era acatado por unos, temido por otros y respetado por cuantos le oyeron citar. Solos en nuestra expléndida morada, sin pariente alguno, mujeres ni dueñas, nos amábamos con un cariño que cada dia se multiplicaba hasta lo infinito. Yo gozaba oyéndole hablar, y sentado á sus piés sobre un cojin, me quedaba dormido, apoyada la frente en su muslo. Él, María, separaba mis cabellos de los ojos y me contemplaba con éxtasis amoroso. En tal estado una noche le dan una cita, lo engañan, acude á ella, ¡hasta iba indefenso! y cuatro asesinos le sorprenden, lo hieren y cae al suelo exánime...

—¡Me haces llorar, Manuel! ¿Qué sucedió luégo? ¡Habla pronto!

—Después le sujetaron con gruesa cadena, ligaron sus manos, le pusieron una mordaza y lo trajeron á esa torre en un carro cubierto...

—¿Hará un mes?

—Sí.

—Lo ví llegar. Prosigue.

—Ya en ese maldito castillo lo encerraron en oscura mazmorra y ahí lo tienen, María, sirviendo de diversion y de burla al marqués y á Jonás de Alaejo.

—¿Le podrá salvar Jacinto?

—Sí.

—Pues entónces tu hermano me deberá su libertad. ¿Cómo se llama?

—Magno.

—¿Qué hizo á esos hombres?

—Pegó al uno en la calle y humedeció el rostro del otro.

—¡Los caballeros se desafian!

—¡Cierto; pero ellos no son otra cosa que traidores y miserables asesinos!

—Ahora comprendo tu llegada á pié y en un estado tan fatal. ¿Te sientes bien?

—Sí; recobré mis fuerzas, y áun cuando el cansancio dura, la fiebre acabó y ya es suficiente el sueño para terminar mis males. ¿Podré dormir aquí?

—Sí, en la cama de mi padre; recuerda al entrar en ella el puesto que ocupas.

—Me encanta tu virtud más que la belleza y talento que el cielo se dignó otorgarte.

—¡Gracias! Voy á prepararte el lecho; te encierras luégo, y duermes hasta que yo te despierte mañana.

—¿Y si tu padre quisiera entrar en su alcoba?

—No lo hace nunca; pero, con objeto de evitar una desgracia debida á la casualidad, yo me quedaré con la llave, y si me oyeras hablar fuerte sales al campo por la ventana.

—Muy bien.

—Vuelvo, Manuel.

—Te aguardo, María.

Salió aquella, y Melenik comenzó á pasear, murmurando:

—Me voy sintiendo cada vez mejor; todo era debilidad y cansancio. ¡Gracias, Dios mio! *Nunca es tarde si la dicha es cierta,* dice el adagio, y en la ocasion presente todo lo daré por bien empleado si llega como la espero. Desde que desapareció Magno me está diciendo el corazon que soy yo el hombre destinado á salvarle; y no miente, no: su modo de latir, esa mujer, mi viaje, Jacinto, ¡oh, le salvaré!

Y siguió meditando, hasta que María le interrumpió, diciéndole:

—Manuel, cama limpia y lo mejor que puede presentártela una pobre campesina.

—Gracias, deliciosa criatura. Si me lo permites voy á dormir, que estoy rendido. Dame esa luz, cierra y quédate con la llave.

—Sosiega mucho, que yo voy á soñar. ¡Adios!

—Permíteme que ántes bese tu mano. ¡Adios!

Oton colgó el candil en un clavo que habia á la cabecera de su cama y se acostó, apagando la luz.

—No estoy mal,—murmuró;—el colchon es blando y la voluntad de la dueña encanta; es una perla María, digna de mejor suerte. Yo no podré unirme á ella; mi voluntad es la de Magno, y al aristocrático señor le ofenderia esa boda, hija sólo del agradecimiento por parte mia. En cambio realizaré el sueño de esa mujer, haciéndola rica y otorgándole mi proteccion. ¡Oh, no creí encontrar tan de pronto un auxilio como el hallado; la Providencia vela ya por mí, en cuyo caso debo dormir tranquilo, sí, muy tranquilo! ¡Dios mio, Dios mio, misericordia para mi pobre Magno, para mí, huérfano, desamparado y peregrino errante, sin patria ni otro mundo que el de la pena, amargura y duelo!

Y murmurando se quedó dormido. Poco á poco fué desapareciendo la calentura; sus músculos adquirieron la elasticidad perdida, y á las cuatro de la madrugada, en que aún dormia, se hallaba en su estado normal.

CAPITULO XXXII.

María y Oton.—Ella, su perro y Jacinto.—Sorpresa.—Todo puede ganarse.

A las siete de la mañana abrió los ojos Oton, dejándole un sueño que le habia dominado más de ocho horas sin interrupcion alguna. La voz de María le despertó; la casta jóven cantaba en este instante un aire del país, aclimatado allí por los árabes; Melenik abrió un poco la ventana que tenía á la derecha, exclamando:

—Me siento bueno y tan fuerte como al salir de Madrid. ¡Bendita sea la Providencia! ¡Entra, radiante sol, y se el presagio de mi felicidad futura! ¡Qué temperatura tan agradable tiene este país! Aquí empieza la primavera en Febrero. Me vestiré; allí veo agua y un paño que puede servir de tohalla. ¡Bien! ¡Canta, María, canta; tu dulce voz conmueve las fibras de mi corazon; puede que pronto riamos los dos, y en el mismo instante comiencen á llorar los malvados! ¡Qué veo! Allí está la torre con su muro, puente y breñas que la hacen inexpugnable; allí no se entra con mi puñal; allí ès inútil el valor; allí se estrellan la virtud, el heroismo; allí sólo imperan el vicio, la maldad; pero allí penetrará mi espíritu en alas de

la intriga y un mentido amor. ¡Magno, cuánto daria por verte! ¡Tan cerca de tí!.. ¡Esta idea destroza mi alma, la martiriza!.. ¡Pero estoy bueno, bueno, y eso quiere decir que un ejército aguerrido sitia la torre! Entornaré más la ventana; no quiero verla, que enciende mi sangre y sería capaz de obligarme á lo que no debo hacer.

Cuando se hubo vestido y aseado se sentó en una silla de morera y soga, quedando en actitud de meditar.

Más tarde oyó llegar al padre de María y escuchó. El recien venido dió á su hija dos conejos, una perdiz, y se despidió de ella, diciéndole:

—No almuerzo, María; me aguarda Jacinto, y áun cuando me desagradan los obsequios de ese hombre, es el confidente del marqués y no quiero disgustarlo.

—Pues parece bueno.

—No lo creas, hija.

—Estad amable con él, siquiera por lo que representa. ¿Vendreis á comer?

—Sí.

—Mucha caza llevais.

—Salí temprano y aproveché el tiempo.

—Esta tarde me dejareis á mi *Leon*.

—Bien; mas no comprendo...

—Tuve miedo, y estando él me encuentro siempre tranquila.

—Que se quede ahora.

—No, á la tarde; pero no falteis.

—A las dos te pediré la comida.

—¡Id con Dios, padre mio!

Salió Leto, padre de María, pero la jóven prosiguió cantando, sin cuidarse, al parecer, de nuestro georgiano; éste volvió á entreabrir la ventana, fijándose en el guarda. Era un hombre alto, grave, de fisonomía expresiva, presentándose, por lo general, taciturno y triste.

—¡Bien!—exclamó Melenik, retirándose de la ventana.—Le ví solo de costado y por la espalda, y me gustó su talante

y actitud. No me parece que ese hombre ha de estar satisfecho de su señor el marqués de Altacima. Pero ¿y la ingrata María? ¿Se habrá olvidado de mí? Ahora cierra la puerta y me llama. ¿Qué quieres, sublime campesina?

—¿Estás vestido?

—Sí.

—Entónces abro.

—Gracias. Jamás tuvo prisionero alguno una carcelera con ojos tan negros y rasgados, ni con un torrente de gracia en el rostro como el que miro en el tuyo.

—Continúa: ese lenguaje me encanta.

—Tú no has nacido, hermosa mia, para vivir escondida junto á la madriguera del gazapo.

—Eso me digo yo.

—El conde Divari te arrancará de estas breñas para trasportarte á un pueblo donde te admiren los hombres y te envidien las mujeres. Flor silvestre, pero hermosa y lozana, irás al bello pensil para brillar entre las rosas fragantes.

—¡El conde Divari! Ese será tu hermano.

—Ese soy yo; Magno vale más que todos los condes y marqueses de Europa.

—Ahora que no te molestan la fatiga ni el cansancio, que sanaste, veo al conde efectivamente; el fuego de tus ojos, la blancura del cútis, la arrogancia y tu figura, todo dice que ese traje no es propio de señor tan principal.

—No te has equivocado, María.

—¿Cuándo llevará el conde al pensil, la flor que mustia inclina la frente en el desierto?

—En el mismo instante en que se salve mi hermano.

—Pues lo hemos de conseguir muy pronto; si Jacinto puede libertarlo, acaso le vea junto á tí mañana. Venid, señor conde; la rosa silvestre no puede ofreceros rico festin; en cambio dará á Manuel huevos frescos y jamon frito, fruta seca y una botella del buen vino. ¿Aceptas?

—Con mucho gusto. ¿Almorzarás conmigo?

—¡Claro es, si no te desdeñas!

—No, ángel mio; tengo á dicha hablar contigo, comer á tu lado y devolver diez miradas por una sola de tus negros ojos.

—El almuerzo se enfria, Manuel.

—¡Me enorgullece haber encontrado en el campo una jóven que me comprende, que me adivina, y tan graciosa, tan bella!..

—El jamon espera, Manuel.

—¡Tú eres digna de un hombre rico, elevado, á quien puedes hacer dichoso! Esta mañana me hubiera encantado tu voz si ántes no lo hiciera tu rostro.

—Que se enfria el almuerzo, señor conde.

—Tu aliento me agrada más que el olor de esas viandas; tu acento satisface...

—En torno de la mesa tendreislo todo.

—Pues vamos á la mesa si allí nada me falta.

—Vamos.

—Están bien fritos los huevos, el jamon en su punto.

—Sí, pero el cuchillo tiene mango de palo y el tenedor es de madera.

—El oro no vale tanto como el olivo, si éste conserva el calor de tu mano y aquél no lo tuvo nunca.

—Pan duro, amasado y cocido ayer.

—Voluntad tierna, corazon dulce, compañía celestial.

—Sólo un postre de nueces al que estará acostumbrado á cien.

—Nunca asistí á banquete donde hubiera luces que brillaran como tus ojos, ni sonrisa tan seductora como la tuya.

—Buen apetito demuestras, y me complace que así sea.

—Aquel conde, hija mia, que tuvo en la corte pajes y criados, divanes, molduras de oro, trenes y mesa de rey, anduvo á pié más de setenta leguas, comió en las posadas, descansó en un pesebre, y tanto sufrió que halla excelente cuanto tú le ofreces.

—¿Será posible que un dia vea yo esa corte donde residen el rey y los grandes señores de España?

—Sí, en cuanto salga mi hermano.

—¿Podré habitar una casa espléndida, con paredes y suelo tapizados, con muebles de seda y nogal, con cuadros en vez de estas pobres estampas de papel?

—Sí, en cuanto salga mi hermano.

—Yo soñé que iba perdiendo de vista poco á poco esos diseminados pinos, los anchos algarrobos, la triste higuera, la elevada torre, y que ya no percibia el continuo bramar de los mares. Me hallé luégo en una poblacion grande, entre palacios, carrozas, señores de garbo gentil, damas cubiertas con ricos y caprichosos mantos, y los piés, que aquí están encerrados entre cáñamo ó esparto, allí los adornaban terciopelo, espuela de oro ó hebilla del mismo metal.

—Verás todo eso y más aún de lo que no pudiste adivinar.

—¿Cuándo, Manuel?

—Cuando la traicion sucumba, cuando la virtud resplandezca, cuando del malvado Jacinto haga la Providencia un instrumento reparador de la infamia.

—Esta noche entrará en mi cabaña enamorado y tierno; espero que salga terrible y dispuesto á ser el instrumento que acabas de citar.

—Para lograrlo es necesario que te cubras con tus mejores galas, que tu peinado sea gracioso, que tu mirada abrase, que seduzca tu voz y que encanten las esperanzas que vierta tu labio.

—¡Ya!.. Todo lo haré.

—Si tu perro no bastase, mi puñal suplirá su falta. Estaré cerca y nada debes temer, María.

—Vas dando fin del jamon, Manuel; voy á traer una perdiz escabechada.

—No; tengo bastante y jamás fuí gloton.

—¿Qué vas á hacer miéntras yo dispongo la comida é ínterin me visto y arreglo después?

—Escribiré una carta, puesto que ví papel y tintero en la alcoba de tu padre.

—¿A quién se la diriges?

—A un embajador rico y poderoso.

—¿Quién la llevará á su destino?

—Tu padre.

—¿Cuando, Manuel?

—Cuando salga mi hermano, María.

—¿Qué se propone en ello el señor conde?

—Que tengas un protector en Madrid ínterin yo no pueda serlo.

—¡Luego me abandonarás!

—Por algun tiempo, sí.

—¿Qué causa?

—Una venganza, María, tan justa como sangrienta. ¡Las lágrimas con que yo he regado el suelo, los suspiros que exhalé dia y noche, brotarán sangre humana que correrá á torrentes!..

—Te pueden matar, Manuel.

—Cerca de aquí, al doblar ese cabo que hay á la derecha, existe una antigua y populosa ciudad, cuyo puerto está sembrado de cañones; todos son de mi hermano. Bastará una señal suya, un movimiento de su poderosa diestra, para que vomiten balas sin cuento y destruyan hombres, palacios y castillos.

—Y en esa lucha tan sangrienta y cruel, ¿no peligra tu vida?

—No; que una y cien veces las presencié y siempre triunfó mi hermano, y siempre salimos ilesos.

—¿Y luégo, Manuel?

—Al terminar mi venganza me hallarás en Madrid, María.

—¿Cómo, señor conde?

—Ya lo has oido: conde, rico y poderoso.

—¿Ante mí te presentarás conde, rico y poderoso?

—¡Ah!.. No, ante tí seré lo que ahora.

—Explícate algo más, Manuel; yo te lo suplico.

—María, hoy está mi corazon en una mazmorra de esa torre; allí se encuentra mi alma; hácia aquel punto se dirigen todos mis pensamientos, y, huérfano, pobre, sin ideas ni otra

cosa que una vaga esperanza, nada poseo aquí, nada puedo ofrecerte ahora.

—¿Cuándo, Manuel?

—Cuando salga mi hermano, María.

—Pues si en la torre está la llave que encierra tu porvenir, tu felicidad, tu dicha y la mia, como Jacinto la tenga, yo se la quitaré para entregártela.

—Acabo de conocerte, María. Esa mirada, tu acento poderoso y firme me han dicho quién eres, lo que vales, y que bastará una sola probabilidad para que tú arranques á la suerte el éxito de mi empresa.

—Pues estamos iguales, Manuel; no há mucho, cuando tú hablabas de Cartagena, de su puerto, de los cañones y de las batallas, ví yo al conde Divari como lo habia soñado, valiente, altanero.

—Durillo va estando el pan este, pero sazonado con el sudor de tus manos, lo hallo tan sabroso como el pedazo de nuez que acompaña al bocado.

—Bebes poco.

—Me encuentro fuerte ya, y no necesito de ese líquido para nada.

—¡Qué cambio diste á la conversacion!

—Sí, me distraje; una idea triste y agorera, ¡ay! absorbió mi ser y martirizó mi alma.

—Cuéntamela.

—¿Oyes ese ruido?

—Sí, lo producen las olas.

—¿Percibes el canto de las aves marinas?

—Tambien.

—¿Y los silbidos del aire?

—Los oigo, sí.

—¿Notas qué conjunto forman los tres tan tétrico y desagradable? Pues hacen coro con ellos los ayes de un infortunado que, sujeto con gruesas cadenas, gime bajo la fosa de la mayor desdicha humana.

—¿A qué entristecerte por eso? Condena al olvido el pa-

sado y el presente, fíjate en el porvenir, y me verás rompiendo, triturando el hierro que liga á ese desgraciado.

—Acabó el almuerzo; el agua de este país es muy mala, María.

—¡Hay tantas cosas malas aquí, que lo ménos notable es el agua!

—La zona de Torrebella se apellida ésto, y bien pudiera llamarse de *Torreinfierno.*

—Mezcla el agua con vino...

—Y de dos cosas malas saldrá una detestable. Ya lo hago y bebo, que peor brebaje le dieron á Jesús enclavado en un madero. Allí, sobre el Gólgota, encontré una María, Madre del género humano...

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que aquí hallé otra; pero aún no sé lo que será.

—¿Dudas de mí, Manuel?

—¡Ay; sólo me conoces y tratas unas cuantas horas!

—Te equivocas: soñaba contigo, te veia... Hace más de un año que... que hablo contigo y te estimo tanto... tanto que obligaré á Jacinto á lo que tú quieras.

—Veo con placer que tienes la cabaña aseada, limpia, y que hasta la tarde nada te resta que hacer.

—Me falta preparar tu alcoba para la noche; pero esa es cuestion de pocos minutos.

—Pues hazlo, vuelve y continuaremos hablando.

—Te obedezco, y no tardaré.

—Esta mujer,—se dijo Melenik quedando solo,—es digna de otra suerte de la que el destino le reservaba en esta playa árida y desierta. Tiene buena imaginacion, comprende fácilmente, es despejada, graciosa, pero ardiente, apasionada, y no quiero, no debo aumentar sus ilusiones de modo que pudiera en lo sucesivo verla desgraciada. Por esa razon me halló de continuo obligado á cortar su conversacion para variar de tema, pues ya está lo suficiente preparada para hacer de Jacinto el instrumento que yo deseo. En todas partes se presenta la naturaleza fuerte y arrogante; así se explica que una

pobre muchacha, abandonada desde su infancia, sola y errante entre los árboles de esta comarca, pueda expresarse con el calor y entendimiento que ella lo hace, puedan despedir sus ojos un fuego tan irresistible; si mi permanencia aquí se prolonga, llegará á ser crítica mi situacion.

—¿Qué murmuras, Manuel?

Le preguntó María entrando.

—Nada. ¿Acabaste?

—Sí.

—Di, María, ¿qué gente hay en la torre de Altacima?

—El señor marqués, los cuatro guardas, seis soldados y cinco sirvientes, todos armados y en disposicion de defenderla.

—¿Y cuando el marqués no está en ella?

—Entonces viene á habitarla D. Guillen con su familia, quedando siempre los seis soldados, que á la vez hacen de labradores, y cuatro guardas.

—¿Quién es D. Guillen?

—Un antiguo mayordomo que hace de alcaide. Cuando el señor no está, las familias de los guardas dormimos allí.

—¿Por temor á bandidos?

—No; á los moros que desembarcan y hacen cautivos á los que cogen.

—¿Los viste tú alguna vez?

—Várias; venían vestidos de blanco, con capucha, bigote, barba, y eran muy feos.

—¿Atacaron la torre?

—No se atrevian; llegaron cerca, pero al ver sus muros retrocedieron asustados. Iban en retirada, porque ellos desembarcan de noche, roban, y al amanecer escapan con el botin.

—¿Suelen venir muchos?

—Más de cincuenta.

—¿Salen los de Torrebella en persecucion de ellos?

—Al instante, y en más de una ocasion mataron á muchos, haciendo á otros prisioneros.

—Aislados como estais aquí, ¿de qué modo haceis provision de lo necesario para el sustento de la vida?

—Todos los sábados salen dos hombres con caballerías y van á Guardamar por lo indispensable para la semana.

—¿Y la carne?

—Sólo la tenemos domingo y lúnes; pero mi padre y yo suplimos esa falta los dias restantes con la abundante caza que hay en el bosque.

Nuestros dos jóvenes continuaron hablando de cosas indiferentes unas veces, otras de lo que convenia á Melenik, hasta que, llegada la hora, se retiró Manuel á la alcoba de Leto y ella se dedicó á hacer la comida de los tres.

Después de la una llegó el padre, acompañado de un enorme perro mestizo, y tan bien enseñado que servía lo mismo para la caza que para defender á sus amos. El animal se adelantó en busca de María; pero al entrar comenzó á gruñir, olfateando á Oton. La jóven lo comprendió así y le hizo várias caricias, mirándole fijamente y diciendo:

—¡Calla, *Leon;* yo te lo mando!

Y el perro cesó, comenzando á lamer las manos de su ama.

—¿En qué te ocupas, hija?

Preguntó Leto entrando.

—Aguardo, padre mio, que concluya de hacerse la comida.

—Toma esas dos botellas y ese encurtido.

—¿Quién os ha dado esto?

—Jacinto. Por cierto que no puedo explicarme sus atenciones y cuidados para conmigo. Desde el dia aquel que te vió en la torre... ¿Viene por aquí?

—No penseis en él, padre; tomad ó no sus regalos, pero en cuanto á vuestra hija, estad tranquilo respecto de ese hombre.

—María, es intencionado, sirve al marqués en todo cuanto le manda, vino de Madrid y lo creo capaz de cualquier atentado ruin y miserable.

—Sí, pero en esta cabaña no logrará otra cosa que ver destruidas sus ilusiones, en caso de formarlas.

—Bien; yo no debo indisponerme con él, pero soy preca-

vido, y desde este instante te vas á quedar con *Leon* hasta que ese hombre parta.

—No es mala idea.

—Ese animal te quiere tanto, que podrá defenderte como yo. Por cierto que Jacinto le hace caricias, y él las recibe siempre gruñendo.

—No me extraña; tiene mi perro un instinto privilegiado, y le sucederá con el madrileño lo mismo que á nosotros dos.

—¿Estará ya la comida?

—Creo que sí. Sentaos. Tú, *Leon*, á sus piés.

Algo más tarde comian padre é hija, preguntando ella mucho y contestando él con monosílabos, pues Leto no era hablador.

—¿Quereis algo más?

Le preguntó María.

—No.

—¿Un pedazo de ese encurtido?

Guárdalo para tí; yo comí ya lo suficiente.

—Ahora tú, *Leon*. Ven aquí. Padre mio, ¿no os cansa vuestro oficio de guarda?

—¡Vaya una pregunta!

—Lo digo porque traeis una vida tan penosa y molesta...

—Tu abuelo hizo lo mismo, yo me he acostumbrado, y áun cuando no fuera así, la necesidad me obliga á inclinar la frente.

—¡Quién sabe! ¿Iríais de buena gana á Madrid?

—Sí, me gusta mucho ver tierras; y allí que están el rey, la corte, los grandes señores, los obispos... pero no lo lograré nunca.

—Tened confianza en Dios; los que son buenos como nosotros, tarde ó temprano logran lo que se proponen.

—No tenemos, hija, ni la más remota probabilidad de variar de estado; aquí nacimos y aquí moriremos.

—Puedo yo casarme con un hombre que me quiera mucho, que sea otro su modo de vivir, y yo no pienso abandonaros nunca.

—¡Ilusiones, sueños que no verás realizados jamás!

—Pero si se cumpliera mi deseo, ¿vos me seguiríais con placer?

—¿A Madrid?

—Sí, señor.

—Desde luégo; ¡con una alegría!.. Mas olvida cuentos que perjudican á las jóvenes como tú. Me marcho; que hay un forastero en la torre y me mandó á decir el marqués que estuviese fuera lo ménos posible. ¿Te he dicho que se halla enfermo?

—No.

—Hace cuatro dias que está en cama, pero esta mañana le ví y me dijo que se encontraba mejor. Adios, María. Si algo te aconteciera toca el caracol tres veces seguidas.

—Ya lo sé.

—En cinco minutos llego desde la torre aquí.

Leto estrechó á su hija, y cogiendo su mosquete, abandonó la cabaña, perdiéndose al poco tiempo entre los árboles que existian desde aquella á la torre. Su hija permaneció en el portal hasta perderlo de vista. Luégo se entró, cerrando la puerta.

—¿Por qué gruñes tanto, *Leon?*—preguntó al perro acariciándole.—Has olfateado á Manuel, ¿no es eso? Pues bien, es un nuevo amo, al que vas á querer como á mí. Ven conmigo.

Y el animal la siguió, entrando ámbos en la alcoba de Oton. Al principio ladró el *can*, pero luégo miró fijamente á Melenik, concluyendo por lamerle la mano.

—¡Bien!—dijo María.—No me quieres mal cuando mi perro admite tus caricias; las de Jacinto le incomodan. Sal, y te serviré la comida.

—Esta tarde ¿no me acompañas á la mesa?

—Jamás antepondré hombre alguno á mi padre. Contigo el almuerzo, con él la comida. Siéntate. Hé aquí un plato de arroz con conejo, media perdiz, este encurtido, pan, agua y vino. Hoy no te quejarás. Más quisiera ofrecerte, pero no hay

en una legua á la redonda quien tenga medio de mejorar esta comida.

—¡Qué arroz tan sabroso! ¡Nunca lo probé igual!

—Dicen eso los forasteros, y consiste en que aquí lo condimentamos mejor que en vuestra tierra.

—Es un plato que no desdeñaria el Gran Señor de Oriente.

Oton comió con buen apetito, distrayéndose á menudo con la idea que le embargaba desde el momento que prendieron á Magno.

Llegó la noche, continuando aquél sus preparativos para que María formara de Jacinto un instrumento capaz de libertar al *Dragon.* Después se entretuvo largo tiempo en hacer fiestas al perro, el cual concluyó por recibirlas sin violencia alguna.

Aún no eran las nueve cuando oyeron las pisadas de Jacinto que se acercaba. Melenik hizo la última advertencia á María y desapareció del hogar, encerrándose en su pequeña alcoba.

—¡Qué dia tan largo,—exclamó,—tan terrible! ¡Estar cerca de Magno, ver su prision y hallarse obligado á esperar horas y horas!.. ¡Maldicion! ¡No puede ser otra cosa! ¿Cómo entro yo en la torre? ¡Imposible! Sólo me es dado hoy aguardar las buenas ó malas consecuencias de esa entrevista. Escuchémosla.

Y se situó cerca de la puerta, aplicando el oido.

María estaba sentada en el hogar, su perro al lado, cuando de pronto se abrió la puerta, apareciendo Jacinto. *Leon* dió un salto para caer sobre aquél; pero la jóven le contuvo diciéndole:

—¡Quieto! ¡Ven aquí! ¡Echate! ¡Calla! ¡Que calles!

El animal la obedeció, demostrando su disgusto en la forma que le era posible.

Jacinto exclamó desde la puerta:

—Ya sabia que Leto te dejó este maldito perro.

—¿Te lo dijo?

—No, pero noté que regresaba solo, y lo inferí.

—Entra, que no te hará nada; ya no se mueve hasta que yo se lo mande; ¿qué es eso?

—Que cierro la puerta, no haga el demonio que alguno se acerque y nos vea solos.

—Me es indiferente.

—¡Te hallo esta noche más hermosa que nunca!

—Me vestí esta tarde y peiné mejor que de costumbre para recibirte.

—Gracias. ¡Maldito perro!

—¡Calla, *Leon*, ó te castigo más fuerte! Enmudeció; dime lo que quieras.

—Junto á tí, María, siento un placer, una ansiedad... ¡Imposible parece que en este país exista mujer como tú! ¡Creo que te amo, sí, te amo con loco frenesí! ¿Me dejas tu mano?

—Eso no; esta hay que llevarla ántes á la iglesia para que haya hombre capaz de decir con verdad que es suya. Debias conformarte con que yo te indicara solamente que te queria.

—¡Imposible! Yo necesito que seas mia sin condicion alguna.

—Mucho te vas acercando.

—Déjame que te contemple así.

—Mientras te concretes á mirarme, bueno.

—¡Si pudiera contenerme!.. ¡Tú no sabes la influencia que ejerces sobre mí, cómo me atraes, me enloqueces!

—Lo supongo.

—¿Y qué te dice el corazon?

—Nada.

—¿Sólo eso te inspiro?

—Eso sólo.

—¡Qué fría, qué ingrata! ¡María, yo no puedo vivir sin tí!

—¡Delirios! Como ántes, pasarás en lo sucesivo.

—Cuando no te conocia, bien; pero ahora ya es diferente: tu mismo desden, esa mirada burlona enciende más mi sangre, me precipita y quiero...

—Cuidado, que levanta *Leon* la cabeza y enseña sus largos colmillos. Este animalito, tan sumiso ahora, tiene bastante con una voz mia para despedazarte en dos minutos.

En las veinticuatro horas trascurridas habia meditado mucho Jacinto sobre la entrevista que estaba realizando, y concluyó por adoptar un plan digno del confidente de Altacima. Se enamoró de María; no le era dado casarse con ella, ni con ninguna otra, sin perder su actual posicion, y claro es que concibió la nefanda idea de saciar su brutal deseo, importándole bien poco la honra y suerte futura de la hija de Leto.

Melenik habia adivinado el pensamiento de Jacinto, y se proponia sacar de él el gran partido á que se prestaba. «Enloquecido, fuera de sí ese hombre, pensaba Oton, es capaz de cometer el mayor atentado.» Y nuestro jóven ilustró lo suficiente á María para que dicho atentado fuera el acto de poner en libertad á Magno. Enamorada la jóven, aceptó cuanto le propuso el georgiano, y comprendiendo admirablemente su papel, lo estaba ya desempeñando con gran conciencia de lo que hacía, sin ninguna en lo relativo á ofrecer á Jacinto lo que no pensó darle nunca.

El confidente del marqués iba preparado lo suficiente para combatir la oposicion de María y hasta la del perro. Así es que en estos momentos daba principio una lucha terrible, cuyas consecuencias no pueden preverse.

Oton miraba por la cerradura; tenía además fijo el oido en lo que decian, y ya empezaba á sentirse agitado, convulso.

—Este hombre,—murmuraba,—es el único que puede salvar á Magno; mas leo en sus ojos, en su actitud, que se propone esta noche cometer un crímen, y de tolerarlo *Leon* no debo permanecer pasivo. ¡Pero ¡Dios mio! si salvo á esa jóven pierdo á Magno! Muerto ó inutilizado Jacinto, no me queda esperanza alguna, no tengo medio de libertar al hombre que me libró de morir, conduciéndome desde la esclavitud á la opulencia. ¡Qué situacion tan crítica la mia! ¿Qué es eso? ¡Miserable!..

Oton habia tirado de su puñal, sus ojos se inyectaron de sangre y ya no veia ni escuchaba nada.

Sepamos qué motiva su terrible estado.

Jacinto iba, como hemos dicho, preparado contra la jóven y contra el perro. Posible es que, apasionado como estaba, de haber podido casarse, lo verificara con María; pero como esto era largo y difícil, se propuso otra cosa diferente, y á esa clase de hombres sabido es que no suele detenerles consideracion alguna cuando caminan en pos de un deseo y la que se opone es mas débil que ellos. A imitacion de su amo, fingió en este momento contener sus ímpetus y, aparentando la mayor sangre fria y sosiego, contestó á la jóven:

—Tienes razon, debo respetar tu virtud, y para lograrlo me siento á este otro lado; es decir, dejando á *Leon* que me separe con su cuerpo de tí.

Y fijó su silla efectivamente al lado del perro, comenzando á pasarle la mano por la cabeza. A la vez prosiguió:

—Yo he podido denunciarte al marqués, el cual, teniendo conocimiento de tu belleza, te hubiera obligado á formar parte del serrallo de alicantinas que hay en la torre. Es señor de horca y cuchillo, el derecho de *abuso* no lo ha prescrito él, léjos de eso lo impone á menudo, y, siendo su voluntad omnipotente en esta comarca, ni tú ni tu padre replicariais ante una órden terminante de nuestro señor. Pero bien comprendes que, estando yo enamorado de tu hermosura, sólo la venganza podia obligarme á denunciarte. Tu padre y sus restantes compañeros te defienden, te ocultan, pero sus esfuerzos serian inútiles si yo hablara, si yo quisiera hablar. Eso nunca; te quiero para mí, soy aquí ántes que el marqués, y esta noche vas á ser mia; mia, que *Leon* está ya inútil.

El malvado, segun hablaba, fingia acariciar al perro. De pronto tapó con la mano izquierda los ojos del mastin, y, sacando con la derecha un bozal que llevaba á prevencion, se lo puso, dejando inútiles sus colmillos y fiereza.

María comprendió la idea de Jacinto, exhaló un grito lastimero, y poniéndose en pié, se dispuso á luchar con su contrario. El confidente del marqués era robusto, habia ejercitado mucho sus fuerzas, y al caer sobre la jóven, la victoria era cierta, segura para él.

—Basta un puñetazo,—se decia él con razon,—para trastornar su cerebro y que quede á mi completa disposicion. ¡Qué noche tan deliciosa! ¡Está más bella que nunca!

María retrocedió hasta la pared; miraba á la puerta que escondia á Melenik, y, comprendiendo la crítica situacion del georgiano, exclamó:

—¡María, Vírgen pura, nádie puede defenderme; ampárame tú!

—No implores la clemencia de los santos,—le contestó Jacinto acercándose pausadamente;—no hay aquí ninguno ni te hacen falta para nada. Bastan mi amor, mi cariño; tú no sabes lo que yo te quiero é ignoras la dicha que te traigo. ¡María!

De pronto se echó sobre ella, cogiéndola por las muñecas; la jóven forcejeó inútilmente, sin lograr otra cosa que caer en tierra, exclamando:

—¡María Santísima!

Jacinto la sujetó con una rodilla. Oton abrió la puerta, pero en el mismo instante *Leon*, que habia permanecido mirando la escena, dió un salto precipitándose en la habitacion donde estaba Melenik.

—Comprendo,—dijo el georgiano ocultándose de las miradas de Jacinto;—tú nos salvas á todos, noble instrumento de la Providencia.

Y quitó el bozal al perro, diciéndole muy bajo:

—¡Defiéndela!

Leon dió otro salto, la puerta se cerró y, después de escucharse un rugido sonoro y terrible, se oyeron dos ayes, seguidos de las siguientes palabras:

—¡Ay, ay! ¡Me mata!

En los momentos en que Jacinto iba á consumar su crímen, clavó *Leon* sus colmillos en la ropilla de éste, lo levantó en alto, arrojándolo al hogar con fuerza sorprendente. A la vez se abalanzó á su cuello, pero le contuvo la voz de María, que le gritaba:

—¡A mí, *Leon*, suéltale! ¡Aquí, á mi lado!

La jóven se habia puesto en pié, y aunque con trabajo, logró que la obedeciera el perro.

—¿Quién le ha quitado el bozal?—preguntó Jacinto incorporándose y algo repuesto del terrible susto que acababa de llevar.—¿Quién? ¡Le mato!

—¡Si das un paso,—le contestó María,—si te mueves, te lo embisto y te despedaza!

—¡No, por Dios! ¡Es una fiera horrible! ¡Ese gruñido hiela mi sangre!

—*Leon*,—añadió la jóven completamente repuesta,—adivina; al ver que peligraba su ama se arrancó el bozal enganchándolo en algun clavo, y eso es todo. Ahora espera un movimiento mio, una señal para arrojarse de nuevo sobre tí. Le enseñó mi padre á que me defendiera de los bandidos, y te ha tomado por ladron: tú sabrás si se ha equivocado.

—¿Me dejas salir? Si me defiendes de él marcho al instante.

—Lo que tú quieras; la accion es disculpable si estás realmente enamorado y ofreces una enmienda sincera.

—¿Me perdonas?

—Sí.

—¡Pero ese perro!..

—Se convertirá en cordero; míralo.

María se sentó, obligando á *Leon* á que hiciera lo mismo, apoyó la cabeza del animal sobre su muslo, y, rodeándole el cuello con el brazo, añadió:

—Ya no se mueve de aquí. Toma esa silla, Jacinto, y á la distancia de dos varas, hablemos.

El confidente del marqués la miraba en estos instantes aturdido, confuso; él estaba agitado, temeroso, en tanto que ella aparecia tranquila, bondadosa, presentándose á sus ojos más bella que nunca. Se le habia soltado el pelo durante la lucha, su rostro estaba encendido, despedian fuego los ojos, y ya no tenía nada de campesina. Jacinto la obedeció maquinalmente, atraido por su mirada, subyugando su pequeñez la majestad de la jóven.

María contaba con una brillante imaginacion; después de lo ocurrido se juzgaba con derecho á todo, y en este momento se disponia á sacar el gran partido que el destino le ofrecia en pro de Melenik, al que ya amaba con la ardiente pasion que suelen hacerlo las hijas de aquel país.

Jacinto le contestó sentándose:

—Te amo, di lo que quieras, teniendo en cuenta que daria gustoso la mitad de mi vida por poseerte.

—No es imposible lograrlo; pero tranquilízate, que estás agitado, y luégo hablaremos de lo que tanto, al parecer, te interesa.

—María, ¿no me aborreces, me has perdonado con sinceridad?

—Sí.

—¿Me lo juras?

—Te lo juro.

—¿No querrás vengarte?..

—Deseo otra cosa enteramente contraria.

—¡Bendita seas!..

—Jacinto, no me conoces y por eso atentaste contra mi honra del modo que acabas de hacerlo: de lo contrario te hubieras guardado muy bien. Oye, y empieza á comprender lo que es y lo que vale la mujer en quien has puesto los ojos. Ya te habrán dicho que tuve un tio cura, el cual me enseñó á leer y á escribir primero, luégo á amar á Dios y á la Vírgen, y después á conocer el mundo y los hombres. Mucho aprendí á su lado, que era señor de talento: me dejó al morir sus libros, los cuales aprendí de memoria, y en las veinte veces que estuve con mi padre en Cartagena, supe lo que era en la práctica la sociedad que mi tio me enseñó en teoría. Tú me viste, y juzgándome una mujer grosera y tan torpe como todas las que hay en estas cercanías, atropellaste, en pos de un deseo, lo más sagrado y respetable que la Providencia pone al hombre delante. Te disculpan tu pasion y la ignorancia en que estabas de quién era yo y lo que valia. Ahora ya es otra cosa. ¿Tengo razon, Jacinto?

—¡Sí, María, y te amo tanto, que soy capaz de casarme contigo!

—No pensé nunca exigir de tí un sacrificio tan grande. El marqués se opondrá...

—Se lo pediré de rodillas.

—Te lo negará, bien lo sabes.

—Buscaré nuevo amo; todo ménos perderte.

—A mí se me gana de otro modo, Jacinto.

—¿Cómo?

—Oye: casado conmigo, trabajando tú, cuidándote yo, y en juego los mil ducados que tengo de dote, podíamos ser dichosos, muy dichosos.

—¡Mil ducados!

—Pero es el caso que el marqués, tu señor, hizo siempre de tí un instrumento bajo y ruin de su capricho.

—Es verdad.

—Casado no le sirves, y te echará de su casa como á un perro que le estorba.

—Verdad es, pero yo...

—Calla y escucha. Jacinto, no has sido tú el primer hombre que atentó contra mi virtud, mas Dios está en todas partes, oye la voz de sus hijos, y su tierna Madre, mi abogada, me defendió en aquella ocasion, como esta noche, si bien el instrumento de que se valió entónces fué más digno y elevado que el de no há mucho. Me hallaba yo en Cartagena, el objeto no hace al caso ni son necesarios detalles. Me hallaba yo en Cartagena, repito, cuando un hombre, enamorado y fuera de sí, como tú, cayó sobre mí, impelido por funesta pasion. Estaba sola, no habia remedio para mí; invoqué el nombre de la Vírgen, se oyó gran estrépito, apareciendo un hombre bello, arrogante y muy caballero. Forzó la puerta del cuarto que me encerraba, y cogiendo á mi enemigo lo arrojó por la ventana. Con el cariño de un padre me alargó su poderosa diestra: «Hija,—exclamó,—nada temas, que te defiendo yo.» Llevaba casco blanco con relieves de oro, la visera alzada, manto de grana, espuelas de noble, banda de capitan, y en su rostro va-

ronil se leian tres frases: valor, generosidad, hidalguía. El guerrero aquél me llevó junto á mi padre, sin que nada le digera al desaparecer. Yo sentí un peso en el bolsillo que me molestaba, toqué, hallando mil ducados envueltos en un papel, con un letrero que decia: «Tu dote; es el premio á la virtud.» Nos volvimos, y escondí mi tesoro debajo de una losa, el secreto dentro del corazon.

—¿Nada referiste á tu padre?

—Nada, que es valiente, ama á su hija y hubiera muerto al infame, caso de no haberse estrellado con la sacudida que le dió el caballero.

—¿Quién era el incógnito, María? ¿Lo sabes?

—Sí.

—Dímelo.

—Su preclaro nombre lo conoce todo el mundo. Se llama Magno el *Dragon*. Bajas la cabeza; el rubor aparece en tu rostro; lo comprendo. ¡Siempre humilló su cerviz el miserable al escuchar el eco de la verdad!

—¡María, yo!..

—Tú eres el infame confidente del hombre más ruin y despreciable que hay en el universo.

—Es verdad; no puedo negarlo; pero con tus mil ducados, con tu amor...

—Calla, que aún no he concluido. En esa torre maldita teneis á Magno, al salvador de mi honra, al dueño de mi vida.

—¿Quién te lo ha contado? Porque tu padre lo ignora...

—¿Qué importa, si es cierto lo que digo? Mi padre y todos sus compañeros lo ignoran efectivamente; pero lo saben el marqués, Jonás, su criado, ¿lo oyes? su criado y otros. Y todos ellos estan perdidos.

—¡María!..

—No me interrumpas, que aún no acabé. Jacinto, pertenecen al capitan Magno mi honra y mi vida; doy ambas cosas por su libertad; al que lo salve se las entrego incondicionalmente.

—¡Incondicionalmente!

—Sí; que vea yo á Magno sin cadenas, libre, sobre la colina que hay pegada al castillo, y vienes aquí, que te recibiré sola; yo misma cerraré la puerta y mi voluntad será la tuya.

—¿Y luégo?

—Luégo te amaré cuanto tú quieras.

—¡Qué tentacion; qué idea!

—El hecho, Jacinto, no es para cobardes ni...

—Sella el labio y contéstame. ¿Qué le he de decir á Magno?

—Nada.

—¿Querrás tú darle la noticia?..

—Al contrario; deseo que viva en la ignorancia de que le he pagado la deuda. De este modo tiene más mérito.

—¡Ah!

—¿Qué me contestas, cómplice y favorito del marqués?

—¡Qué hermosa eres! ¡Qué talento! ¡Oh, déjame pensar esta noche, y mañana veremos!

—Nunca el hombre que vale, que se estima en algo, duda ni vacila al consumar una accion digna, y ménos al recibir una recompensa...

—¿Incondicionalmente?

—Incondicionalmente.

—¿Es decir que si yo pudiera salvarlo por el dia, á la noche?..

—Entónces sería tuya á la media hora, hubiera sol ó tinieblas.

—¿No mudarás de opinion?

—¡Eso, nunca!

—¡Me voy, María, porque estoy loco!

—Ahí tienes mi mano, Jacinto, y hasta mañana.

—¿Me permites que la estreche?..

—Y que la beses.

—¡Ese perro!..

—No se mueve ya, ni gruñe.

—¡Adios, María, te dejo el corazon, el alma!

—¡Adios, Jacinto, te aguardo con los brazos abiertos!

—¡Con los brazos abiertos! ¡Tú! ¡Seré tu marido; seré lo que tú quieras!

—Salva á Magno y me hallarás esclava.

—Eso no, que vales lo increible. Pero ¡ay! ¡Me pides tanto!

—Una accion noble, generosa, digna de un hombre.

—¿Sabes, María, quién es el marqués nuestro señor?

—¡Un cobarde, que busca la traicion para acometer á sus enemigos!

—¡Un poderoso que mata sin piedad!

—¡Un miserable que pronto pagará sus faltas y valdrá ménos que el peor de sus lacayos!

—¡Si descubriera mis intenciones!..

—Huye de él y nada temerás.

—¿Me seguirás tú?

—Al fin del mundo.

—¿Con tus mil ducados?..

—Y lo que podamos ganar con el sudor de nuestra frente.

—María, me has encadenado á tí; nada más te digo.

—Jacinto, eres el único hombre que puede hacerme feliz.

—¡Ese capitan fué generoso contigo, pero tú!..

—Le pago; mi honra y vida le pertenecen.

—¡Las compro, y que el infierno trague á Jonás y Altacima! Cierra la puerta, duerme, que yo velaré. ¡Oh, basta de esclavitud, de obediencia pasiva, de no tener voluntad! ¡A la torre, á la torre!

Y desapareció Jacinto, corriendo con cuanta velocidad le fué posible. Iba apasionado, frenético, loco; la idea de poseer á María absorbió por completo todas sus facultades. Aunque leves, llevaba cerca del hombro dos heridas que vertian sangre, causadas por los colmillos de *Leon*, pero no las sentia ni su corazon le inspiraba otra cosa que un deseo vehemente, agradable, capaz de conducirlo al bien como de precipitarlo al abismo.

María quedó sentada sin accion ni movimiento, vió partir á Jacinto y se cubrió el rostro con las manos como avergonzada.

Leon seguia recostado sobre la falda de la jóven.

Melenik entreabrió la puerta, mirando en torno; luégo cerró la que daba al campo, y se acercó pausadamente á la hija de Leto.

—¿Qué tienes, María?

Le preguntó. Ella fué poco á poco separando los cabellos que cubrian parte de su rostro, miró á Oton, y volviendo á inclinar la frente, murmuró:

—¡Ay! ¡Tengo vergüenza!

—¿Por qué?

—¡Ese hombre estampó en mi rostro sus inmundos labios!

—¡Cara ha de pagar su villana accion!

—Me faltaron las fuerzas. ¡Oh, la lucha era imposible!

—¡Cuánto he sufrido yo tambien, María! ¡Ya estaba el puñal en mi mano, la puerta abierta y mis ojos fijos en el pecho que iba á atravesar, me olvidé de mi hermano, antepuse tu honra á la suerte de ese infeliz prisionero que gime en oscura mazmorra, cuando se me acercó *Leon*, le quito el bozal!..

—¿Fuiste tú?..

—Sí, sobre la cama lo arrojé.

—¡Gracias!.. ¡Pero ese hombre... ese hombre!..

—No pienses en él, María; tu virtud se elevó esta noche tan alta como la de una vírgen.

—¡Sus labios!..

—No lograron empañar el brillo de la casta jóven.

—¿Crees eso?

—Es la verdad.

—¡Mentí luégo tanto! ¡Lo hice por tí, por tu hermano, por vengarme; cuando vuelva á pedir la recompensa!..

—Entónces se encontrará con la punta de mi daga ó la mortífera boca del mosquete de tu padre.

—Eso es. ¿Apruebas mi conducta, Manuel? ¿He desmerecido para tí?

—¿Qué preguntas, María? ¿Estás loca?

—¡Y qué extraño sería, después de tanta emocion, de tanto discurrir!

—Tranquilízate, hermosa niña. Te defendiste del malvado cuanto te fué posible, y luégo, comprendiendo admirablemente las ideas que yo te inculqué, procuraste seducirlo, encadenarlo para que, enamorado y sumiso, te obedeciera. Estuviste sublime; yo, escondido tras de esa puerta, gozaba oyéndote, tanto como sufrí ántes viendo el peligro que te cercaba. Tu calma, tu voz, tu actitud, tus frases, todo era magnífico y tan propio, que parecias un ángel inspirado por Dios. Jacinto salvará á mi hermano, estoy seguro.

—¿Lo crees así?

—No puede ser otra cosa; salió de aquí ciego, enloquecido; capaz era de matar al marqués por lograr el deseo que tú le alientas.

—Entónces todo lo doy por bien empleado.

—¡Oh, qué talento demostraste, qué brillante imaginacion!

—¿Puedo abrigar la esperanza de ver la corte algun dia?

—Basta con lo que has hecho para que lo consigas. Te lo ofrezco solemnemente.

—¿Y tú?

—Yo, hija mia, no sé lo que será de mí ínterin mi hermano no se salve.

—¿Y si Jacinto lo deja en libertad?

—¡Qué pregunta, María!

—¡Tú eres conde!

—María, te juro, si eso sucede, hacerte rica, que vayas á Madrid, que aprendas, que brilles y ser tu amigo siempre.

—¡Mucho es! ¿Te se olvida algo?

—No. Magno es mi padre, mi señor, su voluntad es la mia.

—¡Dices que es tan noble, tan bueno!..

—Es capaz de practicar cien veces la accion que tu le supusiste ántes.

—Los grandes señores rehusan... No importa; salga yo de estas breñas, libre á mi padre de la esclavitud que le impone su señor, asegúrele una vejez tranquila, y eso me basta. Más quisiera, pero la pobre campesina no puede aspirar á tanto.

—Te repito que brillarás y que yo te defenderé.

—¡Ay! Hablemos de otra cosa, Manuel; sé que mi sueño se realizará, pero á medias.

—¡Quién sabe! Tu talento...

—Continúa.

—Deja al destino que nos lleve al fin.

—¿Te sirvo la cena?

—Si tú me acompañas, sí.

—No tengo apetito, mas haré un esfuerzo. Encurtido, pan, nueces y vino. ¿Tienes bastante?

—Sí; pero dale á tu perro su racion.

—¿El primero?

—Sí.

—No hay animal más noble ni valiente. Lleva muertos vários lobos.

—¿Los hay por aquí?

—Muchos; es un delicioso país en el que todo lo malo abunda.

—En cambio eres tú de él, que vales un mundo.

—Deseando estoy dejar esta tierra.

—¡Ay de ella entónces! Se quedará sin el único sol que la haria brillar. Poco es eso para *Leon;* dale más.

—¡Cómo le cuidas esta noche!

—Puede que haya contribuido tanto como nosotros á salvar á mi hermano. ¿Me lo vendes?

—No. Todas tus riquezas serían pocas á pagar lo que yo le quiero. En cambio te lo regalo.

Los dos continuaron conversando hasta concluir su cena, que fué corta y frugal; luégo se despidieron, enamorada ella y encantado él por la brillante imaginacion que demostraba María. Ambos se retiraron á sus respectivos lechos, quedando encerrado Oton, como la noche ántes.

Ya en cama el georgiano, exclamó:

—¡Es providencial cuanto me acontece aquí! El talento de esa mujer, la proximidad de su cabaña hácia el sitio en que yo caí desfallecido, la pasion de Jacinto, la escena de esta

noche, todo, todo parece dispuesto por un poder sobrenatural. Lo malo es que ella se va enamorando demasiado y temo... Pero no; es fuerte, se domina bien, y abunda en su corazon la generosidad. Puedo dormir tranquilo. ¡Otra noche más junto á la torre sin ver á Magno, mas halagado, eso sí, por una esperanza que tiene trazas de realidad! ¡Cuánto estará sufriendo ese infeliz! ¡Qué de martirios le habrán impuesto! ¡Paciencia, Melenik, paciencia! A imitacion de tu maestro, intriga y vence con el talento, cuando no tiene aplicacion la fuerza bruta. Llega el sueño y me vence. ¡Dios mio, Dios mio, no nos abandones!

Y se quedó dormido, permaneciendo así toda la noche y hasta que, muy entrado el dia, oyó golpear en la puerta y una voz que le preguntaba:

—Manuel, ¿estás vestido?

—No, hija; dormí hasta este momento.

—Pues abrevia; la puerta tienes entornada.

Oton se levantó, saliendo á donde estaba María.

—¿Qué hora es?

Le preguntó á la jóven.

—Las nueve.

—¿Vino tu padre?

—Sí.

—¿Almorzásteis?

—Los dos.

—Y de Jacinto, ¿qué oiste?

—Nada; pregunté á mi padre por él, y dice únicamente que le vió ensimismado y triste.

—Bien; piensa en tí y le domina la idea que sacó anoche de aquí. ¿Sabe Leto algo de Magno?

—No; lo examiné, pero todo lo ignora.

—¿Qué dice del marqués?

—Que se levantaba ahora, aliviado por completo de su enfermedad. ¿Almuerzas?

—Sí.

Nuestros jóvenes continuaron hablando de cosas indiferen-

tes hasta el mediodía. Ella procuraba contraer la conversacion al porvenir, en tanto que el georgiano la rehuia con talento, para dejarla encerrada en el presente, concluyendo por referir la historia de las batallas y glorias conquistadas por Magno.

A las doce y media se entró la jóven con objeto de preparar la comida. Melenik, seguido de *Leon*, entreabrió la ventana situada en la estancia que le servía de alcoba, y comenzó á mirar el campo, la torre, el mar, árboles y cuanto tenía de frente. Así permaneció cerca de una hora. De pronto cerró la ventana y se volvió al sitio dode estaba la jóven, gritando:

—¡María, María!

—¿Qué ocurre!

—Jacinto ha salido de la torre y se dirige á tu cabaña corriendo desaforadamente.

—¿Viene solo?

—Sí.

—¿Qué opinas?

—Me da el corazon que nos trae una agradable nueva.

—¡Dios te oiga!

—Escóndete ahí, como anoche, y espera. *Leon*, á mi lado. Eso es.

Un instante después llamaron á la puerta.

—¿Quién?

Preguntó María. El confidente del marqués le contestó:

—¡Abre, abre pronto: soy Jacinto!

—¿Qué acontece?

Le interrogó la jóven franqueándole la entrada.

Llegó aquel sudando, efecto de la carrera que concluia de dar. Su frente se hallaba contraida, su mirada era vaga y sombría, estaba agitado y se veia en su cinto una enorme daga, que no usó hasta entónces. *Leon* se fijó en él sin gruñir; María con prevencion y hasta con miedo.

Jacinto se acercó á la jóven, preguntándole:

—¿Me amas, María, como yo á tí?

—Te dije anoche más aún de lo que debia, Jacinto.

—No es eso. Contesta ahora á mi pregunta, pues ha llegado el momento de decidirse.

—Explícate, hombre. ¡Tu rostro, esa actitud!..

—¡Si no salvo á Magno ántes de una hora, habrá dejado de existir!

—Jacinto, por su libertad doy mi honra, mi amor, mi vida.

—¿Serás mia?

—Tuya.

—¿Tienes efectivamente mil ducados?

—Sí.

—Quiero verlos, es indispensable que me los enseñes.

—Aguarda.

La jóven entró en la estancia donde se hallaba Melenik, seguida de *Leon,* diciendo á aquél muy quedo:

—¡Tu cinto!

—¡Toma! ¡Valor, hija!

—¿Comprendes mi sacrificio?

—Sí, María. Sal, que puede entrar y...

—¡Ay!

La hija de Leto le enseñó el cinto al otro, diciéndole:

—Todo lo que hay aquí es oro; suspéndelo en tu mano.

—No es necesario. María, ha partido Jonás, el marqués está comiendo y marchará al concluir; tu padre no vendrá esta tarde; quédate á la puerta, fijando tu mirada sobre las breñas que hay á la izquierda de la torre. Pronto verás sobre ellas á Magno. Lo llevaré allí, porque en la colina estaba expuesto.

—¿Cuánto tardarás?

—Lo que el marqués en abandonar la torre.

—Cuéntame...

—No tengo tiempo; pero mi plan es infalible. ¿Serás mia?

—¿Cuántas veces te lo he de decir?

—Altacima no volverá en mucho tiempo, acaso nunca. ¡Oh, qué felices vamos á ser!

—Explícate, hombre; yo te lo ruego...

—¡Imposible; si me falta un minuto se pierde todo!

—Entónces vuela.

—¿Nada me das?

—Hé aquí mis brazos. ¡Quieto, *Leon!*

Jacinto estrechó á la jóven, diciéndola al partir:

—Amor mio, fíjate en las breñas; por tí arrostro la muerte. Adios.

Y desapareció, saltando y corriendo como el corzo.

Melenik, que habia oido el anterior diálogo, miró por la ventana, que la tenía entreabierta, viéndole entrar en la torre. Luégo salió, hallando á María con la cabeza baja, triste y como afligida.

—¿Qué te pasa, hija?

Le preguntó el mancebo.

—¡Otro abrazo y otro beso, Manuel! Toma tu cinto.

Oton se lo guardó en un bolsillo de sus gregüescos, diciendo á María:

—Eso no empaña tu virtud; al contrario, sacrificio tan grande te eleva, haciéndote acreedora á una recompensa digna del conde Divari.

—Manuel, ¿no me ves humillada?

—No; cada vez más alta. Espera. Fija tu mirada en las breñas y puerta de la torre y observa, que pronto vuelvo.

—¿Qué vas á hacer?

—Voy á escribir otra carta, que la redactada ayer no sirve. Con la nueva os presentareis al embajador de Venecia. Aguarda.

La jóven le obedeció maquinalmente, miéntras el georgiano escribió lo que sigue:

«Señor embajador: Magno está en libertad y nos dirigi»mos á Cartagena. Debe su salvacion á los esfuerzos hechos »por mí, ayudados poderosamente por la bella hija del porta»dor de este escrito. Entregad al padre cinco mil ducados, ve»lad por ellos y que nada les falte. A esa jóven, cuyo talento »os admirará, le aguarda un brillante porvenir. Visitadla de »continuo, proporcionadle maestros; que se engalane, que su »padre se instruya y que aguarden mi regreso, amparados

»siempre con vuestra poderosa protecion. Sin ella Magno mo»riria asesinado en estos instantes. No debe añadir más vues»tro amigo,=Oton Melenik, *conde Divari.*»

—Ahora,—exclamó nuestro jóven,—el sobre. Si no puedo unirme á ella, recompensaré su heroismo con régia esplendidez. Ya está.

Y salió, preguntando:

—¿Has visto algo?

—No.

—Lee ese escrito y devuélvemelo.

La jóven le obedeció, exclamando al concluir:

—¡Oton Melenik!

—Sí, María, concluyó el fingimiento. ¿Estás contenta de mí?

—¡Ay! ¡Sí; eres muy generoso!

—Hija, ten confianza en Dios, pídele mucho, y acepta gustosa lo que se digne otorgarte. Bastante hicistes por mí, pero juro que no te he de dar motivo para que me acuses de ingrato ni desagradecido.

—Estás trémulo, Melenik.

—No lo extrañes; se acerca el momento y tiemblo, María. ¡Son tan perversos esos hombres!

—Me dice el corazon que se salvará tu hermano.

—Tambien á mí, pero le amo tanto que la incertidumbre y el deseo me asesinan. Nada; sólo se distingue la cabeza del vigía; únicamente se oyen los golpes de esa mar que empieza á picarse.

—Son las dos y el marqués tarda más de una hora en comer.

—¡Horrible pesadez, que tritura el alma y me hace sufrir lo indecible!

Y los dos permanecieron mucho tiempo cogidos de las manos, mirando por el ventanillo. Durante ese período murmuraba Oton palabras incoherentes, demostrando una ansiedad, impaciencia y desasosiego crueles.

Serían más de las tres cuando exclamó Melenik:

—¡Se abre la puerta de la torre! ¡Ay, qué será! ¡Sacan

un caballo del diestro; ahora bajan el puente! María, ¿qué te parece á tí?

—Que el marqués se ausenta, segun dijo Jacinto.

—¿No te habrá engañado?

—No; te repito que el corazon me lo dice.

—Si fuera así, en el momento que venga tu padre abandonais esta cabaña, y perdidos entre los árboles caminais hasta llegar á un pueblo donde os faciliten caballerías. Tomais luégo un guía práctico y entendido que os lleve á Madrid por caminos ó veredas que transite poca ó ninguna gente; ya en la corte preguntais por la embajada de Venecia, y entrando en ella dais la carta á Matcotti. Desde ese instante habrá desaparecido para vosotros todo peligro; pero hasta tanto que llegueis, corred mucho, recataos de la gente, dormid de dia, caminad de noche, y si á pesar de todo eso te encontrases frente á frente de Jacinto, que se encargue tu padre de pagarle la deuda que tú has contraido. Eres menor de edad, tu honra es la de Leto y nada puedes dar sin permiso de tu padre. ¿Comprendes?

—A un malvado como ese no hay mal alguno en engañarle. Su atentado de anoche...

—Verdad es; pero nota que sigue el criado teniendo el caballo del diestro.

—¡Qué agitado estás, qué impaciente!

—¡Si tengo allí mi vida, María!

—Y yo en tu ausencia, Melenik. ¡Ojalá que no fueras conde!

—¡Nada! ¡Silencio cruel!

—¡Marcharás y acaso no te vuelva á ver!

—¡Nádie sale, nádie!

—¡Los grandes señores pagan con oro los beneficios que les hacen los pecheros!

—¡Están cerradas las ventanas, el vigía sigue en su puesto, el criado esperando, y el tiempo corre, martiriza el alma y la asesina!

—Las galas, los muebles de lujo, el boato, todo eso, ¿qué vale sin tí?

—¡Ay, qué tormento, qué ansiedad! Deja de latir, corazon mio, que me matas!

—¡Oculta, alma mia, tu pena, confórmate con la mitad de tu sueño, que harto deberá á Dios la pobre campesina!

—¡Nada; el mar se embravece por instantes; sus golpes me hieren; parece que se opone á mis deseos el terrible elemento!

—¡Los bramidos de esas olas son ménos tumultuosos que la tormenta desencadenada en mi pecho!

—¡Ay!

—¡Ay!

—¡Nádie asoma, nádie llega!

—¡Yéndose él, todo me sobrará en el mundo!

—¡Maldito!

Exclamó Melenik, oprimiendo el mango de su daga, y continuó:

—¡Maldito, ya apareces! ¡Míralo, María; habla con tu padre y con vários otros, pero no monta!

—Ten paciencia, que ya lo hará ántes de lo que á mí me conviene.

—¡Sigue conversando con ellos!

—¡Les dará órdenes breves y concisas, por desgracia!

—¡Largas y horribles como el infierno! Son ya las cuatro de la tarde y todavía...

—¿Ves? ¡Ya concluye, ay!

—¡Sí; le tienen el estribo; monta á caballo; tu padre se lo lleva del diestro hasta que cruza el puente! ¡Ahora pica, viene hácia aquí! ¡Qué feo es, qué miserable! ¡Con qué placer le saldria al encuentro y, cogiéndome á la brida, detendria su veloz carrera para hundirle este puñal en el corazon! ¡Mírale qué cerca pasa! ¡Vuela, vuela! ¡Buen jinete y mejor caballo! Ya no le distingo. Tu padre y los que le acompañaban se entraron, pero no han levantado el puente. Yo á nádie percibo, María, ¿y tú?

—Hasta el vigía se retiró; ya no volverá á aparecer en la torre.

—¿Por qué no se ve á nádie?

—Comerán.

—¿Y Jacinto?

—Tambien.

—Pero ¿y Magno?

—No lo sé.

—¡Qué indiferencia, qué sangre fria!

—Yo acabé de hacer sacrificios; ahora me resta el sufrimiento y dolor, y bien comprendes que es poca cosa.

—¡No te oigo, no quiero oirte! ¡Tengo el alma y la vida entre aquellas solitarias breñas! ¡A intervalos las saluda un golpe de mar, salta el agua y sus espumas parecen séres humanos!

—¡Cuánto amas á Magno!

—No lo sabes tú bien; es mi padre, mi hermano, mi señor...

—¡Ay! ¡Quiérele mucho, huye con él, en tanto que esta pobre campesina!..

—¿Sientes como ruje el mar? ¡Está imponente!

—¡Es otra tormenta la que amaga á mi corazon!

—¡María, María! ¡Qué veo! ¡Sí!

Las anteriores frases las exhaló Melenik con gritos que parecian salir de su corazon. Trémulo, convulso y más pálido y azorado que nunca, se retiró del ventanillo, y cogiendo el caracol lo tocó tres veces. Sus sonidos hendieron los aires, el monte repitió los ecos y las olas del Mediterráneo se agitaron más que nunca. A este ruido espantoso siguió un continuado silencio que interrumpió María, preguntando al georgiano:

—¿Qué haces, Oton?

—Llamo á tu padre.

—¿Para qué?

—Para que te defienda.

—¿Y tú?

—¿Yo? Espera. Se abre la puerta de la torre. ¿Es aquel Leto?

—Sí.

—¡Adios, María!

—¡Detente! Di, Oton...

—¡Un minuto, un segundo perdido en esta cabaña puede hacer mi desgracia eterna! ¡Adios!

—Di al ménos á esta pobre campesina si la amas, si llevas un recuerdo grato de su cariño y cuidados.

—Te admiro, te creo superior á cuanto pudiera expresar mi labio. Buena fuiste conmigo no seré yo ingrato con el ángel que destruyó mi desgracia. Adios!

—¡Ay!

María exhaló un grito de dolor y quedó mirándole, cogida al quicio de la puerta para no caer. Una nube empañó su vista, en tanto que la separacion de Melenik destruia sus ilusiones, le martirizaban el alma, anegando en pena su débil corazon.

Oton corria por entre los árboles como un chispazo eléctrico. De pronto se paró, exclamando:

—Leto, nada temas; detente y oye. Tu hija está buena; mírala á la puerta de tu cabaña

—¿Quién eres? Yo no te conozco, jamás te ví.

Contestó el padre de María, preparando su mosquete.

—Soy el conde Divari. ¡Escucha, insensato! En esa torre tenían preso á Magno el *Dragon*; por mediacion de tu hija lo ha salvado Jacinto; pero ese miserable quiere que tu casta María sacrifique por él su honra, su virtud, y no tardará en presentarse en tu cabaña. Toma ese cinto, este oro y esa carta: no tengo más aquí. Parte con ella á la corte, defiéndela, que es un ángel. ¡Huye, huye pronto de las breñas donde mora el crímen! ¡Adios!

Leto habia cogido maquinalmente la carta, el cinto y el oro suelto que llevaba Melenik. La bella figura del jóven, su corta edad, el acento dulce y agradable y cuanto tenía ó representaba el georgiano, sorprendieron á Leto, dejándolo aturdido, confuso, sin saber que determinar. Fué á detenerle, logrando únicamente verlo desaparecer como una centella. Entónces

Leto corrió hácia su cabaña, en tanto que Oton trepaba como el corzo por entre las breñas que habia á la izquierda del castillo.

Ahora es preciso retroceder, y, unidos á Jonás de Alaejo, penetrar en la torre de Altaoma.

Pronto volveremos á encontrar á Leto, María y Melenik áun cuando separado el último de los anteriores.

Entre tanto es indispensable averiguar todo lo que ha pasado en la torre en los dias que el georgiano permaneció encerrado en la cabaña de su graciosa enamorada.

CAPITULO XXXIII.

Llegada.—Cambio de prision.—Entrevista de gran trascendencia.

El secretario del duque de Lema concluyó su tercera marcha, llegando á la torre en un estado horrible de cansancio, insomnio y fatiga. Las últimas leguas las cruzó á escape tendido, y en verdad que sacó fuerzas de su propia flaqueza para poder sufrir, después de una paliza y tantas emociones, aquél galope que lo llevó en pocas horas al castillo. Ya dentro, quiso echar pié á tierra y cayó al suelo falto de fuerza y hasta de razon. Sergio acudió en su socorro, llevándolo á la alcoba del marqués. Alaejo se sentó en un sillon que habia á la cabecera, exclamando:

—¡Ay, marqués; no puedo más!

Altacima se incorporó, preguntándole, después que hubo estrechado su mano:

—¿Cómo regresais tan pronto?

—Me obligaron el duque y los acontecimientos. Pero decidme ántes: ¿estais enfermo?

—Sí; padezco ha tres dias un dolor en el costado derecho que me tiene bastante molestado. Hace poco empezé á sentir alivio y confío en que pronto estaré bien.

—Me alegro, y en verdad que no esperaba hallaros padeciendo.

—Contadme; ¿que os ha obligado á regresar tan pronto y en el estado que os veo?

—No podré daros muchas explicaciones esta noche por la situacion en que me han puesto la falta de alimento, de sueño y de descanso. Os diré, sin embargo, que la desaparicion de Magno conmovió hondamente la capital, culpando todos al duque de un hecho indigno é inhumano. Eso lo decian en pasquines, libelos, en el *Mentidero*, en el rincon del hogar y en los sitios públicos. En consecuencia, Lerma se ha visto obligado á encerrar en un castillo á Mondragon...

—¡Magnífico!

Exclamó entusiasmado Alacima.

—En otro á Gonzaga, mandando prender á muchos nobles, jefes del ejército y paisanos. De vos hablan pestes; á mí me comparan con la bívora, con la culebra...

—¡Qué nos importa!

—Claro es.

—Pero eso no me explica la prontitud de vuestro regreso. ¿Me han desterrado?

—No. Conté al duque todo lo acontecido, y, después de un debate acalorado, convinimos en que yo volveria inmediatamente á la torre; que os encargaria de su parte no saliérais de este castillo hasta que él lo disponga, y, por último, que mejorásemos la situacion de Magno para que viva mucho; pero siempre entre cadenas y en los subterráneos.

—¿Qué es eso de mejorar? Explicad la idea.

—Os he dicho y repito que le enteré minuciosamente de la prision, viaje, calabozo, alimentacion y cuanto habíamos concedido ó negado al *Dragon*. Todo le pareció bien, á escepcion del sitio y vida á que se le condena. Supone, y yo creo que no le falte razon, que de ese modo vivirá poco y no quiere que lo asesinemos de pronto ni paulatinamente.

—Bien esta así, Jonás.

—Os equivocais, marqués; el duque manda en España, y,

necesitando ambos de su poderosa proteccion, debemos apresurarnos á complacerle.

—No puede saber nunca lo que pasa aquí.

—Creo, por el contrario, que va á venir, hablará con él, y sabiendo que le hemos desobedecido...

—Basta. Ocupaos mañana en darle el encierro que os parezca, que al partir vos yo dispondré lo que me agrade, bajo mi exclusiva responsabilidad.

—Yo os aconsejaria...

—No os molesteis: soy mayor de edad y sé lo que me conviene. Con vos no quiero cuestiones, que os tengo por leal amigo y los dos nos necesitamos; así es que os daré gusto en todo aquello que de hacer lo contrario os perjudicaseis, si bien en lo relativo á mí me quedo en libertad de obrar como mejor me plazca.

—Sea, y si me lo permitís quisiera cenar y dormir.

El marqués hizo comparecer á Jacinto, dándole la siguiente órden:

—Que sirvan á mi amigo Alaejo cuantos manjares haya en el castillo; que le preparen blando lecho y mañana dejad á su disposicion el preso Magno.

—Gracias, marqués,—exclamó Jonás;—os deseo completo alivio, y hasta mañana.

—Adios, mi querido amigo.

Y salió el secretario, apoyado en el brazo de Jacinto, retirándose inmediatamente á descansar.

—No estoy para nada esta noche, Sergio,—dijo al *Estudiante* que le salió al encuentro.—Retírate, que otro dia hablaremos.

Media hora después dormia intranquilo y desasosegado. El marqués se revolcaba por la cama, presa de agudos dolores, y Jacinto salia por una puerta falsa de la torre en direccion de la cabaña de María.

A la mañana siguiente, bien temprano, abrió los ojos Alaejo, exclamando:

—He dormido cuanto me hacía falta y me siento bien;

mi naturaleza va fortaleciéndose extraordinariamente con el trabajo y la fatiga.

Y se vistió, mandando llamar á Sergio y Jacinto. Unido á ambos reconoció toda la parte baja de la fortaleza, hasta hallar una habitacion subterránea de mejores condiciones que aquella en que estaba encerrado Magno.

—Esta es la que yo buscaba,—dijo;—sin duda sirvió de calabozo en tiempos atrás y reune las circunstancias apetecidas. Traed inmediatamente aquí al *Dragon*; ponedle paja, un sitial y un botijo. Luégo que le dejeis bien sujeto, llevadme la llave de la puerta á la alcoba del señor marqués, donde os espero.

Jonás se retiró, preguntando el *Estudiante*.

—¿Qué motiva este cambio, Jacinto?

—Me está prohibido que hable contigo, Sergio: sé que á ambos nos espian y el marqués es hombre que manda matar por bien poca cosa. Con que obedezcamos, y punto en boca.

Algo más tarde sujetaron la cadena que ligaba á Magno á una argolla que existia en el poyo de la prision, le pusieron lo que mandó Jonás, dejándolo, sin dirigirle una sola frase y sin que él les preguntase. Oyó la órden y obedeció sumiso. Luégo que se vió solo se sentó en el sitial, y, fijando el codo en el poyo y la cara en la mano, exclamó:

—Hasta el sueño me abandonó ¡ay de mí! en esta infortunada tierra.

Magno habia entrado en ese período de postracion en que el hombre, cansado de sufrir y padecer, desea la muerte como único remedio á sus males; y es indudable que hubiera intentado un suicidio á no estar tan arraigada en su alma la idea religiosa, y á ser su corazon un poco ménos fuerte. Llevaba cerca de un mes encerrado en horrible calabozo, sufriendo hambre, sed, dolores en todos los miembros, insultos, befa, insomnio y cuantas desgracias pueden martirizar á un sér humano, hasta convertir su mísera existencia en carga cruel é insufrible. Habia llorado, pero ya estaba seco el manantial de sus lágrimas, y vió desaparecer una tras otra hasta la última de sus esperanzas de salvacion. Quedó, en consecuencia, iner-

Lám.ª 6.



C MUGICA dib.º y lit.º

Lit. de J. DONON, Madrid

— Hasta el sueño me abandonó en esta infortunada tierra.

me y en ese principio de insensibilidad que suele llevar á los hombres á la locura ó al idiotismo.

Era preciso abrigar una maldad sin límites para no sentir lástima ó compasion ante aquél sér tan fiero un dia durante los combates, y tan inofensivo, tan lánguido, tan humilde ahora. Rara vez alzaba la vista del suelo; suspiraba de continuo, y cuando el marqués se mofaba de él, solia mirarle con esa indiferencia del hombre que no se explica lo que oye, que no comprende lo que le dicen.

Continuaban dándole de comer lo poco que sobraba á los perros un dia sí y otro no, alternando su alimentacion con el agua.

Sergio quiso ganar á Jacinto y salvarle; pero tuvo la desgracia de ser sorprendido por el marqués al expresar sus primeras palabras, y áun cuando Altacima no adivinó la intencion que á aquél le faltó tiempo de aclarar, tuvo bastante con lo que escuchó y la sospecha consiguiente, para mandar que le diesen veinte palos, con prohibicion absoluta de que hablase con otro que con Jacinto, quedando á la vez imposibilitado de salir fuera de la torre.

La fiereza que desde este momento usaron con él acobardó al *Estudiante* lo suficiente para ahogar en su corazon la idea interesada que abrigó de libertar á Magno. Léjos de eso, su deseo constante se cifraba ya en que regresara pronto Jonás, y en abandonar con él el castillo que le servia de prision y de tormento.

Alaejo entró en la alcoba del marqués, sentándose á la cabecera de su cama.

—¿Cómo estais, mi querido amigo?

Le preguntó, demostrando interés.

—Empiezan á ceder del todo mis dolores, Jonás; pero he pasado una noche cruel, horrible ¿Y vos, descansásteis?

—Perfectamente: hace mucho tiempo que no dormí tantas horas seguidas ni con el gusto y tranquilidad que en la ocasion presente.

—Me alegro.

—Os encuentro con mejor semblante.

—No os extrañe; sufrí á media noche un ataque tan rudo que me ví obligado á recurrir á medios extremos, los cuales me van produciendo un resultado admirable; esto debe terminar hoy. ¿Me acompañareis mucho tiempo?

—Por desgracia no; partiré mañana al amanecer.

—¿Qué causa tan repentina marcha?

—Ya os he dado la órden del duque para que no salgais de esta fortaleza; mejoré la situacion de nuestro prisionero, y áun cuando el deseo y la voluntad me retienen aquí, el deber me llama á otra parte.

—¿Qué habeis hecho con Magno?

—Me he concretado á trasladarle desde su calabozo á una prision que existe no léjos de allí, más ventilada, con la luz del sol, y en la que indudablemente no peligra tanto su vida.

—¿Tiene una ventana pequeña con vista al mar?

—Sí, elevada y chica.

—Ya sé la que es; mejoró notablemente, pero en cambio nosotros no tenemos sitio á propósito para continuar la *comedia*.

—Entrais en ella, y negocio concluido.

—Ya me ocuparé de eso después que marcheis. ¿Con que la prision de ese hombre tanto ruido metió en la corte?

—La prision no, porque todos la ignoran; pero les ha bastado la simple desaparicion para obligar al duque á escarmientos que concluirán por enmudecer á todo el mundo.

—Me alegro. Aconsejadle que no tenga compasion ni piedad con nádie; guerra eterna al género humano. ¡Si yo fuera valido!..

—Por eso quiero que complazcamos á Lerma; pues teniéndolo de nuestra parte lo seremos á medias con él.

—¡Hay en Madrid tanta canalla!.. ¡Con qué placer levantaria yo patíbulos y agarrotaria gente!

—Y yo.

—No hay nada tan agradable en el mundo como la venganza.

—Ni tan sabroso como ver humillado y sumiso al hombre arrogante que nos insultó.

—Prisiones, tormentos, cadalsos, hé ahí las tres grandes invenciones realizadas hasta ahora. Con placer os detendría á mi lado, Jonás, que me es grata vuestra compañía y simpática vuestra índole; pero cedo ante la necesidad de que esteis junto al duque, aconsejándole que prenda, destierre y mate sin tregua ni descanso. Vos teneis mucho talento, la intencion es mejor todavía, é indudablemente influireis en su ánimo como conviene á nuestro deseo.

—¡Ah, mi querido sibarita; en tanto vos seguireis en la torre con vuestro serrallo, espléndida mesa, caza, y un teatro que no halla igual en la tierra!

—A propósito: pudo ahogar mis placeres un acontecimiento que felizmente preví, y del que debo enteraros.

—¿De qué se trata?

—De Sergio.

—¿Qué hizo ese canalla?

—Mi confianza en Jacinto, su compañero, es grande; me teme más que al infierno, y con dificultad osaria desobedecerme; pero, teniendo en cuenta la clase á que pertenece y la debilidad de esos hombres, temí que el vuestro contagiara al mio, y los espié.

—Muy bien hecho; admirable.

—Si me descuido un poco, acaso nos comprometen.

—Continuad.

—Hallé á Sergio que se llevó á un extremo de la torre á Jacinto y le decia: «Este castillo es una horrible prision para nosotros; yo no puedo tolerarla por más tiempo ni tú debes estar aquí tampoco; es preciso que salgamos, ver el mundo, vivir entre mujeres y goces, ser ricos...» No le dejé acabar; entré, le escupí en el rostro y le mandé dar de palos. Desde entónces se convirtió en oveja.

—Mal hecho, marqués; debísteis, en mi concepto, esperar á que concluyera de exponer la idea.

—Me ahogaban la cólera y el despecho.

—Es que ahora no sabemos si se puede ó no contar con ese hombre.

—Mientras yo lo tenga aquí no hay cuidado; si os lo llevais, tened en cuenta que, como pueda, os vende.

—¿Estais seguro?

—Cierto; Jacinto me dijo después que andaba siempre con indirectas queriéndolo ganar, á cuyo fin estuvo con él complaciente, adulador, y hasta servil. Yo neutralicé esos perniciosos efectos con veinte palos que el mismo Jacinto le dió; ya se odian, y por ese lado estoy tranquilo.

—Pues quedaos con él; vos teneis tiempo de más, seguid vigilándolo y al reincidir...

—Lo apruebo; si insiste irá al fondo del mar, sirviendo de pasto á los peces. Posee nuestro secreto y hasta será conveniente que delinca para que desaparezca del mundo.

Los dos continuaron hablando una hora más que tardaron en participar á Alaejo que tenía dispuesto el almuerzo.

—Con vuestro permiso, marqués,—exclamó,—voy al comedor.

—Estais en vuestra casa y disponeis de cuanto hay en ella.

—En ese caso, y puesto que os hallais bien, visitaré despues el serrallo, pasando luégo al nuevo *teatro*. No pienso hacer á la víctima más que una sola visita, pero ha de ser larga é importante.

—Hace tres dias que no le veo; suplid mi falta, Jonás.

—Os juro que lo he de martirizar hasta el infinito.

—¡Bravo! No excuseis medio.

—Inventaré historias que despedazarán su alma.

—Eso es; mucho siento no escucharos, pero quiero evitarme un nuevo ataque. Hoy os toca á vos, mañana á mí.

—Cuidaos, que ya no volveré hasta que concluya.

—Aprovechad el tiempo bien ya que yo no puedo hacerlo.

Salió Jonás, llevando en su bolsillo la llave de la prision de Magno que le habia entrado Jacinto. Antes de llegar al comedor, se halló con Sergio que le detuvo, diciéndole:

—Jonás, hace bastante tiempo que has llegado, y áun cuando lo deseo vivamente, me fué imposible hasta ahora hablar contigo.

—Más tarde te escucharé, que me espera el almuerzo.

—Aún no lo han sacado de la cocina, nádie puede oirnos en este pasillo y es ya indispensable que me oigas.

—¡Hola! ¿Me lo mandas?

—No; te lo ruego.

—Habla, pero abrevia.

—Chico, el marqués me trata como á un perro, y la verdad es que yo no puedo continuar en este castillo.

—Altacima, Sergio, es muy caballero, y bastaba que fuese cosa mia para que te estimase y considerara; pero obrastes como un canalla y ya empezastes á sufrir las consecuencias de tu fatal conducta. Te saqué del inmundo cieno donde te revolcabas en Madrid; «haré tu fortuna,—te dije,—ó morirás si me faltas.» Culpa á tu torpeza ó maldad si no has sabido elegir.

—Te han engañado, Alaejo.

—¿Quién, Sergio?

—Yo no te he faltado.

—Tú eres un miserable que al mejorar de posicion quisistes el *todo* y vas á encontrar la *nada*. ¿Comprendes esto bien?

—Sólo me faltaba, después de los palos y tratamiento que recibí, que sirviera de pasto á la calumnia...

—¡Mientes! En la corte fuistes siempre un malvado, y aquí has pretendido continuar, sin comprender lo que distamos el marqués y yo de la gente con quien tú abusabas en Madrid.

—Acabemos. ¿Cuándo marchas?

—Mañana.

—Entónces es inútil que prosiga este diálogo. Por el camino te enteraré...

—Es que tú te quedas, Sergio.

—¡Yo!

—Sí, tú.

—Imposible. ¿Quién tiene derecho sobre mí?..

—Te vendiste, te compré, y como el esclavo fué perverso... Adivina lo demás, Sergio.

—¡Jonás, por nuestra amistad antigua, por el cariño!..

—Truan, no mientas. Te quedas aquí, y si no te enmiendas será por toda la eternidad. Es cosa acordada por el marqués y por mí, y pretender lo contrario es simplemente hacer méritos para otros veinte palos. Hasta luégo.

Y le volvió la espalda entrando en el comedor.

El *Estudiante* oprimió los puños hasta lastimarse los dedos, exclamando con ira y despecho:

—¡Me quitaron la espada, el puñal; oh, no importa! ¡Mañana sale Alaejo, y en la noche próxima desarmaré á un soldado, asesinando uno por uno desde el marqués hasta el último de sus criados! ¡Yo acecharé la ocasion; no es la primera vez que hiero, y ahora no ha de quedar uno con vida en esta torre! ¡Malditos, malditos!.. ¡Me domino, disimularé y mañana por la noche!.. ¡Eso es; mi plan será infalible!

Jonás concluyó su almuerzo, mandando que le llevasen los dulces y algunas botellas al salon de *recreo*, ó sea á uno en que habia várias mujeres traidas por el marqués á la torre para usos indignos. Bebiendo entre ellas pasó cuatro horas, demostrando por centésima vez el vicio y corrupcion en que estaba embotada su alma.

Salió por fin de aquél paraje obsceno, sufriendo los vapores que iban de su estómago á la cabeza, efecto del mucho licor que habia apurado.

—¡Bravo!—se decia por el camino.—Desde una diversion á la otra; el nuevo goce que me aguarda me entusiasma y deleita segun se aproxima el instante de libarlo.

Mandó llamar á Jacinto é hizo que le entrase un mullido sillon en el encierro de Magno, si bien dispuso que lo situase en un extremo, léjos del alcance del infeliz prisionero.

Luégo cerró la puerta por dentro y se sentó, quedando solo con el *Dragon*.

Magno dormia en aquel instante sentado en el taburete, apoyada su cabeza sobre el poyo. Jonás habia cogido al entrar

uno de los mendrugos de pan que le echaron ántes y se lo arrojó al rostro, diciéndole:

—¡Alerta, capitan, que llega el enemigo!

El *Dragon* abrió los ojos y le miró con indiferencia, sin replicar nada. Alaejo añadió:

—Te dió el fogonazo en la cara, cobarde marino; presagio cierto de que pronto chocarán las balas en tu corazon. Quiero divertirme un rato, perpetuando de este modo los goces que el muy noble y poderoso señor de Altacima pone á mi disposicion en este su famoso castillo. Efectivamente, regalé mis sentidos con el dulce acento y preciosa figura de las odaliscas; á la vez, entre viandas y licores, favorecí mi estómago y paladar, y ahora me propongo que tú ensanches mi espíritu, proporcionándole el goce inmaterial. Agradecido á tus favores antiguos y modernos, te referiré una historia que ha de importarte mucho; fija en ella la atencion, que no te conviene perder frase alguna.

Magno alzó la cabeza rechazando la indiferencia que ántes demostraba. La actitud de Jonás, sus palabras, postura, movimiento y miradas, le demostraron que llegaba muy bebido, y tal imprudencia no pudo ménos de excitar su curiosidad é interés.

—Este miserable,—se dijo,—osa encerrarse conmigo, cuando puedo, si llega á acercarse, dejarle inerme con el golpe de un eslabon de mi cadena. ¡Oh, sepamos que me reserva el destino en este dia! ¡Acaso sea mi nuevo encierro la capilla, y ese hombre fatal el único sacerdote que me conceden!

Y quedó fijo en él. Alaejo trajo con dificultad á su cerebro unas cuantas ideas, concluyendo por exclamar:

—Ya ves, Magno, lo que yo hice con tu valor, altanería y poder; te hallé en la calle un dia, me mordiste, ví en tí, como era natural, un perro de presa y te encadené, ni más ni ménos que como á un terrible *can* á quien es preciso convertir en humilde oveja. Si te atreves á contestar á mis preguntas, á sostener un diálogo conmigo, te ofrezco hablar de Venecia, de Otilia y de cosas que han de importarte.

Magno vaciló; mas, impulsado por un poder irresistible, le contestó con voz débil y apagada.

—Sí, responderé con gusto.

—Que me place. Mi objeto es divertirme contigo, pero á la vez puedes tú distraerte tambien, oyendo noticias que ignoras. Nada tan grato, en mi concepto, al prisionero como escuchar algo de lo que pasa en ese mundo en que vivió algun tiempo. Demos principio: te diré primero que tu amigo Mondragon está en un castillo, Gonzaga en otro, y Pantoja, el maestre Rodrigo, Infantado y toda aquella turba de *amigotes* que te adulaba, todos, sin excepcion, se hallan en la cárcel pública.

—Me alegro,—contestó Magno;—son leales y buenos como miserable y villano el valido.

—Tu paje, criado, hijo ó lo que fuera aquél turco que te acompañaba, fué encerrado en un calabozo subterráneo.

—¡Mentira!

—No te escupo en el rostro porque ya lo hice várias veces y no surte efecto; pero lo creas ó no, añadiré, que hirió á vários alguaciles, lo sujetaron, por fin, y á esta fecha se hallará sentenciado á muerte.

—Ahora no dudo que es verdad lo que dices. ¡El valiente niño no podria estarse quieto, y es indudable que acometió á vuestros esbirros! ¡Infeliz! ¡Ni su calidad de extranjero ni la corta edad le escudaron en este venturoso país en el que hay tanto malvado y tanta plaga!

—¡Te entristeces! Já, já, já. ¿No te decia yo que nos íbamos á divertir mucho? Pues falta lo mejor; pero esto no te lo digo sin imponerte una condicion, y es que has de contestar con franqueza y verdad á mis preguntas. ¿Amas todavía á Otilia?

—Sí.

—¿Te acuerdas de ella continuamente?

—No la olvido un solo instante.

—¡Bien! Continua de ese modo, que te cumpliré lo ofrecido. Tú, que has recorrido el mundo, ¿hallaste mujer que se

parezca á esa en hermosura, en donaire, en gentileza, en gracia y en talento?

—No; á su lado la más bella se confunde con la mujer vulgar.

—Esa es mi opinion. Aquella mirada llena de majestad, su frente altanera y despejada, su talle esbelto, su mano pequeña, su torneado brazo y un conjunto poblado de encantos no encontró rival ni parecido. Si habla enloquece, si se la mira embriaga, y si sonríe enajena, jugando con el corazon del hombre á su antojo y discrecion.

—Tú la amas, Jonás.

—Lo acertaste. Hace mucho tiempo que somos rivales; esa fué la causa de que yo me pusiera frente á tí, de que fraguara la boda de Altacima y de todos los acontecimientos á que dió lugar aquella.

Magno comprendió que Jonás no mentía y hasta supuso adivinar que tan funesta pasion debia más tarde ó más temprano precipitar á su verdugo, y desde este instante comenzó á desechar de sí la gran debilidad que se habia apoderado há tiempo de su cerebro.

—Fingiré,—se dijo,—y aunque muera hoy procuraré llevarme á la tumba un secreto que es fácil me revele ese borracho.

Y alzando la voz, añadió:

—Es natural que te hayas enamorado de la casta vírgen que no llegó á empañar el aliento de hombre alguno.

—Já, já, já. ¡Con qué gusto te oigo! Tu eres un bobalicon, un necio, y tan estúpido que no habrás osado fijar tus labios en su frente.

—Verdad es.

—¿No te pesa ahora?

—No.

—¡Qué cuadrúpedo! Pues oye; se va á convertir en una sabrosísima breva que me voy yo á comer.

—¿Tú? ¡Imposible!

—Otra sandez. ¡Qué poco vales, *Dragon*, y qué léjos estás

de comprender lo que puede el talento, lo que se consigue con astucia é hipocresía!

—Todo lo lograrás ménos poseer á esa dama.

—Já, já, já. ¡Qué bárbaro! ¿Quiéres convencerte de que va á ser mià muy pronto?

—Sí.

—Pues hé aquí la prueba. Todos creen que has muerto, inclusa Otilia. Te ama, y á la infeliz no le queda ya en el mundo otro recurso que el de encerrarse en un monasterio y consagrarse á Dios dia y noche. ¿Es verisimil el relato?

—Sí.

—Pues atiende. Su amado tio, el duque de Lerma, la aconseja en este escrito que me siga á España; añade que su querida madre la espera en Barcelona con los brazos abiertos, y que al siguiente dia de profesar será nombrada abadesa. ¿Te interesa el cuento?

—Mucho; me va pareciendo una historia que se realizará en todas sus partes.

—Verdad es; pero como el negocio lo manejo yo y soy tan buen cómico, va á concluir en comedia, cuyo desenlace te dejo adivinar.

—No comprendo.

—Te ayudaré un poquito. Se vendrá conmigo en un buque, cuya gente me pertenece en cuerpo y alma. ¿Vas adivinando ya?

—Es muy fuerte Otilia y no le faltará un puñal con que atravesarse el corazon.

—¡Qué tonto eres! Llevo á prevencion un narcótico, y cuando vuelva en sí ya no tendrá nada que perder, nada que desear, nada que temer, ni otra cosa en el resto de la vida que á su Jonás.

—¿Y si ella rehusa acompañarte ó el Dux se opusiese á que partiera contigo?

—¡Bah, bah! Está previsto el caso y la carta que llevo será un anzuelo que morderán los dos; pero si así y todo no me la dieran, entónces la robo y negocio concluido. Para el

logro de todos mis deseos llevo dos remedios infalibles: oro y talento. ¿Qué te parece?

—¡Que será tuya si Dios no la ampara!

—¡Dios! ¡Qué majadero vinistes al mundo, *Dragon!* Te he proporcionado un rato delicioso y tan largo que ha de continuar distrayéndote el resto de tu existencia. Mientras aquí sufres la ligadura de tus cadenas, la soledad y martirio, en tanto que comes los mendrugos y berzas empapadas en el aliento, saliva y baba de los perros, revolcándote luégo sobre esa miserable paja, yo correré á Venecia, seré dueño de tu amada y mi dicha aumentará recordando que tú lo sabes, y que, ínterin yo gozo, dejo en el alma y corazon de Magno un tormento peor mil veces que el de esas cadenas, calabozo, paja, prision y mendrugos; peor mil veces que el hambre, el insomnio, el castigo y todos los males físicos. Tuve celos de tí, bárbaro marino, y sé lo que es eso.

Calló Jonás, recreando su imaginacion con el cruel veneno que juzgó haber dado á beber al *Dragon.* Este inclinó la cabeza, meditando; de pronto la alzó, diciendo:

—Tienes razon; tu pensamiento es tan realizable como inhumano y perverso. Te doy la enhorabuena, que á mí todo me sobra en el mundo.

—¡Finjes, embustero!

—No lo creas. ¿Cuándo partes á Venecia?

—En la próxima madrugada. ¿Piensas acaso decírselo al marqués?

—Sólo me resta en la tierra morir como buen cristiano. Conozco demasiado á los verdugos que me rodean para que pueda abrigar esperanza alguna.

—¡Díselo si quieres! No te hará caso; la calumnia te proporcionará nuevos castigos, y áun cuando sucediera lo contrario sería tarde, que marcho al amanecer y pienso volar.

—¡Repito, hombre ruin y miserable, que sólo me resta morir como buen católico, únicamente aspiro á que me ampare la misericordia Divina! Goza tú en el mundo; sácia tu brutal deseo; embriágate en el vicio, la vida es corta, y al ter-

minar cada uno ha de recibir la recompensa á que se haya hecho acreedor.

—¡Hola, hola! ¡Vuestra reverendísima se explica mejor que un doctor consumado! ¿Quién te contó que existe otro mundo y lo que pasa en él? ¿Fueron los cafres de América, á los que tú estuvistes asociado mucho tiempo, ó los barbaros de Turquía, tan torpes, tan ignorantes que se dejaron hacer prisioneros por tí?

—Lo leí en el libro en que Dios nos habla; me lo inspira además la Providencia.

—Pues á mí no me dice nada de eso, y tengo más talento que tú.

—Es que á tí te aconseja el diablo.

—El cual, como ves, es más poderoso que la Divinidad, tu protectora, segun se demuestra en nuestras actuales situaciones.

—¡La deduccion es como tuya, malvado Jonás! Yo vine á esta prision á purgar unas faltas que pedí á Dios borrára de mi espíritu. Si eran muchas, continuaré largo tiempo y hasta que la mano de la muerte me abra el camino de la gloria. Si son pocas, pronto estaré libre y tú, Altacima, Lerma y todos mis enemigos bajo mis plantas como Lucifer ante el Arcángel.

—Já, já, já. ¡Bravo discurso! ¿Cuándo hablas con ese señor que te refiere cosas tan buenas? Si me proporcionas oirle te ofrezco un banquete espléndido y abundante.

—No puedo seguir este diálogo; ofendes á Dios, te burlas de lo más sagrado, grande y respetable que existe y no debo contribuir ni áun indirectamente á tan nefando crímen. Te juro que no volverán á abrirse mis labios ínterin permanezcas aquí.

Alaejo prosiguió su burla sin que le contuviera consideracion alguna; era ateo y claro es que su maldad no conocia límites. Luégo apostrofó á Magno, lo llenó de insultos é improperios, concluyendo por escupirle en el rostro. Acto continuo salió de allí, cerrando la puerta del calabozo.

El prisionero se limpió la cara con la manga de su ropilla, murmurando:

—¡Por tercera vez humedece mi rostro la inmunda saliva de ese hombre! ¡Muy fuerte me hizo Dios siendo así que resiste mi vida tanto insulto, befa y escarnio! ¡Señor, cuándo ha de tener un dia de ventura este infeliz! ¡Nací, murió el autor de mis dias, me robaron, lanzándome al mundo como á un perro que vive de la caridad pública! ¡La suerte ingrata me negó hasta el dulce consuelo de poder invocar el nombre de un padre, aquello que otorga al más pobre y desgraciado! ¡Estudio, trabajo dia y noche, cruzo los mares, desafío los peligros, veo la tormenta y en medio de ella formo uno de sus más ligeros torbellinos! ¡Distingo la pelea, corro á su encuentro y en lo más recio de los combates soy el que se expone más, el que ménos teme! ¡Mueren unos hoy, otros mañana y yo salgo siempre ileso para no dejar de oir las terribles frases: bastardo, inclusero, sin orígen! ¡Maldicion! ¡Pero se cansa la suerte al parecer de verme sufrir treinta años, sin el más ligero intervalo, le duele que exista el pobre Magno enlutando sus títulos y honores con la oscuridad de su nacimiento, y un dia le abre el arcano para dejarle leer: eres hijo de D. Juan de Austria, del héroe cuya memoria admiras! ¡Ay, qué cambio, qué metamorfósis! ¡Mas apénas empezaba á sentir la primera ráfaga de una alegría por la qué suspiré tantos años, tantos millones de veces, cuando caen sobre mí cuatro cobardes, cuatro desalmados que no valian lo qué el peor de mis grumetes, me hieren y, ya sin sentido, me dejan en el estado en qué me hallo! ¡Tended vuestra mirada hácia mí, valientes de la tierra; ved en lo que pára un héroe, el más temerario y aplaudido acaso de este siglo; lo que no lograron cien hombres varoniles lo consiguió un miserable traidor! ¿Puede darse mayor castigo en la tierra al sér que jamás fué vencido, que el de sentirse escupido en la cara y tener que inclinar la frente, humillado y sumiso? ¿Por qué vivo yo; cómo conservo la existencia al través de tanto dolo, infamia y vergüenza? ¿Qué agonía es esta que parece no tener fin? ¿Me impone mi Criador que viva;

es ese el secreto? ¡Pués cúmplase; basta de indiferencia y abandono; basta de suplicar á la muerte su tajo iracundo, basta! ¡Nada puedo con la fuerza bruta, pero me queda la inteligencia y con ella he de luchar mientras aliente! ¡A no ser que lograse romper estas cadenas, y entónces!.. ¡Maldicion!

Y Magno sacudió con furor el hierro que le ligaba. En estos momentos se presentó por primera vez desde su cautiverio, como el terrible *Dragon* que llegó á imponer con su actitud y hasta con la mirada.

Mientras el destino se cebaba única y exclusivamente con él, imitó la paciencia y abnegacion de un santo; pero al saber por Jonás que estaban presos por causa suya todos sus amigos residentes en Madrid, y, como si esto fuera poco, que el malvado corria á Venecia para engañar y perder á la casta vírgen que él amaba con delirante pasion, reemplazó la cólera á la resignacion, el deseo á la ineptitud, la accion á la indolencia, y se dispuso á hacer algo, cosa que no se le ocurrió hasta entónces.

El cambio parecia providencial; pronto veremos sus consecuencias.

CAPITULO XXXIV.

El lagarto y la bívora.—Augurios.—Jonás y Sergio.—Despedida.

Es indudable que de haber estado Alaejo en sana razon no hubiera revelado á Magno su pensamiento, respecto de Otilia; pero el deseo de martirizar á la víctima, y la consecuencia de la embriaguez, le condujeron á un acto de debilidad que podia muy bien perderlo.

Hemos notado muchas veces que los grandes acontecimientos suelen ser el aborto de causas naturales, y cuando el hecho parece providencial entónces se presenta más justificado, lógico y comprensible; y eso nos prueba que la Divinidad no necesita hacer uso del milagro para la realizacion de sus altos désignios.

La idea que acabamos de exponer se halla confirmada suficientemente en los párrafos que seguirán á estas líneas.

Jonás de Alaejo salió de la prision de Magno, llevando excitado el sistema nervioso, encendido el rostro, y en un principio de descomposicion su cerebro.

—¡Aire, necesito aire; mis siénes estallan y se abrasa mi cabeza!—exclamó.

Y desde el subterráneo de la torre, corrió á la parte más elevada de aquella donde se hallaba el vigía.

—¿Qué hay, centinela?

Preguntó á aquél

—Mar, árboles, montes y cielo,—le contestó el soldado.

—¡Bellaco, no es eso; me digné dirigirte la palabra é hice mal ,que á tan ruin pechero debia necesariamente confundirle la honra! Te quise decir, qué acontece por aquí.

—Nada, señor caballero.

—¿A nádie se distingue?

—No, señor.

—Verdad es; ni la sola vela de un buque alcanza la vista. ¡Qué tranquilo está el Mediterráneo; qué grandioso se presenta á la vista del hombre! En frente tengo el Africa; á la derecha Cartago, La Nova, Almería, Málaga, Cádiz, Portugal, Galicia y Astúrias; á la izquierda Valencia, Barcelona, los Pirineos Orientales, Francia, los Alpes y luégo siguen Italia con sus volcanes, monumentos que presentan la historia del mundo; el poético Nápoles, la magestuosa Roma, Sicilia con su estrecho, su Etna, y más adelante Venecia. ¡Ah, me detengo aquí! ¡Venecia con sus calles de agua, góndolas, mujeres bellísimas, aristocráticos palacios y república extraña, nueva en el mundo; quiero seguir avanzando y no puedo; me retiene esa famosa ciudad fundada por los romanos escapados del furor del bárbaro Atila; me retiene una mujer, me retiene el destino! ¡En esta playa española acaban mis dias de servilismo y homenaje; en Venecia principiarán los placeres, la dicha, ante cuyas aras sacrifiqué mi honra y cuanto habia en mi sér de humilde y despreciable! ¡Aquí dejo la *nada*; allí encontraré el *todo*!

Y comenzó á pasear, exclamando de nuevo:

—Las brisas del mar templan mi sangre y despejan mi cabeza. Dí, soldado,—preguntó al vigía sin dejar de andar,—¿estás contento con tu suerte?

—Sí, señor.

—¿Eres valiente?

—No tengo miedo.

—¿Te agrada servir al marqués, tu señor?

—No me enseñaron otro oficio.

—¿Naciste en la torre?

—No, en el campo.

—¿Hijo de algun guarda?

—Sí, señor.

—¿Qué ambicionas en este mundo?

—Comer bien, beber mejor, trabajar poco, lo ménos posible, y dormir mucho.

—Con tal de lograr eso ¿clavarás tu puñal donde el amo te mande?

—¡Qué duda tiene!

—En paraje tan saludado por los aires marinos no tendrás nunca calor.

—Al contrario; cuando se acerca el estío abrasa el sol en este país, y un sudor sofocante abruma y molesta.

—En cambio no sentirás frio en el invierno.

—Pocas veces lo experimentamos.

—Tienes un amo que difícilmente lo habrá igual en el mundo.

—Como no serví á ningun otro me es imposible comparar.

—¿Pero tú crees que es bueno?

—Bueno cuando dá, terrible cuando castiga.

—Te recomendaré á él.

—Gracias; mi oficio de vigía estando él me complace; en su ausencia no me hallo peor.

—Disfruté un rato de las deliciosas vistas en que tú ya no reparas y te abandono.

Sin otro saludo le volvió Jonás la espalda, dejando al soldado, que se fijó en él, y al desaparecer exclamó:

—¡Qué feo es ese hombre y que extraña figura presenta! ¿Quién será?

Alaejo pasó al comedor donde le sirvieron abundantes manjares, y vinos y licores que no probó. Cuando hubo ter-

minado, entró en la alcoba del marqués, sentándose á la cabecera del lecho.

—¿Cómo os sentís, amigo mio?

Le preguntó.

—Bien; van cediendo mis dolores y mañana, como os dije, podré levantarme.

—Me alegro.

—Muchas horas ocupásteis léjos de mí.

—Sólo hice lo que os indiqué.

—Contádmelo.

—Almorcé, pasando luégo un rato delicioso entre vuestras alicantinas, brindis, broma y... Vamos, trascurrió el tiempo como ráfaga encantadora. Luégo ví á nuestro prisionero...

—¿Dentro del calabozo?

—Sí; me encerré con él y allí os queda el sillon donde estuve sentado.

—¿Qué le digísteis?

—Cuanto se me ocurrió que pudiera destrozar su alma, martirizarle el corazon.

—Me alegro. Referidme algo.

—Le enteré de la prision ó destierro de todos sus amigos, y luégo inventé historias, con las cuales le tuve en tortura perpétua, y digo perpétua porque han de seguir amargándole el resto de la vida.

—¿Improvisaciones?

—Por supuesto; mentiras que os podrá contar y ya sabeis el caso que debeis hacer de ellas.

—No desplega sus labios ante mí. Nos hablan de un Job, que fué en paciencia niño de pecho comparado con nuestro gigante encadenado.

—El hombre se acostumbra á todo, por cuya razon le llevé hoy novedades que desataron su lengua, propocionándole un tormento más cruel de lo que me es dado explicar.

—Os digo que me haceis mucha falta, y en verdad que se entristece vuestro regreso á la corte.

—Pienso volver pronto.

—¡Qué me place!

—Y estar bastante tiempo junto á vos.

—¡Admirable!

—Cazaremos en vuestro bosque; tendremos orgías, y nuestro teatro nos ofrecerá una funcion diaria, deliciosa, sublime.

—¿Cuánto tardareis?

—Poco; lo indispensable á dar fin de nuestros enemigos. Desde ese dia estaré yendo y viniendo continuamente, si vos me ayudais.

—¿De qué modo?

—Aun cuando en una ocasion me ofrecísteis recursos materiales y yo los rehusé, hoy me son indispensables, y me veo en el caso de pediros mil ó dos mil ducados.

—¿Pues y Lerma?

—Gasté los que me dió y voy dando fin de todos mis ahorros. La prision de Magno, las grandes recompensas á los que me sirvieron, las continuas compras y ventas de caballos y las cuentas de las posadas, en las que, por lo visto, come uno oro, consumieron lo indecible, y la verdad es que, necesitando ahora que el duque se contraiga al exterminio de nuestros contrarios, no me parece conveniente distraerlo con demandas de ese género.

—Jonás, mi venida á la torre y los considerables gastos que hice en ella...

—No prosigais, marqués; os he dicho y repito que paga Sandoval cuanto emplee en este asunto.

—Lo considero justo; es inmensamente rico, yo estoy atrasado y vos sólo contais con lo que el os dá.

—Cierto; por esa razon convine con él en que corriesen de su cuenta todos los gastos, y si ahora os molesto me lo aconseja la prudencia. Os pido sólo un préstamo.

—Eso ya es otra cosa; guardo en la torre sobre dos mil ducados.

—Dádmelos, si lo teneis á bien, que al regresar os los devolveré con algunos más si os hacen falta.

—Sacad una llave que encontrareis en el bolsillo derecho de mis gregüescos; abrid con ella ese armario, y traed la caja de nogal que está á la derecha.

Jonás le obedeció, preguntándole:

—¿Es esta?

—Sí, contad el oro que contiene.

—Muy bien; hay bastante.

Después añadió:

—Dos mil ciento diez y seis ducados.

—¿Decís que regresareis pronto?

—Sí; tardaré quince dias á lo más.

—Entónces tomad los dos mil y dejadme el resto.

—¿Quereis recibo?

—No; vuestra palabra me basta.

—Perfectamente, mi querido amigo; pienso traeros con ellos noticias muy agradables de la corte.

—Sí; procurad que den garrote á unos cuantos y que encierren en calabozos incomunicados al resto de los que osan hablar mal de nosotros.

—De eso se trata, é influiré con el duque del modo que acostumbro. Tambien yo siento antipatía hácia la mayor parte de los hombres.

—Yo los ódio.

—Pues yo los aborrezco.

—Tal identidad en ideas nos asimila y une. Cuando regreseis os he de tener preparada una grata sorpresa.

—No os haré esperar, que este castillo es para mí un eden.

Ambos continuaron hablando hasta las ocho de la noche en que pasó Jonás al comedor.

Altacima habia mejorado notablemente y se quedó poco después dormido, pasando el resto de la noche en un sueño tranquilo.

Alaejo cenó, retirándose acto continuo á su dormitorio.

—Le engañé,—se dijo;—ni los más listos dejan de caer en la red que yo les tiendo. ¡Con qué facilidad le he obligado á qué me diera los dos mil ducados en oro! Se queda con muy

poco dinero y sin la novia que le voy á quitar inmediatamente. ¡Bravo, Jonás; venciste á Magno y te vas á burlar por completo del duque y del marqués! Ahí les queda el preso para que les divierta, que á mí ya me cansa y hastía ese entretenimiento. Mientras ellos se distraen contemplando el rostro lánguido y demacrado de ese canalla, yo estrecharé la mano de Otilia, aspiraré su aliento, y, libando amores, cruzaré los mares dulcemente columpiado por las olas, los placeres y la ventura. De este modo recorreré Italia, Francia y el mundo entero, que mi bolsa está llena y mi entendimiento más claro que nunca. «El dia quince,—me dijo Lerma,—procura estar á bordo.»—Saldré mañana catorce al amanecer, tres ó cuatro horas después estaré en Cartagena, y al mediodía embarcado. El dinero es como el tiempo: debe preferirse que sóbre mucho á que falte un poquito.

Seguidamente llamó, presentándose poco después Sergio. Jonás le dijo:

—Que entre Jacinto.

—Se le ha buscado y no parece.

—¿Qué dices?

—Há tiempo que duerme el señor marqués y es posible que él haga lo mismo, pero no sabemos donde.

—Está bien. Avisa que me despierten un poco ántes de amanecer, é inmediatamente que me ensillen el caballo. Quiero abandonar la torre al asomar el primer crepúsculo.

—Yo me encargaré de eso, Jonás; pero te ruego me permitas seguirte...

—No prosigas; me voy solo, como he venido.

—Me ofreciste cruzar los mares, ver tierras nuevas...

—Bah, bah, te ofrecí; contaba con tu lealtad...

—Te juro, Jonás...

—Soy el secretario del gran duque de Lerma, el amigo íntimo del señor marqués de Altacima, y no te volveré á tolerar esa confianza estúpida ni el lenguaje familiar que aprendiste en los mesones.

—Seré tu esclavo...

—Voy á entretenerme, Sergio, en tirar al blanco con una de las dos pistolas.

—Está bien, señor de Alaejo; ya supliqué demás; me retiro.

—¡Harás bien, porque de lo contrario!..

—Buena noche.

—Quiero salir al amanecer.

—Comunicaré la órden.

El *Estudiante* desapareció, cerrando la puerta Jonás. Luégo que se quedó solo comenzó á arreglar el oro que llevaba repartido en vários bolsillos, diciendo:

—Por aquí el cinto; en este otro lado un enorme cartucho, y además todo esto. ¡Cuánto dinero! Tengo para el resto de mi vida, y manejado por mí... Já, já, já. Ya en mi poder Otilia, que me llame el duque ó que me busque el marqués; que he de contestar al uno con la indiferencia y al otro con estas armas de fuego. Pongamos el oro debajo de la almohada; las pistolas junto á la cabecera, y á dormir. Cuando llegue á Cartagena ya tendré dispuesto el buque; dicté la órden al gobernador en nombre de Lerma, y la habrá obedecido con la energía y acierto que tiene de costumbre. ¡Qué blando encuentro este lecho! El de mañana puede que no sea tanto; en cambio dormiré agradablemente columpiado y corriendo por esa superficie blanda, ondulante... En este mar no hay cuidado alguno; si fuera el Océano; aquél es más bravo, y tan grande, que se pierden en él los más experimentados.

Poco después dormia; el marqués soñaba; Magno, desvelado y á oscuras, se tendió sobre la paja, meditando al parecer una idea que no le abandonaba. Sergio maldecia y juraba por diez, y en su despecho pensaba dar fin en la noche siguiente de cuantos habitantes habia en la torre. Jacinto llegó en este momento, facilitándole la entrada un criado á quien él protegia y regalaba. Penetró apasionado de María, y no pudo conciliar el sueño, pensando el resto de la noche en la gracia, talento y frases de la jóven. Los demás moradores de la fortaleza se durmieron, quedando el edificio en el mayor silencio

hasta las cuatro de la mañana que un criado golpeó en la puerta de Jonás, diciendo:

—Señor, ya es hora.

—Ensilla el caballo.

Le contestó Alaejo, sentándose sobre la cama y encendiendo luz. Luégo se vistió, y cuando hubo guardado el oro, fijado las pistolas en el cinto, y cogido la capa, salió de su alcoba, gritando:

—¡Uno aquí!

Y continuó llamando hasta que se le presentó el vigía.

—¿Qué mandais, señor?

Le preguntó.

—Coje esa luz y acompáñame abajo. ¿Amaneció ya?

—No, señor, pero empezará en breve.

Alaejo montó á caballo, se echó el embozo, é interrogó nuevamente al vigía:

—Ese camino de la izquierda ¿conduce á Cartagena?

—Sí, señor.

—¿Podré perderme?

—No; hay caseríos á derecha é izquierda, y en caso de duda os sacarán de ella.

—¿Está levantado el puente?

—No.

—Alzalo, que tengo mucha prisa.

El vigía le obedeció, saliendo Jonás á un trote largo y luégo á escape tendido.

—¡Qué paso lleva!—exclamó aquél bajando el puente.—Empieza á amanecer y parto á ocupar mi puesto. Desde allí observaré si ese *gentil* y *espléndido* señor se rompe ó no la crisma por el fatal camino que anda ahora.

Y subió al extremo de la torre, buscando á Jonás con la vista.

A las siete de la mañana despertó el marqués, hallándose completamente restablecido de su dolencia. Inmediatamente llamó á Jacinto, preguntándole:

—¿Partió Alaejo?

—Sí, señor.

—¿Cómo no entró á despedirse de mí?

—Lo ignoro.

—Comprendo; por no molestarme...

—Salió poco después de las cuatro, sin tomarse la molestia ni áun de preguntar por vos.

—¡Bellaco!

—Eso me han dicho los que le sirvieron, señor marqués.

—Está bien. Vísteme.

Algo más tarde añadia:

—Me siento bien, Jacinto.

—Me alegro.

—Parece que no he tenido nada.

—El color es bueno y andais con seguridad.

—Sí, me hallo mejor que ántes de caer enfermo. Que me dispongan el almuerzo.

Una hora después entró en el comedor, pasando luégo á una galería, desde dónde vió el mar, parte de sus bosques, y allí estuvo paseando largo rato. Cuando se hubo cansado, llamó de nuevo á su confidente, diciéndole:

—Jacinto, quiero ver al preso, pero dudo si estará segura mi persona en su nuevo calabozo.

—Completamente, señor marqués. Se halla á bastante distancia de la puerta, en uno de los extremos, y las cadenas que le ligan resistirian la fuerza de un leon.

—¡Ese hombre, Jacinto, fué terrible!

—Pero hoy es un cordero que no se atreve ni áun á levantar la vista del suelo.

—Hace cinco dias que no le veo: ¿le corresponde hoy comida ó agua?

—La primera; ya le eché las sobras de vuestros perros que el comió con voracidad.

—¿Nada le hablaste?

—Nada.

—¡Ya estoy bueno y si yo averiguara que faltabas al más leve de mis preceptos, mandaria segar tu garganta!..

—No tema el señor marqués. Hasta ahora fuí el más leal de sus mastines.

—Así te quiero, perro de presa. ¿Con que no hay cuidado alguno?

—Id tranquilo que nada os acontecerá.

—Abres, entornando después que yo entre; pero te quedas cerca y con la daga en la mano por si yo llamara. Marcha delante.

Jacinto le obedeció de mal grado, pero disimulando su enojo y pensamiento que le ocupaba el cerebro.

Altacima penetró en el calabozo hallando á Magno sentado en el sitial, con los brazos cruzados y como meditando. Al ruido levantó la cabeza, fijándose en el marqués con alegría que no apareció en su rostro.

Entornada la puerta ocupó Altacima el sillon que la tarde ántes habia servido á Jonás, y, ya arrellanado en él, dijo al preso:

—Durante mi enfermedad han mejorado tu encierro, y en verdad que has ganado mucho.

—Os lo agradezco, señor marqués.

—¡Bien! Se desplegaron tus labios por fin, y me hablas como debe hacerlo el miserable que se halla ante su señor. No me extraña; la luz del sol reanimó tu débil y ruin espiritu, oyes el embate de las olas, el canto de las aves marinas y puedes decir lo que el cautivo de Medina: «No volveré á él jamás, pero ese ruido me grita constantemente que hay un mundo cubierto de séres vivientes, de árboles y de encantos naturales.»

—Pues no se me habia ocurrido semejante idea.

—¡Qué animado estás y que bárbaro!

—Como siempre.

—¿No variaste?

—Lo ignoro; el bruto, como me llamais continuamente, no sabe distinguir.

—Y tengo razon.

—No os la quitaré yo.

—De hacerlo te mandaria cortar la lengua.

—Poco sería el daño, que para nada me sirve.

—¿Quieres explicarme la causa de tan extraña metamorfósis?

—Continuad, señor marqués, divirtiéndoos conmigo. Me nombrásteis vuestro cómico predilecto y desde hoy empiezo á desempeñar mi papel todo lo mejor que puedo. Durante la representacion de esta mañana sabreis el motivo de mi cambio.

—¿Con quién has hablado en los cinco dias que van trascurridos?

—Unicamente con Jonás de Alaejo, vuestro amigo íntimo.

—¿Me lo juras?

—Por el Dios que nos oye.

—¿Puede fiarse un noble de un miserable como tú?..

—Entre mis muchos defectos no apareció nunca el de embustero y ménos el de perjuro.

—¿Lo dices con seguridad?

—Cuando no quiero hablar, callo; cuando afirmo, digo la verdad; cuando pongo á Dios por testigo, me hallo tan cierto de lo que expresa mi labio como de que existo, gracias á vuestra piedad.

—No, á que te necesito para que me diviertas en el aislamiento á que voluntariamente me condené.

—Me es igual.

—Te dejo en esta prision si efectivamente me pruebas que reconoce tu cambio una causa justificada.

—La hallareis completa durante la representacion de esta comedia, me dejeis ó no aquí.

—¿Luego tienes empeño en que lo sepa?

—Sí.

—¿Consiste en el cambio de calabozo?

—No.

—Entónces, si no mientes, debe ser en lo que te haya dicho Jonás.

—Lo acertásteis.

—Habla.

—Lo haré. Hoy, marqués, nos vamos á divertir los dos en esto que llamais teatro.

—¿De qué manera?

—Hablando; hasta ahora fuísteis vos sólo; en esta ocasion nos toca á ambos; por eso se desplegaron mis labios.

—¿Con que los desunió?..

—Jonás, vuestro amigo íntimo.

—¿Deseas morir?

—Há mucho tiempo que suspiro por ese anhelado instante.

—Lo suponia, y por eso vives. ¿Qué te dijo Alaejo?

—Que os estima mucho; su lealtad é interes por vos asombra. Cuando al amanecer escuchaba yo el ruido que producian las pisadas de su caballo en direccion de Cartagena, me dije...

—¡Qué sabes tú donde ha ido!

—Además de que él me enteró, habeis de saber que los marinos comprendemos fácilmente la ruta que llevan los viajeros por el sonido más ó ménos lejano que puedan hacer.

—¿Y qué te decias?

—Me dije, repito: ¡Qué amistad tan sincera la de Jonás, respecto del marqués! El nunca fué bueno para los demás, pero en tratándose de Altacima varía por completo.

—Así es la verdad.

—¡Yo lo creo! Mientras vos permaneceis encerrado en esta torre divirtiéndoos conmigo, él salta al buque que le tienen preparado en el puerto de Cartagena, y corre hácia Venecia como el águila por el éter.

—¡Mientes!

—Lo dijo él y expresaba la verdad.

—Te engañaba para atormentarte.

—Era á vos al que ocultaba su intento, de lo cual tengo pruebas.

—¿Tú?

—Sí, me las enseñó.

—¿Qué pruebas son esas?

—Sí ántes os dignáseis permitirme que continuara...

—No tengo inconveniente; la farsa me va gustando y veo en ella la mano de mi amigo Jonás, que *coje y siembra.*

—Decía que el hábil y diestro Jonás navegaba en un buque de la marina real ó de la mercante, cuya tripulacion le es completamente adicta. En esa galera llegará á Venecia, presentándose inmediatamente al Dux y luégo á Otilia de Sandoval. Como todos creen que he muerto, inclusa la desgraciada sobrina de Lerma, su tio la rogará, en un bien trazado escrito, que se consagre á Dios y vuelva á España, donde podrá entrar en un monasterio y llegar á ser querida y respetada de todos, olvidada su falta y cierta la admiracion de extraños por su edificante celo y piadosa conducta futura.

—Magno, te has convertido efectivamente en farsante, y como quiera que tu invencion no es de mi agrado, para divertirme de algun modo voy á mandar que te den quince palos.

—Os he dicho ya parte de la verdad; juro, por el Dios Santo que nos oye, que he visto la carta dirijida á Otilia, escrita por el duque, sellada con sus armas; y leí además en el rostro de ese villano que era cierto cuanto expresaba su inmundo labio; pero si os molesto volveré á enmudecer para siempre.

—No; continuemos la comedia.

—Como gusteis.

—¿Y qué tiene de extraño que el tio pretenda traer su sobrina á Madrid, y ménos el que haya encargado á su secretario particular mision tan importante? ¿Ignorais, por otra parte, marqués de Altacima, que Jonás de Alaejo ama con frenética pasion á Otilia de Sandoval? ¿No os hicieron comprender los acontecimientos que vuestra boda fué propuesta por él, con la doble idea de aprovecharse más adelante de la antipatía y hasta del odio que os tuvo siempre la sobrina del favorito? Vuestra mirada fria y penetrante ¿no logró distinguir el doble juego del secretario? Pues llegó el instante en que os diera la *zancadilla* al valido y á vos. Jonás arrancará á Otilia de Venecia, empleando al efecto la carta que lleva del duque, toda su habilidad y destreza, recurriendo á la fuerza

en el caso de que aquellas no le basten. Ya en su poder la deliciosa dama, haciendo uso de un narcótico, empañará su honor y castidad, y ni él ni ella volverán á España. En su lugar os quedo yo para divertiros y entreteneros; él se cansó ya de este teatro y busca nueva distraccion, llena de emociones y de encantos. Dejadlo que en brazos de aquel ángel recorra los mares, cruce el mundo, se ria y burle de vosotros; yo, entre tanto, con mi rostro demacrado, lánguida mirada, fiebre...

—¡Basta, hombre funesto! Si eso fuera verdad, ¡ay de Alaejo, ay del miserable que honré con mi amistad y cariño! ¡Una prueba; dame una prueba al instante, ó te mando sacar la lengua!

—Jamás obedecí á la amenaza.

—Villano, ¿comprendes lo que puedo hacer contigo?

—Ese furor sólo me inspira desprecio.

—Tus mentiras de hoy te han de amargar el resto de la vida.

—Os dije la verdad; para comprenderlo así bastaba la simple exposicion de los hechos; sois tonto ó nécio, marqués. Tardé en hablar, pero al hacerlo debia necesariamente herir vuestro corazon, sembrando en vuestra alma el odio, los celos y la envidia. De que es cierto lo que expresé, vos teneis la prueba en el camino que lleva Jonás y en lo que os haya dicho sobre su último viaje, en la carta que á mí me enseñó, y hasta en algunas de las frases que me ha dirigido. «Díselo al marqués,—exclamaba;—no te hará caso, y áun cuando sucediera lo contrario, será tarde, que me espera el buque en el puerto y volaré como el ave marina.» Yo ignoraba tambien la pasion de ese hombre; jamás creí que el miserable lacayo de Lerma osara alzar la vista hasta la sobrina de su señor. El malvado nos engañó á todos, disimulaba como consumado hipócrita, y sólo desplegó los labios cuando juzgó que debia hacerlo. Y sin embargo de su prudencia, se vendió temprano. Tanto me aborrece, tanto me odia, que al despedirse de mí por última vez vació en mi alma todo el veneno que le queda-

ba en la copa. Yo lo acepté y os ofrecí una parte, marqués: aún no es tarde; id á Cartagena, que desde aquí á Venecia hay muchas leguas y os será fácil alcanzarlo. Sólo horas os lleva de ventaja, y esas se ganan corriendo, ¿lo entendeis? corriendo. Estoy seguro que él sigue embarcado hasta Venecia; partid vos á Génova, andad el resto por tierra, y le aventajareis en dos dias por lo ménos. Ninguno de los dos sois dignos de Otilia; pero entre el marqués de Altacima y el criado de Lerma no hay vacilacion posible. Si el menguado se apodera de ella, arrancársela vos: ya que no puede ser mia, que no la infame al ménos ese asqueroso reptil.

—¡Le he dado yo sin saberlo,—exclamó el marqués con ira, creyendo ya cuanto le decia el *Dragon*,—hasta una gran parte del dinero que lleva! ¡Me engañó, mas juro que ha de costarle la vida! ¡Qué hipocresía, qué cinismo!

—Discurre bien; desarrolló admirablemente su pensamiento, pero al ir á realizarlo se vendió; la Providencia es justa.

—Me dijiste que la muerte era ménos cruel que la vida á que te habia condenado Jonás; ¿es cierto?

—Sí.

—Me ofreciste hablar, y has cumplido tu palabra.

—Jamás falté á ninguna.

—Tomaste parte por primera vez en la comedia, desempeñando tu papel admirablemente.

—Os lo dije al principio, y yo nunca miento.

—¡Pues yo te juro que la farsa empezada por Alaejo acabará en tragedia!

—¡Sea lo que Dios quiera!

—¿Es sincera tu conformidad?

—Yo no aprendí á fingir; soy la antítesis de Jonás.

—Está bien, Magno. Hasta la eternidad. Duerme tranquilo, que Otilia no será nunca de Jonás.

Al expresar sus últimas frases el marqués lo hizo en tono de profecía, y alzando la mano derecha salió de allí, mandando cerrar la puerta con cerrojos y candados.

El *Dragon* le miraba con ojos espantados; al perderlo

de vista y quedarse solo elevó su mirada al cielo, exclamando con dolor:

—¡Dios mio, no permitais que aquel ángel sea pasto de ninguno de esos *grajos!* ¡Cúmplase la sentencia que acabo de leer en las frases de Altacima: muera yo, pero salvad, Padre mio, el honor de tan casta vírgen! ¡Perezca Magno, mas velad por un sér que no os pudo ofender jamás! ¡Si sucede lo contrario, Melenik habrá tenido la culpa! ¡Yo preví el caso, y por haberme desobedecido el georgiano!.. ¡Quién sabe; la misericordia de Dios es infinita! ¡Cúmplase tu voluntad, Señor!

E inclinó la cabeza sobre el pecho con la resignacion de un mártir, volviendo á murmurar:

—Ya hice cuanto pude; el marqués disputará su presa á Jonás, y en la lucha entablada por ambos no puede perder mi Otilia. ¡Mi Otilia!

Y surcaron varias lágrimas sus descarnadas mejillas.

CAPITULO XXXV.

Altacima y Jacinto.—Los dos anteriores y el vigía.—Cierran el cuadro las declaraciones de Sergio.—Principia la tragedia.

Salió el marqués de la prision de Magno, diciendo á Jacinto:

—Cierra, guarda la llave y sígueme. ¡Vuela!

El confidente le obedeció; cuando ambos llegaron al piso principal de la torre, se volvió de pronto el amo, preguntando á su criado:

—¿A qué hora dices que partió Jonás?

—Poco después de las cuatro.

—¿Ni áun preguntó por mí?

—No se cuidó de vos para nada.

—¿Qué camino tomó?

—Lo ignoro, señor.

—¿Pero alguno le veria marchar?

—Sí, señor; el vigía.

—Avísale, que se me presente al momento. Oye ántes, Jacinto; tú jamás tuviste otra voluntad que la mia.

—Siempre hice lo que vos me mandásteis.

—Si yo exigiera de tí una prueba de lealtad y amor hácia mí, ¿me la darias?

—¿De qué se trata, señor?

—De poca cosa; el asunto se reduce á dar una puñalada, sin peligro alguno de parte tuya.

—Eso ya es grave; ¿quién es la víctima?

—Un pobre preso á quien se hace un favor quitándole la vida.

—¡Magno! Lo habia sospechado.

—¿Nos oiste?

—Me mandásteis que estuviera cerca de la puerta.

—Demos por hecho que es el *Dragon*.

—Si no es más que eso, me encierro con él y yo lo hago todo... ¿Tendré recompensa?

—Cincuenta ducados.

—Contad conmigo, señor.

—Que venga el vigía, y no te alejes mucho de aquí, que necesitaré de tí. ¡Vuela!

Salió Jacinto, pero léjos de obedecer á su amo en lo de caminar de prisa, que aquél le mandó, iba despacio y llevaba el rostro contraido, vaga y sombría la mirada, y tan entregado á una idea fija, que tropezaba con los muebles y los quicios de las puertas. Cerca ya de la parte más elevada de la torre se detuvo para exclamar:

—Yo necesito poseer á María; tiene ella mil ducados y vale más que el marqués y que todas las mujeres del universo. Me decido. Aguardaré la ocasion, y como la encuentre... ¡Vaya si la hallaré! Hay un enredo en esta casa que ha trastornado el cerebro del marqués, y no abrigo duda alguna de que á la postre saldré adelante con mi empresa.

Seguidamente llamó al vigía, llevándolo á la estancia donde se hallaba su señor.

—Acércate,—le dijo Altacima;—te voy á hacer varias preguntas, y es indispensable que recuerdes bien y me contestes con toda exactitud; de lo contrario, ¡ay de tí, vigía!

—Señor, ¿en qué he podido faltar?..

—No es eso; concrétate á contestar: di, ¿acompañaste hoy á Jonás de Alaejo?

—Sí, señor; me estaba vistiendo cuando oí que llamaba, y acudí á sus voces.

—¿Qué te dijo?

—Me dijo: «Coge esa luz y guíame abajo, que quiero partir al instante.»

—¿No te preguntó por mí?

—No, señor.

—Continúa.

—Le obedecí, montó á caballo y desapareció.

—¿Nada te encargó?

—Mandóme que le bajara el puente, y, picando á su potro, marchó sin darnos ni decirnos nada. ¡Ah! Una cosa se me olvidaba.

—Habla.

—Me preguntó por el camino de Cartagena.

—Pues era lo más importante. Prosigue.

—Entró por él, y avanzando, fué poco á poco perdiéndose de vista. Yo subí al extremo de la torre, segun me está prevenido, y desde allí pude distinguirlo de nuevo.

—Perfectamente. ¿Le seguiste con la mirada?

—Sí, señor.

—Me alegro. Habla.

—Empezaba á amanecer, y segun corria iban apareciendo los rayos del sol, que me lo presentaban, ya descendiendo una colina, ya subiendo por otra, á escape tendido y como una exhalacion. Bien sabeis que el camino es muy malo, por lo cual creí que se estrellaba; pero no sucedió así; en pocos minutos llegó al puerto, cruzó por él, desapareciendo como un relámpago. Estoy seguro que hace más de dos horas llegó á Cartagena.

—¿No ha podido dirigirse á otra parte?

—¡Imposible! No me queda duda alguna que entró en la ciudad, á no estrellarse en su precipitada carrera.

—Está bien; sal, y continúa en tu puesto.

Marchó el vigía, quedando el marqués en medio del salon, con los brazos cruzados y la cabeza inclinada.

—¡Me ha engañado!—exclamó de pronto.—¡Me robó dos mil ducados, y ya en estos instantes se dispone á partir en busca de Otilia! ¡Sí; mandaria á su criado á Cartagena con órden del duque para que le dispusieran un barco, y ahora se estará haciendo á la vela! ¡Maldito, yo me vengaré! ¡Me encuentro bueno, que es lo principal, y pronto le he de seguir! ¡La idea es como suya, pero las consecuencias han de ser como mias; él la roba, yo se la quito á él, lo tiro al mar de cabeza, y Otilia!.. ¡Qué gran pensamiento! En recompensa de habérmelo inspirado Magno, daré la órden para que lo maten; eso es mejor que la vida á que estaba condenado. Bien; discurro admirablemente, más el asunto es grave y necesito asegurarme mucho para evitar una imprudencia ó torpeza que pudiera comprometerme.

Y oprimió un timbre, á cuyo sonido apareció Jacinto, preguntando:

—¿Qué mandais, señor?

—Acércate. Probablemente me decidiré porque muera Magno; me da ya lástima la vida á que le sentenciaron, y es preferible matarlo, pues de ese modo deja de padecer. ¿Qué opinas tú?

—¿Yo? Que hagais lo que mejor os parezca.

—Sí; más tarde lo trasladas á su antiguo encierro, pues quiero yo presenciar el acto desde el balcon que comunica con su primer calabozo; después lo metes en un saco con piedras, y lo arrojas al mar, siempre delante de mí. ¿Qué te parece?

Jacinto meditó algunos segundos, replicando:

—Para esa operacion necesito que me acompañe Sergio.

—No es mala idea; aprobado; pero luégo que hayas concluido dejas al confidente de Jonás en lugar del *Dragon*. Pueden servirle las mismas cadenas, paja y luz, si bien le entras diariamente una racion y agua suficiente, ínterin regresa Jonás. Ese hombre no debe salir de la torre ni estar entre mis criados, por cuya razon reemplazará á Magno. ¿Lo has comprendido bien?

—Sí, señor.

—Yo saldré probablemente hoy para no volver más á la torre, ó en caso de verificarlo tardaré mucho.

—¿Os voy á seguir, señor marqués?

—Mucha falta me vas á hacer, pero es indispensable tu presencia aquí, ínterin yo permanezca en el extranjero.

—¡Tan léjos vais!

—Sí, Jacinto, muy léjos; mas la afirmativa es prematura; me falta aún examinar al confidente de Alaejo. Si éste confirmara la verdad que temo, entónces saldré inmediatamente, dándote ántes las instrucciones necesarias. No perdamos tiempo; busca á Sergio, y tráelo á mi presencia.

Salió Jacinto, dejando á su amo inquieto, desasosegado é impaciente; empezaba á ver claro el engaño de Jonás, comprendia que se burlaba de él con cínica insolencia, y principió á dar cabida en su pecho al odio, rencor y venganza del modo que solia verificarlo el iracundo marqués. Quedó, como hemos dicho, agitado; paseaba por el salon en que se hallaba, apareciendo su rostro encendido, lívidos sus labios é incierta y terrible la mirada.

Jacinto halló á Sergio, y le dijo:

—Manda el marqués, mi amo y señor, que te lleve á su presencia.

—¿Qué acontece, Jacinto? ¿Me van á recetar otros veinte palos?

—Lo ignoro; tú sabrás si has dado ó no motivo para merecer ese castigo.

—¿Es indispensable acaso en esta torre que la causa justifique el hecho para que la víctima sufra? No; con amo como el tuyo y confidente tan solapado y bribon, todo se puede esperar, todo se debe temer.

—Por lo visto llegaste tú á esta fortaleza guiado por la virtud, defendiendo la justicia y en alas de la caridad. ¿Es cierto?

—Yo vine obedeciendo al dignísimo amigo del marqués; y áun cuando la accion fuese reprensible, jamás comprometí á ningun compañero ni delaté á mis amigos.

—¿Ya olvidaste que el marqués nos espiaba y que oyó tus frases?

—Si tú hubieras apoyado mi disculpa...

—Lograria que me dieran otros veinte palos. ¡Gracias! Sirvo al marqués desde niño, le soy leal, y no haré nunca cosa contraria á su intento.

—Jacinto, yo puedo hacerte rico, muy rico...

—Basta; obedece la órden del marqués, y sígueme.

—¡Qué torpe eres, qué nécio! ¡Pronto recibirás la recompensa, bellaco!

—¿Me insultas, me amenazas?

—Sí; vé delante, leal confidente; hoy me toca seguirte y obedecerte; mañana será otra cosa.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que no hay plazo que no se cumpla ni deuda que no se pague.

—Me asustó el refran y creo que peligra mi vida, Sergio.

—Acaso.

—Eres tú poco hombre para mí, mal *Estudiante.*

—Ello dirá, Jacinto.

—Ello dirá, Sergio. Entra, que ahí está el señor marqués.

Y descorriendo una cortina el uno, entró el otro, hallando á Altacima sentado en el sillon, con la vista baja y el rostro contraido. De pronto alzó la cabeza, y, mirando fijamente al confidente de Jonás, le dijo:

—Creí que habias marchado con tu amo.

—Con mi amigo Jonás, querreis decir.

—Lo mismo da.

—Pues no; me ha dejado aquí.

—¿Qué causa?..

—La ignoro.

—¿No te habia hablado de un viaje largo en que debias servirle de mucho?

—Sí, señor.

—En eso me fundaba para creer que estarias á su lado en este momento, camino de Venecia.

—Antes de salir de Madrid me ofreció llevarme á esa república, cruzar mares, recorrer tierras y gozar mucho. Me lo repitió durante nuestro viaje, y áun en este castillo confirmó su idea; pero llegó el momento dado, le rogué, exigiéndole luégo el cumplimiento de su palabra; mas todo fué inútil. Ha partido, dejándome en esta torre, donde nada tengo que hacer.

—¿Te diria el motivo?

—No, señor.

—Eso prueba que le estorbabas cerca de una dama que él va á robar.

—¡Puede ser!

—¿Ignoras la idea que le lleva á Venecia?

—Sólo me dijo que realizariamos en esa ciudad una gran empresa; nada más.

—¿Crees que haya ido ahora á eso?

—Positivamente; pues, segun he oido, marchó hácia Cartagena, que era el punto de partida.

El marqués sabía ya lo suficiente; no le quedaba duda alguna de que era cierto cuanto le refirió Magno, y en verdad que no obró de ligero al dar asentimiento á aquella idea. Fué necesario que las declaraciones del vigía y de Sergio confirmaran en todas sus partes la denuncia del *Dragon*, para que él creyera. En cambio la ira y el despecho se apoderaron de su alma, y en estos instantes meditaba un plan que debia realizar inmediatamente. El pensamiento de Magno de salvar á Otilia, excitando la envidia, celos y coraje del marqués, fué tan acertado como oportuno.

Altacima alzó de pronto la cabeza, diciendo á Sergio:

—¡Basta, digno compañero del más miserable de los hombres! ¡Retírate!

—Yo no tengo la culpa de que Alaejo os haya podido faltar; á mí tambien me ha engañado...

—Te conozco, Sergio, y sois el uno digno del otro. ¡Sal!

—Señor marqués, si me permitiérais...

—Abrevia ó teme mi furor.

—Desearia volver á Madrid...

—Lo creo, pero ya en mi poder, te quedas en la torre hasta que el diablo te saque de ella; y cuenta con lo que haces, porque te va la vida. Marcha á tu habitacion y espera en ella mis órdenes, que te haré aguardar poco tiempo.

—¡Voto á!..

—¿Qué?

—Nada, nada.

Y el *Estudiante* salió de allí, oprimiendo los puños y bramando de ira.

—Bien,—exclamó el marqués;—te he conocido á tiempo, y quedarás inútil para que tu coraje pueda abortar sus naturales consecuencias. En cuanto á tí, Jonás de Alaejo, hoy mismo te seguiré, y he de llegar ántes que tú, seguro de quitarte dos cosas nada más: tu amada y la vida. El pensamiento era bueno; yo lo realizaré por tí, y si logro traerme á esta torre á aquella deliciosa mujer, entónces habré ganado mucho con el descubrimiento de tu villana traicion.

Y alzando la voz, gritó:

—¡Jacinto!

—¿Qué mandais, señor?

—¿Podrá oirnos el *Estudiante?*

—Le ví dirigirse á su habitacion.

—¿Estás seguro?

—Muy cierto.

—Avanza. Más aún. Oye bien: á las dos pienso comer, y todo lo más á las cuatro, abandonaré la torre por mucho tiempo, segun te dije ántes. Bien quisiera llevarte, pero me es imposible, toda vez que necesito dejar aquí una persona de mi absoluta confianza, y tú eres el único que merece esa honra. ¿Puedo contar contigo?

—Sí, señor.

—Muy bien; entremos en detalles: no puedo prescindir de que mates á Magno, dejando en su lugar á Sergio; y es lo peor del caso que no me es dado ofrecerte uno que te ayude á la realizacion de ambas cosas.

—¿Para qué le necesito?

—¿Te atreverias tú solo?..

—Sí, señor.

—Sepamos el medio de que te vas á valer.

—Traslado al *Dragon* á su antiguo calabozo, ayudado por Sergio. Cuando ya esté sujeto, atravieso de una puñalada su corazon; lo vuelvo á soltar, y, auxiliado por el *Estudiante*, lo meto en el saco. Luégo doy al Sergio un golpe en la sien con el mango de mi daga, y, ya sin sentido, lo amarro en la forma que estaba Magno. Seguidamente ato el saco, me lo echo al hombro, y á presencia vuestra lo arrojo al mar. Debajo del balcon de piedra hay bastante agua; llevará una peña, y pronto le vereis desaparecer en el fondo del abismo, de donde no volverá á salir. ¿Qué os parece?

—No está mal eso; pero ¿y si el *Estudiante* cae sobre tí?

—¡Imposible!

—¿Por qué?

—Está indefenso, y yo armado; me teme además, y he de aprovechar, por último, el momento en que se incline para meter el cadáver en el saco, y entónces le doy el golpe en la sien.

—Bueno; cerca estaré yo con un par de pistolas por lo que pudiera acontecer.

—Serán inútiles.

—Me alegraré. Vamos con la segunda parte: acto continuo partiré yo, como te he dicho ántes, quedándote tú de jefe en la torre; los soldados y guardas pueden trabajar de dia, encerrándose de noche aquí por lo que pudiera acontecer. Si alguno sospechara, destruyes la idea, primero con razones, si éstas no bastasen, con palos, encerrándolo en un calabozo á último extremo. Cuidas de Sergio en la forma que te dije ántes; y, en caso de necesidad, quedas facultado para que vaya á hacer compañía á Magno. Ese ha de ser su término, pues el tal *Estudiante* sabe mucho y no nos conviene que hable. ¿Entiendes?

—Sí, señor.

—Al fin de cada semana vendrá el antiguo mayordomo de mi padre, residente hoy en Cartagena, que os pagará, retirándose otra vez, pues quiero que tú sólo mandes aquí. Al

partir yo, Jacinto, nádie sospecha de nosotros; procura que al regresar suceda lo mismo. Si te encontrases un dia con el duque de Lerma ó con algun representante suyo, contestas á las preguntas que te hagan que Jonás se llevó un preso desconocido por tí, y que al saberlo yo corrí indignado en busca de los dos. Ni más ni ménos. El asunto de Magno se ha complicado bastante, y es preciso usar de mucha cautela.

—Señor, ¿y si traen fuerza armada, reconocen la torre y encuentran á Sergio?

—Tienes razon; ese hombre es una rémora.

—¿Me permitís que yo arregle este negocio?

—¿De qué modo?

—Puesto que así lo quereis, mataré á Magno á presencia vuestra. Seguidamente daré un golpe á Sergio con la punta de mi daga, en vez de dárselo con el mango; arrojo el primero al agua, y luégo, si no está bien acabado el *Estudiante*, yo me entenderé con él, quedando por la noche, y cuando todos se hayan acostado, en compañía del *Dragon*, pero en saco diferente. ¿Os parece bien?

—¿Te atreverás con los dos?

—Dada la primera puñalada, me es indiferente que sean dos.

—Aprobado. ¿Qué necesitas?

—Traer una daga que tiene Leto en su casa de temple y filo admirables.

—¿Podrá inferir?..

—Nada absolutamente; él está aquí, le convidaré á comer conmigo para que no salga de la torre, y yo iré por ella á su cabaña, volviéndola á dejar en el mismo sitio.

—Cuidas más tarde de limpiar la sangre y que no quede rastro alguno.

—Marchaos vos después de arrojado Magno al abismo, que luégo irán Sergio, las cadenas y la paja al mar; lavaré la sangre, sin dejar otra cosa que el recuerdo de lo pasado para vos y para mí.

Jacinto acababa de dar á tan terrible negocio la solucion

que á él le convenia para fines ulteriores. El marqués no adivinaba, y se contrajo á contestarle con alegría:

—Sea, y cuenta, no con cincuenta ducados, sino con ochenta.

—Gracias.

—A mi regreso recibirás cien más de regalo.

—Mucho os lo agradezco, señor.

—Si aquí no ocurre nada, como supongo, y yo me viera obligado á ir á Madrid ó algun otro punto de España que no sea la torre, te avisaré para que continúes á mi lado.

—Eso deseo; ¿qué hago de esas mujeres que trajísteis de Alicante?

—Pagadas están por lo que queda de mes; que partan mañana al amanecer.

Quedó Altacima dando instrucciones á Jacinto, que aquél escuchaba con interés. Al terminar, exclamó el marqués:

—Puesto que nada más me resta decirte, manda á Leto que ayude á servirme la comida, y parte tú á su cabaña en busca de esa daga que necesitas. Luégo trasladais el preso á su antiguo calabozo, y cuando todo esté corriente, me avisas.

—¿Mando disponer vuestro equipaje y caballo?

—Sí; iré en el *Moro*.

—¿Nádie os acompaña?

—Nádie: conozco el camino, y deseo que ninguno se entere del punto donde parto.

—Miéntras comeis yo lo haré todo. Hasta luégo, señor marqués.

Salió Jacinto, dando la órden para que preparasen á Altacima su maleta y el potro negro. Luégo encargó á Leto que pasase al comedor, y acto continuo entró en su alcoba, proveyéndose de una tremenda daga que tenía en el baul.

—Si obedezco al marqués,—se dijo,—hendiendo el arma homicida, pierdo á María. La pierdo, sí, que á esa mujer la defienden su padre y los guardas y soldados que hay en la torre; y áun cuando yo quedo de jefe, no puedo con todos. Tiene, además, ese maldito perro, que no la dejará un instante, y, aleccionada con la escena de anoche, me lo embestirá al primer

movimiento mio; y con esa fiera tampoco puedo yo. ¡Oh, para que sea mia la hermosa campesina es indispensable obedecerla, salvar á Magno, y entónces incondicionalmente seré su poseedor! ¿Me faltará? Creo que no; tiene una firmeza de carácter y una voluntad como yo no ví en mujer alguna. Dueño ya de ella y de sus mil ducados, no me importan las consecuencias que lleve en pos la libertad del *Dragon*. Cuando me parezca huiré con ella á sitio donde á nádie le sea fácil dar con nosotros. El paso, no obstante, es muy grave, y primero debo exigirle la última prueba. Sí; estoy decidido. Corro á su cabaña, segun cree el marqués en busca de esta daga, y realmente por una seguridad que me es indispensable.

Y desapareció de la torre, volviendo á los pocos minutos.

El marqués se guardó el poco oro que le habia dejado Jonás, fijando en su cinto instantes después un par de pistolas. Luégo entró en el comedor, diciendo á Leto:

—¡Que me sirvan la comida, y ayúdales tú, que me complace verte cerca de mí!

Algo más tarde comia, aparentando una calma y tranquilidad que contrastaban con la tormenta en que yacía su corazon.

CAPITULO XXXVI.

Magno y Jacinto.—Sergio, la piedra y el saco.—Momentos críticos.—El marqués y la muerte.—Se realiza la idea del Dragon.

Regresó Jacinto á la torre sudando, agitado y decidido á cumplir en parte el deseo de Altacima, y en un todo el pensamiento que habia concebido, caso de que la suerte le ayudara. Apasionado y loco pretendia engañar al marqués en su misma presencia, enseñándole por realidad lo contrario de lo que aquél deseaba principalmente. Era muy difícil la realizacion de su idea, pero, como el enamorado no halla imposibles, cási en un principio de demencia corrió á la prision de Magno, quedando parado á la puerta para cobrar aliento.

—¡Falta aire á mis pulmones,—exclamó;—estoy fatigado, trémulo, y el lance no es para aturdirse, Jacinto! Descansaré.

Luégo que lo hizo, abrió el calabozo, encerrándose con Magno.

Se hallaba el preso sentado en su sitial, desvelado, y pensaba en aquellos momentos en los efectos que debian producir necesariamente en el marqués las noticias que él le habia dado. Al ver entrar á Jacinto latió con violencia su corazon,

aquel corazon que llevaba un mes quieto, cási inanimado, que nada le habia dicho, que parecia muerto en la completa paralizacion de sus latidos.

—¡La muerte ó la vida me anuncias, corazon mio!—exclamó para sí.—¡Cúmplase la voluntad de Dios!

Y clavó en Jacinto una penetrante mirada.

Aquél le dijo:

—Cuentan que eres valiente y que sabes disimular cuando te conviene.

—No te han engañado.

Le contestó el *Dragon*, profundizando su inteligente mirada.

—Pues yo te digo que te han sentenciado á muerte.

—Lo habia supuesto. ¿Eres tú mi agonizante?

—No; tu salvador, si me ayudas.

—¿Qué te propones?

—Librarte de perecer.

—Pon condiciones.

—Ninguna; que me obedezcas en lo que te mande miéntras estés en la torre.

—¿Te entendiste con Sergio?

—No.

—Explícate.

—Me falta tiempo, y debo abreviar. Oye: te voy á llevar á tu antigua prision; allí quedarán las cadenas amarradas á la pared, pero tú suelto, tendido sobre la paja y fingiendo que te hallas aprisionado. Más tarde entraremos en el calabozo Sergio y yo, provistos de un saco: á la vez se asomará el marqués al balcon que ya conoces. Mi compañero, obedeciendo mi voz, se inclinará como para soltarte, en cuyo instante le daré yo dos puñaladas, una que me mandan dirija á él, y otra que debias tú recibir. El exhalará un ¡ay! postrero; tú lanzas otro fingido; te untas el costado izquierdo con la sangre del *Estudiante*, y quedas sin movimiento y aparentando que estás cadáver. Eso es todo. Meteré á Sergio en el saco donde tú debieras ir, lo arrojaré al mar, el marqués partirá á Cartagena,

y cuando lo haya verificado saldrás tú de la torre incondicionalmente. ¿Aceptas?

—Sí; leo en tu rostro que dices la verdad; pero ¿qué me exiges, qué quieres después?

—Nada; una persona que te debe honra y vida se encarga de pagarme. Oculto su nombre porque me lo ha mandado así.

—¡Ah!..

Magno pensó que Jacinto estaba ganado por alguno de sus amigos, y por primera vez, en los treinta dias que llevaba prisionero, apareció en sus labios una sonrisa que bien pronto ahogó la siguiente idea:

—Pero estando el marqués delante,—dijo,—verá la farsa, y te habrás perdido sin ganar mi vida.

—No lo creas; la luz será opaca; él mirará desde el balcon, y al dar yo la segunda puñalada romperé el farolito; ínterin lo enciendo, pasas á Sergio á tu sitio, quedando tendido en el que aquél ocupaba. ¿Comprendes?

—Sí.

—Tengo muy bien estudiado mi plan, y si tú me ayudas nada se opondrá á mi deseo. Altacima se halla, por otra parte, agitado, fuera de sí, tiene confianza en lo que yo le digo, y sólo verá lo que á mí me acomode. No perdamos tiempo: ¿me juras contraerte exclusivamente á hacer lo que te he mandado?

—¡Por el Dios Santo que nos oye, por lo que más amo en la tierra, te lo juro!

—Está bien; salgamos.

Jacinto abrió el candado que sujetaba la cadena, y cogiéndola por el extremo, dijo á Magno:

—Vé delante.

De este modo llegaron al primitivo calabozo, que abrió el confidente del marqués, añadiendo:

—Ahora te quito del todo la cadena y la fijo en la argolla. Esto es. Echate. Adoptemos la postura, y aguarda en ella, pues no debemos tardar mucho. Bien estás. Coges la cadena

debajo del cuerpo, y de ese modo aparentas estar sujeto, cuando en realidad es á la inversa. Tengo mi plan bien arreglado, y supongo que podré realizarlo; mas por si sucede lo contrario, traeré dos dagas; coges una, y nos abrimos paso por medio de los criados del marqués. ¿Te atreverás?

—Muy débil estoy, y en verdad que las fuerzas me abandonaron; pero si llegase ese extremo iré delante de tí, y hasta juro defenderte con mi cuerpo.

—Muy bien; dicen que eres valiente hasta la temeridad; tampoco yo soy cobarde; de lo que infiero que si el marqués me descubre, pasaremos por encima de él, pese á su intento y defensores. Supongo que tú, tan caballero, segun cuentan, cumplirás tu juramento sin darme motivo alguno de arrepentimiento...

—No prosigas; Magno el *Dragon* jamás falta á su palabra. ¿Crees, por ventura, que me costaria gran trabajo, suelto como estoy, desarmarte y salir de la torre, abriéndome paso á puñaladas? ¿No merecian los malvados que me encerraron aquí sin causa ni motivo, que saliera por encima de ellos? ¿No está esa puerta entornada y ni me he movido siquiera de la postura en que me colocaste?

—Tienes razon; perdona mi duda, y cuenta en lo sucesivo con mi absoluta confianza. Marcho á preparar á Sergio; de ese voy á ser su verdadero agonizante.

—Di, Jacinto, ¿no habria medio de salvar su vida?

—No.

—Lo siento.

—Te advierto que es un bribon mayor, si cabe, que Jonás.

—No importa; si te fuera dable defender su existencia, yo te recompensaria espléndidamente.

—No pienses en eso. Gracias que de los dos pueda salvar á uno, y ese, en caso afirmativo, debes ser tú.

—Hiérele, y puesto que el marqués se va, después le curaremos nosotros.

—¡Eso es! En el fondo del mar, donde debo echarlo á presencia de Altacima, le pondremos vendajes, ¿es cierto?

—Si no hay remedio, llena tu terrible mision, Jacinto, y que se cumpla la voluntad de Dios.

—Sea, y hasta luégo.

—¡La Providencia te inspire!

—No te muevas hasta el momento dado, ¿lo oyes?

—Sí.

—Valor y serenidad.

—Esos jamás me abandonaron.

—Vamos á jugar la vida, y es preciso ganarla.

—En lo poco que me es dable te ayudaré con acierto; que en medio de tanta desgracia como me rodea hace un mes, no tuve la de aturdirme ni la de perder un ápice de mi calma y sangre fría.

—Yo jamás me ví en lance como éste; pero me importa mucho salir bien de él, y la necesidad me prestará valor y acierto. Adios, que el tiempo avanza y el marqués espera.

—¡El cielo te ayude y proteja, ya que tiendes una mano bondadosa al que lleva treinta dias de un martirio horrible, como no sufriera ningun hombre!

Salió Jacinto, dejando la puerta con los cerrojos y candados que echaba de costumbre. Acto continuo cambió la linterna de que se habia provisto por un farolito que despedia luz débil, macilenta y opaca. Luégo cogió el saco y la piedra indispensable, dejando las tres cosas á la puerta de la prision. Seguidamente corrió en busca de Sergio, diciéndose por el camino:

—Ahora empieza la farsa, el fingimiento, la mentira. Veamos qué tal me porto.

Y entrando en la habitacion del *Estudiante*, prosiguió:

—¿Qué haces, Sergio? ¿Por qué tan triste y ensimismado?

—¿Me van á dar otros veinte palos?

—¡Vaya una manía ridícula! Al contrario; te traigo una noticia muy agradable. Esta tarde parte el marqués, me quedo yo de jefe en la torre, y mejorarás de situacion si, como espero, te haces digno de mi amistad y aprecio.

—Desde luégo; cuenta conmigo para todo.

—Bien sabes que el castigo impuesto por Altacima lo debiste á una torpe imprudencia tuya; pero olvida ya cosa que no tiene remedio; dejemos de pensar en el *ayer*, y ocupémonos del *mañana*.

—Aceptado; pero dime antés: ¿por qué marcha el marqués, qué acontece?

—Hombre, hay un misterio en su partida que no he llegado á comprender: sólo sé que esta mañana salió Jonás sin despedirse de él; luégo le hizo el preso revelaciones importantes, que confirmó el vigía, y más tarde tú, y eso es todo. Pero ¿qué nos importa á nosotros la causa? Nos quedamos en la torre con las alicantinas, tenemos dinero, habrá vino largo, meriendas y juego, y nos pasaremos una vida de príncipes. ¿Qué te parece?

—¡Chico, admirable! ¿Podré entrar y salir?..

—Cuando tú quieras.

—Hombre, me extraña que el marqués consienta en que á su partida quede yo en libertad.

—Me dijiste hoy que tú defiendes á tus amigos, que jamás vendes á tus compañeros, y yo, que soy tan buen camarada como el mejor, aguardé la ocasion de justificarte ante el marqués y de que vuelvas á su gracia.

—¿De qué modo?

—Marcha, segun te dije, y no quiere dejar á Magno vivo, lo cual es muy prudente y acertado. Me encargó á mí de despacharlo y de arrojar luégo su cadáver al mar; mas esta operacion es difícil, pesada, y yo la acepté, no obstante, á condicion de que me ayudase alguno. Se resistió, pues no quiere que sus demás criados y dependientes tengan conocimiento de Magno. Entónces fué cuando yo aproveché la oportunidad de hablarle de tí con frases que hubieras aplaudido de oirlas. Baste decirte que aceptó mi plan, y al acabar la operacion nos dará cuarenta ducados á cada uno, con más el mando absoluto de la torre á mí, y á tí el de la fuerza que la guarnece.

—Jacinto, desde este instante hasta el fin de mi vida seré tu más leal y cariñoso amigo. En prueba de ello te voy á hacer

una confianza: si hallásemos medio de salvar á Magno, áun cuando fuera matando á otro en su lugar...

—No continúes, Sergio. He trasladado el *Dragon* á su antiguo encierro, por órden del marqués, y éste presenciará su muerte desde el balcon que ya conoces, y luégo el acto de arrojarlo al mar. Cuenta que en la ocasion presente la más leve sospecha nos pierde á los dos; y ahora no se conformaria con mandar que nos den de palos; nos haria ahorcar de una almena.

—Yo lo decia porque Magno es muy rico, generoso...

—¿Y qué le hemos de hacer? A lo que no es posible...

—Tienes razon; muera él y salvémonos nosotros.

—Altacima cree que contribuyendo tú á la muerte del *Dragon* quedarán tus labios como un candado que nádie lo abrirá en lo relativo á la víctima.

—No se equivoca

—Para asegurar más su proteccion me obedeces en todo con suma exactitud.

—Corriente; si quieres que yo le dé...

—No; tú coges el saco y la piedra, yo la daga y el farol; te arrodillas sobre la paja, y en el instante que se vuelva para desatarlo tú, le clavo yo este acero hasta el pomo. Después lo soltamos, se mete en el saco, y cargas con él hasta arrojarlo al agua.

—Muy bien.

—Pues te advierto que va á ser inmediatamente.

—Cuanto ántes mejor. ¿Cuándo parte el marqués?

—En el momento que despachemos.

—Pues abrevia.

—Aguárdame al pié de la escalera del subterráneo.

—Allí me encontrarás inmóvil y dispuesto á todo.

—Hasta luégo.

Sergio se dirigió al punto indicado, y Jacinto al comedor, donde juzgaba hallar al marqués. El confidente de Altacima caminaba sonriendo de un modo extraño y fatídico. Este malvado era tan perverso como cualquiera de los tres: su amo,

Sergio y Jonás. Si libertaba á Magno era efecto de una idea tan egoista como criminal, toda vez que, siendo dueño de María, léjos de casarse con ella, no se le hubiera ocurrido otra cosa que perderla y robarle los mil ducados que aquella suponia tener. Bien confirmada se halla esta verdad en la sangre fría y hasta cinismo que demostró en la conversacion que acababa de tener con Sergio. Para Jacinto todos los medios eran buenos, siempre que condujeran al objeto; y los que concluia de emplear para seducir y asegurar al *Estudiante* eran horribles. Le habia ofrecido libertad, mando y goces, cuando sólo pensaba atravesarle el corazon de una puñalada tan traidora como salvaje.

Pero léjos de afectarle nada de aquello, llegó sonriendo al comedor, donde encontró á su amo sentado á la mesa; ambos se miraron, comprendiendo el uno que el otro le decia con la vista:

—Todo está preparado y dispuesto.

Luégo se acercó á Leto, que se hallaba de pié enfrente del marqués, y le dijo muy quedo:

—Hoy comerás conmigo, pues ha mandado nuestro señor que no salga ninguno de la torre hasta mañana. Cuando termines me aguardas en mi habitacion, para enterarte á la vez de un asunto que te interesa.

—Bien.

Le contestó el padre de María, y continuaron ambos en silencio.

Media hora después concluyó de comer Altacima, diciendo á sus criados:

—Retiraos, todos; quédate tú, Jacinto.

Ya solos, añadió aquél:

—¿Qué ocurre?

—Nada que merezca vuestro desagrado.

—Cuéntame lo que has hecho.

—Tengo, como veis, una magnífica daga que romperá hasta los huesos.

—¡Buena hoja parece.!

—No ha salido mejor de la fábrica de Toledo.

—Continúa.

—Magno está sujeto y encerrado en su antigua prision, y Sergio tan bien preparado, que me ayudará poderosamente, sin saber lo que hace, á que le atraviese el corazon con toda comodidad.

—¡Bravo, Jacinto! Noto con placer que discurres hoy admirablemente.

—Deseo ganar vuestro aprecio y los ochenta ducados.

—Jamás te ví tan sereno ni dispuesto á servirme.

—Porque nunca hice tanta falta á mi señor.

—Muy bien. ¿Con que está todo corriente?

—Todo.

—Pues no perdamos tiempo, que son más de las tres y quiero salir de aquí á las cuatro.

—Cuando gusteis.

—¿Qué dijo Magno al trasladarlo de prision?

—No desplegó sus labios.

—¿Te ayudó Sergio?

—Sí, señor.

—¿Dónde se halla ese bribon?

—Al pié de la escalera que conduce al subterráneo.

—¿Lo engañaste?

—Claro está. Le volvísteis á vuestra gracia por influencia mia, y va á recibir en el momento que despachemos á Magno cuarenta ducados, quedando al frente de la fuerza armada mientras permanezcais ausente, con libertad de entrar y salir cuando le acomode.

—¿Eso cree?

—Sí, señor.

—¡Qué sándio!

—Se lo expliqué tan bien y con colores tan vivos, que cayó en la red como el pescado más inocente.

—¿Te atreverás con los dos?..

—¡Quién lo duda!

—¿No vacilarás?

—Como ahora.

—¿A quién vas á despachar primero?

—Al que esté más cerca; pero del uno al otro no mediará un segundo.

—La prueba.

—¿Vamos ya?

—Sí; marcha delante, que te sigo.

Y en pos el uno del otro se dirigieron á la escalera del subterráneo. Jacinto se unió á Sergio, en tanto que el marqués, cási á tientas, se fué al balcon que ya conocemos. Allí se detuvo, fijándose en la bóveda oscura y sombría en que se hallaba Magno; pues áun cuando cerca del balcon habia una ventana que daba al mar, la luz que aparecia por allí no llegaba al fondo del calabozo ni alumbraba más terreno que el pequeño espacio que habia en torno del fatal balcon.

Altacima abrió aquél y esperó, segun hemos dicho.

Un instante después crujieron los cerrojos y candado, apareciendo Jacinto provisto del farol, y detrás Sergio con el saco y dentro una piedra. El primero acercó la luz al cuerpo del *Dragon* para que el marqués lo viese y reconociera. Luégo dijo al *Estudiante:*

—Duerme. Toma la llave y empieza tu operacion miéntras yo evacuo la mia.

Sergio se arrodilló, inclinando el cuerpo para meter la llave en el candado que sujetaba la cadena á la espalda de Magno.

En el mismo instante clavó Jacinto la daga con toda su fuerza. A la vez tiró el farol, dando otra segunda y terrible puñalada.

—¡Traidor!..

—¡Ay!..

Estas dos exclamaciones, exhaladas por el *Estudiante* y el *Dragon* respectivamente, indicaron al marqués que el hecho estaba consumado; pero como el farol habia rodado y la luz quedó apagada, montó sus pistolas, exclamando:

—¡Qué es eso! ¿Jacinto?

—¿Señor?

—¿Qué acontece?

—Que han muerto los dos.

—¡Tan pronto!

—Tienen atravesado el corazon.

—¡Luz! ¡Quiero verlos! ¿Por qué la apagaste?

—Tiré el farol para que Sergio no viera la puñalada que le dirigia á él.

—Siendo así, tienes más talento que Salomon. Abrevia, que estoy impaciente.

—Vuestra voz me indica que os hallais agitado y trémulo. Tranquilizaos, señor, que esto ha concluido.

—¿Por qué tardas tanto?

—Estoy buscando el farol.

—¿Y ese ruido de cadenas?

—He tropezado con ellas... ¿Dónde estará ese maldito?..

—Enciende la pajuela y á su resplandor lo encontrarás.

—Al momento.

—¿Qué es eso?

—Que arrojé la daga para encender.

—¿No te hará falta?

—¡Qué desconfiado sois, señor! Pronto os presentaré la terrible verdad en un cuadro delicioso; tiene dos cadáveres, mucha sangre, paja...

—Acaba.

—Ya está la yesca. Ahora la pajuela. ¡Pues no rodó poco el farol! Se ha roto, pero está aquí la candileja y con ella bastará.

Durante el diálogo anterior, Magno, ayudado por Jacinto, se habia trasladado al sitio en que estaba Sergio y viceversa. Ambos aparecian boca abajo, pero con las cabezas vueltas á la pared. El desgraciado *Estudiante* recibió las dos puñaladas en el costado izquierdo, quedando exánime instantáneamente. Magno sentia sólo el horror de estar nadando en sangre, apoyaba parte de su cuerpo sobre el cadáver de Sergio, molestándole más que todo esto el cinismo que demostraba Jacinto.

Este malvado encendió la luz, y acercándola á los dos que estaban en tierra, exclamó:

—Vedlos, señor marqués; están inanimados y dejaron de respirar para siempre.

Léjos de apartar la vista horrorizado Altacima, le contestó:

—Mal alumbra esa luz; pero creo que tienes razon. ¡Cuánta sangre! Ponles la mano en el corazon á ver si late.

—No hay novedad; ya están cási frios.

—¿Cuál es Magno?

—Aquel de allá.

—¡Pues al saco y al agua!

Jacinto fué poco á poco metiendo el cadáver de Sergio. Cuando hubo concluido ató la boca del saco, echándoselo al hombro. Con gran trabajo lo sacó de la prision, apagando con el pié la moribunda luz de la candileja. Ya fuera, dejó el bulto en el suelo, y cerró la puerta del calabozo, guardándose la llave.

Otra vez tornó á cargarse el saco, y, haciendo un esfuerzo grande, se lo echó á la espalda, subiendo los diez escalones que le separaban del marqués.

—¡Al agua, señor, al agua!

Murmuró el confidente, jadeante y fatigado.

—Descansa un poco.

—Falta me hace.

—¿Pesa mucho?

—Horriblemente.

—Te has manchado de sangre la ropilla y gregüescos.

—¡Y las calzas, y los zapatos, y las manos y todo!

—En acabando vas á tu habitacion; sin que nádie te vea te mudas de traje, y tiras ese al mar.

—Antes debo arrojar el otro cadáver y limpiar el calabozo.

—Verdad es.

—Voy con este primero.

—Aguarda: Magno tenía la mirada altiva, imponiendo hasta con su actitud. Abre el saco, veamos su rostro después de muerto.

—Señor, son ya las cuatro.

—No importan cinco minutos más ó ménos...

—Cayó la cabeza á la parte de abajo, voy á tardar mucho en sacarlo, volverlo á meter, y me voy á cansar más de lo que estoy.

—Haz un esfuerzo.

—Se va á llenar esto de sangre, y yo me pondré...

—¡Basta; qué terquedad! Arrójalo al agua.

—No me importa herir, pero me repugna ver la cara de los muertos.

—Ya lo suponia yo; supersticioso y tonto como todos los de tu condicion.

—¡Al agua, al agua! Esos animalitos estarán hambrientos, y voy á darles una merienda magnífica.

Jacinto cargó por tercera vez con el saco, y llegando al balcon de piedra que estaba cerca de allí, lo abrió. Después, arrastrando el bulto, lo empinó hasta arrojarlo al mar. En este instante comenzó á respirar con tranquilidad, pues concluia de salvar un compromiso que pudo perderlo.

—Ya está enterrado,—dijo;—le dimos el lecho de muerte que corresponde á los marinos como él; no tendrá queja de nosotros.

—Sí, cayó al fondo, de dónde no saldrá más. Ahora, Jacinto, cierra ese balcon, tira al otro, limpia bien la sangre hasta no quedar rastro, y venme á buscar á la puerta de la torre. No tardes.

—Iré volando. Señor, acordaos de los ochenta...

—Sí, allí te los daré. Abrevia.

El marqués partió á sus habitaciones, mandando que le sacaran el potro negro fuera de la torre. Su confidente cogió una caldera de agua, limpiando toda la sangre que habia desde la puerta del calabozo hasta el balcon de piedra. Acto continuo marchó á su cuarto, cambiando de traje, no sin lavar ántes el que llevaba puesto, para que pudiera servirle en lo sucesivo.

Cuando ya no quedó rastro ni señal del crímen que con-

cluia de cometer en otro sitio que en la prision de Magno, se guardó la llave de la puerta, exclamando:

—Todo ha concluido, saliendo como yo deseaba. En esta ocasion discurrí mucho, y mi destreza y habilidad se sobrepusieron al deseo. ¡Bien, Jacinto, muy bien; te has portado como corresponde al hombre que vale lo que tú! Ahora te toca recibir la recompensa: primero ochenta ducados; después la mujer más hermosa que hay en la comarca, y luégo el oro de ella, el mando de la torre y un goce continuado dia y noche. Mataré á *Leon*, Leto me reemplazará en el mando, y miéntras su hija y yo... ¡Me embarga la alegría, me embriaga el placer que veo ya tan cerca! Listo, como dicen los marinos. No queda ya señal alguna fuera del calabozo, en mis carnes ni áun en la ropa que me quité. Ahora busquemos á Altacima.

Y salió, dirigiéndose á la puerta de la torre. Allí encontró al marqués en medio de todos sus criados y dependientes, á excepcion del vigía y del que sujetaba su caballo en la parte afuera. Al ver á su confidente, exclamó:

—Parto é ignoro cuándo volveré; os concretais durante ese período á obedecer á Jacinto, el cual tiene las instrucciones convenientes y todo mi aprecio y consideracion. Imitad su lealtad y afecto á su señor, y de este modo no os expondreis á veros colgados de una almena los que hayan faltado. Separaos. Acércate tú, Jacinto. ¿Cumplistes mis órdenes?

—Todo queda concluido.

—Muy bien. Te regalo los ochenta ducados que hallarás en ese bolsillo, en premio á tu admirable conducta. ¡Adios, Jacinto! ¡Que el cielo os guarde á todos!

—¡La Providencia vele por nuestro señor!

Salió el marqués, y montando á caballo desapareció de allí como un relámpago en direccion de Cartagena.

Jacinto gritó acto continuo:

—Entrad todos; cerrais esa puerta, dejando puesta la llave. Ahora llamad uno al vigía y poneos á comer. Yo llegaré algo más tarde, pues me queda que cumplir el último encargo del señor marqués; que ocupe Leto mi puesto á la cabecera

de la mesa; le nombro mi segundo, debiendo obedecerle en todo aquello que no se oponga á lo que yo mande. Empezad á comer, que pronto vuelvo.

En tanto que aquellos marchaban al comedor y se retiraba el vigía, Jacinto regresó al calabozo donde estaba Magno, provisto de una linterna encendida, y no tardó en hallarse frente al preso.

Aquél, teniendo la daga que Jacinto arrojara, la cual buscó á tientas, esperaba sentado sobre la paja el desenlace del terrible drama que estaba efectuándose en la torre. Al oir rechinar la cerradura, volvió á tenderse y á aparentar que se hallaba muerto, pero sin soltar el arma, y muy dispuesto á abrirse paso de la manera que podia hacerlo un hombre de su temple de alma.

—Levanta Magno,—le dijo Jacinto entrando,—que ya no hay peligro alguno.

El *Dragon* se puso en pié, preguntando á aquél:

—¿Marchó el marqués?

—Sí

—¿Le has visto partir?

—Y desaparecer.

—¿Quién manda ahora en la torre?

—Yo.

—¿Solo?

—Sí.

—¿Qué intentas hacer conmigo?

—Darte la libertad en este instante, y un consejo.

—Habla.

—Sales conmigo; te dejaré sobre las breñas que hay á la izquierda de la torre; por entre ellas desciendes á la orilla del mar; allí encontrarás un bote, y puesto que eres marino, rema y huye hácia Alicante. Embárcate en aquél puerto y no vuelvas á España, si estimas en algo tu vida, ni continúes llamándote Magno el *Dragon*, que tus enemigos son muchos y el poder de ellos alcanza á todas partes. Puesto que has muerto para el marqués, cambia de nombre y preséntate al mundo

de otro modo que hasta aquí. Te lo aconsejo por el bien tuyo y el mio.

—¿Qué más?

—No intentes dirigir el rumbo de tu pequeña nave hácia Cartagena, que pudieras encontrarte con Jonás ó con el marqués.

—Ya lo sé.

—Boga siempre junto á la playa, que es fácil te descubrieran de otro modo los que navegan por alta mar é ir entre ellos alguno de tus contrarios.

—Tambien lo sé.

—Entónces sígueme, y no olvides el resto de tu vida ninguna de mis frases.

—Espera. Voy lleno de sangre.

—No importa; te lavas á la orilla del mar.

—Pudiera verme alguno de la torre.

—Mandé retirar al vigía, y todos empiezan á comer en este instante.

—¿Tan tarde?

—Sí; el mucho apetito y mi voluntad los retiene en sitio aislado y desde el cual no pueden verte. Salgamos.

—Aguarda. ¿A quién debo la libertad?

—A una mujer que salvaste honra y vida.

—¡Continúa por Dios!

—No puedo.

—Di al ménos si se llama Otilia de Sandoval.

—¿La sobrina del valido?

—Sí.

—No es esa.

—Entónces no comprendo...

—¿Qué importa, si te regala la existencia y te ofrece la libertad?

—Interesa mucho al que es agradecido conocer, más que el favor, al noble sér de quien es deudor.

—Magno, aún no he comido y me aguardan mis compañeros.

—¿Qué quieres por decirme el nombre de esa persona? Pide mucho.

—*Dragon*, no intentes comprometer al hombre que acaba de sacrificarse por tí.

—Es verdad. Vé delante, Jacinto, y que se cumpla la voluntad de Dios.

—Sal tú primero, que debe estar cerrada esta puerta hasta mañana que limpie la sangre que dejamos aquí.

Jacinto echó la llave y se la guardó, añadiendo después:

—Ahora vé detrás.

—No puedo seguir tan de prisa. Ayer no comí, hoy me dísteis poco, y he sufrido tanto, tanto, que apénas tengo fuerza para andar. ¡Luz del dia, yo te saludo! ¡Qué grato es tu resplandor, qué agradable el aire que empiezo á respirar!

—¿Has caido?

—Sí; dejóme ciego la luz de ese sol que camina á su ocaso; pero ya empiezo á ver, y continúo.

—Te ofreceria mi brazo, pero me lo impide la sangre que conservan tus vestiduras.

—¡Salgo en buen estado! No tengo fuerza, mi traje está roto, corre por él la sangre y...

—Entónces, ¿para qué oprimes con la diestra esa daga?

—Para defender tu vida y la mia.

—Otra vez has caido. ¡Maldicion! ¿Tienes limpia la mano izquierda?

—Sí.

—Dámela, que esta escalera es de caracol y puedes matarte en ella. Cógete bien. Así. Subamos y caminemos lo más de prisa posible.

—¡Ay, qué poco es, qué poco vale ese arrogante sér llamado hombre, el cual se juzga rey de la creacion!

—Cuando estamos fuertes, nos creemos Sansones; cuando débiles, miserables reptiles; es decir, siempre andamos por los extremos, por la exageracion, con la mentira. Voy tirando de tí...

—Haré otro esfuerzo.

—¡Bien! Así me gusta. Ya estamos cerca de la puerta.

—Se oyen voces de hombres y risas.

—Son mis compañeros que comen. Falta me hace imitarlos. Hemos llegado.

Y Jacinto soltó á Magno para abrir la puerta, dejándola entornada después que hubieron salido.

—Mira el mundo, *Dragon*.

—Hace treinta dias que no le contemplaba. ¡Gracias, Jacinto; mi corazon late en estos instantes con expansion y júbilo! ¡Qué placer causa la libertad!

—¿Nunca estuviste prisionero hasta ahora?

—Jamás. Interin la traicion no llegó á mí, siempre vencí á mis enemigos, siempre triunfé.

—Ahora sí que caminas de prisa.

—El aire puro ensanchó mis pulmones, sacando á mi espíritu del letargo en que se hallaba.

—Pues corramos por esta pendiente, que al llegar á aquel pico te dejo.

—Puedo seguirte.

—Yo tiraré de tu mano.

—Cada instante me siento mejor...

—¡Silencio!

—¿Qué es eso?

—¡Sonó el caracol una vez! ¡Otra y otra! ¡Maldicion!

—¿Qué acontece?

—No lo sé; ha callado, pero algo ocurre. Ya estamos. No veo bien la cabaña de María; me lo impiden los árboles. Hácia la derecha distingo, sin embargo, una gran polvareda. ¡Voto á cuatro mil legiones de demonios! ¡Son caballos! ¡Alguna partida de bandoleros ó tropa!

—¡Sí; los distingo á grande distancia, mas vienen á escape!

—Por eso María habrá tocado el caracol. Y es lo peor que no puedo salvarla.

—Recuerda, Jacinto, que has dejado abierta la puerta de la torre.

—Cierto. Acaso María haya huido de su cabaña y esté

ya dentro. ¡Adios, Magno! Allí tienes el bote. ¡Huye de aquí!

—Enciérrate tú en la torre y hasta la eternidad, si ántes no vuelvo á verte. ¿Quiéres estrechar mi mano?

—No puedo, no debo detenerme. ¡Adios!

Dijo Jacinto, saltando breñas y corriendo en retirada. Sin detenerse ni mirar hácia la cabaña de María, entró en la torre, y después que hubo cerrado la puerta comenzó á gritar, mandando á los soldados, sirvientes y guardas que se armasen y prepararan á la defensa.

Magno, al verse solo, cayó de rodillas, rodando al suelo la daga que hasta aquel instante oprimió su diestra. Luégo cruzó las manos, exclamando:

—¡Dios mio, Dios mio, al entrar en esa torre, dije: «Treinta dias de amargos tormentos como los que me cercan, los que ahora sufro, son suficientes á purgar al hombre de todos sus pecados!» ¡Y al espirar ese plazo os dignais concederme la libertad! ¡Estoy libre, sí; soy el hijo de Don Juan de Austria, el senador veneciano, el terror de los mares; ya no veré desden en las miradas que se me dirijan, ni puerta que se cierre á la voz del heredero de tan invicto príncipe! ¡Gracias, Dios mio! ¡Admite la ofrenda de tanto padecer, de tanta amargura; la resignacion, la entereza con que respeté mi vida! ¡Todo por Tí, para Tí! ¡Qué recuerdo llega á mi mente! ¡Mi madre proseguirá buscándome; Otilia me llama desde el alcázar donde la asedian esos malvados; la humanidad entera me pide que la libre de esos crueles verdugos que tanto me martirizaron y que tienen en horrible prision á mis amigos, á mis defensores!..

—¡Magno!

Gritó un acento que conmovió el corazon de nuestro marino.

—¡Magno!

Repitió, y dos lágrimas aparecieron en los ojos del *Dragon*, el cual miraba al cielo con los brazos levantados y en actitud fervorosa. La primera voz la repitieron los cóncavos de los montes; la segunda fué apagada por el estrépito de vários golpes de mar.

Magno se puso en pié y miró en torno con avidez, gritando luégo:

—¡Hijo! ¡Melenik! ¡Aquí estoy!

—¡Padre! ¡Hermano! ¡Señor!

Dijo nuestro valiente jóven con acento que conmovió las fibras del marino, y ámbos abrieron los brazos, formando un grupo tierno, amoroso, indescriptible.

—¡Hijo! ¡Aprieta!

Exclamaba Magno con acento cási ahogado por la alegría.

—¡Padre, me mata la satisfaccion, el contento! ¡Déjame que llore!

Y Oton prorumpió en un llanto tan amargo como sensible y fuerte. De pronto se separó, gritando:

—¡Qué miro! ¡Estás lleno de sangre! ¡Te han herido! ¡Maldicion!

—No, hijo mio, no; sigue estrechándome. Tu calor, ese cariño tan noble y tierno, me devuelven la vida. La sangre esta es de uno que mataron para salvarme á mí; yo estoy bueno, mucho mejor de como entré en la torre.

—¿Es cierto?

—¡Te lo juro!

—¡Otro abrazo! ¡Deja mi cara junto á la tuya!

—¡Qué dulce y que expansivo se me presenta tu afecto después de haber vivido entre fieras treinta dias tan largos como la eternidad; después de haberme alimentado con pan y berzas, mojadas con la baba del perro; después de haber sufrido la befa, el escarnio y la mofa horas y horas, sin compasion ni piedad por parte de esos miserables; después de haber humedecido mi rostro con inmunda saliva!..

—¡Tu rostro, Magno! ¡Yo pensaba matarlos, pero ahora es poco una muerte que proporciona descanso! ¡Ay de ellos, ay de sus parientes y amigos! ¡Juro, por el Dios que me oye, no perdonar ni á sus descendientes!

—Niño, ¿qué actitud es esa, qué juramento el tuyo?

—Ya no soy niño, Magno; acabó mi infancia la noche que te prendieron. Desde aquel instante me convertí en hombre;

en hombre que hirió á seis alguaciles; en hombre que, preso é incomunicado, rompió sus cadenas y salió á la calle en alas del derecho de la fuerza; en hombre que con su sola inteligencia ganó á los criados y dependientes de Jonás, arrancando de este modo á tus enemigos el secreto de tu prision; en hombre que anduvo más de setenta leguas á pié, falto de alimento una gran parte del camino, siguiendo el galope del caballo de Alaejo; en hombre que convirtió al malvado Jacinto en instrumento de tu libertad; en hombre, en fin, que ha salvado tu vida para decirte: ¡Todos tus amigos están presos; sólo yo he sabido velar por tí! Preciso es, mi querido Magno, que te avengas á dar por muerto al niño, á olvidarte del hijo y á ver únicamente á tu hermano Oton Melenik.

—¡Déjame que te mire, que te contemple, fiero georgiano, terrible montañés; tus negros y rasgados ojos despiden fuego, tu rostro impone, tu mirada seduce!

—Ese soy yo.

—Tu voz, mágica ántes, hiere ahora como el hacha del verdugo.

—Esa es la mia, *Dragon*.

—Has crecido, te has desarrollado, y eres efectivamente un hombre, Melenik.

—Me conoces bien, hermano.

—¿Quién te enseñó tanto, hijo mio?

—La necesidad, Magno; el sufrimiento, la pena, mi cordura aconsejándote y tu insensatez desoyéndome.

—Dime lo que tú quieras; ¡con qué placer te escucho! Al deberte á tí solo vida y libertad, me es doblemente grata la existencia. Recuerdo ahora que el malvado Jacinto me habló de una mujer...

—No prosigas; María, la hija de Leto, uno de los guardas del marqués. Esa muchacha cuenta con brillante imaginacion y alguna belleza; pero fué simplemente otro instrumento mio. No te digo más sobre ella, porque al relatarte la historia de tu salvacion, debe figurar en prímera línea, y no quiero adelantarte nada de lo que hizo por mí.

—¿Con que tú solo, solo?..

—Protegido por Dios.

—¡Verdad es, hijo; tambien yo he visto clara y terminantemente en este dia su poderosa diestra, que me ha favorecido más de lo que yo merezco!

—¡Cuánto habrás sufrido, Magno mio!

—¡Ay, Melenik! Me horroriza sólo la idea de lo que hicieron conmigo: lo más insignificante fueron las heridas que me causaron, los palos que me dieron, las cadenas con que me sujetaron, la lobreguez de mi calabozo!.. ¡Ay, su saliva manchó mi rostro, sus frases destrozaron mi corazon, sus insultos tuvieron mi alma en perenne martirio! ¡Delante de ellos aparecia sereno, indiferente; pero, hijo, lloré tanto, que se agotó el manantial de mis lágrimas! ¡Temblé, Oton; ante la maldad de esos hombres sucumbí horrorizado!

—Querido Magno, un dia me dijiste, si no recuerdo mal:—«Hijo, tú, cuya alma noble y voluntad firme empiezo á conocer, serás, andando el tiempo, mi verdadero amigo, mi hermano; á este fin yo iré formando tu corazon, fuerte como el mio, hidalgo como la honra.»—Y empezaste á hacerlo, y continúas. La manera que tienes en este instante de prepararlo para el porvenir es asombroso, admirable; lo has empapado en odio, rencor y despecho; lo bañaste en ira; has vertido sobre él acíbar y veneno, todo lo cual irá poco á poco fructificando entre tus enemigos; no dejaré uno solo, no. ¡Venganza, grita ya mi alma, venganza anhela el corazon; la venganza deseo con todos sus horrores, ó la muerte; sin aquella me estorba la vida!

—Venganza no, Melenik, que es frase repugnante á un caballero; proporcionaremos, sí, el castigo que merecen los malvados, librando de este modo á la sociedad de esos tigres que la ofenden y la humillan!

—Dale otro nombre si quieres, á mí me es igual eso; pero llegó el momento de la expiacion, y el criminal purgará su falta. En lo relativo á esto, Magno, no obedezco órdenes ni admito consejos. Desde el marqués hasta el último satélite de

esa canalla, todos perecerán, después de cruel tormento. Pero eso lo dejo para después. Dime ahora, hermano mio, ¿eres hijo del príncipe Don Juan de Austria?

—Sí, Oton; en este brazo izquierdo llevo la indeleble marca, la prueba convincente de que soy su heredero. ¡Qué recuerdo trajiste á mi memoria! Tu voz, tan agradable siempre á este marino; tu trasformacion en hombre; tu brío, entereza y talento; tu amor, en fin, cautivaron mi mente, absorbiendo todas mis ideas y pensamientos; así es que me olvidé por completo de que mi pobre y desolada madre me busca, de que Otilia me aguarda, y de que ésta y todos mis amigos esperan que nosotros los libremos del mal que sufren y del mayor que les amenaza. Dame tu brazo, Melenik; corramos, demostrando al mundo que unidos los dos, formamos un poder irresistible. Me dijo Jacinto que á la derecha estaba Cartagena, á la izquierda Alicante; déjame observar; desde este pico domino lo bastante. ¡Bravo, Oton; allí veo el cabo de Santa Pola y al otro lado el de Palos; sigue al último una cordillera de montañas, y al concluir el puerto de Cartagena, donde estará mi escuadra con dos mil venecianos y ciento cincuenta cañones! ¡Partamos, hijo; abandonemos para siempre este lugar de infamia, dolo y sufrimiento!

—¡Corramos, Magno; venganza grita mi corazon; venganza leo en los astros, en el suelo y en el mar! ¡Ay de Altacima, de Alaejo, de Lerma y de aquel judío que te robó la honra, el porvenir, el nombre y el dinero! ¡Si cojo al último, lo he de atormentar mucho más que lo has estado tú en esa torre! ¡Corramos!

—¡Dame tu brazo, que me falta la fuerza física, hijo mio!

—¡Alto!

Gritó la robusta voz de un soldado.

Melenik miró en torno, exclamando:

—¡Qué es esto, santo cielo! ¡Sitian la torre multitud de jinetes; nos han visto y se dirigen cuatro hácia nosotros! Pero sus caballos no pueden trepar por entre las rocas que nos separan de ellos. ¿Quiénes serán?

—No lo sé; Jacinto los tomó por bandoleros, y yo creo que se ha equivocado. Míralos; son soldados del rey.

—Llaman á la puerta de la torre é invocan el nombre de S. M.

—¡Bajad, ó ay de vosotros si nos obligais á subir!

—Eso nos lo dicen á tí y á mí, Magno.

—Ya lo oigo; pero no echaron pié á tierra, y estamos nosotros más cerca del mar que ellos de aquí. Búrlate de sus amenazas, Oton, que á mi juicio tenemos la Providencia de parte nuestra.

Uno de los cuatro soldados que se habian aproximado á las breñas donde estaban Magno y Melenik, volvió á gritarles:

—¡En nombre del rey, á quien servimos, venid aquí!

—¡En nombre de la república á que pertenecemos,—le contestó Oton,—no nos da la gana!

—¡Ay de vosotros si subimos!

—¡Los dos que aquí estamos nos reimos de las amenazas, bellaco!

—¡Pié á tierra y arriba! Toma tú las bridas y subamos los tres.

Exclamó otro de los soldados, y comenzaron á efectuar lo que concluimos de oir.

Oton tiró de su daga y se dispuso á defender á Magno. Este le preguntó:

—¿Qué vas á hacer, Melenik?

—En un minuto acabo con ellos; échate atrás, y déjame solo.

—¡Son soldados del rey!

—¿Qué me importa á mí ese monarca ni ningun otro de la tierra tratándose de tí?

—¡Insensato! Traen largas espadas que atravesarán tu corazon ántes de que la punta de tu acero pueda tocar la ropa de ellos.

—Lo veremos.

—¿Te atreverás con los tres?

—Sí.

—¿En qué fundas tu esperanza, niño?

—En mi valor, en la ligereza de las piernas, en lo bien que manejo este puñal, en que me voy á convertir en pantera, y en el deseo que tengo de borrar con sangre tus sufrimientos. ¡Echate atrás, repito, y déjame solo, que ya suben!

—¡Vas á morir!

—Me alegro; la vida me estorba.

—¿Eso dices estando yo á tu lado, necesitando de tí?

—¡Tienes razon, padre mio! Pero ¿qué he de hacer?

—Loco, cuando te dije que te burlases de ellos, cuando no he cogido esa daga ensangrentada que ves á mis piés, cuando me contemplas impávido, con los brazos cruzados y la sonrisa en los labios, ¿nada te dice tu entendimiento?

—No.

—Peligrando tu vida, ¿nada comprendes?

—Que continúas siendo temerario y que yo empiezo á andar el mismo camino. ¡Van á llegar!

—No importa; esperé tanto, embriagado con el gozo de verte en esa postura acometedora, con ese valor, calma y sangre fria... ¡Oton, abrázame, que eres digno de mí!

—¡Pues en buena ocasion! ¿No los ves?

—Envaina esa daga y estréchame; tu padre te lo ruega, te lo manda.

—¡Padre mio!

—Eso es; aprieta. Ahora dame tu brazo, y corramos.

—¿Adónde?

—A la orilla del mar. ¿No ves ese bote?

—¡Dios sea loado! Es verdad, pero nuestros perseguidores han dado la voz de alarma, y por aquel otro lado nos salen al encuentro otros cuatro á pié.

—¡Cierto! ¡Corramos!

—¡Saltemos!

—¡Al bote! ¡Corta la amarra!

—¡A la mar!

—¡Rema!

—¡Remo!

Lámª 7.



C. MUGICA dib.º y lit.º

Lit. de J. DONON. Madrid

—Dios sea con nosotros!

Y los dos movieron los palos con prontitud y ligereza extremada.

Ya era tiempo. Además de los tres soldados que perseguian á Magno y á Oton, cuatro más les salieron al encuentro por diferente lado, llegando al bote cási á la vez que ellos. Nuestro marino y su compañero se tiraron desde una roca, exclamando al caer:

—¡Dios sea con nosotros!

Ambos se hallaron en el centro del bote, y cortando la amarra cogieron los palos y fueron á remar. En el mismo instante les tiraron cuatro estocadas, pero un terrible golpe de mar dió á los soldados en el rostro, cubriendo la lancha y á los dos que iban en ella.

Segundos después se hallaba el bote, á veinte brazas de la orilla, entre rugientes olas, cuyo estrépito formaba coro con las carcajadas de Melenik.

—¡Adelante, soldados del rey!—decia.—¿Os asusta el agua? ¡Já, já, já! Vamos, avanzad, que en este charco sólo se ahogan los tímidos, los cobardes.

—¿Quiénes sois?

Les preguntó una voz.

—El destino y la venganza. ¡Já, já, já! Las tortugas quisieron apoderarse del águila. ¡Já, já, já!

Y el bote continuó surcando, ora elevado sobre la espuma del agua, ora escondido entre las olas que le cubrian y columpiaban, pero dejándole que corriera mar adentro.

Los siete soldados quedaron á la orilla confusos, admirados del valor, serenidad y destreza que demostraban Magno y Oton. Sus miradas, fijas en el bote, los buscaban ansiosas, no ya con la esperanza de prenderlos, sino temiendo que se los tragara el abismo. No hablaban ni se movian; las carcajadas de Melenik, léjos de ofenderles, anhelaban oirlas en los momentos en que las olas cubrian el bote.

El peligro acrecia para Magno y Oton.

La ansiedad de los otros aumentaba.

Así permanecieron, hasta que la voz de un oficial gritó:

—¡Arriba los siete!

Y obedecieron, pero volviendo la vista atrás con pena y deseo.

Cinco minutos después se perdió el bote entre las espumosas ondas del mar.

El capitan y los cuarenta hombres que le seguian tambien desaparecieron, entrando todos en la torre. La puerta de aquella se cerró, á nádie se veia luégo, ni pudo oirse otra cosa que los bramidos del mar que llegaba á la costa, chocaba en ella con incansable furor, y retrocedia como para tomar más fuerza y volver á agotarla, tornando á estrellarse en la muralla puesta allí por la poderosa mano del sublime Criador.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

INDICE

DE LOS

CAPITULOS QUE CONTIENE ESTE TOMO.

PÁGINAS.



PLANTILLA

PARA

LA COLOCACION DE LAS LAMINAS.